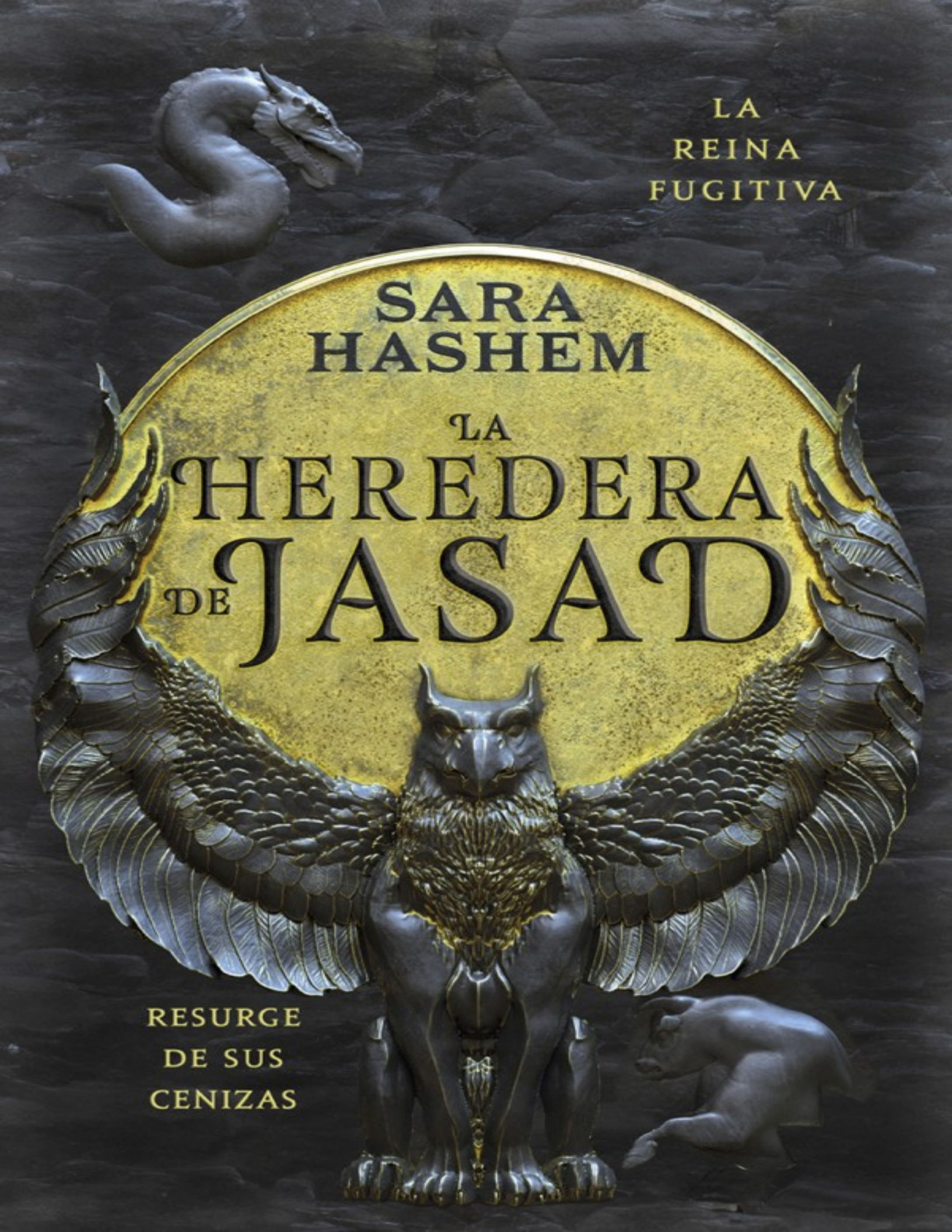
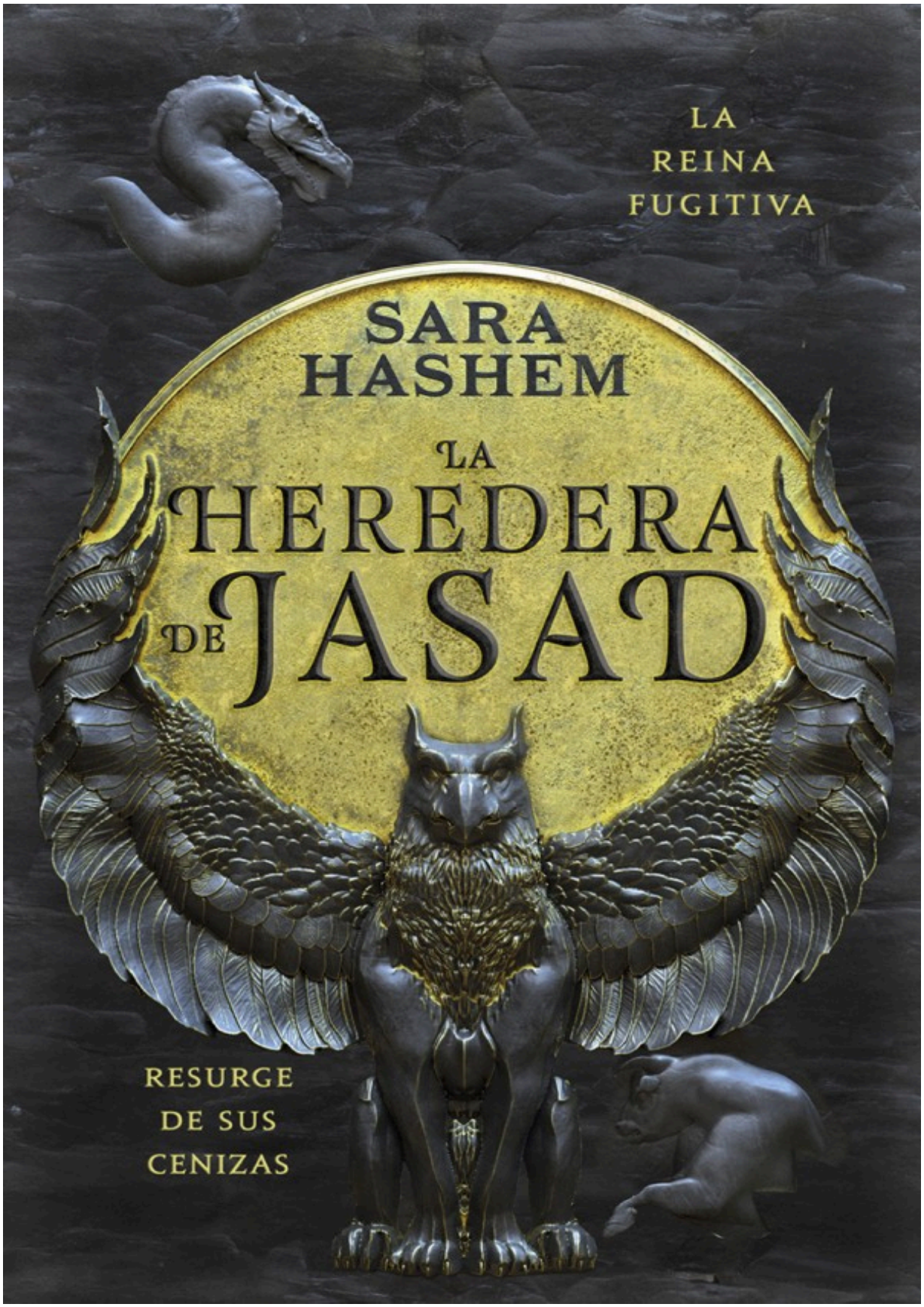

LA
REINA
FUGITIVA
SARA
HASHEM
LA
HEREDERA
DE JASAD
RESURGE
DE SUS
CENIZAS


LA
REINA
FUGITIVA
SARA
HASHEM
LA
HEREDERA
DE JASAD
RESURGE
DE SUS
CENIZAS

SARA
HASHEM

LA HEREDERA DE JASAD

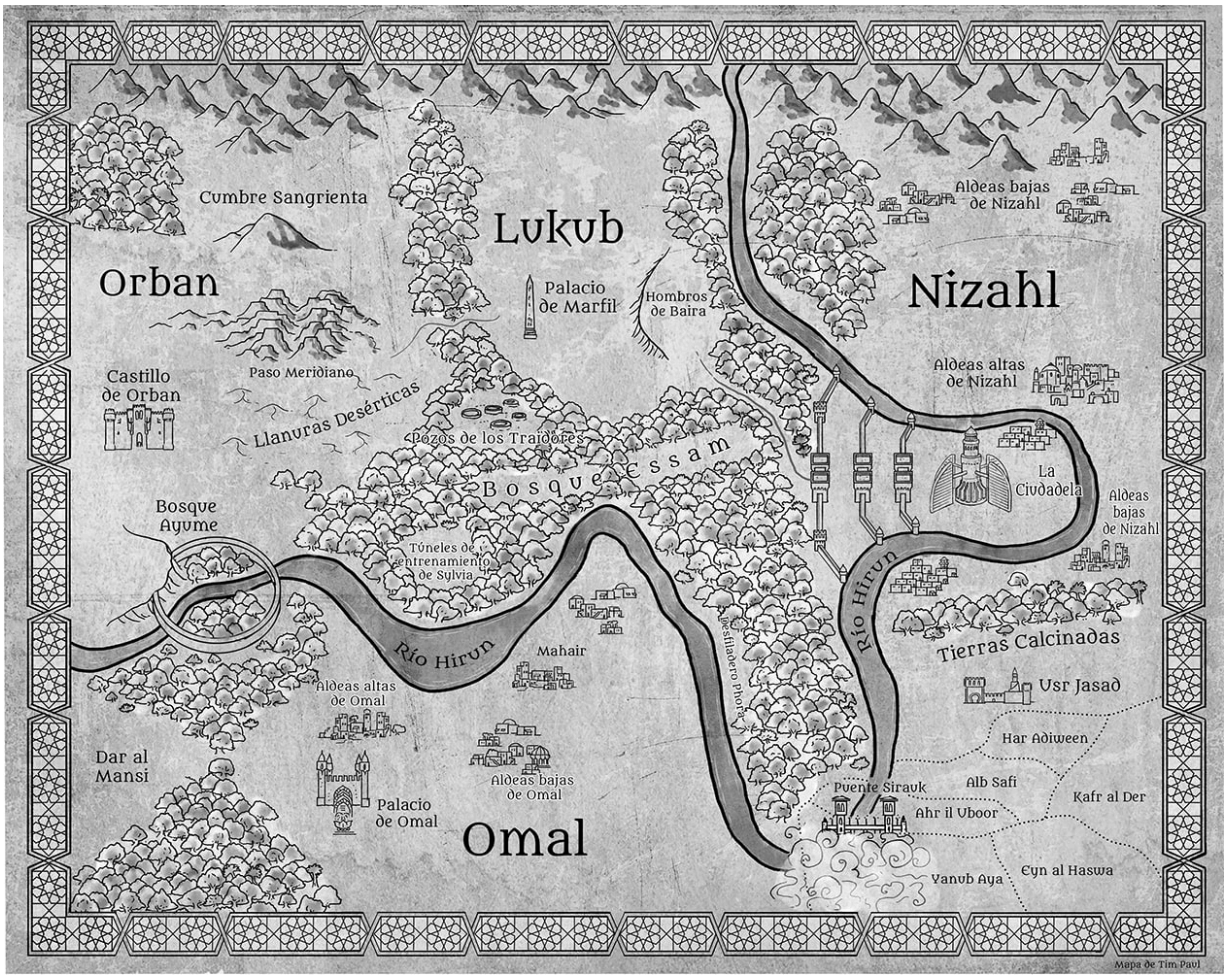
El Trono Abrasado: Libro I

Traducido del inglés por Alicia Botella Juan

FAERIS

Para Hend, por ser mi primera lectora, mi amiga y mi hermanita.

Y para todas las hijas mayores que deciden ser valientes.


Cumbre Sangrienta
Lukub
Orban
Palacio de Marfil
Hombros de Baira
Nizahl
Aldeas bajas de Nizahl
Aldeas altas de Nizahl
Castillo de Orban
Paso Meridiano
Llanuras Desérticas
Pozos de los Traidores
Bosque Essam
La Ciudadela
Aldeas bajas de Nizahl
Bosque Ayume
Túneles de entrenamiento de Sylvia
Río Hirun
Río Hirun
Destilladero Phore
Tierras Calcinadas
Mahair
Usr Jasad
Aldeas altas de Omal
Har Adiween
Dar al Mansi
Aldeas bajas de Omal
Puente Sirauk
Alb Safi
Kafr al Der
Palacio de Omal
Ahr il Uboor
Omal
Eyn al Haswa
Vanub Aya
Mapa de Tim Paul



PERSONAJES

REINO DE JASAD

Essiya: heredera de Jasad
Palia: malika, reina de Jasad, abuela de Essiya
Niyar: malik, rey de Jasad, abuelo de Essiya
Niphran: madre de Essiya, hija de Palia y Niyar
Hanim: qayida, líder del ejército de Jasad
Dawoud: asesor jefe desde Usr Jasad
Soraya: asistenta de Essiya

REINO DE NIZAHL

Arin: heredero de Nizahl, comandante del ejército nizahliano
Rawain: supremo de Nizahl, padre de Arin
Jeru: soldado de Arin
Vaun: soldado de Arin
Wes: soldado de Arin
Ren: soldado de Arin

REINO DE OMAL

Felix: heredero de Omal
Hanan: reina de Omal, abuela de Essiya y Felix
Emre: anterior heredero de Omal, padre de Essiya

REINO DE ORBAN

Sorn: heredero de Orban
Murib: rey de Orban

REINO DE LUKUB

Vaida: sultana de Lukub

CAMPEONES DEL ALCALAH

Sylvia: campeona de Nizahl
Mehti: campeón de Omal
Diya: campeona de Orban
Timur: campeón de Lukub

AWALÍN

Rovial: fundador de Jasad
Kapastra: fundadora de Omal, awala de las bestias
Dania: fundadora de Orban, awala cazadora
Baira: fundadora de Lukub, awala de las ilusiones

CRIATURAS

Al Anqa'a: ave gigante con alas llameantes y garras
Bolti: pez
Dulhaz: monstruo cambiaformas
Gaiba: muñeca maldita
Gul: demonio necrófago
Kitmer: criatura con cuerpo felino, alas doradas y cabeza de halcón; primer compañero de Rovial y emblema real de Jasad
Munban: demonio en forma de lagarto venenoso
Nisnás: criatura de aspecto humano con púas y carne colgante
Rochelya: criatura serpentina, venenosa y de cola bífida; bestia de Kapastra
Sabueso rubí: perro guardián feroz de cuyo cuerpo está recubierto de rubíes rojo sangre; bestia de Biara
Shaiatín: demonios

Zulal: criatura con forma de gusano gigante



CAPÍTULO UNO

Dos cosas se interponían entre una buena noche de descanso y yo, y solo tenía permitido matar a una de ellas.

Me abrí paso sigilosamente por la ribera musgosa del río Hirun, atenta a la más mínima señal de movimiento. La mugre y las altas horas… eran cosas que me esperaba. Cualquier aprendiz de la aldea está acostumbrado a tratar con eso. Lo que no me esperaba eran las ranas.

—Despedíos del mundo, molestas sabandijas —murmuré.

Las ranas habían desarrollado una estrategia defensiva que ponían en marcha cada vez que me acercaba. En primer lugar, la que estaba de guardia daba la alarma y las demás saltaban al río. Por último, la valiente vigía también se arrojaba al agua para salvar la vida. Un esfuerzo tan admirable como inútil.

Tenía suciedad incrustada debajo de las uñas. La luz de la luna se filtraba a través del dosel de árboles esqueléticos y, por un momento, mi mano pareció otra. Una mucho más cuidada y algo más débil. Una mano como las de Niphran. Unas manos capaces de blandir un hacha junto al más fuerte de los leñadores, tejer una maraña de rizos en delicadas trenzas o clavar lanzas en las fauces de los más temibles monstruos. Durante los primeros años de mi vida, antes de que el dolor por el asesinato de mi padre se apoderara de Niphran como la podredumbre, antes de que perdiera por completo

la cordura, no había nada que las manos de mi madre no pudieran hacer.

Ay, si me viera ahora, cubierta de mugre y burlada por unas simples ranas de río.

El Hirun exhaló su bruma opaca insuflando vida a los huesos invernales del bosque Essam. Me lavé las manos en el río y deseché los pensamientos sobre los muertos.

Se oyó un frenético croar tras la raíz de un árbol. Me lancé hacia delante y atrapé a la centinela, que empezó a patalear. Los valientes nunca lograban escapar. Me la acerqué a la cara.

—Tus amigos están persiguiendo grillos y tú estás aquí. ¿Ha valido la pena?

Dejé caer la rana flácida en el cubo y suspiré. Me faltaban diez, lo cual significaba que me quedaba otra ronda corriendo en círculos con la esperanza de que no me entrara barro por el agujero de la bota derecha. El hecho de que Rory fuera un boticario de renombre no me impresionaba, ni tampoco la codiciada oportunidad de formación. Lo que me impedía tirar el cubo y largarme al refugio de Raya, donde me esperaba una comida caliente y una cama cómoda, era una deuda de conveniencia.

Rory no hacía preguntas. Cuando me había presentado en su puerta cinco años antes, cubierta de sangre y temblorosa, Rory me había curado las heridas y me había llevado con Raya. El boticario rescató de una vida de indigencia a una huérfana de quince años sin pasado ni antecedentes conocidos.

El chasquido repentino de una rama hizo que me tensara. Me metí la mano en el bolsillo y enrosqué los dedos alrededor de la empuñadura de mi daga. Dada la predilección de los soldados de Nizahl por realizar registros al azar, solía llevar el arma oculta en la bota, pero la había usado para liberar mi pie de una maraña de helechos y me la había guardado en el bolsillo.

Eché un rápido vistazo a las ramas, pero no encontré nada. Intenté que mi mirada no se detuviera en los huecos vacíos de

negrura entre los árboles. Había visto demasiadas atrocidades surgiendo de la oscuridad como para volver a confiar en su calma.

Mis ojos se movieron hacia el lugar que más temor me inspiraba: la hilera de árboles detrás de mí, todos con idénticas marcas negras de una precisión escalofriante. En los troncos que rodeaban la frontera de Mahair, había tallado un símbolo de un cuervo negro desplegando las alas. En el fango del bosque, los cuervos permanecían prístinos. Atravesar los árboles marcados sin permiso era una ofensa que se castigaba con la cárcel o algo incluso peor. En las aldeas bajas, donde los líderes del reino estaban acostumbrados a hacer la vista gorda con las libertades que se tomaban los soldados de Nizahl, lo peor solía ser solo el principio.

Me metí la daga en el bolsillo y caminé hasta el límite del perímetro. Tracé el ala extendida del ave con la uña del pulgar. Renunciaría a todas las ranas del cubo a cambio de ser lo bastante valiente para arañar el emblema y arrancarlo de cuajo. Quizás, ese mismo arrebato de valentía haría que mi daga trazara una línea en la corteza para desfigurar los símbolos de poder de Nizahl. No eran muros ni espadas los que nos mantenían acorralados como animales, sino simples dibujos tallados en los troncos. El poder de otro reino ondeando sobre nosotros como aire envenenado, controlando todo lo que tocaba.

Observé la rana centinela que llevaba en el cubo y bajé la mano. La valentía no compensaba el precio. Ni las astillas.

Una espesa capa de escarcha cubría el camino que llevaba de vuelta a Mahair. Me tapé con la capucha hasta la nariz en cuanto crucé el muro que separaba Mahair del bosque Essam. Me desvié hacia un callejón para serpentear hasta la botica de Rory en lugar de arriesgarme a recorrer la carretera principal expuesta y patrullada con regularidad. La oscuridad me envolvió en cuanto entré en el callejón. Apoyé una mano en la pared para estabilizarme y permití que el penetrante olor a estiércol guiara mis pasos. Una gata siseó bajo una pila de cajas, protegiendo el cadáver medio devorado de una rata.

—Ya he cenado, pero gracias por el ofrecimiento —susurré apartándome del alcance de sus garras.

Veinte minutos después, dejé caer el cubo lleno a los pies de Rory.

—Exijo una renegociación de mi salario.

Rory no levantó la mirada de su lista.

—Exige lo que quieras. Estaré ahí.

Desapareció en la trastienda. Fruncí el ceño pensando en seguirlo al otro lado de la cortina y atacarlo con los cadáveres de las ranas. El hedor a barro y moho se me había adherido permanentemente a la piel. Lo mínimo que podía hacer era pagarme algo más para que pudiera costearme el jabón que necesitaba para enmascararlo.

Preparé las cataplasmas y sellé con cuidado cada frasco antes de guardarlo en la cesta. Una de las pocas veces que me tocó sufrir el temperamento de Rory fue cuando olvidé precintar los ungüentos antes de dárselos al hijo de Yuli. Aquel día aprendí tanto sobre la propagación de enfermedades como sobre la ética férrea de Rory.

El boticario regresó.

—Ya he acabado contigo. Ve a dormir un poco. No quiero que tu cara espante a mis clientes mañana.

Revisó el cubo y les dio la vuelta a algunas de las ranas. La edad había causado estragos en la tez morena de Rory. Tenía los largos dedos constantemente manchados del color de su último tónico y un surco permanente asentado entre las pobladas cejas. Yo lo llamaba el «medidor de ira» porque siempre podía calcular su nivel de enfado por la cantidad de arrugas que se le formaban sobre la nariz. A pesar de que tenía una antigua lesión en la cadera, su delgadez no era señal de fragilidad. Las pocas ocasiones en las que sonreía, se volvía evidente que había sido guapo de joven.

—Si me entero de que has vuelto a llenar el fondo de tierra, te envenenaré el té.

Me puso un bulto envuelto en los brazos.

—Toma.

Desconcertada, le di la vuelta.

—¿Para mí?

Señaló la tienda vacía con el bastón.

—¿Te has dado un golpe en la cabeza, niña?

Retiré la tela con cautela esperando que, de un momento a otro, me explotara en la cara, pero descubrí un par de guantes dorados preciosos. Eran más suaves que el ala de una paloma y, probablemente, costarían más que cualquier cosa que pudiera comprar con mi dinero. Levanté uno con admiración.

—Rory, esto es demasiado.

Apenas me contuve de ponérmelos. Los dejé con sumo cuidado sobre el mostrador y corrí a lavarme las manos manchadas. No quedaban paños limpios, así que me sequé en la túnica de Rory y me gané un manotazo en la oreja.

Los guantes me sentaban de maravilla. Suaves y flexibles, cedían cuando flexionaba los dedos.

Levanté las manos ante el farol para inspeccionarlos más de cerca. Tendrían un precio elevado en el mercado. Aunque no pretendía venderlos enseguida, por supuesto. A Rory le gustaba fingir que tenía la misma profundidad emocional que una cuchara, pero le dolería que me deshiciera de su regalo el día después de recibirlo. No costaba encontrar mercados en Omal. Las aldeas bajas siempre necesitaban comida y suministros. Comerciar unos con otros era más fácil que suplicar migajas del palacio.

El anciano sonrió brevemente.

—Feliz cumpleaños, Sylvia.

Sylvia. Mi primera mentira y también mi favorita. Apreté los puños.

—¿Un regalo de consolación para la eterna solterona?

En cinco años, Rory no había olvidado ni una sola vez la fecha de cumpleaños que me había inventado.

—No creo que se te pueda considerar eterna solterona con apenas veinte años.

A decir verdad, ya estaba a mitad de camino de los veintiuno. Otra mentira.

—Eres tan viejo como el tiempo. Seguro que todo aquello que está por debajo de cien debe parecerte joven.

Me dio un golpe con el bastón.

—Ya es hora de que las solteronas se vayan a dormir.

Salí de la tienda más animada. Me ajusté la capa alrededor de los hombros y me até la capucha debajo de la barbilla. Tenía que completar una tarea más antes de reunirme por fin con mi cama e implicaba adentrarme en la silenciosa aldea. Esas eran las horas en las que la mente se desbocaba, en las que la mampostería hueca se convertía en susurros de shaiatín, y los rasguños de las alimañas, en sonidos de muertos inquietos.

Era consciente de la facilidad con la que el miedo transformaba las sombras en figuras macabras. Llevaba años sin dormir una noche del tirón y algunos días no confiaba en nada más que mi aliento y el suelo bajo mis pies. La diferencia entre los demás aldeanos y yo era que yo conocía los nombres de mis monstruos. Sabía qué aspecto tendrían si me encontraban y no me hacía falta imaginarme el destino que me depararía.

Mahair era un pueblo pequeño, pero tenía una larga historia. Los niños aprendían los relatos que les contaban sus madres, padres y abuelos. La superstición mantenía a Mahair con vida mucho después de que el tiempo hubiera pasado una nueva página para sus habitantes.

También mantenía mi negocio.

En lugar de ir directa al refugio de Raya, me adentré por el camino de los vagabundos. Restos de masa empapada en miel y grasa marcaban el sitio donde las hijas del halawani picoteaban entre encargo y encargo, sentadas en el escalón de cemento delante de la pastelería de sus padres. Esquivando a los perros que husmeaban los restos, comprobé que no hubiera nadie que pudiera informar a Rory de mis movimientos.

Rory y yo teníamos la tradición de perdonarnos. No obstante, si descubría que estaba atendiendo a omalianos en su nombre, vendiendo brebajes inútiles a quienes eran lo bastante supersticiosos

para comprarlos…, bueno, dudaba que me perdonara por semejante transgresión. Los «remedios» que preparaba para mis clientes eran inofensivos. Hierbas aplastadas y licores alterados. La mayor parte del tiempo, las dolencias que pretendían curar eran más ridículas de lo que pudiera meter en el bote.

La casa que buscaba estaba a diez minutos a pie del refugio de Raya. Demasiado cerca para mi tranquilidad. Goteaba agua por el tejado hundido, desde donde se extendía una cuerda para tender estirada de gancho a gancho. Un par de prendas de ropa interior habían caído al suelo. Las aparté de una patada. Raya me había enseñado años antes a esconder la ropa interior en el tendedero enganchándola tras una prenda más grande. Yo no había entendido la necesidad de tanta discreción. Seguía sin hacerlo. Pero esta noche el tiempo era un recurso limitado y no lo desperdiciaría evitando la vergüenza de unos omalianos por tener la prueba definitiva de que llevaban ropa interior.

Se abrió la puerta.

—Sylvia, menos mal —dijo Zeinab—. Hoy se encuentra peor.

Intenté limpiarme las botas embarradas golpeando con ellas el borde de la puerta y entré.

—¿Dónde está?

Seguí a Zeinab hasta la última habitación del corto pasillo. Una bocanada de incienso nos invadió cuando abrió la puerta. Abaniqué la niebla blanca que flotaba en el aire. Una anciana arrugada se mecía de delante hacia atrás en el suelo con manchas de sangre en los brazos, donde se había clavado las uñas. Zeinab cerró y se mantuvo a una distancia segura. Las lágrimas inundaban sus grandes ojos avellana.

—He intentado darle un baño y me ha hecho esto. —Zeinab se levantó la manga de la abaya y dejó al descubierto un mapa de arañazos rojos.

—Bien. —Coloqué la bolsa sobre la mesa—. Te avisaré cuando haya terminado.

No me costó reducir a la anciana con un tónico. Me situé tras ella y le pasé un brazo por el cuello. Me tiró de la manga y abrió la boca para jadear, momento que aproveché para verterle el tónico por la garganta mientras aflojaba el brazo lo suficiente para permitir que tragara. Cuando estuve segura de que no iba a escupirlo, la solté y me reajusté la manga. Me escupió a los talones y me mostró unos dientes ensangrentados porque se había mordido el labio.

Fue cuestión de minutos. Mis talentos, por dudosos que fueran, se centraban en un engaño rápido y certero. Una vez en la puerta, dejé que Zeinab me deslizara un puñado de monedas en el bolsillo de la capa y fingí sorpresa. Nunca entendería a los omalianos y su falsa modestia.

—Recuerda…

Zeinab asintió con impaciencia.

—Sí, sí. No diré ni una palabra de esto. Han pasado años, Sylvia. Si el boticario se entera de algo en algún momento, no será por mí.

Parecía bastante segura de sí misma para ser una mujer que nunca se molestaba en preguntar qué llevaba el tónico que le vertía regularmente a su madre por la garganta. Me despedí de ella con aire distraído y me guardé la daga en el mismo bolsillo que las monedas.

Charcos de lluvia maloliente plagaban el camino de tierra lleno de baches. La mayor parte de las casas de la calle podían considerarse chozas, con los techos de paja agitándose sobre las paredes formadas por barro y parches irregulares de ladrillo. Esquivé una hilera de estiércol verde de mula con un punzante olor a hierba y agua estancada.

¿Habría excrementos en las calles de las aldeas altas de Omal?

La vecina de Zeinab había esparcido plumas de gallina frente a su puerta para presumir de buena fortuna ante sus vecinos. Su hija se había casado con un comerciante de Dawar y la dote había sido tal que les permitiría comer pollo todo el mes. De ahora en adelante, las prendas más finas envolverían el cuerpo de esa muchacha, la carne

más selecta y las verduras más apetitosas llenarían su plato y nunca más tendría que sortear excrementos de mula en Mahair.

Doblé la esquina contando con aire ausente las monedas de mi bolsillo y me choqué contra un cuerpo.

Me tambaleé y recuperé el equilibrio al apoyarme en un montón de ladrillos de arcilla agrietados. El soldado de Nizahl no se movió, solo frunció el ceño.

—Identifícate.

El pánico desplegó las alas en mi garganta. Aunque no había un toque de queda que restringiera nuestros movimientos por la aldea, no eran muchos los que se arriesgaban a dar un paseo nocturno. Los soldados de Nizahl solían patrullar en pareja, lo cual implicaba que el compañero de este hombre probablemente estaría acosando a otra persona al otro lado del pueblo.

Reprimí el pánico y lo obligué a plegar sus alas temblorosas. El miedo era una plaga, su único propósito era extenderse hasta destrozar cada pensamiento e instinto.

Bajé la mirada de inmediato, puesto que sostenérsela a un soldado de Nizahl solo podía causar problemas.

—Me llamo Sylvia. Vivo en el refugio de Raya y soy aprendiza del boticario Rory. Me disculpo por sobresaltarlo. Una anciana necesitaba un tratamiento urgente y mi jefe está indispuesto.

A juzgar por las arrugas de su rostro, el soldado estaría cerca de los cincuenta. Si hubiera sido un patrullero omaliano, su edad habría importado poco. Pero los soldados de Nizahl solían sufrir muertes prematuras y sangrientas. Si este hombre había sobrevivido lo suficiente para tener arrugas en la frente, significaba que, o bien era un adversario letal, o bien era un cobarde.

—¿Cómo se llama tu padre?

—Soy pupila en el refugio de Raya —repetí. Debía de ser nuevo en Mahair, puesto que todo el mundo conocía el orfanato de Raya en la colina—. No tengo madre ni padre.

No insistió en el tema.

—¿Has presenciado algún tipo de actividad que pueda llevar a la captura de un jasadí?

A pesar de que era una pregunta habitual de los soldados con la intención de fomentar la vigilancia ante cualquier indicio de magia, me estremecí por dentro. El arresto más reciente de un jasadí en nuestra aldea había tenido lugar hacía tan solo un mes. Por los rumores, me enteré de que una chica había asegurado ver a su amiga arreglando una grieta del suelo con un gesto de la mano. Había oído todo tipo de elogios dirigidos a la joven por su valentía al delatar a una quinceañera. Elogios y celos… Todos anhelaban tener la oportunidad de convertirse en héroes.

—No. —Llevaba cinco años sin ver a otro jasadí.

Frunció los labios.

—¿El nombre de la anciana?

—Aya, pero la cuida su hija Zeinab. Puedo acompañarlo hasta su casa, si lo desea. —Zeinab era astuta, tendría una mentira preparada para una ocasión así.

—No es necesario. —Agitó una mano por encima del hombro—. Puedes continuar. Mantente lejos del camino de los vagabundos.

Algo bueno que tenían los soldados de Nizahl mayores era que se mostraban menos propensos a las bravuconadas y a las despiadadas tácticas de interrogatorio que aplicaban sus compañeros más jóvenes. Agaché la cabeza en señal de gratitud y pasé a toda velocidad junto a él.

Unos minutos después, entré en el refugio de Raya. Por el aroma de la cera, no había pasado mucho tiempo desde que se había acostado la última chica. Aliviada al ver que habían olvidado mi cumpleaños, me quité las botas en la puerta. Raya se había reunido ese día con los comerciantes de telas. Negociar siempre la dejaba de mal humor. El único reconocimiento por mi cumpleaños sería un desayuno de fetir mantecoso y hojaldrado con melaza por la mañana.

Cuando abrí la puerta de mi cuarto, me recibió una ráfaga de calor. Por el pelo bendito de Baira, otra vez no.

—Raya te va a arrancar la piel a tiras. Falta una semana para la walima.

Marek parecía absorto frente a la hoguera, atizando las brasas con una varilla fina. El cabello dorado le brillaba bajo el resplandor. Junto a las herramientas de costura de Sefa yacía un revoltijo de tela y el inicio de lo que podría ser un vestido.

—Eso es —dijo Sefa mojando un trozo de carne chamuscada en el caldo—. Estoy ahogando mis penas en caldo robado por la maldita walima. ¡Mira este vestido! Es un vestido del que los demás se reirían.

—¿Qué está haciendo Marek con el fuego? —pregunté optando por ignorar sus problemas con la ropa. A la mañana siguiente, Sefa le entregaría a Raya un vestido perfecto con una sonrisa y los ojos inyectados en sangre. Formarse con una de las mejores modistas de Omal no estaba al alcance de quienes se doblegaban bajo presión.

—Está intentando tostar sus malditas semillas. —Sefa olfateó—. Hemos hecho que tu habitación huela a cocina de taberna. Lo siento. En nuestra defensa, nos hemos reunido para lamentar una terrible pérdida.

—¿Una pérdida? —Me senté junto al pozo de piedra y me froté las manos frente a las llamas crepitantes.

Marek me pasó uno de los cálices privados de Raya. Esa mujer iba a despellejarnos como si fuéramos venado.

—Ignórala. Solo queríamos aprovecharnos de tu chimenea —dijo—. Estoy seguro de que Yuli está enseñando a su rebaño a matarme. Hoy casi me tiran a un canal.

—¿Has hecho algo para enfadar a Yuli o a los bueyes?

—No —repuso Marek con aire apesadumbrado.

Hice rodar el cáliz entre las palmas y entorné los ojos.

—Marek.

—Puede que usara los establos de los caballos para… entretener… —dejó escapar un suspiro de sufrimiento— a su hija.

Sefa y yo gemimos al mismo tiempo. No era la primera vez que Marek se metía en problemas buscando una sonrisa coqueta o una

palabra amable. Era absurdamente guapo, de cabello rubio y ojos verdes, y poseía una delgadez que ocultaba su verdadera fuerza. Para compensar su aspecto, había decidido convertirse en aprendiz de Yuli, el granjero más exigente de Mahair. Al pasar los días cargando carretas y pastoreando bueyes, Marek se había vuelto indispensable para cualquier comerciante del pueblo. Había logrado ganarse su respeto porque existían pocas cosas en Mahair que se valoraran más que unas manos encallecidas y una frente perlada de sudor.

También era el motivo por el que toleraban la hilera de corazones rotos que iba dejando a su paso.

Como no quería seguir siendo ignorada, Sefa prosiguió:

—¡Tu juventud, Sylvia! ¡Estamos lamentando la pérdida de tu juventud! A los veinte años estás viviendo menos aventuras que los chavales del pueblo.

Me terminé el agua y le tendí el cáliz a Marek para que me sirviera más.

—Vivo muchas aventuras.

—No hablo de cuántas veces puedes matar a tu higuera antes de que perezca para siempre —resopló Sefa—. Si me hubieras acompañado la semana pasada a soltar a los gallos del gallinero de Nadia…

—Nadia te ha prohibido la entrada a su tienda de por vida —intervino Marek. Qué osadía la suya al interrumpir a Sefa en mitad de una diatriba. Recogió una semilla ennegrecida y se la pasó de una mano a la otra para enfriarla—. Deja en paz a Sylvia. No hay un único tipo de aventura.

A Sefa se le dilataron las fosas nasales, pero Marek ni se inmutó. Se comunicaban de esa extraña forma silenciosa propia de quienes están unidos por algo más fuerte que la sangre y más firme que una crianza compartida. Lo sabía porque había sido testigo de cientos de conversaciones mudas entre ambos a lo largo de los últimos cinco años.

—No estoy matando a mi higuera. —Me levanté—. Estoy cultivando su espíritu de luchadora.

—No me mires así —le dijo Marek a Sefa con un suspiro—. Perdón por haberte interrumpido. —Alzó una semilla agrietada.

Sefa dejó la mano colgando en el aire durante cuarenta segundos antes de coger la semilla.

—¿Me ayudas a hacerle el dobladillo a esta manga?

Con una sonrisa pícara, Marek le mostró las palmas sucias de hollín. Sefa puso los ojos en blanco.

Observé ese último intercambio con desconcierto. Nunca dejaría de asombrarme la facilidad con la que existían el uno al lado del otro. Su inusual devoción había provocado curiosidad entre las demás pupilas del refugio. Marek se había partido de la risa la primera vez que una joven le preguntó si Sefa y él tenían pensado casarse.

—Sefa no se va a casar con nadie. Nos queremos de un modo distinto.

La pupila había batido las pestañas porque Marek era el único chico del refugio y su rostro lo condenaba a pasarse la vida arrancando suspiros melancólicos a su paso.

—¿Y tú qué? —inquirió la pupila.

Sefa, quien estaba sonriendo mientras tejía en una esquina, se había puesto seria. Solo Raya y yo apreciábamos la tristeza con la que miraba a Marek, la culpa que se ocultaba en sus ojos marrones.

—Estoy ligado a Sefa en espíritu, no en el lecho. —Marek le agitó el pelo a la joven, quien gritó y le dio un manotazo—. La seguiré a donde vaya.

Para subrayar aún más su locura, la pareja me había acogido alegremente en cuanto Rory me dejó en la puerta de Raya. Yo era casi una salvaje con pocas aptitudes para la amistad, pero eso no los disuadió. No me estaba adaptando bien a la aldea omaliana, desconcertada por sus costumbres y creencias más sencillas. «Frótate entre los hombros y morirás de manera prematura». «Come con la mano izquierda el primer día del mes». «No cruces las

piernas en presencia de ancianos». «Sé la última persona en sentarte a la mesa y la primera en levantarte». Tampoco ayudaba que mi piel bronceada fuera unos tonos más oscura que su típica tez olivácea. Me mimetizaba mejor con los orbanianos, puesto que en el reino del norte se pasaban la mayor parte del día al sol. Cuando Sefa se había dado cuenta de que evitaba vestir de blanco, había colocado su mano oscura junto a la mía y me había dicho: «Tienen envidia de que absorbiéramos todo su color».

En casa, las cosas no eran mucho más sencillas. En el refugio, todos tenían una historia horripilante que los atormentaba en sueños. El hecho de que estuviera a punto de darle un puñetazo en la nariz a otra pupila cuando esta había intentado abrazarme tampoco contribuyó a mi buena imagen. A pesar del sermón de dos horas que me había echado Raya, el incidente dejó clara mi aversión al contacto físico.

Por alguna razón inconcebible, Sefa y Marek no se habían asustado. Sin embargo, Sefa parecía demasiado preocupada por su nariz.

Colgué la capa con delicadeza en el armario y pasé el dedo por el cuello carcomido por las polillas. No sobreviviría a otro invierno, pero se me formaba un nudo en la garganta cuando pensaba en tirarla. La gente de mi condición no podíamos permitirnos desarrollar apegos emocionales. En cualquier momento, alguien podría apuntarme con una espada al grito de «jasadí» y poner fin a mi falsa identidad y a la vida que había construido alrededor de esta. Me aparté de la capa y cerré el puño. Tenía que arrancar la tristeza de raíz antes de que extendiera las ramas. Una huérfana normal de Mahair podría aferrarse a esta capa desgastada, lo primero que había comprado con el dinero que tanto le había costado ganar.

Una fugitiva del reino calcinado no.

Giré las palmas de las manos hacia arriba para probar los grilletes de plata que me rodeaban las muñecas. Aunque eran invisibles para cualquier ojo que no fuera el mío, había tardado mucho en dejar de emparanoiarme cada vez que alguien posaba la mirada en esa zona.

Se flexionaban con mis movimientos como si fueran una especie de segunda piel, y solo mi magia atrapada podía moverlos y apretarlos a su antojo.

Esa magia me marcaba como jasadí. Era el motivo por el que Nizahl había creado perímetros en los bosques y enviado a sus soldados a patrullar por los reinos. Me había pasado la mayor parte de mi vida resentida con los grilletes. ¿Era justo que nos sentenciaran a los jasadíes por nuestra magia cuando yo ni siquiera podía acceder a la fuente de mi condena? Mis poderes llevaban atrapados en esos grilletes desde que era pequeña. Supongo que mis abuelos no previeron que iban a morir y que quedarían aferrados a mí para siempre.

Escondí el regalo de Rory en el armario bajo los pliegues del más largo de mis vestidos. Las pupilas rara vez nos arriesgábamos a desatar la ira de Raya robando, pero la desesperación provocada por un duro invierno podía convertir en ladrón a cualquiera. Acaricié uno de los guantes y sentí un intenso cariño en el pecho. ¿Cuánto se habría gastado Rory, a pesar de que sabía que tendría pocas oportunidades de usarlos?

—Queríamos enseñarte algo —dijo Marek. Su voz me trajo de vuelta a la realidad y cerré el armario de un portazo, regañándome a mí misma. ¿Qué más daba cuánto se hubiera gastado Rory? Cualquier cosa que no necesitara para sobrevivir sería desechada o vendida, y estos guantes no eran ninguna excepción.

Sefa se levantó y se alisó la tela del regazo. Resopló al ver mi expresión.

—Por la tumba mancillada de Rovial, mírala, Marek. Cualquiera podría pensar que tenemos planeado enterrarla en el bosque.

—¿Y no es así? —preguntó Marek con el ceño fruncido.

—Quedáis los dos desterrados de mi habitación. Para siempre.

Los seguí al exterior y pasamos por delante de las hileras de ropa tendida y el lamentable jardín. Construido en lo alto de una colina cubierta de hierba, el refugio de Raya vigilaba todo el pueblo hasta la carretera principal.

La mayoría de las casas de Mahair estaban apiladas unas sobre otras en forma de edificios robustos de tres pisos, cuyas paredes presentaban profundas grietas y parecían a punto de desmoronarse. Los aldeanos criaban animales en los tejados y se aseguraban así un suministro constante de pollos y conejos que les permitía sortear la escasez de alimentos mensual. El ganado deambulaba por los campos que bordeaban el bosque Essam, cercado por la muralla kilométrica que rodeaba Mahair. Al otro lado de la muralla, la oscuridad dominaba toda la extensión del bosque Essam. La luz de la luna desaparecía detrás de los árboles y se perdía en la negrura del horizonte.

Delante de mí, Marek y Sefa evitaban mirar el bosque. Habían llegado a Mahair con dieciséis años, dos años antes que yo. No sabía si habían adoptado las peculiares costumbres de Mahair o si dichas prácticas estaban más extendidas de lo que yo pensaba.

El día después de mi salida del Essam, me había pasado la noche sentada en la colina, contemplando el lugar exacto en el que los farolillos de Mahair desaparecían en el vacío del bosque. Escapar del Essam había estado a punto de acabar con mi vida. Quería confirmarme a mí misma que esta aldea y el techo que tenía sobre la cabeza no eran una cruel pesadilla y que, en cuanto cerrara los ojos, no los abriría de nuevo bajo un cielo sin estrellas al oír el crujido de las ramas.

Raya había salido del refugio hecha una furia y me había arrastrado al interior, donde me había echado un sermón sobre los riesgos de mirar directamente al bosque Essam y atraer a espíritus malévolos de la oscuridad. Como si mi sola atención pudiera convocarlos.

Me había pasado cinco años viviendo en ese bosque. No me daba miedo la oscuridad. En lo que no podía confiar era en todo aquello que quedaba fuera de los confines del Essam.

—¡Mirad! —anunció Sefa señalando una maraña de plantas.

Nos detuvimos en la parte trasera del refugio, justo donde había escondido la pequeña higuera que le había comprado a un mercader

lukubí en el último mercado. No estaba segura de por qué lo había hecho. Cuidar una planta me recordaba a Jasad, era algo con raíces que no podría llevarme conmigo en caso de emergencia…, una vergüenza. Otra señal de la debilidad que había permitido que se asentara en mí.

Las hojas de mi higuera colgaban con aire lastimero. Hurgué la tierra. ¿Se estarían burlando de mi técnica de plantación?

—No le gusta. Te dije que tendríamos que haberle comprado una capa nueva —suspiró Marek.

—¿Con qué dinero? ¿Acaso ahora eres rico? —Sefa me miró fijamente—. ¿No te gusta?

Observé la planta con los ojos entornados. ¿La habían regado durante mi ausencia? ¿Qué era lo que se suponía que tenía que gustarme? Sefa crispó el rostro, así que me apresuré a decir:

—¡Me encanta! Es… maravilloso, en serio. Gracias.

—Ah. No lo has visto, ¿verdad? —Marek se echó a reír—. Sefa ha olvidado que ella es del tamaño de un dedal y lo ha ocultado de tu vista.

—¡Tengo una estatura media! No puedes culparme por ser amiga de una mujer que es lo bastante alta para hacerle cosquillas a la luna —protestó Sefa.

Me agaché junto a la planta. Detrás de la cortina de hojas amarillentas, vi una cesta de paja entretejida con una docena de caramelos de semillas de sésamo. Me encantaban esos cuadraditos quebradizos rompedores de dientes. Siempre me aseguraba de comprar algunos en el mercado si había ahorrado lo suficiente para poder permitírmelos.

—Y los han hecho con miel de la buena, no de la terrosa —agregó Marek.

—Feliz cumpleaños, Sylvia —dijo Sefa—. Por cortesía, me abstendré de abrazarte.

¿Primero Rory y ahora esto? Carraspeé. En un pueblo de estómagos vacíos y campos moribundos, cualquier gesto de amabilidad tenía un coste.

—Solo queríais verme sonreír con los dientes llenos de sésamo.

Marek rio.

—Ah, sí. Has descubierto nuestro gran plan. Queríamos arruinar esa sonrisa que surge una vez cada quince años.

Le di una leve colleja. Era todo el contacto físico que podía soportar, pero expresaba mi gratitud.

Volvimos al refugio y nos acomodamos alrededor de la chimenea ya apagada. Marek rebuscó entre las cenizas con la esperanza de encontrar alguna semilla que se hubiera salvado. Sefa se recostó en el suelo con los pies sobre la pierna de Marek.

—¿Arin o Felix?

Me dejé caer en la cama y emprendí la tediosa tarea de desenredarme los rizos de ese nudo enmarañado que pretendía ser una trenza. Había guardado los caramelos de semillas de sésamo a salvo en mi armario. Los regalos no podían haber llegado en mejor momento. En cuanto Sefa y Marek se quedaran dormidos, cogería todo lo necesario para mi viaje de vuelta al bosque.

—Son los nombres de los herederos de Nizahl y Omal.

—Sylvia —insistió Sefa lanzándome una semilla a la frente—. Te han seleccionado para asistir al Baile de la Victoria del brazo de uno de los herederos. ¿Arin o Felix?

Marek gimió y se tapó los ojos con el codo. Tenía hollín en las comisuras de los labios. Ninguno comprendíamos por qué a Sefa le gustaba tanto soñar con intrigas en cortes lejanas. Aseguraba que disfrutaba de la estética del romance, pese a no creer en él. Se había desposado con el espíritu aventurero de muy pequeña, en cuanto se dio cuenta de que las locuras de la lujuria y el amor no tenían ningún poder sobre ella.

Suspiré y cedí al juego de Sefa. Felix de Omal no reconocería el trabajo duro ni aunque se postrara ante sus zapatos impecables. Había escuchado su discurso tras una cosecha particularmente despiadada. Se había presentado con sus vestiduras hiladas a mano y sus carruajes dorados para pronunciar discursos tan vacíos como el espacio entre sus orejas. Peor aún, había dado rienda suelta a los

soldados de Nizahl y reservado su férrea resistencia a la intrusión para las clases altas de la sociedad omaliana.

—Felix es un cobarde incompetente y cree que las aldeas bajas están pobladas por salvajes —resopló Marek dando voz a mi opinión—. Ni siquiera me fiaría de él para hervir agua. Al menos, los demás herederos son inteligentes, aunque sean igual de despreciables.

Al oír lo de «despreciables», mis pensamientos vagaron a Arin de Nizahl, el único hijo del supremo Rawain.

De cabello plateado, despiadado, heredero y comandante de las inigualables fuerzas de Nizahl, llevaba desde los trece años entrenando a soldados que le doblaban la edad. Siempre había pensado que la sed de sangre del supremo Rawain no tenía parangón, puesto que su amable corazón había sido el responsable del asesinato de mi familia, tras quemar Jasad hasta los cimientos y obligar a esconderse a todos los jasadíes supervivientes. No obstante, si los rumores sobre su heredero eran ciertos, podía sentirme agradecida de que Arin no fuese más que un adolescente durante el asalto. Con el heredero de Nizahl a la cabeza, dudaba que hubiera logrado sobrevivir ni un solo jasadí.

La presencia constante de soldados de Nizahl era algo común en los cuatro reinos. Un síntoma incurable de su supremacía militar. No obstante, la imagen del heredero fuera de sus tierras presagiaba la condena: implicaba que había encontrado un cúmulo de jasadíes o una fuente de magia de gran magnitud. Reprimí un escalofrío. Si Arin o Nizahl se acercaran a menos de un día a caballo de Mahair, me esfumaría con mayor rapidez que el alcohol en un funeral.

—¿Sylvia? —preguntó Marek. Tanto él como Sefa mostraban sus habituales expresiones de preocupación. Me habían caído pelos negros en el regazo al soltarme la trenza. Los enrollé en una bola y los lancé a la chimenea, donde los observé convertirse en cenizas.

—Lo siento —dije—. Se me ha olvidado la pregunta.

Como de costumbre, pensar en Nizahl había despertado un odio visceral en mi interior. Ya no era capaz de arrojar magia en arrebatos

de emoción, solo me quedaba la fantasía. Me imaginé cara a cara con el supremo Rawain en el reino que había devastado. Le clavaría el cetro en las partes más blandas de su estómago y contemplaría cómo la crueldad abandonaba sus ojos azules. Lo dejaría plantado en las escaleras del palacio caído para que los espíritus de los muertos de Jasad se dieran un festín con él.

—Ah, sí, un heredero. —Me tomé una pausa—. Sorn.

—¿El heredero de Orban? —inquirió Sefa con las cejas enarcadas—. ¿Te gusta el salvajismo? ¿Tienes hambre de peligro?

Le guiñé el ojo.

—¿Qué peligro puede suponer un salvaje?



CAPÍTULO DOS

Mucho después de que toda la gente decente estuviera dormida, salí del refugio.

Rodeé la cesta con ambos brazos mientras bajaba la colina a toda velocidad. La capucha me cubría la frente. Los rizos, acumulados en la nuca, me protegían del viento helado. Odiaba marcharme del refugio sin trenzarme el pelo, puesto que mi cortina de rizos era el arma perfecta para cualquier enemigo que quisiera hacerme girar por los aires como un lazo para atrapar reses. La visita improvisada de Marek y Sefa me había obligado a ajustar el horario.

La noche había caído sobre Mahair y una densa niebla flotaba entre las tiendas cerradas. En tres horas, Yuli despertaría a los chicos que dormían en el establo para que limpiaran el suelo y soltaran a las vacas para que pastaran. Los niños harían cola ante la panadería con bandejas de madera caladas cargadas al hombro para llevar el desayuno a sus familias. Mahair, como el resto de Omal, tenía más vida durante el día.

Me detuve al final de la colina y observé el sendero. Vivíamos justo detrás del camino de los vagabundos, pero estos sabían que más les valía no meterse conmigo. Los soldados eran el auténtico problema. No podía arriesgarme a toparme de nuevo con la patrulla. Solo cambiaban de turno dos veces: al amanecer y al anochecer.

Tras asegurarme de que el camino estaba despejado, agarré bien la cesta y seguí andando. Las ruedas de una carreta habían dejado surcos profundos en el suelo. Caminé por encima de su rastro, ocultando mis pisadas en la tierra ya revuelta. Una preocupación algo estúpida, teniendo en cuenta el rígido horario de sueño de Mahair. Había pocas casas y establecimientos que se molestaran en invertir en faroles exteriores y, si lo hacían, optaban por los que tenían forma de concha y usaban el aceite justo para iluminar su entorno inmediato. El único farol de toda la calle colgaba de un balcón a seis edificios de distancia.

Lo que recordaba de mi infancia en Jasad no llenaría el bolsillo de un pobre, pero sabía que éramos gente nocturna. Al igual que no había dos pueblos idénticos en Omal, cada vilayato de Jasad tenía unas costumbres ligeramente diferentes. Por las noches, las hijas de las familias adineradas cambiaban sus galas por ropa de calle y se perseguían durante kilómetros. Los hombres se reunían para tomar el té y jugar a juegos de mesa, y sus risas y gritos de alegría se oían por toda la calle. Y, en cada vilayato, la magia impregnaba el aire. Animaba el cielo, retumbaba en la tierra. Nací en un lugar donde la magia significaba dicha. Celebración y seguridad.

Crucé la calle perdida en mis pensamientos. Un higo chumbo cayó de debajo de la manta que había arrojado sobre la cesta.

—Por el hacha sangrienta de Dania —maldije recogiendo la condenada fruta con el borde de la túnica.

Los caramelos de semillas de sésamo habían aumentado el volumen de los suministros de emergencia de esta semana. ¿Por qué los había metido en la cesta? Como si fuera a estar de humor para dulces si surgía la necesidad repentina de huir de Mahair. Me imaginé dándome un capricho mientras me escondía en un desfiladero lleno de cenizas de muertos.

Un muro medio desmoronado de ladrillos, barro y paja separaba Mahair del bosque. Palpé con cautela una piedra angular. Una nube de polvo brotó por la presión. Malditos fueran los awalín. A veces odiaba este sitio.

Los muros eran una reliquia de los tiempos pasados, cuando los monstruos acechaban en las fronteras de los reinos y se alimentaban de los rastros de magia que quedaban entre los árboles. Eran unas criaturas aterradoras con cuernos más largos que mi brazo y unas colas como espadas afiladas. Unos monstruos más pensativos, con rostros encantadores y una mano que te atraía dulcemente hasta tu horrible final. La magia había plagado el Essam durante la mayor parte de su existencia y, donde había magia, aparecían monstruos.

Si los monstruos hubieran querido entrar en el pueblo, no los habría detenido un simple muro, pero supongo que proporcionaba cierta sensación de seguridad a las gentes de Mahair. Limpié el polvo que cubría las palabras grabadas en la piedra caliza.

«QUE PODAMOS VIVIR LAS VIDAS QUE SE LES NEGARON A NUESTROS ANTEPASADOS».

Mi abuela me había contado que los monstruos ya estaban desapareciendo cuando Nizahl descendió sobre el bosque en oleadas poderosas y aplastantes treinta y tres años atrás. El asedio fue largo y letal. Los monstruos huyeron a las aldeas que se encontraban cerca de la linde del bosque y masacraron a poblaciones enteras.

Me acerqué al muro y seguí moviéndome. La purga de monstruos no fue la primera campaña de Nizahl contra la magia, pero sí la más efectiva. Para los demás reinos, tener que enterrar a sus muertos no fue una consecuencia del asalto mal planeado del anterior supremo, sino de la magia misma. La magia engendraba monstruos y los monstruos mataban sin discriminación.

Aquello supuso la primera señal de la condena de Jasad.

Me separé del muro para pasar entre los montones de paja que bloqueaban el camino. Los niños solían entrar sigilosamente en el Essam, así que habían colocado obstáculos al azar alrededor del pueblo para mantenerlos dentro.

Un burro ahuyentó perezosamente a una mosca de su oreja y abrió las enormes fosas nasales al verme. ¡Por fin! Exhalé al ver una grieta entre las hileras de ladrillos. Prefería usar el muro que había detrás del camino de los vagabundos, pero el encuentro con el

soldado de Nizahl me había puesto nerviosa. A esas horas, era más difícil quitarse de encima una patrulla que librar a un perro de sus pulgas. La cesta apenas cabía por el agujero; sin embargo, así podía adentrarme en el bosque sin necesidad de arriesgarme a usar el camino principal.

El burro rebuznó, irritado por mi prolongada presencia. Me dio un vuelco el corazón y me apresuré a meter la cesta por la grieta. Alguien podría asomar la cabeza para comprobar si había algún intruso y verme merodeando por el terreno.

Era la excusa que me puse a mí misma para estar a punto de arrancarme el brazo al pasar todo el cuerpo por el agujero. No tenía nada que ver con la antigua superstición jasadí que aseguraba que los burros rebuznaban al ver un espíritu maligno. En absoluto.

Cogí la cesta y continué hacia el bosque. Esquivé las ramas y los charcos de barro y estuve a nada de chocar contra un árbol. Detestaba la excursión mensual al desfiladero cargada con la comida que era menos probable que se echara a perder entre la maleza húmeda. En especial durante el invierno, cuando el viento desataba su venganza particular sobre mi capa raída.

Llegué a la hilera de árboles marcados con el cuervo de Nizahl. Iba contra las reglas cruzar la línea sin permiso explícito. Nadie en su sano juicio se arriesgaría a traspasarla y proporcionar a los soldados aburridos y sedientos de sangre una excusa para atacarlos.

El cuervo me miró. Una punzada de incomodidad me atravesó el estómago. De repente, era plenamente consciente del silencio del bosque, de su impenetrable oscuridad.

Si no me hubiera pasado cinco años de mi vida viviendo en ese bosque, me habría dado la vuelta y regresado directa a Mahair.

—Crees que eres la criatura más aterradora de este bosque, pero te equivocas —le dije al cuervo—. Soy yo.

Sosteniendo la cesta con más fuerza, atravesé la hilera de árboles marcados y seguí andando. Esta excursión, y por lo tanto el traspaso, era algo necesario. Vivía a pesar de la voluntad de quienes querían verme muerta por la magia que me corría por las venas. No

importaba que mis venas fueran el único lugar en el que esta existía. Con los grilletes, ni siquiera podría aplastar un mosquito con mis poderes, mucho menos usarlos para defenderme.

Me miré las muñecas. Los grilletes relucían con un presuntuoso brillo plateado.

Rodeé una zona de musgo húmedo y mi pie no encontró la tierra. Un grito surgió y murió en mis labios cuando el suelo cedió.

—Uf.

Saqué la bota goteante del barro. Todavía faltaban cinco kilómetros para llegar al desfiladero. Con un suspiro, me cambié la cesta de brazo. Iba a tener que darme prisa si quería volver antes de que Raya hiciera su revisión matutina.

A medida que me adentraba en el bosque, se me fueron relajando los músculos. Las arrugas de mi frente y la tensa curvatura de mis labios se calmaron. El bosque… me conocía tan bien como yo a él. Las ramas parecían ondearse a modo de saludo sobre mí. Una banda de lagartijas blancas pasó corriendo junto a mi pie y los pequeños reptiles subieron por un árbol. Un ligero aroma a putrefacción flotaba en la neblina y resaltaba los matices más cálidos de la madera y el rocío.

Tarareé una alegre melodía lukubí que había oído en el duqan y repasé mis tareas para el día siguiente. Los preparativos para la walima habían sumido a Mahair en un frenesí. La celebración del Alcalah no era un asunto menor. Me estremecí al pensar en la afluencia de desconocidos que había inundado el pueblo durante la última walima, tres años antes. Me había costado mucho contenerme para no huir al bosque hasta que terminara.

Noté un chapoteo en el tobillo cuando un caramelo de semillas de sésamo cayó de la cesta y aterrizó en el charco. Por los cuernos retorcidos de Kapastra, esos caramelos eran una maldición. Me agaché y arrugué la nariz al percibir el olor a excremento y lluvia. Quizás podría dejarles ese a las moscas.

Me enderecé con la cesta en la mano… y me encontré cara a cara con el soldado de Nizahl de la calle de Zeinab.

Se me ralentizó el corazón. Cada latido me retumbaba en los oídos.

—Sylvia, aprendiza del boticario Rory, curandera de la pobre anciana Aya. ¿Es correcto?

Por una fracción de segundo, mientras colapsaban la seguridad del bosque y el terror de haber sido descubierta, pensé: «¿Quién es Sylvia?».

Una sonrisa de superioridad le tiró de los labios. Estaba esperando a que mintiera. Mi aspecto físico no bastaba para condenarme como jasadí. Necesitaba algo más y, al colarme por el muro, se lo había puesto en bandeja. Ahora quería que lo entretuviera con cualquier excusa torpe intentando explicar por qué me había aventurado al otro lado de los árboles de los cuervos en mitad de la noche con una cesta llena de comida.

La determinación, una vez asentada, me resultó reconfortante. El miedo se disipó. Hacía mucho tiempo que no mataba nada más grande que una rana en el bosque.

Me erguí en toda mi estatura y miré al soldado de frente.

—Así que no eres un cobarde.

—¿Cómo dices? —preguntó parpadeando.

Adopté un tono ligero e informal.

—No estaba segura. Lo único decente que puedo decir de los de tu calaña es que morís jóvenes. Y, sin embargo, aquí estás, con la edad reflejada en las arrugas de tu piel. O bien eres un cobarde, o bien eres demasiado listo para tu propio bien. —Mientras hablaba, me desabroché la capa, la doblé con cuidado y la dejé sobre la cesta—. Me has visto. Y me has seguido lo bastante lejos para que nadie pueda oírme gritar.

El soldado de Nizahl permaneció imperturbable.

—Aunque te oyeran gritar, nadie acudiría en tu ayuda. A nadie le importan los gemidos de la escoria jasadí.

Cerré los ojos brevemente. Con esas últimas dos palabras, el soldado había acabado con las pocas posibilidades que le quedaban de salir con vida de este bosque. Ahora ya no tenía sentido fingir

inocencia. Una vez pronunciada la acusación de jasadí, solo podía ser absuelta por un tribunal nizahliano. Este soldado me metería en la parte trasera de una carreta y me arrastraría a Nizahl. Yo no necesitaba ninguna mano para contar el número de jasadíes que sobrevivían al juicio. Con los años, me había enterado de que la mayoría ni siquiera llegaban con vida al destino. Los detenidos fallecían en convenientes accidentes o en represalias contra ataques «sin motivo aparente».

El soldado no había apartado la mano de la empuñadura de la espada.

—¿No vas a intentar negarlo siquiera?

Moví los pies. Levemente, solo para confirmar el tacto frío de la empuñadura de mi daga contra el tobillo.

—¿Serviría de algo?

Desenvainó la espada y me apuntó al pecho.

—Ríndete pacíficamente y te enfrentarás a un juicio justo en los tribunales de su sabiduría, el supremo Rawain.

—¿De verdad? —Reí—. Hace tan solo un par de meses, un mercader orbaniano que traficaba ilegalmente con partes del cuerpo de jasadíes fue llevado a un juicio justo ante los tribunales de tu supremo. Confesó haber triturado y vendido huesos de jasadí a quienes ansiaban ingerir restos de magia. Sus clientes, todos con el cerebro del tamaño de una pulga, creían que los restos de los jasadíes estaban repletos de propiedades curativas. Tu adorado tribunal dejó libre al mercader con una advertencia y una carcajada. Ayudaba a la gente a comer jasadíes y salió impune.

La expresión del soldado no flaqueó. Por supuesto que no. Solo había oído gemidos de escoria jasadí.

Estiré el cuello.

—Identifícate, soldado. Me gustaría conocer el nombre que he de grabar en tu tumba.

—Este es el último aviso. Ríndete. Y, si intentas usar la magia contra mí, debes saber que serás sancionada con la ejecución.

—Al final resulta que eres un nizahliano idiota.

El soldado atacó blandiendo la espada en un potente arco. Impresionante. Si hubiera impactado, me habría cercenado la cabeza con un corte limpio.

Hacía mucho tiempo que no luchaba para matar, pero mis instintos seguían en plena forma. Me abalancé sobre el soldado, le agarré el brazo con el que sostenía la espada y lo estrellé contra mi rodilla. Sus dedos sufrieron un espasmo. Antes de que pudiera soltar el arma, recibí un golpe en el estómago que me empujó a un lado. Me estabilicé contra un árbol y tosí. Por las tumbas malditas, no iba a ponérmelo fácil.

No había tiempo para recuperarse. La espada pasó a escasos centímetros de mi oreja y estuvo a punto de cortarme el hombro. Me giré en el último instante y el filo se clavó en la corteza del árbol. Saqué la daga que llevaba en la bota mientras él liberaba la espada del árbol.

Atacamos al mismo tiempo.

Me moví con la velocidad vengativa de una avispa esquivando sus ataques mortales. Cada vez que lograba acercarme, me esquivaba. Era una danza de lo más frustrante. Estaba demasiado cerca para lanzarle la daga, demasiado lejos para apuñalarlo. Su espada encontró el borde de mi túnica y el desgarro de la manga interrumpió nuestra respiración agitada.

—¿Por qué no usas la magia? —gruñó—. Los de tu calaña tenéis una ventaja y la desperdiciáis. No os consideraré virtuosos por poseerla.

—Puedes estar tranquilo, me encantaría usar la magia para despellejarte y hervirte los ojos. Virtud. ¡Ja! Tengo muchas debilidades, pero la virtud no está entre ellas.

Envolvió la empuñadura de la espada con ambas manos y la blandió. Trasladé todo el peso a un lado y me apoyé en una rodilla. Antes de que pudiera levantarme, me puso el filo en el cuello. Me agarró del pelo y tiró con tanta fuerza que se me formaron lágrimas en los ojos. Noté su aliento cálido en la mejilla.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo en esa aldea asquerosa engañando a todo el mundo y haciéndoles creer que solo eres una aprendiza? Yo he podido ver la vil mancha de tu magia. Que los de tu especie sigáis existiendo es la prueba de la insidiosa forma en la que os habéis infiltrado en nuestra sociedad. Los jasadíes son la podredumbre de nuestras filas.

Mis grilletes se tensaron. A veces respondían a ciertos insultos o emociones. Las reacciones eran demasiado aleatorias y variadas para que pudiera descifrar el patrón. Lo único que hacían era recordarme que la magia existía debajo de mi piel, pero que me era imposible acceder a ella.

Si hubiera podido meterme la mano en el cuerpo y arrancarla, no habría estado ahí sentada, tragando saliva con una espada apuntándome al cuello.

—Pues sugiero que os esforcéis más —dije, y le clavé los dientes en la mano con la que sostenía el arma.

—¡Ah!

Me empujó y me puse de pie. Mechones de mi pelo le colgaban entre los dedos.

Eché un vistazo al cielo. En dos horas, el amanecer iluminaría el horizonte. Mahair se despertaría para un nuevo día y llegaría una pareja diferente de soldados de Nizahl para relevar a la patrulla nocturna. Cuando este soldado no apareciera, sería cuestión de minutos que el caos se desatara en la aldea.

«No estoy lista para marcharme». Ese pensamiento traicionero me llenó la boca de un sabor ceniciento. Llevaba tiempo acumulando comida en un desfiladero maloliente con el propósito expreso de prepararme para una situación como esta. La vacilación era un lujo que rara vez me permitía. Se suponía que Mahair no iba a ser mi residencia permanente. Había escapado de ese bosque cinco años antes con las manos ensangrentadas y un objetivo claro: no volver a quedarme atrapada nunca.

Pero no sería este soldado quien me expulsara de la aldea. No se ganaría ese honor.

Le di una patada veloz con todas mis fuerzas en el hueco del codo. Aulló cuando mi bota golpeó el hueso. Se le cayó la espada. Me propinó un potente golpe en la cabeza; aun así, torcí la barbilla para prepararme. Me lancé hacia delante y le hundí la daga en la parte baja del vientre. No podía haber entrado en un ángulo peor. Rápidamente, la arranqué a través de piel y músculo y lo abrí de cadera a cadera. Una herida intestinal leve lo dejaría retorciéndose y agonizando durante horas, y no era de las que encontraban placer en la tortura.

Se tambaleó y gritó a través de la sangre que empezaba a inundarle la boca. Se llevó las manos a la mancha roja que le brotaba de la herida. Cayó de rodillas.

—Puedes dar gracias porque, una vez muerto, nadie intentará vender tus huesos para preparar un caldo sustancioso. —Hice una mueca al ver la daga ensangrentada. Hacía mucho que no experimentaba tanta emoción.

—En… encontrarán mi… cuerpo. —Escupió una bocanada de sangre en mi bota—. No escaparás… del juicio.

Me escocían los ojos secos al cerrarlos. Incluso al borde de la muerte, este soldado se consideraba moralmente superior. ¿Porque él no tenía magia? ¿Porque había nacido en un hogar nizahliano y yo en uno jasadí?

Si supiera la verdad… Si fuera capaz de creerlo.

—¿A cuántos más… has ma-matado? ¿Cuántos? —jadeó.

El secreto me golpeó el interior de los dientes, ansioso por salir a atacar.

Limpié la daga con el trozo de manga que había rasgado y me los guardé en la bota.

—No tantos como esperarías. ¿Crees que me da miedo el juicio de Nizahl? —Di un paso hacia el soldado rechazando sus débiles intentos de contenerme. Posé las manos a ambos lados de su rostro, acunándolo—. Tus soldados no pueden llevarme a tu reino ni presentarme ante un tribunal porque no existo. Según vuestros registros históricos, morí hace casi diez años. Perdí la vida abrasada

junto a mis abuelos y un puñado de personas más. Creo que se llevaron mi corona para exhibirla como monumento de guerra. Dime, ¿cómo pueden los muertos ser juzgados por los vivos?

Me miró un instante sin comprender nada antes de que la sangre que le quedaba en el rostro se esfumara.

—Imposible. Mientes.

—A menudo —sonreí sin rastro de buen humor.

—La heredera de Jasad falleció en la Cumbre Sangrienta. Todos vieron cómo las llamas la consumían junto al malik y la malika. No puedes ser ella. Se quemó.

—Estás en lo cierto, soldado —confirmé—. En efecto, la heredera de Jasad ardió en la Cumbre Sangrienta. Ella era mejor persona, propensa a conceptos como el honor y la virtud. Ella habría intentado salvar a los suyos. Protegerlos de gente como tú, a pesar de que eso conllevara su propia destrucción.

»Pero tu supremo la mató. —Pasé un dedo por la mejilla del soldado—. Y Sylvia la reemplazó. Yo no curo. No lidero. —Tensé las manos y retorcí bruscamente. El crujido del cuello del soldado resonó en el bosque silencioso—. Y, a diferencia de ella, a mí se me da de maravilla mantenerme con vida.

Cayó hacia delante y su cuerpo impactó contra el suelo con un golpe sordo.

Permanecí junto a él el tiempo que me llevó calmar la respiración. Estaba muerto. No iba a delatarme. Lo había matado.

«Por la tumba mancillada de Rovial, he acabado con un soldado de Nizahl».

Miré al cielo y estuve a punto de gritar. Me quedaba media hora como máximo antes de perder el amparo de la oscuridad.

Hojas secas volaron sobre la espalda sin vida del soldado. Carecía de las herramientas y el tiempo necesarios para cavar una tumba y no podía dejarlo ahí, pues los soldados de Nizahl recorrerían todas las aldeas bajas de Omal en busca del asesino. Hasta el desfiladero, por escondido que estuviera, podía verse comprometido. Solo se me

ocurría un modo de evitar que cayeran sobre nosotros como un enjambre letal.

Agarré al soldado por el hombro y le di la vuelta.

—Anoche te bebiste tu peso en cerveza. Te adentraste demasiado en el bosque y tropezaste con el río. Todo el mundo sabe que hay que andarse con cuidado por las riberas y tú no tuviste ninguna precaución. Solo hace falta un paso en falso. Te encontraron flotando en el agua, probablemente cerca de los diques del sur, con el cuerpo destrozado por las rocas que hay bajo el cauce.

No era el peor plan, pero tampoco el mejor. Me agaché en cuclillas y apreté los labios. Necesitaba tiempo para camuflar sus heridas y arrastrarlo hasta el río, y había al menos tres kilómetros desde nuestra posición actual hasta la ribera más próxima. Aunque consiguiera colocarlo entre las rocas antes del cambio de turno de los soldados, no lograría volver a Mahair a tiempo. Me descubrirían al otro lado de la línea de los árboles de los cuervos y me arrojarían en la parte trasera de la carreta más cercana para llevarme a Nizahl.

Se me revolvió el estómago. No podía terminar eso sola. Necesitaba ayuda.

Me deslicé la capa sobre los hombros, cogí la cesta y dediqué un último vistazo al cuerpo.

—Volveré.

Acto seguido, eché a correr. Corrí más rápido de lo que había corrido en cinco años. Vivía en el bosque, sí, pero no estaba sola. Convivía con la mujer que me había rescatado después de la Cumbre Sangrienta y me había entrenado para sobrevivir. Una qayida que una vez lideró al ejército de Jasad en incontables batallas antes de ser exiliada. Hanim añadiría una docena de cicatrices nuevas a mi espalda si supiera el riesgo al que me estaba exponiendo.

Me abrí paso entre los árboles respirando con dificultad. Esta vez, no me molesté en evitar el camino principal, no cuando la fortuna había decidido echar por tierra descaradamente todos mis esfuerzos. Corrí colina arriba hasta el refugio y rodeé el jardín. Deseé con todas

mis fuerzas que Marek se hubiera dejado la ventana abierta. Le costaba dormir sin brisa, pero era una noche inusualmente fría.

Apenas un centímetro separaba la ventana del gancho. Sin detenerme para procesar el alivio que me inundó, terminé de abrir la ventana y trepé por la estrecha abertura con el mayor silencio posible. Mis botas dejaron huellas de barro en su alfombra de piel de jabalí.

Me alegré en silencio al descubrir que había dejado a Sefa, ebria, en su cama y se había dormido sobre una pila de abrigos. Intentar despertar a Sefa sin alertar a las demás chicas habría sido una tarea ardua. Dejé la cesta a un lado con las manos temblorosas.

Se me cayó el alma a los pies al contemplar sus siluetas dormidas. Mi amistad con esos dos se había desarrollado en contra de mi voluntad. Me había esforzado mucho en evitar establecer lazos que pudieran romperse en un instante. Lo de esa noche iba a cambiarlo todo. Esa noche, iba a confiar en ellos.

Y, si me equivocaba, perdería Mahair para siempre.

Tiré de la almohada de debajo de la cabeza de Sefa. Abrió unos aterrorizados ojos marrones y se relajó al reconocer mi rostro encapuchado. Con una patada al tobillo de Marek, tuve enseguida un público confundido y somnoliento.

—¿Cómo de rápido podéis correr?



CAPÍTULO TRES

Marek y Sefa contemplaron el cuerpo del soldado. Las hormigas habían trepado por la sangre seca de su barbilla.

Sefa fue la primera en hablar.

—Tu daga funciona muy bien.

—¡Sefa! —espetó Marek.

—¡Es cierto! Trabajas con animales, sabes lo complicado que es hacer un corte tan largo y profundo en el bajo vientre. Y ella lo ha hecho mientras la atacaba. Es impresionante.

—¿Es eso verdad? —quiso saber Marek, con el cabello rubio aplastado—. Lo de que te estaba atacando.

No habían preguntado nada cuando los había sacado de la cama y los había obligado a correr a toda velocidad hasta el bosque. Al pasar la línea de árboles marcados con cuervos, me habían seguido sin vacilar ni un instante. Les debía una parte de la verdad. Al menos, la que podía revelar.

—Sí. Me habría matado si no lo hubiera hecho yo antes. He atravesado la línea de los árboles de los cuervos para buscar unos ingredientes para Rory que había olvidado y no ha aceptado mi explicación. —Señalé su espada caída—. Me llevarán a juicio si no camuflo su muerte como un tropiezo accidental en el Hirun.

La violencia de los soldados de Nizahl requería poca aclaración. Todos habían sentido el azote de su terrible poder en algún momento. Mis amigos no jasadíes no necesitaban saber que me

había acusado de algo más que un simple traspaso de la frontera. Quizás sintieran más simpatía por el soldado si supieran qué clase de mano había acabado con él.

Les describí el plan, consciente de que estábamos librando una carrera contra el amanecer. Todos mis instintos se oponían a permitir que me ayudaran. Si cometían un error, sería mi perdición. Sin embargo, el trabajo en equipo era imprescindible para superar esa noche.

—Manipular el cuerpo no será sencillo. Si dudáis de vuestra tolerancia, podéis esperar detrás de esos árboles. Solo necesito vuestra ayuda para transportarlo hasta el río.

—Este es un mal presagio. Un muy mal presagio. Apenas faltan siete semanas para el Alcalah. ¿No se supone que debe traer prosperidad y buena fortuna? —Sefa parecía sobrecogida por el ángulo antinatural del cuello del soldado—. ¿Y si esto significa que los awalín están más cerca de despertar de su letargo?

—No seas idiota. —Marek se puso a recoger ramas para esparcirlas por la tierra empapada de sangre con una astucia digna de admiración—. El sueño de los awalín es permanente. Si un torneo tan sangriento y aleatorio como el Alcalah pudiera influir en los awalín, habrían surgido de sus tumbas para matarnos hace siglos. —Marek dispersó las ramas con más fuerza de la necesaria. La mención al Alcalah debía de haber abierto una antigua herida. Me pregunté si se habría unido alguna vez a las legiones de competidores que luchaban por el puesto de campeón de su reino—. Piénsalo bien, Sefa. Si al Alcalah o sus campeones tuvieran la capacidad de traer buena fortuna, el supremo lo habría considerado magia y lo habría eliminado después de la guerra. Lo que estamos presenciando aquí es el resultado de la soberbia de un soldado ni-zahliano.

Sefa se estremeció. Con las prisas, tanto Marek como ella habían olvidado coger algo para protegerse del viento. Parecía pequeña y lastimosa. Así no me serviría… La necesitaba lista para la acción.

Le tendí mi capa.

—Intenta no mancharla de sangre.

Cuando me dispuse a acercarme al soldado, una mano me detuvo el paso.

—Sylvia, no puedes pensar que tienes la fuerza necesaria para romperle la espalda a ese hombre. —Marek se cruzó de brazos sobre el pecho—. Te he visto esforzarte para levantar una caja de manzanas.

Me atraganté con una carcajada, aunque no tenía sentido ganar a un juego al que el otro no sabía que estaba jugando.

—Viste lo que quería que vieras. Sefa, por favor, busca tantas piedras pequeñas y afiladas como quepan en los bolsillos de la capa.

—Deja que yo me encargue de esta parte —insistió Marek.

Respiré hondo para reconfortarme y solté el aire por la nariz. Me recordé a mí misma que solo intentaba ayudar.

—Puedo hacerlo. Sola.

Volteé el cuerpo boca abajo en el suelo, le cogí los brazos y le levanté el torso. Sefa se puso verde. No podía culparla. El cadáver estaba de rodillas, alzado por los brazos, y el torso mutilado y manchado de barro apuntaba en su dirección. Era una imagen macabra, sin duda.

—Al menos, no tenemos planeado comérnoslo —refunfuñé para mis adentros. Marek me lanzó una mirada desconcertada.

Sujetándolo firmemente por los codos, coloqué la bota en la base de su espalda. Sefa corrió hacia los árboles tapándose los oídos mientras Marek me observaba con una expresión escéptica.

Una voz siniestra retumbó en mi mente.

En cuestión de horas, puede que hayas destruido la identidad que llevas años labrándote. Ni siquiera eres capaz de proteger tu propia vida patética y carente de sentido, me susurró Hanim al oído.

Mis pensamientos más oscuros siempre llegaban con su voz. Habían pasado años desde la última vez que había escuchado a mi antigua captora. Oírla en ese momento no podía significar nada bueno.

Atraje hacia mí los brazos del soldado. Romperle la espalda a un hombre adulto desde ese ángulo requería una fuerza considerable. Hanim lo había comparado con simular que tratabas de atravesar a la persona con el pie para clavarlo en el suelo un poco más adelante. Había que echar los brazos hacia atrás y sostenerlos con firmeza. De lo contrario, se le dislocarían los hombros y la espalda quedaría intacta.

Le di una patada en la columna. El fuerte crujido que se oyó hizo que Marek enarcara tanto las cejas que desaparecieron bajo su cabello. Satisfecha, dejé caer el cuerpo con los huesos rotos y señalé la herida de su vientre.

—El corte es demasiado limpio. Necesito que consigas que parezca que se lo ha hecho con las rocas del Hirun.

Marek aceptó la daga con una sonrisa lenta.

—No puedo partirle la espalda a un hombre adulto, pero sí puedo hacer que una herida sea aún más fea.

Lo dejé agachado junto al soldado y fui a buscar a Sefa. Me la encontré disculpándose con una colonia de hormigas por robarles las piedras tras las que se ocultaban.

—Ya casi he acabado —dijo.

La sospecha se apoderó de mí. Más allá de sus paranoias supersticiosas, parecía absolutamente indiferente. Al igual que Marek. Los había sacado de la aldea en mitad de la noche para que me ayudaran a destrozar el cadáver de un soldado y tirarlo al río. Los había visto más horrorizados al descubrir que solía olvidarme de regar la higuera.

Me agaché e hice una mueca al ver mi capa arrastrada por el suelo. Se tragaba por completo el diminuto cuerpo de Sefa.

—Habla claro. ¿Por qué haces esto por mí?

Sin inmutarse por la aspereza de mi voz, sopló suavemente las rocas que tenía en la mano para retirar los restos de tierra.

—Por mucho que te resistas a la idea, somos amigas.

—La amistad tiene unos límites.

—Tal vez.

—Yo no lo haría por ti o Marek.

Elevó la comisura de los labios como si hubiera dicho algo gracioso.

—Lo sé.

—Si me descubren, me ejecutarán. Y vosotros quedaréis a merced de un tribunal de Nizahl por haberme ayudado.

—Si esperas prender la llama del miedo en mí, llegas tarde. Lleva mucho tiempo ardiendo. —Se guardó las piedras en los bolsillos—. Tranquila, Sylvia. Antes de verme en los tribunales, es más probable que te siguiera a la muerte.

Sefa y yo nos levantamos al mismo tiempo. Solo un jasadí habría necesitado una promesa tan perturbadora, pero Marek y Sefa no poseían ni rastro de magia. Viviendo tan cerca como vivíamos, me habría dado cuenta. ¿Por qué tenían tanto miedo a Nizahl?

Examiné a Sefa como si la estuviera viendo por primera vez.

—¿Qué es lo que no me estáis contando?

—Bueno, Sylvia, puede que hayas conseguido mi lealtad sin coste. —Dejó caer el resto de las rocas en el bolsillo—. Pero debes ganarte mis secretos. —Sonrió y el blanco de sus dientes resaltó contra su piel.

Contuve la respiración al notar que una emocionante posibilidad me atravesaba. Una que se entrelaza con todo lo que creía saber de Sefa y Marek. Marek, que alargaba las aes y eles cuando se enfadaba. Que se quejaba del tiempo de Mahair como si fuera distinto en el resto de Omal.

—Marek usó una palabra incorrecta para el tomate —dije de repente, rememorando—. Una semana después de mi llegada al refugio, os vi a ambos en la cocina. Te pidió un «oota». Los omalianos llaman «tamatim» a los tomates. Me pareció raro y lo estuve vigilando de cerca el mes siguiente. Lo oí usar otros nombres para ciertas verduras. Nombres lukubíes, orbanianos o nizahlianos para las verduras. Me explicó que Yuli lo estaba haciendo practicar para los visitantes que acudían los días de mercado. Pero solo intentaba disimular, ¿verdad? Trataba de camuflar su primer desliz.

Sefa se sacudió el polvo de las manos con fuerza. Mostraba una expresión inescrutable.

—Será más complicado transportar el cadáver si se pone rígido. Deberíamos ponernos en marcha.

Has estado tan preocupada por tus propios secretos que no te has molestado en ver los de los demás, murmuró Hanim. *Patética.*

Quería coger a Sefa y zarandearla hasta que me revelara toda la verdad. Si lo que sospechaba era cierto… Pero no, no podía ser. No lo haría. No se hablaba de lo que habíamos vivido antes de llegar al refugio de Raya. Mientras sus secretos no pudieran hacerme daño, no preguntaría. La curiosidad siempre era recompensada con más curiosidad.

Marek había hecho un trabajo encomiable transformando las líneas de la herida para que parecieran irregulares. Metimos rocas en las partes abiertas del cuerpo. Con suerte, cuando encontraran al soldado, los peces ya se habrían desquitado con la piel expuesta.

La carrera hasta el río se me hizo eterna. Yo llevaba la parte delantera mientras que Marek y Sefa sostenían el resto del cuerpo. Los árboles se cerraron a nuestro alrededor y la tierra descendía cada pocos pasos. Vi que Marek se estremecía. A medida que nos adentrábamos en el Essam, daba la sensación de que las fauces de una gran bestia se cernían sobre nosotros.

Solo nos detuvimos un par de veces para recuperar el aliento, demasiado conscientes de la fresca brisa matutina y del resplandor rosado del cielo.

Sefa empezó a cantar y su voz gorjeante cubrió el sonido de nuestros pasos.

—Los awalín llegaron sin ser vistos para examinar la tierra vacía. ¡Reinan! ¡Reinan!

—Sefa, por favor —gimió Marek. Yo no reconocí la melodía, pero claramente él sí.

—Sobre las colinas y los valles del oeste, Kapastra depositó su corona. ¡Madre de Omal, domadora de bestias del azul, reina!

—No parará —le advertí a Marek. Mi bota atravesó un tronco podrido. Brotaron grillos del agujero y me saltaron por la pierna. Sus indignados chirridos se unieron a la melodía incesante de Sefa.

—Rayo de belleza, más afilado que un rubí, Baira, Baira, Baira —entonó Marek con voz monótona—. Hacia Lukub llevó su luz, ¡reina, reina!

—La batalla latía en los huesos de Dania y en Orban entonó su sangrienta canción. ¡Reina, reina!

Un grillo saltó a la mejilla del cadáver. Se subió a su nariz e hice una mueca. Podía anticipar lo que decía después la canción. O, más bien, quién no aparecía.

En los albores de los tiempos, los cuatro reinos originales (Lukub, Omal, Orban y Jasad) estaban repletos de magia. Nizahl surgió tras el sepelio de los awalín, creado para arbitrar la paz entre los otros cuatro reinos. Sin embargo, transcurrieron los siglos y el mundo poco a poco fue despojado de su magia hasta que solo quedó la de Jasad. Los ejércitos de Nizahl crecieron, asustaron a Lukub y a Omal e incluso a un Orban sediento de batallas. Pero no a Jasad. Ni siquiera los ejércitos nizahlianos tuvieron una oportunidad contra la inexpugnable fortaleza de Jasad.

Al menos, no tendrían que haberla tenido.

Para mi sorpresa, Sefa continuó con la canción, aunque de manera más suave y reservada.

—Rovial oyó el zumbido de Jasad y entregó su alma para mantenerla despierta. ¡Reina, rei…!

—Silencio. —Dejé de andar y agucé el oído. Ahí estaba, la mejor canción de todas: el gorgoteo del Hirun. Nos abrimos paso entre los árboles a toda velocidad y nos detuvimos en seco en la orilla del río.

—Oh —murmuró Sefa—. Nunca había visto las orillas del Hirun tan separadas.

El Hirun zigzagueaba a través de todos los reinos como una poderosa serpiente, insuflando vida allá por donde pasaba. En algunas áreas del Essam, el río no era más ancho que el tronco de un árbol. Ahí, el lado opuesto del río estaba al menos a ochocientos

metros de distancia. El reflejo de la luna ondulaba sobre su oscura superficie.

—Yo me encargo. —Marek hizo rodar el cuerpo sobre la tierra húmeda de la orilla con cautela. Gruñó mientras cargaba rocas para colocarlas alrededor y debajo del cadáver.

Podía sentir la mirada de Sefa clavada en mi cabeza.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Me dolían los dientes de reprimir la respuesta que quería darle.

—Supongo.

—¿Por qué tenías que romperle la espalda? ¿No bastaba con quebrarle el cuello para simular que había resbalado? —inquirió Sefa. Solo percibí curiosidad en su voz, pero, aun así, me tomé una pausa antes de responder.

—Si deciden investigar su muerte como un asesinato, el hecho de que tenga la espalda rota hará que busquen a un hombre.

Separó los labios.

—Por la fuerza necesaria para causar una fractura así.

—Sí. —Se me hacía muy raro compartir esa parte de mí. El equilibrio de nuestra relación había cambiado y ya no sabía en qué punto estábamos.

Si fueras la chica que crie, acabarías con ellos aquí mismo, dijo Hanim. Me pasé una mano por la cara. ¿Cuándo se marcharía?

Cuando Marek terminó con el cuerpo, Sefa lo ayudó a salir de la ribera. Me mantuve apartada. Un roce en este momento quebraría lo poco que me quedaba de calma.

—Tenemos que correr. Todo lo rápido que podáis. No llegaremos a Mahair a tiempo para el cambio de turno, pero debemos estar dentro del límite de los árboles de los cuervos. —Me rasqué la muñeca con la mirada en alguna parte por encima de sus cabezas—. Gracias. Nunca olvidaré este favor.

Corrimos contra el amanecer. Sefa tropezó más de una vez, aunque Marek se mantuvo cerca de ella con una mano estabilizadora. Me centré en esquivar los charcos. No había manera de saber lo profundos que eran y ya habían causado bastantes

problemas. Un tobillo roto era justo lo que le faltaba a esa noche catastrófica.

Intenté apartar de mi cabeza las sospechas sobre el pasado de Sefa y Marek. Era un hilo demasiado largo para tirar de él en mi estado mental actual.

Atravesamos la línea de los árboles de cuervos sin incidentes y dejamos escapar una exhalación colectiva.

—Deberíamos recorrer el resto del camino andando —propuso Marek—. Estamos cubiertos del sudor de los culpables.

—Vosotros no sois culpables —dije bruscamente—. Si se tratara de protegeros a vosotros mismos o a mí, tomad una decisión más inteligente que la de esta noche.

—¿Está intentando protegernos o insultarnos? —le preguntó Sefa a Marek—. Nunca lo sé.

—Supongo que ambas cosas.

—Todos hemos oído rumores sobre las desapariciones aleatorias que han tenido lugar por los diferentes reinos el último año —dije—. Esto solo ha sido una desaparición más.

—Esos rumores no son ciertos. —Sefa miró a su alrededor, más alerta de lo que estaba momentos antes.

—Tal vez no, pero su existencia puede que nos consiga algo de tiempo.

Al llegar al final del trayecto, una carreta pasó traqueteando junto a nosotros, abarrotada con torres de cajas atadas con juncos. El olor a aish baladi recién horneado flotaba desde el camino principal mientras los niños metían hogazas de ese denso pan en sus cestas y en las bandejas de madera caladas que cargaban en el hombro.

El cálido aroma del trigo me removió la memoria. ¿Cuántas mañanas me había pasado en el Usr Jasad con la ropa llena de migas, quemándome la lengua con aish baladi caliente recién salido de los hornos del palacio? El pan era más común en las comunidades rurales de Jasad, pero mi madre pedía a los panaderos que nos prepararan dos hogazas cada mañana. Los demás reinos habían adoptado muchas costumbres de Jasad. Comida, arte,

tradiciones… Atractivos botines de guerra para las alimañas que merodeaban por ahí.

Le di la espalda a la panadería. Jasad ya no existía. Llorar un reino que apenas conocía le haría un flaco favor a la vida que me había construido en este.

—Me toca recoger el fūl para el desayuno —dijo Sefa—. Si vuelvo a casa sin él, Raya limpiará el refugio con mi cuello.

—No tenemos la olla —le recordó Marek.

—Hamada es muy amable. Me prestará su olla de repuesto.

—«Amable» —repitió Marek con desdén—. Esta vez solo aceite, sal y pimienta negra, ¿vale? A nadie le gusta el limón en el fūl aparte de a ti y a Fairel.

Sefa puso los ojos en blanco.

—Lo pediré sin nada para que puedas sazonarlo como quieras. Sazonarlo mal, por supuesto.

Nos detuvimos ante la carreta de fūl. Hamada nos echó un rápido vistazo a Marek y a mí y fijó la mirada en Sefa. Mientras vertía las habas humeantes de una enorme jarra de metal a una olla con tapa, observé el entorno. Habían pasado veinte minutos desde el cambio de turno. Aunque le concedieran unos minutos de cortesía al soldado, no habrían esperado veinte antes de llamar a los refuerzos. El miedo floreció en mi pecho. ¿Por qué había regresado? Tendría que haber abandonado al soldado y haber huido. Sabía esconderme en las tierras salvajes del Essam. Tenía una cesta de comida y una buena ventaja en ese momento. Con el tiempo, podría haber llegado a las aldeas bajas de Orban o Lukub y empezar de cero. ¿Qué clase de necia había sido al volver a rastras a la jaula y esperar que no cerraran el candado?

Bloquearían cualquier entrada o salida de Mahair. Registrarían todas las casas en busca de jasadíes. Se detendría el comercio. Incluso podrían llegar a cancelar la walima, una de las mayores fuentes de ingresos del pueblo.

—Los soldados desaparecen a menudo —murmuró Marek. Me estremecí, sorprendida, al ver que me observaba abiertamente—. No

malgastarán recursos en un pueblo omaliano cualquiera a menos que estén seguros de que ha sido un asesinato.

—Tienen muchos recursos.

—No ahora que faltan pocos meses para el Alcalah. Desvían a un gran séquito de soldados al bosque para proteger al heredero de Nizahl mientras busca un campeón.

Miré a Marek. Las cicatrices de mi espalda demostraban la severidad de la educación de Hanim. Se había asegurado de que estudiara los dialectos de cada reino, la lengua común que compartían, sus costumbres y su historia. Aun así, no sabía prácticamente nada sobre el heredero de Nizahl. Hanim no me había hablado mucho de él, más allá de decirme que me mataría sin inmutarse, a menos que usara la magia. Teniendo en cuenta el odio hacia mis abuelos y el supremo Rawain, supuse que le dolería ver que este había triunfado donde ella había fracasado. Él había criado a un guerrero y ella… a una persona que sería vista desde una torre de vigilancia huyendo del campo de batalla con la comida de los demás soldados.

Parte de mi arrepentimiento se disipó. Si me hubiese adentrado corriendo en el bosque y me hubiera topado con Arin de Nizahl, la cuestión de mi destino se hubiera decidido al instante. Los jasadíes no salían con vida de un encuentro con el heredero de Nizahl.

¿Cómo sabía Marek cuántos soldados nizahlianos se habían desviado mientras el heredero elegía a su campeón para el Alcalah? Mis anteriores sospechas volvieron con fuerza.

—Pareces muy familiarizado con las costumbres nizahlianas.

Arqueó una ceja.

—Tú también.

—¿Seguro que no activarán las alarmas a menos que encuentren un cuerpo? —Quería creerlo desesperadamente.

—Claro.

—¿Os importaría coger un asa? —jadeó Sefa. Hamada había llenado la olla hasta el borde. Sefa se tambaleó y unas pocas habas

se derramaron por el lado. Marek y yo cogimos las asas y volvimos ilesos al refugio.

Raya se pasó diez minutos gritándonos por el lamentable estado de nuestra ropa. En cuanto terminó, los tres nos separamos. Yo fui a darme un baño, Sefa a ayudar con el desayuno y Marek a cambiarse para un duro día de trabajo.

Mientras me frotaba el cuerpo con la toalla, deseé poder arrancarme la rigidez de los músculos con fuerza pura. Estaba tensa como no lo había estado desde mis primeros meses en Mahair. Me envolví los rizos mojados en unos pantalones de lino y me até los extremos en la nuca. Ni siquiera dejarme caer en la cama me ayudó a relajarme. Al otro lado de la puerta, un frenesí de pasos y conversaciones señalaba el comienzo de un nuevo día.

Yo no les caía demasiado bien a las chicas más jóvenes del refugio. Me faltaba ese toque dulce y cariñoso que a Sefa le salía con tanta naturalidad. Aunque había intentado ser más amable con ellas, mi instinto maternal era el mismo que el de una cucaracha sangrienta. Aun así, por alguna razón inconcebible, su presencia me reconfortaba cada vez que sentía que el miedo me envolvía. Raya preferiría morir antes que permitir que estas pequeñas sintieran la presión de las responsabilidades que ella soportaba en su nombre. Se aseguraba de que fueran libres de preocuparse de problemas más urgentes como quién se quedaría el vestido más bonito de las carretas de donación mensual o quién podría llevar más lejos a la cabra más grande. Estas niñas huérfanas eran tan felices como las circunstancias les permitían.

—No deberías ocultarles la realidad de la vida a la que se enfrentarán fuera de este refugio —le había dicho una vez, días después de cumplir los dieciséis. Yo estaba afilando los cuchillos de la cocina junto a la chimenea mientras ella contaba sus ganancias semanales por sexta vez—. Cuantas más responsabilidades descansen ahora sobre sus hombros, mejor las tolerarán.

Me miró durante tanto tiempo que empecé a tensarme y apreté el agarre de uno de los cuchillos. Las ojeras oscurecían la piel bajo los

ojos de Raya.

—Las niñas no están hechas para aguantar las penurias de esta vida, Sylvia. Las destrozan. Se pasarán la vida adulta haciendo todo lo que esté en su mano para no volver a sentir nunca el peso del mundo.

El agotamiento se apoderó de mí. Llevaba dos días sin dormir, pero, cada vez que cerraba los ojos, veía a soldados nizahlianos adentrándose en Mahair con espadas y antorchas.

La ilusión de seguridad de este lugar se había desvanecido.

Eres la heredera de Jasad. La seguridad no es para ti, dijo Hanim.

Hundí la cara contra la dura almohada. Recité mentalmente las hierbas que recogería para Rory y planeé el mejor lugar para colocar nuestra mesa para la walima.

Como no me funcionó nada, recurrí a una práctica tan antigua como las cicatrices de mi espalda. Me llevé una palma fría al corazón y conté los latidos.

«Uno, dos. Estoy viva. Tres, cuatro. Estoy a salvo. Cinco, seis. No dejaré que me atrapen».



Estoy sola a la cabeza de un vasto salón de baile. Un público de jasadíes sin rostro espera con ansia mi discurso. Mi corpiño tiene forma de flor de loto y se curva hacia afuera a la altura de mis costillas. Tengo el símbolo iridiscente de Jasad grabado en la falda: cabeza de halcón y alas doradas sobre el cuerpo de un elegante gato negro. Un kitmer dorado, un felino de pura magia y leyenda. El kitmer da vueltas por mi vestido, agitado.

Tengo una corona sobre la cabeza.

—¡Reina Essiya! ¡La heredera perdida ha regresado para hacer resurgir a Jasad! —grita un hombre hecho de sombras retorcidas y humo.

—¡La magia prosperará de nuevo!

Intento huir, pero estoy inmovilizada bajo el peso de la corona. Un hilo dorado me cose los labios. Contemplo en silencio su exaltación, su alivio, mientras me golpean por todos los costados. Salvadora. Heroína. Reina.

Me caen gotas rojas por la barbilla cuando separo los labios a la fuerza para arrancar los puntos. Un potente sabor metálico me colma la boca e intenta ahogar mis palabras en su nacimiento.

—¡Por favor! ¡No soy lo que buscáis! ¡No puedo ayudaros! —Me dejo caer de rodillas.

Los puntos me desgarran y unos preciosos hilos dorados caen al suelo en una maraña sangrienta. Mi voz liberada llena el salón de baile.

Algo me levanta con un fuerte agarre.

—Essiya, se te va a arrugar el vestido.

La conmoción me atraviesa. Le saco casi una cabeza a mi madre. Los hombros a los que me subía hace años ahora son la mitad de anchos que los míos. Tengo curvas donde ella está delgada y fuerza donde ella solo muestra debilidad.

—Soy más alta que tú. —Es lo único que se me ocurre decirle a mi madre fallecida.

La risa de Niphran es como música.

—Por poco. Tienes la complexión de tu abuela.

El salón de baile se disuelve a nuestro alrededor. Estamos en la superficie de un lago congelado que se extiende durante kilómetros a ambos lados.

Unas llamas naranja bailan en las piernas de Niphran.

—Un reino no puede caer cuando su heredera sigue en pie. No puedes eludir tu deber, ya omri. Es la herencia de la sangre. —Busco el origen del fuego que consume su cuerpo. No lo encuentro—. Más que eso —prosigue Niphran como si no se estuviera quemando viva a un metro de distancia—, es un derecho de nacimiento. Quiénes somos, quiénes podríamos haber sido, nuestra identidad como reino… ¿Acaso la gente que ha perdido su hogar no significa nada para ti?

Pateo con fuerza la superficie sobre la que nos encontramos, pero no se rompe. Estamos rodeadas de agua y, aun así, mi madre arde.

—No me dejes —jadeo. Ya me la arrebataron una vez. Me estiro hacia Niphran y me encojo cuando las llamas crecen.

—Pues sálvame.

—¡No se rompe! —Me dejo caer y golpeo el hielo a puñetazos. Se me abren los nudillos en vano. La capa de hielo es demasiado gruesa y profunda.

El infierno ruge y se traga a Niphran por completo, pero sus palabras son claras.

—Pártelo.

—¡No sé cómo! —Levanto los puños para golpear el hielo de nuevo… y me quedo quieta.

Tengo las muñecas desnudas. Donde deberían estar los grilletes, solo hay piel suave.

El fuego lame el cielo y extingue la noche con su resplandor monstruoso. Ilumina miles de siluetas que esperan en la orilla. Observando. Juzgando.

—¡Essiya! —grita Niphran.

Me tambaleo hacia atrás y me cubro el rostro con un brazo.

Las llamas estallan. Nos consumen.



CAPÍTULO CUATRO

Pasan cuatro días sin que nadie exija mi ejecución. Las parejas de soldados de Nizahl siguen patrullando por su ruta, continúan llegando visitantes para la walima y yo vuelvo a aterrorizar ranas para Rory. Si no tuviera magulladuras y un mechón de cabello menos, me preguntaría si lo de aquella noche había sido una alucinación.

La preocupación me acechaba de manera implacable. No confiaba en la paz. Los soldados de Nizahl no olvidaban así como así la desaparición de uno de los suyos.

Dos días antes de la walima, Raya llamó a nuestras puertas, presa de una extraña agitación. Nadie sabía por qué. Sus telas ya se vendían con un éxito impresionante en el mercado regular, mucho más en una walima que se celebraba una vez cada tres años. Mujeres nobles de los pueblos más lejanos de los cuatro reinos enviaban a sus sirvientes a pujar por los extravagantes vestidos de Raya. Todos estaban ilusionados por vestirse con sus mejores galas para las celebraciones del Alcalah en sus respectivos reinos y los trajes se vendían a tal precio que permitía a Raya acoger a una huérfana o dos más de las calles.

A los pies de la colina, Marek cargaba la carreta. Habían retirado la lona que solía cubrir la parte trasera para que tuviera espacio para apilar las cajas.

—Llegas tarde. Probablemente, Rory ya haya hecho llorar a algún cliente. —Marek se subió de un salto al asiento del conductor.

—Mientras no le haya lanzado el bastón a nadie, puede considerarse una buena mañana. ¿Dónde está Fairel?

Marek señaló la silueta de la diminuta niña que corría a toda velocidad colina abajo, con la espalda encorvada bajo una silla de madera. Disimulé una sonrisa. Raya les daba a todas las huérfanas de su refugio la posibilidad de elegir: trabajar o estudiar. La mayoría elegía estudiar, pero Fairel, la pequeña de nueve años, había levantado la barbilla y había declarado: «Prefiero ser la mejor en una cosa que saber un poco de muchas cosas». En los tres años que habían transcurrido desde entonces, había asumido su papel de guardiana de las sillas de Nadia con una seriedad propia de quienes vigilan instrumentos de batalla.

Fairel saltó a la parte trasera de la carreta con la silla a cuestas.

—¡Ya! ¡Estoy aquí!

Marek rio y chasqueó la lengua a los caballos. Seis niñas más subieron detrás y se reacomodaron en la carreta. Mientras avanzábamos entre bandazos, sacudí la pierna y tamborileé con los dedos sobre mi rodilla. Otro motivo para odiar la ajetreada temporada del Alcalah era la amenazante posibilidad de que me reconocieran.

Siempre me mantenía atenta a cualquier rumor sobre la heredera de Jasad. No había oído ni un solo susurro que pudiera sugerir al mundo la idea de que Essiya estaba menos muerta que el resto de su familia. La mayoría de los que se encontraban en la Cumbre Sangrienta habían perecido durante el ataque, incluyendo a Isra, la esposa del supremo Rawain. Solo la reina de Omal, el supremo Rawain y la sultana Bisai habían sobrevivido. La sultana Bisai ahora estaba muerta y la corona de Lukub había pasado a su hija, y los otros dos miembros de la realeza no se cruzarían con una humilde huérfana. Eso no evitaba que me reconfortara notar el peso de la daga que llevaba escondida en la bota cada vez que llegaban visitantes a Mahair.

La cabaña azul se alzaba a nuestra derecha. Los dueños eran mayores y no tenían hijos. No había mucha gente interesada en adquirir propiedades aquí, no cuando había un refugio lleno de huérfanos a la izquierda y un camino de vagabundos a la derecha. Sería una casa excelente. Habría espacio para Sefa y Marek. Y tal vez un pequeño jardín para mi higuera.

Dirigí la mirada al frente. Las fantasiosas reflexiones de Sefa se habían colado en mi sentido común. Anhelar lo imposible era una ocupación reservada a los necios.

La carreta empezó a dar bandazos cuando el camino se volvió más pedregoso. Los niños que perseguían la carreta retrocedieron y se escabulleron en la dirección opuesta, haciendo caso omiso de las advertencias de sus padres de no aventurarse en el camino de los vagabundos.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Marek en voz baja.

Sabía a lo que se refería en realidad, pero no tenía una respuesta adecuada para sus oídos.

—Hambrienta. Maya no debería tener permitido preparar el desayuno para nadie que no sea su enemigo. Todavía tengo cáscara de huevo en los dientes.

Marek guardó silencio durante unos instantes. Esperaba que hubiéramos llegado al final de la conversación.

—Cinco años. Cinco años de amistad, Sylvia. Y somos amigos, a pesar de tus muchos esfuerzos por distanciarte de nosotros. Sí, me he dado cuenta. Tengo el talento de leer a la gente, pero tú… me desconciertas. Cinco años de amistad y ¿sabes cuál es la única palabra que usaría para describirte? —Me miró—. Apacible. Solo… apacible. Y podría haberse quedado ahí hasta hace dos noches, cuando te vi partirle la columna tú sola a un hombre sin estremecerte.

«Apacible». Saboreé la palabra intentando evaluar si encajaba conmigo. Me hacía gracia. Quizás el látigo de Hanim estaba reservado para las chicas de carácter apacible y las cicatrices de mi espalda eran una generosa recompensa por mi temperamento

apocado. Durante mi primera semana en la cabaña de Hanim, había lanzado la comida contra la pared y estallado en lágrimas. Seguía siendo una criatura rebelde, llena de rencor y con la indignación inherente a la realeza desairada. Aunque había visto arder a mis abuelos con mis propios ojos y había escuchado al mensajero declarar la muerte de Niphran con mis propios oídos, todavía no había asimilado la realidad. La capitana de guerra de Jasad caída en desgracia había permanecido callada como una tumba mientras esperaba a que me enjugara las últimas lágrimas.

«A la esquina —había espetado—. Y levanta los brazos».

Asustada por su mirada vacía, había mantenido los brazos en alto hasta que el grito de dolor de mis hombros se transformó en un gemido. Había contado las grietas de la pared. Había memorizado las escrituras de mis grilletes. El dolor se había acabado calmando hasta convertirse en algo constante y olvidable como el latido en mi cuello. Había encontrado un modo de pensar a través de él.

Apacible, sí.

Sin inmutarse por mi silencio, Marek continuó:

—¿Te has enterado? Dicen que se vio al heredero de Nizahl cerca de la frontera con Gahre.

La punzada de dolor que me atravesó el pecho tras sus palabras me irritó. Gahre era otra aldea baja omaliana que se hallaba apenas a una hora de distancia. Las noticias de su llegada habrían precedido por mucho a los caballos del comandante. Aflojé los puños.

—Seguro que son habladurías de mercaderes aburridos.

—Sí —coincidió Marek, que me miró de reojo los dedos crispados—. Este año le toca a Omal representar a Nizahl en el Alcalah. Es probable que el heredero se pasee por nuestras modestas aldeas en busca de su campeón.

El tono burlón de Marek delataba lo que opinaba de esa idea.

Celebrado cada tres años, el Alcalah infundía vigor a todos los reinos, desde la máxima realeza hasta el vagabundo más humilde. El torneo consistía en tres pruebas extenuantes dedicadas a conmemorar el sacrificio de los progenitores de nuestros reinos. La

ubicación de cada prueba rotaba entre los cuatro reinos y terminaba con un Baile de la Victoria. A juzgar por la obsesión de Mahair con el Alcalah, los reinos construían sus vidas en torno a este evento. No podría contar cuántas veces había oído a los clientes de Rory que se paseaban por la tienda fantaseando con el Baile de la Victoria o con animar entre el público de una de las pruebas del Alcalah.

Nizahl era el único reino que no elegía al campeón entre su propia gente. Poco después de reducir Jasad a cenizas, el supremo Rawain había anunciado generosamente el plan de Nizahl para fomentar la paz eligiendo a un campeón de un reino diferente en cada Alcalah. Además, Nizahl contaba con una ventaja injusta: sus jóvenes eran reclutados por el ejército desde que eran adolescentes y su soldado más incompetente podría igualar con facilidad al mejor de otro reino.

—No escogerá a un campeón de las aldeas bajas —comenté—. Estoy convencida de que tiene algún acuerdo con el heredero de Omal. Un campeón preseleccionado y favorecido por la familia real, quizás.

—Felix no es capaz ni de sonarse la nariz. Seguro que el heredero de Nizahl no consulta con él para nombrar un campeón. —Hice una mueca de asco ante la imagen—. Todos los campeones que ha seleccionado han ganado el Alcalah. Dudo que accediera a entrenar a un incompetente solo para obtener un favor político. Y, aunque el heredero de Nizahl sí que eligiera a alguien de las aldeas bajas, le costaría convencerlo para que aceptara un papel tan fatídico.

A pesar de lo mucho que les gustaba especular sobre el Alcalah, los habitantes de las aldeas bajas tenían demasiado sentido común para competir voluntariamente en un torneo que dejaba muertos a más de la mitad de sus campeones. Al menos, esperaba que así fuera.

Marek se encogió de hombros y dirigió la carreta por un tramo de estanques malolientes que plagaban el camino.

—Puede que el riesgo valga la pena. Si se alzan victoriosos, ganarán un séquito de guardias, una casa en la parte alta de la ciudad de cada reino y riquezas para toda una vida.

—No merece la pena, a menos que seas un noble con la cabeza llena de serrín y cuyo único propósito al competir sea pavonearte y declarar que estás celebrando el sacrificio de los awalín.

Los mitos que había detrás del Alcalah eran todo un sinsentido. Los cuatro hermanos originales eran seres hechos de magia pura…, de la magia primigenia. Los awalín habían creado los reinos y los habían gobernado durante milenios antes de que Rovial, el awal de Jasad, se volviera loco y matara a miles de personas. Los historiadores afirman que sufrió lo que se llama «locura mágica». La consecuencia inevitable de un poder tan grande. Para contener a su hermano y proteger los reinos, las awalas se entregaron a un sueño eterno bajo el puente Sirauk. ¿Qué buscaba celebrar el Alcalah exactamente? ¿El derramamiento de sangre o el sepelio?

Consciente de mi frustración cada vez mayor, me quedé callada y me alisé la falda alrededor de las rodillas. La pálida luz del sol se reflejaba en mis grilletes. Por suerte, era la única capaz de verlos o sentirlos, pues su resplandor habría cegado la visión periférica de Marek.

—Los dos últimos campeones del comandante eran un cantero lukubí y un mendigo orbaniano. Ambos se alzaron vencedores.

—Marek, basta.

No me apetecía seguir hablando de Nizahl ni del Alcalah. La ira tardaba más en desvanecerse que en prender y no me sobraba energía.

—Dicen que, si mira a un jasadí a los ojos, puede congelar la magia en sus venas —prosiguió Marek—. Se supone que es capaz de captarla por el mero tacto.

Ese simple pensamiento amenazó con traer de vuelta mi desayuno lleno de cáscaras de huevo. La mayoría de los días, conseguía olvidar voluntariamente que a los jasadíes nos perseguían como a animales rabiosos. No podía hacer nada por ellos. Apenas había algo que pudiera hacer por mí.

—Lo que describes es imposible. ¿Insinúas que el comandante tiene magia? —Hablé con un tono brusco, marcado por la imagen

que habían dibujado las palabras de Marek.

—Por supuesto que no. Solo digo que…

—Lo que estás insinuando es traición. Y ya hemos tenido suficiente últimamente, ¿no crees?

La multitud se fue espesando a medida que nos acercamos a la plaza principal. La gente esquivaba la carreta de Marek mientras esta se abría paso entre la muchedumbre vestida de azul y blanco. En cuanto se detuvo, respiré hondo y salté. Me mantuve envuelta en la capa y con la cabeza gacha. Cada golpe accidental en el hombro o en el brazo me hacía sentir punzadas de repugnancia. No veía el momento de llegar a la tienda de Rory.

La campanilla de la puerta tintineó y esperé a que este se asomara desde la trastienda. Cuando pasó un minuto sin que oyera el golpeteo del bastón del boticario, rodeé el mostrador y aparté la cortina.

—Vete —dijo sin darse la vuelta.

Rory estaba sentado sobre un par de cajas giradas, tenía tres cuencos encima de la mesa y el cubo lleno de ranas a sus pies. Arrugué la nariz al notar el olor. Por los huesos polvorientos de Dania, llegaba demasiado tarde. Nunca trabajaba con las ranas durante el día, cuando el hedor de la sangre y el alcohol agrio podía impregnar el resto de la tienda. Al menos, no lo hacía salvo que su hastío con la humanidad terminara por superar a su sentido común.

—Bueno, Rory… —empecé infundiendo a mi voz una paciencia que no sentía. ¿De todas las semanas posibles para sufrir una rabieta tenía que elegir la de la walima?—. Creo que deberías…

Antes de que pudiera continuar, una cesta me impactó contra el pecho. Rory no levantó la vista de los cuencos.

—Necesito más ingredientes —espetó—. No tu opinión.

Fulminé su perfil con la mirada.

—La última vez que me adentré en el Essam con falda, tardó una semana en curárseme el sarpullido. —Prefería lavarme los dientes con una cola de lagarto antes que atender a montones de desconocidos, pero, a diferencia de Rory, yo no podía permitirme el

lujo de tener una rabieta—. Yo me encargo de la tienda. Tú puedes quedarte aquí.

Rory me ignoró y le dio la vuelta a una rana inerte. Increíble. Cogí la cesta. Era imposible hacerlo entrar en razón cuando se ponía así. Fuera, la carretera principal estaba muy concurrida por quienes habían llegado con tiempo para la walima y exploraban las limitadas opciones que ofrecía una aldea como Mahair. Muchos visitantes con bolsillos que suplicaban ser vaciados. Maldiciendo a Rory por lo bajini, me levanté la falda y me giré hacia el bosque.

—¡Para! ¡Jasadí!

El grito atravesó el jaleo de la carretera principal.

Me quedé paralizada, con las piernas rígidas, preparada para una huida brutal. Doblé los codos y tensé los hombros. Un segundo más y sería una mancha difuminada de tela desapareciendo bosque adentro. Un segundo más y no habría visto al padre del panadero tirado en el suelo.

La multitud se agolpó detrás de mí. Noté brazos apretados contra los míos, empujando y dando codazos, intentando ver mejor a los soldados nizahlianos que se erguían sobre el septuagenario polvoriento. No me habían pillado a mí, sino a él.

Un soldado nizahliano con el pecho en forma de barril de cerveza se alzaba frente al anciano. Adel, pensé. Se llamaba Adel. Siempre me ponía sésamo extra en los rollitos.

—Se te acusa de posesión y uso de la magia. Serás llevado a Nizahl, donde se confirmará tu reino de origen. Si la investigación te señala como jasadí, te enfrentarás a un juicio en los justos tribunales de nuestro supremo.

—Por favor, llevo… llevo cuarenta años viviendo aquí. He vivido prácticamente toda mi vida en Omal. He criado aquí a mi familia. Mi magia no es nada, ¡apenas una gota!

—Admites poseer magia. Confiesas ser jasadí.

—¡Solo nací jasadí! —sollozó—. Eso fue décadas antes de la guerra.

—¡Lo he visto usar la magia! —gritó la misma mujer de antes. No la reconocí, debía de ser una visitante—. Ha tocado una hogaza de pan quemada y se ha arreglado sola.

Los grilletes se apretaron alrededor de mis muñecas. Tonto… ¿Por qué usaría la magia delante de otras personas? ¡Había sido innecesariamente descuidado!

—¿Ha… arreglado un pan quemado? ¿Ese es su crimen? —preguntó una voz áspera y furiosa. Yuli. Conocería a Adel de hacía años. Puede que incluso contratara a sus hijos para que trabajaran en sus granjas—. Adel es uno de los nuestros.

No es uno de ellos, es uno de los tuyos, siseó Hanim. *Haz algo, Essiya. ¡Sálvalo!*

Me quedé inmóvil. Interferir únicamente serviría para acabar con dos muertes en lugar de una. No podía ayudarlo. No le debía mi vida solo porque él hubiera nacido jasadí y yo heredera de Jasad. Tendría que haberse andado con más cuidado.

—Te vienes con nosotros. —El soldado de Nizahl más bajo lo levantó ignorando sus gritos de protesta por el agresivo agarre de su brazo—. Ya declararás ante el tribunal.

—¡Pare! ¡Le está haciendo daño!

El alarido de Yuli se mezcló con otros. Un extraño pensamiento se me pasó con la cabeza y amenazó con inclinar el suelo bajo mis pies.

¿Y si ya lo sabían todos?

Si Adel vivía aquí desde antes de la guerra, era posible que le hubiera contado a la gente que era jasadí. Podía haberlo hecho fácilmente, sin miedo, en aquellos días felices en los que su identidad y su lugar de nacimiento no conllevaban campanas de muerte. En una aldea tan pequeña como esta, alguien habría visto su magia. La panadería pertenecía a la familia de Adel. Llevaban décadas regentándola. ¿Era posible que Mahair hubiera decidido colectivamente no delatar al hombre a pesar de la severidad con la que se castigaba el hecho de proteger a un jasadí?

El terror se apoderó del pálido rostro del anciano. Se sacudió, lo que solo sirvió para que los soldados lo sujetaran con más agresividad. Me lo vi venir antes de que sucediera.

«Sé inteligente —quería gritarle—. Mantente firme, Adel. No te dejes vencer por el pánico».

—¡No! —bramó Adel.

El aire se crispó y fluyó hacia el tembloroso jasadí. Como la tira de una honda, la magia de Adel se tensó. Un brillo dorado y plateado se arremolinó en sus ojos. En el instante en el que su magia estuvo concentrada y a punto, desvié la mirada hacia los soldados. Sabían lo que venía. Estaban deseándolo.

La magia de Adel estalló.

La multitud gritó cuando los soldados salieron disparados hacia el suelo. Adel jadeó y los contempló con el rostro plagado de dudas.

Si no hubiera estado paralizada, podría haberme tirado del pelo. ¿Por qué no huía?

Adel echó a correr hacia el bosque. Si conseguía atravesar el muro y la línea de árboles de los cuervos antes de que los soldados lo alcanzaran, tendría una mínima oportunidad de escapar.

Es un hombre blando, no sobrevivirá en el bosque. Si no lo atrapan los soldados, lo hará cualquier otro depredador, dijo Hanim. Podía percibir su decepción como si la tuviera justo al lado.

La pregunta sobre las habilidades de supervivencia de Adel nunca tendría respuesta. El soldado con pecho en forma de barril se levantó y se sacó un cuchillo corto de la cadera. Adel corría en línea recta. El soldado echó el brazo atrás.

Cerré los ojos.

¡Mira!, gritó Hanim. *Al menos tienen derecho a ser vistos.*

Miré. Miré cómo el cuchillo se hundía entre los omoplatos de Adel. Miré cómo el anciano panadero caía hacia delante a pocos metros del muro. Y miré cuando el soldado nizahliano alcanzó a Adel y enterró al jasadí bajo una tormenta de golpes y patadas. Los impactos húmedos fueron más difíciles de soportar para algunos espectadores que el crujido de los huesos. Cuando el soldado se

levantó de nuevo, solo había una pulpa de mirada vacía donde unos instantes antes estaba Adel.

Se oyó un sollozo. La visitante que había acusado a Adel evitó mirar el cadáver y mantuvo la actitud desafiante.

Al final de la multitud, distinguí a Rory. Observaba fijamente a Adel, sosteniendo el bastón con los nudillos blancos. ¿Estaba afectado por la repugnancia? ¿O era dolor?

—Cargaremos su cuerpo en la carreta —anunció el soldado del pecho como un barril. Tenía el muslo derecho empapado de sangre. Adel lo había golpeado con fuerza—. Cuando regresemos, esperamos cooperación para localizar a sus hijos. Cualquiera que se resista se ganará un viaje a Nizahl.

El soldado bajito miró con aire dudoso la pierna de su compañero. Apenas soportaba su propio peso. Intercambiaron unos breves murmullos entre ellos antes de girarse de nuevo hacia nosotros.

—Yo me quedaré aquí para asegurarme de que nadie intente proteger a los hijos del jasadí. Necesitamos un voluntario que nos ayude a llevar el cuerpo a la carreta.

Nadie dijo nada. Solo alguien extremadamente necio se atrevería a ofrecerse voluntario para adentrarse en el bosque con un soldado de Nizahl y el cuerpo apalizado de su víctima.

—Yo puedo llevarlo.

Todas las cabezas se giraron hacia mí. Cerré la boca de golpe. ¿Qué acababa de hacer?

El soldado ileso observó mi constitución y altura. Apretó los labios y estuve a punto de echarme a reír. No quería elegirme a mí. Era más alta que él y tenía la espalda más ancha. Si se produjera un conflicto, sería una oponente más difícil que un panadero anciano.

La soberbia masculina era una apuesta tan segura como la salida y la puesta del sol.

—Bien. Coge la cabeza.

Por una vez, alejarme de la multitud no me proporcionó ningún tipo de alivio. Me pregunté si Sefa y Marek estarían observando y

gritándome en silencio por mi temeridad. Ellos no lo entendían. Creían que mi sitio estaba entre los espectadores.

Hanim quería que me sintiera culpable por la muerte de Adel, que me dejara llevar por una rabia justificada y la sed de venganza, pero lo único que sentía era desesperación. Más que nada, deseaba que mi lugar estuviera entre el público. No quería estar ahí, deslizando las manos por debajo de los hombros de Adel y levantándolo de un charco formado por su propia sangre. Su cabeza cayó sobre mi cuello y me dejó marcas carmesíes en la piel. El soldado se giró hacia el bosque sosteniendo con un brazo las piernas de Adel. Caminamos. Apenas me di cuenta cuando atravesamos los árboles de cuervos. Transporté el frágil cuerpo de Adel e intenté no ver nada que no fuera el camino que tenía por delante. El río gorjeaba a nuestra derecha y salpicaba las rocas esparcidas por la ribera.

—Aquí —dijo el soldado. Me sobresalté. Estaba mirándole la parte de atrás de la cabeza e imaginándome vívidamente cómo le partía el cuello. Bajamos a Adel al suelo—. Voy a por los caballos, quédate cerca del cuerpo. —Me lanzó una mirada de advertencia antes de desaparecer entre los árboles.

Me agaché junto al cadáver de Adel y le cerré los párpados con dos dedos. Sefa lloraría. Se le daban bien las emociones. Las recibía tal y como venían, sin permitir que se prolongaran en el tiempo o profundizaran demasiado. La ira no se instalaba en su interior como fragmentos de cristal que la cortaban al moverse. Ojalá tuviera sus lágrimas. Adel las merecía.

Pero, por la tumba mancillada de Rovial, ¿cómo había podido ser tan estúpido? Había confesado que poseía magia a los pocos segundos, había usado sus preciadas reservas para sellar su destino. Al menos, si hubiera dejado que lo capturaran, podría haber intentado escapar durante el viaje a Nizahl.

Debería irme. No conocía a este hombre. Su sangre no manchaba mis manos.

Por supuesto que quieres esconderte, es lo que mejor se te da, resopló Hanim.

Apreté los dientes. Necesitaba sacármela de la cabeza. ¿Cómo podría satisfacerla? ¿Qué podía hacer por este jasadí que me ayudara a librarme de la voz de Hanim?

Se me ocurrió una idea. Una idea el doble de estúpida que la de ofrecerme voluntaria para llevar el cuerpo de Adel al bosque. Pero si me ayudaba a librarme de Hanim…

Corrí hasta la orilla del río. Me quité las sandalias y me adentré entre las rocas. El Hirun era un río tempestuoso. Tenía que confiar en que no me haría perder el equilibrio ni me arrastraría la corriente.

Pensé cómo transportar el agua. Si la sostenía entre las manos, me caería al subir por la ribera. El tiempo no estaba de mi lado. El soldado podía regresar en cualquier momento.

Finalmente, sumergí el bajo de la falda en el agua y empapé bien la tela del borde. Corrí al lado de Adel con la falda levantada para evitar que absorbiera tierra.

Mis lecciones con Hanim abarcaron los rituales funerarios de Jasad. Estaba convencida de que podía moldearme para gobernar un reino que Nizahl ya había barrido de la existencia. Menuda pérdida de tiempo, tanto para mí como para ella.

Escurrí la falda. El agua cayó sobre la mano de Adel. Me moví a la otra mano y luego a los pies. Le habían dado una buena paliza; todas las gotas se teñían de rojo.

Llegué a su rostro. No retrocedí al tocarlo. Mi aversión al contacto físico se reservaba únicamente para los vivos.

Le habían reventado los ojos, todavía le caía sangre por debajo de las pestañas. Su magia apenas había soportado un golpe a los soldados. Una vez me había sentado en el Essam, igual que ahora, escuchando a Hanim despotricar sobre cómo la magia de Jasad ya se estaba debilitando cuando Nizahl atacó. Dijo que, en unas pocas generaciones, nuestras tierras habrían llegado a ser tan áridas como las de los demás reinos y los niños jasadíes nacerían sin rastro de magia en las venas.

Vertí agua en sus mejillas y su frente. Había pisoteado las mentiras de Hanim en cuanto me liberé de ella y las había arrojado a

un rincón oscuro de mi mente. Pero al ver el rostro delgado de Adel, con los huesos de la frente aplastados hacia su cabello, me costó no creer que sus palabras albergaran parte de verdad.

Exprimí las últimas gotas de mi falda y las usé para limpiar la sangre de la barbilla de Adel.

—Min dam Rovial, min ra'ad al awalín —empecé en resar. Si estuviéramos en Jasad, alguien le habría puesto un hueso de dátil en la lengua. Una despedida para un cuerpo que había terminado su trabajo y una señal de gratitud por todo lo que había dado. Limpié una piedra contra mi chaleco y se la metí en la boca—. Irja'a ila makan al mawt wal haya, ila awal al awalín. —«Regresa al lugar de la muerte y la vida. Al primero de los Primeros».

Esperaba que a Adel no le importara que hubiera realizado un ritual jasadí. Se había pasado la mayor parte de su vida en Omal, puede que Jasad ya no significara nada para él. Hanim no me había enseñado los ritos funerarios omalianos, esperaba que se parecieran en mayor o menor medida.

—Ila al mawt niwada'ak, wa na'eesh haya bakya fi fikrak. Yikun ma'ak… —Hice una pausa. «Te encomendamos a la muerte y viviremos el resto de nuestra vida con tu recuerdo. Estaremos contigo…». ¿Qué más? Cerré los ojos y recité mentalmente la frase de nuevo, buscando las partes faltantes.

—A'malak we ahbabak —dijo una voz suave y mesurada sobre mí—. Creo que son las palabras que buscas.

Me quedé paralizada. Había olvidado prestar atención a las pisadas que se acercaban.

Abrí los ojos y vi unas botas a pocos centímetros de la cabeza de Adel. Subí la mirada. Advertí unos cuervos violeta bordados en la parte inferior de un largo abrigo negro, sobre un cuerpo esbelto de hombros anchos envuelto en el uniforme nizahliano más elegante que había visto en mi vida. Unos infames guantes del mismo color le cubrían las manos. Desde la parte baja de su cuello hasta la mandíbula se extendía una fina cicatriz. Si todo eso no me hubiera bastado para reconocerlo, sus ojos me habrían dado la pista final:

azul pálido e invernal. Solo había contemplado unos ojos así una vez.

Arin de Nizahl se erguía sobre mí, observándome administrar los ritos funerarios jasadíes a un hombre asesinado.

«Me han descubierto».

El mundo dio un vuelco y me dejó dando vueltas en el vacío. Sentí náuseas. Me levanté de un salto, olvidando el peso de mi falda. ¿Cómo es que estaba aquí? ¿Cuándo había llegado?

Abrí la boca. Para explicarme, para mentir, para gritar. Solo una bocanada de aire salió entre mis labios y nada más.

Tranquila, Essiya. Recuerda la primera regla, murmuró Hanim.

Era demasiado tarde; el pánico ya se había extendido, dejándome entumecida.

Cuando muriera, ¿alguien realizaría los ritos funerarios jasadíes sobre mi cuerpo?

Un suave relincho acompañó la aparición de dos caballos guiados por el otro soldado. Sus ojos se abrieron cómicamente al ver a su comandante. No sabía que iba a venir. Si la patrulla de Nizahl no estaba al tanto de la llegada del heredero, ¿qué hacía aquí?

Una oleada de puro terror me atravesó los huesos. El soldado muerto. ¿Y si habían encontrado su cadáver?

El soldado se arrodilló al instante, visiblemente nervioso.

—Mi señor.

—Supongo que es tuyo. —El heredero de Nizahl señaló el cuerpo de Adel.

El soldado tragó saliva.

—Usó la magia para atacarnos. No tuvimos elección.

—¿Lo atasteis? ¿Lo cegasteis?

—N-no.

—¿Usó la magia una segunda vez?

El soldado negó con la cabeza. Los temblores lo sacudían.

—Ya veo. —La mirada del heredero de Nizahl era gélida—. Entierra el cuerpo y reúnete conmigo en tu puesto.

Mientras hablaban, recuperé lentamente mis instintos. El heredero de Nizahl no acudiría a Mahair por la muerte de un solo soldado. Tampoco podía conocer mi verdadera identidad, a menos que los muertos hubieran aprendido a hablar estos últimos días. Marek había dicho que se había visto al heredero en Gahre, así que Mahair no era la primera aldea omaliana de su ruta. Me había descubierto hablando resar y llevando a cabo ritos funerarios jasadíes, pero no empleando la magia.

Podría salvar la situación.

El soldado recogió el cuerpo de Adel y se alejó tambaleándose hacia los árboles, dejándome a solas con el heredero de Nizahl.

Cuando este se giró de nuevo hacia mí, bajé la mirada.

—Solicito a su alteza que me permitáis explicar lo que acabáis de presenciar.

El heredero ladeó la cabeza y un mechón de cabello plateado se soltó de la cinta que se lo sujetaba en la nuca.

—Cuando quieras.

—No soy jasadí. —Inspiré hondo. La verdad era cuestión de percepción. No podía cambiar mis acciones, pero sí alterar su interpretación de estas—. No poseo magia ni ningún vínculo con el reino calcinado. Aunque hace años que conozco a Adel, su auténtica identidad permaneció en secreto para todo Mahair. Para mí. La crueldad de su muerte… me ha hecho enfadar. Solo quería ofrecerle un último acto de amabilidad llevando a cabo los ritos funerarios de su pueblo.

—¿En tu aldea es común que la gente aprenda ritos funerarios jasadíes? —Parecía curioso. Distendido.

—No. —Fingí dudar—. Los aprendí en Yanub il Kul antes de la guerra. Mis mentores valoraban mucho el estudio de las lenguas antiguas y el conocimiento de las prácticas de cada uno de los reinos.

Un año o dos antes del asalto, Nizahl había intentado fomentar la camaradería entre los reinos creando un campamento en mitad del Essam llamado Yanub il Kul. El campamento debía limar las

diferencias entre los reinos unificando a cientos de niños en una educación compartida. Las familias reales no enviaron a ninguno de sus hijos, por supuesto. Mis abuelos se burlaron de la idea y descartaron la florida invitación del supremo Rawain.

Mi asistenta favorita, Soraya, no se había mostrado tan desdeñosa. «Ten cuidado con la amabilidad de los hombres malvados, Essiya. Siempre crece de raíces ponzoñosas».

La segunda semana de guerra, todos los niños que seguían en Yanub il Kul fueron masacrados. Los asesinos fueron despiadados, inhumanos. Y el supremo Rawain le echó la culpa a Jasad. Los reinos que dudaban si apuntar sus espadas hacia Jasad cambiaron de opinión rápidamente después de lo de Yanub il Kul.

—Tu acento es perfecto. Tus mentores deben de sentirse orgullosos.

Observé fijamente al heredero. No tenía claro si me creía o si me estaba siguiendo el juego. Sus rasgos permanecieron imperturbables y corteses. Por su reacción, podría haber estado describiéndole la mejor técnica para eliminar una mancha de un tejido de algodón.

—A decir verdad, les causé una gran angustia. Como podéis ver, rara vez hago un buen uso de mis habilidades.

—Ah —dijo el heredero con una leve mueca—. Lo primero sincero que me dices.

Me esforcé por controlar la respiración. No me creía. Cuatro soldados nizahlianos se abrieron paso entre los árboles. Dos iban a lomos de sus monturas y los otros dos tiraban de las suyas. Me miraron e ignoraron mi presencia de inmediato.

—Señor —lo llamó el primero de ellos, haciendo una reverencia—. Os estábamos buscando, alteza.

—Pues ya me habéis encontrado —contestó él—. ¿Traéis noticias?

—No, mi señor. Es como dijo el herrero. Han liberado al chico.

«Señor, alteza, mi señor». ¿Cuántos más? Jasad tenía como mucho uno o dos títulos honoríficos para su realeza.

La expresión del comandante no cambió.

—Excelente. Dame las riendas, Jeru. Acompañaremos a la señorita a Mahair.

Había logrado retroceder varios pasos, pero la declaración del comandante hizo que me detuviera en seco.

—Os aseguro que no es necesario.

Los soldados se mostraron irritados por mi contestación.

—Acepta la amabilidad de su alteza, muchacha —espetó el más musculoso.

El de cabello rizado, Jeru, le tendió al heredero las riendas de un caballo negro. El heredero me observó con ojos inquietantes; quería arrancárselos de la cara.

Con una rígida reverencia, me forcé a dedicarle una sonrisa. Solo había una respuesta correcta. No sería como Adel, que primero había reaccionado y luego había pensado.

—Por supuesto. Gracias, mi señor. Acepto humildemente vuestro ofrecimiento.

—Maravilloso. ¿Sabes montar?

Hundí los dedos vacíos en mi capa. ¿Qué pretendía?

—No he tenido muchas ocasiones de hacerlo, aunque supongo que podré arreglármelas, señor.

Tomó un segundo juego de riendas de Jeru. Supuse que montaría, pero levantó la mano derecha y comenzó a sacarse los dedos del guante. Los soldados se quedaron quietos.

El comandante extendió la mano desnuda en mi dirección.

—Permíteme. —Su intención fue clara.

Recordé la voz de Marek.

«Puede captarla por el mero tacto».

No era posible. Los jasadíes eran los únicos que seguían poseyendo magia. Sin embargo…, ¿por qué si no se quitaría el guante?

Sincronicé la respiración con los pasos y apreté los dientes. Era una elección simple. Retiraba mi magia de la superficie y rezaba para que los grilletes cumplieran su propósito o me revelaba como jasadí y vivía lo suficiente para gritar.

Pensé en el guiño que me dedicó el supremo Rawain en la Cumbre Sangrienta instantes antes de que se desataran los alaridos. Yeddo Niyar empujándome de la mesa. El oro fundido deslizándose sobre los ojos de tita Palia mientras su magia rodeaba la mesa. El estruendo cuando la mesa explotó, mató a tita y a yeddo y envolvió en llamas a todos los que estaban cerca.

Solo más adelante comprendí por qué el malik y la malika habían elegido un destino tan espantoso para sí mismos. Contar los cuerpos de los muertos cuando yacen en pedazos carbonizados e irreconocibles es una tarea realmente complicada. Se tomaron registros, y el nombre de una Essiya de diez años figuró entre los fallecidos.

El padre del comandante había derramado mucha sangre de mi familia. No le concedería el mismo privilegio a su hijo. Poco a poco, mi magia fue menguando y el calor desapareció de mis grilletes. Me ardía el pecho tanto como si me hubiera tragado el sol.

Di un último paso adelante y coloqué la mano sobre la del comandante.

Estaba sorprendentemente cálida al tacto. Si no lo hubiera estado observando con tanta atención, podría haber pasado por alto el destello de desconcierto que atravesó sus estoicas facciones. Fue apenas un instante, pero el significado no dejaba lugar a dudas.

El heredero de Nizahl no era un hombre que se equivocara a menudo.

Arqueé las cejas fingiendo preocupación.

—¿Ocurre algo, mi señor? Os habéis puesto pálido.

Pretendía lanzar una pulla, aunque parecía que solo los soldados gruñones sentían el peso de mi insolencia. Me convenía mantenerme alejada del más musculoso si no quería sufrir una caída fatal del caballo.

El comandante se mantuvo exasperantemente imperturbable.

—Es mi tono natural, te lo aseguro.

Para mi horror, sujetó las riendas de su caballo en dirección al este.

—No pretenderéis presentaros en Mahair —espeté.

—¡Señor! —explotó el guardia—. Si me permitís responder a este insulto…

—Vaun. —El comandante dirigió una mirada apaciguadora a su guardia—. Hace tiempo que le debo una visita a Mahair. He oído que es una aldea honesta y trabajadora. ¿He hecho mal al creerlo?

Lo miré fijamente. Marek se equivocaba. Todos se equivocaban. El mayor poder de Arin de Nizahl no residía en ninguna habilidad sobrenatural. Si me resistía, despertaría sospechas. Si accedía, diría que su visita a Mahair había sido por invitación mía. Iba tres pasos por delante en cada dirección en la que me giraba.

Me imaginé mil serpientes diminutas en su mente moviéndose en una espiral rítmica y agitada. Una trampa dentro de otra trampa. Y yo había caído de lleno.

—Para nada, mi señor —respondí—. Mahair le brindará una cálida bienvenida.



Montamos hasta la aldea bajo el sol poniente. La multitud anterior se había dispersado y el silencio había caído sobre los rezagados. Si el cabello plateado y el escudo en el caballo no delataban al heredero de Nizahl, lo hacía su inequívoco aire autoritario. Sus soldados lo rodeaban vestidos de los colores de su reino, abriéndose paso por las calles.

Yo era la diferente. Una plebeya omaliana montando con la caballería del heredero. Me encogí mientras avanzábamos, deseando no llevar el pelo trenzado apartado de la cara. Entre eso y mi ofrecimiento para cargar el cuerpo de Adel al bosque, mi anonimato se había visto más comprometido que si hubiera decidido bailar desnuda en mitad de la carretera.

Detuve al caballo cuando llegamos a la puerta de la tienda de Rory.

—Me esperan aquí —anuncié—. Gracias por el honor de vuestra escolta. —Deslicé la pierna por el costado del animal y me dejé caer al suelo—. Deseo que disfrutéis de vuestro tiempo en Mahair.

Cuando el comandante desmontó y entregó las riendas a uno de sus hombres, mis ilusiones de que la pesadilla hubiera acabado se desvanecieron.

—Permíteme explicarle tu prolongada ausencia a tu jefe.

¿Esperaba que lo llevara a una habitación plagada de evidencias mágicas? Tensé el brazo de la cesta y levanté la barbilla.

—Vuestro esmero es una bendición para Nizahl.

Confiaba en que Rory hubiera dejado sus experimentos con ranas destripadas por encima del mostrador. Quería que algo asustara al heredero, aunque fuera simplemente el hedor. Pasé por delante de él evitando a Vaun.

La campanita de la puerta sonó con cada guardia que entró. Una comitiva de fatalidad uniformada. Rory estaba sentado en un cojín destartalado ordenando ungüentos y garabateando en su maltrecho libro de registro. Cuando entré, el alivio relajó su delgada complexión.

—Aquí estás, Sylv… ¡Mi señor!

—¿Te llamas Sylv?

—Solo dos veces al mes —contesté. Por la tumba mancillada de Rovial, ¿qué espectro descabellado me había poseído?

—¡Sylvia! —ladró Rory—. Disculpadla, alteza, es joven e ingenua. Tráeme el bastón, Sylvia, no puedo… —Se inclinó hacia delante y el libro cayó de su regazo.

Con una desagradable sacudida, comprendí por qué Rory quería su bastón. Lo había dejado caer a un lado después de sentarse en el cojín y no podía arrodillarse ante el heredero sin apoyarse en él.

El heredero de Nizahl pareció llegar a la misma conclusión.

—No te preocupes —le dijo a Rory. Me sorprendió brevemente que le perdonara a Rory el deber de arrodillarse. Sin embargo, ¿qué más daba un suplicante más cuando tenía miles?—. Tu aprendiza no ha incumplido sus obligaciones, nosotros la hemos retrasado.

—Por supuesto, no tiene importancia —afirmó Rory sosteniendo el bastón contra su pecho. El boticario temblaba como un potro recién nacido—. Por favor, será un honor preparar un té para su alteza y vuestros hombres.

—Su alteza quería asegurarse de que volviera sana y salva —me apresuré a añadir—. No deberíamos abusar más de su tiempo.

El comandante torció la boca. Mis esfuerzos por quitármelos de encima eran tan graciosos como evidentes. Me sentí aliviada cuando Vaun giró la cabeza para decirle algo al oído al comandante. Al apartarse, el comandante inclinó la barbilla y dijo:

—Quizás en otra ocasión. Que disfrutéis de la velada. Sylvia.

Un escalofrío me recorrió la espalda. No era el nombre adecuado en sus labios, pero no por ello me perturbó menos. Cuando me miró a los ojos, la ira huyó de mis huesos, reemplazada por un miedo atroz. Su mirada era pétrea, más fría que la lluvia sobre mi piel. Me olvidé de Rory, de Adel, del soldado muerto. Me olvidé de Mahair por completo.

Era una heredera de diez años sentada ante una antigua mesa de roble mientras el cielo estallaba en llamas y unos relámpagos negros impactaban en la tierra. Estaba temblando, hambrienta, cubierta de sangre y cenizas en el bosque Essam. Extendía las manos hacia la mujer que se inclinaba sobre mí, atravesada por el sol como si fuera poco más que un velo envuelto alrededor de su glorioso rostro.

Me había topado con la muerte en cada una de mis reencarnaciones, pero nunca la había mirado a los ojos hasta ese momento.

—Alteza —desvié la mirada.

El comandante y sus guardias se retiraron. Esperé a que el estruendo de los cascos desapareciera para girarme hacia Rory. Se había levantado, aunque dudaba que fuera el esfuerzo lo que lo había puesto tan pálido.

Un pesado silencio se instaló en el ambiente tras la marcha del heredero. Cuando Rory habló por fin, lo hizo con la voz grave y quebrada por el horror.

—Los has traído a Mahair.

Parpadeé.

—Yo no los he traído aquí. Estaba ayudando con Adel y me han encontrado. Ha insistido en acompañarme hasta la tienda. ¿Qué querías que hiciera, Rory? ¿Empujar al comandante al Hirun y robarle el caballo?

Una tormenta se desató en el interior del anciano. Mi preocupación se intensificó. Estaba segura de que la presencia del heredero de Nizahl provocaría una gran histeria en Mahair, pero no esperaba que Rory fuera a caer en ella.

A pesar de sus rabietas, el boticario se mantenía firme como un hombre de medicina y hechos, sujeto a los principios de la razón. Si bien el supremo no era un gran amante de la ciencia, dudaba que enviara a su hijo a impartir justicia contra un boticario de pueblo.

—Rory —dije lentamente—. ¿Qué estás ocultando?

El peso de la resignación hundió sus hombros orgullosos.

—No soy yo el que se esconde, Essiya.



CAPÍTULO CINCO

El suelo tembló bajo mis pies. El instinto me golpeó y, antes de que pudiera reaccionar, ya tenía la daga en la mano. Se me acumularon las lágrimas en los ojos. No quería hacerle daño a Rory.

La última persona que me había llamado Essiya había sido Hanim. La qayida exiliada de Jasad me encontró magullada y cubierta de cenizas tras los sucesos de la Cumbre Sangrienta. Temblé de alivio al oír mi nombre en sus labios, anticipando una rápida salida del implacable bosque para volver al Usr Jasad. En lugar de eso, me mantuvo cinco años en el bosque mientras Jasad ardía.

El nombre de Essiya llevaba oscuridad dondequiera que fuera.

—¡Baja eso! —espetó Rory golpeándome la pierna con el bastón.

El dolor marcó mis siguientes palabras:

—¿Cómo lo has descubierto?

Había tenido mucho cuidado, pero no había sido suficiente. Hanim tenía razón: nunca lo sería. No importaba a dónde fuera o lo mucho que lo intentara, Essiya me seguiría.

—Lo supe en cuanto te vi, hambrienta, cubierta de sangre y temblando en esta puerta. La hija de Niphran, la heredera de Jasad. Essiya.

—¡No me llames así! —grité. La sangre me retumbaba en los oídos—. ¿Cómo?

La preocupación tiñó la voz de Rory. ¿Estaba inquieto por él o por mí?

—Tengo cierta historia con Jasad, una historia que existe desde mucho antes de que tú llegaras. Tranquila. Solo yo podría haberte reconocido. El destino te trajo a mi puerta aquella noche.

No me había dado cuenta de lo mucho que me estaba apoyando contra la pared hasta que me cedieron las piernas y me deslicé hasta el suelo. Mareada, repuse:

—Me dijiste que el destino es un consuelo para quienes están satisfechos y una desgracia para los necios.

Tenía los nudillos blancos alrededor de la daga. Debería estar clavada en el cuello de Rory para silenciar esa ponzoñosa verdad. Necesitaba un minuto, solo un minuto, para reordenar mis pensamientos.

—El comandante percibirá tu magia. Te ejecutará. —Finalmente, descifré el extraño tono de la voz de Rory. Estaba asustado por mí. Yo planteándome rebanarle la garganta y él consumido por la preocupación—. Si averigua quién eres en realidad…

—Tengo la magia escondida de él. No sabrá que soy… que soy una jasadí. —Tragué saliva con dificultad—. La heredera de Jasad murió con el resto de la familia real. No hay nada que descubrir.

Rory frunció los labios.

—No puedes estar segura. Tiene una habilidad sobrenatural para…

—Me ha tocado la mano y no ha encontrado nada, Rory. —Me pellizqué el espacio entre las cejas. Se me estaba gestando una migraña horrible entre las sienes—. No soy una novata.

La confusión de Rory me tranquilizó un poco. No sabía lo de los grilletes. Todavía me quedaba algún secreto.

—No lo entiendo.

Una pregunta más importante salió a la luz. Una que tendría que haber formulado cinco años atrás, pero, como Rory no había insistido, no me había atrevido a planteársela.

—¿Por qué no me preguntaste nunca de quién era la sangre que me cubría la noche en que llegué a Mahair?

—Sabía que no era tuya —respondió con tranquilidad—. Más allá de eso, me daba lo mismo.

Rory, que montaba en cólera cada vez que uno de sus experimentos salía un poco mal, que se obsesionaba con detalles como la temperatura óptima de almacenamiento, que se teñía las manos regularmente de diferentes colores rebuscando en las cestas de plantas que yo había recogido de los rincones más húmedos del Hirun… ¿A ese Rory no le importaba?

Aparté a un lado una cesta de frascos envueltos y me puse de pie.

—No lo entiendo. Si me reconociste, ¿por qué no te interesó dónde había pasado los últimos cinco años? ¿O cómo había sobrevivido a la Cumbre Sangrienta?

Rory reforzó el agarre de su bastón, pero mantuvo una expresión indolente.

—Hay muchas cosas que todavía no sabemos del otro, Essiya.

Crispé la mandíbula.

—Te he dicho que…

—Mis disculpas, Sylvia. —Su voz transmitía desdén.

La reacción visceral que había experimentado al oír mi nombre de nacimiento había sido absurda. Ella no era una entidad separada de mí, un personaje ficticio en el relato de un bardo. Pero tampoco era del todo real. Ya no.

—Responde a mi pregunta —gruñí.

—Ten cuidado. No te debo ninguna respuesta.

—Quiero que me las des de todos modos.

Nos fulminamos mutuamente con la mirada. Al final, entre dientes, Rory confesó:

—No quería saberlo.

—¿No querías saber el qué?

—Cómo sobreviviste —espetó—. Tus abuelos mataron a mucha gente en la Cumbre Sangrienta. No quería saber hasta dónde habían

llegado para asegurarse de que salieras con vida.

Me detuve en seco, conmocionada.

—¿Crees que…? —Cerré la boca. Por supuesto, pensaba que el malik Niyar y la malika Palia habían orquestado los sucesos de la Cumbre Sangrienta. Todos lo creían.

—¿Qué sabes exactamente de lo que sucedió en la Cumbre Sangrienta?

Por un momento, Rory se mostró inseguro.

—El mensajero entró en el vestíbulo con la noticia del asesinato de Niphran en la torre Bakir. La habían apuñalado hasta la muerte. La corona de Jasad aprovechó el caos para atacar a los demás miembros de la realeza, pero el dolor por la pérdida de su heredera había hecho que su magia se desatara. No pudieron controlar lo que habían creado. Se perdieron muchas vidas y se desencadenó la guerra.

Tiré de las puntas de mis trenzas evitando la insistente atracción de mis recuerdos. Después de la Cumbre Sangrienta, todos los eruditos plantearon las preguntas equivocadas. Querían saber si el mensajero había dicho que mi madre había muerto o que la habían asesinado. Si habían llegado en caballos o en carruajes. No cuestionaron por qué el malik y la malika del reino más próspero de todas las tierras querrían exterminar a las demás familias reales, sobre todo en un arrebato tan temerario. No discutieron por qué se arriesgarían a llevar a su nieta, la segunda en la línea de sucesión, a una cumbre que pretendían destruir.

El dolor agudizó mi voz. A pesar de su inteligencia, Rory era tan susceptible a las mentiras del supremo Rawain como el resto.

—Ya veo. Porque, al parecer, mis abuelos eran lo bastante astutos para orquestar la masacre más violenta que la realeza ha visto en un siglo, pero no lo suficiente para sobrevivir a ella. Adelante, Rory, termina tu historia.

—No creo que…

—Termina la historia, Rory. —Mis grilletes vibraron en señal de advertencia—. No te gustará mi versión de ella.

Rory suspiró y dibujó círculos nerviosos alrededor del bastón.

—El supremo Rawain unió a los otros cuatro reinos contra Jasad. Encontraron un modo de penetrar en la fortaleza. Sin qayida ni herederos, Jasad cayó ante las fuerzas invasoras.

—Ya acabo yo por ti. —Me aparté del mostrador y la expresión del boticario reflejó inquietud. Bien—. Los ejércitos de Nizahl redujeron Jasad a cenizas. Arrojaron los cuerpos en fosas y quemaron las casas que dejaron atrás. Todos los jasadíes que sobrevivieron están escondidos, su magia es ahora un delito capital. —Temblé. Los grilletes se apretaron alrededor de mis muñecas, cálidos con la vibración de la magia—. ¡Nadie preguntó, Rory! Nadie se lo planteó. ¿Cómo cae una fortaleza inexpugnable?

Una vez formulada, la pregunta floreció en mi mente como sangre en un estanque cristalino. A Hanim no le habían importado las muertes de la Cumbre Sangrienta, tampoco cuándo empezó el asalto. Pero en cuanto la marea de la guerra se inclinó a favor de Nizahl, lo que la enfureció fue la victoria del supremo Rawain. Tras la muerte de mis abuelos, estaba convencida de que Jasad vería un nuevo amanecer de libertad política. Se había imaginado a sí misma saliendo del bosque Essam cuando Jasad estuviera en su peor momento y siendo recibida con los brazos abiertos en un reino que la había exiliado con una conveniente heredera a la que subir al trono y manipular.

Pero mi magia no había funcionado. Además, cuando la fortaleza cayó, las fuerzas de Omal, Lukub y Orban se unieron a las del supremo Rawain. La envidia por la prosperidad de Jasad y su magia se había transformado en un odio que nadie podría haber previsto. Nadie excepto el supremo Rawain.

Así que la heredera de Jasad se había quedado sufriendo en el bosque mientras el trono de magia permanecía vacío en el reino recién calcinado. En su cautiverio, la dulce muchacha que había sido capaz de reconocer a un pájaro por su canto y se calmaba con la caricia de otro acabó consumiéndose.

Yo era lo que quedaba de ella.

—La historia de los jasadíes merece ser contada al completo —declaré—. Ellos no son algo desagradable que puedas partir en pedazos y tragar.

—Nunca he dicho… —Rory calló en seco con el ceño fruncido—. ¿Cómo que «ellos»?

Alguien golpeó ligeramente la puerta. Permanecimos en silencio y nuestra discusión se pausó para dejar paso a la preocupación. ¿Había regresado el heredero de Nizahl?

Rory me dio un codazo en el estómago y me empujó tras él. ¿Qué creía que iba a poder hacer contra el comandante?

Podría entregarte, susurró Hanim*. El boticario trabaja a diario con sustancias peligrosas. Piensa en lo fácil que sería que ingiriera accidentalmente una dosis letal. Nadie sospecharía de ti.*

Matar a Rory solo me traería más problemas. Era posible que Mahair no diera demasiada importancia a la muerte fortuita de un soldado, pero ¿dos muertes fortuitas en una semana?

Rory se había pasado cinco años sin pronunciar mi verdadero nombre. No me traicionaría ahora ante el heredero.

—¿Rory? ¿Estás ahí? Por favor, dime que sí. La señora Nadia me despellejará viva si vuelvo con las manos vacías.

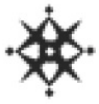
Me guardé la daga en la bota mientras Rory abría la puerta. Fairel suspiró aliviada y se levantó la falda para entrar en la tienda. Unos rizos sueltos enmarcaban su rostro redondo.

—Me ha asustado. Tengo una lista de la señora Nadia.

Intenté sonreírle a Fairel y Rory gruñó.

—Habla con Sylvia. No estoy teniendo un buen día.

Desapareció detrás de las cortinas.



Mis pisadas no despertaron a nadie en el oscuro refugio. Caminé con cautela. El día siguiente era la víspera de la walima. Probablemente, ese era el mayor descanso que conseguirían las chicas los próximos

dos días. Con suerte, los gemidos de las viejas paredes empapadas disimularían cualquier ruido que pudiera hacer.

Cerré con cuidado la puerta oxidada detrás de mí y me dirigí a un lado del refugio. Me arrodillé en la tierra húmeda, clavé los dedos en el suelo y arranqué las raíces de la higuera hasta que me dolieron las muñecas y se me llenaron las uñas de barro. No tendría que haberla plantado para empezar. Aunque llegara a crecer por completo, estos árboles nunca serían como las higueras de Jasad. Las higueras solían alcanzar los treinta metros de altura en los jardines del Usr Jasad. Cuando los árboles eran jóvenes, los arquitectos imbuían las ramas de magia. Los entretejían siguiendo patrones intricados e hipnotizantes cuando florecían.

¿Cómo había podido ser tan idiota de pensar que podría quedarme aquí para siempre? ¿Lo suficiente para que la planta creciera, para que la casa azul fuera mía y Rory me dejara su tienda? Mahair no me pertenecía. Cualquier raíz que echara aquí solo conseguiría pudrirse.

Pisoteé lo que quedaba de planta y esparcí los restos destrozados por la ladera. Este no era sitio para las higueras y había sido cruel al darle esperanzas.

Esto es lo que él quiere, susurró Hanim. *No importa lo dócil que finjas ser, un animal feroz muestra su verdadera naturaleza en el cautiverio.*

Me llevé una mano al corazón e intenté centrarme en contar. No era una prisionera.

«Uno, dos. Estoy viva. Tres, cuatro. Estoy…».

—Oh —dijo una vocecilla. Fairel asomó la cabeza por detrás de los arbustos con una regadera en la mano—. Creía que serías Raya. ¿Era tu planta la que has arrancado?

Miré a la niña con los ojos entornados, completamente desconcertada por su presencia. No debería contagiarle mi humor actual a nadie, y menos a Fairel. Me envolví la cintura con los brazos.

—Ve dentro, Fairel. Ya hace rato que tendrías que estar acostada.

Dejó la regadera en el suelo, levantó la barbilla y me preparé para la discusión.

—Estás enfadada. Lo noto. ¿Por qué no hablas conmigo como hablas con Sefa y Marek? ¿Es porque me consideras demasiado pequeña? Cumpliré doce años en dos meses y seis días.

No pude evitarlo.

—¿Crees que hablo con Sefa y Marek?

—Más que conmigo. Doce años ya es ser mayor, ¿sabes?

—Lo sé. —Cuando cumplí los doce, Hanim encantó unos leones para que me persiguieran por el Essam y así pudiera practicar mis habilidades de escalada. Debería estarle agradecida por mi aptitud para trepar a un árbol en menos de un minuto. Suspiré—. ¿Quieres dar un paseo conmigo?

Fairel se giró hacia las calles silenciosas más allá de la colina.

—¿Ahora? La patrulla nos gritará.

Pues les arrancaría la piel y se la daría de comer. ¿Cuántas veces me había dejado humillar y menospreciar por mi seguridad? Y todo para nada. No podía alejarme ni un centímetro del pueblo. No cuando el heredero de Nizahl me tenía en el punto de mira.

—Te protegeré.

¿Como has protegido a Adel?, se burló Hanim. Apreté los dientes. Ansiaba mi culpa. ¿Cuándo se daría cuenta de que no la sentía? Me había exprimido hasta la última gota tiempo atrás.

—Vale. —La confianza que se reflejaba en el rostro de Fairel me perturbó. Más que la edad o la madurez, la capacidad de confiar era la mayor reliquia de la juventud. Esperaba haberme ido mucho antes de que el mundo se la arrebatara.

De todas las pupilas más jóvenes del refugio, Fairel era sin duda mi favorita. Tanto que, cuando buscó mi mano, le permití que me la cogiera hasta los pies de la colina antes de retirarla suavemente.

—¿Por qué siempre te apartas?

Fairel se envolvió la cintura con los brazos imitando mi pose anterior. Por el trono escamoso de Kapastra, solo me faltaba que Fairel aprendiera a comportarse como yo.

Nos metimos por un callejón estrecho en el que nos engulló la oscuridad. Ninguna de las dos necesitaba ayuda para recorrer el sendero irregular. Una lluvia de guijarros nos azotó el pelo y la aparté del muro deteriorado, deseando poder alejarla del mismo modo que su pregunta.

Podría haber mentido. Lo habría hecho con otra persona que no fuera Fairel y su voz dolida.

—El contacto físico no me trae recuerdos felices, mi cuerpo lo reconoce como una amenaza.

No había sido siempre así, pero no era necesario que Fairel supiera cómo adoraba que Dawoud me cogiera en brazos de pequeña. Me pasaba horas aferrada al asesor jefe de Usr Jasad mientras él atendía sus asuntos en el palacio. Dawoud asistía a reuniones conmigo colgada de su cuello y seguía conversando sin inmutarse, como si la otra persona fuese culpable de distraerse con la niña hiperactiva de siete años que iba pegada a él.

Hanim me había borrado esos recuerdos. Los había dejado grises para que todo lo que los siguiera fuera de un rojo oscuro y goteante. Látigos desgarrándome la espalda y los hombros. Noches colgada boca abajo de alguna rama gruesa como si fuera un pedazo de carne en una carnicería y con una daga en la mano para enfrentarme a cualquier animal curioso. Esas noches, podría haberme doblado por la mitad y haber cortado la cuerda que me rodeaba los tobillos. Otra capa de los castigos de Hanim: la certeza de que tenía la capacidad de liberarme, aunque no la valentía.

—Yo nunca te amenazaría —repuso Fairel horrorizada.

Solo esta niña podría hacerme reír en mi estado de humor actual.

—Sé que no lo harías. Pero mi cuerpo interpreta la sensación del mismo modo sin importar de quién provenga.

Se oyó un estruendo al otro lado del callejón. Puse una mano delante de Fairel y escuché. Una rata pasó junto a mis pies y volcó un montón de guijarros a su paso.

No era más que una rata. Empujé a Fairel hacia delante con un brazo protector a pocos centímetros de su espalda.

El callejón se abrió a la luz parpadeante de las lámparas. Fairel giró la cabeza para contemplar la inusual quietud de la calle principal. Un perro cubierto de barro trotó hasta la carnicería siguiendo el olor de los huesos desechados.

Los preparativos para la walima estaban casi completos. Faroles unidos por hilos de plata colgaban de los balcones que rodeaban la plaza, creando un techo de luz sobre el pueblo. Los tenderos habían extendido alfombras de juncos trenzadas con esmero, teñidas con los pálidos tonos azules y blancos de Omal. Prácticamente, había incienso quemándose en todos los balcones, ahuyentando el mal de ojo de los recién llegados. Inhalé los aromas ahumados de la citronela y las rosas y exhalé con una sonrisa.

En el improbable caso de que el heredero de Nizahl no me matara, quería preservar mis recuerdos felices aquí. Tenía unos pocos muy valiosos. En cuanto el hijo del supremo había fijado la mirada en mi rostro, el pueblo se había perdido para mí. Después de que sus caballos peinaran las aldeas bajas de Omal, desaparecería en el Essam.

—Mira —dijo Fairel adelantándose y señalando una mancha de un rojo intenso—. Casi han terminado de repintar el muro.

Había una pintura en el muro más alto y robusto de la carretera principal. En ella, los awalín se alzaban imponentes sobre nosotros. Estiramos el cuello para ver las cuatro figuras que representaban la primera y más auténtica magia del reino.

—La historia de los awalín es distinta en Omal —comentó Fairel.

—¿Qué parte?

Fairel jugueteó con su manga.

—Mi madre me contó un relato diferente de cómo fueron sepultados.

Me detuve. Fairel nunca hablaba de sus padres.

Raya la había traído a casa de un viaje al mercado casi tres años atrás y me había dejado en el regazo a la niña de nueve años. Como éramos los más mayores, Marek, Sefa y yo ayudábamos con las nuevas, sobre todo los primeros meses, cuando lo único que hacían

era llorar. En cambio, Fairel no había derramado ni una lágrima. Se había pegado a mí al instante, ignorando mis intentos por que me cambiara por Sefa. No sé si fue por su férrea determinación o porque tenía casi la misma edad que yo cuando vi arder a mis abuelos, pero me ablandé demasiado pronto con ella.

—¿Qué te contó?

Fairel rozó la parte inferior de la imagen de Kapastra. La awala de Omal estaba dibujada con colores intensos y detalles minuciosos. Unas criaturas serpentinas con colas bífidas y ojos reptilianos se enroscaban a sus pies. Rochelyas. Esos repugnantes lagartos con forma de serpiente eran el símbolo de Omal, presentes en la bandera del reino. La domadora de bestias de Omal me fulminaba con la mirada, como si percibiera mi repulsión hacia sus mascotas favoritas.

—Los omalianos creen que los awalín crearon el mundo entero. Los reinos, el bosque Essam, el río Hirun… La magia de Kapastra concedió a Omal su tierra fértil y sus animales dóciles; el hacha de su hermana Dania trajo bestias temibles y la emoción de la caza a Orban; el encanto de Baira resultó en la riqueza y la buena fortuna de Lukub, y el corazón de Rovial proporcionó prosperidad a Jasad. Eso dicen los omalianos —puntualizó Fairel, que pasó la mano al tobillo de Baira—. Pero mamá me contó que el mundo y su belleza ya existían antes de la llegada de los awalín y los cuatro hermanos fueron simplemente los primeros en entrar en él con su magia. Sí que estaba de acuerdo en que concedieron vida a la tierra y gobernaron unidos durante muchos años. Sin embargo, los hermanos discutían demasiado, así que se separaron para fundar sus propios reinos. Vivieron felices durante largo tiempo.

Un rizo suelto rebotó alrededor de la nariz pecosa de Fairel. Movió la palma a Dania, la awala de Orban, quien lanzaba el hacha hacia el cielo. Baira tenía una mano presionada contra su piel oscura como la noche mientras se recostaba en su trono, observando a sus hermanos con expresión traviesa. Y, finalmente, Rovial. El awal de Jasad.

—Mamá me dijo que nada en este mundo debe ser ilimitado. La naturaleza siempre encuentra el modo de cobrarse el precio. Supongo que es cierto. Ella tuvo siete hijos, más que nadie en nuestro pueblo. —Dejó escapar una risita ahogada—. Y yo fui el precio.

Oh. Mi sorpresa llegó y se evaporó en el mismo instante. Fairel era orbaniana. Había asumido que Raya la trajo de otra aldea baja de Omal, pero eso tenía más sentido. La austeridad y la humildad no eran pilares en la sociedad omaliana; por el contrario, Orban se enorgullecía de vivir con los recursos más escasos, a pesar de que eso implicaba perder cientos de vidas por inanición cada año. No podía imaginarme la clase de penurias que debió de sufrir una madre con siete bocas que alimentar mientras daba a luz a la más pequeña.

Fairel cerró el puño.

—La magia de los awalín era ilimitada. Ninguno fue consciente de los efectos de la magia sobre sus mentes a lo largo de los años. Se estaban volviendo más fríos. In… Insen…

—¿Insensibles?

Fairel asintió con el ceño fruncido por la concentración. Parecía decidida a recitar la historia tal y como lo hacía su madre. La mano me tembló a un lado, movida por la necesidad de tocar a la joven. «Tu madre te quería —estuve a punto de decir—. Te llenó de historias».

—Los awalín podrían haber permanecido en el poder muchos años más si no hubiera sido por Rovial. El awal de Jasad perdió su humanidad frente a la locura mágica. Cuando los otros awalín se dieron cuenta, ya había matado a miles. Su maldad corre por las venas de todos los jasadíes.

Me esforcé por no estremecerme. Fairel había dicho que nunca me amenazaría, pero los orbanianos habían heredado la habilidad y la sed de batalla de su awala. Ese día era Sylvia. Al siguiente podría ser simplemente una jasadí.

Curiosamente, sentí un gran orgullo al imaginarme a Fairel como una mujer adulta con la capacidad de desafiarme.

Ajena por completo a mis pensamientos, Fairel continuó:

—Las awalas no pudieron matar a su hermano. Su magia era demasiado poderosa para destruirla sin acabar también con los reinos y todos los que los habitaban. Dania tuvo la idea de contener su magia en lugar de aniquilarla. Convenció a Kapastra y a Baira de que deberían sepultarse con Rovial para asegurar la supervivencia de sus descendientes. Dania temía que la locura mágica de Rovial terminara por alcanzarlas a todas.

Estiré el cuello para observar a mi awal. Siempre lo dibujaban de perfil, con el rostro vuelto hacia otro lado por la vergüenza. Hasta Jasad en sus días de gloria dudaba si celebrarlo. La sangre que había derramado durante los años previos al sepelio y las vidas que había arrebatado dejaron una oscura mancha en los registros de Jasad. Ignoraron que la locura de Rovial solo se había acelerado debido a la inmensa cantidad de magia que había vertido en Jasad, en sus tierras, en sus árboles y en su gente. Los otros reinos habían ido perdiendo magia generación tras generación después del sepelio, pero no Jasad. Rovial había entregado más de sí mismo y de su magia que las demás awalas.

Al final, ofreció más de lo que podía permitirse perder.

El resto de la historia era la misma en todos los reinos. Albañiles y arquitectos trabajaron codo con codo para construir una tumba que pudiera contener a los awalín. Los boticarios de Lukub perfeccionaron una poción que sumiría a los awalín en un sueño profundo que duraría siglos. Los cuatro reinos, decididos a aprender de los errores de sus antecesores, designaron a un hombre para que creara un ejército independiente que equilibrara el poder de los reinos. Este nuevo reino sería conocido como Nizahl y serviría de árbitro entre los conflictos de los otros reinos.

—Los awalín fueron sepultados bajo el Sirauk. Mamá lo llamaba el Puente Infinito, pero mi padre decía que era el Paso de la Muerte,

un puente rodeado de tanta bruma y sombras que nadie que empezara a cruzarlo terminaría jamás.

—Mi madre… —Me interrumpí.

Fairel esperó, con los rasgos abiertos y una curiosidad inocente. No había hablado de mi madre con nadie aparte de Soraya. Mientras mis abuelos se estremecían ante la mera mención de Niphran, mi asistenta me llevaba a ver a mi madre en la torre Bakir una vez por semana. Creo que le daba miedo que empezara a pensar en mi madre como lo hacía el resto del reino. La heredera loca de Jasad. La viuda afligida. Una tragedia para ser encerrada en una torre y acabar olvidada.

—Mi madre me contó que acudieron cientos de personas a atravesar el puente poco después del sepelio, creyendo que podrían susurrar sus anhelos y secretos a los awalín durmientes. El puente es tan largo que pasaron semanas antes de que alguien se diera cuenta de que ninguno había logrado cruzarlo. —Sus cuerpos simplemente se desvanecieron, devorados por la bruma que envolvía el Sirauk.

Fairel se estremeció.

—Es horrible. Entonces, ¿por qué honramos a los awalín con el Alcalah?

«Porque está en la naturaleza del ser humano honrar a aquello que quiere matarlos».

Reanudamos el paseo. Nos desvié del camino principal hacia la calle donde se encontraba la taberna de Daron y las tiendas de los visitantes. Nunca llevaría a Fairel por ese trayecto en circunstancias normales, pero la patrulla de Nizahl estaría ansiosa por demostrar su valía ante su comandante y no hallarían la gloria importunando a los borrachos que salían de la taberna.

—El torneo es un homenaje. Damos las gracias a los awalín por su sacrificio y los honramos enviando a nuestros mejores campeones a competir en el Alcalah.

Fairel ahuyentó un mosquito que se le había posado en la oreja y me miró fijamente.

—¿Crees que algún día podría llegar a ser campeona?

Me detuve en seco y la observé boquiabierta.

—La mayoría de los campeones mueren, Fairel.

—Mueren con valentía. Es un sacrificio digno —declaró—. Como el de los awalín.

Pensé en la rana guardiana que había acabado en mi cubo y me arrodillé a la altura de los ojos de Fairel.

—No existen los sacrificios dignos. Solo existen los que mueren y los que están dispuestos a dejarlos morir.



Por la mañana, fui directa al duqan de Nadia en busca de sillas adicionales. Había olvidado reservar dos sillas para el día siguiente, lo cual implicaba que Rory podría tener que quedarse de pie detrás de su puesto durante toda la walima.

Tres mujeres pasaron junto a mí con enormes ollas de arcilla en la cabeza mientras iban puerta por puerta con las manos libres para poder llevar manojos de menta aromática. Los dueños de las tiendas barrían el polvo de sus escalones y ahuyentaban a las arañas de los toldos empapados. Los hijos del carnicero estaban arrodillados en el suelo con un cubo lleno de agua jabonosa, frotando las manchas de sangre y espantando a los perros. Un grupo de niños, que medían la mitad que los cuchillos que empuñaban, quitaban la corteza de una caña de azúcar troceada. Nadie se atrevía a posar la mirada en el horno de la panadería, frío tras días de desuso.

Los hijos medio jasadíes de Adel, que nunca habían pisado Jasad, habían logrado escapar. Lo más probable era que, en un día o dos, el horno se volviera a encender bajo las manos de un nuevo propietario. Adel y su familia se convertirían en otro escándalo jasadí, una prueba más de la falta de vigilancia en las aldeas bajas.

Escupí la cáscara de una semilla de melón como si me hubiera ofendido gravemente y me remangué.

La campanilla de la tienda de Nadia tintineó.

—¡Sylvia! —me saludó Fairel y se fue a buscar a su jefa.

—Cuidamos de los nuestros más que de esos burros de Gahre —dijo Nadia mientras Fairel sacaba dos sillas. Se negó a dejar que le pagara, una especie de regateo a la inversa frustrantemente común entre los ancianos de Omal. Aceptar su generosidad sin rechistar también sería motivo de ofensa, así que no me marché hasta que la convencí de que viniera a la tienda de Rory para llevarse tres frascos de pomada para las rodillas.

Fairel me ayudó a llevar las sillas.

—¿Es cierto, Sylvia? ¿Has conocido al heredero de Nizahl? ¿Al comandante?

Gemí. Habían pasado menos de cinco horas desde la última vez que había visto a Fairel. ¿Tan rápido se había expandido la noticia?

—Fay.

Se mordió el labio.

—Perdona, tendría que haberme contenido, pero es muy emocionante, ¿no? ¡Un heredero en nuestra aldea buscando a su campeón! Las chicas dicen que tiene un aspecto raro. Aunque es guapo. Muy guapo. ¿Alguna vez habías visto un color de pelo tan extraño? Es como la luz de la luna. ¿Qué piensas?

—Pienso que no eres demasiado mayor para recibir unos azotes. —Doblamos la esquina y vimos la tienda.

A Fairel se le cayó la silla de repente y me dio en el pie. Grité y salté a un lado.

—¡Fairel! ¿Qué te pasa?

Seguí el origen de la estupefacción de la niña. En la puerta de su tienda, Rory se mantenía rígido cerca del heredero de Nizahl y su guardia. Los tres hombres del fondo parecían reprimir una sonrisa burlona que explicaba la palidez de Fairel. Habían oído sus palabras.

Se dejó caer de rodillas temblando como una hoja en otoño. La imagen me produjo un sabor amargo en la boca.

—Mi señor, no pretendía faltaros al respeto. Son cotilleos estúpidos, vos sois muy agradable a la vista, de verdad. Solo

comentaron que su cabello era extraño. Y tenéis un rostro encantador, sincero, el mejor que he contemplado en mi vida. El plateado es un color inusual en Omal, ya veis…

Vaun no había cambiado de humor desde nuestro último encuentro. La observó con el ceño fruncido. Me interpuse ante ella y le dirigí la misma mirada al guardia.

—Alteza, veo que habéis decidido seguir honrando a nuestra humilde aldea con su compañía.

—El honor es todo mío —respondió Arin. Se giró hacia Fairel y asintió—. Puedes levantarte.

Fairel estuvo a punto de caer de bruces por el peso de su falda. La agarré por el codo sujetándola con fuerza para evitar que se le ocurriera postrarse de nuevo. Se acurrucó a mi lado ante la mirada atenta del comandante. Se me tensó todo el cuerpo y reprimí el impulso de apartarla.

—El plateado es un color inusual en todos los reinos —dijo él—. Gracias.

Cuando no pude soportarlo más, me alejé levemente de Fairel.

—Ve. Nadia te está esperando.

Fairel echó a correr. El heredero y yo nos examinamos el uno al otro. Él llevaba el cabello recogido en la nuca sin un solo mechón fuera de lugar. Sus soldados no se habían esforzado por camuflarse entre los aldeanos, ataviados con los abrigos oscuros de Nizahl. La calle estaba extrañamente tranquila. A pesar de su curiosidad, los habitantes de Mahair poseían el sentido común de la cautela. Se habían agolpado en las tiendas y ventanas, subidos unos sobre otros, para ver mejor al heredero y su guardia.

—Sin duda, vuestra partida dejará a Mahair desprovista de todo fervor —comenté señalando los cristales—. Cuando llegue ese triste momento.

El comandante se giró hacia las tiendas, lo cual provocó tumultos mientras la gente se apartaba de los escaparates.

—Pues entonces es una suerte que tenga pensado quedarme en Mahair hasta el fin de la walima.

Me costó no reaccionar. Solo alguien culpable se tomaría mal esa noticia. El tratado que Nizahl había firmado con los otros reinos no les permitía hacer daño a cualquiera, únicamente a los jasadíes.

—Me sorprende que queráis explorar las aldeas bajas —dije sintiéndome orgullosa por que no se me quebrara la voz por la ira—. No hay gran cosa en nuestro rincón de Omal. Y menos un campeón.

—No estoy de acuerdo —replicó él—. Hay mucho por encontrar, sobre todo si sabes dónde buscar.

El comandante (Arin, su nombre era Arin, su madre no lo llamaría «comandante» ni «heredero de Nizahl») dio un paso hacia mí. Me preparé mentalmente. Empezaba a darme cuenta de que cada intercambio con este hombre estaba planeado a conciencia, diseñado para atraparme.

Dirigió sus siguientes palabras a Rory.

—Sus servicios como aprendiza deben de ser inigualables si tiene dos empleos.

¿Dos empleos? Miré a Rory, quien parecía tan desconcertado como yo. Solo aceptaba trabajos extra durante el verano, cuando Yuli pagaba generosamente a jornaleros temporales.

Un momento. Se me tensó todo el cuerpo. No podía referirse a la ruta, ¿verdad? Llevaba menos de un día en el pueblo y no había ido a visitar a nadie desde Zeinab y su madre. ¿Y si le habían contado que mis curas eran mágicas? Por los colmillos de las rochelyas de Kapastra, quizás era demasiado buena estafadora.

—Mis servicios no son excepcionales, mi señor. Simplemente he sido bendecida.

—Sylvia, ¿dónde está la cesta de hierbas que te he pedido? —intervino Rory. Se le había acumulado el sudor en las arrugas de la frente. A pesar de las náuseas que me invadían, reprimí una leve sonrisa. ¿Quién iba a saber lo mal que reaccionaba Rory bajo presión?

—Olvidé traerla. Lo lamento. Alteza, si me lo permitís, hay algunas cosas…

Arin no se inmutó.

—Te acompañaré con mucho gusto. Mientras tanto, mis guardias pueden prepararos las sillas.

Los guardias se removieron, disgustados por tener que separarse de su comandante. La mirada penetrante de Arin no admitía discusión. Mentiría si dijera que no sentí una pizca de satisfacción. Rory había hecho un gran espectáculo de mi fracaso a la hora de disuadir a Arin de que me escoltara al bosque. Ahora había visto con sus propios ojos que era imposible ganar una batalla de voluntades contra el heredero. Me irritaba la facilidad con la que nos habíamos visto arrastrados a la situación que intentábamos evitar con tanto ahínco.

—No has dejado huella prácticamente entre los demás aldeanos —comentó cuando pasamos por delante de la tienda de Nadia. No tenía ni idea de a dónde lo estaba llevando—. Me resulta curioso. Una huérfana sin ningún vínculo en la aldea hasta los quince años. Sin origen, sin historia.

Me quedé callada. Había estado indagando. Si hubiera descubierto algo, a estas alturas ya estaría atada en la parte trasera de una carreta.

—Supongo que tengo un carácter fácil de olvidar.

Tres pasos. A lo lejos, se oyó el tintineo de la campana de un carro de fruta.

—O tienes magia.

Se detuvo cuando lo hice yo. Enarcó una ceja al ver mi expresión.

—Pareces sorprendida. ¿De verdad creías que me había tragado tu espectáculo en el bosque?

—Si por error he dado a entender a su alteza…

Arin desestimó mis palabras.

—No hagas el ridículo.

Me clavé las uñas en las palmas de las manos.

—No tenéis pruebas.

Como si las necesitara. Como si alguien fuera a atreverse a cuestionarlo. Una única palabra en su boca contenía más poder que mil objeciones en la mía.

—Cierto —concedió—. O bien eres un ejemplo de autocontrol o estos aldeanos son tan ignorantes como obtusos.

Me ardían los grilletes. Me burlaba de los aldeanos a diario, había expresado ese sentimiento yo misma, pero yo podía hacerlo. Era una de ellos.

—Si por «ignorantes» os referís a que no apalizamos a ancianos indefensos en mitad de la calle, pues sí. Supongo que lo somos. —Me costó un gran esfuerzo no gruñirle.

El comandante ladeó la cabeza.

—Así que no es cuestión de autocontrol.

Se movió hacia mí. Contuve la respiración y recordé demasiado tarde la magia que estaba acumulando contra los grilletes. ¿La sentiría él burbujeando bajo mi piel? No sería capaz de contenerla a tiempo.

Calculé mis posibilidades de supervivencia. Acorralada como me encontraba, podría partirme el cuello o degollarme antes de que lograra siquiera lanzar un ataque efectivo. Quizás lograra arañarlo antes de que mi cuerpo cayera desplomado a sus pies.

—Sería sencillo si hubiera percibido tu magia junto al río. Normalmente, la magia suele estar ansiosa por manifestarse. Cuanto mayor es el poder, más rápida es la respuesta. Basta un simple roce.

Un dedo enguantado se elevó hasta mi barbilla. Aunque no se movió para acortar la distancia, mi inquietud se disparó. En ese pequeño espacio habitaba todo un mundo de peligro.

—El problema es que tu magia no parece comportarse como debería.

Hacía tan solo un día, Marek había negado con la cabeza y me había llamado «apacible». Llevaba diez años reduciendo mis vulnerabilidades comunes y reprimiendo mi naturaleza violenta. Y sin duda sentía que me merecía la pena echar a perder esa década a cambio de la posibilidad de apuñalar en el ojo a Arin de Nizahl.

Apreté los dientes con tanta fuerza que se me podrían haber partido.

—Investigad todo lo que deseéis, señor. Me temo que desperdiciaréis vuestro tiempo.

El heredero de Nizahl retiró la mano.

—Tal vez. Pero un temperamento tan explosivo como el tuyo siempre deja cenizas a su paso. Solo debo seguir el rastro.



CAPÍTULO SEIS

La mañana de la walima amaneció en un caos desatado. Daleel, una de las pocas cocineras buenas del refugio, había preparado hogazas de fino para desayunar. Me apresuré a cortar el pan todavía caliente por un lado y rellené la miga grumosa con huevos revueltos. Me escapé con mi bocadillo a tiempo de evitar a la horda de chicas que llegó a la cocina.

Al pie de la colina, Sefa me vio justo cuando la primera carreta en dirección a la carretera principal partía con ella a bordo. Me mostró el dedo índice en señal de advertencia mientras se alejaba.

—¡Compórtate! —gritó.

No había hablado con ella ni con Marek más que unos minutos desde aquella noche en el bosque. Normalmente me costaba encontrar tiempo a solas en el refugio, pero últimamente me había topado con un exceso de él. La noche anterior no habían acudido a la cena y había pillado a Marek en el pasillo, susurrándole algo con urgencia a Sefa, tras la aparición del heredero. Al acercarme, se habían enderezado con rapidez y me habían dado las buenas noches.

Su extraño comportamiento me preocupaba. ¿Y si la llegada del heredero los había hecho entrar en pánico? Podían sentir la tentación de entregarme para protegerse a sí mismos. Al fin y al cabo, ayudarme a ocultar el cadáver de un soldado asesinado no era mucho mejor que haberlo matado.

Le hice señas a la siguiente carreta. Los mantendría vigilados, no fuera que los lazos de la amistad empezaran a deshilacharse misteriosamente.

La carreta traqueteó por el camino irregular, con las cajas que cargaba deslizándose con cada bache e inclinación. Salté de la carreta en cuanto llegamos a la muchedumbre de la plaza. Había puestos a ambos lados de la carretera principal, atendidos por comerciantes ataviados con los colores de sus reinos. Gritaron cuando pasé, señalando sus frutas, joyas y bufandas. El aire fresco transportaba música junto con el aroma del azúcar quemado y la grasa. Los visitantes de las aldeas bajas omalianas abarrotaban la calle, vestidos con tonalidades blancas y azules. Un grupo de niños sentados en círculo jugaban con muñecas que representaban a los awalín. Una mujer con un pañuelo triangular rojo anudado sobre sus rizos apartó de un manotazo unos dedos ladrones de su bandeja de ghoriba y llamó a Yuli. Las chapas doradas que llevaba atadas al pañuelo tintinearon con el movimiento.

—Si le canto una canción a esta hermosa mujer, ¿la bailará?

Un hombre aproximadamente de mi edad se acercó con su laúd. El dulce rasgueo del instrumento me transportó a noches más tranquilas, descalza ante el Hirun mientras el río fluía a mi alrededor. Unos pasos más atrás, su compañera rio haciendo sonar su tubluh.

—¿Le concederás a mi música el honor de mover tu cuerpo y tu espíritu a su son?

—Por supuesto —contesté—. Voy a mover mi cuerpo lejos de aquí.

Intentando esquivar al alicaído músico del laúd, estuve a punto de chocar con un hombre que sostenía una bandeja llena de vasos de chai rojo sobre la multitud. El laúd y el tubluh siguieron sonando, su melodía viajaba por el aire y se entremezclaba con los gritos de los vendedores de aves.

—¿Una ula para su cocina, ya anisa? ¡Grabado por el mejor artista de Lukub!

—¡Abayas, abayas! ¡Venga a elegir su nueva abaya! ¡Bordada por el propio Hany de Orban!

Arqueé las cejas. ¿Qué mercaderes en su sano juicio vendrían a Mahair desde Orban o Lukub? La frontera más cercana con Orban requería seis semanas de viaje hacia el oeste, por no hablar del trayecto a través de las llanuras desérticas. Serían tres semanas si atajaban por el Essam, pero rara vez se tomaban esas rutas. Pese a que habían pasado más de treinta años, el ataque de los monstruos seguía muy vivo en la memoria. Atrapado entre Nizahl y Orban, Lukub había expandido recientemente sus tierras hacia el sur, en dirección al bosque. El trayecto a Mahair desde Lukub llevaría únicamente una semana viajando hacia el sur, aunque solo si se atravesaba el bosque. De lo contrario, cualquier comerciante lukubí con los ojos puestos en las aldeas bajas de Omal tendría que rodear Orban o Nizahl para llegar hasta nosotros.

Quizás tenían la intención de permanecer en las aldeas altas de Omal hasta la walima. Había oído que el palacio de Omal prefería celebrar su propia walima uno o dos días antes de la segunda prueba del Alcalah.

Rory me había dado permiso para explorar los puestos antes de reunirme con él. No tenía demasiado interés en comprar baratijas que no pudiera llevar encima cuando huyera, pero recorrer la carretera me daría la oportunidad de estar atenta a la posible aparición de Arin y su guardia. Comparé dagas de los artesanos de Gahre, probé jaleas en polvo y mordisqueé frutos secos garrapiñados. Mantuve mi frugal autocontrol hasta que llegué a un puesto que tenía barriles repletos de caramelos de semillas de sésamo. Había devorado los que me habían regalado Sefa y Marek en un arrebato de estrés.

Ay, ¿qué más daba? Llené mi cesta y dejé diez monedas en la palma del mercader. O bien el comandante me llevaría a Nizahl para que muriera en el juicio, o bien huiría de este pueblo en cuanto se marchara. Su llegada había sumido mi ya incierto futuro en una

desoladora nada. Me había ganado el derecho a atiborrarme de todos los caramelos que pudiera.

Marek se movía sin descanso tras el mostrador en forma de U de la taberna, sirviendo cervezas a una velocidad que debería ser imposible. Yuli le habría dado el día libre. Me hizo un gesto con la mano invitándome a tomar una jarra de cerveza llena hasta arriba. Negué con la cabeza ante el ofrecimiento y me estremecí. Nunca me había atraído lo de emborracharme. Ya me costaba controlar mis peores instintos en los mejores días, me daba miedo pensar lo que podría llegar a pasar si perdía la inhibición y se me soltaba la lengua.

Como ya había planeado espiar a Marek y el chico parecía al borde del colapso, levanté un pesado barril e hice espacio para atender junto a él. Me perdí en la rutina de verter y servir. La atención de tantos desconocidos me irritaba, pero los prefería a los habitantes de Mahair, que se habían dedicado a intentar cotillear conmigo sobre el heredero de Nizahl. Aumentar el nivel de embriaguez de la multitud me vendría bien.

Cuando el caos disminuyó, Marek se dejó caer en el suelo y apoyó la mejilla en la alfombra desgastada.

—Sylvia, te quiero —me dijo—. Te regalaré flores y caramelos de semillas de sésamo hasta el día de mi muerte.

Le di una patadita con la bota.

—Preferiría quedarme con los caramelos y una parte de tus ganancias.

Marek se rio y se giró sobre la espalda para mirarme con los ojos brillantes.

—Qué poco omaliano por tu parte pedirme dinero.

—Y qué poco omaliano por tu parte no aceptar.

Se le borró la sonrisa lentamente. Se instaló un silencio solemne entre nosotros, cargado de palabras no pronunciadas. Ninguno de los dos pertenecíamos a Omal, pero tampoco reclamábamos nuestros auténticos reinos de origen. Dudaba mucho que Marek y Sefa hubieran considerado la posibilidad de que fuera jasadí. No había realizado ni un solo acto de magia en todo el tiempo que hacía

que me conocían. Aun así, seguro que sospechaban que les estaba ocultando algo.

Pronto llegó el reemplazo de Marek para aliviarnos. Nos relajamos en las sillas prestadas de Nadia mientras observábamos a dos hombres forcejeando con la plataforma. Los combates eran mi parte preferida de la walima. Los artesanos de Mahair construían una tarima para las peleas que tenían lugar entre la primera y la última hora de la walima; la última se reservaba para los contendientes más serios. La plataforma estaba acolchada con piel de ciervo y cuero hervido para evitar que alguien acabara con la cabeza abierta por una mala caída. Hombres y mujeres se lanzaban al cuadrilátero en busca de la victoria. No podía haber celebración del Alcalah sin competición y en Mahair se preferían las físicas.

—¿Vas a competir? —le pregunté a Marek.

Encogió un hombro.

—Tal vez.

Contuve una risita. Marek estaría ahí arriba en menos de una hora. Yo siempre quería participar, ceder a la tentadora oportunidad de ganar el premio y comprarme una capa nueva con el esfuerzo de una única hora. Pero no podía arriesgarme a exponer mi habilidad.

Querrás decir exponer tu salvajismo, dijo Hanim. *¿Te tratarían del mismo modo si supieran que puedes partirle el cuello a un hombre con un mero pensamiento?*

Me metí un caramelo en la boca y lo mastiqué hasta que conseguí ahogar la voz de Hanim. Regresé serpenteando al puesto de Rory. Se elevaron gritos de júbilo mientras los artistas saltaban de tejado en tejado, blandiendo largas antorchas con las que encendían los faroles sobre el camino. Una bruma rosada iluminaba el mosaico de fuego sobre nosotros. Los niños se perseguían unos a otros, esquivando piernas y balanceando cestas. Sus risas resonaban a mayor volumen que la alegre melodía de los laudistas. Mahair en toda su gloria.

Durante la hora siguiente, me fui quedando afónica conforme explicaba el propósito de cada aceite y cada ungüento a los

omalianos que venían de visita mientras Rory roncaba suavemente a mi derecha.

Cuando Fairel irrumpió en el puesto, estaba a punto de lanzarle un frasco a la próxima persona que me preguntara por qué usábamos grasa de rana en las vendas. Alguien había intentado hacer dos trenzas en el cabello corto de Fairel. Las dos trencitas se le curvaban sobre las orejas como cuernos de carnero. Tenía una mancha de lo que esperaba que fuera chocolate en la nariz y llevaba un vestido limpio confeccionado con esmero con el azul y blanco de Omal. La había visto toda la tarde corriendo de un puesto a otro, arrastrando las sillas que Nadia prestaba a los comerciantes de Gahre. Su ética de trabajo orbaniana en plena acción.

—¿Estás ocupada? —Rebotaba con expectación—. Raya me ha dicho que podía ver los combates si tenía compañía.

Hasta un limón se estremecería ante la mueca agria del rostro de Rory.

—¿Por qué querrías ir con Sylvia? Hay un montón de mocosas viendo las peleas.

Fairel bajó la vista.

—Sylvia es mi única amiga y me gustaría verlos con ella.

Rory y yo nos miramos mutuamente, compartiendo la incomodidad ante el hecho de que yo fuera la única amiga de nadie. Agitó una mano.

—Está bien, id.

Apreté los dientes antes de coger la manita de Fairel y abrirnos paso entre la multitud. Me había puesto unos pantalones blancos de talle alto y ceñidos en los tobillos. Las dos aberturas laterales de la túnica me permitían anudarla justo en la cintura de los pantalones. Si bien los vestidos eran el atuendo habitual en los festivales, los había elegido así por si tenía que huir de repente.

Todos los presentes en la plataforma dedicaron sus peleas a Kapastra. Hacía más de diez años que ningún campeón omaliano triunfaba en el Alcalah, pero eso no impedía que la emoción se extendiera entre los aldeanos. Aunque perdiera, el heredero de Ni-

zahl elegiría a su campeón de Omal, así que ese año había el doble de posibilidades de que un omaliano ganara el Alcalah, pese a que lo hiciera en el nombre de Nizahl.

La multitud vitoreó y gritó de júbilo cuando una mujer bajita con la cabeza rapada derribó al hijo de Yuli sobre las pieles. Era Odette, la hija del carnicero y la luchadora estrella de la walima.

—¿Por qué no combates? —preguntó Fairel—. Eres fuerte. Un verano te ayudé a limpiar los establos de Yuli, ¿recuerdas? Tú llevabas las cajas más pesadas y controlabas a los caballos más grandes.

Miré a Fairel, sorprendida. Procuraba no revelar mi fuerza, me había tomado desprevenida.

No sabía qué decir. ¿Por qué no combatía? El heredero de Nizahl ya estaba en Mahair. Sabía que era una timadora, una huérfana, una mentirosa. El descubrimiento había llegado a mi aldea, a pesar de mis mejores esfuerzos por impedirlo…, dejando a un lado el reciente asesinato de un soldado nizahliano. ¿Por qué no unirme al desafío? Mi magia no reaccionaría de una u otra forma.

Sacudí la cabeza para ahuyentar esos irritantes pensamientos. Tenía pensado reservar la autocompasión para mi lecho de muerte, ni un minuto antes.

—No sería amable con los demás.

Fairel me dirigió una mirada demasiado madura para su edad.

—¿Desde cuándo eres amable?

Me quedé boquiabierta. Fairel lo había dicho con total naturalidad, sin titubear.

—Eso me gusta de ti. A veces, no quiero ser amable, pero Raya dice que debemos tratar a los demás mejor de lo que ellos nos tratan a nosotras. —Crispó la cara para imitar el ceño fruncido típico de Raya—. «Debemos valorar nuestras diferencias y tender una mano amable». Si alguien me da un manotazo en la mano amable, ¿por qué no debería devolvérselo?

Me reí con tanta fuerza que se me escapó un gruñido y sobresalté a la pareja que había delante de nosotras. Recuperé la respiración y

estuve a punto de soltar otra carcajada al ver los cuernos trenzados de Fairel.

—¡Ay, tengo que comprobar las sillas! —exclamó y salió corriendo antes de que pudiera detenerla. Secándome las lágrimas de risa de los ojos, me debatí entre seguirla o buscar a la chica que vendía basbusa relleno de almendras tostadas y tan empapado de sharbat que se olía a tres puestos de distancia.

Sentí un cosquilleo en el cuello y me pasé los dedos por la trenza.

Alguien me estaba observando.

Escudriñé a la multitud de juerguistas que se movían por la carretera principal. Apostaría el codo derecho a que el heredero de Nizahl se había unido a la walima. Tenía que estar por ahí, en alguna parte.

Si mis sospechas sobre Marek y Sefa eran ciertas, Sefa podía poseer información sobre el heredero de Nizahl. Necesitaba comprender cómo funcionaba exactamente su habilidad para captar la magia. ¿Le hacían falta las manos o valía cualquier contacto piel con piel? ¿Era inmune a la magia?

Seguí a Marek, magullado y contento tras la paliza que le había dado Odette.

—¿Dónde está Sefa?

Se puso serio al instante.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

Reprimí un gemido. Si no fuera tan exasperantemente molesto, su sobreprotección con Sefa podría llegar a parecerme tierna.

—Os pido permiso para hablar con ella, oh, sabio Marek.

Marek puso los ojos en blanco.

—La he visto con Raya. Una clienta estaba intentando rebajar a la mitad el precio de un vestido por una «costura torcida». Seguro que agradecería un rescate.

Cogí mi cesta de debajo del puesto y me abrí paso entre la multitud tratando de localizar la cabeza de Sefa. Pero no fue a ella a quien vi acercándose a mí con una capucha gris sobre su inconfundible cabello plateado.

Como había sucedido junto al río, el resto del mundo perdía sus colores y se apagaba para que el heredero de Nizahl resaltara. Avanzaba entre el gentío. La cacofonía de la walima se desvaneció mientras todos mis sentidos se centraban en la amenaza.

Sus guardias vestían ropas igualmente anodinas. Sus disfraces servirían de poco ante cualquier escrutinio, pero la gente se movía alrededor de la brigada de Nizahl sin prestarles atención.

—Alteza. —Incliné la cabeza—. Es un honor veros participar en nuestra humilde walima.

—El honor es solo mío, Sylvia.

Pronunció mi nombre con un sutil desprecio, como una acusación de seis letras. El reconocimiento de mi mentira más exitosa.

Arin desvió la atención a mi cesta.

—Has comprado una buena cantidad de caramelos de semillas de sésamo.

Lo miré. La predilección por los dulces que pudren los dientes no era algo exclusivo de los jasadíes.

—Parece que he encontrado mi propio suministro de ese dulce. —Se metió una mano en el bolsillo y me tensé. No intentaría hacerme daño en una walima abarrotada de gente, ¿verdad?

El heredero de Nizahl sacó un caramelo de sésamo. El envoltorio rosa deformado me trajo recuerdos. A menos que se pidiera expresamente, esos caramelos no se vendían por costumbre con envoltorios individuales. El envoltorio impedía que el azúcar endurecido se derritiera, pero la engorrosa tarea de doblar el papel disuadía a la mayor parte de los mercaderes.

—Creo que es tuyo.

Ante mi desconcierto, Arin le dio la vuelta al caramelo en la palma de su mano enguantada.

—Lo encontré flotando en un charco tres kilómetros más allá de la línea de los árboles de los cuervos. Raro, ¿verdad? ¿Cómo podría haber acabado un caramelo así tan perdido en el Essam?

Oh, no. Oh, no, no, no. Un miedo amargo me subió por la garganta. Se me había caído un caramelo de semillas de sésamo la

noche en que había atravesado la línea de los árboles de los cuervos. Me había planteado recogerlo del charco asqueroso. Unos segundos después, el soldado nizahliano me había plantado cara. Nunca llegué a recuperarlo.

Su expresión era el vivo ejemplo de la cortesía. Podría haber estado invitándome a un té en lugar de acusándome de traspasar la línea. Mientras que el supremo manipulaba con su encanto y sus discursos grandilocuentes, su hijo parecía esculpido en hielo puro.

Todo mi ser me gritaba que actuara. Que le clavara la daga en el pecho, que le tirara monedas a la cara y echara a correr, algo. No habíamos llevado el cuerpo del soldado a mucha distancia de donde había caído el caramelo. Solo podía esperar que el Hirun hubiese hecho su trabajo y hubiera trasladado el cuerpo a una parte diferente del río. Sin un cuerpo, ese único caramelo no podía vincularme a la desaparición del soldado.

Adoptando un tono natural e inocente, dije:

—¿Acaso soy la única persona de Mahair a la que le gustan los dulces? Puede que alguno de vuestros soldados tuviera un antojo.

La cicatriz que le atravesaba la mandíbula reflejó la luz de los faroles cuando ladeó la cabeza. Una herida doblemente perturbadora por el hecho de que estaba destinada a matar. Y, por su aspecto, tendría que haberlo logrado.

—Inténtalo otra vez —dijo.

—¿Qué?

—Piensa una mentira mejor. Tú puedes.

Apreté los dientes. Si pretendía provocarme para que revelara la verdad, necesitaría algo más potente.

—Disculpad si mi honestidad carece de adornos.

Se guardó el caramelo en el bolsillo de nuevo. Quería arrebatárselo y aplastarlo a pisotones. Gracias a mis grilletes, no le resultaría sencillo exponerme como jasadí. Pero había ocultado la muerte del soldado apresuradamente, con menos de una cuarta parte del cuidado con el que había enmascarado mi identidad. Cualquiera de esas ofensas acabaría conmigo.

Una soga invisible se estrechó alrededor de mi cuello. Si pretendía minar poco a poco mi cordura, el progreso era innegable. Siempre había imaginado que mi descubrimiento sería un acontecimiento breve y brutal. Como el de Adel. Me había preparado para un león, no para un buitre que volaba en círculos sobre mi cabeza.

Su conducta implacable me enfureció lo suficiente para que se me soltara la lengua y espetara:

—¿Voy a tener que demostraros mi inocencia?

—¿Tu inocencia?

A pesar de que no le flaqueó la sonrisa, su coraza de indiferencia se desvaneció. Me miró como si su fuerza de voluntad fuese lo único que le impedía despedazarme.

Este hombre te matará, susurró Hanim. *Si no hoy, pronto.*

Arin levantó una mano enguantada. No me estremecí cuando me quitó una hoja de la trenza. Al hablar, lo hizo con voz casi relajante, pesarosa.

—No se puede demostrar algo que no existe.

Se oyó un grito a los lejos.

—¡Los caballos!

El comandante se giró. Se detuvo y adoptó una expresión neutra mientras escuchaba algo que escapaba a mis oídos. Permanecí quieta en mi sitio, esforzándome por convencer a mi corazón acelerado de que no estábamos a meros segundos de la muerte.

—¿Señor? —Jeru se acercó a él.

Los músicos abandonaron sus instrumentos y sumieron la celebración en un silencio desconcertado. El estruendo de las trompetas sacudió el aire.

El movimiento me rodeó cuando las gentes de Mahair, una a una, tanto borrachos como niños, se arrodillaron. Arin se retiró la capucha.

—Visitantes —dijo.



CAPÍTULO SIETE

Los aldeanos se dispersaron cuando un carruaje con el escudo de Omal llegó por mitad de la carretera, tirado por caballos ensillados con cadenas blancas. Ruedas gigantes adornadas con brillantes gemas azules y blancas luchaban contra su propio peso al girar sobre la tierra irregular. El carruaje se detuvo delante de la plataforma y dos guardias flanquearon la puerta mientras se desplegaban los escalones.

Me coloqué tras el muro, oculta de la vista. Solo Arin y sus hombres permanecían de pie. Vi a Fairel, desconcertada y manchada, sujetando un boniato pegajoso de melaza en el puño.

—¡Fairel! —siseé. La quería lejos de quienquiera que estuviera a punto de salir de ese carruaje. Ajena a todo, Fairel se situó detrás de una de las sillas para mordisquear el boniato.

Me invadió un torbellino de emociones cuando vi descender al heredero de Omal. Era más bajo de lo que esperaba. Busqué cualquier parecido familiar en su cabello oscuro y alborotado o en la orgullosa nariz que se asentaba bajo sus inquietos ojos avellana.

A primera vista, nadie diría que compartía sangre con el heredero de Omal.

Mi padre era Emre, heredero de Omal. Tres meses después de mi llegada al mundo, una flecha le atravesó el cuello durante una cacería por el cumpleaños de mi madre. Aunque Emre había dejado a una sucesora de pleno derecho (yo), mis abuelos se habían

opuesto a la posibilidad de que heredara el trono de Omal antes que el de Jasad. Con mi madre sumida en el duelo en la torre Bakir, nadie impidió que el malik y la malika renunciaran en mi nombre al trono de Omal. Por su parte, los omalianos estaban ansiosos por despojarme de su linaje. Suponía que los rumores sobre el papel de mis abuelos en la muerte de Emre influyeron en eso.

Felix era sobrino de mi padre. Las leyes de sucesión de Omal deberían haberle impedido heredar el trono, pero el asesinato de la mayor parte de la familia real en la Cumbre Sangrienta complicó la situación. A pesar de que la reina Hanan conservaría el trono hasta su muerte, había oído que mi abuela paterna prácticamente se había recluido en su palacio y había dejado Omal en las ineptas manos de Felix.

En el pueblo nadie le tenía aprecio a Felix, y por un buen motivo. Por lo que había escuchado, tenía menos visión política que una cabra rabiosa. Era evidente que no se equivocaban. Debía de haber kilómetros vacíos en el interior de su gigantesca cabeza si le parecía que entrar en Mahair con un carruaje que valía más dinero que todo el pueblo era el movimiento adecuado.

Pero un heredero, por idiota que fuera, seguía siendo un heredero, y planeé mi huida. Si atajaba por el camino de los vagabundos, podría rodear a la multitud y llegar corriendo al refugio en menos de veinte minutos.

Arin recibió a Felix junto a su carruaje. Felix saltó sobre sus zapatos relucientes.

—Así que es cierto. Había oído que estabas congraciándote con nuestras aldeas más humildes. Habría sido una negligencia por mi parte no darte la bienvenida en persona.

—Una muestra de generosidad que no se olvida fácilmente —respondió Arin con tono apaciguador—. Mahair es maravillosa. Un verdadero tributo a su reino.

—Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que nos vimos. —Felix le tendió la mano a Arin y me estremecí.

¿Cómo podía el heredero de uno de los mayores reinos de la región estar tan poco versado en las costumbres de Nizahl? Invitar al heredero de Nizahl a tocarlo tenía implicaciones peligrosas. Cualquier crío con un mínimo de sangre real lo sabría. Había dos cosas de conocimiento general sobre Arin: nunca se lo veía sin sus guantes y no tocaba a menos que pretendiera matar. Pensé que era un rumor fantasioso, tonterías de aldeanos. En ese momento, me pregunté si Felix era consciente de la habilidad de su compañero heredero para percibir la magia.

Fruncí el ceño. ¿Cómo lo había sabido Marek?

La mano enguantada de Arin envolvió brevemente la de Felix.

—En efecto. ¿Deberíamos trasladarnos a un lugar más privado para seguir con el encuentro?

Felix miró a su alrededor.

—¿Ha terminado la walima?

—Casi. —La voz del heredero de Nizahl reflejó las primeras notas de impaciencia. Observó a la multitud arrodillada—. Debes de estar cansado del viaje.

—Nada que un buen trago no pueda arreglar —contestó el zopenco de la realeza. Le indicó al cochero que guardara los caballos con los de Arin y que no los dejara solos con un mozo de cuadra medio tonto.

Maniobrar un carruaje en un espacio tan reducido ponía nerviosos a los caballos. Resoplaron y sus cascos golpearon el suelo en un amplio círculo. Una de las sillas de Nadia estaba justo en mitad del camino de las ruedas del carruaje. Se me cayó el alma a los pies. Supe lo que iba a pasar en cuanto el cochero hiciera girar a los caballos, pero era demasiado tarde.

—¡Alto! ¡Alto! —gritó Fairel, que se lanzó hacia la silla.

Me levanté de un salto, preparada para verla partida en dos. Yuli la agarró por el vestido antes de que pudiera interponerse en el camino del carruaje. La silla se partió bajo las ruedas y Fairel chilló. Los caballos retrocedieron asustados e hicieron que un guardia

omaliano chocara contra Felix. Ambos cayeron al suelo estrepitosamente.

Polvoriento y rojo por la vergüenza, Felix apartó de un manotazo la mano del guardia y se levantó de un salto. Fulminó a Fairel con la mirada.

—Ven aquí.

Con el corazón acelerado, salí de las sombras. La multitud se puso seria mientras veía a Yuli soltar a Fairel a regañadientes. La muchacha se inclinó ante el heredero de Omal con las trenzas en forma de cuernos medio deshechas. Era tan amenazante como un mosquito de río.

—Mis más sinceras disculpas, mi señor —se apresuró a decir—. Las sillas… son mi responsabilidad, y mi señora me ha ordenado que las devuelva en buen estado…

Felix empujó a Fairel delante de los caballos.

Más tarde, me pregunté si habría reaccionado de otro modo en caso de haberse tratado de alguien que no fuera ella, que fue mía desde que Raya la trajo al refugio. En otras condiciones, quizás me habría quedado escondida y habría añadido esta situación a mi colección de ira.

Los aldeanos gritaron mientras los caballos pateaban a Fairel y el chasquido de los huesos rotos resonaba por todo el camino. Mi magia se precipitó hacia delante y apreté la daga con las vísceras de Felix en mente. Me estaba moviendo hacia él antes de que los caballos acabaran con su ataque al cuerpo inmóvil de Fairel.

Arin fue más rápido. No había dado más que un paso y ya estaba ahí, bloqueándome el camino. Me quitó la daga de la mano. Mi magia no lo aprobó y aulló a los caballos que pasaron junto a Fairel con los cascos rojos de sangre.

La presión aumentó en mis grilletes, un dolor conocido rugió bajo mi piel y luego… sucedió lo imposible.

La daga se estremeció en el aire y salió volando. Mi magia zumbó manteniendo la trayectoria del cuchillo. Jadeé. La incomprensible

escena se volvía aún más desconcertante por la presencia inalterable de los grilletes alrededor de mis muñecas.

Arin no se giró para ver cómo la daga se clavaba en el muslo de Felix, ni siquiera cuando el otro heredero aulló. No se giró ante los gritos de los guardias ni los sollozos mientras el médico del pueblo se agachaba junto al cuerpo maltrecho de Fairel.

Solo unos centímetros me separaban del heredero de Nizahl. Estaba lo bastante cerca para ver el brillo oscuro de la victoria eclipsando la frialdad en los ojos de Arin. Lo había hecho… Le había dado la prueba que necesitaba.

El horror me recorrió la espalda. Intenté retroceder.

Cuando habló, sus palabras me rozaron la sien.

—Si quieres mantener la cabeza pegada al cuerpo, quédate quieta.

Cerró la mano alrededor de mi muñeca. Mi magia lívida bailó bajo la superficie de mi piel, pero no emergió por segunda vez.

El heredero se volvió hacia diez de los guardias de Felix que blandían las espadas en mi dirección. Los aldeanos que no estaban ocupados moviendo las extremidades de Fairel sobre una piel de becerro observaban con aprensión. Aprensión por mí. Creían que yo había lanzado la daga. No habían visto a Arin arrebatármela antes de que volara. Un leve alivio atenuó parte de las náuseas que me revolvían el estómago.

¡Enhorabuena! Solo el heredero de Nizahl te ha visto usar la magia, gritó Hanim. *Nadie importante.*

—¡Arrestadla! —bramó Felix—. ¡Ha atacado al heredero de Omal! ¿Dónde está el médico? ¡Deja a la chica! ¿No ves que me ha apuñalado?

El alarido repentino y ahogado de Fairel me atravesó. Intenté acercarme a ella, pero el agarre de Arin sobre mi muñeca no flaqueó.

Los guardias omalianos se movieron, pero los hombres de Arin se cerraron delante de nosotros. Se elevaron murmullos entre la

multitud. Que los herederos alzaran las armas entre ellos era prácticamente una declaración de guerra.

—¿Qué es esto? —preguntó Felix; pese a que su séquito me impedía verlo, su voz transmitía desconcierto—. ¡Ordena a tus hombres que se retiren! ¡Quiero a la chica, no a ti!

Intenté apartar la mano. Si corría lo bastante rápido hasta el bosque, podía trepar a un árbol cerca del recodo del Hirun y esperar a que se fueran los perseguidores. Todavía tenía comida aguardándome en el desfiladero. Haría compañía a los fantasmas mientras planeaba mis siguientes pasos.

—Mis hombres no están protegiendo a la chica —repuso Arin—. Están protegiendo a tu reino de desatar la ira de la Ciudadela.

—¡Apartad!

Los protectores de Felix se apartaron y dejaron al descubierto al heredero de Omal, apoyado en los escalones del carruaje. La daga sobresalía de su muslo. Los guardias de Nizahl se movieron a un lado, apuntando con las espadas a los guardias omalianos. Felix me ignoró, lo cual fue una suerte, pues mi expresión de perplejidad probablemente arruinaría la historia que Arin fuera a inventarse.

—¿Por qué? —preguntó Felix—. ¿Qué es ella para ti?

Distinguí a Rory entre la multitud, atendiendo a Fairel. Se le veía un hueso en la pierna derecha. Sefa estaba arrodillada a su lado frotando un líquido transparente bajo la nariz de la joven, quien cerró los ojos marcados por el dolor y se quedó inmóvil. Rory envolvió el hueso expuesto con un trapo con una confianza que no compartían sus rasgos petrificados.

Ambos se quedaron paralizados cuando vieron quién estaba tras la barricada de guardias. Rory se puso del color del hueso que sobresalía del muslo de Fairel y Sefa se llevó una mano a la boca.

Arin no reaccionó. De hecho, daba la impresión de que todos nos hubiéramos desvanecido de su vista. Sus ojos azul claro se movían de un lado a otro. Me preparé para lo peor; tenía motivos para preocuparme. ¿Acaso no funcionaban así los rincones más letales de su mente?

—Sylvia de Mahair está protegida por las leyes de amnistía —declaró.

Felix parpadeó. Ah, ahí estaba nuestro parecido…, en las muecas de desconcierto.

—¿Cómo?

—Es la campeona elegida por Nizahl para el Alcalah.

El control que tenía el comandante sobre sus soldados era encomiable, ya que ninguno se estremeció ante el impactante anuncio. Solo Vaun tensó la espada como si requiriera cada pizca de su disciplina para mantenerla apuntada hacia delante.

El suelo tembló cuando los habitantes de Mahair se pusieron en pie al unísono y estallaron en vítores. Se esforzaron por identificarme entre la subsiguiente algarabía, pues todos buscaban su familiaridad conmigo.

—¡La pupila de Raya!

—¡La aprendiza de Rory!

Y luego:

—¡La campeona de Nizahl!

Felix separó los labios.

—No puedes estar hablando en serio. ¿Una mocosa de una aldea baja? ¿La que acaba de atacarme? Hay mil opciones mejores.

—La elijo a ella —declaró Arin con decisión.

Felix abrió la boca y la volvió a cerrar. Justo cuando pensaba que sería lo bastante estúpido para discutir, gruñó.

—¡Retiraos! —espetó a sus guardias—. No podemos hacerle daño a una campeona.

Arin dejó caer mi brazo al instante. Vaun y el guardia calvo adelantaron al heredero mientras se alejaba y despejaron el camino de curiosos. Los guardias omalianos levantaron a Felix sobre una piel de ciervo tensada y se lo llevaron unos pasos por detrás de Arin.

Yo no era el comandante. Mi mente no estaba preparada para engaños elaborados ni premoniciones escalofriantes. Hacía tan solo unos instantes, me estaba mentalizando para abandonar Omal para

siempre o morir. No encontraba la estabilidad en la vertiginosa espiral de este nuevo giro de los acontecimientos.

Jeru y el otro guardia se quedaron ahí.

—El comandante desea que esperes a su regreso en un lugar privado.

Me opuse.

—¿Qué? —¿Estaban respondiendo a una orden invisible que él había emitido? ¿Lo tenía todo planeado?

—Tengo que ver a Fairel —dije, y las palabras salieron de un lugar lejano—. Rory no puede tratarla solo.

—No es una sugerencia —repuso Jeru—. La gente no necesita otro espectáculo.

—Eso es cierto. —Solté una risita nerviosa. La histeria se iba acumulando en mi pecho y cristalizaba en afilados fragmentos bajo mi esternón—. Ya han visto más que suficiente.



La habitación en la que me arrojaron estaba en la frontera de Mahair y el aire transmitía el penetrante hedor del ganado cercano. Cerraron de un portazo y me dejaron a solas con mi pánico desatado.

—No, no, no —repetía caminando de un lado a otro de la habitación.

El heredero de Nizahl no podía nombrarme campeona, no después de haber visto mi magia. Lo sabía. Tenía las pruebas contra mí que buscaba. El comandante nunca le concedería ese honor a una jasadí voluntariamente. Habría sido una táctica para darle largas a Felix. Había tardado más de dos días enteros en darme caza, me parecía justo que quisiera matarme él mismo.

Tenía que salir de ahí. ¿A qué lugar infernal me habían llevado? Montones de mapas cubrían las paredes de la estancia, con una gran cantidad de nombres y fechas garabateados por la misma mano.

Había una sola silla con respaldo recto arrinconada junto a una mesa, apenas lo bastante ancha para dejar una taza de té. Una vitrina se extendía a lo largo de la pared izquierda.

Agarré los tiradores de la vitrina para intentar abrirla. Los candados aguantaron. Detrás del cristal, había réplicas de las posesiones más afamadas de los awalín, algunas de las cuales reconocí y otras me alegré de no hacerlo. La rama de árbol con la que Dania atravesaba el corazón de las madres primerizas. Un hacha forjada para parecerse a la de la misma awala, oxidada y manchada de sangre. Una muñeca harapienta tallada en una piel de animal me hizo retroceder. Estaba inclinada hacia delante, con unos ojos infantiles dibujados en la carne rígida. No me sonaba esa muñeca de ninguna de las historias de los awalín.

Observé las grietas de su piel y fruncí los labios, distraída por un vago recuerdo de las lesiones de Hanim. La muñeca llevaba la bandera de Orban de la antigua batalla de Zinish. Lukub había ganado usando la magia, cosa que Nizahl prohibía expresamente en tiempos de guerra. La magia que empleó la capitanía de Lukub para derrotar a los orbanianos durante la batalla de Zinish era demasiado horrible para recordarla, un mal que consumió la tierra como una poderosa peste. Algunos de los soldados fueron destrozados, sus cuerpos se deformaron y se condensaron en…

… pequeños muñecos de aspecto humano.

Aparté la mirada y me llevé dos dedos a los labios para contener la bilis. No era de extrañar que la batalla hubiera acabado de ese modo. Nizahl, que rara vez se ensuciaba las botas en disputas territoriales, arrasó Lukub. Solo la rápida y astuta política de la sultana de la época impidió que Nizahl destrozara Lukub por completo. La batalla de Zinish llevó a un acuerdo de paz entre ambos reinos. Este acuerdo había sido ratificado por todos los supremos y sultanas que había habido después.

Por supuesto, la batalla de Zinish había tenido lugar cuando la magia solo estaba prohibida si se usaba como arma de guerra. La

paz era una opción para ellos; una paz que mi magia había hecho tambalear al arrojarle una daga al heredero de Omal.

Si pudiera volver atrás en el tiempo a esa tarde, no me marcharía del lado de Rory. Recogeríamos lo que no hubiéramos vendido en el puesto y regresaríamos a la tienda. Quizás podría haber calentado agua para preparar dos tés de menta en la trastienda y nos habríamos reído de los niños que tropezaban unos con otros en la calle.

No estaría en esta habitación llena de reliquias de guerra, entre las cenizas de mi segunda vida.

Mi única opción era escapar. Incluso si Arin se dignara a escuchar una explicación, su misericordia no iría más allá de suspender mi ejecución hasta después de un juicio.

Me paseé por la habitación. Si Arin mantenía la costumbre de echar a sus guardias, él sería el único obstáculo que se interpusiera entre mi libertad y yo. Sus guardias patrullarían el perímetro y, aunque me vieran correr, no me perseguirían. Habían jurado proteger a su comandante e irían directos a él. Cuando se dieran cuenta de que lo había matado…, bueno, tendría que correr muy lejos y muy rápido.

Bajé la mirada a mi ropa rasgada y manchada de sangre. Sefa todavía tenía mi capa. La daga que guardaba en la bota había encontrado un nuevo hogar en la pierna de Felix. Desaparecería llevando tan solo un caramelo de sésamo.

Se me acumularon las lágrimas en los ojos. Me sentía completa y dolorosamente sola.

Volví a probar los tiradores de la vitrina. Me lancé contra el cristal, pero la gruesa superficie no se dobló. Si la vitrina había resistido el paso de los siglos, mis esfuerzos insignificantes no servirían de nada.

La muñeca parecía seguirme con la mirada. Como si se burlara de mi fracaso.

Sabía lo que tenía que hacer, aunque dolería. ¿Era mucho pedir una solución sin derramar sangre por una vez? Por las profundidades malditas del Sirauk, no había llegado tan lejos para que me frustrara

un simple cristal. Mi magia yacía dormida, imperturbable ante mis esfuerzos. No comprendía cómo había podido escapar de mis grilletes, pero no tenía tiempo que perder esperando que sucediera lo imposible por segunda vez en una misma noche.

Agarré la abertura de la parte inferior de mi túnica y tiré. Rasgué lo suficiente para envolverme completamente el codo y el antebrazo.

El sudor me perlaba la frente. Cerré la mano libre alrededor de la otra muñeca y levanté el codo acolchonado hasta la altura del hombro.

—Nada de huesos rotos —ordené. La vida con Hanim me había inculcado unas costumbres extrañas, como el hecho de hablarle a mi cuerpo como si pudiera oírme.

Golpeé el cristal con el codo con todas mis fuerzas. Un dolor agudo estalló en mi brazo y me reverberó por todo el cuerpo hasta que lo sentí detrás de los dientes. Utilizando el brazo vendado e inclinando mi lado derecho hacia delante, me impulsé con todo mi peso para asestar más golpes con el codo. Si me detenía ahora, no volvería a empezar. La agonía que sentía en el brazo forcejeaba con la realidad de tener que enfrentarme al heredero de Nizahl sin un arma, y seguí golpeando hasta que la sangre empapó las tiras de la túnica.

Se formó una grieta en el cristal. Era pequeña y casi insignificante en comparación con el tamaño descomunal de las armas de la vitrina. Eché el brazo atrás ahogando un gemido y golpeé la fisura con el codo. La parte inferior del cristal se hizo añicos. Giré la cabeza mientras los fragmentos caían al suelo y me cubrí la cara con el brazo ensangrentado. Ensangrentado, pero no roto.

Metí la mano por el cristal intentando alcanzar el hacha oxidada que había detrás de la muñeca lukubí. Arañé el mango con las uñas y mis dedos lucharon por llegar hasta él. ¿Me había destrozado el codo para no poder alcanzar la maldita hacha por unos centímetros?

Se oyeron pasos en el exterior. Un murmullo grave atravesó la puerta. Me estiré de nuevo; por desgracia, necesitaría romper más cantidad de cristal para poder llegar.

Maldije y agarré la primera arma que pude pasar entre los bordes cortantes. Era un cuchillo de filo corto, la mitad de largo que mi antebrazo maltrecho, pero afilado a pesar del paso del tiempo. Aunque no era ni de lejos tan bueno como un hacha.

Los pasos sonaron más fuertes y luego se desvanecieron en la distancia. Los dos guardias asignados a mi puerta se marchaban por orden de su comandante. Me metí el cuchillo en la cintura de los pantalones. La empuñadura se me clavó en la parte baja de la espalda.

Estaba aquí.

Me quité la tela mojada del brazo y la tiré a un lado. Había estado siguiéndole el juego desde que me había topado con él en el río. Era una aburrida aprendiza de pueblo. Una chica lo bastante ingenua para llevar a cabo ritos jasadíes o lo bastante inteligente para haber ocultado su magia durante cinco años. Hasta que mi magia reaccionó, había sido simplemente Sylvia.

Mi magia había destrozado la ilusión construida por Sylvia y la había reconstruido para que encajara en una sola palabra: «jasadí».

Enderecé los hombros. La persecución había terminado y el heredero de Nizahl solo era un monstruo más que me pisaba los talones.

Se abrió la puerta.



CAPÍTULO OCHO

Las sombras de la habitación perfilaron la silueta del heredero de Nizahl. Los farolillos parpadearon con la ráfaga de viento que acompañó su entrada. Cerró la puerta tras de sí, se quitó el abrigo y lo colgó del gancho. Sus movimientos eran fluidos, como si fuéramos dos meros compañeros que se reúnen para comer.

Yo sudaba tanto como uno de los caballos sobreexplotados de Felix. Temía que la suave empuñadura del cuchillo se me resbalara de la mano.

Esto no era como enfrentarse al soldado del bosque. No podía evaluarlo para encontrar debilidades o explorar posibles vías de ataque. Me sentía como un pájaro volando al corazón de un vendaval, y el milisegundo de sorpresa entre mi ataque y su defensa decidiría el resultado de mi aventura.

Cuando finalmente levantó la mirada, fue para fijarla detrás de mí, en el cristal roto de la vitrina de guerra.

La sangre me retumbaba en los oídos.

El heredero de Nizahl me miró a los ojos. Lo que vio en ellos hizo que se le dibujara una sonrisa helada en los labios. Estaba rodeada de reliquias de la espantosa historia de los reinos y este hombre era lo único capaz de congelarme el corazón.

—Aquí estás —dijo—. Por fin nos encontramos.

Acorté la distancia que nos separaba de un salto. El terror me recorría las venas, alimentando el impulso del cuchillo. Si el

oponente hubiera sido cualquier otro, habría dado en el blanco. Habría actuado con rapidez y lo habría apuñalado desde un ángulo para el cual no hay recuperación posible. Mi mayor problema habría sido sacar el cuchillo de las garras de su cadáver.

Pero mi oponente no era cualquier otro.

En un instante, Arin me agarró los nudillos. Sin dudarlo ni un segundo, me giró la muñeca bruscamente.

Se me escapó un grito ahogado al oír el crujido del hueso. Se me aflojó todo el cuerpo con el punzante estallido de dolor. La daga tintineó al caer al suelo.

Me atrajo hacia sí y me deslizó una mano por el codo. Su aliento me rozó la sien. Desde fuera, por el modo en el que mi cuerpo se inclinaba hacia el suyo, podría haber parecido el abrazo de unos amantes.

—¿Es lo único que puedes ofrecer? —susurró.

Me empujó hacia atrás. Me estrellé contra la vitrina y llovieron cristales a mi alrededor. Cuando me golpeé contra el suelo, algunos de los objetos de la vitrina me cayeron encima.

Entre ellos, el hacha.

Los cristales crujieron bajo sus botas.

—Sylvia de Omal, te declaro culpable de usar la magia contra otra persona.

Así que íbamos a dejar a un lado las explicaciones. Me apoyé en el codo para girar, solté un gemido y cogí el hacha. El hombro, que ya me dolía, emitió un chasquido bajo el peso del arma. Con un gruñido, la blandí contra las piernas de Arin.

Se hizo a un lado, pero no fue lo bastante rápido. Me invadió la satisfacción al ver la sangre que manaba de su muslo izquierdo.

Me duró hasta que me dio una patada en la mano. La agonía me oscureció los sentidos y el hacha se me cayó de las manos.

Aunque, por supuesto, él no había acabado. Se agachó junto a mi cabeza y, en mi lucidez cada vez menor, me pareció la muerte en persona que venía a segar mi alma, a terminar lo que el supremo había empezado y a destruir al último miembro del linaje real de

Jasad. Lo arañé como un conejo moribundo atrapado en las garras de un buitre, sin prestar atención a los cristales rotos que se me clavaban en la piel.

El comandante me retuvo con una rodilla y me sujetó las manos heridas por encima de la cabeza.

Estaba inmovilizada, era incapaz de oponer resistencia mientras él se llevaba la mano enguantada a la boca y agarraba el cuero entre los dientes. Tiró de cada dedo meticulosamente y el guante se deslizó por su piel. Cayó sobre mi pecho y mi magia siseó hacia delante y se fracturó contra mis grilletes.

—Ya no puedes esconderte —dijo en voz baja y me acunó la mejilla con la mano desnuda.

Los huesos de mi muñeca astillada implosionaron bajo la presión insoportable de los grilletes. Me estaba devorando en vida desde dentro mientras mi magia me golpeaba, buscando un modo de salir que no existía. Me cayeron las lágrimas por las mejillas y se acumularon en los dedos enguantados de Arin. ¿Qué le estaba haciendo a mi magia?

Un anillo azul sobrevivía en unos ojos que se habían vuelto completamente negros. Entreabrió los labios con el rostro inundado de asombro.

—¿Cómo la estás ocultando? —preguntó en tono grave y acusador—. Siento… ¿Cómo puedes…?

La puerta se abrió casi con vacilación y vi a Jeru palidecer antes de que Arin le gruñera una orden y otra oleada de agonía dispersara mis pensamientos. Me estaba despellejando viva con su mero roce. ¿Qué tipo de crueldad era esa? ¿Qué clase de asesinato?

Un suave roce en la frente me obligó a abrir los ojos de nuevo. Niphran me sonrió.

—¿Puedo volver a casa? —sollocé—. Por favor.

Su piel estaba hecha de fragmentos de sol, sus ojos cambiantes parecían robados de la superficie del mar.

—Lucha.

Me retorcí débilmente. Arin hundió más la mano y la enredó en mi cabello. Tenía los ojos vacíos, completamente engullidos por la oscuridad.

—¡No puedo!

¿Tenía magia el heredero de Nizahl? ¿Cómo si no podría estar haciendo esto?

—Está reaccionando a tu magia y eso le está arrebatando la cordura —explicó Niphran. El sol del que estaba hecha brilló con más intensidad y me cegó—. Si no te resistes, te matará.

Me hundí en la espuma marina furibunda de mi magia. Me golpeaba y se enfurecía más con cada intento inútil de liberarme. Su toque absorbía mi magia sin ofrecerle ninguna vía de escape y la dejaba aullando bajo mi piel.

—No te resistas a quién eres —murmuró Niphran. El sol la engulló y un infierno blanco irrumpió e inundó la habitación con un brillo insoportable—. Essiya.

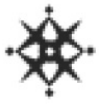
«Ya se llevaron demasiado. Nizahl no destruirá lo que queda de mi familia».

El suelo se sacudió debajo de mí. Llovieron escombros del armario mientras los mapas de la pared se agitaban descontroladamente. Grité con mil voces al tiempo que algo se desmoronaba en mi interior. Un susurro de alivio calmó la presión de los grilletes y Arin salió disparado contra la pared opuesta de la habitación. Se recuperó antes de caer al suelo.

La tierra se estremeció y la vitrina se inclinó hacia delante.

No evoqué el rostro de Niyar ni el de Palia mientras el armario gemía, sino el ceño fruncido de Rory. La risa cantarina de Sefa. Marek limpiando el hollín de sus cacahuetes tostados y ofreciéndole un puñado a Fairel.

Una expresión de alarma atravesó fugazmente el rostro de Arin, ya desprovisto de su delirio. La vitrina cayó. Tuve el tiempo justo de cerrar los ojos antes de que algo se estrellara contra el costado de mi cuerpo y me sumiera en la nada.



Nadaba en círculos en la oscuridad aterciopelada del lago. Las criaturas que bailaban ahí abajo eran mucho más intrigantes que cualquier cosa que me esperara en la superficie.

«Despierta», dijo un pez malhumorado con seis colas de color lavanda. Habló con la voz de Rory.

Fruncí el ceño y seguí nadando hacia un gran bolti con la nariz severa de Dawoud.

«No puedes seguir durmiendo, Essiya».

¿Quién era Essiya?

Empecé a decirle al bolti Dawoud que se equivocaba, que probablemente mi nombre fuera Sylvia, pero el agua se precipitó dentro de mi boca y me ahogó. Pataleé tratando de alcanzar la superficie menguante y reluciente del agua. Ya casi había llegado. Si pudiera tocar la luz del sol…

Me incorporé de golpe con un jadeo. Un grito se elevó y murió en mi garganta. Me llevé una mano al corazón acelerado intentando calmarme mientras los ojos se me acostumbraban a la penumbra del nuevo entorno.

La sala de las reliquias había desaparecido. Esa nueva estancia era más pequeña y solo contenía un espejo, una mecedora y el catre sobre el que me encontraba. Nada de vitrinas de guerra ni armas. Unas gruesas enredaderas llenas de musgo serpenteaban por el suelo de tierra, lo cual explicaba el olor a humedad y descomposición. Habían levantado las paredes directamente sobre la superficie del bosque. Olfateé buscando rastros de estiércol o huevos podridos para determinar a qué distancia me hallaba del Hirun y lo lamenté al instante. Un hedor insoportable me provocó arcadas. Si esto era la muerte, mi alma no había acabado en ningún lugar bueno.

Por si me encontraba todavía entre los vivos, me tapé la nariz y aspiré con cuidado en pequeñas bocanadas. A juzgar por el tamaño

de las enredaderas que se extendían por el suelo, la habitación había sido construida mucho tiempo atrás. Quizás él disfrutaba tanto de matarme que me había trasladado a otro sitio para hacerlo de nuevo.

Me llevé la mano al hombro para rascarme y me estremecí. Mis muñecas. El comandante me había roto la derecha y aplastado la izquierda, y recordaba perfectamente cómo los grilletes me habían pulverizado los huesos. Desconcertada, las roté. Nada… No había dolor. Por el pelo bendito de Baira, ¿me había vuelto loca por fin?

Mi ropa hecha jirones había sido reemplazada por una sencilla bata de lino. La idea de que un guardia de Nizahl me hubiera desnudado mientras dormía me hizo apretar los dientes. Recorrí la habitación con la mirada una vez más en busca de algo que pudiera usar como arma.

Porque tu último intento por matar al heredero fue todo un éxito, espetó Hanim.

¿Quién había dicho nada de intentar matarlo de nuevo? Mis objetivos se reducían a salir de esa estancia. Giré sobre el catre y apoyé los pies en el suelo. Se posaron sobre una superficie abultada y mullida. Fruncí el ceño. Qué raro, ¿por qué las enredaderas…?

Bajé la mirada y grité. Recogí las piernas bruscamente y me golpeé la barbilla con las rodillas.

En el suelo, a mi lado, yacía el soldado al que maté.

Un hueso de su cuello partido sobresalía a través del brillo ceroso de su piel. Había insectos correteando por la herida abierta de su vientre. Se me revolvió el estómago al separársele levemente los labios para que una cucaracha saliera de su boca hacia la mejilla.

Había visto muchos cadáveres, pero nunca en un estado de descomposición tan avanzado. Puaj. Debía de haber supuesto una pesadilla para los guardias cargar con él. Alargué la pierna para saltar sobre el cuerpo cuando algo mucho más inquietante me llamó la atención.

Sobre el pecho del soldado, había un caramelo de sésamo envuelto.

Se abrió la puerta y entraron Jeru y Vaun, quienes se colocaron a ambos lados del marco. Se pusieron firmes.

Arin pasó entre ellos. Con el cabello retirado pulcramente de la cara y el chaleco meticulosamente abrochado bajo el abrigo, costaba imaginar que alguien tan sereno hubiera estado a punto de estrangularme hasta la muerte.

Su mirada pasó por mi rostro y se detuvo en el cuerpo, lo cual aniquiló la diminuta chispa de esperanza que había albergado de que tal vez el cadáver del soldado estuviera ya en esa estancia antes de mi llegada. Arin esperaba una reacción.

Tenía una fracción de segundo para decidir qué mostrarle. Podía expresar inocencia, fingir conmoción y horror ante el cuerpo mutilado y quizás incluso estallar en lágrimas. Podía ofrecerle al heredero una discreta muestra de aflicción y preguntarle qué había pasado. Todas las opciones que consideré me parecieron inútiles porque todas llevaban inevitablemente al mismo resultado: mi muerte. Tal y como había declarado en la sala de guerra.

Me agaché y cogí el caramelo del pecho del soldado. Lo examiné entre dos dedos y me lo acerqué a la nariz para olfatearlo. Azúcar y suciedad.

—Creo que lo has perdido —comenté en tono casual.

No hubo respuesta. Como si le hubiera hablado a una piedra. ¿Quería una reacción? Bueno, pues ya éramos dos. Lancé el caramelo y cayó sobre su bota.

—A mí tampoco me gustan demasiado los dulces.

Vaun dio un paso adelante con la mano en la empuñadura de la espada, pero Jeru lo sujetó por el codo.

—Fuera.

Arin no elevó la voz ni dejó de sostenerme la mirada. Vaun, con expresión amarga, se zafó de Jeru y salió hecho una furia. Su compañero lo siguió y cerró la puerta tras de sí.

Estábamos a solas.

Me mordí el labio. La necesidad de romper el silencio me atormentaba, una desafortunada reliquia de mi época con Hanim. El

silencio era peligroso. Cuanto más callado permanecía él, más inquieta me sentía. Me obligué a sostenerle la mirada. La negrura había desaparecido, reemplazada por su plácido azul. No quedaba ni rastro de la ferocidad que había presenciado en su expresión gélida. Una pregunta se volvió insistente en mi interior hasta que se abrió paso a la fuerza.

—Fairel… —Carraspeé—. ¿Fairel está viva?

Arin tomó asiento en una silla de madera de respaldo alto y apoyó el tobillo en la rodilla contraria. Su mano enguantada colgaba sobre su pierna.

—Sí —respondió. Me invadió el alivio y exhalé. Quería seguir preguntando, saber algo más sobre su estado y recuperación, pero mi cariño por la muchacha me había metido en ese lío y no podía continuar adelante arrastrando su peso.

Estaba viva. Raya y las demás se asegurarían de que no le faltara de nada. Los aldeanos acudirían al refugio con comida y suministros. A pesar de su apatía con Adel, los habitantes de Mahair sabían cuidar de los suyos. Si la chica hubiera muerto a manos de su propio heredero, el pueblo nunca se habría recuperado. Las aldeas bajas ya toleraban demasiado a la corona de Omal. Matar a sus jóvenes sería la chispa que encendiera la mecha del resentimiento.

Fairel estaría bien atendida. Yo no podía hacer nada más por ella.

—¿Cómo es que estoy viva?

Arin ladeó la cabeza. Su expresión impasible se había desvanecido y una leve mueca de disgusto ocupaba su lugar. A juzgar por su comportamiento en la sala de guerra, había pocas emociones lo bastante fuertes para doblegar el dominio que Arin de Nizahl tenía sobre su cuerpo, lo cual implicaba que esa sutil mirada de enojo ocultaba mucho más.

—Tu magia te ha salvado. Te ha recompuesto. Llevas once horas durmiendo.

Qué idea tan absurda. No podía convencer a mi magia para que me sacara una piedra atascada en la bota, mucho menos podría reparar huesos rotos y regenerar piel.

Hablé sin pensar.

—Mi magia intentó matarme.

Un silencio cargado de tensión precedió a sus palabras.

—Hablas como si tu magia tuviera voluntad propia.

Una mosca zumbaba sobre las entrañas expuestas del cadáver. Se me habían acabado los planes. Si nuestros papeles estuvieran invertidos, su labia podría haber doblegado la situación a su favor, tejer redes brillantes para evadir su destino final. Pero mi lengua era tosca y carecía de la fluidez necesaria para hablar el idioma de las serpientes. Era experta en subterfugios y evasiones, y él había demostrado de manera contundente que tampoco tenía posibilidades de vencerlo en ninguno de los dos ámbitos.

Tenía que cambiar el rumbo de sus preguntas. Si exponía mis grilletes, la influencia de estos sobre mi magia podría hacer dudar al heredero momentáneamente, pero la ley era clara: poseía magia y su presencia me corrompía, con independencia de si la usaba o no.

No puedes hablar de tus grilletes. Cualquier información que le des a este hombre, por insignificante que parezca, te perseguirá, me advirtió Hanim.

Por una vez, estaba de acuerdo con ella. Nadie tenía motivos para creer que Essiya de Jasad estuviera viva. Si Arin sospechara de mi verdadera identidad, me rebanaría la garganta antes de que pudiera parpadear.

—¿Por qué estoy viva?

—Bien —contestó—. Has llegado a la pregunta correcta.

—Supiste que era jasadí en cuanto nos conocimos.

—No hago acusaciones a la ligera.

Jugueteé con los hilos de la colcha, manteniendo su guante fuera de mi vista. No podía olvidar su peso sobre mi pecho, el dolor carmesí de su mano desnuda.

—¿Por qué no permitiste que los guardias del heredero de Omal me mataran en el festival? Habría sido un castigo merecido y habrías cumplido de manera eficiente con tu deber.

No podría haberse presentado una solución mejor. Sin embargo, me había bloqueado el paso antes de que pudiera acercarme a Felix. El precio por la magia era mi cabeza. ¿Qué más daba qué espada me la cortara?

—Tu destino está en mis manos, no en las de un guardia torpe de aquel holgazán —dijo. Buscó mi mirada—. Ni en las tuyas.

Sentí un calor abrasador seguido de un frío intenso. ¿Acaso creía que había tirado la vitrina a propósito?

—Pues puedes dar tu arrogancia por satisfecha. Eres mi juez ante el más allá. Acaba con esto limpiamente.

—Tu dominio infantil de las emociones no te hace ningún bien. Podría haberte matado mil veces desde que llegué y sigues ahí, tan insolente como siempre.

Me deslicé al otro lado del catre. El crujido de las enredaderas bajo mis pies fue un agradable reemplazo del cuerpo del soldado. Me levanté.

Arin no reaccionó cuando me acerqué a él. ¿Por qué iba a hacerlo? El pelo me caía por la espalda convertido en una maraña de nudos y me sentía perdida en ese saco de bata. Era realmente la hija de Niphran. La loca de la torre dio a luz a la loca de los bosques. No le costaría nada bloquear cualquier ataque por mi parte, plantarme la bota en el cuello y presionar.

—Podrías haberme matado mil veces, pero no lo has hecho.

Si yo fuera el comandante de Nizahl, ¿qué me retendría en una remota aldea omaliana persiguiendo a una jasadí impotente durante tanto tiempo? ¿Qué beneficio podría obtener preservando su vida?

Era un juego calculado, exento de las trampas incendiarias de las emociones.

Antes de que llegara a Mahair, los rumores situaban a Arin en Gahre. Si había encontrado el cuerpo del soldado, significaba que habría estado viajando hacia el sur por el Hirun, por los límites exteriores de las aldeas bajas.

Pensé en la inexplicable vitrina de reliquias de guerra colocada a leguas de la Ciudadela. Nuestro primer encuentro… ¿no habían

hablado los guardias de liberar a alguien? Las capas se entrelazaban unas con otras y lo comprendí todo con tal claridad que tuve que apoyarme en la pared para sostenerme.

—Esto no es por mí, ¿verdad?

Me reí con carcajadas estridentes y ruidosas. Había estado jugando a ese juego como Essiya, una chica que merecía tales atenciones por parte del heredero de Nizahl. Pero Sylvia no era nada. No existía ninguna razón lógica para que el comandante del ejército de Nizahl dedicara tanta energía a mi captura.

La verdad siempre está en los inicios, murmuró Hanim. *¿Cuál es la base de su verdad?*

Arin de Nizahl había entrenado a miles de soldados para que identificaran y se enfrentaran a los jasadíes. Los árboles marcados con cuervos, las patrullas y los juicios eran de su exclusiva potestad. Donde el supremo se limitaba a conquistar y matar, su heredero convertía el poder de Nizahl en un férreo control sobre los demás reinos.

Había dos responsabilidades que podían obligar al solitario heredero de Nizahl a salir de su reino: elegir un campeón para el Alcalah y perseguir una amenaza jasadí que supusiera un peligro extraordinario. Había dado por sentado que lo había traído aquí la responsabilidad equivocada.

—Hay otro jasadí. Puede que un grupo —dije. Las piezas fueron encajando poco a poco. No podía creer lo estúpida que había sido—. Has usado la excusa de la búsqueda de un campeón para rastrearlos sin ser detectado. —Los mapas que había visto en la sala de guerra estaban cubiertos de líneas y garabatos—. Los estás persiguiendo a ellos. Yo solo soy un mero inconveniente.

Me acerqué. Noté una manada de ciervos pisoteándome el pecho, advirtiéndome de que me apartara. «¿Acaso no has aprendido nada?». Pero, si mis sospechas eran ciertas, no tenía nada que temer. Todavía no. Me incliné hacia el comandante y me apoyé en los brazos de su silla. Lo miré fijamente y el cabello de su sien se agitó con mis palabras.

—Estoy viva porque me necesitas, ¿verdad? —Me mantuve lo bastante cerca para poder contar sus pestañas plateadas—. Y estás furioso.

Arin sonrió y su cicatriz se tensó.

—Por fin.



CAPÍTULO NUEVE

Arin se levantó. Retrocedí y tropecé con el borde de la alfombra raída, pero él se movió a mi alrededor.

Se arrodilló junto al soldado y tocó el cuello del cadáver con un dedo enguantado.

—Al principio me desconcertó. Un cuello roto, una espalda partida y una herida de cuchillo de quince centímetros medio disimulada en una parte del torso con músculos bien definidos. Menudo exceso. ¿Y todo eso para qué?

Crucé los brazos sobre el pecho. ¿Pretendía inquietarme o halagarme?

—Lo que no cuestioné fue el uso de la magia en el asesinato. Solo un jasadí tendría la capacidad de destripar a un soldado veterano y romperle la espalda. —La mano de Arin se movió hacia el chaleco del soldado y la metió en el bolsillo—. Y luego encontré esto.

Arin me mostró la palma de la mano y reveló un mechón enredado de cabello negro y rizado.

No era cualquier cabello. Por los huesos polvorientos de Dania, ese jabalí nizahliano había muerto con un puñado de mi pelo.

Noté un dolor fantasma en el cuero cabelludo. Después de morderlo, ¿no me había agarrado por el pelo para apartarme? Había visto los mechones en su puño, pero había asumido que los dejaría caer. ¿Cuándo había tenido oportunidad de guardárselos en el bolsillo? ¿Por qué lo habría hecho?

—Cuando la derrota se convierte en una posibilidad, los soldados nizahlianos están entrenados para recoger evidencias de sus asesinos. —Arin giró la palma de la mano y los cabellos flotaron hasta el pecho del soldado—. Estaba buscando a una jasadí de pelo largo y rizado con debilidad por los caramelos de semillas de sésamo. ¿Y a quién me encontré en el río, hablando resar sobre un jasadí muerto?

Para una vez que intentaba ser amable…

No estabas siendo amable. Lo hiciste porque creías que así me sacarías de tu cabeza, resopló Hanim.

—¿Y bien? No me dejes con la intriga.

Saber que no tenía planes inmediatos para matarme había contribuido a que se me soltara la lengua.

Arin elevó las comisuras de los labios. A sus ojos, debía de ser patética. Como un insecto huyendo rápidamente de un zapato que acaba cayendo bocarriba y agitando las extremidades en el aire.

—Eres anormalmente fuerte. Mientes lo bastante bien para engañar a una aldea entera. A pesar de tus intentos por demostrar lo contrario, creo que posees una mente ágil. —Se irguió en toda su estatura y el cambio fue inconfundible. Ese era el momento que había previsto cuando los guardias de Felix nos apuntaron con las espadas. La encrucijada que ya había recorrido y planeado.

—Te entrenarás y servirás como mi campeona en el Alcalah. Cuando terminen las pruebas, serás libre.

Se me cortó la respiración. Seguro que lo había oído mal.

—¿Libre? —Apenas podía pronunciar la palabra.

—No te perseguiré. Hasta el último pueblo de cada reino te aclamará como la vencedora del Alcalah y te ofrecerá alojamiento y comida. Se te asignará un séquito de guardias durante el resto de tus días y más riqueza de la que puedas gastar en diez vidas. —La cadencia del acento nizahliano hizo que alargara las palabras al hablar—. Te ofrezco una nueva vida.

Apenas me atrevía a creerlo. Jamás tendría que abandonar esta identidad. La fama de Sylvia como vencedora del Alcalah garantizaba

la eliminación definitiva de Essiya. Al fin y al cabo, resultaría impensable que la campeona que cabalgaba bajo el estandarte de Nizahl fuera también la heredera muerta de un reino que los nizahlianos habían arrasado por completo. La riqueza y la libertad podían pesar más que la lealtad.

¿Quién podía tener una sangre tan fría?

—Debes de estar realmente desesperado por atraparlos si me estás ofreciendo esto —comenté.

Una infinidad de posibilidades desfiló ante mí. Podría regresar a Mahair con dinero suficiente para comprarle la tienda a Rory y una casa para mí misma. Alimentar a las pupilas de Raya y cuidar de Fairel. Podría adquirir un caballo, un establo entero, y llevar a Marek a los lugares que deseaba conocer. Vivir aventuras con Sefa.

Podría visitar Jasad.

Ya no hay Jasad, se apresuró a añadir Hanim. *¿Por qué querrías visitar las Tierras Calcinadas?*

Fue un golpe de realidad. Hanim se había deleitado hablándome de la guerra entre Jasad y Nizahl. Cuando la marea de la guerra se inclinó a favor de Nizahl, Hanim dibujó runas frenéticas a nuestros pies. La tierra se arremolinaba en el aire y se condensaba formando imágenes en movimiento de la batalla. A ciento cincuenta kilómetros de distancia, vimos cómo las llamas carbonizaban los grandes pilares del palacio. Vimos a niños arrancados de sus camas mientras resonaban cascos vilayato tras vilayato.

—¿Cómo puedo fiarme de tu palabra? —pregunté—. Te bastaría con señalar en mi dirección cuando se terminen las pruebas y tendría a toda tu compañía encima.

—¿Estás sugiriendo que sería capaz de ordenar la ejecución de nuestra campeona después de que le diera la victoria a Nizahl? —inquirió—. ¿Que podría deshonrar a mi reino destapando a nuestra campeona como jasadí y admitiendo que había permitido que una abominación compitiera en nombre de Nizahl?

Encogió un hombro.

—Supongo que cualquier cosa es posible.

Arin levantó una cinta dorada de la almohada. Se me habría soltado del pelo mientras dormía. La deslizó entre sus dedos.

—Permíteme ahorrarte la molestia y responder a tu siguiente pregunta. ¿Qué te impide escapar? No hay vigilancia infalible. Podrías decidir evitar el fastidio de tener que pasar por el calvario de las pruebas y limitarte a desaparecer.

Esa vez, fue él quien atravesó la distancia que nos separaba. Levantó los brazos y se detuvo. Me estaba dando la oportunidad de recomponerme contra el instinto de retroceder.

La irritación por su conducta contradictoria ardía en mi interior. Arin sería capaz de darme de comer a los lobos sin remordimientos, pero no traspasaría los límites de mi cuerpo.

Mientras recogía los largos mechones de mi cabello con los guantes, dijo:

—La decisión es tuya, Suraira. No voy a ser tu guardián. Sin embargo, Sayali y Caleb puede que tengan un mayor interés en tu participación. —Trenzó mis rizos con destreza. La cinta de seda me rozó levemente la nuca, que acababa de quedar al descubierto.

«¿Suraira?».

No podía concentrarme con él tan cerca. Tenía todos los músculos en tensión, preparados para atacar.

—No conozco a ningún Caleb ni Sayali —conseguí decir.

Rio en voz baja.

—Mis disculpas. Los conoces con otros nombres.

Terminó de atarme el pelo. La suave caricia aterciopelada del cuero en la barbilla me hizo levantar la mirada hasta la suya. Su belleza maldita por los awalín era aún más frustrante que las retorcidas manipulaciones de su mente. Intentar ignorarla tan de cerca era como mirar al sol y fingir que no se te están quemando los ojos. Catalogué cada faceta del heredero como quien estudia la forma y el filo de la guadaña de su verdugo. Los fuertes contornos de su mandíbula, la elegante línea de su cuello… Quería destrozar esa ilusión de belleza y revelar la bestia que había visto en la sala de guerra.

—El alto consejero de la Ciudadela lleva mucho tiempo buscando a su hijastra y su amante rubio después de que lo dieran por muerto y le vaciaran las arcas. Si descubriera su paradero, supongo que los colgarían por sus crímenes. Es el castigo por mutilar y robar a un alto consejero. No haría falta ni tener en cuenta la deserción del ejército por parte del amante.

Entorné la mirada. De verdad que no tenía ni idea de lo que me estaba contando. Yo no me relacionaría con nizahlianos, mucho menos fugitivos. Abrí la boca… y me quedé completamente quieta.

«Si esperas prender la llama del miedo en mí, llegas tarde. Antes de verme en los tribunales, es más probable que te siguiera a la muerte».

Me clavé las uñas en las palmas de las manos.

Su «amante» rubio no podía ser otro que Marek. ¿Acaso no había cuestionado su pasado? ¿No me había preguntado por qué Marek sabía tanto sobre las costumbres nizahlianas? Para ser sincera, ni en los confines más creativos de mi imaginación se me habría ocurrido la posibilidad de que Sefa fuera la hijastra del alto consejero del supremo.

—¿Pretendes que sus vidas dependan de mi obediencia?

Su plan me atravesó con la misma brusquedad que una piedra la superficie tranquila del agua. Si me marchaba, llevaría a Sefa y Marek a Nizahl para que respondieran por sus crímenes. Unos crímenes que dudaba que tuvieran algo de verdad. Sefa lloraba al ver a un perro callejero cojeando y enseñaba a las pequeñas del refugio a trenzarse el pelo. No haría daño ni robaría a su propia familia. Marek… él sí que podría llegar a hacerlo, pero no sin un buen motivo.

Si el alto consejero se parecía en algo al supremo, colgaría sus cadáveres a las puertas de la Ciudadela. Su carne sería un festín para los carroñeros.

Como un espejismo junto al río, una mano desnuda se extendió hacia la mía. Una decisión imposible. Al igual que entonces estaba atrapada, ahora me encontraba totalmente acorralada.

—Cientos de vidas dependen de tu obediencia —contestó Arin—. Ellos solo son dos más. Tu nombre también está en la lista. Si no triunfas en el Alcalah, la protección que se te otorgará como campeona desaparecerá. Felix es un hombre orgulloso. No habrá lugar seguro para ti en toda Omal. Si alguna patrulla te captura en cualquier otro reino, Felix, como tu verdadero heredero, tendrá derecho a llevarte a juicio ante sus tribunales.

No hizo falta que terminara. Ambos sabíamos que Felix no me dejaría vivir lo suficiente para llevarme a juicio después de haberle clavado un cuchillo en la pierna y haberlo humillado en público.

Había algo más. Tenía que haberlo. Una duda sobresalía persistentemente sobre todo lo demás.

—¿Por qué yo?

Se apartó y me liberó de su extraño dominio. Se produjo un instante de silencio y apreté los dientes. Otra vez, información que iba a guardarse para sí mismo. Prefería manipularme a su antojo con medias verdades y sospechas.

—Has sido elegida por el destino, no por mí. Mientras yo persigo a jasadíes que han masacrado a una legión de inocentes desde Orban hasta Lukub, ellos te persiguen a ti.



Después de que Arin se marchara, los guardias me vendaron los ojos y me sacaron de la habitación. Agucé el oído atenta al murmullo del río, el estruendo de los carruajes o cualquier indicador de nuestra ubicación. El crujido de las hojas bajo mis pies no me transmitía demasiada información. El aire fresco reemplazó el hedor de la descomposición y me pregunté quién tendría que lidiar con la desagradable tarea de enterrar al soldado pútrido.

—¿Queda mucho? —me quejé. Caminar a ciegas a merced de los guardias de Nizahl me ponía de los nervios.

Uno de ellos exhaló.

—No demasiado.

—No le contestes —replicó el otro. ¿El calvo?—. Tronco. —Me desviaron hacia la izquierda.

—Ya lo has visto, Wes —repuso Jeru a la defensiva—. Nunca había visto al señor así.

Intenté que mi presencia pasara desapercibida. Hablaban como si hubieran olvidado que estaba entre ellos. Sentía curiosidad por lo que tuvieran que decir en ausencia de su jefe.

Tras una significativa pausa, añadió:

—Yo sí. Sí que lo había visto en un estado similar, quiero decir. Me asignaron a su guardia cuando él tenía dieciséis años.

Al parecer, eso significaba algo importante para Jeru, puesto que chocó contra mí.

—Creía que solo Vaun estaba presente en aquel momento.

—Vaun ha permanecido a su lado desde que ambos fueron lo bastante mayores para empuñar una espada. Eran amigos mucho antes de que Vaun se convirtiera en su guardia. Yo también estaba allí cuando ocurrió.

—Deberías tener una mejor consideración de nuestro heredero —continuó Wes con seriedad—. Creerlo capaz de algo así…

Me sentía desconcertada intentando comprender qué le había sucedido a Arin a los dieciséis, y me tomó un segundo darme cuenta.

—Ay, madre, ¿creéis que la lujuria venció a vuestro heredero? —La mera idea de que el gélido heredero de Nizahl permitiera que un impulso físico superara su control implacable me hizo reír a carcajadas.

—Estaba encima de ti, cualquiera habría cometido el mismo error —espetó Jeru—. Wes tiene razón. Debería tener una mejor consideración de él.

No pude evitarlo, enfurecer a los hombres de Nizahl era demasiado divertido.

—¿Estás diciendo que vuestro comandante es un frígido? —Esbocé una mueca ante el apretón que sentí en el brazo.

—Te estás pasando de la raya —me advirtió Wes.

Los acontecimientos de los dos últimos días me habían sumido en el delirio.

—Pues redibujad vuestros mapas, soldados. ¿No os habéis enterado? Soy vuestra campeona. Las reglas han cambiado. No, han desaparecido. —Me levantaron de nuevo. Los tacones de mis zapatos prestados de piel de becerro rozaron las ramas espinosas de un arbusto.

Los susurros de la naturaleza se desvanecieron en un silencio inquietante. El sonido de nuestras pisadas cambió y empezó a tener eco.

—Si te sirve de algo, Jeru, Wes tiene razón —comenté.

Distraída, arrastré los talones y me sorprendió que la piel de becerro se deslizara sin encontrarse con tierra suelta ni charcos. El suelo se había vuelto plano y uniforme. Parecido al de los caminos que llevaban a las aldeas altas de Omal. ¿Dónde estábamos?

—Vuestro comandante no se deja llevar por la pasión, aunque supongo que el hecho de percibir mi magia lo cambió. —Su reacción febril persistía en el laberinto de preguntas sin respuesta. ¿Cómo podía una disciplina tan estricta desmoronarse y transformarse en un episodio maniaco? El espíritu de Niphran había dicho que estaba reaccionando a mi magia. ¿Era una anomalía de nacimiento? ¿Podía sentir la magia del mismo modo que algunos niños sentían la muerte o una tormenta aproximándose?

Pero, en ese caso, ¿por qué mi magia había respondido a su tacto?

Jeru y Wes se tensaron. Yo continué, impasible. Si no sabían ya que era jasadí, iban a averiguarlo pronto.

—Creo que le molestó que intentara apuñalarlo.

Wes estuvo a punto de atragantarse.

—¿Que hiciste qué?

—Ah, no os preocupéis. Me desarmó de inmediato. Lo máximo que conseguí fue rozarlo con el hacha.

—Rozarlo —repitió Jeru varios decibelios por encima de su volumen normal—. Es un milagro que hayas sobrevivido tanto.

—No te haces una idea —respondí—. ¿Dónde estamos?

La venda de mis ojos cayó. Me aparté el pelo de la cara y observé el entorno. Nos encontrábamos en mitad de un claro entre cuatro imponentes árboles. Me volví despacio, con una sensación de incomodidad en la columna ante la simetría antinatural. La lluvia nos había seguido en cuanto habíamos empezado a andar, pero en este espacio estábamos totalmente secos. El agua chocaba contra un muro invisible en las copas de los árboles y se deslizaba por las paredes también invisibles de los lados.

Giré en el vacío, intentando tocar la lluvia que no caía. Era extraordinario. Para conjurar una cúpula protectora en mitad del bosque con tanta perfección habría hecho falta que una docena de jasadíes unieran su magia.

No reconocí el entorno. Si de verdad me había pasado once horas dormida, habrían tenido tiempo de sacarme por completo del territorio omaliano. La mayor parte del Essam no pertenecía a ningún reino.

—Si ya has terminado, relaja los músculos y prepara las rodillas —dijo Wes.

Había oído esas instrucciones antes. Normalmente, antes de que Hanim me empujara por un precipicio. Miré a Jeru con aire inquisitivo y él me señaló las rodillas.

El suelo se desmoronó bajo nuestros pies y caí en picado.

Aterricé sobre los talones y tosí en mitad de una nube de polvo. Los guardias bajaron al suelo con suavidad.

¿Quería entrenarme bajo tierra? Por el aliento bendito de Baira, esa noche necesitaría un milagro. Cada minuto que pasaba, mis posibilidades de escapar se volvían más y más escasas.

Tampoco es que importara. Fueran o no escasas, no tenía planeado pasar ni una noche en esta tumba en vida. Tenía una relación complicada con la suerte, pero me lo debía después de los últimos días.

Me llevaron a través de una intrincada serie de túneles. Los pasillos se volvían más angostos a medida que avanzábamos, hasta que tuve que agacharme para evitar que se me enredara el pelo con el techo. Un aire viciado me llenaba la nariz. Las paredes estaban cubiertas de azulejos de alabastro que emanaban una luz iridiscente. Pasé los dedos por las baldosas brillantes, completamente asombrada. Había pruebas de magia en todas partes. ¿A quién habían pertenecido esos túneles? Ni los vilayatos más adinerados de Jasad habrían invertido la mano de obra y el dinero necesarios para construir algo así debajo del Essam. Una red de galerías subterráneas de semejante magnitud sobrepasaba sus excentricidades.

Cuando empezaba a pensar que el único objetivo del paseo era agobiarme, el pasillo terminó ante el umbral de una imponente puerta plateada. Había intricadas letras doradas grabadas por todo el marco, entrelazadas unas con otras. ¿Esa escritura era… resar? Observé las letras con los ojos entornados, intentando distinguir alguna palabra. No soportaba ese estilo de escritura resar en el que las palabras estaban escritas para parecer elegantes y, por lo tanto, resultaban casi ilegibles.

Antes de que pudiera descifrar algo más que la palabra «nahnu», Jeru y Wes extendieron el brazo al unísono y llamaron un par de veces. Se oyó un penetrante chirrido cuando la puerta se abrió de golpe.

Vacilé en el umbral, pero Wes me tiró del brazo.

—Vamos.

Crucé la puerta con un terror paralizante. La imagen que me recibió estuvo a punto de hacerme caer de rodillas.

Sobre nosotros, contemplé un techo de cristal con esponjosas nubes arremolinadas. Se movían impulsadas por un viento invisible, flotando a media altura a ambos lados de la enorme sala, y un exuberante jardín invadía las paredes. Era el patio de Usr Jasad.

Habían plasmado cada detalle del palacio. Siete pilares dorados se elevaban hacia las nubes y sostenían la marquesina curva que

rodeaba la parte delantera del magnífico palacio. Bajo ellos, la escalinata se extendía a lo largo de casi medio kilómetro con una barandilla en el primer pilar y la otra en el último. Llamas plateadas danzaban bajo los escalones translúcidos, tratando de acariciar los pies de quienes subían. Me había pasado incontables horas corriendo por esos escalones, intentando ganar a las llamas. Había guardias con el uniforme de Jasad patrullando a los pies de la escalinata. En el patio de delante del Usr, unos niños perseguían a un conejo que saltaba por los aires huyendo de ellos.

Bajo la sombra de una higuera, Niyar pasaba las páginas de un libro. Palia lo observaba con las manos en las caderas desde la escalinata del palacio.

Las escenas tenían vida propia. Era como si pudiera alargar la mano para acariciar al conejo o arrancar un higo maduro de las ramas del árbol.

El espejismo onduló de manera casi imperceptible. El pulgar de Niyar se detuvo en la página, los brazos de los niños parpadearon hasta dejar de existir. Tras un titileo en el tiempo, la escena empezó de nuevo. Un momento perfecto atrapado en un bucle infinito.

—Estos túneles fueron descubiertos un año antes del asalto. Creemos que se construyeron como escuela para jasadíes talentosos durante el reinado de Niyar y Palia —explicó Jeru—. Para aquellos cuya magia los volvía valiosos para el ejército de Jasad.

Palia elevó la barbilla ante algo (una brisa, el canto de un pájaro, la risa de los niños) y su permanente ceño fruncido se suavizó por un breve instante. Se me encogió el corazón. Nunca había pensado que volvería a ver a mi abuela.

Una mullida alfombra que absorbía nuestras pisadas había reemplazado la tierra suelta. Me permití echar otro vistazo al espectro de mi abuelo. Su anillo real reflejaba la luz del sol, el kitmer dorado refulgía en su dedo. Me costó no girarme una vez más cuando salimos al pasillo.

—Esta es tu habitación —dijo Wes señalando una puerta indistinguible de todas las demás que bordeaban el pasillo—. La

cocina está al doblar la esquina, tres puertas más allá del baño. Deberás presentarte en el centro de entrenamiento tras la primera luz del día. Solo hay una salida y está vigilada. ¿Alguna pregunta?

Muchas, pero decidí empezar por:

—¿Cómo se supone que voy a ver la primera luz del día en una habitación subterránea y sin ventanas?

Wes miró a Jeru con los labios fruncidos.

—Los de tu… especie tenéis una conexión especial con la naturaleza.

Asentí, seria.

—Por supuesto. Casi todas las mañanas, el sol, a quien llamo Beatrice, me da un toquecito en el hombro y me invita a las montañas a tomar el té. Es muy chismosa. Sin embargo, trágicamente, no sé cuánto resistirá mi «conexión especial» contra varias capas de tierra y piedra.

La tos que Jeru ocultó con el puño se parecía sospechosamente a una carcajada. Si Wes se amargaba más, podrían escurrirlo para sazonar un caldo.

—Vendrá alguien a buscarte —declaró.

—Excelente. —Abrí la pesada puerta y tosí ante la nube de polvo.

Era una habitación sencilla, rutinaria: paredes medio desmoronadas y suelos desnudos que transmitían un frío constante y una mesa redonda cerca del armario con dos robustas sillas de madera. Me dolió la espalda solo de ver la estrecha cama en el centro de la habitación.

Jeru y Wes se quedaron en el umbral.

—Se nos ha ordenado no entrar en tus aposentos en ninguna circunstancia —explicó Jeru—. Para tu comodidad.

Mi comodidad, que se traducía aproximadamente en «nada de guardias en la habitación para que Vaun no pueda asfixiarte mientras duermes».

—¿Y si me estoy muriendo?

—¿Por qué te ibas a estar muriendo?

—Puede que se me meta un insecto en la garganta. Que me esté ahogando y me salga espuma por la boca. ¿Os quedaríais mirando en el umbral?

—Sí —repuso Wes—. Intenta no tragarte ningún insecto.

Olfateé las sábanas y sentí alivio al no detectar el empalagoso olor a moho. ¿Cómo podía lavarlas? ¿Cómo iba a bañarme? A menos que los soldados tuvieran pensado traerme jofainas para el uso cotidiano. Me imaginé a Vaun mojándose el uniforme con mi agua de baño y, por un instante, eso me animó.

Los guardias se marcharon y cerraron la puerta tras de sí. Me dejé caer sobre la cama llena de bultos con la mandíbula dolorida por tener que ocultar la tensión ante esas serpientes nizahlianas. Había memorizado nuestros movimientos mientras nos adentrábamos en el complejo, pero no sabía cómo escalar una vez llegara a la salida. Había sido una caída de unos tres metros. Y, aunque consiguiera subir, ¿a dónde iría? No tenía ni la más remota idea de a qué parte del Essam me habían llevado. Nizahl mantenía la vigilancia sobre los reinos mediante cientos de ubicaciones secretas dispersadas por todo el Essam. La mayoría no estaban ocupadas; sin embargo, sin saber con seguridad dónde se encontraban esas sedes y si seguían activas, los reinos se veían obligados a comportarse. Podría toparme directamente con una fortaleza nizahliana en cuanto huyera.

Una parte de mí se planteó si sería más prudente permanecer en el complejo hasta que se me presentara una vía de escape más razonable. Descarté la posibilidad de inmediato. El heredero de Nizahl había afirmado que necesitaba que compitiera en el Alcalah para capturar a esos misteriosos grupos de jasadíes, pero dudaba que tolerara dejarme vivir seis semanas desde ahora hasta el banquete de inauguración de los campeones. En cuanto Arin encontrara una solución que no implicara la continuidad de mi existencia, se desharía de mí con la misma eficiencia y brusquedad con las que un capitán decapita a un caballo de guerra cojo. Y si se

enteraba de que en otro tiempo había sido Essiya de Jasad… Me estremecí.

No dejaría mi vida en manos de una promesa del heredero de Nizahl. Sefa y Marek estarían bien. A esas alturas, seguro que ya se habían despedido de su vida en Mahair y habían huido. Arin no podría cumplir sus amenazas contra ellos.

Me descalcé e hice una mueca al descubrir el mal estado de mis zapatos. Apenas me servirían para huir por el bosque. Y, si Arin tenía razón, no estaría solo huyendo de él. Esos misteriosos jasadíes que me buscaban también me perseguirían. El problema era que no lo creía. ¿Por qué se interesaría por mí un grupo de jasadíes? Dejando a un lado las excepciones recientes, carecía de magia, y Rory era el único que conocía mi verdadero nombre. Arin quería usarme como anzuelo cuando mi cercanía con esos jasadíes era una total coincidencia. Asumiendo que hubieran descubierto que era jasadí, dudaba que les importara algo más que huir. Probablemente, hubiera exagerado la amenaza para disuadirme de escapar.

Resuelta, me puse la ropa que me habían preparado. Las costuras se estiraron. Era evidente que las habían confeccionado para una mujer de menores dimensiones. Los pantalones estaban pensados para quedar holgados, así que me venían algo ajustados, pero no me resultaban incómodos. Arranqué las mangas, que me apretaban los brazos, y las usé para sujetarme el pelo en un moño alto. No iba a tener tiempo para soltar las ramas que se me engancharan en la trenza.

Los colores me provocaron un sabor ceniciento en la lengua. Negro y violeta. Me habían vestido con los colores de Nizahl.

¿Por qué no iban a hacerlo? Ahora eres la marioneta del comandante. Puede hacer contigo lo que le plazca, dijo Hanim.

—Tiene una voluntad de hierro. Como pasa siempre con quienes se creen moralmente superiores —respondí a la habitación vacía. Las paredes grises hicieron rebotar mis palabras huecas—. Pero la voluntad de los condenados es aún más fuerte.



CAPÍTULO DIEZ

Seis horas. Esperé seis horas con la oreja pegada a la puerta, atenta a patrones en sus patrullas. Había salido a aliviarme a mitad de la ronda y me había encontrado con un pasillo vacío. Había estado a punto de huir en ese momento, pero me había topado con el guardia en la esquina y este me había indicado que el baño se encontraba en la dirección opuesta.

Después de eso, me había pasado cuarenta minutos sin oír pasos. Según mis cálculos, debía de ser medianoche. Quizás el guardia responsable de vigilar mi habitación se hubiera quedado dormido.

Con una letanía de excusas preparada en los labios, entreabrí la puerta. Silencio. Un vistazo al pasillo confirmó mis esperanzas: los guardias se habían ido.

Me desaté una de las mangas rasgadas del moño y me envolví con ella los nudillos. Odiaba no tener mi daga. Aun así, cualquier cosa podía ser un arma en las manos adecuadas y esta manga me serviría para estrangular a un guardia al menos con la mitad de eficacia que una cuerda.

Me mantuve pegada a las paredes. La tranquilidad del complejo me ponía de los nervios. Décadas de polvo acumulado se arremolinaban en el aire punzante y me hacían cosquillas en la nariz. Me escocía la garganta con un estornudo.

Levanté dos dedos y me presioné el lagrimal con ellos. Se me pasaron las ganas de estornudar. Soraya me había enseñado ese

truco unos días antes de convertirse en mi asistenta. Me había pillado escabulléndome del Usr con un kahk azucarado en los bolsillos y los zapatos abandonados para ir a jugar en el Hirun. En lugar de regañarme, me había colocado la melena rizada detrás de las orejas y me había dicho con una sonrisa cómplice que la próxima vez que intentara escaparme del Usr la llevara conmigo.

Cuando cayó la fortaleza, Soraya ardió en el Usr Jasad. Al igual que Dawoud.

Y en lugar de resurgir de entre las cenizas para salvar al resto de tu pueblo, te escondiste, me provocó Hanim.

Irrumpí en el centro de entrenamiento con más fuerza de la necesaria. Evité meticulosamente las imágenes en movimiento de mis abuelos y su palacio en las paredes. ¿Por qué yo le debía más a Jasad que Adel o cualquier otra persona? No podía acceder a la magia que nos diferenciaba de los demás reinos. Había vivido fuera de Jasad más tiempo que dentro. No tenían derecho a contar con mi protección o mi vida solo por haber nacido en el linaje equivocado.

A mitad de camino de las esteras, un destello en mi visión periférica hizo que me detuviera en seco. Un cofre de madera grabado casi del tamaño de mi cama ocupaba la pared izquierda.

Observé el centro de entrenamiento vacío. Solo un vistazo rápido.

Apoyé el hombro contra la tapa y la levanté. Con un suave clic que sonó como un rugido para mis oídos nerviosos, el cofre se abrió. Había todo un arsenal en el interior. Lanzas arrojadizas y de caza, jabalinas, ballestas, tres tipos de hachas diferentes y todos los modelos de espadas y dagas conocidos por el ser humano.

Conforme las fui examinando, la similitud se volvió evidente. Todas las armas pertenecían a Jasad. En cada empuñadura aparecía algún rasgo del kitmer, ya fuera la cabeza de halcón, el cuerpo felino o las alas doradas. El heredero de Nizahl pretendía entrenarme para ser la campeona de Nizahl usando armas jasadíes.

Los grilletes me apretaron y clavé las uñas en la madera ante la macabra ironía de la situación. Un jasadí normal se resistiría a empuñar un arma forjada por los suyos en nombre de su enemigo,

pero ¿la heredera de Jasad? Essiya preferiría estar muerta antes que humillar a toda su familia de un modo tan descarado.

Me miré los grilletes y me saqué de la cabeza el espectro de la heredera de Jasad. Había muerto, en todos los sentidos importantes.

Me guardé dos dagas en la bota, dejé el cofre de las armas abierto y corrí hasta la puerta plateada. Jeru y Wes habían llamado al mismo tiempo. La golpeé con los nudillos de ambas manos y me detuve. La puerta no reaccionó.

Apoyé todo el peso contra ella. La parte inferior rechinó sobre la piedra durante cada centímetro que la empujé. Sutil.

No desaproveché mi ventaja esperando a ver si me había oído alguien. Me deslicé en el estrecho pasillo y eché a correr. Por el trono escamoso de Kapastra, ¿cómo podía nadie vivir voluntariamente en esa tumba?

Te has vuelto muy blanda en Mahair, me regañó Hanim. *Escúchate, ¡jadeando por una breve carrera!*

Por fin, llegué al lugar en el que habíamos caído en el complejo. Entraba luz por los contornos de un círculo en el techo de tierra. Era demasiado alto para saltar. Busqué una cuerda, un punto de apoyo, cualquier cosa que pudiera usar para escalar, pero solo vi tierra desmoronada.

Mientras buscaba, la frustración fue en aumento. Así sería como me atraparían. No esquivándolos con mi habilidad e ingenio en el Essam, sino en un callejón sin salida, como una rata con la cabeza metida en un agujero. Me saqué una de las dagas de la bota e intenté apuñalar la pared. Él me había apresado en el Essam, al igual que Hanim. Pretendía utilizarme, al igual que Hanim. Me entraron ganas de reírme… ¿Quién iba a decir que el comandante de Nizahl y la qayida de Jasad tendrían tanto en común?

Volví a apuñalar la pared y la hoja se atascó en la piedra, resistiendo a mi fuerza. ¿En serio? Estaba a punto de usar la segunda daga para extraer la primera cuando la inspiración me embistió con la potencia de un toro embravecido.

El arrebato de furia me había hecho perder una daga, pero también había creado un punto de apoyo.

Comprobé la firmeza de la daga en la pared y me saqué la otra de la bota. Retrocedí para evaluar la distancia que quedaba entre el suelo y la daga. A continuación, corrí hacia delante y salté.

Apoyé la bota derecha en la empuñadura de la daga. Giré el torso y ataqué con la otra daga. Aproveché el impulso para apuñalar el centro del círculo. La tierra se desmoronó y la luz de la luna entró por la abertura.

Golpeé el suelo con una sonrisa. Ya casi lo tenía.

Me guardé la daga libre de nuevo en la bota y salté otra vez. En esta ocasión no me giré, sino que me incliné hacia atrás hasta que alcancé con las manos el borde del círculo. Me quedé suspendida en el aire, agradecida por haber tenido la previsión de liberar los brazos de la opresión de las mangas. Gruñendo, activé los músculos del estómago y asomé la cabeza y los hombros por el agujero. Me aferré al suelo y arrastré el resto de mi cuerpo a la tierra firme.

Con un resoplido triunfal, pateé la tierra hacia el agujero. Escapar de ese maldito complejo había sido lo más parecido a un parto que tenía intención de experimentar. La luna brillaba con intensidad y su luz se filtraba entre las ramas desnudas que susurraban sobre mi cabeza. Ella era la única testigo de mi impresionante hazaña.

La extraña burbuja de protección que había entre los cuatro árboles simétricos no opuso resistencia cuando la atravesé. En cuanto lo hice, me azotó un viento gélido. La oscuridad se extendía en todas las direcciones.

A Raya se le llenaría el pelo de canas si me viera. Se asustaba por el simple hecho de mirar hacia el bosque por la noche, y ahí estaba yo. Devorada por la oscuridad.

Eché a correr hacia el este. Con cada paso, la preocupación iba eclipsando la euforia. Si Arin no me había transportado al otro lado del Hirun, estaría corriendo hacia las montañas. Si lo había hecho, era mi mejor oportunidad para localizar el río.

Flexioné las muñecas y salté sobre un charco del tamaño de una vaca. ¿Por qué se me habían estrechado los grilletes en el centro de entrenamiento? ¿Qué era lo que había molestado a mi magia? Llevaba casi trece años con esas esposas y todavía no había encontrado un patrón lógico en las reacciones de mis poderes. Antes del incidente con Fairel, lo habría ignorado. Mi magia contaba con un largo historial de decepciones.

Me resultó imposible no pensar en Hanim mientras atravesaba el Essam, moviéndome en la oscuridad guiada únicamente por el instinto. La mujer me despertaba en mitad de la noche para salidas como esta. Cegada y helada, caminaba un kilómetro y medio desde la choza a la que llamábamos hogar. Al final del curso del río, Hanim señalaba una extensión de tierra congelada y me ordenaba que cavara un hoyo lo bastante ancho y profundo para tumbarme en él, usando solo la magia. Era inútil razonar con ella. Cada vez que intentaba recordarle que mis poderes estaban atrapados, enfurecía, así que me arrodillaba y cavaba con los músculos agarrotados por el frío hasta que se me dormían los dedos ensangrentados o amanecía. Lo primero que sucediera.

Un aullido distante me erizó la piel de los brazos. El bosque Essam no trataba bien a sus huéspedes después del anochecer.

Otro aullido, esta vez más cerca. El cielo se abrió en un aguacero torrencial. La inquietud me recorrió la espalda. Escuché el repiqueteo con atención. El aire se volvió más pesado y mis pasos apresurados no lograron disipar mi temor cada vez mayor.

Alguien me estaba vigilando.

Tropecé con una raíz y me apoyé en un árbol para recuperar el equilibrio. Pasé los dedos por la áspera superficie buscando un agarre. Había dibujos grabados en la corteza. Qué raro, casi parecían…

Retrocedí con un respingo. No era… No podía ser. Ese árbol no debería estar ahí. Pertenecía al otro lado del Essam.

La lluvia me empapaba el cuerpo tembloroso. Tanteé las profundas hendiduras con desesperación y me limpié la cara

restregándomela contra el hombro. Cuando más rebuscaba, más fácil se volvía respirar de nuevo. ¿En qué estaba pensando? Ese árbol me resultaba algo familiar, pero…

Bajo la palma de mi mano izquierda, las estrías de la corteza cambiaron. Las observé atentamente y me agaché con el corazón en un puño para confirmar lo que ya sabía.

Grabado en la superficie de la corteza había un número retorcido.

«1822».

Gemí y me tambaleé hacia atrás contra un zarzal. El árbol se estiró y mutó, los números crecieron a lo alto y a lo ancho. Me arrastré sobre los codos. El árbol se alzó sobre mí. Un lienzo en el cielo engulléndome por completo. Las ramas se entrelazaron y contorsionaron como un nido de serpientes.

Desde la base del árbol brotó un charco negro y viscoso lleno de espuma hacia mi silueta. Me golpeé el cuerpo, me tapé los oídos con fuerza y apreté los labios para impedir su entrada. Las sombras se fundieron bajo el árbol. Una mujer con la carne hecha jirones enmohecidos y el cuello abierto y repleto de larvas se cernió sobre mí.

Hanim.

Consideré una victoria personal no haber gritado hasta que los gusanos me cayeron en la cara.

«Essiya», siseó desde el profundo corte de su boca. «¿Hasta dónde puedes cavar?».

Me resistí contra las ataduras invisibles que me mantenían en el suelo. ¿Cómo podía ser real? Ella no debería estar ahí.

«¿Hasta dónde puedes cavar?».

Unos dedos nudosos y podridos desde las raíces bailaron alrededor de mi cuello. El pútrido hedor de la descomposición me impregnó las fosas nasales. Me retorcí con las arcadas que me entraron, lo cual pareció encantarle.

«¿Cuánto has tardado?».

Gruñí y su semblante cambió al instante. Se inclinó hacia mí y rugió, empapándome con icor y rabia. Grité y estuve a punto de

darle las respuestas que buscaba.

«Hicieron falta 1822 días para cavar el hoyo. Tres metros de profundidad. Dos y medio de anchura».

Había grabado los números en el árbol con mi daga. Había pasado 1822 días con Hanim. 1822 días deseando haber muerto con el resto de mi familia.

«Tenías razón. Agradecí haber practicado cavando ese hoyo».

1822 días planeando mi huida.

«Fue una tumba excelente».



CAPÍTULO ONCE

Estaba gritando con los ojos cerrados cuando el hedor a carne podrida se desvaneció de repente.

Me quedé inmóvil en el suelo. ¿Se había ido? Reuní por fin el coraje para abrir los ojos. Los insectos habían desaparecido, al igual que el espectro de Hanim.

Con el corazón en la garganta, me obligué a sentarme. El corte del cuello de Hanim se había abierto por los bordes y se curvaba como un segundo par de labios bajo su barbilla. No podía ser su cuerpo real, la magia de la muerte se había erradicado siglos atrás en un extraño momento de acuerdo entre los reinos. Habían replicado el aspecto de Hanim con todo detalle. Su extensa cabellera negra, siempre retirada en una trenza rígida, y la ceja que tenía ligeramente más larga y poblada que la otra. Casi había olvidado que hubo un tiempo en el que Hanim era hermosa.

Alguien había evocado una imagen de ella. Alguien que sabía cómo había muerto… y quién la había matado.

Otra preocupación se me clavó como una flecha en el estómago. Las «legiones» que Arin afirmaba que los grupos habían masacrado. ¿Y si los rumores sobre desapariciones a lo largo de los reinos no eran en absoluto rumores?

¿Creías que los jasadíes no te harían daño?, preguntó Hanim; se me erizó todo el cuerpo hasta que me di cuenta de que su voz estaba en mi cabeza. *Dices que no les debes nada. Si no eres su*

aliada, eres su enemiga. En la guerra no puedes disfrutar del lujo de la indiferencia.

Guerra. Me quité el barro de las palmas con fuerza, tal y como desearía deshacerme de los desvaríos de Hanim en mi cabeza. Nizahl había derrotado a Jasad en sus propias tierras. Los jasadíes estaban dispersos, perseguidos, atemorizados. Cualquier relato sobre sus conspiraciones para librar una nueva guerra provenía de bocas de lunáticos. Estaban en inferioridad numérica y de fuerzas. La única guerra que podían librar era la de la supervivencia.

Se partió una rama. Me giré. El titiritero del cadáver hechizado debía de andar cerca todavía. ¿Por qué se había detenido antes de acabar conmigo?

A lo lejos, un sonido nuevo me erizó la piel de los brazos.

Cascos de caballo.

La realidad me golpeó el pecho. Solo había una persona cuya presencia podía amedrentar a un poderoso jasadí hasta el punto de suspender su ataque.

—Menuda noche para enterrar en las tumbas más profundas —siseé levantándome con dificultad. El mundo me daba vueltas.

No podía escapar de él. Yo conocía el Essam prácticamente mejor que nadie, pero él también. Mi mejor opción era encontrar el Hirun y esperar llegar a un barranco o zanja. Aunque, con la suerte en mi contra, seguro que me toparía de frente con el jasadí que había intentado matarme.

Eché a correr por el bosque sin prestar atención al crujir de las ramas ni a mi respiración entrecortada. Seguro que sabría a dónde me había dirigido por muy bien que camuflara el rastro. Las ramas delgadas me golpeaban la cara y los brazos desnudos y me dejaban líneas blancas en la piel. El suelo estaba salpicado de charcos de lodo que se volvían cada vez más grandes conforme avanzaba hacia el este. La luz de la luna titilaba entre los árboles e iluminaba fragmentos del Essam entre las zonas de sombras.

El olor a huevos podridos y resina me impregnó la nariz. ¡Sí, sí! El Hirun estaba cerca.

Pero también los cascos.

El viento transportó su voz sedosa a través de la oscuridad.

—Debes de tener hambre de fracaso.

Demasiado cerca. Estaba demasiado cerca. Moví los brazos. Se me soltó el moño y los rizos que cayeron me taparon la visión. Solo necesitaba llegar hasta el río. No podía estar lejos.

Mi bota se topó con un charco de lodo y me precipité hacia delante. Fui a parar justo al borde de una ribera escarpada y oscura como la boca de un lobo. Jadeé, me alejé del acantilado y me estrellé contra el suelo. ¡Idiota! Había olvidado los pequeños precipicios que rodeaban la ribera occidental del Hirun y se adentraban en el Essam con contornos irregulares y dentados.

Mis dedos rozaron la superficie áspera de un tronco. Me incorporé deprisa agarrándome al árbol. El murmullo del Hirun me acarició los oídos como la canción más hermosa.

Él no podría llegar con el caballo. El terreno estaba demasiado resbaladizo para arriesgarse a montar. Seguro que se acercaría a pie. Lamentablemente para él, no tenía intención de esperarlo.

Me puse la daga entre los dientes y me quité las botas. Cayeron al abismo y se estrellaron contra las rocas de abajo. Las vi desaparecer con el corazón en un puño. Lo último que me había traído de Mahair… perdido para siempre.

Ya tendrás tiempo para ponerte sentimental en la tumba. ¡Trepa!, espetó Hanim.

Una fina zapatilla de piel de becerro me cubría la planta del pie y se curvaba sobre mis dedos. Agradecí su protección cuando encontré un punto de apoyo. Con un ojo puesto en las piedras del fondo de la ribera, empecé a trepar.

La única habilidad que había desarrollado como heredera de Jasad provenía de mi afición por la escalada. Me pasaba las tardes escabulléndome del Usr Jasad al patio exterior y trepando a las altísimas palmeras datileras e higueras. Escalaba hasta la cima y saludaba a la torre Bakir imaginando que Niphran podría verme desde su estrecha ventana. Que Niphran querría verme.

Con un gemido, me impulsé hacia la primera rama lo bastante gruesa para sostener mi peso. Pasé la pierna por encima y enterré la cara en el árbol sin prestar atención a las hendiduras y la savia endurecida que se me clavaba en las mejillas. Dejé que la oscuridad me engullera y me ocultara. Esperé que se le olvidara mirar hacia arriba. Mejor aún, que resbalara en el lodo y cayera por la ribera.

Abajo, unos pasos apresurados atravesaron el lugar en el que el barro me había hecho perder el equilibrio. Contuve el aliento.

—Esta es tu última oportunidad para minimizar los daños que has causado esta noche —dijo Arin. Su voz se acercó y me esforcé por no mover la cabeza. ¿Me había visto aquí arriba?—. Muéstrate, Suraira.

Otra vez «Suraira». Tomé nota para investigar el significado de esa palabra nizahliana si llegaba a vivir lo suficiente para ver un nuevo día. Hablaba con fluidez el idioma original de todos los reinos, pero había ciertos términos dialectales que se me escapaban.

Una larga pausa. Una araña se deslizó por mi codo y se detuvo en mi muñeca. No me atrevía ni a respirar.

El suave relincho de su caballo me desconcertó. ¿Lo había traído hasta aquí? Esta tierra apenas podía soportar el peso de un humano.

—Me equivoqué con la primera evaluación que hice de ti. Una jasadí capaz de ocultar su magia a toda una aldea es precavida. Inteligente. Pero insistes en correr hacia la oscuridad, en perseguir a monstruos a los que no estás preparada para enfrentarte. —Su tono se endureció y dejó atrás la falsa amabilidad. Cada palabra resonaba como un hachazo—. ¿Quieres ser perseguida? —Una ramita se partió en algún lugar por debajo de mí—. Pues voy a concederte tu deseo.

Se me escapó un grito ahogado cuando un dolor punzante me atravesó la pantorrilla.

—Hijo de…

Me llevé la mano a la pierna y ahí, a pocos centímetros de mi tobillo, había un cuchillo. ¿Me había apuñalado?

El cuchillo palpitaba con la sangre que me manaba de la herida. Abandonando mi fallido intento por ocultarme, moví un brazo alrededor del árbol y me giré para buscar al heredero en el suelo. ¿Cómo había podido arrojar una daga con tanta fuerza y puntería para que se me clavara en la pierna?

Se me heló el estómago. Con las riendas en una mano y la otra agarrada a la rama más baja del árbol que tenía detrás, Arin estaba de pie sobre la silla de su caballo. El acantilado quedaba a escasos centímetros de los cascos del animal. Si se asustara, podría lanzar a su jinete al vacío.

La luz de la luna se entrelazaba con su cabello plateado, que había escapado de su meticuloso recogido. Sin el abrigo y sin su perpetua máscara de cortesía, Arin de Nizahl era un monstruo en toda regla.

Y me estaba mirando directamente.

La muerte siempre me había asustado más de lo que debería. Había visto cómo me arrebataba a todos mis seres queridos. Había segado sus vidas con una mano. Pero había algo que me aterrorizaba aún más de lo que podría hacerlo jamás la muerte: el cautiverio. Perderme bajo la voluntad de otro, que aplastaran y remodelaran mi propósito para encajar en los planes de otra persona. Hanim había roto en pedazos a la heredera de Jasad. Necesitaba un arma, así que me convirtió en una. La noche previa a mi huida, me había presionado mi propia vena palpitante del cuello con una daga. Me decía que la muerte era una puerta. Una escapatoria. Un corte y sería libre.

Maté a Hanim esa misma noche.

Arin era demasiado fuerte para que pudiera matarlo. ¿De qué servía su oferta de libertad si era una mentira? ¿Una trampa para una osa ingenua?

No me atraparían de nuevo. Me había cortado y había sangrado luchando por mi libertad. Le arrancaría la cabeza de los hombros con los dientes si era necesario antes de aceptar sus cadenas.

Agarré la empuñadura de la daga y me la saqué de un tirón, ahogando un grito contra el hombro. Era una estupidez, sin duda. Dependiendo de la profundidad a la que se hubiera clavado el filo, extraerlo sin un torniquete podía poner en peligro toda la extremidad.

Otro cuchillo se estrelló a centímetros de mi mano. Arin se había acercado y había atado el extremo de una cuerda a la base del árbol.

—No es mera precaución lo que te hace contener la magia, ¿verdad?

Ahogué un gemido. Por la belleza bendita de Baira, ¿acaso pretendía evocar mi magia acribillándome a cuchillazos? No entendía cómo me había curado la última vez y dudaba que mis poderes se molestaran en salvarme dos veces.

Noté un calambre en la pierna cuando trepé a la rama siguiente. Goteaba sangre por la corteza como una savia grotesca. La herida manaba profusamente y me empapó el talón. Lo único que quería era apoyar la frente contra el árbol para recuperar el aliento, pero no tenía tiempo. Me sujeté con un brazo a un grueso nudo de ramas. Con el otro, le lancé el cuchillo ensangrentado al heredero.

Acerté… en cierto sentido. El cuchillo pasó junto a Arin y se clavó en el flanco de su caballo. El animal chilló y se encabritó. Si Arin hubiera estado sentado, lo habría arrojado directamente por el acantilado y su cuerpo se habría estrellado contra las rocas de abajo.

Emití un sonido ininteligible de frustración cuando tensó la cuerda que tenía en la mano. Se movió con una elegancia desconcertante y so colocó en la base del árbol. El caballo se adentró galopando en el bosque.

—No puede usar la magia. Algo o alguien la tiene bloqueada. —La risa de Arin, desprovista de humor y calidez, hizo que me estremeciera entera. Se apartó del árbol y, para mi horror, empezó a trepar por el que había al lado—. Menuda desgracia.

¿Por qué estaba escalando el árbol que había junto al mío? Me quedé paralizada sin saber si seguir subiendo o dejarme caer al

suelo y huir corriendo. Se balanceó en una rama paralela a la mía y comprendí sus intenciones un segundo demasiado tarde.

Una nueva daga se me clavó en el brazo y me inmovilizó contra el árbol. Grité y la agonía repentina me nubló la visión.

No vas a hacer esto, Essiya, ordenó Hanim. *No vas a permitir que el heredero del supremo termine lo que empezó su padre.*

Los grilletes se estrecharon. Me tragué un sollozo. Me dolía todo. Me obligué a mirar el cuchillo; lo bueno era que no me había dado en el hueso.

Pero el siguiente podría hacerlo. Seguiría cortándome hasta que bajara, derrotada. Mi magia bloqueada era un experimento para él, otro hilo del que tirar y retorcer. Creía que me curaría. No sabía cómo explicar que a mi magia mi sufrimiento le importaba aún menos que a él.

—No me atraparán de nuevo —susurré.

El camino a la salida se abrió ante mí. Una manera de terminar con eso, de un modo u otro.

Me metí la manga arrancada en la boca y agarré la empuñadura del cuchillo. Una respiración. Dos. Me la extraje del brazo y el chillido amortiguado me retumbó en las costillas. Me convulsionó la mano. Dolía. Dolía mucho. Con los ojos llorosos, vi cómo caía al suelo.

—Puedes bajar y poner fin a esto cuando quieras —me dijo Arin.

Escupí la manga. La ira despejó la neblina de la agonía. Parecía muy confiado, seguro de que iba a ganar. ¿Por qué no iba a estarlo? Derramar sangre jasadí era un derecho que le pertenecía por nacimiento.

Por una vez, el rencor me motivó más que el miedo. Me separé del tronco. Con el brazo bueno, me aparté de la base de la rama. Retrocedí rápidamente hasta el borde, justo encima de la orilla del río. Una ráfaga de viento y me precipitaría. Mis entrañas quedarían esparcidas por las rocas de abajo.

—¿Qué estás haciendo? —El asombro se apoderó de su voz áspera. Se deslizó hasta la base del árbol y dio un paso hacia mí.

—¡Para! —grité—. Un paso más y me tiro. Puede que pienses que mi magia es capaz de curar unas pocas puñaladas, pero ¿la crees capaz de recomponer un cuerpo destrozado?

En un abrir y cerrar de ojos, su expresión se volvió tranquila y serena. Me entraron ganas de darle una bofetada. ¿Se había deshecho de su frustración como si fuera una pestaña caída o solo la había reprimido?

—Has perdido una gran cantidad de sangre. Creo que te quedan minutos para desmayarte. No seré lo bastante rápido para cogerte —dijo.

—Bien.

Dio un paso al frente. ¿Acaso se pensaba que pronunciaba amenazas vacías? Cerré la mano libre alrededor de la rama y me lancé hacia un lado. Me quedé suspendida en el aire.

La rama crujió fatídicamente y se doblegó bajo el peso de mi cuerpo. Tenía las venas de la mano hinchadas por el esfuerzo que estaba haciendo al sujetarme. Colgada de la rama, sentí el inexplicable impulso de reír. Si esta era la locura mágica, entendía por qué Rovial había querido quemar el mundo.

Arin se había aproximado, pero no lo suficiente. Si daba otro paso y me soltaba, me estrellaría contra las rocas antes de que pudiera cogerme. Empezaba a ver borroso por la periferia.

Siguió con su actitud impasible. Como si estuviéramos sentados compartiendo una agradable comida.

—¿Qué quieres?

Lo que quería responder: «Tu cabeza cortada dando vueltas en un asador».

Lo que salió fue mucho peor.

—Libertad. Libertad real. —La rama gimió y me deslicé aún más. Apreté los dedos resbaladizos por el sudor en el último instante.

—Ya te ofrecí la libertad y has huido.

Resoplé. El latido de mi corazón se iba ralentizado, volviéndose tan pesado como el resto de mi cuerpo.

—No necesito tus promesas vacías, comandante. No forjes castillos en el aire. Prefiero mantener los pies en tierra firme.

—¿Cómo puedo convencerte de mi palabra?

Lo miré totalmente desconcertada. Me había preparado para morir en el río sabiendo que la oferta de libertad del heredero no significaba nada. ¿Era esto otro juego?

Empezó a hablar antes de que pudiera elaborar una respuesta coherente.

—A lo largo de los últimos siete años han desaparecido cientos de personas secuestradas por dos grupos. Se ha encontrado a cuarenta y siete de ellas muertas. Probablemente, a manos de los mismos individuos que se las llevaron: rebeldes jasadíes que se hacen llamar Mufsidíes.

Se había acercado en algún momento. El bosque se había estrechado sobre Arin, envolviéndolo en sombras, y no era capaz de distinguir hasta qué punto era fruto de mi lucidez cada vez menor. Mufsidíes. Nunca había oído ese nombre.

—Has dicho… que había dos. —Mi boca se resistía a la complicada tarea de formar una frase. Parpadeé y, cuando volví a abrir los ojos, me había deslizado hasta el último centímetro de la rama.

—Los otros son los Orabi. Un segundo grupo jasadí, menos violento que los Mufsidíes. Los Mufsidíes y los Orabi persiguen a jasadíes por los cuatro reinos y rivalizan por reclutarlos para su causa. Los Mufsidíes asesinan a quienes no se unen a ellos. Los Orabi secuestran a sus objetivos sin dejar rastro, quieran ir voluntariamente o no. Ambos grupos compiten por la misma persona si tenía un puesto importante en Jasad. Nobles, mandos del ejército o miembros del consejo.

—¿Puestos importantes?

Una alarma distante sonó tras el muro de mi fatiga.

—¿Y crees… que me quieren a mí?

Me estaba costando mucho no cerrar los ojos. Si lo hacía, no volvería a abrirlos, y empezaba a preocuparme haber cometido un

grave error. ¿Y si todo lo que había dicho el heredero en la cabaña era cierto?

—Estoy seguro de que es así. Cuando consiga llevar a cabo mi plan hasta el final, la libertad será tuya. Si no crees en mi sinceridad, cree en mi pérdida. Si se descubre que he permitido que una jasadí compita como campeona de Nizahl en el Alcalah, llevará a la ruina mi trono y mi reputación.

El escepticismo se reflejaba en cada línea de mi rostro. El mejor modo de asegurarse de que nadie se enterara nunca de su traición era tan simple como deshacerse de mí después de capturar a los Mufsidíes y los Orabi.

Arrancó la siguiente espina de incertidumbre antes de que pudiera hablar.

—Si ganas el Alcalah, estarás constantemente rodeada de guardias. Guardias independientes de cada reino que no obedecerán ninguna orden que no provenga de ti. Ni siquiera de mí.

No me importaba. Ambos sabíamos que, si quisiera matarme, lo haría.

Sin embargo, me costaba creer que fuera a arriesgarse a sumir su reino en el caos asesinando a su campeona. Y, si acusaba a otro reino de asesinarme, sería un motivo de guerra. Ni siquiera Felix, cuya inteligencia admiraba menos que la de un cerdo en celo, se había atrevido a ponerme una mano encima después de la declaración de Arin.

El mundo se tambaleó. Me temblaron los dedos alrededor de la rama. No podía seguir manteniendo a raya la oscuridad.

—Te creo —balbuceé.

Mi último recuerdo antes de que se me soltara la mano y me precipitara al abismo fue el del heredero de Nizahl corriendo, deslizándose sobre el camino de barro, y la colisión de nuestros cuerpos al borde del acantilado.



ARIN

Estaba vivo. Sangraba abundantemente, pero vivía.

Bien. Sus cálculos no le habían fallado.

Arin exhaló y rotó los hombros con una mueca. El río le lamía las piernas. La jasadí yacía inmóvil contra él. La había atrapado en un ángulo preciso y había aprovechado la curva de la ribera para deslizarse hacia las rocas en lugar de caer directamente.

La luna apenas le proporcionaba luz para verla. Arin se giró hacia un lado y la depositó en un charco profundo. Seguía sin haber movimiento. El agua azotaba las rocas y le agitaba el pelo en una nube de rizos negros alrededor del rostro. Entre eso y la palidez mortecina de su piel, una chispa de inquietud atravesó al heredero de Nizahl.

La sangre que le manaba de las heridas del brazo y la pierna corrió por el río. No se estaba curando.

No podía haber nada fácil con ella. Se le había pasado por la cabeza la posibilidad de que su magia no la sanara por sí sola, pero esperaba equivocarse. Se quitó los guantes y vaciló. La pérdida total de control no era un recuerdo que fuera a olvidar fácilmente.

El pecho de la joven apenas se movía. Si moría, perdería la mejor oportunidad que tenía de atraer a los Mufsidíes y los Orabi al Alcalah.

Unas piedras afiladas se le clavaron en las rodillas mientras se cernía sobre la chica. No con poco disgusto, agarró las manos de la jasadí. Si estuviera despierta, estaba seguro de que lo arañaría hasta

dejarle las palmas en carne viva. Tenía el temperamento de un ganso enloquecido. Cada interacción que habían tenido lo había ido convenciendo de que no trataba con una mujer estable.

El hambre se apoderó de él en cuanto sus manos entraron en contacto, aulló a través de él y lo atravesó como mil cuchillas afiladas. Se mordió el labio inferior hasta partírselo.

Su magia… era fuerte. Demasiado fuerte. Tendría que haberse dado cuenta de que algo en su magia no andaba bien en cuanto la tocó en la sala de las reliquias. Nadie podría haber escondido un poder de ese calibre en una aldea de omalianos entrometidos. No a menos que una fuerza externa impidiera que su magia se manifestara. Eso lo desconcertaba, y odiaba sentirse desconcertado.

Los bordes desgarrados de la piel de la joven se buscaron. Ver cómo se le cerraban las heridas lo asombró tanto como la primera vez. La magia se agitaba bajo su tacto. En cuanto el color volvió a su piel, Arin dejó caer las manos de la chica y exhaló pesadamente. Una violencia contenida lo sacudió y le colmó la boca de un sabor metálico. Era la influencia de la magia de la jasadí. Arin no encontraba satisfacción en la crueldad en sí ni se dejaba dominar por impulsos primarios. Esa sed de sangre era el producto de la magia de la joven. No sabía cómo lo hacía, pero tenía intención de averiguarlo.

—¿Señor? ¿Estáis ahí? —La voz de Jeru se elevó sobre el murmullo del río.

El agua tiraba de la jasadí, ansiosa por llevársela. Arin la sujetó por el brazo y se apartó de inmediato. ¿Había arrancado las mangas de la túnica? Huir al bosque Essam bajo el asedio del invierno con los brazos al descubierto sería un modo muy eficiente de poner fin a su estancia en el mundo de los vivos. La agarró por la tela del cuello y la arrastró a las rocas a su lado.

—¿Acaso eres el bastardo de un burro? Si los jasadíes están cerca y te oyen llamando a tu comandante, lograrás que su prioridad sea encontrarlo. —La voz furiosa de Vaun era mucho más distinguible.

—¿No creéis que ya los habrá alertado el caballo sin jinete?

—Mira. Hay sangre en este árbol —comentó Ren.

No tardaron en divisar a Arin y la jasadí junto al río. Tuvo que concederles el mérito de ocultar su reacción ante la extraña imagen de su señor arrastrando por el cuello a una jasadí inconsciente. Jeru se deslizó por la pendiente con una cuerda atada a la cintura. La sorpresa se apoderó al fin de su rostro al contemplar la escena que lo esperaba allí abajo.

—Mi señor, estáis herido.

—No tengo nada roto ni cercenado. Llévate a la chica y envíala de vuelta a los túneles con Ren de inmediato.

Jeru obedeció y se agachó para tomarla en brazos. En cuanto la levantó, ella empezó a retorcerse.

—¡No, no! —gritó. Sus ojos se movían rápidamente tras los párpados cerrados, cazando amenazas invisibles—. No me toques. ¡No!

Jeru forcejeó para sujetarla, pero se le escapó de los brazos y apenas logró evitar que se golpeara la cabeza con las rocas.

—¿Deberíamos atarla con una cuerda? —preguntó el guardia, desesperado. El agua lo había salpicado hasta las rodillas.

Arin frunció el ceño. ¿Cómo podía ser tan irritante incluso cuando dormía?

La jasadí seguía retorciéndose con los ojos cerrados.

—Por favor, por favor… —gimió con tanto miedo que Arin y su guardia se detuvieron.

Secretos. Muchos secretos. Estaba envuelta en ellos.

—Sujétale los hombros —gruñó Arin. Sus propias heridas empezaban a exigir atención.

Jeru hizo lo que le había pedido, a pesar de los renovados forcejeos de la muchacha. No podrían sacarla del lecho del río si no se quedaba quieta.

La voz pastosa de la chica resonó en la cabeza del heredero. «Te creo». Como si a Arin le importara ganarse su confianza. Era borde y contradictoria. Cada vez que abría la boca, le hacía perder la paciencia. Esa jasadí era el equivalente humano a la tinta derramada

sobre las meticulosas líneas de su mapa. No tenía claro si podría aguantar todo el Alcalah sin romperle el cuello.

—Dile a Wes que le ponga un paño frío en la frente para reducir la hinchazón —dijo Arin. Notó un pinchazo en el brazo al doblarlo.

—¿Qué hinchazón? —La sujetó por los hombros, que no dejaba de retorcer.

Arin golpeó a la jasadí y ella dejó caer la cabeza a un lado.

Por fin se había quedado quieta.



CAPÍTULO DOCE

Les lancé una mirada asesina a los guardias con el ojo que el comandante no me había puesto negro. El moretón tenía mucho peor aspecto de lo que me dolía en realidad, pero me producía satisfacción el ceño culpable de Jeru cada vez que me miraba.

El resto de los guardias me ignoraron. Wes, a quien me había encontrado por la mañana al despertar cerniéndose sobre mí con un paño frío (le había preguntado si es que me había tragado algún insecto, tras lo cual se había retirado), se metió una cucharada de gachas blancuzcas en la boca. Vaun y Ren estaban hablando en voz baja al otro lado de la cocina.

Toqueteé las gachas. Volvieron a su sitio. Por el hacha hambrienta de guerra de Dania, había comido cosas desagradables cuando vivía con Hanim, pero ¿esto? Si esto era lo que comían normalmente los nizahlianos, no era de extrañar que estuvieran siempre enfadados. Tenían hambre.

—Deberías comer algo —comentó Jeru rompiendo su silencio.

—Pues dadme comida. —Aparté el cuenco. La cuchara cayó sobre la mesa con un repiqueteo y la manchó de gachas—. Esto es vómito de vaca.

La tensión se apoderó de los gruesos tendones del cuello de Vaun. No miró en mi dirección y me pregunté si era para evitar que le entraran ganas de despedazarme.

—Mejora con un poco de sal. —Jeru me pasó una pequeña bandeja.

—Preferiría comerme la sal.

Vaun se giró. Ren le puso una mano en el pecho.

—¿Hay algún problema? —Arin apareció de entre las sombras y se apoyó en la entrada arqueada de la cocina. Los guardias se levantaron de inmediato.

Llevaba el mismo abrigo negro que cuando lo conocí. Los cuervos violeta bordados en las mangas hicieron que me entraran náuseas. No había ni un cordón del chaleco fuera del sitio. La única imperfección en la refinada apariencia del heredero de Nizahl era el moretón que tenía en el pómulo.

Podría haber supuesto que las marcas de nuestra aventura por el Essam terminaban ahí, en un insignificante moretón, si no fuera porque se estaba apoyando contra la pared. En cualquier otra persona, sería una pose casual que carecería de mayor importancia. Pero no me imaginaba al rígido heredero de Nizahl encorvado, mucho menos apoyándose. Había cargado mi peso muerto ribera abajo. Seguro que las rocas le habían destrozado la espalda.

Me palpé el ojo negro y traté de no sentirme engreída.

El espectro de la noche anterior flotaba en la cocina y volvía el aire denso. Mi intento de huida no había servido para mejorar mi relación con los guardias.

—No podéis esperar que viva así —dije con el volumen demasiado alto—. Esta comida apenas es apta para las alimañas.

Ignorando la mirada fulminante de Vaun, me dispuse a enumerar mis quejas.

—Es evidente que el baño fue diseñado para funcionar con magia. ¿Lo habéis visto? Es abominable. Mi hedor actual podría usarse como arma. No tengo ropa y la única compañía que se me permite consiste en un puñado de soldados cuyas habilidades conversacionales debieron de alcanzar su máximo esplendor en el útero.

Arin se desabrochó el abrigo.

—Buenos días a ti también.

Fruncí el ceño y señalé las paredes sin ventanas.

—Tampoco tengo pruebas de ello.

Jeru dejó escapar un sonido a mitad de camino entre una carcajada y un hipido y se cubrió la boca.

Arin se giró hacia Jeru y Wes.

—Hay unos paquetes junto a las escaleras. Llevadlos a su habitación.

¿Paquetes?

—¿Son para mí?

—Son para las alimañas. —Miró mi cuenco—. ¿Has terminado?

Me aparté de la mesa.

—Evidentemente.

Fuimos hasta el centro de entrenamiento. Me ajusté las mangas de la túnica que me habían prestado, que seguían apretándome los bíceps. Evité las paredes repletas de pájaros y mis familiares muertos.

—¿Cuánto tiempo hace que tienes la magia bloqueada?

Giré la cabeza hacia él. Arin lo había pronunciado como había dicho «Tienes magia» o «La elijo a ella». Completamente seguro. Con la convicción de quien no habla nunca en vano.

—¿Encuentras satisfacción en estas preguntas tan directas y contundentes? ¿Tomando por sorpresa al receptor para sacarle la verdad? ¿Esa es tu estrategia?

Ni siquiera parpadeó.

—Por lo general, sí.

—¿Puedo preguntarte cómo has llegado a esa conclusión?

—El poder que sentí cuando te toqué en la sala de las reliquias tendría que haberme despedazado —explicó con calma. Me quedé quieta. Todavía no habíamos hablado abiertamente de los detalles de lo sucedido en la sala de guerra—. Y en cambio, apenas logró impedir que te matara.

Niphran tenía razón, pensé maravillada.

—¿Es normal que te afecte tanto percibir magia?

—No hubo nada normal en mi comportamiento. —Sus ojos azules, inquietantemente pálidos, me estudiaron—. La tuya no es una magia sencilla.

Otro desvío. Supuse que los mentores del heredero de Nizahl debían de volverse locos con su destreza para evadir cualquier respuesta clara.

—La magia jasadí no puede ocultarse de mí —continuó—. Tendría que haberla detectado en el río, cuando pusiste la mano sobre la mía. Al menos, debería haber reaccionado anoche. El dolor y el peligro son dos de las formas más seguras de despertar la magia. La tuya responde a la mía de manera inusual. Puedo percibirla, atraerla incluso, pero no abandona los límites de tu cuerpo. —Frunció el ceño al ver una telaraña sobre el cofre de armas antes de redirigir la atención a mí—. Así es como he llegado a esa conclusión.

—Tu toque hizo hervir mi magia. Casi me mata —dije secamente.

—Pero te salvó. Dos veces.

Ajá.

—¿Y cómo es posible que alguien que carece de magia haga tal cosa, alteza?

Un destello de aprobación atravesó su rostro. Lo había conducido con precisión a mi propia trampa.

—En circunstancias normales, no lo es. Soy capaz de percibir la magia porque soy inmune a ella y puedo drenar la magia de un jasadí con el mismo toque que parece encender la tuya.

No intenté ocultar el horror que se reflejó en mi semblante. ¿Podía drenar magia con el tacto?

Mis grilletes se apretaron ante la fuerza repentina de mi magia. ¿A cuántos jasadíes les había arrebatado la ventaja por la que los perseguían? ¿Cuántos habían sentido cómo les robaban la magia justo en el momento en el que más la necesitaban?

—No lo entiendo.

Me observó con frialdad.

—No hace falta que lo entiendas.

—Explícame a qué te refieres con lo del «drenar la magia» y responderé a tu pregunta.

La sorpresa se reflejó en los ojos del heredero, pero desapareció antes de que pudiera perseguirla. Esperaba que le preguntara cómo había convertido su toque en su propia arma. Y, en efecto, tendría que haberlo hecho. La mecánica de su drenaje de magia no me afectaba, mis grilletes le impedían hacer algo más que atraer mi magia a la superficie. Por las tumbas malditas. Esa estúpida pared en movimiento me había desequilibrado. Había perjudicado mi juicio.

—La magia jasadí no es un pozo sin fondo. Cada jasadí tiene una reserva finita de la que extraer. Imagina que alguien usa la magia con moderación para facilitar las tareas cotidianas. Otro gasta su reserva en una exhibición impresionante. Para el primer jasadí, reponer la magia no representa un problema, puesto que nunca ha llegado al fondo del pozo. El que drena su magia ordenándole a un caballo que vuele o haciendo que llueva debe esperar, indefenso, hasta que el tiempo renueve sus suministros. —Se llevó una mano enguantada a la sien y se la rozó con una caricia ligera como la de una pluma—. Poseo la habilidad de drenar ese pozo temporalmente. El tiempo acabaría reponiendo la magia, pero para entonces…

—Ya tendrás a esa persona atrapada o muerta.

Los grilletes me apretaron las muñecas con fuerza por la urgencia con la que me latía la magia en las venas. ¿Estaba reaccionando a Arin o a sus palabras?

—Sí.

Permaneció impasible ante mi expresión de repugnancia. Si no hubiera percibido el odio en su voz la noche anterior, podría haberme creído su indiferencia. Pero al menos ahora sabía por qué mi magia había reaccionado de un modo tan intenso a su tacto. No podía drenar mis poderes, aunque sí hacer que fluyeran hacia los grilletes.

Se sacó un pañuelo del abrigo y lo usó para retirar la telaraña.

—Te toca.

Quería que se atragantara con sus propios intestinos mientras se los daba de comer a pedazos. No merecía mis secretos.

Pues no se los des, intervino Hanim. Parecía animada por que hubiera elegido hacer una pregunta sobre los jasadíes en lugar de sobre mí misma. *Vuelve a escapar y únete a los jasadíes a los que persigue*.

La idea fue como una jarra de agua fría sobre mi ira. No, había tomado mi decisión. El mejor camino hacia la libertad era a través del heredero de Nizahl. No había olvidado lo que Arin me había contado el día anterior. Los Mufsidíes y los Orabi solo perseguían al mismo jasadí si este había desempeñado un papel importante en Jasad. O bien sospechaban quién era… o bien ya lo sabían.

—No recuerdo un tiempo en el que mi magia fluyera con libertad.

Se sujetó las manos por detrás de la espalda.

—¿Se puede arreglar?

Negué con la cabeza. Si seguía presionándome, no sabía si podría inventar una mentira que resistiera a su escrutinio.

—Es una crueldad inusual. Tu magia parece muy fuerte.

Estuve a punto de echarme a reír. Si él supiera… Mis abuelos no habrían puesto grilletes a un poder común ni Hanim habría estado tan desesperada por desatarlo. La magia anormal había definido mi vida.

—Deberías saberlo. La crueldad inusual es tu especialidad.

Arin siguió adelante sin decir nada, aunque estaba segura de que en algún momento volvería a sacar el tema de qué bloqueaba mi magia. Daba la impresión de que iba acumulando información nueva en la aterradora red de su mente hasta que hubiera recopilado todos los hilos.

—El Banquete de los Campeones tendrá lugar en Lukub dentro de seis semanas. Partiremos desde allí a la primera prueba en Orban. Tenemos hasta entonces para prepararte.

Caminó hacia una esquina de la habitación y se agachó ante el cofre de armas del que había robado el día anterior.

Las nubes se movían con calma por el cielo artificial que nos cubría.

—Todavía no entiendo por qué debo competir como campeona para atraer a los grupos que buscas. Si son los mismos que me atacaron en el bosque, ya sabrán dónde estoy.

Me crucé de brazos resistiendo el impulso de estremecerme. El cadáver putrefacto con la voz de Hanim me atormentaría eternamente.

Arin se quedó paralizado. Se enderezó, se giró hacia mí y no retrocedí porque me lo impidió la perplejidad.

—¿Cómo que te atacaron?

La severidad de su tono de voz me sorprendió. Le relaté la confrontación con el espejismo del cadáver de Hanim. Arin se paseó de un lado a otro y casi pude ver cómo añadía esta última revelación a su red.

—¿No reconociste el cadáver ni viste quién lo había invocado?

—Eso es. —Media mentira—. Desapareció cuando se oyó tu caballo. ¿Crees que el atacante pertenecía a los Mufsidíes?

Arin negó con la cabeza.

—No te matarían a menos que ya hubieras rechazado unirte a ellos. ¿Has hablado con alguien desconocido?

—Solo con el heredero de Nizahl y sus cuatro guardias más hostiles.

Arin echó la cabeza hacia atrás y miró al techo. ¿Se estaría recordando a sí mismo los motivos que tenía para mantenerme con vida?

Giró sobre sus talones y se dirigió de nuevo al cofre de armas. Lo seguí y fingí que era la primera vez que veía esas armas. Levanté un escudo que claramente estaba hecho para alguien nacido de gigantes y me tambaleé bajo su peso. Las alas del kitmer pintadas en el frente se extendían hacia las alturas mientras se elevaba en mitad de una poderosa llamarada. Tenía el pico abierto en un bramido. El orgullo de Jasad. El primer compañero de Rovial.

Arin escogió una daga curva del cofre y la sopesó en la mano. Bajé el escudo y me lo apoyé en la pierna. Arin y los cuchillos no eran…

Con una velocidad casi sobrenatural, el heredero levantó el brazo y la lanzó. Tuve el tiempo justo para ver la silueta borrosa del filo atravesando el aire directamente hacia mi pecho.

No pensé. En un estallido de movimiento, junté las palmas y atrapé la empuñadura antes de que la daga se me clavara en el corazón.

La alcé ante mi mirada para asegurarme de que no fuera una alucinación, sino que el heredero de Nizahl me había usado una vez más como objetivo de prácticas. Gruñí.

—¿No me apuñalaste lo suficiente ayer?

—Fascinante —dijo—. Eso es instinto aprendido. ¿Quién le enseña a una huérfana a atrapar cuchillos?

—¡Has apuntado directo a mi corazón! ¿Y si hubiera dado en el blanco? —pregunté—. ¿Estabas dispuesto a matarme por una simple suposición?

—¿Puedes sentir tu magia?

¡Increíble! Le di la vuelta a la daga y se la lancé. La agarró con una sola mano. Sonreí.

—Ahora ya sabes que una huérfana también puede lanzar cuchillos. ¿Eso no es «fascinante»?

Arin arrojó la daga al cofre de armas. A su favor, había que decir que no parecía molesto porque le hubiera lanzado un cuchillo. Levantó la barbilla y me observó con una concentración inusual.

—¿Cuál es tu verdadero nombre?

Contuve el aliento, clavada en el sitio por mil punzadas de mal augurio. Acallé el instinto que me gritaba que le estampara el escudo contra la cabeza y echara a correr. Media década de clandestinidad desperdiciada por las intrigas de unos desconocidos. Estos grupos no solo me habían señalado como jasadí, sino que le habían asegurado al heredero que era más de lo que parecía a simple vista.

—No soy rica en nombres, alteza. Solo tengo uno.

Arin arqueó una ceja. Guardé silencio y adopté una expresión apropiada para la ocasión: medio desconcertada, medio ansiosa. Creía que había perfeccionado el arte del engaño. Me resultaba fácil moldearme para aparentar lo que otros querían ver, pero Arin había expuesto los fallos de mi habilidad. Por lo visto, lo único realmente honesto que me quedaba era mi furia cuando se desataba.

El heredero de Nizahl esbozó una sonrisa. Le había visto más expresiones en los últimos diez minutos que en los tres días anteriores.

—Como quieras, Suraira. Cada verdad a su tiempo.

Un mal presagio me atravesó la nuca. Si pretendía desconcertarme, lo había conseguido.

Golpeó el cofre abierto y continuó:

—Estas herramientas serán tus compañeras más fieles en los meses venideros.

—¿De verdad crees que seis semanas y unas pocas armas me ayudarán a salir victoriosa? Los demás campeones llevan entrenando desde el último Alcalah. Me sacan una ventaja de tres años.

—Tú tienes una ventaja de la que carecen los demás campeones.

—Debes de referirte a mi encanto irresistible, puesto que ya hemos dejado claro que mi magia no funciona.

—Sin embargo, tu magia apuñaló un par de veces a Felix y te salvó la vida.

Cogió un alfanje oxidado y extendió la empuñadura en mi dirección. Acepté la espada curva y la deslicé en el aire a modo de prueba. Tenía montones de preguntas, pero quedaron momentáneamente reemplazadas por la alegría infantil de blandir una espada. Deslicé el dedo por el kitmer tallado en un costado con la cabeza de halcón en alto.

—¿Me permitirías usar armas jasadíes incluso en privado?

¿Era su forma de restregarme mi cobardía en la cara? Si era así, se trataba de un esfuerzo inútil. Mirando al kitmer, imaginando a los jasadíes que habían empuñado estas armas antes de mí, sentí…

nada. Sabía lo que debía sentir. Hanim no se había cortado a la hora de recordarme cómo le había fallado a Jasad, cómo los jasadíes habían sufrido ante mi incompetencia. La vergüenza es un sentimiento peligroso que manipular. Si tiras del hilo demasiadas veces, se acaba convirtiendo en apatía.

Arin deslizó su pañuelo sobre la empuñadura polvorienta de otro alfanje.

—Preferiría no malgastar mi tiempo en la red de tu animosidad hacia Nizahl —declaró—. Ambos estaremos mejor sin la intromisión de una lealtad dividida.

La espada me pesaba en las piernas.

—Nizahl jamás tendrá mi lealtad.

Una vez más, Arin no reaccionó al insulto. A veces me asombraba su fingida paciencia, la retorcida quietud que emanaba.

—No me refería a Nizahl —contestó—. Coge el alfanje.



CAPÍTULO TRECE

La primera semana puso a prueba mis límites. ¿A qué velocidad podía correr en tierra? ¿Con qué agilidad me manejaba en aguas turbulentas? ¿A qué distancia era capaz de lanzar algo?

Cada noche me acostaba convencida de que había alcanzado el límite del agotamiento hasta que la siguiente me demostraba que me había equivocado. Si no hubiera sido por los dibujos que Jeru me dejó en la habitación, habría pensado que los ejercicios eran otra cruel peculiaridad del comandante.

—¿Esto qué es? —pregunté mientras esparcía las páginas sobre la cama. Jeru permaneció obedientemente detrás del umbral. Tenía la parte superior de los rizos cubierta de tiza blanca.

—Una recopilación de dibujos del torneo creados por artistas lukubíes que datan de hace siglos. Fueron un regalo para la sultana Vaida. Su alteza pensó que deberías estudiarlos.

—¿En mi abundante tiempo libre? —A pesar de todo, sentía curiosidad. Desenrollé la tira de piel de conejo que envolvía los pergaminos. Algunas páginas estaban amarillentas por el paso del tiempo—. ¿Cómo llegaron a manos del heredero?

—Se los pidió prestados.

Por supuesto. Porque la gobernante de Lukub, que se rumoreaba que era la sultana más cruel desde la Corona Aullante, era amiga de Arin. Le pidió prestados sus valiosos pergaminos y seguro que le dio

consejos sobre las mejores técnicas de tortura mientras compartían una suculenta comida.

Jeru se marchó por el pasillo antes de que pudiera insistirle más.

Los bocetos estaban separados por pruebas y luego por años. Ojeé las imágenes de la primera prueba y mi curiosidad se convirtió en aprensión con cada nuevo grupo de campeones. De repente, se vieron reducidos de cinco a cuatro y supe que los bocetos de abajo eran posteriores a la Cumbre Sangrienta.

Recorrí con la mirada los dibujos sombreados del cañón boscoso de Orban. El artista había usado un cuchillo para marcar las grietas de los árboles y los campeones posaban bajo las siniestras ramas con semblante adusto. El Ayume era el bosque orbaniano en el que tendría lugar la primera prueba y estaba colmado de horrores provocados por la antigua magia de guerra de Dania. Dania era una maestra cazadora, tan austera en la vida como brutal en la batalla. Los orbanianos la conmemoraban con una prueba de resistencia física en el corazón del bosque, donde había librado su batalla más infame.

Cuando pasé la página, se desprendió una esquinita del pergamino. Unas marcas de tiza negra recorrían la portada y las palabras *Dar al Mansi* le daban título. La segunda prueba había cambiado en los últimos años. En la nueva versión, los campeones entraban en un pueblo abandonado de Omal y luchaban contra las criaturas mágicas que los organizadores liberaban dentro de sus confines. Los campeones no solo debían atravesar el pueblo y salir de una pieza, sino que tenían que conseguir tres trofeos de sus víctimas para poder continuar. La segunda prueba servía como tributo a la awala Kapastra y sus vulgares mascotas, celebrada en su reino natal.

Tracé la línea de las alas de cristal llameante de Al Anqa'a con el pulgar. Los bocetos representaban a la gigantesca ave llevando a los indefensos campeones con las garras, más afiladas que cualquier espada, cerradas a su alrededor. Aquellos que escapaban de Al Anqa'a eran despedazados y devorados por el nisnás, una criatura

macabra de aspecto humano con unas pesadas extremidades a un lado y púas de carne colgante en el otro. El artista había esbozado a los demás monstruos que acechaban en la periferia, observando con envidia al nisnás que había alcanzado al campeón en primer lugar.

¿Qué esperaba que aprendiera de esto? Aparté los dibujos de la segunda prueba aguantando las náuseas y pasé a la tercera. Esta se celebraría entre los dos últimos campeones restantes. En honor al talento de la awala Baira para las ilusiones, a los campeones se les administrarían elixires para invocar visiones a su alrededor. En un pozo de arenas movedizas, el campeón con la voluntad más fuerte sería capaz de discernir entre la realidad y las alucinaciones antes de que la arena lo engullera por completo o su contrincante lo abatiera.

Diez minutos después, irrumpí en el centro de entrenamiento y tiré los dibujos sobre el cofre de las armas. Jeru y Wes interrumpieron su ejercicio con espadas con la expresión de cansancio de unos padres primerizos llevando a su hijo llorón a la tienda.

—¿Dónde está? —pregunté.

Wes frunció los labios.

—Aquí no. ¿Por qué?

Señalé los bocetos.

—Si Lukub organiza el Banquete, la tercera prueba será en Nizahl.

Los guardias intercambiaron una mirada.

—Sí —respondió Wes lentamente—. La prueba de Baira tendrá lugar en Nizahl.

Jeru juntó las pobladas cejas.

—Eres la campeona de Nizahl, ¿creías que podrías evitar visitar el reino por el que compites?

Su pregunta me dio vueltas en la cabeza. Con la espiral de acontecimientos, no me había detenido a considerar que volvería a encontrarme con el supremo Rawain. El hombre que había masacrado a mi familia, que había exterminado Jasad, obtendría gloria por parte de la mismísima heredera a la que no había podido matar.

Salí sin decir nada más. Se me desdibujaba el entorno y se desenfocaba. Si fracasaba en el Alcalah, el ego de Felix no descansaría hasta que mi cabeza colgara del asta de la bandera de Mahair. Si ganaba, se me otorgaría la inmunidad del vencedor, pero estaría escupiendo sobre la tumba de cada jasadí que había sido abatido por una espada nizahliana. Algo que habría podido soportar de no ser por el hecho de que, al parecer, había dos grupos de jasadíes que sospechaban que era la heredera. Quizás eran lo bastante estúpidos para quererme a la cabeza de su inútil causa. ¿Qué otros motivos podrían tener para perseguirme? Desde luego, no era el atractivo de mi magia.

En algún momento, me dejé caer con la espalda pegada a la pared del pasillo. Me abracé las rodillas y una parte de mí me señaló que podría haber esperado a derrumbarme diez pasos más adelante, en mi habitación. Me eché a reír.

Si Arin supiera cuál era la verdadera razón por la que los Mufsidíes y los Orabi competían por mí, si se le pasara por la cabeza un solo segundo que la heredera de Jasad estaba viva y durmiendo a dos pasillos de él… Me reí con más fuerza. Tendrían que rascar lo que quedara de mí en las paredes. No era un hombre que jugara con las probabilidades, y el riesgo de que los Mufsidíes o los Orabi pudieran capturarme y legitimar su causa era demasiado grande.

Quizás no tuvieran esperanzas de reclutarme. Era posible que tan solo quisieran matarme. Vengarse merecidamente de la heredera que los había abandonado.

—Cuidado, señor —advirtió la voz de Vaun, pero parecía salir de un angosto túnel—. Los de su calaña suelen reaccionar con violencia en momentos de ira.

Yo te entrené para liderar Jasad y él te está entrenando para traicionarlo. ¿Qué libertad podrás obtener después de eso? ¿A dónde irás sin que Essiya te persiga? Las palabras de Hanim invadieron mis pensamientos hasta que fui incapaz de distinguir cuáles me pertenecían a mí y cuáles a ella. Fui vagamente consciente de que una silueta se colocaba delante de mí en el pasillo. Me estremecí y

apreté las rodillas. *Espero que perezcas en la primera prueba. Sylvia no vale para nada y, si triunfas como campeona de Nizahl, Essiya también perecerá.*

¿Cómo sabían dónde localizarme? ¿Por qué conjurar el espectro putrefacto de Hanim si pretendían reclutarme? No conseguía encontrarle el sentido a nada. Solo había una verdad en mitad de todo el caos.

No debería haberme quedado tanto tiempo en Mahair. No tendría que haberle cogido cariño a Fairel ni haberme preocupado por la opinión de Rory. Sefa y Marek habrían permanecido a salvo de los horrores de su pasado.

Arruinas todo lo que tocas, dijo Hanim.

Cuando la voz de la qayida se volvió más ronca y su risa entrecortada se fue apagando, me tranquilicé lentamente. Mis pensamientos fragmentados se recompusieron con las costuras rojas por el veneno de Hanim, pero eran míos de nuevo. Me incorporé y me froté los músculos dormidos. Temía cuánto tiempo podía haber pasado.

Las sombras se movieron y estuve a punto de gritar al ver la silueta oscura que ocupaba una silla en la pared opuesta. Mis ojos se adaptaron a la penumbra y me encontré con el rostro impasible de Arin.

—¿Ya has regresado? —preguntó.

Apoyé la cabeza en la pared. No veía a Vaun por ninguna parte y me pregunté cuánto tiempo llevaría Arin sentado ahí.

—No me he ido en ningún momento.

Se levantó y su abrigo ondeó alrededor de sus botas.

—Sí, sí que lo has hecho.

Aquella noche, estuve paseándome de un lado a otro. Descalza sobre la piedra fría, con la trenza deshecha y con la misma ropa

sucia que había usado para entrenar. Recorrí los pasillos de arriba abajo perdiéndome en el complicado laberinto de túneles que serpenteaban por todo el complejo. La luz azul que se filtraba por el interior de los muros me seguía, y me mordí el labio ante su enorme parecido con las vetas doradas de la fortaleza de Jasad. De vez en cuando, divisaba a algún guardia por el rabillo del ojo. Me vigilaban desde la distancia y agradecí que me dejaran espacio.

Durante mi primer año en Mahair, merodeaba por el pueblo todas las noches hasta el amanecer. Memorizaba rutas de escape y buscaba rincones en los que esconderme cuando pasaran los soldados de Nizahl. Los perímetros del pueblo me habían parecido enormes. Me había pasado diez años muy cómoda en la opulencia y majestuosidad del Usr Jasad y media década viviendo en un tronco hueco hechizado con la magia de Hanim en el que cabían exactamente dos catres y unas cuantas pilas de pergaminos.

—Vuelve a tu habitación. Ya. —La voz de Vaun lo delató antes de que girara la esquina.

Estaba demasiado cansada para lidiar con él. Los demás guardias me dejaban en paz. ¿Por qué él no?

—Tú primero.

Frunció los labios hacia atrás y se puso frente a mí. Ignoré el impulso de provocarlo aún más y mascullé:

—No puedo dormir. Pasear me relaja.

—No he pedido tu estúpida opinión. Vuelve a tu habitación. Si vuelves a salir, yo mismo te llevaré ante su alteza.

El desprecio venció al letargo. Odiaba a todos los soldados nizahlianos, pero Vaun… Vaun representaba a un tipo de soldado al que detestaba por encima de todos los demás. Era el tipo de esos que se deleitaban con el poder que le conferían los colores del uniforme. Era de los que, si descubrían a algún mercader que vendía huesos de jasadí, le guiñaban el ojo.

Me miré los grilletes. La plata se removió y se estrechó alrededor de mis muñecas. Mi magia estaba enfadada. ¿Por qué? ¿Por qué

ahora y no durante el desayuno, cuando Vaun me había llamado prácticamente perra ramera?

—No he recibido ninguna orden de tu comandante que dijera que debo permanecer todo el tiempo en mi habitación —repuse. No me estremecí ante su pútrido aliento ni me acobardé con sus patéticos intentos por erguirse por encima de mí—. Y, por supuesto, no acepto órdenes tuyas.

Wes apareció por detrás de Vaun. El guardia más mayor se frotó los ojos y bostezó.

—Vaun, basta. Jeru y Ren están haciendo la guardia. No tenemos órdenes de confinarla.

Vaun no se movió. Ah… En ese momento lo entendí. Me giré y me topé con la mirada exasperada de Wes.

—Me está provocando. Quiere que lo ataque para tener una excusa para arrastrarme ante el heredero.

La arruga del ceño de Wes se profundizó. Fue a tocarle el brazo a Vaun, pero, antes de que entraran en contacto, Vaun me puso una mano en la cintura. Me tensé más que si me hubiera escupido en la cara. Le aparté la mano.

—No me toques —siseé.

Mantén la calma, Essiya, me advirtió Hanim. *Te está provocando.*

La siguiente mano me la puso en el brazo. Intenté apartársela, pero me agarró del codo. Su otra mano fue a parar a mi estómago, justo por encima del ombligo. Cualquier atisbo de compostura se desvaneció.

Hanim me lanzó un trapo.

—Presiónalo sobre la herida y deja de llorar. No tendrías que haber permitido que te cogiera.

Me giré y el pelo me cayó en la cara. Ella detestaba ver mis lágrimas. No lloraba casi nunca, pero el dolor…, ese dolor eclipsaba cualquier otro que hubiera experimentado antes. La sangre se escurrió entre mis dedos y empapó el trapo en pocos segundos.

Hanim se agachó a mi lado y me apartó las manos de la barriga. Dejó escapar un agudo silbido entre los dientes.

—Por el hacha oxidada de Dania, Essiya, ¿qué has hecho?

—Que-quería dejar que se a-acercara —gemí—. Unas lágrimas ardientes se me deslizaban por las sienes hasta el pelo—. Le he cortado la cabeza. Como me dijiste.

Perdía y recuperaba la conciencia constantemente mientras Hanim se cernía sobre mí envolviéndome el torso en tiras de lino y piel de conejo. Una burbuja de felicidad se elevó por encima de mi agonía. Le importaba. No quería que me hicieran daño.

Una punzada en la mejilla me hizo abrir los ojos. Hanim me dio otra bofetada.

—No vas a morir —espetó. Sus ojos carecían de toda compasión—. Aquellos que tienen deudas que saldar no tienen derecho a morir.

—¡Sylvia! ¡Sylvia, para!

Sentí que unos brazos me rodeaban el pecho y me sujetaban. Vaun estaba en el suelo aferrándose la nariz sangrante. Aparté a Wes de un empujón. Me di con la espalda contra la pared.

—Le dije que no me tocara. —Me soné delirante incluso a mí misma—. Se lo dije.

Vaun se levantó de un salto y me agarró el pelo en el puño. Tiró con fuerza y me arrojó al suelo.

—La llevaré ante su alteza.

Wes observó con incredulidad a Vaun arrastrándome por el pasillo mientras yo no dejaba de patalear. No nos siguió.

Vaun me arrastró del cabello con ambas manos. La piedra me raspaba y me desgarraba, y él avanzaba demasiado rápido para tratar de ponerme de pie. Mantuve las manos en mi pelo, esforzándome por minimizar la presión que sentía en el cuero cabelludo. Cada vez que intentaba oponer resistencia, el guardia tiraba con más energía y se me llenaban los ojos de lágrimas.

Soltó una mano para abrir una puerta y me arrojó sobre una gruesa alfombra azul.

—Mi señor, mis disculpas por interrumpiros a estas horas intempestivas. He descubierto a la jasadí explorando los túneles y

comportándose de manera evasiva. Cuando he intentado interrogarla, se ha puesto violenta. Es evidente que busca causaros daño.

Usé la pared para levantarme. Sentado en un sillón junto a la ventana, con aspecto de alguien que pretendía retirarse a descansar por ese día, se encontraba el heredero de Nizahl. Sin alzar la mirada, cerró el libro que tenía en el regazo y lo dejó a un lado.

—Miente —dije, pero me salió una voz cansada y sin fuego alguno. ¿Qué más daba? No aceptaría la palabra de una jasadí por encima de la de sus propios guardias.

Arin me ignoró.

—¿Te ha confesado ella tales intenciones?

Vaun se removió.

—No, por supuesto que no, pero…

—¿Estaba empuñando un arma cuando la has asaltado?

Tanto Vaun como yo estábamos igual de desconcertados.

—¡Os desea el mal, señor!

—Estoy seguro de que sí. —Tamborileó sobre el brazo del sillón. Me sorprendió verle la mano desnuda—. Muchos lo hacen. Aun así, arrestarlos a todos sería una represalia desmedida.

—Pero…

—No se deja provocar con facilidad —continuó Arin—. Aparte de sus arrebatos y cambios de humor, la jasadí no es propensa a reaccionar de manera iracunda.

Fruncí el ceño. ¿Cambios de humor?

—Me ha puesto la mano en la cintura. —Miré fijamente a Vaun sin molestarme en ocultar mi satisfacción vengativa. Me había arrastrado ante el heredero y este había acabado cuestionando su propia legitimidad—. Cuando le he dicho que no me tocara, me la ha puesto en el vientre. —Pronuncié esta última parte entre dientes, resistiendo el impulso de envolverme el tronco con los brazos—. Soy un arma para el heredero y, si no vas a tratarme con la dignidad que reservas a las personas, trátame como a una espada. Y no tienes derecho a empuñarme.

La mirada de Arin se deslizó hasta Vaun y se endureció. A pesar de que su voz no cambió, un frío glacial se apoderó de la estancia.

—Le has puesto las manos encima.

Vaun dejó caer la barbilla, lo cual supuse que era la versión nizahliana de retorcerse las manos.

—No tenía opción, señor. No quería regresar a su habitación.

Ansiaba abalanzarme sobre él, arrancarle los nervios con los dientes y aplastarle el pecho hasta convertirlo en comida para perros.

—Estoy aquí porque yo misma lo elegí, no porque tú me hayas atrapado, maldito cerdo inmundo…

Callé cuando Arin se acercó. Llevaba una fina camisa negra y pantalones, una indumentaria ligera en comparación con sus habituales conjuntos negros y violeta. El pelo plateado le caía alrededor de la mandíbula y resaltaba el moretón que empezaba a desvanecerse en su pómulo. Su capacidad para intimidar no se veía menguada por su atuendo relajado. Vaun se arrodilló y bajó la cabeza.

—Perdonadme, mi señor. He actuado sin consultaros.

—Sí, eso es evidente —contestó Arin—. Márchate. Ya hablaremos de esto en un momento más oportuno.

Vaun levantó la mirada.

—¿Qué debería hacer con la chica?

—Deberías hacer lo que te pido y limitarte a eso. —Una vez más, Arin se mostró totalmente amable, pero Vaun palideció como si el heredero acabara de ordenar su decapitación—. Vete.

Me masajeé las raíces del pelo con una mueca. Primero el soldado nizahliano del bosque y ahora Vaun. Mi cuero cabelludo había sufrido bastante las últimas dos semanas.

Me mantuve próxima a la puerta evitando mirar a Arin. No quería arriesgarme a salir al pasillo con Vaun todavía cerca, así que me tomé mi tiempo para observar la habitación del heredero. No había mucho que ver. Un armario alto, una cama que solo era ligeramente más grande que la mía, una mesa cuadrada diminuta en la que

apenas cabía un libro y otra bastante más amplia cubierta de tinteros y mapas desenrollados en parte.

Me pregunté qué pensaría de la mesa pequeña. Antes, eran un elemento básico en todas las casas jasadíes, plegadas y ocultas tras los muebles hasta que llegara un invitado. El anfitrión colocaba un platito y una taza de ahwa aromática del tamaño de una mano y quizás un plato de galletas o kunefe al lado. Adoraba el olor del ahwa, aunque la única vez que lo había probado había acabado escupiéndolo. Pero Soraya seguía trayéndome tazas a escondidas de la cocina para que pudiera oler los restos de líquido oscuro como si fuera una vela.

Últimamente, parecía que no podía sacarme Jasad de la cabeza. Rodeada de nizahlianos, no era el lugar más adecuado para pensar en mi antiguo hogar.

Había una cajita en la esquina de la mesita con el sello real de Nizahl y un bote de cera. Lo cogí. El sello era de hierro puro y lo sopesé con la mano. En la base había dos espadas cruzadas. Un cuervo emergía del lugar en el que se encontraban las espadas y desplegaba las alas a ambos lados. Recorrí su contorno, embelesada.

—Ten cuidado —advirtió Arin—. La cera quema.

El sello se me escurrió de las manos. Lo dejé caer intentando disipar la neblina que se había apoderado de mis sentidos. Mantener una conversación con el heredero me agotaba incluso en un buen día, y ese día distaba mucho de serlo.

—¿Para qué lo utilizas? —Levanté el sello esperando que me lo arrebatara y me echara de la habitación.

—Para mis mapas. —Cumplió una parte de mi predicción y me tendió la mano para que se lo devolviera. Se lo dejé caer en la palma con cuidado de no tocar su piel desnuda.

—¿Puedo verlos?

Arin me miró durante un largo minuto. Alcé la barbilla anticipando algún comentario sobre mi alfabetización o inteligencia.

Se giró hacia la mesa de los mapas y parpadeé mirando su espalda.

—¿Y bien? —dijo—. Ven a verlos.

Tropecé con las prisas. Había montones y montones de mapas extendidos sobre la amplia superficie de la mesa. En una esquina había una jarra llena de un líquido lavanda junto a los tinteros. No podía creer que me estuviera dejando ver eso. Los mapas del comandante eran casi tan infames como sus guantes. Sin duda, algunos de esos bocetos los habrían recopilado los soldados de Nizahl esparcidos por los reinos, pero me extrañaba que les concediera un gran valor. Su naturaleza no parecía admitir nada menos que la perfección absoluta. Y, por supuesto, la perfección absoluta solo podía lograrla él.

—¿Qué quieres ver?

—Cualquier cosa. Todo.

—Decide.

El nombre salió de mi boca como unas alas temerarias.

—Jasad.

El heredero se detuvo. Creía que se negaría hasta que sacó un pergamino del fondo de la pila ordenada y lo extendió sobre la mesa. El mapa cubría otros más pequeños que había debajo. Era lo apropiado, puesto que Jasad había poseído todo el territorio que quedaba al este del Hirun y al norte del Sirauk. Donde una vez se alzó el reino, ahora aparecía el nuevo nombre que Nizahl había aprobado para Jasad.

Tierras Calcinadas.

Los grilletes me estrecharon las muñecas. Al menos esto podía entenderlo: mi magia reaccionaba al dolor. Dolor por un reino al que apenas había conocido antes de perderlo. Antes de que lo usaran para definirme y condenarme.

—Puedo sentir la magia —dije con la misma indiferencia con la que comentaría el tiempo. Informar sobre las fluctuaciones de mi magia había sido uno de sus primeros requisitos tras mi intento de fuga.

Arin pasó el pulgar por la zona en la que el Hirun dividía los vilayatos del sur de Jasad. Podría haber pensado que no le interesaba de no ser por el sutil arco de su ceja izquierda.

—Primero Fairel, luego tus amigos y ahora un mapa de las Tierras Calcinadas. ¿No has notado la conexión?

Dolor. Rabia. Miedo. Pero normalmente sentía esas tres cosas sin que mi magia reaccionara.

—No.

Arin emitió un leve gemido. No me creía. Me habría molestado si no hubiera estado tan segura de que mis conjeturas no importaban. Eran como los bocetos de los espías: ojeados y descartados ante la propia habilidad de Arin.

—¿Por qué me has defendido? —Al ver la expresión de Arin, aclaré—: Con Vaun.

Se giró hacia mí y apoyó la cadera en la mesa. Centré la atención en el mapa de Jasad. No quería preguntarlo, pero sabía que la cuestión me carcomería después. Ya tenía misterios suficientes quitándome el sueño.

—No te he defendido a ti. He defendido mis leyes. —Tocó un pergamino escrito con caligrafía cursiva, sujeto al borde de la mesa. *Primeros decretos de Arin de Nizahl, comandante al mando y heredero.*

Era una lista de revisiones inmediatas del código de gobierno de los soldados de Nizahl. Repasé el listado rápidamente arqueando más las cejas con cada línea. Las disposiciones de ese pergamino impedían que los soldados nizahlianos actuaran como autoridad final a la hora de juzgar a un jasadí. Si el enfrentamiento era inevitable, el soldado debía hacer todo lo posible para eludir daños o la muerte. Solo se le permitía usar una fuerza letal si su vida corría peligro.

Recordé que el soldado responsable de la muerte de Adel había palidecido al ver al comandante. Ahora tenía sentido. Había un pueblo entero como testigo y su compañero había violado el decreto del heredero al apalizar al anciano hasta la muerte solo por haber empujado un poco al soldado.

La frase siguiente me hizo gracia.

—«Cualquier maltrato físico o emocional a un cautivo jasadí, incluyendo pero no limitándose a golpes, ataduras, cortes, escupitajos, ataques de animales, amenazas sexuales, violencia sexual…». —Resoplé—. Vaun preferiría tocar sexualmente a un pez muerto.

—Ha puesto las manos sobre una cautiva. Sus intenciones son irrelevantes.

Me mordí el labio inferior hasta hacerme sangrar.

—Deja de llamarme cautiva. Estoy aquí por decisión propia.

—Creía que eso te lo haría más fácil. Pensar en ti misma como cautiva podría reducir parte de la culpa que debes de sentir por traicionar a los tuyos. ¿O acaso estás por encima de la culpa?

Arin creía que podía poner a prueba mi lealtad, pero yo no tenía ningún tipo de lealtad. Ya no. Donde pudo haber existido lealtad en algún momento, ahora solo había un eco de arrepentimiento. El rostro ceniciento de Niyar cuando me ordenó huir, el grito de Palia detrás de mí. Mi madre, asesinada sola en su torre. Los cuerpos que nunca había llegado a enterrar.

La lealtad no significaba nada cuando era hacia los muertos.

—Aunque, pensándolo bien, quizás que te importe tan poco puede ser una señal de astucia —prosiguió Arin—. Jasad siempre estuvo condenada. Un reino tan sumido en la traición es el arquitecto de su propia ruina. —Se inclinó sobre el mapa y apoyó el peso en los nudillos.

¿Sumergido en la traición? Ahí sí que estuve segura de que esperaba una reacción. Jasad era el único reino sin intrigas palaciegas y engaños traicioneros.

Me giré para mirarlo. Era lo más cerca que habíamos estado sin que ninguno de los dos sangrara profusamente. Y habría estado encantada de rectificarlo.

—Nadie obedece tus edictos. ¿Por qué iban a hacerlo? Tu padre controla los tribunales, y los soldados saben que cualquier jasadí al

que capturen será ejecutado de inmediato. Los jasadíes son culpables únicamente por existir.

La cicatriz que tenía debajo de la mandíbula reflejó la luz de los faroles.

—¿Niegas tu naturaleza?

El disgusto impregnó mis palabras.

—¿Qué naturaleza? Si te refieres a mi tendencia a la violencia, no es peor que la tuya.

Para mi sorpresa, una sonrisa tiró de las comisuras de sus labios.

—Podría ser. Pero jamás llegará el día en que mi naturaleza supere a mi mente. No hay magia en mis venas cuyo veneno pueda llevarme a la locura.

Negué con la cabeza. ¿Qué estaba haciendo al malgastar aliento intentando razonar con el hijo del supremo Rawain? Rawain no era ni mucho menos el primer supremo en ir contra Jasad…, solo el que más éxito había tenido. La magia jasadí llevaba siglos siendo odiada y temida, y no era más que cuestión de tiempo que la consideraran un motivo de peso para invadirnos sin sentirse culpables. La Cumbre Sangrienta había matado a una docena de miembros de la realeza, incluida la esposa del supremo Rawain, la madre de Arin.

Él nunca sospecharía aquello que yo sabía que era cierto. Arin jamás creería que su padre estaba detrás de las muertes de la Cumbre Sangrienta.

—Para alguien tan convencido de su propia brillantez, pareces pasar por alto un defecto bastante evidente.

Permaneció callado. Se negó a caer en la provocación. No me importó.

—Crees que tu mente es una pizarra en blanco en la que puedes crear tus propias redes de información desde cero a través de la lógica y la razón. Ignoras que cada niño entra en un mundo completamente único, fundado en verdades diferentes. Construimos nuestra realidad sobre los cimientos que nos proporciona el mundo. Tú entraste en un mundo en el que la magia es corrosiva, y los jasadíes, malvados por naturaleza. Yo llegué a uno en el que

transformar un zapato en una paloma hacía reír a mi madre. ¿Has considerado en esa mente infinita que tienes que la gente verdaderamente brillante es aquella que entiende que las realidades que erigimos ya estaban construidas antes de nuestra llegada?

Se me tensaron los músculos por la expectación. Si hubiera hablado con tal impertinencia a cualquier otro heredero o miembro de la realeza, estaría de rodillas con una espada en la yugular. Incluso mi abuelo me habría golpeado las manos. O, como mínimo, me habría confinado en mis aposentos.

Arin, con expresión pensativa, vertió el líquido lavanda de la jarra en un cáliz y me lo tendió.

—Toma.

Acepté el cáliz, presa del desconcierto. Mejor eso que una espada. Lo olí. El aroma me quemó la nariz, era mucho más fuerte que cualquier cerveza que se pudiera encontrar en las tabernas de Mahair. Bajo la atenta mirada de Arin, incliné la copa hacia mi boca y tragué con una mueca. Uf. Comer tierra después de la lluvia probablemente sabría mejor.

—No eres lo que esperaba —dijo Arin.

Apuró su cáliz y lo dejó a un lado con desgana. Vergonzosamente tarde, caí en la cuenta: no era su primera copa de la noche. Era probable que cada una de esas fuera tan fuerte como tres cervezas. Incluso en su estado de embriaguez, ese hombre tenía más dominio de sí mismo que todo el reino junto.

Lo odiaba por más motivos de los que podría nombrar. Pero su autocontrol… me sacaba de quicio. ¿Cómo se pueden predecir los patrones de un río que jamás se desborda, nunca mengua ni fluye?

Los años de disciplina de Hanim no habían logrado domar mi naturaleza impulsiva. ¿Qué tipo de entrenamiento habría soportado él para ser así?

Arin alargó el brazo hacia mí. Retrocedí, consciente de sus manos desnudas, pero solo cogió otro mapa y lo desenrolló sobre el primero. Contuve la respiración. Era…

«Jasad», proclamaba el nuevo mapa con gruesas letras doradas. Una línea serpenteaba alrededor de la frontera, donde una vez estuvo nuestra impenetrable fortaleza, protegiendo a Jasad del Essam y de cualquier otra amenaza externa. La fortaleza estaba conectada a la magia de todos los ciudadanos jasadíes y nos permitía atravesarla libremente como si no fuera más que aire brillante. Cualquier otro sí que encontraba una fuerte resistencia.

Tracé las líneas del Usr Jasad hasta llegar a las diminutas letras que indicaban la torre Bakir. Mi casa y después la de mi madre. Continué hacia abajo a través de las fronteras de los doce vilayatos de Jasad. Me invadió una emoción indescriptible. Jasad había existido. Hubo un tiempo en el que fue real. Era más que las Tierras Calcinadas. Se la conocía por algo más que por su fatídico destino.

—Lee los nombres de los vilayatos —dijo Arin.

Me estremecí y me aparté del mapa. El heredero de Nizahl no me mostraría algo así por pura amabilidad. Tenía un motivo oculto. Pero ¿cuál?

Pensé rápidamente. Los nombres de los vilayatos estaban en resar, la lengua muerta de Jasad. Él ya sabía que yo podía hablar en resar gracias a los ritos funerarios que había llevado a cabo con Adel. ¿Qué beneficio podría obtener al oírme leer los nombres de doce vilayatos dispares de Jasad?

«Tu acento es perfecto».

Por la belleza abundante de Baira, ¿cómo podía haberlo pasado por alto? Mi acento… o la falta de él. Los vilayatos tenían ligeras diferencias dialectales en el habla y pequeñas variaciones en sus sistemas para otorgar nombres. Si supiera a qué vilayato pertenecía, empezaría a descartar figuras importantes de la lista de mis posibles identidades.

Se me ocurrió una idea.

—Har Adiween —comencé. Moví el dedo por los vilayatos mientras leía—. Yanub Aya, Eyn el Haswa, Kafr al Der, Ahr il Uboor. —Continué así hasta el último vilayato, justo al lado del puente Sirauk.

—Qué curioso —comentó Arin cuando terminé. El pelo le caía como rollos de seda al apartárselo de la cara—. Parece que has desarrollado un nuevo acento desde la última vez que te oí hablar resar.

Abrí los ojos de par en par y ensanché las fosas nasales. Indicadores de temor minúsculos y sutiles. Había hilado una maraña de mentiras por Mahair con la misma habilidad con la que un pastelero teje hilos de azúcar, pero los aldeanos no eran Arin de Nizahl. No tenían sentidos especiales capaces de detectar las mentiras.

—No… No tengo ningún acento. Me habré expresado mal. Me pones nerviosa.

Arin ladeó la cabeza.

—Una gota de verdad en un río de mentiras. Pero ¿cuál es cuál?

—No miento. No era nadie en Jasad.

La firmeza de su convicción se oponía a la mía y me hacía tambalearme. Quería arremeter contra él, grabarle a fuego el espectro del descubrimiento y una muerte segura en los huesos hasta que las sombras de la pared fueran indistinguibles de las de sus pesadillas. Sin embargo, Arin no era Hanim ni ningún otro adversario al que hubiera mostrado los dientes y vencido.

Era mi descubrimiento. Mi muerte segura.

Los grilletes se apretaron casi hasta sobrepasar el punto de la tolerabilidad. Arin dio un paso hacia mí. Si me tocara en ese momento, mi magia lo abrumaría tal y como había sucedido en la sala de las reliquias. Palpitaba contra mi piel.

—Me pregunto qué eres capaz de hacer —murmuró.

—Ten paciencia, mi señor —dije—. Todavía no lo has descubierto.

Esta vez, cuando el comandante se movió hacia mí, fue como un relámpago. Me giró y me inmovilizó los brazos detrás de la espalda.

—¿Eso es una promesa? —Su voz era como el susurro practicado de una espada desenvainándose con un destello dulce y mortífero—. Dime, Sylvia de Mahair, ¿cómo es que alguien que no era nadie en Jasad aprendió a leer el idioma antiguo de Nizahl?

¿Qué?

Tiró de mis brazos y señaló el pergamino que había sujeto en la mesa. *Primeros decretos de Arin de Nizahl, comandante al mando y heredero.* Me invadió una enorme oleada de terror.

El decreto entero estaba escrito en una lengua que llevaba doscientos años sin hablarse en Nizahl.

Me había distraído tanto con los mapas que se me había olvidado fingir que no lo entendía.

—La Ciudadela redacta todos los nuevos decretos en el idioma original de Nizahl. Supongo que te enseñaron una lengua muerta en Yanub il Kul —me murmuró al oído. Su risa irónica me provocó escalofríos en la espalda.

Arin me soltó los brazos.

—Si pretendes llegar a algo en el arte del engaño, sugiero que urdas tus planes con mayor atención. Hay pocas cosas más decepcionantes que un delincuente descuidado.

El desdén era evidente. Ya había agotado mi cuota de negligencia y no gastaría ni una pizca más ignorándolo. Salí corriendo de la habitación, pero me detuve en la puerta. Miré una vez más al comandante. Me grabé su imagen en la memoria tal y como lo vi en ese instante, irguiéndose sobre el mapa del mundo como un imponente conquistador.

Si los huesos jasadíes pudieran hablar, advertirían a Arin de Nizahl de que nada permanece intocable para siempre.



CAPÍTULO CATORCE

Me hizo falta lanzarle un pesado cuenco a la enorme cabeza de Vaun durante la cena para que Arin accediera a que los guardias me llevaran a la superficie.

—Despéjate —me ordenó desde lo alto de su caballo. Iba a salir a otra excursión. Vaun y Ren también montaron a sus caballos—. No podemos permitirnos el lujo de aguantar todos tus berrinches.

Logré no tirarle piedras a la espalda mientras se alejaba, reconfortándome con el calor del sol sobre la piel. Llevaba días sin pisar la superficie. Wes y Jeru me acompañaron durante el paseo, pateando una piedrecita de un lado a otro. Me recordaron a Soraya y Dawoud durante nuestras salidas vespertinas por los jardines del palacio. Hice una mueca y deseché el recuerdo como si fuera una mosca molesta. En Mahair, rara vez me detenía a pensar en mi vida en el Usr Jasad. Desde luego, allí no permitía que los recuerdos invadieran mi conciencia. Ese muro viviente y las armas jasadíes debían de estar inquietándome más de lo que creía.

Mi silencio perpetuo irritó a los guardias.

—Se vuelve más fácil cuando mejoras —dijo Jeru—. El principio siempre es lo peor.

Hasta Wes quiso tranquilizarme.

—Los simulacros de caza nocturna de nuestro primer año… —empezó, lo cual le granjeó un codazo por parte de Jeru—. No sé

cuántas veces me perdí en esos bosques, medio desnudo y confundido.

—Con una lanza en la mano —añadió Jeru—. Una vez, me desperté tarde y cogí una fregona por equivocación. Nuestro jefe de unidad me encontró agitándola contra un gorrión.

—Un momento, ¿habéis oído eso? —Jeru se detuvo.

Wes frunció el ceño, concentrado.

—Es el río.

Jeru se dio la vuelta.

—No, me ha parecido oír… Ahora vengo. —Se internó corriendo entre los árboles antes de que pudiéramos responder.

Wes y yo seguimos andando en un silencio mucho menos cómodo. Solíamos evitar pasar tiempo juntos sin la presencia estabilizadora de Jeru.

—¿Jeru proviene de una familia muy adinerada? —pregunté sin venir a cuento. La técnica del interrogatorio repentino parecía funcionarle al heredero.

Wes me miró.

—No.

—Es un buen hombre —observé—. Lo cual es un lastre en la Ciudadela.

Por un largo momento, pensé que Wes no me iba a responder. Me puse a contar las huellas que dejábamos en el barro. Contestó cuando iba por cuarenta y seis.

—Su familia proviene de una aldea empobrecida en las provincias del sur de Nizahl. Cumplía los requisitos para la exención del servicio militar obligatorio y…

Aunque luego me arrepentí de interrumpir y arriesgarme a que Wes se volviera a cerrar en banda, no pude contener el asombro.

—¿Hay exención del servicio militar en Nizahl?

—Su alteza el heredero la promulgó hace cinco años. A menos que haya una guerra activa, los nizahlianos pueden solicitar la exención si sus circunstancias se ajustan a los criterios establecidos

por su alteza. Las provincias del sur padecen hambruna. Jeru necesitaba evitar que su familia muriera de hambre.

—¿El supremo permitió esta ley? —pregunté con escepticismo. No había nada que le gustara más al supremo Rawain que empapar la tierra de sangre jasadí y arrojar a adolescentes a las fauces del ejército. Una ley que brindara alivio a los plebeyos, la población más fácil de reclutar, no encajaba con su agenda.

—Su majestad no tuvo elección —contestó Wes, y habría apostado todas las sillas de Nadia a que lo dijo con satisfacción—. Las leyes de Nizahl limitan los poderes del supremo sobre el ejército. Cuando el supremo nombra a un comandante, las responsabilidades se transfieren. —Pataleó para sacar el zapato de las ramas de un arbusto—. El comandante se topó con Jeru horas antes de su ejecución.

¿Ejecución? Por la falda sagrada de Dania, ¿qué demonios pudo haber hecho Jeru que mereciera que le cortaran esa cabeza rizada?

—¿Mató a alguien? ¿Quemó una aldea hasta los cimientos?

—Robó un saco de avena.

Abrí la boca y volví a cerrarla de golpe.

—Acusaron a Jeru, aunque el verdadero culpable era el hijo de doce años del cantero. El padre del niño había perdido el brazo en un accidente y su hermana pequeña llevaba tres días sin comer. El muchacho robó la avena, pero Jeru dijo a la patrulla que había sido él. Por suerte, su alteza tenía una reunión con un dignatario del pueblo. El niño reconoció el escudo real en el caballo y suplicó por Jeru. El señor lo perdonó y le ofreció una plaza en la academia.

—¿Y qué hay de su familia?

—Su alteza estableció un sistema nimwa para su aldea, que asignaba a cada familia una cantidad semanal de cereales y leche. La familia de Jeru vive de su salario.

Nimwa. El dialecto de Nizahl sonaba más áspero en la boca de Wes. Eso me recordó otra palabra.

—¿Qué significa «Suraira»?

Sus pobladas cejas se juntaron en forma de U. Parecía sorprenderse cada vez que daba muestras de pensamiento inteligente, aunque no sabía si eso era consecuencia de mis constantes quejas o de sus propios prejuicios.

—Se dice que Suraira es un demonio del infortunio que protege el Sirauk —explica—. Algunos nizahlianos creen que Suraira mora bajo el puente y emerge durante el cruce para arrastrar a los humanos a la muerte.

Me froté los brazos y esquivé el cadáver medio devorado de un conejo.

—¿Arrastrar?

Wes suspiró, probablemente pensando que preferiría estar durmiendo en lugar de mantener esa conversación conmigo.

—Nadie sabe con certeza lo que sucede durante el cruce. Suraira conjura en sus víctimas una imagen de belleza, decadencia y libertad a partir de sus penas y cargas. Los atrae para que salten voluntariamente del puente hacia el abismo. Todos los reinos tienen historias extravagantes sobre lo que sucede al atravesar el Sirauk, y Suraira solo es una de las de Nizahl. ¿Dónde has oído ese nombre?

Al parecer, cuando su heredero me comparó con un astuto demonio del infortunio.

La neblina me humedeció la cara cuando traspasamos la última línea de árboles. El murmullo del Hirun nunca me había parecido tan dulce. Corrí hacia delante y dejé atrás las zapatillas. El primer roce del agua fresca contra los tobillos me resultó celestial.

Me adentré en el agua. El río serpenteaba por todos los reinos y nadie lo había recorrido jamás de un extremo al otro. A pesar de todo lo que había sucedido, el Hirun siempre había permanecido intacto. El único eje verdadero en una tierra de arenas movedizas.

—¡Sylvia! —gritó Jeru.

Su voz me sonó muy distante. El agua me llegaba por la cintura. Los pies me habían llevado más lejos de lo que pretendía.

Una bola de tierra compacta golpeó el agua y me explotó en la cara. Se me metió un pedazo en la boca. Tosí golpeándome el pecho

y perdí el equilibrio.

Los gritos de Wes y Jeru se desvanecieron mientras el río catapultaba mi cuerpo ingrávido. Luché intentando mantener la cabeza fuera del agua turbia. Un tronco flotaba delante de mí, justo en mi camino. Esperando alegremente para decapitarme.

Me agaché. El agua helada me cubrió. La falda me arrastró y tiró de mí hacia abajo. Me la quité de una patada y seguí pataleando con fuerza. Cuando el río se curvó, aproveché el impulso para lanzarme hacia la orilla.

Unas manos se extendieron hacia mí y me arrastraron a tierra firme. Las aparté de un manotazo en cuanto mis rodillas tocaron la tierra seca y tosí.

—¿Cómo habéis podido correr tan rápido? —pregunté con la voz ronca. Me retiré el pelo empapado de los hombros y me estremecí, asqueada, al ver cosas verdes enredadas entre los mechones—. Os he dejado en la orilla opuesta.

La pareja agachada frente a mí no eran Wes y Jeru.

—Por la vaquilla cornuda de Rovial —gruñí—. ¿Estáis decididos a morir?

Marek sonrió.

—Nosotros también te hemos echado de menos.

Negué con la cabeza reprimiendo la felicidad que me había embargado al ver a mis dos tontos favoritos.

—Un poco de sentido común, una gotita. Es lo único que os pido. Si los guardias os encuentran…

—No lo harán —me tranquilizó Sefa—. A menos que tengas pensado quedarte mucho tiempo más aquí.

Demasiado tarde, recordé que lo único que me cubría las piernas era el fino camisón que llevaba debajo de la falda. El pelo se me había soltado de la trenza y caía en húmedas ondas a mi alrededor.

—¿Lo teníais planeado?

Ni Marek ni Sefa intentaron tocarme de nuevo, un gesto que aprecié más que nunca.

—Hemos estado buscándote desde la walima —dijo Marek.

Se me formó un nudo de temor en la boca del estómago ante la mención de esa maldita celebración. Se me vino un nombre a la cabeza y resonó educadamente pidiendo que lo dejara salir.

—Fairel… ¿Está…? ¿Cómo está? —No me di cuenta de que me había llevado la mano al corazón. Conté los latidos mentalmente con el cuerpo tenso, como si estuviera anticipando un golpe.

—Sigue recuperándose —respondió Sefa, y estuve a punto de caer de rodillas del alivio que sentí antes de que terminara la frase. «Sigue». Fairel seguía existiendo, seguía viviendo. Lo demás eran solo detalles.

—Rory y ella van a llevar bastones a juego —dijo Marek—. Te echa de menos, pero está muy emocionada por conocer a una campeona.

Negué con la cabeza con una sonrisa cariñosa en los labios. Quizás dejaría de venerar por fin a los campeones cuando recordara que había visto a una meterse un pan quemado en el vestido para ocultárselo a Raya.

Un líquido turbio me goteaba por la nuca. Me escurrí el barro del pelo y me detuve.

—Un momento, ¿habéis lanzado vosotros esas malditas bolas de tierra?

—Era necesario para llamar tu atención, ya que esos dos guardias no se separaban de ti. No esperaba que mi puntería fuera tan certera. —Sefa me dio toquecitos con el extremo de su bastón—. Camina y quéjate, vamos.

Aparté el bastón.

—No puedo marcharme.

—No te encontrarán, Sylvia —me aseguró Marek, y la ferocidad de su convicción me sorprendió—. Vamos a protegerte.

Observé la postura combativa de Marek y la cautelosa vigilancia de Sefa hacia la otra orilla. Dios mío. Se había producido un gran malentendido entre la walima y el momento presente. ¿En serio se habían pasado las últimas semanas buscándome?

—El comandante no me secuestró. —Ante sus miradas de desconcierto, añadí—: Me está entrenando para que sea su campeona.

Sefa se quedó boquiabierta.

—Dime de verdad que no tienes intención de competir en el Alcalah. Creíamos… creíamos que solo estabas ganando tiempo. Esperando a que se presentara la oportunidad de escapar.

Caminé a grandes zancadas hacia el norte, hacia el lugar del río en el que había caído. Dejé que se interpusiera una hilera de árboles entre nosotros y el Hirun por si pasaban los guardias. No serviría de nada que acusaran a esos bufones de atacar a la campeona de Nizahl.

—¿Te está amenazando? —preguntó Marek—. No puede herirte si te niegas a hacerlo. Rechazar un honor no es un delito punible.

Eché la cabeza atrás y reí.

—Si el heredero quisiera hacerme daño, no le faltarían crímenes entre los que elegir. —Estaba convencida de que llevaba la cuenta. Mi expresión debió de alarmar a Sefa porque me puso algo en los brazos antes de que pudiera continuar.

—La he lavado. —Era mi capa, limpia y remendada. Se me cerró la garganta. Sefa balbuceó—: Tuve que fregar tres veces tu maldita capa para conseguir sacar la mugre y el barro. No ha hecho mucho sol, así que la desgraciada ha tardado un montón de días en secarse. ¿Huele bien?

No confié en mi capacidad para hablar durante un largo rato. La imagen de Sefa de rodillas ante un balde de agua restregando con las manos hasta dejárselas en carne viva por limpiar mi capa…

—Está perfecta.

—Puedes volver a escabullirte y rondar por las esquinas con intenciones dudosas —agregó Marek con una sonrisa tan fraternal que apenas pude soportarlo.

Un peligroso torrente cobró fuerza en mi interior. Los grilletes me apretaban las muñecas como si fueran tornillos ardientes alrededor de ellas. Tomé nota mentalmente.

—Vuestra amabilidad estaría mejor empleada en otra persona.

—Imposible —repuso Marek—. Nunca he conocido a nadie que la necesitara más.

Eso era mucho peor de lo que me había imaginado. No me lo merecía. La lealtad se podía romper. Estos idiotas destructivos me querían.

Amor, se burló Hanim. *Un nuevo nombre para designar lo que antes se consideraba locura.*

Cuando Arin había amenazado con exponer a Sefa y Marek, era una táctica que formaba parte de un esquema mucho más grande. Sin la oferta de mi libertad, sin la amenaza de los ejércitos de Felix, habría huido. Quizás habría buscado modos de asegurar el bienestar de Sefa y Marek negociando y chantajeando para que se libraran de los tribunales de Nizahl.

Pero no me habría sacrificado.

Salí del refugio de árboles y me acerqué al Hirun con un gemido ahogado. Había caído la noche y la silueta del río espumeaba en la oscuridad.

—Podemos esconderte —insistió Sefa apartándose de Marek. Habló rápidamente, como si anticipara mi objeción—. Marek y yo sabemos cómo movernos sin que nos detecten. Hemos dominado el arte de la desaparición.

—¡Sefa! —exclamó Marek—. ¡No!

Sefa se zambulló en el río, fuera del alcance de Marek.

—Somos nizahlianos, Sylvia. Estoy segura de que ya lo habías averiguado. Lo que no sabes es que, después de huir de Nizahl, nos pasamos dos años vagando entre aldeas de Orban y Lukub sobreviviendo a base de lo que podíamos conseguir engañando o robando.

Marek se dejó caer en el suelo a mi derecha y se cubrió la cabeza con las manos. Le saltó una rana al hombro e hinchó el pecho al croar. Se me escapó una risita incrédula.

—¿Quieres decir que Marek y tú erais vagabundos?

Sefa asintió vigorosamente.

—Peor. Tu trayectoria no es nada comparada con nuestros engaños. Robábamos de todo: joyas, ropa, herramientas agrícolas… Luego lo vendíamos en el pueblo siguiente. Mentíamos para colarnos en casas, encandilábamos a mercaderes y curanderos. Y así una y otra vez. Durante años.

Me cambié la capa de brazo y cogí la rana de encima de Marek.

—¿Qué cambió?

Marek por fin reaccionó y se levantó de un salto. Señaló a Sefa.

—Adelante, cuéntaselo. Dile qué cambió.

La rana se retorció en mi agarre, inquieta por la tensión que se palpaba entre ellos. La solté en una roca y observé con envidia cómo se escabullía. Al llegar a la orilla del río, Sefa se mordió el labio inferior.

—Hubo un… incidente… en un pueblo de Orban.

Marek se giró hacia mí.

—Con «incidente» se refiere a que nos tendieron una trampa. Mientras yo visitaba un mercado, a Sefa le dieron una paliza que estuvo a punto de acabar con su vida. Robé un carro y conseguimos escapar de la patrulla a duras penas. Ella estaba agonizando cuando llegamos a Mahair.

—Desde entonces, hemos vivido de forma bastante decente —intervino Sefa ignorando la ira de Marek. No podía culparlo por su frustración, Sefa atraía el peligro con una frecuencia alarmante—. Podemos ocultarte de los soldados nizahlianos.

Seguía sin entenderlo.

—¿Por qué os marchasteis de Nizahl en primer lugar? Sefa, tu padrastro es el alto consejero.

El efecto en ella fue instantáneo. Adoptó una mirada vacía y sin brillo. El color se desvaneció de su rostro. Su expresión fue tan adusta que quise retirar mis palabras.

Marek se movió y se colocó delante de Sefa. Emanaba hostilidad.

—¿Cómo sabes lo del alto consejero?

Mantener esa conversación a la orilla del río, donde cualquiera podía acercarse sigilosamente por detrás, me ponía de los nervios.

—El heredero de Nizahl me reveló que os buscaban por asaltar y robar al alto consejero. —Oculté el motivo por el que me había dado esa información para que no creyeran que había cedido a la oferta del heredero solo por salvarlos.

Marek se frotó la cara con las manos.

—¿No te dijo nada más? —No se me pasó por alto la sospecha entrelazada en sus palabras.

—¿Qué más tendría que haberme dicho?

El fugitivo rubio bajó las manos. Torció la boca con amargura y me preparé para lo peor. Marek podía llegar a ser increíblemente cruel cuando se lo proponía.

—Menos de dos semanas y ya hablas como él.

Se me pusieron los hombros rígidos.

—¿Qué estás insinuando, Marek?

—Sylvia. —Sefa interrumpió el insulto que estaba pensando lanzarle a Marek. Aparte de la tensión de su rostro, parecía haberse recuperado de la mención al alto consejero—. Después te lo explico. Pero, por favor, ven con nosotros. Deja que te ayudemos.

Me masajeé las sienes.

—¿Creéis que me he resignado a mi propio destino? Si Felix no me encuentra, lo hará el heredero de Nizahl. —Pensé en los Muf-sidíes y los Orabi. Su determinación para capturarlos sobrepasaba el compromiso con la ley de su propio padre—. Es un cazador muy entregado.

Estás decidida a existir únicamente como presa, murmuró Hanim. *Eres la personificación de la complacencia…, Sylvia.*

Sefa se negaba a aceptar la derrota.

—Durante nuestros viajes, oímos hablar de ciertos lugares. Tierras perdidas en las montañas y el Essam, fuera del alcance de cualquier cazador. Son solo rumores, aunque…

—Sefa… —suspiré.

—¡Escúchame!

Se me erizó el vello de la nuca. Me giré, pero fue demasiado tarde. Vaun derribó a Marek contra el suelo. Ren atrapó a Sefa y la

atrajo hacia su cuerpo poniéndole una daga en el cuello.

Arin apareció entre los árboles con las manos en la espalda.

—Si ella no escucha, yo sí que lo haré.

Marek le lanzó un insulto obsceno al heredero que quedó amortiguado cuando Vaun le estampó la cara contra el suelo.

—¡Suéltalos! —grité. Corrí hacia delante, pero el alarido de Sefa cuando la daga de Ren se le clavó en la mandíbula me hizo detenerme en seco. Me giré hacia Arin—. ¡Ellos no tienen nada que ver con esto!

—Teniendo en cuenta que llevan merodeando y buscándote por el bosque desde la walima, tengo que discrepar.

—No puedes hacerles daño. ¡Tenemos un acuerdo!

Por el rabillo del ojo, vi que Marek dejaba de forcejear para mirarme fijamente.

—Así es. —La atención de Arin se desvió de mí para evaluar el entorno—. Quedarán retenidos en una instalación segura hasta que termine el Alcalah. Allí podrán irritar a mis soldados hasta hartarse.

—No —susurró Sefa. Ren la agarró por la cintura cuando le cedieron las rodillas. Su rostro era el puro reflejo del terror—. Por favor, por favor, no. Me encontrará. Puede ir a donde le plazca, entrar a cualquier edificio. ¡Matará a Marek!

—Bastardo —espetó Marek. Vaun se puso morado y el crujido del puñetazo que le dio en la mandíbula resonó por todo el oscuro bosque. Levantó el puño de nuevo y Sefa gritó cuando la cabeza de Marek se estrelló contra el suelo por segunda vez.

Unos zarcillos de angustia empezaron a serpentear desde mis grilletes.

—¡Parad! —bramé.

Morirían. Los meterían en una carreta de camino a Nizahl que nunca llegaría a su destino. Y yo no tendría modo de saberlo.

Encogí los dedos contra la presión creciente de mis venas.

Marek escupió sangre directamente al rostro de Vaun. Ese idiota exaltado iba a hacer que lo mataran y la única persona que podría detener a Vaun no parecía muy propensa a intervenir.

—¡Sylvia! —chilló Sefa.

El suelo tembló. Sobre nuestras cabezas, una bandada de pájaros abandonó sus nidos. La presión de mis grilletes se aflojó. Esta vez, la oleada de magia fue más limpia. Se arremolinó buscando una salida de manera menos agonizante.

Esta vez, una parte tuvo éxito.

Ren gritó al ser catapultado hacia atrás y cayó en el Hirun con un chapoteo. La corriente lo arrastró con avidez. Vaun tensó todos los músculos, pero siguió mirando a su alrededor con confusión. Marek lo empujó y el guardia se desplomó fácilmente. Se me encogió el estómago vacío.

Marek abrió de par en par el ojo que no tenía hinchado. Sefa empezó a respirar de manera demasiado rápida y le temblaba todo el cuerpo.

—¿Estoy muerta? —Se palpó la garganta.

—Eres jasadí —murmuró Marek.

Arin parecía haberse olvidado de los dos guardias. Le dio una patada a Vaun en la espinilla, pero el soldado solo podía estremecerse. Un brillo calculador iluminó los ojos del heredero. Marek se puso de pie a trompicones, ayudado por Sefa. Antes de que pudieran ir más lejos, Arin levantó la espada con aire casual.

—No os recomiendo huir —advirtió.

Marek lo miró con desdén y colocó a Sefa tras de sí.

—¡Vete! Solo es una daga.

Busqué a tientas en mi capa farfullando una retahíla de maldiciones. Solo necesitaba una daga. Sefa se cortaría todas las extremidades antes de permitir que Marek muriese, y era probable que Arin lo supiera.

Sefa había girado los bolsillos al lavar la capa, ¿lo habría dejado todo de nuevo en su sitio?

Mis dedos se cerraron alrededor de un objeto frío y sólido.

Me resultó excepcionalmente satisfactorio que mi magia sobre Vaun se rompiera en el instante en el que Arin sintió la punta de mi daga contra su costado.

—Vaun, si das un solo paso, tu heredero estará muerto antes de que el filo salga de su cuerpo —advertí.

—Usaré tus huesos para alimentar a los perros —escupió Vaun—. Jasadí asquerosa.

Presioné la daga contra la dura superficie del estómago de Arin y le atravesé el chaleco negro. Arin miró el filo y luego a mí. Frunció los labios con una expresión vagamente molesta.

Podría desarmarte de mil maneras diferentes, apuntó Hanim. *Y la mitad de ellas implican que la daga acabe hundida en tu cuerpo.*

Hablé con rapidez.

—Mi magia responde a su presencia como a pocas cosas. Ahora están al tanto de mis capacidades. Podrían hablar de mis poderes si los envías a Nizahl. Es fácil traicionar la confianza bajo la presión adecuada.

—Un sólido argumento para terminar con sus vidas —comentó Arin.

Sefa sostenía a Marek con los brazos alrededor de su cintura. Nos observaban con la misma cautela que las gallinas del matadero.

—O para mantenerlos en los túneles. —Arin parpadeó y aproveché mi ventaja—. Es la mejor opción. Son la única pista que tenemos sobre mi magia, y no podrán revelar el secreto si están con nosotros en los túneles.

El modo más rápido de persuadir a Arin yacía en la lógica y, a juzgar por cómo empezaba a fruncir el ceño, lo tenía en el bolsillo.

—¿Por qué perder esa baza innecesariamente? —insistí.

—¿Y si escapan?

—No lo harán.

Arin observó con atención a los nizahlianos temblorosos. Contuve el aliento con la palma sudorosa alrededor de la empuñadura de la daga. El Essam estaba antinaturalmente silencioso, esperando conmigo.

A pesar de que habló con voz suave, el viento transportó sus palabras como hielo cayendo en picado de un cielo rabioso.

—No desperdiciéis mi misericordia —dijo Arin—. No se os concederá dos veces.

Dejó caer el brazo y me atravesó una oleada de alivio. El argumento para salvar sus vidas había triunfado. Una victoria endeble. Si Sefa y Marek causaran demasiados problemas, la balanza de Arin se inclinaría a favor de la muerte.

—Vaun, acompáñalos a los túneles —ordenó—. Recuerda, por supuesto, que son nuestros invitados. No deben sufrir ningún daño.

Al parecer, el entrenamiento de Arin valía su peso en oro, porque Vaun logró hacer una reverencia a pesar de las ganas de protestar que revelaba su ceño fruncido. Asentí a Marek y Sefa. Tenía muchos defectos, pero Vaun no desobedecería una orden directa de su heredero.

—Alteza —dijo el guardia señalando la daga que todavía sostenía contra el abdomen de Arin.

—Ah —respondió el heredero, que había considerado mi amenaza tan insignificante que incluso la había olvidado. Arrugué el ceño y me guardé el arma de nuevo en el bolsillo de la capa. Marek y Sefa caminaban delante de Vaun, apoyados el uno en el otro.

Arin se giró. Por el modo en que elevó las cejas hasta la mitad de la frente, no me había mirado bien hasta ese momento.

—He perdido la falda en el río —dije con recato.

—Tienes una capa.

Me crucé de brazos.

—Estoy segura de que nunca lo has considerado, pero la lana es un material complicado de lavar. Sefa se ha pasado horas… —Me interrumpí con un bufido. Era inexplicable lo mucho que lograba sacarme de quicio—. Pienso mantenerla seca.

Se quitó el abrigo y me lo tendió. Lo miré sin comprender.

—Hace frío y estás temblando. —Un leve deje de actitud defensiva se coló en su voz—. Que te pusieras enferma me privaría de más tiempo del que tengo.

Puse los ojos en blanco. Su preciado tiempo. Acepté el abrigo y metí los brazos en las largas mangas. Como Arin era una cabeza

más alto que yo, me llegaba hasta los pies en lugar de por las pantorrillas. La mirada del heredero permaneció en mi nuca más rato de lo normal. Cuando alargó los brazos hacia delante, me estremecí y sostuve la daga con fuerza. Casi esperaba que fuera a estrangularme. En vez de eso, lo que hizo fue mucho más desconcertante.

Me colocó el cuello de la camisa.

Porque es exasperantemente meticuloso, indicó Hanim. *Podríamos usar eso a nuestro favor.*

Por las tumbas malditas, jamás lograría entenderlo. Ese hombre apenas se inmutaba cuando lo amenazaban con una daga, pero no toleraba ver un solo cuello torcido.

—Trabajaremos en mejorar tu estrategia de asalto —dijo Arin. Con el ceño fruncido, señaló el corte irregular que le había hecho en el chaleco—. Lo necesitarás cuando Ren se libre del Hirun.



En el refugio, todo el mundo sabía que Marek y Sefa discutían. Discutían sobre el mejor modo de encender una hoguera, sobre cuántos golpes se precisaban para sacudir bien una alfombra o sobre qué tipos de semillas sabían mejor tostadas. Cualquier idea que las demás pupilas pudieran tener sobre la naturaleza de la relación de Marek y Sefa había quedado descartada con rapidez. Las discusiones eran o bien una vía de escape para frustraciones amorosas reprimidas o la consecuencia de una exposición prolongada. Lo primero se resolvía con el tiempo; lo segundo, en cambio, no. Sus discusiones rara vez acababan convertidas en peleas. Y, hasta hoy, nunca había visto a Marek y a Sefa gritarse mutuamente.

—Estábamos dispuestos a huir de Mahair con ella y ganarnos la ira del comandante, pero ¿quedarte en un refugio con comida, agua y camas te parece demasiado? —gritó Sefa.

Estaba sentada en la nueva cama de Sefa, observándolos con una peculiar combinación de curiosidad y pesar. Si Niyar y Palia no hubieran matado a Emre, supuse que ver discutir a mis padres me habría provocado una sensación similar.

—Cree que estamos relacionados con su magia. ¡Puede usarnos contra ella! —Marek se pasó una mano por el pelo—. ¡No podemos quedarnos aquí!

—¿En qué ayudaría que intentáramos escapar? —Sefa sacudió el polvo de la colcha a los pies de la cama. La dobló bruscamente formando un rectángulo—. ¡Se empeñaría en encontrarnos y tendríamos mucho menos margen del que tenemos ahora!

Marek se cubrió la cara y se dejó caer junto a la puerta. Sefa lo observó con rebeldía durante un largo instante. Intenté volverme más pequeña para no sentirme como una chismosa espiando sus momentos privados. Con un suspiro, Sefa soltó la colcha y se arrodilló al lado de Marek, separándole las muñecas con suavidad.

—Es solo hasta después de las pruebas. ¿Qué más da una aventura más?

Me sentí obligada a hablar.

—No os hará daño como castigo por mi desobediencia. —Ante la mirada fulminante de Marek, añadí—: No por compasión. Lógicamente, heriros arruinaría mi buena voluntad y me impediría entrenar bien. Incluso podría motivarnos a huir los tres juntos. No puedo negar que infligiros daño es otra herramienta que tiene a su disposición, pero no recurrirá a ello teniendo más opciones disponibles. Sin embargo, si huis, si le habláis a alguien de los túneles… Cuando el comandante toma una decisión, no se le puede disuadir.

—Quieres decir que nos matará. —Sefa soltó una risita y ahogó el sonido con el codo—. ¿Qué peligro puede suponer un bárbaro? —comentó haciendo eco de la respuesta que le di la noche en que maté al soldado—. No dejaba de preguntarme a qué te referías. Era a esto, ¿verdad? El heredero nizahliano es educado, brillante y

apuesto. Es lo contrario a un bárbaro y mil veces más peligroso porque no sabes desde dónde te va a golpear.

—¿Te parece gracioso? —Marek miró a Sefa con preocupación y le colocó el dorso de la mano en la frente.

Sefa perdió el equilibrio y se dejó caer en la puerta junto a Marek. Apoyó la cabeza en su hombro.

—No.

Nos quedamos así sentados hasta que a Sefa se le cerraron los párpados y empezaron a resonar unos leves ronquidos desde su pecho.

Marek tensó los labios.

—Sabe quiénes somos.

Sonreí débilmente.

—Caleb es un nombre muy bonito.

Marek se sobresaltó tanto que estuvo a punto de despertar a Sefa. Se le ensombreció el semblante y una tristeza lejana se reflejó en su rostro.

—Lo era. —Endureció la mirada y me atravesó con ella—. No entraremos en Nizahl. Si no encuentras un modo de persuadirlo de que nos libere antes de la tercera prueba, probaremos suerte en el bosque.

—Entendido.

—Así que eres jasadí.

Su incomodidad era evidente. Existían muchísimas historias sobre Jasad, magistralmente extendidas por Nizahl a lo largo de los años, que habían contribuido a destruir cualquier rastro de compasión por el reino calcinado. La mayoría de la gente se acordaba de Jasad antes del asalto, cuando comerciaban fuera de la fortaleza y enviaban invitaciones a sus walimas. Pero incluso aquellos que tenían la edad suficiente para recordar Jasad en la cumbre de su poder habían sucumbido a la desconfianza y el temor sembrados los últimos diez años.

—¿Ahora te doy miedo? —Solo era medio broma.

Marek soltó una risita, cogió en brazos a Sefa y se levantó.

—No más de lo habitual. Nunca he creído en la locura mágica. —La dejó en la cama y le apartó los rizos de la frente—. Aunque Sefa está enfadada. Quería saber por qué le habías hecho lavar la ropa a mano todos estos años.

Una incómoda presión se aflojó en mi pecho. No me había dado cuenta de lo mucho que me preocupaban sus potenciales reacciones. Era la primera vez que ser jasadí no me costaba nada.

—Marek. ¿Qué sucedió con el padrastro de Sefa?

Se le tensaron los músculos de la espalda.

—No me corresponde a mí contarlo.

—No quiero preguntárselo a ella. —No después del horrible vacío que la había invadido en cuanto mencioné al hombre—. Por favor. ¿Por qué os da tanto miedo regresar a Nizahl?

Marek se quedó callado unos cuantos minutos. Estaba a punto de aceptar la derrota cuando explicó con la voz cargada de una ira antigua:

—El padre de Sefa murió cuando ella tenía once años. Él era lukubí, pero su madre era nizahliana. Ella decidió que debían trasladarse de Lukub a Nizahl y se casó con el alto consejero un año después de la muerte del padre de Sefa. El alto consejero era un hombre poderoso y muy respetado en la Ciudadela. No obstante, no era un buen padrastro. Se tomó ciertas… libertades con Sefa. Libertades que un hombre no debe tomarse jamás con una niña.

Las náuseas me revolvieron el estómago. Observé fijamente el rostro dormido de Sefa y me imaginé despellejando a un hombre al que no había visto nunca. No era de extrañar que Sefa se sobresaltara tanto cada vez que una de las chicas del refugio la despertaba. A pesar de los años y los kilómetros de distancia, sus instintos se acordaban.

—Escapamos y nos ganamos la vida engañando a gente por los reinos, pero no fuimos lo bastante cautelosos. Tras el ataque en el mercado, llevé a Sefa al refugio de Raya y le sostuve la mano mientras la aprendiza de curandera la recomponía. Cuando recuperó la consciencia, le dije que o nos asentábamos en Mahair o que podía

seguir sin mí. No había complot alguno por el que valiera la pena arriesgar su vida.

Apenas lo escuché; estaba absorta repasando mentalmente todo lo que me había contado Sefa, buscando pistas, señales de los horrores que había sufrido en su vida anterior. Era la chica más animada del refugio. Si alguien necesitaba una opinión, ella le proporcionaría mil. A los granjeros no les caía bien porque soltaba a las gallinas si no veía adecuado el estado de los gallineros. Se había hecho mi amiga a pesar de mis esfuerzos por evitarlo, y esa no era una tarea fácil.

Marek, adivinando mis pensamientos, dio una palmadita junto a mi mano para llamar mi atención.

—Ya te lo contará en algún momento. No se lo tengas en cuenta.

—No lo haré. —La hipocresía no se encontraba entre mi lista de defectos. No le pediría a Sefa que revelara ningún secreto si no tenía intención de pagárselo con la misma moneda.

—Ve a bañarte —me dijo Marek—. Hueles a río.

—¡Tú me has tirado en él!

—Eso no es excusa. —Marek me echó de la habitación y sonrió con sorna al ver mi expresión fulminante antes de cerrar de un portazo.

Percibí mi propio olor y me estremecí. Marek no mentía. Cuando el pasillo quedó a oscuras y en silencio, calenté unos pocos barriles de agua y los vertí en una tina grande de madera. El vapor se elevaba en volutas blancas desde el suelo de piedra. Permanecí en el baño hasta bien entrada la noche, intentando no pensar en el rostro de Sefa junto al río y en las mentiras del alto consejero.

Comprobé que el pasillo estuviera vacío y salí disparada. Me estremecí con la ráfaga de aire frío. Los jasadíes que habían habitado ese lugar antes que nosotros habían encantado las paredes para que brillaran por las noches; una ingeniosa alternativa a los faroles. Sin embargo, la magia que quedaba era muy débil y no iluminaba demasiado bien mi camino.

Doblé la esquina y me topé con un cuerpo firme, que me puso una mano en la boca y me estampó contra la pared. Me sujeté la toalla. El tenue resplandor delineó la mueca de desprecio de Vaun.

—Si vuelves a revelarle tu magia a alguien, decoraré estos pasillos con tu sangre y tus lágrimas —gruñó—. El heredero no acabará incriminado por tu culpa.

Le lamí la palma de la mano y la retiró con un gemido de repugnancia.

—Si fuera necesario, el heredero puede decir que no sabía que yo era jasadí —espeté. Ya estaba pegada a la pared, pero Vaun se acercó aún más.

—Su alteza tampoco quedará de tonto. Una reputación como la suya no se verá empañada por atrocidades como tú. —Se inclinó hacia mí hasta el punto en que pude distinguir cada pelo erizado de su frente—. Y si alguna vez vuelves a apuntar al comandante con una daga…

—¿Qué? ¿Qué harás? —Le devolví una mirada igual de maníaca que la suya—. ¿Vendrás a regañarme en secreto de nuevo?

Vaun escupió ante mis pies. Con otro vistazo lleno de odio, se marchó por donde yo había venido. Me miré los grilletes. No había ni rastro de calor o presión.

—Tan útiles como siempre.

Si el resultado del Alcalah dependía de mi magia, estábamos condenados.



CAPÍTULO QUINCE

La historia tiene un sentido del humor muy retorcido.

El día en el que se alzó la fortaleza de Jasad era recordado por los motivos erróneos. La recién nombrada qayida Hend había trabajado codo con codo con la malika Safa y el malik Mustafa. Tras ellos, un mar de jasadíes se congregó en la colina que acabaría convirtiéndose en el patio de Usr Jasad. Como si fueran un solo ente, levantaron las manos y vertieron su magia. Por aquel entonces, la magia seguía siendo tan poderosa en sus venas como rica en la tierra. Un director se colocó en el centro de la multitud y dirigió el flujo de magia a la qayida. Dicen que el día en que se alzó la fortaleza, el cuerpo de la qayida ardió entre oro y plata mientras leía el encantamiento que el malik y la malika habían tardado años en crear.

La fortaleza había sido un sueño para Jasad desde poco después de la era de los awalín. Protección. Paz. Los monstruos del Essam acechaban sus fronteras. Los visitantes se acercaban a las afueras del Sirauk para contemplar el brumoso puente y dejar extrañas ofrendas esparcidas por Yanub Aya. El comercio se había vuelto inestable y las escaramuzas con Omal estaban intensificándose. Una fortaleza en sintonía con el marcador mágico de cada ciudadano jasadí nos permitiría movernos con libertad y, al mismo tiempo, mantener el reino a salvo de cualquiera o de cualquier cosa.

La tierra se estremeció y derribó a todos menos a la qayida. Ella contenía la magia de miles en su interior y, si paraba, si dejaba que se asentara, la incineraría. Con un rugido que se escuchó hasta en los rincones más remotos de Lukub y Orban, la tierra se partió. Un muro del color de la resina espesa surgió de la tierra y se curvó alrededor de las fronteras de Jasad. Se dice que el grito de la qayida llenó de sangre las orejas del malik y la malika. Orbes dorados y plateados brotaron de su pecho y se deslizaron al interior del muro. Los colores que se movían en el interior de la fortaleza serían conocidos como Zeenat Hend en honor a la qayida que ardió desde dentro hacia afuera para erigir la inexpugnable fortaleza de Jasad.

Llevaba años sin pensar en la qayida Hend. Su valor garantizó que todas las qayidas posteriores tuvieran la responsabilidad de renovar anualmente el encantamiento que mantenía la fortaleza intacta.

Me lavé la cara en la jofaina que había junto a la puerta. El agua ondulaba mi reflejo. Intenté no demorarme, pero la imagen de mi rostro todavía me dolía. Los surcos que tenía debajo de los ojos eran más oscuros que huesos de dátiles. El pelo me caía en una trenza sin brillo por la espalda. Era el semblante de alguien que no había cumplido con un legado de sacrificio.

Aparté la jofaina. La qayida Hend había ardido por su valor. Una de las heroínas más importantes de Jasad. Pero, en mi opinión, la muerte de la qayida Hend había sido más bien una broma del destino. Ardió para despertar la magia y, siglos después, Jasad ardería para destruirla.

Nosotros lloramos lo que la historia ridiculiza.

En el centro de entrenamiento, el heredero de Nizahl ni siquiera se molestó en saludar. Me señaló las piernas y dio media vuelta para dirigir la atención al cofre de armas. Tendría que haberme sentido agradecida por su silencio. La lengua de una serpiente solo se movía si tenía veneno que esparcir.

—¿No se supone que los herederos viajan con sus cocineros personales? —pregunté mientras pasaba deprisa junto a la pared

que mostraba a mis abuelos. Como de costumbre, desvié la mirada. La culpa me oprimía la garganta cada vez que me fijaba en ellos, así que me esforzaba por no hacerlo.

Arin colocó diligentemente las herramientas del día sobre el cofre. Todo lo que había oído acerca del misterioso heredero antes de aquel fatídico día en el Essam tenía que ver con su aspecto y su destreza en el combate. Supongo que es mucho más placentero alabar poéticamente la belleza arrebatadora del heredero o su elegancia letal que demorarse en su excesivo perfeccionismo.

Una jabalina se tambaleó sobre el cofre. Arin frunció el ceño y la movió a la segunda fila. Tras un momento de reflexión, lo desplazó todo un centímetro a la derecha.

«Perfeccionismo» quizá no sea suficiente para describirlo.

—Sí, normalmente sí. ¿Por qué?

Terminé mis ejercicios y me apoyé en las rodillas.

—Los guardias no saben cocinar —jadeé—. Quiero un cocinero real.

—Tienes uno. —Levantó el extremo redondeado de la lanza—. Como lo mismo que tú.

—Soy consciente —gruñí. Si Arin no hubiera sido tan irritantemente nizahliano, habría creído que era orbaniano, teniendo en cuenta lo poco que le interesaban los lujos y las comodidades.

Se me erizó el vello de la nuca cuando se acercó.

—Separa los pies.

Me dio una suave patada en los tobillos con un rápido movimiento que me pilló momentáneamente desprevenida.

Salté hacia delante y me impulsé con la pierna trasera para arrojar con fuerza la lanza. Salió volando con precisión y rompió la madera del centro.

—¿Has visto eso? —exclamé. Si había algo capaz de impresionar al impasible heredero, tenía que ser la capacidad de usar una lanza con fuerza suficiente para partirle el pecho en dos a un hombre—. La mitad del ejército orbaniano es incapaz de lanzar así.

Me hizo repetirlo veintisiete veces más hasta que quedó satisfecho. La siguiente tarea del día requería una salida a la superficie. Arin se negó a revelarme con más detalle en qué consistía ese entrenamiento o por qué teníamos que llevarlo a cabo fuera de los túneles.

Wes le pasó a Arin una tira de tela.

—¿Qué sabes de la primera prueba? —me preguntó.

Cambié el peso al otro pie y dirigí una mirada nerviosa a los tres guardias.

—La primera prueba tiene lugar en un bosque maldito en Orban. Nadie tiene permitido entrar en él fuera del Alcalah.

—¿Por qué no pueden entrar? —intervino Jeru. Se le ruborizaron las mejillas bronceadas cuando Arin lo miró.

—En ese bosque se produjo una masacre en la era de los awalín. Durante la batalla del Ayume, la awala Dania devolvió la vida a los árboles, el lago e incluso a las hojas… Dania hechizó el bosque entero para matar a los soldados de Kapastra que marchaban a través de él. A pesar de que los siglos han debilitado la maldición del bosque Ayume, el veneno de la magia de Dania permanece.

Jeru se mostró débilmente impresionado.

—Correcto —dijo Arin arrancando fibras deshilachadas de la tela. Observé extrañamente absorta los hábiles movimientos de sus dedos hasta que el heredero decidió continuar—. La prueba tendrá lugar a mediodía. La historia ha demostrado que los campeones que no llegan al otro lado del bosque antes del anochecer no llegan en ningún momento. Nuestro objetivo de hoy es que te muevas con la magia como único sentido. Me seguirás a través del bosque y los guardias actuarán de señuelo.

Por el ceño fruncido de Kapastra, era casi una réplica del antiguo entrenamiento de Hanim. Pero él no resucitaría a criaturas de tres cabezas para que las persiguiera.

—Mi magia no me ayudará. Me guiaré solo por el instinto.

—Eso ya lo veremos. —Arin levantó la tela, preparándome así para el inminente contacto. Una vez más, me desconcertó la

extrañeza de su código ético personal—. Cierra los ojos.

Noté un cuero suave en los pómulos y me ajustó el tejido sobre los párpados. La maleza susurró a nuestro alrededor mientras los guardias se dispersaban y establecían puestos para desorientarme.

—¿A qué distancia estarán Sefa y Marek? —Dirigirme a Arin en la oscuridad me provocó un escalofrío de inquietud.

—Se irán moviendo por el bosque a lo largo de la sesión. Tenemos que determinar si su distancia física influye a la hora de activar tu magia.

Arin se apartó.

—Intenta seguirme.

El bosque se sumió en el silencio cuando Arin se esfumó. La oscuridad no me desconcertó tanto como pensaba y pude caminar con relativa facilidad. Pasé las manos de un lado a otro esforzándome por oír pisadas. La magia permaneció ajena a la aventura y los grilletes se mantuvieron dóciles y sin brillo en mis muñecas.

El crujido de unas hojas me advirtió unos segundos antes de que un hombro se estrellara contra el mío. Me tambaleé y logré evitar por los pelos una vergonzosa caída.

Unas ramas se partieron a mi izquierda y me agaché. Llovieron agujas sobre mi cabeza. ¿Cómo esperaba Arin que lo encontrara mientras sus guardias me atacaban desde todas direcciones? A mi magia no le importaba que Marek y Sefa estuvieran cerca.

El sonido de mi cuerpo se iba volviendo ensordecedor a medida que avanzaba a trompicones. Mi respiración era demasiado áspera para mis propios oídos, y mis pasos, torpes y ruidosos. El martilleo de mi corazón competía con el latido de mi cabeza. No me estaban persiguiendo: estaban jugando con el premio que habían conquistado.

Descarté ese pensamiento. Ya no era una niña de once años vagando por el bosque Essam en mitad de la noche, perseguida por monstruos conjurados por algún hechizo de Hanim. El terror no

había despertado mi magia por aquel entonces y tampoco lo haría ahora.

Algo húmedo y pegajoso me golpeó la frente. Jadeé y me limpié frenéticamente.

—Inmundicia para la inmundicia —me susurró Vaun al oído.

Me abalancé hacia él, pero me topé con el vacío. Esa vez no logré mantener el equilibrio y acabé cayendo de rodillas.

Un zumbido crepitante precedió al correteo de unas patitas sobre mi mano. Un munban. Me revolví, me levanté demasiado rápido y me golpeé el hombro con un árbol. Estaba rodeada de amenazas que no podía ver y me estaban venciendo.

El siguiente amago llegó desde la derecha. Me lancé entonces la izquierda y choqué con un cuerpo claramente humano. Ese era mi bosque. Había alimentado esa tierra con mi sangre y mis lágrimas, había afilado sus colmillos con la piel fina de los monstruos. En el Essam, era la reina suprema.

Unos sonidos entrecortados escaparon de mi boca abierta mientras cerraba el puño y lo estrellaba contra lo que esperaba que fuera una cabeza. ¿Acaso se pensaba Vaun que no sería capaz de matarlo? Yo no me regía por el mismo código ético que su adorado heredero. Le arrancaría la cabeza de los hombros y escupiría en su cráneo. Aplastaría lo que quedara de él contra la tierra porque sus restos ni siquiera eran dignos de alimentar a los animales.

—¡Sylvia!

La sed de sangre que me recorría se apagó. Por un horrible momento, no fui capaz de localizar mi boca bajo el torbellino de salvajismo.

—¿Marek? —Toqué el pecho que tenía delante en busca del chaleco del uniforme de los guardias. No lo encontré—. ¡Marek, lo lamento mucho!

Me aparté de él, pero el impulso de destrozar a un ser vivo y desatar mi furia sobre su corazón tembloroso permaneció.

Unos pasos que se acercaban me obligaron a ponerme en cuclillas. Me agaché, lista para saltar.

—Quítate la venda —me ordenó Arin.

Lo procesé demasiado tarde, cuando ya me había abalanzado. Un agarre aplastante me sujetó los brazos antes de que pudiera estrellarme contra el heredero.

—Tú —dijo Arin—. Quítale la venda.

La tela cayó al suelo y parpadeé bajo la luz cegadora. Arin me soltó. Su mirada inquisitiva me recordó a la que tenía cuando me colgué sobre el Hirun. Como si hubiera fallado una prueba complicada, pero no del modo en que él esperaba.

—¿Por qué has esperado? —preguntó—. ¿Por qué no te has quitado la venda tú misma?

Los ojos se me adaptaron a la luz. La salvaje melodía del tambor se calmó y se llevó consigo a Hanim y sus demonios. Las palabras confusas que salieron de mi boca pertenecían a una chica diferente y estaban dirigidas a una mujer muerta.

—No dijiste que pudiera hacerlo. Tengo que seguir las instrucciones.

Buena chica, susurró Hanim.

Tanto Marek como Arin fruncieron el ceño en una sincronía casi graciosa. El de Arin se suavizó de nuevo, pero supe que acababa de despertar su peligrosa curiosidad.

—En el futuro, intenta evitar tocar los árboles al correr —comentó el heredero con ligereza—. En el Ayume, hasta la savia podría matarte.



A la mañana siguiente, me dirigí a la cocina y me envolvió el aroma de Mahair. Había fruta dispuesta en coloridos arreglos, chuletas de cordero frescas y especias molidas en cuencos de madera. Revisé la comida con asombro; mucha de ella ni siquiera era de temporada.

—Esto ha sido cosa tuya, ¿verdad? —preguntó Wes. Me dejé caer en la silla y me acerqué un cuenco de avena con lavanda y miel.

—Su alteza ordenó a una patrulla que siguiera a una de las pupilas de Raya por el mercado y trajeran artículos que se encuentran normalmente en una mesa omaliana —añadió Jeru—. Nunca ha mostrado especial interés por la comida. Quizás yo también debería empezar a quejarme con insistencia cuando soy infeliz —reflexionó.

Crucé las piernas y me coloqué un plato en la de arriba. Sefa olfateó un cuenco de balila, unas gachas de trigo con pasas y azúcar.

—Tú no eres tan atractivo —dijo Marek. Acto seguido, le dio una palmadita en la espalda a Sefa cuando se atragantó con su tercera ración. Yo me entretuve con la comida para ocultar mi desconcierto. ¿Por qué Arin se tomaría la molestia de traer platos omalianos a los túneles si a él le daba igual qué comer?

No expresé mis dudas en voz alta. Jeru y Wes empezaban a mostrarse más cómodos con mi presencia con el paso de las semanas. La llegada de Sefa y Marek también había contribuido a ello. Aunque Ren seguía fingiendo que no existía y Vaun… ojalá ignorara mi existencia como Ren.

—Marek tiene razón —añadió Wes.

Jeru se agarró el pecho y se dejó caer en el suelo.

—¡Wes, cógeme! ¡Estoy herido!

Terminé de masticar un bocado de yebna qarish para poder balbucear:

—Intenta lanzarle un cuchillo, Jeru. Eso parece que le gusta.

Los tres guardias se giraron para mirarme. Wes apoyó la cabeza sobre la mesa.

Partí un huevo hervido contra la frente de Marek. Wes y Jeru se apartaron. Romper huevos en la frente de la víctima más cercana era una tradición ancestral en el refugio. Recogí los pedazos de cáscara y pregunté:

—¿Por casualidad la patrulla encontró caramelos de sésamo?

Ambos guardias fruncieron el ceño al unísono. Ah, había olvidado que su último encuentro con esos caramelos había consistido en

recuperar uno del cuerpo del soldado nizahliano al que había matado.

Marek inspeccionó las bayas de colores con la frente arrugada. Arrancó una del tallo y la hizo rodar entre los dedos.

—Esta baya no crece en Mahair —señaló—. Ni siquiera sé cómo se llama.

—Déjame ver —dijo Sefa, y Marek la dejó caer en su palma. Ella observó el fruto blanco y negó con la cabeza—. Yo tampoco. Sylvia, ¿tú la conoces?

Cogí la baya cuando me la tendió. La partí por la mitad y me metí un trozo en la boca.

El sabor seco y agrio que me estalló en la lengua revivió una antigua interacción, demasiado vaga para ser considerada un recuerdo. ¿Acaso Niyar no había intentado darme un cuenco lleno de estas bayas blancas? Debió de ser antes de que Soraya se convirtiera en mi asistenta y se encargara de mis comidas. Recordé a Niyar divagando sobre lo especiales que eran, asegurando que solo crecían en el este de Jasad y que la nobleza las trataba como un manjar. Yo dije que eran «bayas de vómito de luna» y apreté los dientes cuando Niyar acercó una a mis labios. Como no desistía, grité y mi magia desenfrenada arrojó la mesa y las sillas contra la pared. Alguien se quedó conmigo cuando mi abuelo se marchó hecho una furia… ¿Era Dawoud? Me secó las lágrimas y me tomó en brazos.

—Hasta las reinas deben comer algún fruto amargo de vez en cuando, Essiya. Ahora ayuda a los sirvientes a arreglar este desastre.

Lancé la baya hacia la mesa con el pulso retumbando en los oídos. ¿Cómo podía estar aquí? Nizahl no había dejado ni una parte de Jasad intacta, y la existencia de estas bayas se limitaba a los vilayatos del este.

—No la reconozco —susurré.

—Qué curioso.

Me sobresalté en la silla. Arin y Vaun estaban en la entrada de la cocina. El heredero de Nizahl miró la baya que había tirado y me

invadió una fría certeza.

No había dejado de perseguirme. Arin no se detendría hasta desvelar mi identidad, descartando a posibles nobles con su estilo sistemático y eficiente.

Mi corazón se calmó con una nueva determinación. No bastaba con la esperanza de haber ocultado bien mi rastro, él seguiría por el mismo camino, y mi única opción era dirigir el destino al que conducía. Si quería pistas, tendría que proporcionarle algunas que lo alejaran de Essiya, la heredera de Jasad.

Había empezado con buen pie. Se mostró desconcertado por mi violento arrebato cuando los guardias me persiguieron por el bosque. Las nobles no perdían el control de un modo tan salvaje en esas circunstancias, sino que lloraban hechas un ovillo.

Vaun hizo una mueca al ver las bayas, como si hubieran insultado a su madre. Arin continuó sin inmutarse, con el momento retenido en su telaraña.

—Ponte ropa más ajustada —me indicó—. Hoy irás al Hirun.



CAPÍTULO DIECISÉIS

Arin y Ren estuvieron lejos de los túneles los días siguientes. Había oído a los guardias hablar sobre las nuevas rotaciones del comandante en el Essam para buscar pruebas que lo ayudaran a obtener información acerca de los movimientos de los grupos jasadíes. Me alegré de tener un respiro. Otros no parecían tan aliviados con la ausencia del heredero. Regresé del baño y encontré un montón de fruta aplastada en mi puerta. El suelo se encontraba lleno de un jugo que amenazaba con atraer a ejércitos de hormigas. Cogí un trozo y lo acerqué a la luz.

Bayas blancas de Jasad.

Vaun no estaba tan dispuesto a esperar como Arin. Se estaba convirtiendo en un hábito peligroso con el guardia. Tenía maneras preocupantes de hacerme daño sin desobedecer directamente las órdenes de Arin. El sentido del deber que unía a Vaun con el heredero era más profundo que el del resto de los guardias. Jeru, Wes o Ren entregarían su vida con gusto a los pies de su heredero, pero no estaban sometidos a la vorágine de protección y rabia que asolaba a Vaun.

De camino a los túneles, Wes había mencionado que Vaun había estado junto a Arin desde su infancia. En lugar de forjarse como persona, el guardia parecía haberse construido una identidad alrededor de Arin, como si fuera una extensión del heredero. Vaun creía en el trono nizahliano y en la supremacía absoluta de su reino

con el mismo fanatismo que alimentaba su odio visceral hacia los jasadíes.

La respuesta me golpeó con la fuerza de un vendaval.

Arin era para Vaun lo que Sefa para Marek.

Y eso significaba que nada podría impedir que Vaun hiciera lo necesario para garantizar la seguridad del heredero, incluso aunque eso fuera en contra de la voluntad de Arin.

Estuve dándole vueltas a ese pensamiento todo el día. Arin todavía no había regresado. Cuando terminé mis ejercicios de entrenamiento, Jeru me acompañó al Hirun con dos cestas de ropa sucia. Inspiré el aroma del río y sentí que se me aflojaba un nudo en el pecho. Olía fatal, como siempre, pero me resultaba familiar.

Jeru maldijo al meterse en la orilla poco profunda del río para intentar extender la ropa sobre las rocas sin que se la llevara la corriente. Consideré ofrecerle mi ayuda, pero estaba disfrutando de un escaso momento de sol y no me apetecía moverme. Me recosté contra un árbol y crucé las piernas a la altura de los tobillos, deseando haber cogido algo de picar de la cocina.

Jeru por fin consiguió colocar la ropa sobre las rocas. Llenó las cestas vacías de agua y las vertió por encima de las prendas. No vi los abrigos de Arin por ninguna parte. Qué lástima. Me habría gustado dárselos de comer a los peces de una patada.

Acababa de cerrar los ojos para disfrutar del sol cuando un grito me sobresaltó.

Jeru chapoteaba en el Hirun luchando por mantenerse a flote. El agua fluía a su alrededor manteniéndolo inmóvil en el sitio.

Magia.

Me levanté de un salto. Había una mujer impecablemente vestida a orillas del Hirun. Las siete aberturas de la parte inferior de su abaya provocaban la ilusión de que la tela ondeaba en torno a sus piernas, protegidas por unos pantalones dorados.

—Te estábamos buscando. —Se giró y vi el dorado y plateado arremolinado en su mirada—. Maulati.

El terror me envolvió y me oprimió. El mundo empezó a darme vueltas y tuve que agarrarme a un árbol para mantener el equilibrio. Lo sabía. Lo sabía. ¿Acaso no lo sospechaba ya? Estaba tan desesperada por estar equivocada que apenas me había detenido a considerar qué haría cuando me topara cara a cara con uno de los jasadíes que me buscaban.

Maulati. No había oído que se refirieran como «maulati» a nadie que no fuera mi abuela. Nunca había pensado que ese título podría pertenecer a alguien diferente a ella.

Me obligué a enderezarme. La debilidad no me haría ningún favor.

—¿Por qué me llamas «maulati»? La familia real de Jasad está muerta.

Se rio.

—Eso pensábamos todos. No logramos comprender cómo has podido permanecer escondida tanto tiempo, pero ya no tienes nada que temer. Estamos aquí para ayudarte a reclamar el trono que te arrebataron.

La negación era una ruta condenada al fracaso. Ya me habría sentenciado sin concederme la oportunidad de conversar si no hubiera sabido quién era.

—¿Perteneces a los Mufsidíes o a los Orabi?

Rodeó con delicadeza unos nidos de munban. Los colores de la magia seguían brillando en sus ojos mientras mantenía a Jeru inmovilizado en el río. La fuerza de sus poderes, su ropa, su comportamiento… Había crecido alrededor de poderes como el suyo. Tenía que provenir del primer o segundo vilayato.

Arrugó la nariz.

—No tengo ninguna relación con la brigada de cobardes que se hacen llamar Orabi.

Quería golpearme la cabeza contra el árbol. Así que pertenecía a los Mufsidíes, el grupo jasadí que, según Arin, dejaba más cadáveres de jasadíes a su paso que sus soldados.

—¿Cómo me habéis localizado?

Dio un paso hacia mí. Me dispuse a meterme la mano en el bolsillo, pero me lo encontré cosido. La Mufsid agitó el dedo.

—Vengo en son de paz, maulati. Sugiero que tú también me recibas igual.

—Estás ahogando al guardia.

—No, en absoluto. Eso sería demasiado rápido. Prefiero esperar a que se ahogue solo con el tiempo. —Se secó la frente perlada. La magia le estaba pasando factura.

«La magia jasadí no es un pozo sin fondo. Cada jasadí tiene una reserva finita de la que extraer».

Tenía que mantenerla ocupada hasta que su pozo se secara. Cuando volviera a llenarse, ya estaría muy lejos.

—No tengo ningún deseo de unirme a los Mufsidíes. Matáis jasadíes.

La Mufsid me miró como si acabara de confesar que comía uñas de rata.

—¿Y te alías con el heredero nizahliano? —Negó con la cabeza y levantó una mano en señal de disculpa—. Perdóname, maulati. Sabemos que estás bajo presión y que no planeas completar el Alcalah como su campeona. He venido a buscarte. Nuestros líderes ansían conocerte.

Consideré una docena de caminos y no encontré nada. No podía revelar precisamente mi intención de traicionarlos ante el heredero de Nizahl.

—Si queréis reclutarme, ¿por qué me atacasteis con el espectro de una mujer muerta? —El cadáver putrefacto de Hanim cerniéndose sobre mí seguía atormentándome en sueños.

Frunció las pobladas cejas.

—No hicimos tal cosa. Nunca haríamos algo así. Los Mufsidíes no nos escondemos como los Orabi. Cuando elegimos un camino, no lo ocultamos.

Tragué saliva. Los forcejeos de Jeru habían disminuido hasta convertirse en un débil retorcimiento. Cabía la posibilidad de que no sobreviviera a la magia de la Mufsid.

La observé atentamente. En cierto sentido, sentía una especie de afinidad con esta jasadí. Compartíamos una pérdida. Una cicatriz en el alma con la forma de nuestro hogar calcinado.

—¿Por qué matáis jasadíes?

La luz del sol iluminaba los mechones más claros de su cabello castaño. El dorado y el plateado habían reducido el torbellino a medida que su magia se agotaba por el esfuerzo de sujetar a Jeru.

—Estamos intentando salvar jasadíes. Pero algunos de los nuestros creen que es mejor esconderse y vivir bajo el yugo de otro que levantarse y reclamar lo que nos arrebataron. No podemos permitir que esos jasadíes se conviertan en armas contra nuestro movimiento.

—¿Por qué os sentís con derecho a tomar la decisión por ellos? —Niego con la cabeza—. ¿Y qué pinto yo en todo esto?

El marrón casi había reemplazado por completo a los demás colores de sus ojos. Pronto, Jeru quedaría libre del influjo de su poder. Podría oír la conversación. Podría oírla llamándome «maulati».

O ella lo mataría. Era probable que acabara con él.

—¿Acaso no eres Essiya, la que una vez fue la heredera de Jasad? ¿La hija de Niphran y nieta del malik Niyar y la malika Palia? Naciste para liderarnos. Para dirigir nuestras filas.

Noté un sabor a óxido en la boca. Quería meterme en el río con Jeru.

Dile la verdad. Confiesa que eres una cobarde patética y que no crees que le debas la vida a tu reino, dijo Hanim.

—¿Cómo sabíais que estaba viva?

La irritación de la mujer aumentaba con cada pregunta. No tardaría demasiado en alcanzar el límite.

—Una nueva recluta decidió probar un hechizo de localización y descubrió el cuerpo de la qayida Hanim. No habíamos podido rastrearla desde su exilio. La protección que estuviera usando para evitar que la encontráramos se desvaneció en cuanto murió. Insistieron en investigar. A pesar de nuestras dudas, accedimos y pasamos el año siguiente intentando rastrear tu magia, pero fue

como tratar de atrapar un grano de arena en una tormenta. Finalmente, el mes pasado descubrimos ese pequeño y horrible pueblo omaliano; por desgracia, a los Orabi les había llegado la información de que pensábamos que la heredera de Jasad estaba viva.

»La idea de reclutarte para la causa no les gustó a todos —prosiguió—. Hubo fuertes disidencias en nuestras filas. Algunos piensan, con razón, que incorporar a alguien criado dentro de los muros corruptos del Usr Jasad va en contra de nuestra misión. Querían encontrarte y matarte. Pero creemos que tu nombre, y en especial tu magia, servirán para un propósito mayor del que ellos imaginan.

¿Los muros corruptos del Usr Jasad? ¿De qué estaba hablando?

No disponía del lujo del tiempo para procesar la información que me estaba echando a la cara. Tenía un plan que, con suerte, nos permitiría a los tres salir con vida del encuentro.

Las mentiras se entrelazaron con la verdad en mi lengua y se sellaron a la perfección.

—El heredero de Nizahl cree que mi poder lo ayudará a ganar el Alcalah para su reino. El heredero es como su padre: hambriento de poder y obsesionado con la gloria. No sabe quién soy ni que me estáis persiguiendo. Si desaparezco ahora, los cuatro reinos dedicarán todos sus ejércitos y sus esfuerzos a localizaros. El Alcalah está bien protegido, aunque puedo crear oportunidades para que me encontréis. Si desaparezco durante una de las pruebas, asumirán simplemente que he muerto. Descubrid un punto vulnerable en su seguridad y llevadme entonces.

Frunció el ceño, pero pude ver cómo la idea daba vueltas en su cabeza.

—Me han dicho que debo llevarte ahora mismo.

Intenté hablar con voz de acero.

—Si queréis que os lidere, debéis escucharme.

Lo que quedaba de dorado y plateado en sus ojos se evaporó. La corriente finalmente arrastró a Jeru y se lo llevó río abajo. No me

preocupaba. Se agarraría a algo en un meandro y lograría salir.

La jasadí inclinó la cabeza.

—Como ordenes, maulati. Espero que recuerdes esto cuando llegue el momento de elegir entre nosotros y nuestros cobardes homólogos.

Cobardes. Solo porque los Orabi consideraban que los hombres como Adel no merecían morir por preferir dedicarse a trabajar en una panadería omaliana antes que unirse a una rebelión condenada al fracaso. Aunque los Orabi tampoco lo habrían dejado en paz. Los jasadíes se pasaban la vida vigilando Nizahl. Debía de ser devastador que los ataques provinieran de dentro en lugar de cruzar las líneas enemigas.

Se detuvo junto a mi hombro antes de marcharse.

—Hasta la próxima.

Apreté los dientes ante la amenaza subyacente. Me hablaba como si tuviera una antigua deuda con ella. Essiya siempre sería como un ancla alrededor de mi cuello que me encadenaba a un destino que nunca había pedido.

Le devolví una mirada pétrea.

—Solo si me atrapáis antes que ellos.



Alguien llamó a mi puerta en mitad de la noche.

Me incorporé, las mantas se me deslizaron hasta la cintura y observé la habitación con los ojos entornados. ¿Y ahora qué? Una visita a esas horas no podía presagiar nada bueno.

Arin estaba al otro lado de la puerta. Tenía las botas manchadas de barro y el cabello alborotado por el viento le caía en una masa plateada por la frente. Habría venido directo tras regresar por los túneles. Me resultó satisfactorio ver al fastidioso heredero tan desaliñado. A pesar de sus muchos esfuerzos, seguía siendo humano.

—¿Va todo bien?

—Hay un asunto de cierta urgencia que me gustaría discutir contigo —dice—. ¿Puedo pasar?

Le hice un gesto para que entrara y me acomodé sobre la cama con las piernas cruzadas. De todos modos, no había podido pegar ojo. Las palabras «muros corruptos del Usr Jasad» resonaban como tambores en mi mente cada vez que cerraba los ojos. No tenía ningún sentido. Si el resto de los Mufsidíes eran como la mujer a la que había conocido, la mayoría debieron de pertenecer a los vilayatos más adinerados y poderosos de Jasad. ¿Qué problema podrían tener con que la corona los mantuviera en sus riquezas?

Tras deliberar brevemente, Arin se sentó en la silla del rincón.

—Has hablado con Jeru —afirmé.

—Así es. —El heredero se dio un golpecito en la rodilla—. ¿Qué te dijo esa mujer?

No dudé. Llevaba practicando mentalmente esa conversación desde que la Mufsid se había alejado del río.

—¿Cómo puedes percibir la magia?

Arin se quedó quieto y un brillo de diversión se reflejó en su rostro. Me desconcertaba lo mucho que disfrutaba cada vez que lo acorralaba o lo superaba. Todas las interacciones con el heredero de Nizahl eran un juego. Una batalla de voluntades en un campo ensangrentado con él como el último hombre en pie.

—¿Quieres negociar?

—Sí. —Esbocé una sonrisa de inocencia—. Me dijiste que cada verdad tiene su tiempo. Pues este debe ser el tuyo.

—Podría sonsacártelo a la fuerza. Con dolor.

Golpe frontal. Obvio y fácil de bloquear. Demasiado fácil.

—Solo tenemos tres semanas antes de salir hacia Lukub. Mi magia sigue sin funcionar. No puedes permitirte perder tiempo de entrenamiento mientras me recupero de tu tortura.

—Pero puedo usar el tiempo de tus amigos. —Ladeó la cabeza—. ¿Con quién debería empezar? ¿Con Sefa o con el chico?

—No contaréis con mi cooperación si los torturáis. Podríais incluso correr el riesgo de motivarlos a escapar, lo cual sería un desperdicio de recursos y una pérdida de herramientas de entrenamiento.

Me lo estaba pasando muy bien. Tenía pocas oportunidades de aprovechar mi astucia en Mahair. Era como ejercitar un músculo que había olvidado que existía.

Nunca había conocido a nadie que se quedara tan quieto como Arin de Nizahl. Ese hombre bien podría estar tallado en piedra.

—Tengo una teoría.

Arqueé una ceja.

—Enhorabuena.

Me ignoró.

—Te propongo un trato diferente. Háblame de la jasadí que te has encontrado en el río y yo te contaré mi teoría sobre el ataque que sufriste en el Essam.

Ay, un golpe fatal. Tiré de los extremos deshilachados de mi túnica mientras consideraba las opciones. Era importante descubrir por qué poseía esa extraña sensibilidad hacia la magia, pero no era urgente. No me serviría a menos que mencionara también cómo podría desarrollar inmunidad a su tacto. Sin embargo, la persona que me había atacado en el Essam me conocía, conocía mi historia con Hanim y quería matarme por ello.

Se me escapó un suspiro.

—Acepto el trato. —Así que él volvía a quedarse solo en el campo de batalla, con la sombra de mi resistencia perseguida hasta el olvido.

Entrelazó las manos sobre el estómago y se recostó.

—Puede que la próxima vez tengas algo más con lo que negociar.

—No necesito tu consuelo.

—¿Preferirías que me burlara?

—Solo quiero tu teoría. O tu mentira bien urdida. Probablemente sea lo mismo.

Un relámpago brillante y violento cruzó su expresión. ¿Había logrado atravesar sus capas de granito?

—Yo no miento. ¿Quién te crees que eres para conseguir que traicione mi integridad al engañarte?

—Soy tu campeona. Tu alumna. Te esfuerzas para provocar mi magia. —Esa vez, fui yo la que permaneció tranquila—. Tengo malas noticias sobre tu integridad, comandante.

La oleada de ira se esfumó con la misma rapidez con la que había aparecido. Su expresión se transformó en la máscara a la que había aprendido a acercarme con un cuidado extremo y la vieja advertencia de tita Palia resonó en mis oídos. «Un árbol sin raíces es como un río sin corriente, Essiya. Una señal de naturaleza perturbada. De caos. Si algo no está hecho para doblegarse, lo único que conseguirá será quebrarse».

No creía que Arin de Nizahl pudiera quebrarse. Pero sí que creía que se le podía presionar lo suficiente como para romper a todos los demás.

Cuando volvió a hablar, lo hizo con un tono apagado en un recital de hechos.

—Mi teoría gira en torno al número de jasadíes que te persiguen. Los Orabi y los Mufsidíes siguen un patrón general. Los Orabi reclutan o secuestran a jasadíes útiles. Los Mufsidíes se llevan a los jasadíes que quieren irse con ellos de manera voluntaria y masacran a los demás. En las pocas ocasiones en las que han perseguido a un mismo jasadí, la identidad del objetivo continúa siendo un misterio. Tú eres la excepción porque te encontré antes que ellos.

—¿Tu teoría explica por qué me persiguen?

Arin tuerce los labios con ironía.

—Una teoría es una respuesta posible a una pregunta que se plantea. Tengo una respuesta al motivo por el que te persiguen.

—¿Que pertenezco a la nobleza o soy una personalidad importante para los jasadíes? ¿De verdad crees que una noble podría sobrevivir durante años viviendo como una pobre campesina en una aldea? —Negué con la cabeza y cambié de tema rápidamente—. ¿Cuál es tu teoría?

—Que alguien de los Mufsidíes o los Orabi se ha rebelado —declaró Arin.

Tiré de los mechones sueltos del extremo de mi trenza y me los enrosqué alrededor del dedo.

—¿Rebelado en qué sentido?

—El espectro del bosque podría haberte matado si yo no hubiera estado cerca. Si tanto los Mufsidíes como los Orabi intentan reclutarte y no los has rechazado todavía, ¿por qué matarte? Debe de haber algún detractor, probablemente alguien de los Mufsidíes. Seguro que tiene buenos motivos para quererte muerta si está dispuesto a ir en contra de su propio grupo.

La insinuación era evidente. Miré al heredero de Nizahl directamente a los ojos.

—No pertenezco a la nobleza.

—Eso dices tú.

Decidí enfocar la conversación hacia él.

—¿Por qué no me dejáis tirada en Mahair y vigiláis hasta que alguien me ataque? En el Alcalah habrá demasiada gente.

—El Alcalah estará muy vigilado, y hay puntos débiles entre las pruebas en los que ambos grupos intentarán atacar. Mahair dejaría un margen de error demasiado grande. Los Orabi envían a sus jasadíes más poderosos a reclutar y solo necesitan un instante para someter a su objetivo y echar a todos los demás. Si sales victoriosa, estarás rodeada constantemente de guardias y protegida en la parte alta de la ciudad. El Alcalah es su mejor oportunidad para capturarte.

—¿Y qué hay del Banquete de los Campeones? ¿No sería mejor para ellos atacarme en el Palacio de Marfil que durante el Alcalah?

—Basta de preguntas. Háblame de la jasadí.

Me llevé las rodillas al pecho y me planteé, no por primera vez, si nuestras almas tenían forma. Si eran como ovejas colgando del gancho de un carnicero y cada decisión que tomaba iba cortando la mía hasta dejar solo huesos inertes y ensangrentados. No obstante,

me negaba a creer que priorizar mi propia libertad fuera un fracaso, por mucho que la voz de Hanim insistiera en lo contrario.

Abrí la boca y se lo conté todo a Arin. Le hablé de que la jasadí había mencionado que se habían producido disidencias entre sus filas por el tema de mi reclutamiento, de la mentira que le había dicho sobre que dejaría una abertura para los Mufsidíes. Moldeé la historia para acercarla a la verdad retirando los pedazos que hablaban de Essiya y maulati como si fuera moho en una hogaza de pan.

Mientras hablaba, Arin se había inclinado hacia delante y tenía los codos apoyados en las rodillas. Su inquietante máscara había desaparecido, dejando paso a algo que nunca creí que llegaría a ver en su rostro: desconcierto.

—Has elegido quedarte. Aquí, en esta prisión de piedra, entrenando para un torneo en el que tienes dos de tres probabilidades de morir —recapituló lentamente con incredulidad—. Los Mufsidíes llevan años evadiéndome. Son tu mejor baza para esconderte de Felix y de mí. ¿Por qué prefieres quedarte?

Apreté la mandíbula.

—Ya te lo dije. Estoy aquí por decisión propia. Elegí mi libertad y tú eres mi mejor oportunidad para conseguirla.

—¿A costa de tu propia gente?

—No son mi… —Contuve el aliento, horrorizada. Por la tumba mancillada de Rovial, estuve a punto de decirlo. Estuve a punto de revelar un secreto peor que el de Essiya, peor que el de Hanim. Apreté los dientes y noté la presencia de lágrimas de frustración en los ojos—. ¿Por qué se supone que les debo la vida? ¿Por qué los demás pueden elegir por sí mismos mientras que si lo hago yo es egoísta? Yo no pedí esto. No lo quiero.

Me levanté de repente, horrorizada al darme cuenta de que había revelado una parte de mis dudas más profundas a una persona que lo más seguro era que lo usara en mi contra.

—Deberías marcharte.

—Sylvia. —El empleo de mi nombre, la primera vez que lo pronunciaba desde que habíamos estado en Mahair, atrajo mi mirada reticente hacia la suya. Arin me observó con seriedad y una sombra de comprensión—. Dime quién eres.

La sorpresa me dejó sin habla. Tenía una oportunidad. Había demostrado honestidad al explicarle la conversación que había tenido con la Mufsid y había mostrado vulnerabilidad accidentalmente…, lo cual, al parecer, era la combinación perfecta de ingredientes para apaciguar en cierta medida la desconfianza cautelosa de Arin. Si tropezaba, si el heredero percibía un atisbo de deshonestidad, no volvería a bajar la guardia.

—No me creeríais. —Arin aguardó—. Mi padre era Waleed Rayan.

Añadí al nombre una pizca de añoranza, una dosis de tristeza y una buena cantidad de reproche. Las emociones de una hija que primero fue amada y después traicionada. Al menos, eso esperaba. Nunca había sido hija de nadie. Mi padre abandonó este mundo con una flecha en la garganta y mis abuelos encerraron a Niphran en la torre Bakir cuando intentó seguirlo.

—Waleed Rayan. El juez de Ahr il Uboor. —Arin se dio golpecitos con el dedo en la rodilla—. ¿Quieres decir que eres Mervat Rayan, hija de la tercera familia más poderosa de Jasad?

Había elegido a Mervat Rayan por tres motivos. En primer lugar, teníamos la misma edad. Sus padres visitaban el Usr Jasad a menudo y me encomendaban la pesada tarea de entretener a la niña. Waleed Rayan era lo bastante relevante para ser ampliamente odiado, así que Arin podría comprender que reclutar a su hija era un hito importante. En segundo lugar, no me caía bien. No se subía a las palmeras datileras conmigo ni quería perseguir a mi caracal por los jardines.

En tercer lugar, sabía con certeza que Mervat Rayan y toda su familia habían muerto. Habían venido a visitar a mis abuelos antes de que partiéramos hacia la Cumbre Sangrienta y yeddo Niyar los había invitado a quedarse en el Usr Jasad hasta que regresáramos.

En cuanto la fortaleza se derrumbó, los soldados del supremo masacraron a todas las almas que se encontraban en el Usr Jasad.

—Prefiero Sylvia —señalé.

Y, quizás, estaba en el lado equivocado del agotamiento. Quizás el encuentro con la Mufsid me había marcado más de lo que pensaba.

—Sé lo que piensas de mí.

La cicatriz se recortaba con gran nitidez sobre su piel. Arin entornó los ojos y acerqué la mano a su mandíbula. Era una estupidez, una estupidez tan grande que sabía que me pasaría el resto de la noche reprendiéndome por ella. Recorrí el aire sobre su cicatriz, con los dedos a un pelo de su rostro. No podía ocultar las cicatrices detrás de una túnica o un abrigo.

Las de mi espalda eran una marca de vergüenza. Las de Arin no. Fuera cual fuese el motivo, lucía sus cicatrices del mismo modo que los guantes, como una barrera que lo separaba del resto del mundo.

—Preferirías morir protegiendo a los tuyos que vivir una vida a medias escondido. Sé que te repugno, y no solo por ser jasadí, sino porque me consideras una cobarde.

Tomé una de sus manos enguantadas entre las mías y le giré la palma hacia arriba. Un escalofrío de terror me recorrió la espalda al ver que no se retiraba. Me pareció un triunfo prohibido hacer eso, alargar la mano y tocar a un heredero cuya reputación de inaccesible había alcanzado proporciones míticas. El impulso de agitarlo, de provocar una reacción en el hombre más reservado de todos los reinos malditos por los awalín, era demasiado fuerte para resistirlo.

—Considera esto, mi señor: hay destinos peores que la muerte. —Dibujé una flecha desde el extremo del guante hasta la yema del más largo de sus dedos—. Cuando el tratado se convirtió en el resultado más importante de la batalla de Zinish, nadie se preguntó qué quedaba de los soldados orbanianos que habían sufrido las consecuencias de la magia de la sultana. Los que habían recogido sus armas y doblado sus uniformes para regresar a casa con sus familias. ¿Lo hiciste tú?

—Se desmembraron a sí mismos.

Sonreí.

—Nada motiva a los humanos más rápido que el miedo. Es una lección que tu padre llevó al extremo. Yo he vivido con miedo. Ese temor no me ha impulsado a unirme a los Mufsidíes o los Orabi para marchar a una batalla que bien podrían ganar, pero a costa de mi desmembramiento. —Pasé la mano por encima de su corazón y me aparté—. No soy una cobarde, igual que tú no eres un salvador.

Arin permaneció inmóvil durante un largo minuto.

—Qué elocuente. Casi consigues que te crea.

Se levantó y contuve el aliento. Aunque algún día una espada lograra doblegar a este hombre, nada doblegaría su espíritu. Su poder no provenía de la magia o el estatus, sino de una seguridad irrefutable en sí mismo.

Quizás fuera lo único que odiaba aún más que su linaje.

Arin me alzó la barbilla y esperó a que dejara de fulminarle la frente con la mirada para hablar.

—Dices que me repugnas. Y así es, aunque no por las razones que piensas. —Un mechón de cabello le cayó sobre la mejilla y su sedosidad me provocó un escalofrío—. No creo que sea el miedo lo que te motiva en absoluto. Si fuera eso, podría llegar a entenderte. Una bestia acorralada ataca para protegerse. Pero tú…

Movió la mano hasta mi mandíbula en un movimiento imparable y me giró la cabeza hacia él. Podía distinguir cada tono de azul de sus pálidos ojos, contar las pestañas plateadas que los enmarcaban. Estaba atrapada en su agarre.

—Eres una criatura de puro rencor. No reaccionas al miedo, sino a la furia. Pienso a diario en encadenarte a una pared y ver a quién atacarías primero…, si a mí o a la pared.

Habló con voz grave entrelazada con un matiz de… ¿curiosidad? No, no podía ser eso. A pesar de mis esfuerzos por enmascarar mi identidad, Arin parecía considerarme tan digna de atención como un hacha desafilada.

Le agarré el brazo y clavé los dedos en su abrigo. Si hacía un movimiento más, le daría un golpe en la garganta desprotegida.

—A ti. Definitivamente, a ti.

—He estado a punto de creerte, Suraira. A puntísimo. Pero olvidas una cosa. —Me apartó un rizo de la mejilla. Ahí estaba otra vez: una chispa de curiosidad—. Me has confesado tu nombre sin pedir nada a cambio.



CAPÍTULO DIECISIETE

Dos semanas antes del Banquete de los Campeones, mi magia seguía presentándose como un obstáculo insalvable.

Arin quería que funcionara. Me había asegurado en numerosas ocasiones que la muerte me encontraría con facilidad si competía contra los otros campeones sin la ayuda de mis poderes. Así que nuestros entrenamientos habían aumentado, tanto en cantidad como en intensidad.

El sexto día antes de partir hacia Lukub, entré en el centro de entrenamiento enrollándome la trenza en un moño en lo alto de la cabeza. Noté inmediatamente un ambiente extraño. Mis sospechas aumentaron al ver las armas del día esparcidas de manera descuidada delante del cofre.

Arin lanzaba hacia arriba y atrapaba una daga familiar. Era la daga de Dania, de la sala de guerra. Lo hizo de nuevo varias veces y la cogió por la empuñadura cada vez que cayó.

—¿Qué pasa?

Siguió lanzando la daga. Cogí las herramientas intentando recordar cómo le gustaba ordenarlas. ¿La lanza de tres puntas iba junto al arpón o al lado del martillo?

Cuando el silencio de Arin se prolongó, me froté el puente de la nariz y espeté:

—¿Por qué insistes en torturarte?

Eso captó su atención y cerró las manos alrededor de la empuñadura de la daga.

—Torturarme. —Ese tono apagado y repleto de condescendencia tendría que haberme advertido.

—Sé lo que haces cuando te marchas a la superficie. Los Muf-sidíes y los Orabi se han cobrado vidas por todos los reinos. Han esquivado a tus soldados más competentes. Por eso estoy aquí, ¿verdad? Soy tu anzuelo. Quieres atraerlos en lugar de perseguirlos constantemente.

La risa seca de Arin resonó por toda la estancia.

—Un cebo cuya magia no es capaz de hacer volar a un pájaro.

Apreté los dientes.

—Lo intento.

Su mal humor era palpable, se había apoderado del centro de entrenamiento y había dejado un rastro a su paso.

—Nadie puede decir que no lo hayas dado todo. Pero es una lástima que todo lo que tienes no sirva de nada.

Enfrentarme a él en ese estado no serviría en absoluto. Arin podía cincelar el hielo con una crueldad insoportable y abrir de raíz a quienes se interpusieran en su camino. Era impredecible. El sadismo de Hanim era tosco, brusco y diseñado para tener un impacto rápido y fuerte. Me gustaba pensar que yo estaba hecha de una fibra más dura, pero no era una teoría que quisiera poner a prueba.

Antes de que pudiera marcharme, se abrió la puerta del extremo contrario del centro de entrenamiento. Entraron Sefa y Marek enfrascados en una acalorada discusión.

Sefa notó la tensión y calló. Pasó la mirada de Arin a mí varias veces.

—Disculpad. No pretendíamos interrumpir.

Por otro lado, Marek, que tenía el instinto de supervivencia de una pulga, arqueó una ceja rubia en nuestra dirección y espetó:

—¿Pelea de amantes?

Más tarde, recordaría cómo palideció Arin. Cómo esas dos palabras parecieron asestarle un golpe fatal. Me plantearía si la

estupidez de Marek no era también una especie de intuición. En ese momento, solo vi a Arin girando la muñeca y lanzando la daga.

Le habría atravesado el corazón a Sefa en un corte limpio y eficiente. Habría muerto antes de que su cuerpo tocara el suelo.

Sin embargo, antes de que el filo impactara en su objetivo, una potente oleada de náuseas me hizo caer de rodillas y el mundo se congeló.

Me llevé el dorso de la mano temblorosa a la boca, esforzándome por mantener el desayuno dentro. Estaban todos antinaturalmente quietos. La punta de la daga se había detenido a cinco centímetros del pecho de Sefa.

Apoyándome contra la pared, conseguí levantarme entre tambaleos. No había modo de predecir cuánto aguantaría mi magia. Los rasgos de Marek se habían congelado en una expresión de horror, y los de Sefa, en una de irritación, todavía atorada por el estúpido comentario de Marek, completamente ajena a los cinco centímetros de aire que se interponían entre ella y las puertas de la muerte.

Envolví la empuñadura de la daga con la mano y tiré. Para mi alivio, pude apartarla. Una vez eliminada la amenaza inmediata, se desató la rabia.

Me giré. Arin estaba inmóvil, con el brazo aún en el aire.

—Debería matarte en el acto —gruñí colocando la punta de la daga justo debajo de su barbilla—. Hacer que te desangres aquí mismo.

Arin y yo habíamos alcanzado un punto muerto. Ya no soñaba con atravesarlo con la espada tan a menudo. En ocasiones, cuando se mostraba contemplativo o fingía ignorarme, incluso llegaba a tolerar su compañía. Pero ¿matar a mi amiga en un arrebato? ¿Qué sentido tenía eso?

Le presioné un poco la piel con la daga.

—Has apuntado a Sefa —murmuré—. No a Marek.

Cuatro semanas antes, mi voluntad podría no haber superado al impulso de clavarle la daga en la cara. Ese día, lo logró apenas.

—Otra prueba. —Mi risa ronca me raspó los oídos—. Era más seguro apostar a que mi magia intervendría por Sefa antes que por Marek.

La mirada de Arin se deslizó hacia mí. ¿Mi magia lo había afectado? Su humor peligroso no había cambiado, y tuve que armarme de valor para resistir el impulso de escapar.

—¿Y si te hubieras equivocado? ¿Y si hubieses calculado mal?

—Es mejor dejar las preguntas sin sentido para los poetas —repuso él. Me obligó a dar un paso atrás. Tensé la mandíbula y le dediqué una mirada asesina.

Un movimiento en mi visión periférica me indicó que Marek y Sefa habían vuelto a la vida. Arin atacó con un gesto repentino y estrelló la mano contra el interior de mi muñeca para arrojar la daga bien lejos.

Los ojos del heredero de Nizahl reflejaban una promesa letal.

—Apúntame otra vez con una daga y será lo último que hagas.



La frágil paz que se había establecido entre Arin y yo desapareció.

Para mi consternación, su apuesta dio resultado. Ahora que sabía que mi magia reaccionaba ante amenazas contra Sefa o Marek, encontró modos creativos de asegurarse de que sintiera un miedo auténtico por ellos en cada sesión. Hizo que Vaun se los llevara de paseo al Essam y mi magia arrojó una pala contra el tablero. En otra sesión, describió con exactitud cómo condenaría un tribunal a Sefa por atacar al alto consejero y los métodos que podría elegir para condenarla a muerte. Consiguió hacer levitar uno de los cofres de guerra. Había sido solo un segundo, en el que el miedo por Sefa me había encogido las entrañas y mi magia había quemado los grilletes.

Ese día, el cofre de guerra atravesó la estancia por los aires y se estrelló contra la imagen de Niyar. Parpadeó y reveló la pared blanca que había detrás de la ilusión animada antes de restablecerse.

En lugar de alegrarse por ese acontecimiento, Arin parecía cada vez más furioso.

—¿Estás comiendo?

—¿Sí? —contesté desconcertada. A pesar de que la calidad de la comida había mejorado desde esa cosa lechosa de cereales de la primera semana, el talento culinario de los guardias seguía igual. Un día incluso había usado el pan de Wes como arma.

—La magia jasadí es un pozo que se rellena a velocidades impredecibles. Si llegas demasiado rápido hasta el fondo del pozo, es posible que te quedes sin poderes hasta que se reponga. Estás rascando piedra.

—Estoy moviendo los cofres. —Lo demás era irrelevante. Había estado débil y agotada antes, podía con ello.

Pensé en el fuerte cuerpo de Marek colgado sobre las puertas de la Ciudadela. Esta vez no me dolió el pulso en las muñecas. Las armas que Arin había dispuesto encima del cofre flotaron en el aire durante un milisegundo y se estrellaron contra la pared del fondo con una precisión letal.

Se me nubló la visión. Cuando abrí los ojos, me recibió el cielo falso.

La cabeza de Arin me tapó el sol y vi su mirada fulminante.

—Creo que necesito un momento —comenté con aire casual.

—Necesitas más que un momento. —Se agachó y la habitación empezó a darme vueltas de nuevo mientras me levantaba. Mis piernas traicioneras se doblegaron y Arin me sostuvo con un brazo alrededor de la cintura y el ceño fruncido.

Presionada contra su costado e ingrávida, abrí la boca para gritarle obscenidades directamente al oído, pero me lo pensé mejor. ¿Por qué molestarme? No tenía energías para una rabieta respetable.

Notaba su cuerpo sólido contra el mío. Era lo más cerca que había estado de un hombre al que no hubiera intentado apuñalar. Lo más cerca que había estado de cualquiera que no estuviera tratando de matarme, en realidad. Qué deprimente.

Esperé a que me invadiera una oleada de pavor con su roce. La última vez que me había tocado, había atribuido la ausencia de temor a la casualidad. Estaba demasiado distraída preguntándome si me partiría el cuello como para considerar entrar en pánico. Pero ahora me estaba tocando y… nada. No había ni rastro de terror.

Aunque sí mucha incomodidad. En cuanto estuvimos lo bastante cerca, me liberé y me tambaleé hasta mi cama.

Arin no se anduvo con rodeos.

—Wes y Jeru te acompañarán a Mahair. Estarán todo el día cerca, pero les ordenaré que te dejen tener tu privacidad.

—¿Mahair? Llevo semanas pidiéndoos que me dejéis ir de visita y ¿te decides ahora? No tenemos tiempo.

—Está a menos de medio día de viaje. Les he dicho que preparen los caballos.

Me quedé boquiabierta. ¿Había estado a medio día de Mahair todo ese tiempo?

Miré a Arin hasta que lo comprendí.

—Te sientes culpable. —Estallé en carcajadas que se convirtieron rápidamente en una tos seca—. El célebre comandante se siente culpable por haber estado a punto de matar a una aldeana. No te preocupes, no creo que Sefa esté enfadada contigo.

—¿Has terminado?

—¿Y tú? —repliqué—. Mi magia es débil e incierta. Por fin tenemos avances y el Banquete de los Campeones es dentro de dos semanas. Deberíamos centrarnos en eso. —Moví las muñecas en círculo mientras me masajeaba los grilletes.

A Arin se le marcó una vena en la frente.

—No me malinterpretes. No era un ofrecimiento. Mañana te vas a Mahair. Si descubro que has intentado entrenar por tu cuenta…

—Si esto es por Sefa…

—¡Me importa un comino la chica! —bramó Arin interrumpiéndome. El arrebato también lo pilló por sorpresa a él y bloqueó la mandíbula. Nunca había visto al heredero de Nizahl con

dificultades para expresarse… Me atrevería a decir que era una imagen que poca gente hubiera presenciado.

Juntó las yemas de los dedos enguantados sobre la superficie de la mesa.

—Los mártires no sobreviven al Alcalah.

—¿Sabes cuál es la diferencia entre un mártir y un mercenario?

—Creía que había contratado a la segunda, pero ya me has demostrado que me equivoco.

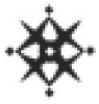
Me froté las sienes para bloquear la migraña que amenazaba con invadirme y las tentadoras almohadas que me rodeaban.

—¿Cómo? ¿Haciendo todo lo posible por cumplir mi parte del trato? —Como no respondió, continué, decidida a defenderme—. Hay muchas cosas que no sabes de mí, pero debes comprender algo: lucharé por mi libertad hasta mi último aliento. Me la arrebataste. y no puedes criticar el fervor con el que intento recuperarla. Hasta que te hayas sentido perseguido siendo menos que un humano, rechazado desde que naciste por algo que no pediste y que no eres capaz de controlar…, hasta entonces, no me hables de mártires ni mercenarios.

Me preparé para el discursito que había escuchado en incontables ocasiones. Todos recordaban con cariño cómo la magia había obligado a los awalín a refugiarse en sus tumbas después de que Rovial devastara sus reinos. No mencionaban cómo había infundido vida a las tierras áridas en primer lugar. Hablaban de Jasad en susurros, de la magia acumulada que corrompía hasta las hojas de las higueras. De la locura mágica que recorría las venas de los jasadíes como una enfermedad, amenazando nuestra cordura. Olvidaban que, antes de Jasad, los poderes de Nizahl estaban restringidos y que actuaba como árbitro de una paz que se mantenía estrictamente. Olvidaban que no habían disfrutado de los poderes desenfrenados que les había otorgado la destrucción de Jasad.

El heredero de Nizahl no repitió nada de eso. Me miró fijamente y dijo:

—Entendido.



Rory reaccionó a mi visita con una alegría efervescente.

—Llegas tarde. —Me dio un golpecito en la barbilla con una sonrisa de oreja a oreja—. Hay cuencos de lavanda que deben ser cribados.

Le sonreí como una tonta.

—¿Cuándo no los hay? —Cogí un cuenco vacío y me dejé caer en el banco que le había encargado tallar en la pared a Marek para los ancianos y las mujeres embarazadas que solían frecuentar su tienda—. ¿Cómo estás?

Las gafas que poca gente sabía que llevaba se le resbalaron por el puente de la nariz. Pasó la página que fingía leer.

—Ocupado. Parece que he perdido a una aprendiza.

—Hay montones que estarían encantadas de ocupar mi lugar si las invitaras, anciano. No estoy segura de si te has enterado, pero la gente tiene la impresión de que eres un boticario consumado.

—Ya tengo una aprendiza —dijo Rory mirándome por fin a los ojos—. Es una aprendiza escandalosa, desagradable y totalmente trastornada que esperaba que dirigiera esta tienda después de mi muerte.

¿Después de su muerte? Lo examiné con ojo crítico buscando señales de mala salud. Estaba bien, salvo por su debilidad por el dramatismo.

—Cuando termine el Alcalah, podré comprarte la tienda. Podrás sentarte en una silla fuera y gritarle a la gente hasta que tu corazón marchito se dé por satisfecho.

Rory dejó el libro a un lado.

—¿De verdad crees que sobrevivirás al Alcalah? ¿A un encuentro con el supremo? —Miró hacia la puerta. Wes y Jeru patrullaban por las afueras de la aldea, concediéndome así la privacidad que me había prometido Arin.

Arranqué un manojo de salvia y lo arrojé al cuenco abierto.

—El supremo no me reconocerá.

—El supremo es un hombre mucho más peligroso de lo que podrías imaginar. No hay nada seguro respecto a él.

El único motivo por el que había querido venir de visita a Mahair originalmente era para escapar de mis dudas incesantes, no para que se vieran reforzadas.

—Y aunque adivinara mi identidad, no le haría nada a su propia campeona. Me marcharé de manera rápida y discreta y el resto recaerá sobre el heredero.

—¿Y crees que el comandante dejará que la heredera de Jasad desaparezca como si nada? ¡Piensa, Sylvia! Si descubren tu existencia, todos los jasadíes escondidos se unirán tras tu corona. Les darás un motivo para alzarse y congregarse. Eres una gran amenaza para su poder. El supremo no dudará en matarte antes de llegar a los tribunales, campeona o no.

Me temblaban las manos. ¿Se unirían detrás de mí?

—¿Qué corona, Rory? La virtud de la sangre no me hace apta para liderar a nadie.

—La sangre no puede gobernar un reino —confirmó Rory con voz suave—. El sacrificio sí. Un auténtico gobernante es el que pone a su pueblo por delante de sí mismo. Sin importar el coste.

—Esa no soy yo. No forma parte de mi naturaleza…

—Claro que no. El altruismo no está en la naturaleza de nadie. De lo contrario, no sería ni la mitad de extraordinario.

Cogió la lavanda clasificada. El sonido del mortero aplastándola me trajo de vuelta a la tierra. Ordené los tallos en manojos y me perdí en la repetición.

—Tienes un aspecto horrible —dijo Rory.

La próxima persona que comentara mi apariencia se ganaría un puñetazo en la cara.

—Parece ser la impresión general, sí.

—No puede esperar que entrenes como lo haría un soldado nizahliano —empezó Rory preparándose para una discusión—. Una aprendiza de aldea no tiene las habilidades de…

—No soy solo una aprendiza de aldea —lo interrumpí—. El entrenamiento no es problema.

—No me imagino los métodos que estará empleando el comandante para entrenar a una campeona. —Estrelló con fuerza la mano contra el mortero.

—Sus métodos no me dejan delirando ni al borde de la muerte. Es más de lo que se puede decir de muchos otros.

Rory se quedó quieto. En todas nuestras conversaciones, jamás había mencionado los años que habían pasado entre la Cumbre Sangrienta y el momento en el que me presenté ante su puerta. Quizás, vivir bajo tierra con gente que bailaría alegremente sobre mi tumba me había ablandado. Quería que lo supiera.

Cogí otro manojo de salvia sin apartar la mirada de él.

—Una antigua jasadí, expulsada del reino en desgracia, me encontró en el bosque después de la Cumbre Sangrienta. Sabía quién era. Despertar mi magia se convirtió en su obsesión.

—¿Despertar tu magia?

Ah. Había olvidado que Rory no sabía nada de mis grilletes.

—Mi magia es… complicada. La walima fue la primera vez que se manifestó en más de una década.

Por una vez, Rory no interrumpió mi relato. Cruzó las manos sobre el extremo de su bastón. Después de semanas guardándome cada palabra, me sentí liberada al hablar sin tapujos.

—Vivíamos en el bosque, en un lugar protegido para mantenernos lejos de los demás jasadíes. Empleaba hechizos horribles para enseñarme a luchar. Encantaba el agua para que hirviera y comprobaba durante cuánto tiempo soportaba tocar la superficie. Conjuraba monstruos para que me persiguieran por el bosque. Mi magia no se manifestó ni una sola vez en todos los años que pasé con ella. La mataría saber que el heredero de Nizahl está teniendo éxito donde ella fracasó.

Rory se levantó. La tristeza que transmitía su voz me atravesó.

—Ella te hizo esas cicatrices, ¿verdad? Las de la espalda.

Me pregunté brevemente cuándo las habría visto Rory hasta que recordé la noche en que me encontró en su tienda. Estaba empapada con la sangre de Hanim y él me dio una túnica para que me cambiara. Debió de ver las cicatrices antes de darse la vuelta.

Reí en voz baja.

—Hanim quería que sus lecciones perduraran.

Rory levantó la cabeza, sorprendido.

—¿Qué acabas de decir?

—¿Estoy hablando demasiado rápido? —Se me borró la sonrisa al ver la expresión cada vez más horrorizada de Rory—. ¿Qué?

—Dime que no te refieres a Hanim, la qayida de las fuerzas jasadíes.

—La misma. Rory, ¿qué pasa?

Ayudé a un Rory tembloroso a acomodarse en la silla. No respondió, sino que se limitó a sujetar con firmeza el bastón. Mi preocupación aumentó. Le llevé un vaso de agua. Era evidente que la reputación de Hanim la precedía.

Tras beberse el vaso, carraspeó.

—Esa mujer odiaba a tu familia.

Resoplé.

—¿En serio? No me había dado cuenta.

—No, no, ella… —Tosió con esfuerzo y se le hundieron los hombros. Le froté la espalda hasta que paró. El pobre corazón de Rory debía de latir el doble antes de conocerme.

Me apartó el brazo de un manotazo.

—¿Llegó a contarte por qué la exiliaron Niyar y Palia de Jasad?

—Violó los principios de la guerra. —Mi voz se volvió más aguda al final de la frase y convirtió la afirmación en pregunta.

—Sí, sin duda. Y cometió traición.

Me encogí de hombros. Rory parecía pensar que esa información me haría estallar la cabeza. Yo cometía traición cada día simplemente por existir, la palabra había perdido poder.

—¿Cómo? ¿Con crímenes de guerra?

—La declararon culpable de conspirar contra la corona con un bando enemigo.

Cogí el vaso vacío y lo dejé sobre el mostrador. Con voz plana, dije:

—Bando enemigo.

—El supremo Rawain —confirmó Rory—. Cuando todavía era el heredero, encontraron registros que indicaban que Hanim y él se habían confabulado para derrocar a tus abuelos y apoderarse así de Jasad.

Debía de estar bromeando. Si existía alguien a quien Hanim había odiado aún más que a mis abuelos era el supremo Rawain. ¿Por qué se rebajaría a trabajar con él para ir contra Jasad?

—Creía que odiaba Nizahl.

—Al principio no. —Rory hizo una mueca—. Cuando la descubrieron, Rawain y su padre, el supremo Munqual, denunciaron su engaño. Tus abuelos no querían entrar en guerra, así que aceptaron los intentos de reconciliación de Rawain. Supongo que la qayida Hanim no se tomó bien la pérdida de su puesto a cambio de nada.

—¿Cuánto tiempo estuvo conspirando con él?

—Llevaban años en contacto. Su traición no fue una gran revelación para tus abuelos. Eran conscientes desde hacía tiempo del desdén de la qayida Hanim por la corona.

Me pasé las manos por el pelo y tiré de los rizos de mi trenza. Nada tenía sentido. No me había parado a pensar en que Arin había dicho que Jasad había sido el arquitecto de su propia ruina. Él de verdad creía que la magia destruía todo aquello que tocaba. Pero ¿por qué la Mufsid había dicho que existía corrupción dentro de los muros de Usr Jasad?

Mantener a una qayida poco fiable era poner a todo el reino en el punto de mira y esperar que no colapsara. A pesar de sus defectos, siempre había confiado en el amor de mis abuelos por Jasad sobre todo lo demás. Eso había aliviado la angustia de perder mi magia de

niña, el hecho de saber que Niyar y Palia habían encerrado mis poderes para proteger al reino.

Rory detectó la confusión en mi rostro.

—Me parece que ellos tenían la sensación de que el papel de Hanim era superfluo. Pensaban que solo dependían de su propia magia y la fortaleza.

—¡El deber de la qayida era reforzar la fortaleza!

Las náuseas se me acumularon en el estómago cuando se me estrecharon los grilletes. Dolor. Rabia. Miedo.

—La fortaleza. ¿Crees que ella… podría?

Los frascos que había detrás de Rory vibraron y la campana de la puerta sonó violentamente. Si Hanim había colaborado con el supremo para derrocar a Niyar y Palia, era muy posible que también hubiera conspirado con otras personas dentro del propio reino. Todos me habían mentido. Mis abuelos, Hanim, mi madre. ¿Qué más me habían ocultado sobre Jasad?

—Hanim no es el motivo de que la fortaleza cayera —dijo Rory tocando un frasco de hierbas flotantes con el bastón—. Hanim fue expulsada de Jasad dos años antes de que tuviera lugar la Cumbre Sangrienta. La fortaleza se renovaba anualmente. La renovación fue siempre un deber de Niphran; tus abuelos decidieron, en cuanto nació su hija, nombrar qayida a su heredera, siguiendo la tradición nizahliana, con la esperanza de que eso demostrara el poder de la sangre real. Muchos vilayatos desaprobaron la pérdida de esa costumbre creyendo que deshonraba la memoria de la qayida Hend. El problema se resolvió por sí mismo después de… —Rory carraspeó.

Después de que una flecha atravesara el cuello de Emre y dejara a Niphran incapaz de salir de la cama, mucho menos de actuar como qayida de Jasad.

—Los vilayatos lo desaprobaban. —Me paseé de un lado a otro de la tienda, con la presión aumentando en mis grilletes—. ¿Qué más desaprobaban?

—No estaba especialmente involucrado en la política de Jasad en aquel momento, pero tus abuelos tenían un largo historial causando

disturbios.

¿Y si los Mufsidíes existían desde antes del asalto a Jasad? ¿Y los Orabi? ¿Y si ambas facciones llevaban conspirando contra la corona de Jasad desde mucho antes de que tuviera lugar la Cumbre Sangrienta?

Pero ¿por qué querrían que cayera la fortaleza? No podrían controlar un reino que no existía, y no había posibilidades de vencer a los ejércitos de Nizahl sin fortaleza, qayida o un solo miembro de la realeza.

—Sylvia…, ¿de qué te ríes?

¡Qué ironía! ¡Qué deliciosa ironía! Todo ese tiempo, el odio de Hanim hacia Nizahl había sido algo personal. Quería tener un peón en su lucha por reclamar una tierra que consideraba legítimamente suya. ¡Cómo debió de dolerle ver a Rawain alzarse sobre Jasad mientras ella se pudría en el bosque! ¿Qué le habría prometido él a cambio de su traición? ¿Qué le habría ofrecido?

Rory me clavó el bastón en el costado con una expresión que se debatía entre regañarme y consolarme.

—No es para reírse. Hanim no es una mujer indulgente. Te estará buscando —me dijo. Qué adorable.

—No me estará buscando. —Me sequé la última de las lágrimas. Necesitaba reírme con ganas.

—No puedes saber…

—Hanim está muerta —lo interrumpí—. Aunque si hay alguien capaz de buscar venganza desde el más allá seguro que es ella.

Miré a Rory con los ojos muy abiertos, y lo que debió de atisbar en ellos le drenó todo el color de la cara.

—Essiya —murmuró—, ¿qué hiciste?

Se me pasó todo por la mente en un instante. Una daga rebanando una garganta que nunca había pronunciado una palabra amable. Un corazón tan roto y feo como el mío apagándose. Un cuerpo arrojado en un agujero, en una tumba minuciosamente excavada en la tierra congelada.

«¿Hasta dónde puedes cavar, Essiya?».

Me sacudí la lavanda de los puños y sonreí.
—Te encontré a ti, Rory.



CAPÍTULO DIECIOCHO

No me hacía el ánimo de visitar el refugio. Raya intentaría que me comiera de una sentada los alimentos de diez días y criticaría el estado de mis ojeras, las niñas me suplicarían que les contara historias sobre el heredero y el entrenamiento y Fairel… Fairel se esforzaría por ocultar su dolor para no hacerme sentir mal. Podría ser que se pusiera a hablar por los codos como de costumbre, o podía ser que no. Quizás se quedara mirando el techo y fingiendo estar sola como me había visto hacer a mí en mis peores momentos. Era débil y egoísta, pero no soportaría ver cómo Felix la había alterado de manera permanente. Al menos, no todavía.

El aliento se me condensó en nubecitas blancas. Me ajusté la capa. ¿Dónde estaban Wes y Jeru?

El ruido de los cascos de los caballos llegó desde el otro lado del camino. Me di la vuelta, temblando, con un comentario borde en la lengua.

No eran Jeru y Wes quienes se acercaban a lomos de dos monturas. Arin me tendió unas riendas y observó la calle detrás de mí con atención.

Reprimí una sonrisa. Siempre en busca de alguna amenaza.

—¿Qué haces aquí? No me digas que tienes más asuntos pendientes en Gahre.

Subimos a los caballos. Arin pasó la mirada por los árboles. Estaba segura de que su oído fino se aguzaba para captar cualquier

sonido extraño.

—La precaución es un área en la que soy propenso al exceso —admitió Arin—. Mi fe en mis guardias ha sufrido un duro golpe.

—¿Tú? ¿Paranoico? Sujétame, señor, podría caer de mi montura de la impresión.

Elevó las comisuras de los labios. Una pequeña victoria. Me pregunté si algún día llegaría a ver al heredero de Nizahl sonreír sin comportarse como si fueran a multarlo por ello.

—Tendrías que haber enviado a Wes y Jeru. Verte asusta a los aldeanos.

—No he hecho nada para asustarlos.

Le dirigí una mirada seca.

—Existir.

—A pesar de tus múltiples esfuerzos.

Lo miré sorprendida. El heredero de Nizahl bromeaba como un pajarillo que extiende las alas por primera vez. El milagro de los milagros.

Los cascos de los caballos se silenciaron al pasar por el muro que separaba Mahair del Essam. Me relajé sobre la yegua sujetando las riendas a la altura del muslo. Faroles blancos y azules colgaban de la línea de árboles más cercana al muro. Había miniaturas de las adoradas rochelyas de Kapastra rodeando las bases de los troncos. Las protectoras de escamas azules de Omal.

—Arriesgado. —Arin miró la cortina de piel de oveja teñida que cubría las ramas más bajas. Cosidas en la piel, se leían las letras «Mehti». El campeón de Omal.

—Festivo.

—Ya estás discutiendo conmigo otra vez. Debe de ser que estás mejor.

Nuestros caballos se habían acercado en algún momento.

—Me encuentro mejor. —Aparte de esa vez en la tienda de Rory, no había experimentado mareos ni náuseas. Apenas un día antes dudaba de si podría mantenerme erguida sobre el caballo—. No diré

que tuvieras razón, solo que no estabas tan equivocado como de costumbre.

Un brillo de diversión iluminó los ojos de Arin. Al parecer, pasar unas horas lejos de mí lo había puesto de un humor maravilloso.

—Me tomaré tu renovado entusiasmo por las faltas de respeto como una buena señal.

Mi rodilla chocó con la suya antes de que levantara las riendas para dejar más espacio entre nuestros caballos.

Pasamos por el lugar en el que el espectro disecado de Hanim me había quitado varios años de vida. Cuanta más distancia poníamos entre nosotros y Mahair, más sentía que no volvería nunca. Las posibilidades de fallecer en el bosque Ayume de Orban durante la primera prueba eran increíblemente altas. Respiraba de manera rápida y entrecortada, formando nubes blancas. Moriría en el Alcalah como campeona de Nizahl. Me reuniría con mi familia caída vistiendo los colores del enemigo.

—Me gustaba la arquitectura —espetó Arin de golpe—. De pequeño. Memoricé bocetos de la Ciudadela y los demás palacios.

Me sonrojé avergonzada. El heredero mantuvo la mirada al frente.

—¿Arquitectura? —Una obsesión minuciosa a la altura de un hombre que una vez pasó cuarenta minutos tallando todas las flechas del cofre para que fueran idénticas.

—Usr Jasad era mi preferido. —Arin desvió a su caballo para evitar a un ave muerta—. Era una maravilla. Sin magia, el ala sur se habría derrumbado. —Negó con la cabeza—. Su pérdida fue una auténtica lástima.

No podía creer lo que acababa de oír.

—Que se te rompa la rueda de la carreta es una lástima. Llegar a casa y ver que no queda fruta buena es una lástima. Lo que sucedió en Jasad fue una atrocidad.

—Lo que sucedió en Jasad fue bien merecido —replicó con la voz tensa.

Tiré de las riendas de mi yegua para detenerla.

—¿Merecido? Tu padre se deleitó con las ruinas de Jasad. Arrasó con lo que quedaba del palacio. Tendrías que haberle mencionado que le tenías cariño, quizás te habría guardado un trozo del ala sur. —La ira me oprimía los grilletes y me clavaba las garras en el cráneo. Dolor. Rabia. Miedo.

A tres metros de distancia, Arin hizo girar a su caballo, con los labios fruncidos en una mueca de resignación. Nos bajamos al mismo tiempo.

Un pájaro solitario graznó sobre nosotros, flotando en la brisa.

—No tienes ni idea de lo que sucedió en Jasad.

Apreté los puños.

—¿De verdad? Pues ilumíname. ¿Hubo un segundo reino que tu padre destruyó?

Ni la noche más oscura del invierno podía igualar el frío de la voz de Arin.

—Ya te he permitido insistir en tus delirios de persecución el tiempo suficiente. No somos verdugos amorales, y los jasadíes distan mucho de ser inocentes.

Esta vez lo había presionado demasiado. La leve irritación que Arin mostraba cada vez que insultaba a su padre o a Nizahl finalmente se desbordó.

—¿Sabías que el malik Niyar dirigió una incursión a través del Essam hacia el sur de Lukub durante una disputa territorial y usó magia para estrangular a los jóvenes soldados lukubíes que dormían en sus tiendas? ¿Has oído hablar del encantamiento que la malika Palia lanzó sobre los campos omalianos para pudrir sus cosechas y hacer enfermar a su ganado? Pueblos enteros murieron de hambre.

—Basta —espeté—. Mentir no es digno de ti.

Eso solo sirvió para enfadarlo aún más y tuve que reprimir el instinto de alejarme.

—Durante cientos de años, Jasad extrajo su gloria de las vidas que arruinaba. Es suficiente con recordar al último malik y la última malika, quienes asesinaron al amante de su propia hija, al padre de la hija de esta, solo porque tener una alianza con Omal implicaba

terminar con su sangrienta prosperidad. Encerraron a la heredera de Jasad en una torre para silenciarla cuando ella exigió que cesaran sus operaciones mineras en los vilayatos de Jasad. Los jasadíes trabajaban en condiciones pésimas, morían en masa, ¿y por qué? Porque el rey y la reina deseaban tener más oro y plata para amueblar su maravilloso palacio. Acumulaban artefactos mágicos y volvían a las demás cortes las unas contra las otras. No han existido dos monarcas más pérfidos desde ellos.

Arin nunca había hablado tanto de una sola vez. El pulso me latía con fuerza en las sienes, la presión de los grilletes se había trasladado a mi cabeza. Tenía que ser mentira. Como lo que decían Hanim y aquella Mufsid. Todos habían sido cortados por el mismo patrón de odio inherente hacia Jasad.

—Basta —repetí, esta vez más débil. En alguna parte, una amenaza acechante cobró vida. Podía sentir sus dedos subiéndome por la columna.

—Alguien usó magia para atacar durante la Cumbre Sangrienta, un tipo de magia que solo un jasadí podría haber empleado. Se perdieron cientos de vidas. La magia conduce de manera inevitable a la tiranía y el abuso. Te devora desde dentro, y no podemos consentir que vuelva a florecer. Mi padre no actuó solo a la hora de desmantelar Jasad. Todos los reinos enviaron soldados para asegurarse de que nadie pudiera reclamar de forma legítima el trono de Jasad. Puedes opinar lo que quieras de sus acciones, pero no permitiré que sigas viviendo bajo la ilusión de la pureza de Jasad.

La agonía abrasaba grandes áreas de mi cabeza, alimentada por mi magia enjaulada. Se me nubló la visión. Podía sentirla, mi cuerpo me enviaba impulsos frenéticos de advertencia. Él malinterpretó mi silencio y suspiró.

—Entiendo tu postura…

—Arin —jadeé. Era la primera vez que mis labios pronunciaban su nombre—. Basta, por favor.

Funcionó. Se tensó y ladeó la cabeza. Abrió los ojos de par en par.

La criatura se abalanzó sobre nosotros, lanzándose directamente hacia Arin. En los dos segundos que transcurrieron entre el salto y el aterrizaje, evalué a ese nuevo monstruo. Tenía un cuerpo precioso, compuesto de afilados cristales rojos que centelleaban y brillaban en la penumbra. Una capa de rubíes tallados con puntas letales lo cubría desde unas patas más anchas que mis caderas hasta las largas orejas. Era demasiado grande para ser un lobo.

Sin embargo, lo más importante eran los dientes. Se clavarían en Arin y lo desgarrarían.

¡Bien!, gritó Hanim.

Chasqueé los dedos y la criatura se ralentizó.

No se congeló, pero el aire que la rodeaba sí que lo hizo, provocando que sus movimientos se volvieran pesados y engorrosos. Tenía menos de un minuto antes de que se liberara. Mi yegua salió disparada siguiendo a la montura de Arin, ambos corriendo sin jinete.

—Aguántalo todo lo que puedas. —Arin se sacó un objeto circular de la bota. ¿Una brújula, quizás? Se quitó los guantes—. Si te falla la magia, corre. No mires atrás ni reacciones a nada de lo suceda a tu espalda. Llega hasta la barrera que hay sobre los túneles. El sabueso no podrá atravesarla.

—¿Y qué hay de ti? —pregunté. Las garras de marfil de la criatura se cerraron alrededor del aire. Treinta segundos.

El objeto se abrió y se extendió y unas pequeñas púas de metal brotaron de ambos lados de los dos discos planos.

—Esto va a doler —dijo Arin y me estrechó la mano con la suya desnuda.

La reacción fue inmediata. Mi magia se abrió paso rugiendo hasta la superficie de mi piel y golpeó los grilletes. La agonía de la sala de las reliquias se renovó. Mi magia me desnudó hasta los huesos desde dentro hacia afuera.

El agarre de Arin se volvió aplastante y, si no hubiera sido por el monstruo que teníamos a un metro de distancia, podría haber prevalecido un miedo muy diferente.

Mi control sobre la criatura se hizo añicos.

Arin se abalanzó hacia delante justo cuando la enorme criatura blandió las garras y se metió su brazo en la boca. ¡¿Había perdido el juicio?!

Esta vez, cuando lancé mi magia, fue más fuerte. Forcé la mandíbula de la criatura a abrirse mientras Arin, que claramente había sufrido un ataque de locura, empujaba el objeto contra el paladar del monstruo. Cerca, una roca estalló en pedazos y llovieron ramas sobre nosotros desde los árboles temblorosos.

«Por una vez en la vida, ¡compórtate!», le grité a mi magia.

La criatura atacó a Arin y gruñó.

—¡Apártate! —chillé.

Mi magia flaqueó. Arin sacó el brazo justo cuando los dientes de la criatura se cerraron. El objeto parecía haberla confundido. Sacudió la cabeza intentando despejarse.

Traté de lanzarle un tronco lejano. Mi magia lo empujó, indiferente, y decidió hacer estallar otra roca.

Los ojos rojos de la criatura pasaron por encima de Arin y los entornó hacia mí.

A estas alturas ya deberías ser capaz de reconocer cuándo han enviado a una criatura a por ti, dijo Hanim. *Esto no es casualidad.*

Observé a la bestia sin parpadear.

—Espera —le pedí a Arin—. No te muevas.

Él se levantó de un salto con la clara intención de ignorarme. Esta vez no. Dirigí la magia hacia él y el comandante se quedó inmovilizado.

—¡Sylvia! —Abrió los ojos como platos y los fijó en la criatura que avanzaba hacia mí—. ¡Corre!

Si me equivocaba, sería un modo ridículo de morir.

Alargué los brazos hacia la cabeza de la criatura, enmarcando cuidadosamente sus enormes fauces entre las manos. Arin emitió un sonido ahogado, pero la criatura no se abalanzó sobre mí, sino que se sentó sobre sus cuartos traseros y jadeó.

Unos ojos hechos de las mismas gemas de color rojo sangre que componían su cuerpo irregular me sostuvieron la mirada.

—¿Me veis? —susurré.

Un solo jasadí no podía encantar a una criatura como esta para que cumpliera sus órdenes, viera a través de sus ojos… Esto era obra de varios jasadíes. Y de los poderosos.

—No lo entiendo. ¿Intentáis matarme o poneros en contacto conmigo?

Me armé de valor, pasé el brazo entre sus dientes y encontré el objeto de Arin adherido al paladar de la criatura. Rocé el contorno.

—Permitid que me presente como es debido —murmuré para que solo lo oyeran la criatura y sus amos—. Soy Sylvia, pupila de la aldea y aprendiza de boticaria. No se me puede reclutar y no me dejaré intimidar.

Algo hizo clic y el objeto se tensó. Arin no había activado el interruptor. Casi sentí lástima por la desdichada criatura. En cuanto la magia que lo mantenía con vida se extinguiera, volvería a ser el polvo del que lo habían creado.

—Se acerca el momento de nuestro encuentro, amigos míos, pero aquí tenéis un adelanto de lo que está por venir.

Accioné el interruptor.

La criatura aulló y me arrancó un trozo de tela de la túnica. Retrocedí tambaleándome mientras se retorcía sacudiendo la cabeza de un lado a otro. Sus patas delanteras se doblaron en otro aullido lastimero.

Cuando dejó de patalear y se quedó inmóvil en el suelo, me atreví a acercarme. Tensó la pata y un destello blanco atrajo mi mirada. Un fragmento de pergamino había caído de sus extremidades.

—Está muerto —dijo Arin sobresaltándome.

Se agachó y arrancó el objeto de la boca de la criatura. Giró los extremos en sentidos opuestos y las púas desaparecieron. Permaneció en cuclillas examinando el cuerpo enjoyado. Desplegué la nota dándole la espalda. Estaba escrita en resar. Ojeé rápidamente las palabras con el corazón acelerado. No se

mencionaba mi verdadero nombre. Se la pasé a Arin, quien leyó en voz alta:

—«Aquí ofrecemos una muestra de nuestro poder. Juntos, podemos lograr que Jasad resurja de entre las cenizas y llevar la guerra a aquellos que quieren exterminarnos. No confíes en los demás. Los primeros enemigos de Jasad provienen del interior». —Pasó el pulgar por el borde del pergamino, donde se extendían unas alas de kitmer a ambos lados—. Es el sello de los Orabi.

«Los primeros enemigos de Jasad provienen del interior». ¿Se referían a Hanim o a los Mufsidíes? ¿Hasta qué punto se habían infiltrado los Mufsidíes antes de la Cumbre Sangrienta? Quizás todos esos horribles acontecimientos que Arin había descrito los perpetraron los Mufsidíes. Era más fácil acusar a mis abuelos de incompetencia que de corrupción.

Estiré el cuello en busca de los caballos que habían huido.

—Tenemos que irnos.

Arin se guardó la nota en el bolsillo y observó la vasta naturaleza que nos rodeaba.

—Habrán descubierto que los Mufsidíes contactaron contigo y habrán estado vigilando el camino a Mahair.

Echó un vistazo nervioso al bosque. Todavía podrían andar cerca.

Arin se agachó para recoger los guantes y esbozó una mueca. Fue apenas perceptible, y la habría ignorado en cualquier otra persona, pero una mueca de Arin era el equivalente a los gritos de doce soldados. Se inclinaba hacia el lado derecho, donde lo había atacado el sabueso.

—¿Qué habías dicho sobre los mártires? —pregunté—. ¿Estás enfadado porque he usado mi magia contigo? Ha sido medio minuto.

Se puso los guantes fingiendo que no existía. Tenía la ropa apelmazada en la parte derecha y mostraba un color ligeramente más oscuro que el resto.

Levanté los brazos en alto.

—Si quieres sangrar en silencio durante la hora siguiente, no voy a impedírtelo. Pero no esperes que te arrastre hasta los túneles si te

desmayas.

Se detuvo.

—No me desmayaré.

—Sé que eres un poderoso hombre inmortal, inmune a las aflicciones de los plebeyos. Si su alteza me permitiera atender la herida… no soy capaz de explicar lo honrada que me sentiría…

—Está bien —cedió con el ceño fruncido—. A menos que tu magia incluya habilidades médicas secretas, no confío en que no vayas a hacerme más daño.

—Me ofendes. —Me llevé una mano al corazón—. De algún modo, encontraré fuerzas para vivir un día más. Tú puede que no, y no me apetece en absoluto verme implicada en el asesinato del heredero de Nizahl sin disfrutar del auténtico placer de asesinarte. Quítate el chaleco, por favor. Prometo proteger tu virtud.

Por su oscura mirada, diría que no apreciaba demasiado mi consideración. Arin se desató los cordones del chaleco de un tirón. Sentí un calor intenso en la nuca y decidí mirarme las uñas.

Se quitó el abrigo, el chaleco y la túnica. Inhalé entre dientes. La criatura lo había herido en el costado. Tenía algunos arañazos lo bastante superficiales para poder ignorarlos temporalmente, pero había cuatro cortes del tamaño de mi antebrazo. ¿Cómo podía seguir consciente?

—¿Y bien? —Se sentó en la base de un tronco con la espalda recta y el brazo izquierdo apartado del lado herido. Me agaché frente a él y recogí la túnica.

Era una tela de mayor calidad que cualquier otra que hubiera pasado por mis manos y no se rasgaba con facilidad.

—Mi aprendizaje con Rory no consistía solo en perseguir ranas. —En realidad, la mayor parte sí, pero Arin no necesitaba saber que había aprendido a vendarme mis propias heridas con el trapo y el cubo de agua sucia que Hanim solía dejarme para que me curara.

Finalmente, conseguí arrancar la manga. La rasgué en largos pedazos, evitando su rostro.

—No me has dicho si estás enfadado.

—Tú no me habías dicho que tenías una habilidad oculta para percibir sabuesos rubí.

—¡Sabuesos rubí, así se llaman! ¿No eran los perros guardianes de Baira? —comenté—. Creía que se habían extinguido.

Tras el sepelio, la magia se había ido apagando como una vela moribunda por todos los reinos. Los sabuesos rubí tardaron tres siglos más en morir que las rochelyas de Kapastra. En su época, los deslumbrantes sabuesos solo obedecían a las sultanas de Lukub. Habían cargado en batalla junto a las monturas más feroces de Lukub, rondando los terrenos del Palacio de Marfil por las noches. Un siglo antes de la batalla de Zinish, los sabuesos rubí empezaron a enfermar y morir, a pesar de los muchos esfuerzos de la sultana vigente. La magia ya había desaparecido en Omal y, con el rápido declive de la de Lukub, los sabuesos rubí se pudrieron como frutos plantados en tierra contaminada. Orban los siguió treinta años más tarde.

—Así es. Resucitar a uno es inaudito. Los Orabi estarán debilitados después de emplear tal cantidad de magia. —La mirada de Arin, aunque envuelta en incomodidad, seguía fija en el entorno—. Deben de tener muchas ganas de impresionarte.

Até las tiras que había hecho con la manga.

—Esto va a doler —lo advertí y me coloqué el extremo de una tira entre los dientes.

Arin tensó los músculos del estómago, pero no emitió sonido alguno mientras le envolvía el torso con fuerza con el vendaje improvisado. Tuve que presionarle la cadera con la rodilla para llegar por detrás de su espalda. Rocé con los nudillos todo lo que vendé. Su pecho, su cintura y la parte baja de la espalda. El efecto que tenía sobre mi magia era significativamente menor que cuando me agarraba la mano.

Cometí el error de levantar la vista y me encontré a pocos centímetros del rostro de Arin. La curiosidad le marcaba la mirada, demasiado atenta para alguien en su condición.

—Deja de mirarme —exigí—. No voy a cometer ningún fallo.

Se le escapó una suave risita y el sonido retumbó por la palma que le había apoyado en el pecho. Era la primera vez que lo oía reír de verdad. Por el pelo bendito de Baira, ¿cuánta sangre había perdido?

—¿Sabías que tienes cinco pecas debajo de la mandíbula? —Me transmitió esa observación totalmente serio, como si acabara de salir de una bóveda llena de secretos.

Resistí el impulso de tocarme la mandíbula.

—En Jasad las llamamos «hasanas», no «pecas». —Maldije el calor que noté en las orejas, indicativo de que se estaban volviendo del mismo color que el sabueso muerto, y me centré de nuevo en la tarea que tenía entre manos.

—Te colgaste sobre la ribera rocosa del río, venciste a mis guardias y has metido el brazo en la boca de un sabueso y, aun así, te sonrojas ante mi pecho desnudo.

Evidentemente, eso consiguió que el rubor de mis orejas se extendiera a las mejillas. Até la tira siguiente con más fuerza de la necesaria, lo cual le arrancó un rugido de dolor al heredero.

—No estoy sonrojada. Me temo que estás delirando.

Arin apoyó la cabeza contra el tronco del árbol.

—Es posible.

Mi broma sobre tener que arrastrar a un Arin desmayado por los túneles podía estar más cerca de la realidad de lo que pensaba. Lo había obligado a resistir mi magia. ¿Cuánta sangre había perdido al luchar contra la barrera?

—Lo lamento —le digo—. No tendría que haberte atrapado. Es solo que… habrías interferido y habrías perdido una extremidad de manera innecesaria. Sabía que venía a por mí.

—No vuelvas a hacerlo. —El buen humor desapareció de su voz. Estaba totalmente serio—. Si te hubieras equivocado, no habría quedado libre hasta que hubieras muerto y se hubiese roto el control de tu magia.

—Habrías tenido tiempo para correr si me hubiera matado a mí primero.

Terminé de atar el vendaje. Aunque apostaba a que Arin caminaría sobre un charco de su propia sangre antes de rendirse, la tenacidad no otorgaba habilidades sobrehumanas, ni siquiera a sus discípulos más fervientes.

—Sí, supongo que lo habría tenido —dijo apartando la mirada.



CAPÍTULO DIECINUEVE

En cuanto Marek se presentó cinco años antes, todo encanto, extremidades larguiruchas y dientes brillantes, supe al instante lo que representaba: problemas. Caos con un rostro hermoso.

Esa impresión se afianzó a lo largo de las primeras semanas con su incesante coqueteo. Mis ceños fruncidos y mis desaires no lo disuadían. Arrancarle los ojos del cráneo no era una opción si quería mantener mi apariencia de fragilidad, así que opté por la segunda mejor alternativa: lo delaté ante Sefa.

Ahora que golpear a Marek sí que era una opción, me resultaba bastante complicado resistirme para no estrellarle la cabeza contra la mesilla de noche. Lo había estado evitando a conciencia desde el incidente en el centro de entrenamiento. Saber cuánto lamentaba su comportamiento no aliviaba mi propia frustración. «Pelea de amantes». Tres palabras descuidadas que podrían haber acabado con la vida de Sefa.

El día después del ataque del sabueso rubí, Marek me acorraló en mis aposentos.

—Si estuviéramos en Mahair, podría ganarme tu perdón con una cesta de higos chumbos o caramelos de semillas de sésamo. Aquí no sé qué hacer, Sylvia.

Abrió los brazos de par en par.

Miré a Marek deseando una vez más tener el talento de Arin para ver a través de las personas, para descartar el ruido y llegar al

corazón de la bestia. Lo que hubiera causado su arrebato estaba vinculado al mismo impulso que lo había llevado a aceptar su agotador puesto de trabajo con Yuli y a su odio visceral hacia Nizahl. En muchos sentidos, entendía a Marek mejor que a Sefa. El corazón de Sefa era la fuerza que propulsaba todas sus acciones. Categorizaba cada decisión en columnas distinguiendo el bien del mal. La rabia necesitaba que le dieran espacio para arder, y Sefa había decidido mucho tiempo atrás que no se dejaría llevar por ella.

No era el caso con Marek y conmigo. Lo que sentíamos lo sentíamos con total violencia. No obstante, donde yo mantenía mis sentimientos bajo un férreo control, Marek experimentaba y expresaba sus emociones con toda su intensidad.

Me urgía entender qué estaba pasando en su cabeza. Otro comentario superficial como ese fuera de estos túneles podría acabar en desastre.

—Esta vez, usemos la verdad como moneda de cambio. ¿Qué dejaste atrás en Nizahl, Caleb?

Su arrepentimiento se transformó en una mueca. Marek se llevó los nudillos a las sienes y se masajeó la frente.

—Nada bueno.

Me crucé de brazos.

—Si quieres mi perdón, debes ganártelo.

Marek se dejó caer sobre la cama. La resistencia lo abandonó en un instante.

—¿Qué quieres oír? La gente como tú y como yo guardamos nuestros secretos por un motivo.

—¿La gente como tú y como yo? —repetí con un asco más propio de un cubo lleno de cabezas de pescado. ¿Quería que le diera palmaditas en la mano y me quejara con él de nuestro sufrimiento compartido?—. ¿Tú también eres jasadí, Marek?

—No me refería a…

—No me importa.

Suspiró.

—¿Quieres una historia, Sylvia? Soy el menor de una familia de cinco hijos con un infame legado militar. Mis padres habían servido en el ejército del supremo Munqual. Mis abuelos, en el del supremo Tairal. Y así sucesivamente. La familia Lazur era sinónimo de la excelencia militar nizahliana. Se esperaba que nosotros también nos uniéramos al servicio militar cuando tuviéramos la edad suficiente. Mi hermana Amira murió con veintiún años en un enfrentamiento entre las aldeas bajas de Nizahl. Los graneros estaban bajo mínimos y el suelo de Nizahl era hostil para casi todos los cultivos. El supremo Rawain era el comandante por aquella época y envió a sus soldados a sofocar la violencia con más violencia.

Marek levantó la cabeza para comprobar que estuviera escuchando y la dejó caer de nuevo sobre la cama. El cabello dorado le enmarcaba el rostro. Me senté a su lado manteniendo una expresión cuidadosamente neutral. Consideré esta revelación sobre el linaje de Marek con el escrutinio que dedicaría a un corte en mi mano. Palpando los bordes, probando la intensidad del dolor.

—Darin murió en las batallas fronterizas contra Orban. Los jawaya lo abrieron y le llenaron las entrañas de cerveza barata para que lo olieran los animales. Lo dejaron seis días al sol. Mi último hermano, Binyar, ascendió rápidamente en las filas bajo el mando del supremo Rawain. Fue uno de los elegidos para liderar el asalto a la fortaleza de Jasad tras la Cumbre Sangrienta. Nunca regresó.

Una lágrima resbaló hacia el cabello de Marek. Se la secó.

Se colocó un brazo encima de la cara.

—Hani tenía dos años más que yo. Quería ganarse la confianza del supremo Rawain, forjar un lugar para nuestra familia entre las mesas más altas del reino. Se pasó años intentando conseguir invitaciones a las fiestas más exclusivas y llamar la atención de los más ricos y poderosos del reino. Lo que Hani no comprendía era que el interior de la Ciudadela era mil veces más letal que cualquier cosa que pudiera encontrarse en el campo de batalla. Cuando yo tenía trece años, metieron a una prisionera en la mazmorra más segura de Nizahl, una prisionera jasadí de alto riesgo que había estado a punto

de asesinar al heredero. Hani y una docena de soldados que custodiaban las celdas fueron masacrados por un grupo de jasadíes esa misma noche. La prisionera desapareció y enterramos a Hani junto a Binyar y Amira. Cuando llegó la hora de mi reclutamiento, hui.

Me enderecé.

—¿Un grupo de jasadíes mató a tu hermano?

Marek se incorporó y me dedicó una media sonrisa.

—No siento animosidad hacia los jasadíes en general, si es lo que te preocupa. El grupo que rescató a la prisionera y acabó con la vida de mi hermano estaba compuesto por hábiles criminales.

Que un grupo de jasadíes se colara en una prisión nizahliana de alta seguridad tendría que haber sido una noticia que estuviera en boca de todos. Hanim, que viajaba regularmente a través de los reinos en busca de suministros, seguro que se había enterado. Por no hablar de la jasadí que había estado a punto de matar al heredero de Nizahl. Arin tendría unos… ¿dieciséis años? El supremo Rawain se habría esforzado mucho por ocultar esa información.

Una antigua conversación entre Wes y Jeru afloró a la superficie.

«Me asignaron a su guardia cuando él tenía dieciséis años».

«Creía que solo Vaun estaba presente en aquel momento».

¿Cómo debió de ser ese ataque contra Arin para seguir atormentando a sus guardias una década después?

Intenté tragar saliva con la garganta seca.

—Marek, ¿recuerdas qué nombre tenía ese grupo jasadí?

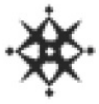
Marek dirigió la mirada a la puerta y bajó la voz hasta convertirla en un susurro.

—Sí, pero no puedes decírselo a nadie. Solo lo sé porque Hani me lo mencionó unos días antes de que lo mataran y me hizo jurar que guardaría el secreto.

Un presentimiento me recorrió la columna.

—Lo prometo.

—Creo que se hacían llamar Mufsidíes.



Como era de esperar, Arin solo venía a los túneles para dormir y cambiar a los guardias. Nos quedaban pocos días para tener que partir hacia Lukub, pero había decidido dedicar al menos uno de ellos a perseguir a los Orabi que habían enviado al sabueso. Dejó instrucciones detalladas sobre lo que debía lograr en cada sesión de entrenamiento, aunque los guardias podían ponerse creativos con los métodos.

Unos pasos pesados se acercaron a la estera de entrenamiento mientras estiraba. Deseé de todo corazón que ese día fuera Jeru. Wes se centraba más en estrategias defensivas y evitaba mi magia por completo. Ren prefería hacerme correr por la parte más fangosa del bosque y me obligaba a arrojar lanzas a objetivos en movimiento hasta que apenas podía moverme.

Pero la persona que entró en la estera de entrenamiento no era ninguno de ellos. Era Vaun.

—¿Qué haces aquí? —pregunté ocultando mi preocupación con una máscara de indignación. Llevaba ropa holgada de entrenamiento en lugar de uniforme—. No entreno contigo.

—Te equivocas. Su alteza dijo que no deberías entrenar conmigo si había otra alternativa disponible —contestó Vaun—. Los demás no están.

Me alarmé. Vaun y yo nunca habíamos estado realmente a solas. Su odio hacia mí no había hecho más que incrementarse con el tiempo, y tampoco es que yo lo admirara demasiado.

Vaun había crecido con el heredero. Era el mejor de los guardias. Rápido, fuerte y brutalmente eficiente. No saldría indemne de un enfrentamiento contra él.

Si me oponía, se retractaría. Tenía que hacerlo.

—¿Asustada? Siempre puedes marcharte —se burló Vaun. Esperaba que tuviera una reacción así. Seguro que había ideado él las tareas que mantenían a todos los demás ocupados.

Había llegado el momento del ajuste de cuentas y no pensaba ceder.

—Elige un arma —le dije—. Vamos a acabar con esto.

Vaun sonrió ampliamente con un brillo malicioso en los ojos.

—Ah, ahí está. Cuánto orgullo para no ser más que una huérfana harapienta. —No dedicó ni una mirada a las armas alineadas sobre el cofre—. Combate a puño limpio. No siempre habrá un arma para salvarte, ¿verdad?

—Hablas demasiado para ser alguien cuya misión es ser visto y no escuchado.

Nos rodeamos mutuamente. Reboté sobre las esteras elásticas observando las siluetas de Palia y Niyar en el muro. El pájaro sobrevoló nuestras cabezas con las alas abiertas al viento mientras la magia se reiniciaba y la escena se repetía una vez más.

—¿Condiciones?

—Intenta no morir. —Vaun hizo girar los hombros—. Los planes de su alteza dependen de tu existencia.

La gente que se movía en las paredes que nos rodeaban no significaba nada para él. Había amenazado a mis amigos y aprovechado cada oportunidad que encontraba para atormentarme. Innumerables jasadíes habían perdido la vida bajo su odiosa espada.

—Voy a disfrutar mucho esto —comenté.

Me lancé hacia delante la primera apuntando a su estómago. Tirarlo al suelo y dejarlo desorientado era lo único que necesitaba para alzarme con la victoria. Desde ahí, sería tan sencillo como sacarle los ojos. Arin estaba entrenando a una campeona; Hanim entrenó a una superviviente.

Vaun se apartó de mi alcance y me dio un puñetazo a un lado de la cabeza. Me tambaleé, parpadeé para contener las chispas blancas que veía y me reí.

—¿Eso es todo? Venga, Vaun. ¿Dónde está tu pasión? —Ataqué de nuevo. Mi golpe acertó en el blanco y él hizo una mueca.

Vaun luchaba bien. Casi demasiado bien. Cuando me estaba limpiando la sangre de la barbilla, supe que había estado prestando

atención. Había escuchado las conversaciones de los demás guardias sobre mi progreso y memorizado mis debilidades. Caímos en una dinámica violenta: yo arremetía, él lanzaba un ataque y yo debía retroceder o asestar un golpe certero. Contaba con que mi impaciencia creciera y me hiciera cometer un error.

Su estrategia podría haber funcionado si mi oponente hubiera sido cualquier otro. La paciencia de Vaun rivalizaba con la mía en materia de fragilidad. Era cuestión de quién se rompería primero.

—¿Todo esto por tu preciado heredero? Admitiré que no es la espada más afilada de la armería, pero no es un completo inútil. Puede librar sus propias batallas. —Balbuceé la pulla porque me había partido el labio de un codazo hacía unos segundos.

Vaun ensanchó las fosas nasales. Los insultos a Arin siempre lo afectaban de manera desproporcionada. Salté hacia delante. Su nariz crujió bajo mi puño. Me tiró del brazo con fuerza suficiente para partírmelo y me dio una patada en el pecho que me dejó despatarrada en el suelo.

Me incorporé como pude. Apreté los dientes y me recoloqué el brazo en su sitio.

—Sinceramente, su incompetencia me resulta fascinante. Estoy aquí solo porque no puede cumplir con su único deber como comandante y capturar jasadíes. —Era demasiado fácil. Seguro que Vaun descubriría mis artimañas de adolescente.

Se puso rojo de rabia.

—Mantén su nombre lejos de tu sucia boca.

Entonces vi el camino más rápido para llegar al final.

—Pero a él le gusta mi boca —ronroneé.

Por la reacción de Vaun, cualquiera diría que acababa de tragarse un puñado de frascos de veneno de rochelya. Lo invadió una inquietante indiferencia.

—Te lo advierto…

Hablé más rápido todavía.

—Tu gran líder, degradándose con una abominación. Tolero sus torpes muestras de afecto. ¿Qué otra opción tengo? Es tan

incompetente en la ca…

No llegué a terminar la frase. Vaun me abordó. La rabia no lo había vuelto descuidado, solo había hecho que abandonara toda cautela. Forcejeamos, pero él mantenía la ventaja. Preso del frenesí, me golpeó una y otra vez hasta que mi cuerpo se quedó inerte. Notaba un zumbido penetrante en los oídos.

—Nunca más —gruñó. Me cogió el pelo con el puño y me echó la cabeza atrás—. Ramera mentirosa. Él no… no. Jamás.

Me presionó la tráquea con el antebrazo. No necesitaba al espectro de Niphran para saber que pretendía matarme. Lo arañé y le dejé líneas sangrientas en las mejillas.

Ese no sería el fin de mi familia.

—Tendría que haberte aniquilado el primer día —espetó—. Las alimañas como tú no deberían vivir tanto tiempo.

Tras él, un conejo saltaba en el aire, fuera del alcance de los niños. El árbol se mecía sobre la cabeza de Niyar, que, desde su asiento en la base de este, pasó una página del libro eternamente abierto en su regazo. Palia entornó los ojos hacia los escalones del palacio en busca de Niyar. Había presenciado esa escena un millón de veces desde que había llegado.

—Tienes razón —jadeé.

Estallaron puntos negros en mi visión. Se me tensaron los grilletes. Tendría que haber muerto en la Cumbre Sangrienta con todos mis seres queridos. Habría sido un final honorable, digno. Nunca habría conocido el ardor de la sangre al llenarme la boca, el chasquido de un látigo al cortarme la carne. No se habría puesto a prueba mi potencial para la grandeza. No le habría fallado a Jasad de una manera tan catastrófica.

Sin embargo, había sobrevivido como una rata que se escabulle en la oscuridad.

En la pared, Palia se puso las manos en las caderas como si estuviera esperando.

Reuniendo el último vestigio de mis fuerzas, extendí los dedos.

Estallamos en llamas.

Brotaron a mi alrededor sin lastimarme, pero Vaun bramó y retrocedió. Había pequeñas llamas enroscadas por todo mi cuerpo, entrelazadas en mi trenza.

Me esforcé por ponerme de pie ignorando las protestas de mi cuerpo. Vaun reculó. Disfruté de su miedo, lo absorbí. Enrosqué los dedos y la espada curva que había sobre el cofre salió disparada. La punta se detuvo justo delante de su corazón. Estreché el puño y le atravesó la ropa. Vaun se pegó a la pared, pero la espada lo siguió y lo inmovilizó en el sitio.

Matar a Vaun resolvería muchos problemas. Dejarlo vivir sería permitir que murieran más jasadíes.

Se me erizó el vello de la nuca.

—Suelta la espada, Sylvia —dijo Arin en voz baja y apaciguadora. No lo había oído entrar, aunque no importaba. Sería capaz de percibirlo a kilómetros de distancia.

Las palabras me salieron roncas a través de la garganta destrozada.

—¿Por qué debería hacerlo?

Arin entró en mi campo de visión y me tapó a Vaun. Estaba cubierto de polvo desde los hombros hasta la cintura y tenía un moretón en la parte alta del pómulo.

—No eres una asesina.

—En realidad, sí que lo soy. —Me reí. El fuego se alzó e impidió que el heredero se acercara más—. No hacéis esa distinción al matar jasadíes. ¿Por qué no debería comportarme como una asesina si voy a sufrir el mismo destino de todos modos?

Arin observó mi aspecto, mi rostro destrozado y el extraño ángulo de mis huesos rotos. Cuando lo comprendió todo, mostró una sombría resolución.

Se hizo a un lado.

El sonido estrangulado que emitió Vaun casi bastó para satisfacerme. Casi.

Me era indiferente que eso fuese otra prueba. Vaun suponía una amenaza para mí y para todos aquellos que me importaban. Me

latían los grilletes. Empezaba a acumularse sangre alrededor de la punta de la espalda.

Quería hacerlo. Desesperadamente. Mi magia se estremecía por el ansia.

Una vez más, mi mirada se encontró con Niyar y Palia. Los niños pasaron corriendo junto a Niyar por la hierba, persiguiendo al conejo que volaba por los aires. Justo cuando la escena iba a desvanecerse, una hoja flotó sobre la cabeza de Niyar. Había visto esa hoja y el árbol en el que mi abuelo se apoyaba en incontables ocasiones.

Seguí con la mirada la hoja mientras subía. En lo alto del árbol, colgaba la pierna de una niña. Tenía la sandalia mal atada, suspendida precariamente de los dedos. Unos instantes más y caería de lleno sobre el libro de Niyar.

Palia había mandado confeccionar esas sandalias para mi séptimo cumpleaños. No estaba buscando a Niyar…, me buscaba a mí.

La chica prodigio de Hanim lo atravesaría sin dudarlo. Nadie me culparía. Al menos, nadie vivo.

La hoja siguió flotando mientras la niña balanceaba la pierna.

Chasqueé los dedos. El grito de Vaun reverberó en la estancia cuando la espada le atravesó el muslo con precisión y lo inmovilizó contra la pared.

No merecía lo que me quedaba de alma.



CAPÍTULO VEINTE

Arin vino a mi habitación unas horas después. Prefería sufrir mis heridas antes que empujar a la superficie mi magia ya agitada, pero él permaneció en el umbral de la puerta hasta que salí de la cama. Me sostuvo el brazo (no la mano) hasta que dejó de parecer que me había estampado repetidamente contra la pared. La desaparición de mis heridas solo sirvió para aumentar mi asco. La marioneta debía mantenerse impecable para su titiritero. Noté la oleada de magia ante su tacto mucho más controlada, aunque vi que Arin cerraba la otra mano en un puño. Bien. Esperaba que sufriera. Esperaba que la atracción de mi magia lo desollara desde dentro.

En cuanto apartó la mano, me metí en la cama y le di la espalda.

No podía conciliar el sueño. Mi magia estaba activa, presionaba los grilletes de manera desagradable aunque soportable. Creía que seguíamos luchando, pero en este tipo de lucha no ayudarían las espadas. No podía cerrar los ojos sin ver muerte: mi familia, Dawoud, Soraya, incluso Adel y Mervat Rayan.

La pérdida era un lastre que siempre arrastraría. Si dejara de moverme, si dejara que se anclase, nunca reuniría las fuerzas necesarias para seguir adelante. No era bondadosa. No elegía el bien sobre el mal ni el corazón sobre el cerebro. Pero era tenaz. Rencorosa. Había cultivado esas cualidades menores alimentándolas con cada migaja que encontraba, porque una persona bondadosa no

habría sobrevivido a Hanim. Una persona bondadosa habría muerto de un modo tan miserable como Adel. No obstante, cuando ya no tuviera que luchar por mi supervivencia, ¿qué quedaría? ¿Y si mis peores cualidades ya habían canibalizado a las mejores?

Dormí mal y me desperté unas horas después del amanecer, decidida a localizar a Vaun y terminar lo que había empezado. Quizás los guardias hubieran predicho mi sed de sangre porque esa mañana me encontré en mi puerta a Sefa y Marek. Me ayudaron a recoger mientras charlaban de todo y de nada. Lo agradecí. Me lo tomé como una señal para repararme y centrarme al tiempo que reconstruía los muros que había dañado la noche anterior.

—¿Sylvia? —Marek me tocó el hombro y me di cuenta de que llevaba más de diez minutos sin moverme—. ¿Quieres que te dejemos sola?

—No. No, quedaos. —Tragué saliva y le di unas palmaditas en el brazo con cautela. Se quedó más quieto que un hombre intentando atraer a un ave para que se pose en su brazo. A pesar de su impulsividad, Marek siempre sabía qué momentos requerían mayor delicadeza. El hecho de haber sido criado en una familia nizahliana con un gran legado militar no lo había convertido en alguien severo e inflexible, y eso era digno de admirar.

Lo observé y se me pasó por la cabeza una idea intrigante. Había permitido que la diatriba de Arin sobre Jasad arraigara dentro de mí en silencio. No tenía a nadie de confianza que pudiera contarme los acontecimientos que rodearon la guerra, pero ahí había dos personas que habían crecido en el corazón de la política nizahliana. Dos personas en las que confiaba más de lo que podría llegar a confiar en cualquiera.

—¿Qué decía la gente sobre Jasad antes de la guerra? —le pregunté a Sefa.

Ella terminó de guardar sus materiales de costura bajo una capa protectora de faldas. No pareció molesta por la pregunta.

—¿Sobre Jasad en general?

Tenía que andarme con cuidado.

—El malik y la malika, la política de la realeza, la naturaleza de su gobierno… Ese tipo de cosas. —Miré a Marek—. Tú también puedes contestar.

—No recuerdo nada demasiado específico, la verdad. Recuerdo sobre todo resentimiento —dijo Sefa—. Mucho resentimiento. Un invierno, las heladas llegaron demasiado pronto, lo que supuso que la mayoría de las granjas florecieran antes de que la gente estuviera lista para la cosecha. Se desperdició una gran cantidad de comida, podrida por plagas o por el frío. Fue un invierno de escasez. Ningún reino se libró de las dificultades… excepto Jasad. La anterior sultana se tragó el orgullo y acudió al malik y la malika en busca de ayuda. Se la negaron.

Me había preparado para una conclusión así y, sin embargo, no pude evitar esbozar una mueca. Me recordé a mí misma que la falta de amabilidad no implicaba necesariamente corrupción.

No obstante, Sefa no había acabado.

—Diez días después, las fronteras del nordeste de Lukub sufrieron un ataque. Las fuerzas jasadíes asaltaron los almacenes de metales preciosos de Lukub y robaron todas sus reservas de plata y cobre. La sultana no pudo contraatacar. Sus ejércitos estaban debilitados y…

—La fortaleza —terminó Marek—. La fortaleza era un tema de conversación recurrente durante la cena en nuestra mesa.

Un nudo de inquietud se había instalado en mi estómago. Seguía atrapada en el asalto a Lukub. ¿Por qué harían algo así? Había plata y cobre de sobra en Jasad, no hacía falta robar. En mi vida nunca había habido nada tan estable como mis ideas sobre Jasad. Habían comenzado a aparecer grietas en la imagen del Usr Jasad y en mis abuelos, y sentí que empezaba a ponerme a la defensiva para el momento del derrumbe.

—Tu familia servía al supremo. Por supuesto que hablaban a menudo de su mayor obstáculo para la invasión.

—Todo el mundo hablaba de la fortaleza, Sylvia —repuso Marek con frialdad—. Permitía a Jasad hacer lo que quisiera y salirse con la

suya. Entiendo que odies en qué se ha convertido Nizahl. Yo también lo detesto. Pero es el único reino creado por la voluntad de tres awalín. Su función básica era proteger contra la tiranía de la magia y el poder tras el descenso a la locura de Rovial. Nadie podría haber replicado la fortaleza de Jasad, ni siquiera cuando todos los reinos poseían magia. Estaban protegidos de las consecuencias de sus actos y Nizahl no podía hacer nada al respecto.

Los latidos me retumbaron en la cabeza. Había sido un error. No debería haber preguntado a nizahlianos para que refutaran las palabras del comandante. Creían que la magia era injusta de manera intrínseca.

—Debió de ser un alivio para Nizahl cumplir por fin su propósito —comenté, incapaz de evitar que se me reflejara el dolor en la voz—. Sin duda, la balanza está equilibrada.

Sefa me gritó cuando salí de la habitación, pero la puerta ya se estaba cerrando detrás de mí.



Me calmé tras esconderme en una de las habitaciones vacías para comer. Sabía que existía el riesgo de que no me gustaran sus respuestas y había decidido preguntar de todos modos.

Dejaron de hablar en cuanto entré. Detesté ver la expresión cautelosa del rostro de Marek.

—Lo siento —murmuré—. Ha sido un comportamiento muy infantil.

Sefa ya estaba negando con la cabeza.

—No, nosotros lo sentimos. Tendríamos que haber sabido que la fortaleza significaba algo completamente diferente para ti. Tenías motivos para estar molesta.

—No estaba molesta.

Marek puso los ojos en blanco y me arrojó un montón de túnicas a la cabeza.

—Termina de hacer el equipaje. Llegaremos tarde.

Puesto que la mayoría de mis pertenencias se las enviarían de vuelta a Raya, no fui tan minuciosa a la hora de guardarlo todo como Sefa. Cuando pasamos por delante del centro de entrenamiento, apoyé una mano en la pared.

—Perdonadme —les susurré a mis abuelos. Tenían muchos defectos, quizás más de los que ya sabía, pero lo habían dado todo por mí. Y yo no podía decir lo mismo.

Sefa y Marek esperaban junto a su carruaje con sus pertenencias ya guardadas. Viajaríamos en dos carruajes. Sefa y yo observamos a Marek afanarse con los caballos y revisar diligentemente el equipo. Intercambiamos una mirada pesarosa. Tenía la energía de diez personas.

—No son demasiado ostentosos, ¿verdad? —comentó Sefa señalando a los carruajes. En comparación con el artefacto dorado con el que Felix había entrado en Mahair, estos lucían pocos adornos. Cada rueda tenía un soporte secundario para ayudar a sortear el terreno accidentado y el exterior rectangular estaba pintado de un marrón apagado. Si nos topábamos con una caravana errante o una camarilla enemiga, no nos prestarían demasiada atención.

—El ego no suele superar a la practicidad de Arin —dije.

Sefa me miró fijamente y me toqué la barbilla, cohibida.

—¿Qué?

—¿Arin?

Me sonrojé al instante. Con el cabello retirado, Sefa se dio cuenta enseguida. Me cogió por el codo y me llevó a un lugar apartado.

—¿Qué relación tienes con el heredero?

Su tono acusatorio me puso los pelos de punta. Una punzada de rabia me recorrió la mandíbula y me crujió entre los dientes. Entorné los ojos en dos rendijas.

—¿Perdona?

—Lo has llamado Arin.

—Es su nombre.

—¡No para ti! —siseó. Dio un paso al frente, ajena o indiferente a la ira que emanaba de mí—. Para ti es el heredero de Nizahl. O el comandante. El hombre que te cortaría en más trocitos que hojas hay en el Essam a la más mínima oportunidad. Me asusta el modo en que os atraéis mutuamente. Eres jasadí.

—No tienes nada de lo que preocuparte.

A juzgar por la tensión de sus sienes, no había quedado en absoluto convencida.

—Espero que no.

Volvimos donde se encontraban los demás subiendo a sus caballos. Desestimé la ayuda de Marek y subí al carruaje con un bufido. Aunque por fuera no era nada destacable, en el interior había espacio para dos bancos paralelos bien acolchados, lo bastante anchos para tumbarse y dormir. Arin ya estaba sentado dentro con una pila de pergaminos cuidadosamente doblados a su lado.

—¿Dónde está Vaun? —Conseguí que la pregunta no se convirtiera en gruñido.

—Ha sido despedido de mi servicio —dijo Arin mientras subrayaba una frase.

Me quedé boquiabierta. Arin se llevaba a Vaun prácticamente a todas las salidas de caza. Por lo que habían comentado los otros guardias, los dos llevaban juntos desde críos.

—De nada me sirven los guardias que se dejan provocar con facilidad.

Si hubiera sido una mujer más caritativa, podría haber sentido una chispa de compasión por su devoto guardia. ¿Qué haría Marek si Sefa lo echara de su vida de un modo tan cruel?

Encontraría una forma de volver, me advirtió Hanim.

Con el rubor en las mejillas, me pregunté si Vaun lo habría informado acerca de lo que le había dicho para burlarme durante la pelea.

—¿Te contó con detalle lo que pasó entre nosotros?

Arin entrelazó las manos sobre el regazo y se recostó.

—Estoy abierto a cualquier sugerencia sobre cómo mejorar mis torpes muestras de afecto.

Le lancé una colcha doblada, muerta de la vergüenza. La apartó de un manotazo.

—Vaun tenía un punto débil. Tú lo explotaste. Donde vamos, deberás aprovechar cada ventaja que puedas obtener.

—Puede que los demás campeones no sean tan sensibles a mis insultos sobre tu virtud.

—Es la cuarta vez que mencionas mi virtud —dijo Arin, y juraría por el Sirauk que parecía estar divirtiéndose—. Tal vez sea mejor que te ocupes de otros asuntos.

—Yo no… No he… —Como prefería colocar la cabeza bajo las ruedas del carruaje que continuar con esa conversación, decidí cerrar la boca.

Mucho más animada por la ausencia de Vaun en mi futuro próximo, estiré las piernas y toqué el otro lado del carruaje con los dedos de los pies. Wes me miró desde su caballo hasta que corrí la cortina de la ventana y quedamos sumidos en la oscuridad. El contorno de Arin en el banco de enfrente desapareció. El carruaje se puso en movimiento.

El balanceo funcionó en gran parte para calmar mis nervios. Me estaba planteando la posibilidad de echarme una siesta cuando Arin me sobresaltó al decir:

—No huiste cuando el sabueso me atacó. Si hubieras usado tu daga para hacer más profundas las heridas ya existentes, habría perdido el conocimiento y me habría desangrado hasta morir. Podrías haberle echado la culpa al sabueso. Los guardias te habrían creído. Mi cuerpo habría sido llevado a Nizahl, habrían pospuesto el Alcalah y habrías quedado libre.

Me había acostumbrado al escalofriante laberinto que era su mente, pero sus palabras me hicieron detenerme a reflexionar.

—Tienes razón. —El sabueso le había clavado las garras a bastante profundidad. No habría llamado la atención que hiciera los cortes un poco más profundos. Unos cuantos arañazos y cortes en

mi cuerpo y nadie habría puesto en duda la veracidad del encuentro—. Jeru habría disipado las sospechas de Wes y Ren. Habrían considerado culpables a los Mufsidíes…, quizás también a Lukub por el sabueso. Entre todo el caos, se habrían olvidado de mí.

Era un buen plan.

No había tenido en cuenta la gran muestra de confianza que me había mostrado Arin al permitirme acceder a sus heridas. Se había quedado ahí sentado, rígido, reflexionando sobre su posible asesinato. Aunque no podía confirmarlo en la penumbra, el cosquilleo que sentí en la nuca me indicó que me estaba observando. Me encogí de hombros.

—No se me ocurrió —respondí con sinceridad—. Tengo que planificar los asesinatos a sangre fría con más antelación.

El carruaje se sacudió y se balanceó hacia la izquierda. Wes golpeó la ventana en señal de disculpa.

—Eres una mujer peculiar —reflexionó Arin.

El carruaje siguió traqueteando hacia el corazón del bosque Essam.

El viaje hasta Lukub nos llevó tres días. Tres días de sobresaltarnos ante cada ruido, de bañarnos en el río y de dormir en la base del árbol que menos hormigas tuviera. A medida que nos acercábamos a Lukub, Arin tenía los ojos cada vez más inyectados en sangre. Dudaba que hubiera dormido más de una hora. El entorno abierto y fuera de su control debía de ponerle de los nervios.

La brigada de Nizahl se reunió con nosotros a una hora de distancia del palacio. Cincuenta soldados, rígidos con sus uniformes de Nizahl, se arrodillaron cuando Arin bajó del carruaje. La marea negra y violeta me inquietó profundamente.

—Mi señor, si me permitís —dijo Jeru señalando el carruaje que habían traído los soldados.

El nuevo carruaje se parecía más a la pesadilla dorada de Felix. Innegablemente nizahliano, se apoyaba en unas enormes ruedas negras, con el cuerpo pintado de obsidiana y delineado en violeta. Era elegante y amenazante. Dos alas brotaban de ambos lados del carruaje con las plumas de hierro relucientes bajo la luz de la luna. Sefa, quien poseía la necesidad imperiosa de experimentar el entorno a través del tacto, intentó tocar un ala. Wes le atrapó la muñeca.

—Si aprecias tus dedos, deberías pensártelo mejor.

A los lados estaba pintado el emblema real de Nizahl: un cuervo flotando sobre dos espadas entrecruzadas. La mirada penetrante del ave me siguió.

Observé con desprecio a los nuevos soldados que seguían a Arin hacia el carruaje. ¿De verdad necesitábamos cincuenta soldados para el Banquete?

Dos paneles de la ventana se entreabrieron hacia afuera y Arin no me impidió que los abriera de golpe. Asomé la cabeza.

—Saludos, viajero —le dije a Wes, quien se sobresaltó a lomos de su caballo.

Su cabeza estaba al mismo nivel que la mía, así de ridícula era la altura del carruaje. La línea de árboles a nuestra espalda había perdido densidad hacía varios kilómetros, lo cual dejaba más espacio para que el carruaje pudiera maniobrar. Los soldados se desparramaron detrás de nosotros como podredumbre goteando de una fruta olvidada y el golpeteo de los cascos de los caballos resonó a mi alrededor.

—¡Métete dentro! —exigió Wes.

Miré a Arin.

—¿Puedes ordenarle que sea más amable conmigo? ¿O al menos que no sea tan rígido?

Arin desplegó un mapa del Palacio de Marfil en su regazo.

—No.

—Supongo que eso sería hipócrita viniendo de ti.

Wes soltó un largo y fuerte gemido. Por fortuna, todos los demás cabalgaban fuera del alcance del oído.

—Sylvia, vas a tener que pensar más antes de hablar —sugirió Arin destapando un tintero de bolsillo. Rodeó un punto en el mapa—. Puede que el resto de los soldados no se tomen demasiado bien tus intentos de hacer gracia.

—¿Intentos? —conseguí decir, ofendida, antes de perder el hilo. El carruaje se tambaleó cuando la tierra dura y compacta del suelo fue reemplazada por otra más blanda. A nuestra izquierda, el manto de árboles se despejó y reveló seis pozos idénticos cavados en el suelo. Me asaltó un hedor repugnante al pasar junto a ellos. Bajé la mirada y… retrocedí rápidamente.

—¿Por qué hay gente en esos pozos? —susurré.

Tendrían unos seis metros de profundidad y eran lisos por los lados, pero había ocupantes en todos menos uno. Un anciano, con la barba enmarañada por la suciedad, se giró para fulminarnos con la mirada al pasar. Un agua fétida le llegaba hasta los tobillos. Los demás estaban demacrados, encogidos en posición fetal. Los pozos eran demasiado estrechos para que pudieran tumbarse. Si no estaban muertos ya, lo estarían pronto.

—Traidores —dijo Arin. Pasamos por el último pozo y me obligué a apartar los ojos de la ventana—. La sultana Vaida los mandó cavar tras la muerte de su madre. Se abandona ahí a los traidores a Lukub para que mueran de hambre. La mitad de su consejo pereció ahí.

—¿Nadie se lo impide?

La tortura solo estaba limitada por la imaginación, y podía adoptar incontables formas. Sin embargo, yo creía que una regla, un edicto insalvable, le ataba las manos a la crueldad. La tortura debería ser algo privado. Estaba destinada a las mazmorras y las celdas de piedra. A la quietud del Essam. A los árboles que te veían desangrarte y a la silenciosa tierra que mojabas con tus lágrimas.

—Deberías ver lo que les hacen a los traidores en Orban. —Arin se dio golpecitos en la rodilla con los dedos—. Vaida prefiere un enfoque más sutil.

Odiaba entender a la sultana. Había pocas armas que atormentaran de un modo tan profundo como el miedo. Los lukubíes pasaban junto a los pozos escuchando los gemidos lastimeros de los prisioneros y rezaban por no ser los siguientes. Habitantes de todos los reinos huían a Lukub por su glamur y su estilo. Escalaban los Hombros de Baira, el acantilado más alto del reino, para contemplar la belleza de una tierra fundada por una awala cuyo rostro podría lograr que un enemigo se clavara su propia espada.

Una belleza deslumbrante. Atraía la mirada hacia ella… y la alejaba de los horrores que se escondían en su sombra.

—La malika Palia y el malik Niyar hacían que sus soldados levantaran a los ladrones y los traidores por los aires. —Arin dejó a un lado su ordenado fajo de pergaminos—. Una vez suspendidos sobre la multitud, cada soldado encontraba maneras creativas de ejecutar a su prisionero. Un soldado ahogaba a su prisionero con tierra seca, otro separaba la tierra con un gesto de la mano y enterraba vivo al suyo… Creo que un soldado particularmente imaginativo decidió partir a su prisionero por la mitad y bañar a los espectadores en vísceras.

Me clavé las uñas en las palmas y me dejé marcas en forma de medialuna en la piel.

—¿La magia es peor arma que un pozo?

—El pozo no es ascendido después.

Los grilletes palpitaban con mi magia punzante.

—¿Dónde estaba esa compasión cuando tu padre saqueó nuestras aldeas? ¿Cuando los soldados nizahlianos destruyeron siglos de costumbres y cultura? ¿Cuando Lukub, Omal y Orban ayudaron a dejar nuestras tierras completamente vacías? ¿Cuando los jasadíes fueron violados, despedazados o vendidos? —Una ira ardiente colmó el carruaje y abrasó el escaso espacio que nos separaba—. No me insultes fingiendo que la invasión de Jasad fue un acto de misericordia.

—«Nuestras». —Arin inclinó la cabeza—. Has dicho «nuestras aldeas». No las de los jasadíes.

Fruncí el ceño intentando encontrar la trampa. Siempre hablaba en primera persona. ¿Qué iba a decir si no?

La velocidad del carruaje cambió y me arrojó al otro lado del banco. Arin apoyó el codo contra la ventana y usó el otro brazo para evitar que se le desparramaran los pergaminos.

Jeru se asomó por la ventana.

—Disculpad, mi señor. Estamos en los terrenos del palacio.

Ansiosa por alejarme, abrí la puerta del carruaje y me asomé pasando un brazo por encima del techo mientras avanzábamos a toda velocidad. El viento me agitó la trenza contra la barbilla.

Tan magnífico como la awala responsable de su nacimiento, el Palacio de Marfil brillaba con fuerza contra el cielo nocturno. Pilares en ascenso trazaban espirales carmesíes dispuestas entre impresionantes paredes de marfil. Detrás de la puerta, un obelisco de rubí atravesaba el cielo. En las juntas de los muros crecían flores blancas cuyos pétalos eran más afilados que las alas de nuestro carruaje. Seguí el camino de piedras preciosas soldadas a las imponentes puertas blancas que formaban un gigantesco sabueso rubí que gruñó a nuestro carruaje. El sabueso brillaba con un siniestro resplandor rojo oscuro bajo la luna creciente. A diferencia de Arin, a mí me importaba poco la sofisticación de la simetría y los significados ocultos detrás del diseño. El Palacio de Marfil dejaba de lado la sutileza a favor de un mensaje que nadie podría malinterpretar.

Tras esas paredes, acechaba algo hermoso, y había las mismas probabilidades de que te atacara que de que te comiera vivo.

Volví a mi asiento cuando nos detuvimos en la puerta de entrada y dejé que se cerrara el carruaje. Un par de guardias lukubíes se acercaron a Jeru y Wes. El corazón me tamborileaba en el pecho. Estaba a punto de entrar en Lukub como campeona de Nizahl. Iba a sentarme entre herederos que habían liderado con alegría sus tropas contra Jasad, se habían manchado las botas con sangre jasadí a cambio de conseguir la aprobación de Nizahl.

¿Qué tipo de libertad compensa esto?, pensé agitada. *¿Puedo cortar mi propia alma y vender las partes jasadíes?*

Se abrió la puerta del carruaje.

—Alteza —saludó el guardia lukubí—. La sultana Vaida os da la bienvenida a vos y a vuestra campeona al Palacio de Marfil.

Arin respondió. Yo no estaba escuchando, centrada en controlar mi magia y mi respiración frenética. La verja se separó con un crujido.

—La lealtad alza su cabeza amotinada —dice Arin en voz baja—. Mervat Rayan.

Observé sus invernales ojos azules, tan parecidos a los de su padre. El aire se detuvo a nuestro alrededor. El heredero de Nizahl y la heredera de Jasad. Bajaría de este carruaje para entregarle al supremo la victoria más completa sobre mí. Sobre Jasad.

Algún día, sería juzgada ante los espíritus de mi muerte. Algún día, los cuerpos que nunca había enterrado me pedirían rendir cuentas por mis pecados.

Algún día, pero no hoy.



CAPÍTULO VEINTIUNO

Me llevaron a mi habitación sin alardes y vinieron tres mujeres a atenderme. O, al menos, lo intentaron. Les dije con bastante énfasis que podía bañarme y desvestirme sola.

Sefa gimió cuando cerré la puerta ante las desconcertadas sirvientas.

—En Lukub no dan tanta importancia a la hospitalidad como en Omal —comenté a la defensiva—. A la sultana no le molestará.

Tras meses entre los austeros muros y los pasillos polvorientos de los túneles, las caóticas estancias del Palacio de Marfil me pusieron de los nervios. Tapices teñidos de brillantes tonos rojos cubrían las paredes con sus borlas blancas balanceándose sobre alfombras de piel de zorro. Fardos de bukhoor mezclado con resina colgaban de los faroles impregnando el aire con un dulce aroma floral. Había una máscara de marfil delante de cada vela y la luz titilaba detrás de sus ojos tallados.

—Puede que los lukubíes no den demasiada importancia a la hospitalidad, pero sí que valoran en gran medida el servicio —señaló Sefa—. Servir al cuerpo y al espíritu. Encontrar armonía entre ambos.

Pasó por delante de Marek, que se había quedado dormido con un pedazo de meshabek en el pecho. El rollo de masa frita empapado en miel se movía con las subidas y bajadas provocadas por la respiración.

Me escurrí el exceso de agua del pelo.

—¿Se te hace raro visitar Lukub? Eres ciudadana de sangre.

La tristeza tiñó la sonrisa de Sefa. Cogió el pedazo de meshabek del pecho de Marek y lo arrojó a la papelera.

—No soy ciudadana. La ley nizahliana no permite el matrimonio fuera de sus territorios a menos que uno de los integrantes renuncie a su reino de origen. Mi padre renunció a su derecho a la protección de Lukub cuando se casó con mi madre.

Abracé una almohada absurdamente mullida contra el pecho. Sefa había crecido atrapada entre Nizahl y Lukub, pero yo apenas había pensado en Omal. A pesar de que la sangre omaliana de mi padre corría por mis venas, mis abuelos habían hecho todo lo posible por que olvidara mi interés por ese reino como si mi valor como jasadí fuera a disminuir si me permitía albergar cualquier noción sobre mi herencia omaliana.

—No nos distraigamos —dijo Sefa con severidad. Se dejó caer en la enorme cama y pasó los dedos por las mantas de piel de oveja—. El reino de Baira es una tierra de ilusión. Construyen bibliotecas descomunales y las llenan de libros vacíos, encargan pinturas gloriosas para decorar paredes en aldeas deterioradas. Mi padre me contó una historia sobre los festines que organizaban para celebrar el aniversario del sepelio. Esta tradición de las aldeas bajas exige que cada familia deje una ofrenda a la orilla del Hirun la víspera del aniversario. Hoy en día, suelen ser baratijas y la comida de la que puedan prescindir. Pero, en siglos pasados, las sultanas animaban a las aldeas bajas a arrojar al Hirun al niño más fuerte de cada familia. Si el niño se ahogaba, la familia diría que el río los había bendecido al tomar su fuerza. Si el niño sobrevivía, se le prohibía a la familia tener más hijos.

—Déjame adivinar —dije—. Había hambruna en las aldeas bajas. Arrojaban al Hirun a los niños que tenían más probabilidades de sobrevivir al invierno y dejaban que los débiles se marchitaran.

—Así, las antiguas sultanas tenían menos bocas que alimentar —confirmó Sefa—. Las sultanas de Lukub no son mujeres con las

que se pueda jugar, Sylvia. Sus habilidades para el engaño no tienen comparación.

Si habían conseguido convencer a padres para que ahogaran a sus hijos con una sonrisa, ¿qué siniestros susurros podrían entretejer en mi propio corazón?

El ruido constante de los ronquidos de Marek y el resplandor ambarino del amanecer tras el tapiz me sumieron en un sueño intranquilo. Soñé con máscaras de ojos rojos sonriendo en la oscuridad y con niños chapoteando en un Hirun hirviente. Cuando recuperé la consciencia, el sol brillaba en lo alto del cielo y había alguien llamando a mi puerta con insistencia.

—¿Sylvia? —Era Jeru—. ¿Estás bien?

Marek y Sefa se habían ido. Maldije y me tambaleé hacia el armario. Las mujeres de antes habían colocado mis pertenencias en el interior y saqué la primera prenda que toqué.

—¿Qué hora es? —Tiré los vestidos al suelo.

La voz cansada de Jeru atravesó la puerta. ¿Cuánto tiempo llevaba llamando?

—Pasado mediodía.

Me puse el vestido de un salto, oscilando por la habitación.

—¡No, no, no! ¿Cómo has podido dejarme dormir hasta tan tarde?

—¿Yo? —replicó Jeru indignado—. Marek y Sefa han intentado despertarte tres veces antes de irse a comer.

El vestido se deslizó por mi cuerpo en un susurro de seda y se asentó en mis curvas. El minucioso trabajo de Sefa no había sido en vano. Era un vestido largo con remolinos en tonos violeta. Había una raja sobre cada pierna y dos alfileres de Nizahl sujetaban los finos tirantes a la altura de los hombros. Si no fuera tan horriblemente tarde, habría buscado otro vestido. Las aberturas me llegaban hasta la mitad del muslo y mostraban kilómetros de piel cuando me movía.

Me fruncí el ceño a mí misma en el espejo y corrí hacia la puerta.

Jeru se sobresaltó.

—¿Vas a ir así vestida?

—Sí. Tal vez. —Toqué la tela—. El banquete es mañana. Nadie se dará cuenta.

Jeru se dispuso a hablar, pero se lo pensó mejor y negó con la cabeza.

—Está claro que Sefa está familiarizada con la moda de Lukub.

Pasamos a toda velocidad junto a sirvientes ocupados y pasillos decorados con elaborados tapices y delicadas tallas. Giramos una y otra vez y me planteé si tendría que haberle pedido a Arin que compartiera conmigo su mapa del Palacio de Marfil. Me había dado un montón de lecturas las primeras tres semanas, principalmente planos de edificios a los que entraríamos, textos históricos e instrucciones sobre cómo seguir las costumbres que se esperaban de una campeona en cada reino. No había prestado demasiada atención porque en aquel momento solo tenía quince minutos libres después de bañarme y antes de caer en un sueño profundo. Ahora lo lamentaba… La grandeza de este palacio haría que me perdiese.

Las paredes cambiaron de tonalidades rojas a un blanco puro. El arte se redujo a una pequeña colección de marcos incrustados en ellas. Quería pararme a examinarlos, pero Jeru me metió prisa. Habíamos llegado al ala de la sultana.

Una pesada cortina de terciopelo tapaba la entrada al siguiente pasillo. Jeru la abrió y reveló filas paralelas de guardias alineados junto a las paredes. Los de Nizahl a un lado, y los de Lukub, al otro.

—La campeona de Nizahl —anunció Jeru, y me dio un empujoncito hacia delante.

Los guardias de Lukub me fulminaron con la mirada. Los de Nizahl me sonrieron. No sabía qué era peor.

«Ve», articuló Jeru, y me obligué a moverme.

Un soldado de cada lado agarró la barra de una puerta y tiró. Las puertas se separaron y revelaron una sala de recepción con una decoración aún más suntuosa que la de los pasillos. Había cintas trenzadas en formas esféricas colgando del techo con tiras de gasa a su alrededor revoloteando junto a las paredes. Un elegante pájaro

con el pico blanco y plumas rojas y llamativas saltaba en una jaula con forma de sabueso rubí.

Arin y una mujer de belleza deslumbrante estaban sentados el uno frente al otro con una bandeja de delicados dulces entre ellos. Ambos levantaron la mirada a mi llegada.

Arin era la viva imagen de la elegancia. No tenía ni un solo cabello fuera de su sitio y había cambiado su uniforme habitual por un atuendo mucho más regio. Juntos formaban una pareja impresionante. Me pasé las manos por el vestido y apenas me contuve de enroscar los dedos en la tela. Anhelaba el confort de mis prendas habituales.

—Su majestad. —Incliné la cabeza—. Es un honor.

Cuando la sultana Vaida se acercó a mí, me quedé boquiabierta. Era ágil y elegante, se movía con la seguridad propia de alguien que le triplicara la edad. Su vestido blanco destacaba sobre su piel suave y oscura. Montones y montones de intrincadas trenzas le caían hasta la cintura con diminutas flores blancas y rojas entrelazadas. Era esbelta y de hombros anchos, y me miró con sus astutos ojos marrón oscuro.

—Sylvia de Mahair. El honor es mío. —Antes de que pudiera reaccionar, se inclinó hacia delante y me dio un beso en la mejilla que me provocó un tic en el ojo, pero conseguí evitar estremecerme con el contacto—. ¿Te unes a nosotros?

—Disculpad el retraso —dije sentándome junto a Arin en el sofá curvo. Para mi sorpresa, no se movió para dejarme espacio. ¿Quería mantenerse cerca por si había que intervenir? Mantuve las manos en mi regazo, consciente de la proximidad del muslo de Arin.

Vaida agitó una mano llena de anillos.

—Detesto los viajes nocturnos por esos bosques. No te culpo. Siempre estaré apegada a mis comodidades.

—Estábamos hablando de lo rápido que habías progresado en el entrenamiento —comentó Arin.

—He tenido una ayuda excelente.

Vaida dejó escapar una risa cantarina.

—No te cortes, querida, y menos conmigo.

Sin pretenderlo, las advertencias de Arin sobre Vaida afloraron a la superficie. Se había pasado horas detallándome lo que podía esperar de todos aquellos a quienes nos encontraríamos en el Alcalah. Su descripción de la sultana me había dejado desconcertada.

«Vaida debe creer que eres insignificante, una simple aldeana huérfana con aires de grandeza. No la desafíes ni destaques de ningún modo —me había advertido—. La sultana juega con la gente, manipula a las personas por mero entretenimiento. Pero si te juzga digna de mayor consideración, su misión vital se convertirá en destripar tus secretos y apoderarse de tu alma».

Arin no era un hombre dado al melodrama.

Vaida se echó una cucharada de azúcar en la bebida.

—Es magnífico que tu fortuna haya cambiado, querida Sylvia. No podía creer la noticia. ¿Una aprendiza de boticario de las aldeas bajas de Omal elegida para el Alcalah? ¿Seleccionada ni más ni menos que por el heredero de Nizahl? Debo confesar que es de lo único de lo que se habló en mi reino durante un tiempo. A mi pobre campeón no le hizo demasiada gracia perder el foco de atención. —Me acercó un cáliz salpicado de rubíes. Me atreví a mirar a Arin, quien me dedicó un leve asentimiento. Cogí la bebida roja y tomé un sorbo.

Karkadé. El sabor seco y penetrante atravesó el exceso de sirope que había vertido en el té de hibisco. Era una bebida de origen jasadí, pero no me alarmé. Tras la caída de Jasad, los buitres habían arrasado con la cultura jasadí, llevándose los pedazos más selectos a sus propios nidos. Había descubierto pruebas de ello en Mahair, cuando vi a los panaderos metiendo aish baladi en sus hornos como si llevaran generaciones haciéndolo. Aunque, a decir verdad, probablemente fuera así en el caso de Adel.

—Estoy muy agradecida —dije cuando me quedó claro que Vaida esperaba una respuesta.

—Ah, gratitud. —La sultana arrugó la nariz—. Córtala con el más afilado de tus cuchillos y deshazte de ella. La gratitud baja más la cabeza de las mujeres para un yugo de lo que la alza para la batalla. Te ganaste tu lugar, ¿correcto?

—Correcto. —Diría cualquier cosa si eso significaba que iba a dejar de hablarme.

—Dime, Sylvia, ¿tu marido espera ansioso en casa a que vuelvas sana y salva?

Parpadeé.

—¿Mi qué?

Capté la inquietud creciente de Arin.

—Vaida…

La sultana habló por encima de él. Era la primera persona que veía con el coraje de hacerlo.

—¿Una esposa, pues? ¿O un amante? —Ante mi continuo desconcierto, Vaida se recostó en su asiento. Parecía muy molesta—. Han pasado años desde mi última visita a Omal, pero ¿acaso todos sus ciudadanos han perdido el aprecio por la belleza?

Mi fachada se quebró levemente y entorné la mirada.

—No os preocupéis, alteza, mi vida no carece de plenitud.

A mi lado, Arin estaba rígido, aunque hacía un trabajo fantástico ocultándolo. Vaida y yo nos contemplamos mutuamente. Pensé en la gente de los pozos, languideciendo en su propia inmundicia. Sufriendo una muerte lenta e indigna.

Arin la había definido como inquietante. Debía apartar la vista para sonrojarme y tropezar con mis propias palabras. Para mi consternación, emergió un remanente de arrogancia real aullando para responder a su desafío.

—¿Quién te proporciona esa plenitud? —preguntó con voz ronca. Miró significativamente a Arin y ambos nos tensamos como si nos hubiera golpeado.

—Basta —gruñó Arin. Incluso su férreo control flaqueaba ante esta mujer—. No enojes a mi campeona. Somos invitados en tu casa.

La atmósfera cambió al instante. Vaida cogió su plato.

—¡Sylvia sabe que solo estoy bromeando! De todos modos, me cae muy bien. La curiosidad es una amante tentadora. Nadie lo sabe mejor que tú, Arin.

A pesar de que la atención de Vaida permaneció en Arin el resto del tiempo, no dudé de que estaba atenta a cada uno de mis movimientos. Demasiado nerviosa para probar los dulces esparcidos sobre la mesa, me quedé en mi lado del sofá hasta que nos retiramos de la sala de recepciones. Arin me condujo por los patios del palacio hacia un deslumbrante jardín de flores.

—Uno de los lugares favoritos de Vaida —señaló.

Había guardias con los colores de los distintos reinos pululando por ahí. Los sirvientes pasaban corriendo a nuestro lado, preparándose frenéticamente.

—Agáchate junto a las amapolas y finge admirarlas.

Arin se sentó en un banco de cemento.

Reprimí una punzada de vergüenza.

—¿Cuáles son las amapolas?

En Mahair no se desperdiciaba tierra fértil para plantas que no se podían consumir o usar con fines medicinales. Las únicas flores que reconocía a simple vista eran las que Hanim me había advertido de que podían envenenarme.

Arin no mostró ni una pizca de desprecio cuando señaló un grupo de flores rojas con pétalos finos como pergamino alrededor de un centro negro y velloso.

Con una leve sonrisa de agradecimiento, me agaché flexionando las piernas.

—Sé lo que vas a decir.

—¿Sí?

—No tendría que haberla mirado así.

—Lo has hecho muy bien, Sylvia.

Fingí arrodillarme de lado junto a las amapolas. Torció la boca con pesar.

—Es cierto que preferiría que no la hubieras mirado así, puesto que Vaida se enorgullece de su provocación. Le pareces interesante, pero no te desafiará si te mantienes cerca de mí. No puede permitirse avivar viejas rencillas entre Lukub y Nizahl.

Se me vino a la cabeza la muñeca de la vitrina de la sala de guerra y su bandera manchada.

—La batalla de Zinish —recordé—. Debe honrar los acuerdos de paz.

—En parte es por los acuerdos de paz, sí. Sin embargo, con tratado o sin él, no querría hacerme enfadar.

Mi vestido se enganchó con una espina de otro grupo de flores.

—Te tiene miedo.

—No es la única capaz de jugar a este juego —comentó con un toque de desdén aristocrático—. Conozco a Vaida desde que éramos pequeños. Tenemos una mente muy similar.

—Vaya. Eso es aterrador. —Recoloqué las piernas en una postura más cómoda. La abertura me dejaba el muslo al descubierto, pero desistí de intentar ocultarlo—. ¿Nos iremos pasado mañana a la hora del crepúsculo?

Arin tardó un instante demasiado largo en responder. Parecía haberse fijado en mi vestido por primera vez en ese momento. Me recorrió con la mirada en un lento escrutinio que me dejó la boca seca. Por normal general, su atención era tan eficiente como él. No se demoraba y, por supuesto, nunca se detenía.

—Te quedan bien los colores de Nizahl.

Algo peligroso se me instaló en la boca del estómago. No pude evitar imitarlo y examinar el cambio de atuendo que había captado antes. Los cordones de la camisa le llegaban hasta la clavícula. Me resultó extraño ver la longitud de su cuello tan expuesto. Se había soltado el pelo en algún momento entre el encuentro con Vaida y nuestra llegada al jardín, y le caía como una nube plateada alrededor de la mandíbula. Arin de Nizahl poseía una elegancia exasperante. Me entraban ganas de abrirlo de arriba abajo y comparar nuestros huesos para comprender por qué los suyos le

proporcionaban ese refinamiento y los míos solo me daban dolores de espalda.

Me entretuve con las flores. Me había pasado tanto tiempo inhalando polvo de los túneles que había acabado trastornada.

—Al crepúsculo, sí —respondió con demora—. Nuestro trayecto hasta Orban es más largo que el de los demás.

Los otros no viajarían a través del Paso Meridiano.

El Paso Meridiano era un cañón llano y estrecho alojado entre dos peñascos rojizos. Aunque solo tenía unos cinco kilómetros, eran muchos los jinetes que encontraban allí su final, aplastados por rocas que caían rodando desde lo alto o perseguidos por los vagabundos y fugitivos que acampaban junto a la entrada.

El Paso también fue el escenario de una masacre. Diez familias jasadíes que huían de la captura en Omal quedaron atrapadas allí con los guardias de Omal a un lado y los de Nizahl al otro. Sufrieron un desenlace espantoso.

La mayoría de los campeones tomarían la ruta que usaban los mercaderes para viajar de Lukub a Orban después del Banquete. Arin no quería arriesgarse a que los Orabi o los Mufsidíes me secuestraran entre la multitud de carruajes, así que seríamos el único contingente que atravesaría el Paso Meridiano.

Estaba a punto de preguntarle a Arin si montaríamos de nuevo en el mismo carruaje cuando un gato naranja se restregó contra la mano que tenía apoyada en el suelo. Me aparté enseguida, aplastando tres flores. Había oído que los gatos callejeros eran comunes en Lukub. Parecía que ni siquiera el Palacio de Marfil podía librarse de ellos. Un gatito me dio con la pata en el vestido y agitó la cola gris entre una pila de pétalos de color rubí. Otro más mayor y presuntuoso se dejó caer en el regazo de Arin y me miró fijamente desde su rodilla. Rascándole las orejas, Arin dijo:

—Deja que te ayuden las sirvientas. Los guardias registran a cualquiera que entre en tu habitación, así que el personal del servicio es terreno seguro. Da mala imagen del servicio de Vaida que tus sirvientas vayan merodeando por ahí.

Reanudamos el paseo cuando los gatos se escabulleron.

—¿Tú permites que tus sirvientes te ayuden a desvestirte y bañarte? —pregunté.

Me sonrojé al instante, arrepentida de haberlo planteado. No me imaginaba a Arin consintiendo que nadie le quitara el abrigo de los hombros o le desabrochara los tirantes del uniforme. ¿Los miraría fijamente mientras lo desnudaban con dedos temblorosos? ¿O contemplaría la pared del fondo con una indiferencia absoluta en cuerpo y actitud?

Fruncí el ceño para mis adentros. Las tonterías de la sultana sobre los amantes me habían trastornado los sentidos. Arin era atractivo, una realidad tan evidente e indiscutible como el sol. Pero me había pasado casi veintiún años siendo capaz de reconocer el atractivo de alguien sin sentirme realmente atraída por esa persona. Nunca había deseado a nadie, jamás había anhelado tener una relación física como las que buscaba Marek.

Por fin empatizaba con las chicas del refugio. Sobre todo con Gana. La fantasiosa pupila se ponía los mejores vestidos de Raya cada semana y cantaba baladas gorjeantes mientras se aplicaba perfume en las muñecas y detrás de las orejas.

«Hay un gran poder en conquistar lo inconquistable», dijo un año después de rechazar las insinuaciones de otro hombre. Todo el refugio había ido a casa de Zeila a tomar té y ahwa como celebración tras un mercado muy exitoso. Zeila había desplegado alfombras de juncos en el suelo y nos habíamos sentado sobre cojines de cuentas con una mesa de madera tambaleándose a nuestros pies.

Yo estaba a unos cojines de distancia con Sefa y Marek, tomando ahwa amargo de una taza agrietada. La conversación de Gana con Daleel había llegado a mis oídos.

«Los hombres no ven a las mujeres, querida Daleel. Solo ven poder. Buscan quién tiene más y con qué facilidad pueden arrebatárselo».

Al parecer, no era un rasgo reservado únicamente a los hombres, porque me recorrió una oscura emoción al pensar en conquistar al heredero de Nizahl, en robarle una parte de poder a Arin en su rendición.

La brisa le agitó el vello del brazo. Se rio y me trajo de vuelta al presente.

—El personal de servicio no tiene permitido entrar en mis aposentos. Hace mucho que Vaida se resignó a mis excentricidades.

Perturbada por la dirección que estaban tomando mis pensamientos, me alejé de él.

—Debería prepararme para el Banquete.

Sin mirar atrás, caminé a través de la sombra de un sabueso rubí que sobresalía del contrafuerte y me metí a toda prisa en el palacio.



CAPÍTULO VEINTIDÓS

Sin el agotamiento necesario, mi cuerpo se negó a conciliar el sueño en un lugar desconocido. Me puse a dar vueltas por la habitación abriendo cajones y sacando el vestido para el Banquete. La noche se volvió más profunda y, aun así, el sueño seguía evadiéndome. Me cambié el camisón por unos pantalones holgados de lino y una túnica sencilla. Si pretendía dormir en algún momento de la noche, necesitaba andar.

Ren se sobresaltó cuando abrí la puerta. Miró mi ropa y frunció el ceño.

—No.

—Necesito ir al baño —le dije.

—Te acompaño.

—No me parece muy apropiado.

Someter a Ren a mi voluntad me resultó más fácil de lo que esperaba. Su apatía por mí era del tipo aburrido: no era tan fuerte como la de Vaun ni tan maleable como la de Wes. Tras unos minutos discutiendo sobre lo insultante que sería para Vaida enterarse de que me sentía lo bastante insegura para necesitar que un guardia me acompañara al baño, Ren se hizo a un lado con el descontento claramente reflejado en la tensión de sus hombros.

—Date prisa.

En el silencio de la oscuridad, los ojos del Palacio de Marfil me siguieron mientras cruzaba el pasillo. El Usr Jasad también era

grande, con alas separadas y multitud de habitaciones sin explorar muy tentadoras para una niña aburrida. Pero, para mí, siempre había sido un hogar antes que un palacio. La amenaza y la magnificencia latían al unísono en el Palacio de Marfil. El palacio de la sultana Vaida transmitía un mensaje contundente: «Cuidado con el abrazo de la belleza, pues sus entrañas son codiciosas, y sus dientes, afilados».

Aunque, a decir verdad, es posible que el Usr Jasad representara lo mismo. El único punto en común que había descubierto entre los nizahlianos y los jasadíes era su odio a mis abuelos.

Doblé la curva y me detuve ante un tapiz de Baira. La awala de Lukub descansaba en su trono con un hombre humano ligero de ropa arrodillado a sus pies. La rodeaban montones de sabuesos rubí. Baira tenía la mano en la cabeza de un sabueso gruñón y sus dedos relucían con magia contra los rubíes rojo sangre. Me estremecí al ver la desesperación en los ojos del hombre en el suelo. Ser mortal en tiempos de los awalín… No podía imaginar una peor maldición.

La escena se desarrollaba a lo largo del pasillo. Mis pasos eran silenciosos sobre la alfombra. El hombre arrodillado a los pies de Baira se levantó y se movió por el tapiz. Se agarró la cabeza y abrió la boca en un grito ahogado cuando una mujer llegó hasta él entre sollozos. Entrelazaron las manos. Los colores del tapiz cambiaron cuando el hombre cayó al suelo, muerto, y la llorosa mujer se desvaneció en el aire. Una ilusión.

El pasillo giró una vez más y el nuevo lado reveló una emboscada. Baira le rodeaba el pecho a Rovial con los brazos, sujetándolo. Dania le dibujaba runas en la frente mientras Kapastra alzaba las relucientes palmas en su dirección. Estaban en el puente Sirauk. Las nubes se arremolinaban por debajo, reaccionando a la magia que vertían los awalín. Su poder había colapsado el mismo cielo.

—El sepelio —murmuró una voz dulce. Me giré buscando una daga que no tenía. La sultana Vaida levantó los brazos en un gesto apaciguador—. Tranquila, tranquila. ¿Te he asustado?

Era una pregunta estúpida, así que le di una respuesta estúpida.

—No.

—¿Te preocupa Felix? El contingente de Omal duerme en el ala norte. —Ante mi mirada inexpresiva, Vaida se tocó uno de los cristales rojos que le colgaban de la oreja. Me guiñó el ojo—. Las noticias corren rápido, querida. Maldito Felix y su horrible temperamento. Condenó a esa niña a un destino terrible.

—¿El sepelio? —repetí optando por no satisfacer su curiosidad. Señalé el tapiz. El Sirauk había sido tejido con minucioso detalle. El puente maldito se adentraba en la niebla blanca tras la refriega entre los hermanos. Rovial tenía los ojos abiertos y desorbitados. Estaba preso de una locura mágica.

Vaida pasó las yemas de los dedos por el rostro de Baira.

—Todos los awalín se sumieron en su sueño eterno de manera voluntaria excepto Rovial. Someter al awal de Jasad los debilitó lo suficiente para caer desde el Sirauk hasta las tumbas que los esperaban debajo.

Escuchar el nombre de mi reino de los labios de Vaida me devolvió la consciencia. Había sido un horror con Arin presente. No tenía ningún deseo de descubrir dónde trazaría los límites en su ausencia.

—Me disculpo por importunaros, sultana. —Me dispuse a marcharme, pero una delicada presión en el hombro me retuvo.

Los ojos de la sultana Vaida brillaban tan oscuros como los míos. Niphran solía decir que eran ojos de kitmer. Nos quedamos nariz con nariz, algo que me resultó irritante porque me había acostumbrado a ser la mujer más alta del lugar.

—Mi palacio posee mucho más que este tapiz. Permite que te lo muestre. —Dejó caer la mano que me había puesto en el hombro con una sonrisa deslumbrante que no cuadraba con la dureza de su mirada—. Insisto.

Echó a andar sin esperar respuesta. Me planteé ceder a la tentación de ignorarla y volver directa a mi habitación. No era súbdita suya y no tenía ningún derecho sobre mí.

La advertencia de Arin me hizo replanteármelo. «No la desafíes ni destaques de ningún modo».

Vaida ya había girado la curva. Maldije entre dientes y me apresuré a seguirla. La sultana de Lukub se dirigió al ala este del Palacio de Marfil. Una hilera de cabezas de sabuesos rubí sobresalía de la pared a nuestra derecha. En lugar de dientes, tenían velas titilantes que proyectaban sombras alargadas sobre el pasillo. El vestido con pedrería de color cereza de Vaida creaba patrones a su paso, con las largas mangas de encaje arrastrándose tras ella.

Giró a la derecha y estuve a punto de tropezar. Había montones de guardias a ambos lados del pasillo. No reaccionaron a mi presencia, sino que mantuvieron la atención fija al frente.

Me detuve en el extremo del pasillo.

—Los guardias del heredero se inquietarán ante mi ausencia.

Me miró por encima del hombro.

—¿Dudan de la seguridad de mi palacio? ¿De la eficacia de mis guardias?

—Por supuesto que no, pero…

—Pues no deberían tener motivos para preocuparse.

Sin darse la vuelta, encogió los dedos indicándome que la siguiera. Por las profundidades malditas del Sirauk, ¿estaba a punto de permitir que esta mujer me matara por el sentido del decoro?

Quizás tenga información. La presencia de Hanim me sobresaltó. *Detesta Nizahl. Podría ser útil.*

Hice una mueca. ¿Por qué no le había pedido a Ren algo para dormir?

En cuanto atravesé el umbral de los aposentos privados de la sultana, las puertas se cerraron con un gemido lastimero. Mientras que los de Arin eran una muestra de austeridad, Vaida llenaba los suyos con todos los colores existentes en los reinos. Una pared era de un índigo intenso; otra, de un sobrio esmeralda. Faroles de todos los tamaños y formas colgaban del techo a dos aguas y sumían la enorme estancia en un cálido resplandor. Su cama era más ancha que la tienda de Rory entera y tenía edredones de diferentes diseños

y grosores apilados a los pies. Era una extraña mezcla de caos y estilo que había llegado a asociar con la sultana de Lukub.

—¿Qué hago aquí? —pregunté olvidando los modales. La vivacidad de los aposentos de Vaida era inquietante, más que si hubiera entrado en una habitación con cortinas rojo sangre y armas oxidadas.

—Cuando me enteré de que Arin había elegido a una huérfana omaliana de una aldea baja, no me sorprendí como los demás —señaló Vaida. Cogió una muñeca de cristal y le ajustó las extremidades antes de volver a colocarla en su mesilla de noche. Se dio un golpecito en la nariz con una uña pulida—. Arin… es capaz de ver a través de las personas. Calcula el potencial y el riesgo como un arquitecto evaluando un terreno prometedor. Ve valía donde los demás podrían ver desperdicio. Y tiene éxito… El campeón de Nizahl ha ganado los tres últimos Alcalah.

Fruncí los labios intentando discernir si me estaba insultando o alabando.

Vaida sacó un ornamentado anillo del cajón de debajo de su mesilla de noche. Lo sopesó brevemente con los ojos cerrados.

—Pero en tu caso, Sylvia, hay más motivos por los que te ha seleccionado como su campeona.

—Si estáis sugiriendo que tengo algún tipo de relación amorosa con su alteza… —Hablé con una voz tan afilada que podría cortar acero.

Vaida resopló y sus aires de realeza se desvanecieron temporalmente y mostraron a una joven solo unos años mayor que yo.

—Querida, si Arin de Nizahl te amara, puedes estar segura de que el Alcalah sería la menor de tus preocupaciones. Arin no es la clase de hombre que priorice el corazón antes que el cerebro. Sus enemigos son numerosos, y concibe todas las formas posibles en que podrían atacarlo. Estoy convencida de que has visto el control que tiene, la mano dura con la que somete su propio temperamento. Aunque fuera capaz de preocuparse por otra persona, dudo que

pudiera llegar a ser lo bastante egoísta para permitirse enamorarse. Conoce su propia naturaleza y los rincones oscuros a los que podría llevarlo el amor.

Ese pensamiento me inquietó por razones que no habría sabido explicar. Había descrito esencialmente a Arin como una bestia con la capacidad de volverse salvaje en cualquier momento.

—Dijo que lo conocíais bien. Es evidente que se equivocaba —espeté con mordacidad—. No está… roto. Sería capaz de amar igual que cualquier hombre.

—Ay, mi dulce Sylvia… —Vaida sonrió mostrando los dientes—. El modo en el que aman la mayoría de los hombres es muy aburrido. Su amor es recurrente, voluble y completamente ordinario. Arin amaría hasta la obsesión. Hasta la locura. Pero ¿quieres saber cuál es el motivo por el que nunca se permitiría amar a otra persona? —Vaida dio un paso en mi dirección y su perfume floral me hizo cosquillas en la nariz—. Arin se consume por aquello que ama. Si se lo pidieras, se arrodillaría y dejaría que lo mataras. Protege su corazón por mero instinto de supervivencia.

La imagen me vino sin que pudiera evitarlo. Arin de rodillas, firme y resuelto. Con la barbilla inclinada hacia delante para aceptar lo que el destino le deparaba. O quizás se volvería salvaje por primera y última vez en la vida, buscando con la mirada desesperada. Me mordí el labio inferior por dentro hasta que noté el sabor de la sangre. No tendría que haberla seguido hasta aquí y darle la oportunidad de llenarme la cabeza con su veneno.

—Basta de hablar del heredero. Tengo algo que enseñarte.

Vaida se deslizó el anillo por el dedo y lo presionó contra la pared esmeralda. Un silbido de aire liberado me arrojó polvo a la nariz cuando el centro de la pared se abrió hacia dentro y reveló una escalera que conducía al vacío. Me aparté, descolocada, buscando cualquier cosa que pudiera empuñar como arma.

—¡Eso ha sido magia!

—Mía no. La magia de Baira sigue manipulando ciertas zonas del palacio. —Levantó el anillo y el sabueso rubí gruñó en su

superficie—. Ven. Conmigo estás a salvo.

No esperó mi respuesta, sino que se introdujo en el agujero y descendió hacia la oscuridad. Tiré de las puertas de sus aposentos. Estaban cerradas. Puse el pie en la puerta y empujé. Nada.

Va a matar a la campeona de Nizahl en su propio palacio, murmuró Hanim. *Ve. Mira a ver qué quiere enseñarte la sultana.*

Maldiciendo tanto las puertas como a los guardias y la realeza, me adentré en la abertura con cautela. El olor a moho se fue intensificando conforme bajaba hacia el vacío. Pasé los dedos por la pared húmeda intentando oír a Vaida. ¿Y si me mataba y dejaba las pruebas aquí encerradas?

Solo tu cuello ya es más grueso que sus dos brazos juntos. Si consigue vencerte, es que mereces morir, dijo Hanim. Fruncí el ceño resistiendo el impulso de comprobar la circunferencia de mi cuello.

Las escaleras desembocaron en un pequeño rellano. Apareció una luz y reveló a Vaida sosteniendo una vela. Solo podía ver a unos pocos metros en su dirección. La oscuridad se agitaba en los extremos. Estaba viva. Hambrienta. Se me erizó la piel. Me sentía como una intrusa violando la santidad de un espacio destinado únicamente a ser ocupado por la mujer que tenía delante.

—Este escondite pertenecía a Baira. Después de ella, todas las sultanas hemos ido heredando la cámara, y la oscuridad se adapta a la voluntad de su nueva propietaria. Si ahora te parece intimidante, tendrías que haberlo visto cuando pertenecía a mi madre. —Levantó la vela más arriba y me fijé en el anillo. Un anillo que, en esencia, también servía para acceder al escondite más privado de la sultana. La semilla de una idea arraigó en mi mente.

—¿Qué hago aquí?

Las luces parpadearon sobre su sonrisa. Detrás de su cabeza, había pergaminos en las paredes. Montones y montones de pergaminos con nombres garabateados en tinta negra.

—Necesito que me hagas un favor, Sylvia. —Pronunció mi nombre con una familiaridad que estaba reservada a los amigos de toda la vida—. Tienes que perder el Alcalah.

Me quedé paralizada. ¿Me había arrastrado hasta una mazmorra rebosante de malicia para pedirme que renunciara al Alcalah? Sopesé las posibles respuestas buscando la versión más respetuosa de «preferiría atragantarme con una sandalia embarrada».

—¿Sabes leer? —preguntó abruptamente. Acercó la vela a la pared, proyectando sombras sobre los nombres garabateados.

Hablaba con fluidez las lenguas nativas de todos los reinos, incluso aquellas que ya casi ni se usaban. Era una capacidad que Arin había descubierto al engañarme haciéndome leer el pergamino de su mesa. Nuestras lenguas se habían fusionado un siglo antes y solo quedaban unas pocas aldeas que hablaran algo diferente.

—No. —Una huérfana de pueblo habría priorizado el trabajo sobre la alfabetización.

Miró por encima del hombro evaluando mi sinceridad. Al parecer, Arin era el único que no se dejaba engañar por mi estoicismo, porque Vaida se dio la vuelta sin discutir.

—Estos nombres pertenecen a miembros del consejo de la sultana Bisai. Personal del palacio. Todos aquellos que participaron en el asesinato de mi madre aparecen en esta pared.

La sultana Vaida dio un paso a la izquierda e iluminó un nuevo conjunto de nombres.

—Estos se sospecha que son espías nizahlianos en Lukub. Hay muchos que no consigo localizar. Son espías enviados durante el reinado del supremo Munqual y que llevan décadas en Lukub. El supremo Rawain instauró una práctica poco después de subir al poder: los huérfanos de Nizahl eran entrenados y enviados a reinos extranjeros. Podían crecer allí y convertirse en parte de la comunidad. Rawain infiltró a niños en nuestros reinos para vigilarnos, dejó que esas semillas traicioneras echaran raíces y drenaran nuestros recursos.

La luz cambió durante un instante y reveló hileras e hileras de nombres diferentes antes de que Vaida se diera la vuelta.

—¿Crees que yo maté a mi madre? —Lo preguntó con un cierto toque de diversión, como una niña pidiendo a sus padres que

adivinaran un número.

—Vi los pozos en el bosque Essam —espeté—. La gente que abandonasteis para que se pudriera en su interior. Si me estáis preguntando si os creo capaz de matar a vuestra madre, me temo que no os gustará mi respuesta.

Vaida soltó una carcajada cuyo eco rebotó por las paredes cavernosas.

—Vaya, ya veo por qué le caes tan bien a Arin. Tienes el odio ardiente de una plebeya y la lengua de un miembro de la realeza.

La oscuridad canturreó y se acercó. La vela en la mano de Vaida era la única barrera que impedía que las sombras nos envolvieran con sus dedos. Quería retirarme rápidamente, pero la penumbra había engullido incluso las escaleras.

—No puedo perder el Alcalah, sultana. Me disculpo si Nizahl os ha causado problemas, pero tengo un deber.

La sultana Vaida se acercó. La vela se interpuso entre ambas y, en el vacío que se extendía a espaldas de Vaida, surgieron hileras e hileras de mujeres con sendas coronas de pedrería de Lukub en la cabeza. Desaparecieron en un instante, aunque la oscuridad quedó impregnada de su presencia. Las sultanas de Lukub. La voluntad de Vaida se manifestó en la mazmorra de Baira.

—No le debes ningún tipo de fidelidad a Nizahl. Si pierdes, Nizahl te abandonará. El ego de Felix te ha privado de tu refugio en Omal, y en Orban tampoco estarás a salvo, puesto que la relación comercial de Orban con Omal le otorga a Felix el derecho de devolver a cualquier ciudadano omaliano a su reino legítimo para juzgarlo. O, en tu caso, para ejecutarte.

Las líneas angulosas del rostro de Vaida se agudizaron en la penumbra. Hinchó el pecho y colocó la vela entre ambas.

—Puedo proporcionarte un hogar, Sylvia. Señala cualquier edificio de Lukub y será tuyo. La patrulla de Felix no podrá tocarte dentro de las fronteras de mi reino. Cualquier puesto de liderazgo en mi ejército estará disponible para ti antes que para nadie más.

La traición despreocupada de su oferta me intrigó. ¿Iría contra sus compañeros gobernantes y se ganaría la ira tanto de Omal como de Nizahl solo para vencer en el Alcalah?

La oscuridad se cerró a nuestro alrededor y no supe qué peligro evaluar, si el que tenía a la espalda o el que me estaba sonriendo. Me rodeé las muñecas con el índice y el pulgar, tranquilizándome con el frío metal de los grilletes.

—¿Por qué me pedís algo así? Existe la posibilidad de que pierda de todos modos sin ningún tipo de incentivo.

Vaida desestimó la pregunta con un giro de muñeca.

—Los tres campeones escogidos por Arin en los últimos nueve años se han alzado con la victoria. Nizahl no ha perdido ni un solo Alcalah desde que Arin era pequeño. Estoy segura de que ha elegido a otra ganadora.

Se me aceleró la respiración mientras luchaba contra la presión de la noche por todos los costados. La oscuridad olía a fruta olvidada bajo el sol, dulzona y podrida. Me metí los nudillos en la boca para reprimir una arcada.

—Sí, los aposentos de Baira son poco acogedores con quienes no poseen el anillo. Yo sufría la misma reacción cuando mi madre me traía aquí. —La vela se estaba consumiendo, la mecha no era más que un nudo. Tras unos instantes, la luz se desvaneció—. Piensa bien en lo que vas a hacer, querida. Piensa en tu boticario cojeando por su tienda. En el refugio destartalado y sus huérfanas desaliñadas. En la joven parlanchina y sus sillas. Si sales vencedora del Alcalah, no podré hacerte daño. Pero Arin no es el único capaz de orquestar la destrucción de sus enemigos. Felix me debe un favor, se le puede convencer de que olvide ciertos accidentes trágicos en una aldea baja.

Mis grilletes se calentaron. Parte de la oscuridad se disipó cuando mi magia se acercó a la superficie en respuesta a sus amenazas. Dolor. Rabia. Miedo.

—¿Qué ganáis si pierdo? ¿Por qué estáis tan decidida a conseguir el triunfo de vuestro campeón?

Las sombras se desvanecieron y el zumbido de mi magia resonó en el vacío.

—No te preocupes por mis ganancias. Céntrate en lo que puedes llegar a perder tú. Piensa en tus seres queridos. —Vaida se apartó y apoyó la espalda en la pared opuesta. Había una determinación escalofriante en su mirada. Retrocedió un paso más—. Y, por encima de todo, piensa en ti.

Dio un último paso y la vela moribunda proyectó su luz en la pared que quedaba tras ella. Montones de rostros con la boca abierta en gritos silenciosos sobresalían de las paredes. Tenían la piel estirada y moteada, y los ojos no eran más que un agujero enorme en los cráneos descoloridos.

Delante de ellos, Vaida sonrió y las sombras extinguieron la luz.



Fui directa a la habitación de Arin.

A pesar de las amenazas de Vaida, la sultana se había precipitado y había cometido un error en el que nunca había caído Arin: había sobreestimado enormemente mi predisposición al riesgo.

Lo que podía ganar al aceptar su oferta era sustancial. Había envuelto su propuesta con la cantidad adecuada de persuasión, tentación y coacción. Perder el Alcalah y tener un hogar en Lukub. Perder el Alcalah o perder mi aldea.

Por desgracia, no tenía interés en redibujar los límites de mi prisión para que coincidieran con los de Lukub. Asumiendo por supuesto que Vaida no fuera a venderme al mejor postor en cuanto Felix y Arin manifestaran el deseo de colgar mi cabeza en las puertas de su palacio. Arin se había ganado mi confianza (aunque después de clavarme varias dagas), y eso no era un recurso que llevara por duplicado.

Localizar su habitación me resultó ridículamente fácil. Era la única aparte de la mía que contaba con su propio grupo de guardias.

Wes y Jeru no parecieron muy contentos de verme.

—Ren ha venido a decirnos que no te encontraba —me informó Wes.

—He ido a darme un baño.

—Tienes el pelo seco.

—No me lo he lavado. Dejadme pasar. Tengo un asunto urgente del que hablar con el heredero.

Jeru miró a Wes y se encogió de hombros.

—Nos dijo que ella podía entrar cuando quisiera.

Arqueé las cejas. ¿En serio?

Wes llamó a la puerta dos veces.

—¿Señor?

—Adelante —dijo Arin con voz distraída. Wes suspiró y me abrió la puerta. Arin no levantó la mirada cuando entré y Wes cerró con un portazo resentido.

El heredero de Nizahl me daba la espalda. Llevaba unos pantalones holgados para dormir atados a la cintura y nada más. La bandeja con la cena se encontraba abandonada encima de la cama. Arin estaba inclinado sobre la mesa con la cadera a un lado mientras garabateaba algo en un pergamino. Observé el pronunciado ángulo de sus hombros y las hendiduras de su columna y me pregunté si su espalda sería más complicada de partir que la del soldado.

—Tu habitación es más grande que la mía —comenté.

Arin tensó los músculos de la espalda. Me dejé caer en la cama y revolví lo que había en la bandeja. Mojé un trozo de pan en la mulujía verde oscura. Hacía rato que se había enfriado y la capa superior se pegó al pan.

Arin se dio la vuelta. Se recostó y se agarró las manos por encima de la mesa.

—¿Quieres cambiármela?

Me tragué el bocado con dificultad. Mi mirada se demoró en su pecho. Las pruebas de nuestro encuentro con el sabueso rubí todavía no se habían curado por completo. El vendaje que llevaba

ahora parecía mucho más limpio que el que le había hecho yo improvisadamente con las mangas.

—No. La mía está más cerca de las escaleras.

Por la falda sagrada de Dania, estaba muy pálido. Como si alguien hubiera extendido un pergamino sobre él y lo hubiese llamado piel. En otra persona me habría parecido enfermizo, pero Arin tenía un torso largo y esbelto. Su cuerpo poseía la clase de poder que solo se adquiría con años de combate implacable. La elegancia de su belleza se reflejaba en la forma marcada de sus caderas y los huecos de sus clavículas.

Arin arqueó una ceja, demasiado divertido para mi gusto.

—¿Pasa algo, Sylvia? Te has puesto lívida.

Puse los ojos en blanco. Por supuesto, él no era ajeno al efecto que tenía sobre los demás. Su atractivo era un arma más de su arsenal, perfeccionado hasta adquirir una excelencia letal.

—Es mi tono natural, te lo aseguro. —El eco de un intercambio que había tenido lugar hacía una eternidad.

Acerqué la bandeja a la mesa para darle privacidad. Arin sacó una túnica del armario y se la metió por la cabeza. Exhalé cuando lo vi vestido de nuevo mientras me presionaba las mejillas ardientes con los nudillos. Maldita fuera Vaida.

Era extraño. Me había pasado mis años de formación sin nada más que un interés pasajero por los hombres de Mahair. Aunque pudiera llegar a soportar que me tocaran, carecía de las habilidades requeridas para una verdadera intimidad. Una mano demasiado cerca de mi cuello o cualquier presión repentina y… era más probable que acabara estampando a mi amante contra la pared que abrazándolo.

El Alcalah no era el momento adecuado para algo tan absurdo. Eché un vistazo furtivo mientras Arin se ataba el chaleco y me arrepentí al instante. Si la mente de Arin era como una daga bien afilada, su cuerpo era una armadura. No podía imaginar a nadie tocándolo y saliendo indemne. Estar con él sería una dulce

aniquilación, demasiado para que un cuerpo de carne y hueso pudiera soportarlo.

Basta. Hice girar los hombros. Lo que me pasaba era que había dormido poco y que estaba demasiado cerca de la muerte.

El heredero se acomodó en una silla de madera.

—¿Esta visita nocturna tiene algún propósito o solo querías comerte mi cena?

—Me gustaría llegar a un acuerdo.

Arin se recostó con las manos entrelazadas sobre el regazo.

Se lo conté todo. Cómo Vaida me había atraído a su ala del palacio y lo del anillo que presionó contra la pared para abrir el escondite de Baira. Describir esa oscuridad viviente me resultó más difícil y evité expresar el miedo que había experimentado al apagarse la vela. Había tropezado por las escaleras al subir a toda prisa y pasar corriendo por delante de los estoicos guardias.

—Hay nombres de las personas a las que mató. Nombres de espías nizahlianos que viven en Lukub. Rostros… Rostros masacrados que podrían pertenecer a esos mismos espías.

La expresión de Arin no varió hasta que hablé de la amenaza de Vaida y la oferta que me había propuesto a cambio de perder el Alcalah.

—Y me cuentas todo esto sabiendo que no puedo impedir que aceptes el trato de Vaida ni evitar que ella te refugie en Lukub. No a menos que te exponga como jasadí, lo cual me arruinaría, retrasaría el Alcalah y proporcionaría a los Mufsidíes y los Orabi la oportunidad de buscar una nueva víctima. —Los ojos de Arin relucían con un brillo de aprobación—. Impresionante.

Agité la mano imitando una reverencia.

—He adquirido todo un amplio abanico de habilidades bajo tu tutelaje. Tras considerar los beneficios de la propuesta de Vaida, he decidido que no superan los riesgos. Riesgos como vivir en un segundo reino destrozado por una guerra con Nizahl.

Ante mis palabras, Arin sonrió abiertamente. Mi corazón, que había funcionado de maravilla durante mis casi veintiún años de

vida, se estremeció al verlo. Los milagros de esa noche eran infinitos.

—Te preocupaba que la realeza te tendiera trampas invisibles. Y aquí estás, superándolas.

No tan rápido como él, intervino Hanim. *Averiguó el plan de Vaida mientras aún estabais hablando.*

Tracé las líneas del brazo acolchado del sillón. No pude apreciar el cumplido, esperaba equivocarme. ¿Se había vuelto loca Vaida?

—Si violara los acuerdos de paz de Zinish, Lukub sería arrasada. Omal y Orban unirían fuerzas con Nizahl para defender el tratado.

Arin encogió un hombro.

—No si Nizahl violara el tratado en primer lugar. Cuando el campeón de Lukub se alzara con la victoria, supongo que ella secuestraría a un soldado nizahliano o a un miembro del consejo para asesinarlo. El acto de matar al vencedor de un reino es una declaración de guerra en sí misma, y los ejércitos de Vaida, preparados, se moverían hacia Nizahl.

La crueldad del plan de Vaida me provocó una oleada de repugnancia. Daría inicio a una guerra devastadora… ¿para qué?

Arin se mantuvo impasible. Ya había presenciado cómo Nizahl arrasaba un reino entero.

—Nunca ganaría una guerra contra Nizahl —comenté—. Ni aunque se pasara tres vidas preparándola.

—Algo la ha convencido de que sí lo haría.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué arriesgarse?

—Puede que culpe a la Ciudadela del asesinato de su madre. Puede que no le importe que sus soldados mueran en masa. Le da igual. No estoy cuestionando la sabiduría de las acciones de Vaida. —Arin ladeó la cabeza—. Por otra parte, la inteligencia de las tuyas… ¿Con qué quieres negociar, Suraira?

Llevaba todo el trayecto desde el ala de Vaida dándole vueltas a esa cuestión. Solo había una respuesta posible. Había hecho una promesa y tenía la intención de cumplirla.

—La liberación de Marek y Sefa —respondí enseguida—. Si les permites regresar a Omal después de la segunda prueba, permaneceré fiel a nuestro plan.

A diferencia de Arin, mi temperamento no llevaba bien los largos periodos de silencio. Jugueteé con el cojín de borlas mientras trataba de adivinar en qué estaría pensando Arin.

Cuando tenía siete años, uno de mis mentores se puso enfermo. Soraya había intentado animarme construyendo un laberinto con los libros más gruesos de Niyar. Habíamos esparcido arroz por los túneles sinuosos y doblado trozos de tela para crear callejones sin salida. Una vez listo, Soraya cazó unos pocos grillos para que corrieran por el laberinto. De los veinte que competían, solo uno lo logró. Había saltado sobre los libros y mirado a su alrededor, estudiando nuestra creación improvisada. En lugar de descender hacia la masa de grillos que correteaban abajo, había saltado sobre los lomos de los libros y atravesado el laberinto.

«¡Ha hecho trampa!», había gritado yo ahuecándolo en mi falda.

«Puede ser. —Soraya cogió al grillo y lo sostuvo sobre su dedo—. Para ganar un juego, hay que analizarlo desde todos los ángulos, amari. De lo contrario, no podrás superar la conmoción y asegurarte la victoria».

Finalmente, Arin habló.

—Sufriré una pérdida sin ganar nada a cambio. Y tus deberes no varían, independientemente de tus opciones.

El miedo me recorrió los huesos.

—Habla claro. ¿Qué quieres?

—Mata al campeón lukubí durante la primera prueba —dijo Arin—. Si acabas con él, eliminarás la posibilidad de que Vaida lo use para instigar la guerra.

Es un adversario digno, comentó Hanim complacida, muy a su pesar. *Ha llegado a una conclusión eficiente para un problema potencial.*

Eficiente. Siempre era eficiente. Me levanté de la silla y me acerqué a la ventana que daba al patio. Desde esa altura, podía ver

más allá de los límites del Palacio de Marfil, más allá de las nobles ciudades que lo rodeaban. Montañas nevadas salpicaban el horizonte como dientes torcidos.

—Si el campeón lukubí pierde la primera prueba de manera natural, no podrá ser el vencedor. ¿Por qué asesinarlo y provocar aún más a Vaida?

—Vaida no sabrá que lo has matado tú. Solo los campeones entran al Ayume. Los primeros tres campeones en cruzar el bosque y escalar el acantilado pasan a la segunda prueba. El campeón de Lukub nunca llegará al acantilado. Será una tragedia, pero no una sin precedentes en el Alcalah. —Arin apareció a mi lado para contemplar Lukub junto a mí—. Vaida no habrá elegido a un campeón débil. Si no intervienes, lo más probable es que pase la prueba. Y, si te limitas a sabotearlo, él informará a la sultana cuando llegue.

Arin de Nizahl surgió de la densidad del pandemonio político. Trazaba cada camino invisible hasta el final y se aseguraba así la victoria.

Tragué saliva para disipar el nudo que tenía en la garganta.

—Si lo hago, se les asignarán soldados a Sefa y Marek para escoltarlos hasta Mahair.

—Muchos —confirmó Arin. Podía notar su mirada en un lado de la cara—. Los soldados tendrán la tarea de proteger Mahair por si Vaida busca venganza.

Tracé formas en la ventana empañada. Los lukubíes carecían de la fortaleza para afrontar un destierro de sus hogares y de la magia para integrarse en sociedades extrañas.

—Solo tú eres capaz de presentar un asesinato como la opción lógica.

El aliento de Arin me rozó la cabeza. Me daba la impresión de que, si la giraba, estaríamos a un pelo de distancia.

—¿Estamos de acuerdo?

Aparté la mirada del brillante reino.

—Estamos de acuerdo.



CAPÍTULO VEINTITRÉS

Como una buena campeona, permití que las sirvientas me ayudaran a vestirme para el banquete. Zizi, Mirna y Ava charlaban sin parar mientras me desenredaban el pelo y me arreglaban el vestido. Hacían comentarios sobre la comida, los invitados y los guardias errantes. Intentaron frotarme el cuerpo con aceites aromáticos, pero les aparté las manos de un manotazo. Mi cortesía tenía sus límites.

Como estaban ahí en calidad de personal del heredero, Sefa y Marek cenarían con los soldados. Cuando las sirvientas se marcharon, saqué los guantes dorados de Rory del equipaje. Necesitaba algo que me anclara a casa, una línea que seguir hasta la orilla en el mar de lo desconocido.

Apoyé la palma de la mano en el espejo. La mujer del reflejo tenía una silueta imponente con un vaporoso vestido negro. Un fino encaje violeta la cubría desde las caderas hasta los pechos y dejaba al descubierto franjas de piel. La falda era más corta por la parte de delante, lo cual permitía entrever unas botas de tacón, y caía en una sedosa cascada por detrás. Llevaba un colgante con el emblema de Nizahl expuesto debajo de las clavículas. El cabello le descendía en brillantes mechones alrededor de la cara.

Majestuosa. Imponente. Como una reina falsa.

Apreté el colgante y cerré los ojos. Me permití imaginarme arrancándomelo del cuello y aplastándolo bajo la bota. Me visualicé

quitándome el vestido y prendiéndole fuego, borrándome la mancha de Nizahl del cuerpo con agua hirviendo.

Con un vestido nizahliano bajo un techo lukubí me sentía como la heredera de Jasad más que nunca. ¿Era posible echar de menos a alguien a quien apenas había visto? La persona en la que me habría convertido de no ser por un tropiezo de las arenas del destino.

Inexplicablemente, la rana que hacía guardia saltó a mis pensamientos. El frenético croar que avisaba a sus compañeras de que se acercaban mis manos a pesar de que se estuviera poniendo en peligro a sí misma. ¿Qué hacía que esa rana fuera más valiente que las que habían huido?

Abrí los ojos. Me froté el suave metal de los grilletes, centrada en mi objetivo. Sería casi Essiya hasta el final del Alcalah, cuando me convertiría por fin en Sylvia. Yo misma era mi fantasma más persistente, y estaba harta de que me atormentara.

Abrí la puerta. Las cejas de Wes casi desaparecieron en su cabeza de tanto que las elevó.

—Ah.

Qué elocuente. Caminé a paso rápido por el pasillo abarrotado. Teníamos que reunirnos en la enorme escalinata del segundo piso. Todos los gobernadores, excepto Vaida, descenderían con sus campeones. Si llegaba tarde dos veces e interrumpía la entrada triunfal de Vaida, Arin podría decidir empujarme por las escaleras.

Había un grupo de guardias, miembros de la realeza y campeones en lo alto de la escalinata, conversando. Un murmullo de expectación vibraba en el aire. Busqué a Arin con la mirada y lo encontré camuflado en un rincón con los brazos cruzados sobre el pecho. El único color que presentaba su conjunto negro era un cinturón violeta alrededor de la cintura estrecha y unos detalles a juego en su abrigo. Se había cepillado el pelo, pero un mechón rebelde y plateado le caía sobre la sien. Con los hombros anchos y su elegancia característica, Arin observaba a los demás fingiendo aburrimiento. Un depredador aparentando ser dócil, probablemente

considerando todos los modos creativos en los que podrían intentar matarlo. Era la amenaza más hermosa que había visto en mi vida.

Arin levantó la vista y se quedó paralizado. En sus rasgos se reflejó todo un despliegue de emociones. Demasiadas y demasiado complicadas para nombrarlas.

Se enderezó y recorrió mi vestido con la mirada.

—Sefa ha hecho un trabajo espectacular con tu vestido. —Parecía aturdido. Lo había visto a punto de morir desangrado e incluso en esas circunstancias se había mostrado mucho más sereno—. Aunque así no te vas a ganar el aprecio de Vaida.

—¿Cómo? —conseguí preguntar.

—La costumbre es que la anfitriona eclipse a sus invitados. —Los ojos de Arin destilaron buen humor y algo más tranquilo e íntimo. Algo que solo era para mí—. Se lo has puesto imposible.

Apenas lo escuché. Una sensación rarísima me recorrió todo el cuerpo, una violencia que no logré reconocer. Violencia…, no era esa la palabra adecuada.

En contra de mi voluntad, le toqué el mechón suelto de la sien. Arin se quedó quieto como una estatua mientras se lo colocaba detrás de la oreja. Mis dedos se demoraron de más en la fuerte línea de su mandíbula. Deseé de la manera más irracional que mis guantes se disolvieran en cenizas. Aunque, de todas formas, sin ellos, él no me habría permitido tocarlo.

Menudo giro irónico del destino. Yo buscando un contacto que se me negaba.

—Ya está —dije acercándome la mano temblorosa a la falda. Quería seguir adelante, burlarme de su implacable dominio, hundir mis manos codiciosas en su sedoso cabello y ver cómo el hielo de sus ojos se convertía en llamas líquidas. Mi control se estaba resquebrajando bajo una presión que era incapaz de reconocer; no podía fiarme de mi propio cuerpo—. Ahora nos odiará a ambos.

El ritmo constante de un tubluh atravesó el escándalo. La multitud guardó silencio y se giró hacia la escalera. El personal de servicio, ataviado con delicados vestidos rojos o túnicas de color

marfil, abrió las imponentes puertas del banquete. Todos se apelotonaron en el extremo de la amplia escalinata, agarrándose a la barandilla o inclinándose hacia delante. Yo me quedé atrás con Arin. Ya había visto más que suficiente de las ostentosas exhibiciones de Vaida.

—El rubí de Lukub. El campeón de nuestra brillante sultana Vaida. Alzad la voz por el próximo vencedor del Alcalah, ¡Timur de Lukub!

Los pasillos se quedaron a oscuras cuando se apagaron los faroles a nuestras espaldas. Un resplandor rojizo iluminó las paredes y proyectó sombras ardientes sobre nosotros. Los sirvientes esparcieron un polvo en las antorchas y los invitados chillaron cuando el fuego se elevó en nubes rojas y anaranjadas. Las llamas rugían entre las fauces de los sabuesos rubí que sobresalían de las paredes y de los balaustres a ambos lados de la escalinata. Nos vimos envueltos en carmesí mientras el atronador crepitar del fuego se fundía con los murmullos de emoción.

—¿Cómo crees que se sentiría si supiera que vimos un auténtico sabueso rubí? —susurré.

Un exquisito destello de rencor atravesó fugazmente el rostro de Arin.

—Tendría impulsos homicidas.

—Nada nuevo, en ese caso —respondí, y Arin se mordió el labio tratando de contener una sonrisa.

—¿Están mejorando mis intentos por ser graciosa?

Controló sus rasgos casi al instante, pero era demasiado tarde. Había revelado algo que no pretendía, un detalle que no cuadraba con la impresión que yo tenía de él. Arin de Nizahl era un hombre de veintiséis años con el hastío de quienes se consideraban por encima de todos los presentes, esforzándose por no reírse con la chica que tenía cogida del brazo.

Quizás Arin también fuera su propio fantasma.

El heredero de Omal y su campeón estaban a nuestra izquierda. La mirada fulminante de Felix se me clavó en un lado de la cara. Esperé a que Arin se distrajera ajustándose las mangas para guiñarle

el ojo a Felix. El niñato enrojeció y ensanchó las fosas nasales. Nadie debería llegar a su edad sin recibir una buena paliza. Eso forjaba el carácter. Me encantaría ser quien le metiera la humildad en la cabeza a base de puñetazos. ¿Acaso no estaban para eso los primos?

Arin me ofreció la mano.

—¿Vamos?

Mi guante dorado se deslizó sobre el suyo negro. En un arrebato de nervios, dije:

—Vamos combinados.

En vez de aprovechar la oportunidad que le había brindado para burlarse de mi absurdo comentario, Arin suavizó la mirada.

—Por supuesto.

Empezamos el descenso en perfecta sintonía con las demás parejas. El dramatismo le sentaba bien a Vaida, quien se había puesto la corona para la ocasión. Ella y su campeón bajaron los escalones en primer lugar. Cuando llegó nuestro turno, una extraña grieta se abrió en mi interior. Fue como si mi polvorienta mitad omaliana se quedara en lo alto de la escalinata observando a la decorada mitad jasadí descendiendo del brazo del heredero más poderoso de los reinos.

Él va del brazo de la reina más fuerte desde los awalín, dijo Hanim. *O, al menos, de su fantasma.*

—¿Debería vigilar lo que como? Felix no parece muy contento de verme.

Arin inclinó la cabeza para hablarme al oído.

—Está Ren en la cocina supervisando a los cocineros. Y tenemos a sirvientes probando la comida. No te preocupes. Vaida jamás permitiría que algo tan vulgar como un intento de asesinato le arruinara el banquete.

El salón comedor me dejó sin aire. Colgaban faroles de cadenas blancas atadas al techo abovedado de cristal. Iluminaban los pétalos blancos que florecían por la pared este y las enredaderas de color marfil que se entrelazaban entre los seis sabuesos rubí. Los

sabuesos rodeaban la sala en distintas poses de movimiento. No podía haber una mesa más extravagante en todos los reinos. Los sirvientes acercaron unas sillas de respaldo alto mientras entrábamos.

—Los emblemas de vuestro reino indican vuestro asiento —anunció Vaida. Ella ocupó su lugar a la cabeza de la mesa y dejó su copa sobre el reposabrazos en forma de garra—. Mis invitados lukubíes, podéis sentaros donde haya sitio.

Miré a Arin entrando en pánico. No me había preparado para la posibilidad de sentarnos separados. Yo carecía de su agilidad de palabra y de su carácter equilibrado. Me estrechó los dedos con la mano enguantada una vez antes de dirigirse al lado opuesto de la mesa. Un sirviente me guio más allá, donde vi el emblema de Nizahl grabado en la vela que titilaba ante mi plato.

Miré a mi alrededor y contuve un gemido. La campeona de Orban y el de Lukub se situaron a mis lados, y el de Omal, enfrente.

Supongo que podría haber sido peor. Podría ser Arin, atrapado entre Vaida y Felix. Los campeones estábamos sentados en un extremo de la mesa, y la realeza, en el otro. Los doce nobles que había invitado Vaida ocuparon sus lugares en el centro; su animada charla resonaba por todo el salón.

Unos pocos sirvientes se afanaron por llenarnos las copas con un vino floral. Al otro extremo de la mesa, Felix me miró con el labio fruncido. Levanté el cuchillo sin filo del plato y le sostuve la mirada mientras me golpeaba la parte plana de la hoja contra la mano. Se estremeció y oculté una risita detrás de la muñeca. La idea de no tener que fingir me resultó embriagadora. Fingir que me costaba cargar cajas porque tenía que parecer débil. Fingir que sonreía cuando quería gritar porque una aldeana debería sentirse agradecida por cualquier destino que fuera más allá de un marido y seis hijos.

La oferta de libertad de Vaida nunca podría haberme proporcionado eso. A mí misma.

¿Y quién eres tú?, preguntó Hanim con desprecio. *¿Crees que puedes arrancarte como una flor del jardín que te crio, de las raíces*

que te formaron? El pasado es nuestro sol, Essiya. Solo lograrás florecer si dejas que te ilumine.

—Hola —dijo una voz profunda a mi derecha que me devolvió al presente. El campeón de Lukub me sonreía. Era un hombre atractivo con la piel unos tonos más oscura que la de Sefa y un brillo en la mirada que deslumbró a varias sirvientas, que le echaron vino de más. Era alto, de una estatura parecida a la de Arin, y con un cuerpo robusto de esos que solo se consiguen con años de trabajo—. Sylvia, ¿verdad?

—¡Sí! ¿Timur? ¿O era Mehti? Discúlpame, no he comido en todo el día preparándome para el Banquete. Apenas puedo pensar. —Extendí la mano para tocarle el brazo y reprimí el escalofrío que me provocó el contacto. Era más fácil de soportar si lo iniciaba yo. Tal y como era de esperar, la cautela se desvaneció de los ojos de Timur. Sonreí y le estreché el brazo una vez más antes de soltárselo—. ¡Me ha encantado tu presentación! Lo del fuego ha sido… —Gesticulé exageradamente como si me costara encontrar las palabras adecuadas en mitad de la tormenta de admiración.

Timur se rio. Bien. Los campeones no se sentirían cómodos con la campeona de Nizahl si pensaran que me parecía en algo a mi heredero. Necesitaba que se relajaran.

—Gracias —dijo—. Es un placer conocer a otra campeona de las aldeas bajas.

La campeona de Orban, Diya, se giró hacia nosotros. Llevaba vigilándola por el rabillo del ojo desde que se había sentado. Arin no tenía mucha información sobre ella. Y ese hecho lo estaría atormentando enormemente, estaba segura. Diya de Orban no poseía ningún talento distinguido. Era bajita y curvilínea y sostenía su bebida como si alguien fuera a intentar envenenarla. Arin me había contado que la decisión de Sorn de elegirla campeona había desconcertado a Orban. Y, a primera vista, compartía la confusión.

—Creo que la campeona de Orban también proviene de una aldea baja de su reino —comenté con magnanimidad.

—Qué interesante que hayas recordado un detalle así pero hayas olvidado el nombre de Timur —señaló Diya sin mirarme.

La campeona le frunció el ceño al sirviente que trató de vertir vino tinto en su copa. Llevaba el pelo rapado por ambos lados y los largos mechones del centro alisados hasta la nuca. Se metió los dedos entre la ondulada melena castaña y se la echó a un lado.

Timur golpeó mi plato con la cuchara.

—Ignórala. Pretende ganar el Alcalah a base de puros desaires.

La sultana Vaida hizo tintinear su copa para silenciar las conversaciones. Llevaba los ojos delineados de blanco y destacaban bajo la corona. Los rubíes brillaban en el ajustado corpiño de su vestido color marfil. Una capa de flores blancas ondeaba tras ella con un aroma dulce y penetrante, casi empalagoso. Dos horas más y tendría que reemplazarla. Los dignatarios lukubíes miraban a su sultana con una devoción que solo había visto destinada a los awalín.

—Hace miles de años, nuestros awalín tomaron la desgarradora decisión de salvar los reinos que habían fundado purgando al mundo de su magia. Baira, Kapastra y Dania se reunieron en el Sirauk para planear cómo detener a su hermano. El awal de Jasad no podía ser encerrado ni asesinado. La magia que le corría por las venas había devorado todo rastro de humanidad, y a lo que quedaba le importaban poco los destrozos que causaba. Nuestras valientes awalas, temiendo que su magia pudiera llevarlas por un camino similar, decidieron confinarse en la misma trampa que contendría a Rovial. Rovial siguió a Dania hasta el Sirauk, conspirando para atacar a la awala de Orban. Pero ella tenía intenciones ocultas. Como sabéis, sus hermanas estaban esperando. La adorada Baira de Lukub se acercó por detrás y rodeó a Rovial con su abrazo inquebrantable. Dania le dibujó unas runas en la frente que garantizarían un sueño eterno. Kapastra de Omal levantó las manos y activó la magia que habían tejido alrededor del puente. Los eruditos creen que Rovial gritó con tanta fuerza que los cielos se estrellaron contra la tierra. Nubes y truenos envolvieron a los hermanos mientras se

precipitaban por el puente hasta quedar atrapados en las tumbas que los esperaban abajo.

Vaida alzó su copa. A mi alrededor, todos la imitaron rindiendo homenaje a su sórdido relato. La magia de Rovial, la locura de Rovial. En su mente, eran sinónimos. El destino de Jasad se había sellado en ese puente, y me repugnaba el hecho de brindar para celebrarlo.

Se me erizó el vello de la nuca. Arin me estaba mirando. Tenía que interpretar un papel, y la dignidad no formaba parte de la actuación. Levanté la copa. Mis grilletes brillaron bajo la luz roja de la lámpara.

Esta es la libertad que buscas, dijo Hanim. *No vas a burlarte de los estúpidos herederos de Omal, gritar ni ser fuerte, sino mantenerte callada. La libertad es la verdad, y hace falta valor para hablar con ella.*

—Por nuestros campeones. El Alcalah os convertirá en rivales, pero debéis recordar que los awalín a los que rendís homenaje en estas pruebas fueron familia y nos salvaron a todos trabajando codo con codo.

—¡Por nuestros campeones! —exclamaron los comensales alrededor de la mesa.

Timur hizo chocar su copa contra la mía y mi sonrisa se tensó como una rama bajo una rodilla, capaz de romperse en cualquier momento.

—Tu sultana es una oradora muy elocuente —comenté.

—Pues tendrías que oír sus discursos durante el Sedaín. Con solo levantar el dedo, las masas la siguen a donde vaya.

El Sedaín era la realineación lukubí anual de la mente, el cuerpo y la sangre. Ayunaban durante tres días. El primero lo dedicaban al estudio académico; el segundo, a actividades físicas, y el tercero, a hacer sangraduras. Usaban sanguijuelas, espinas o dientes de animales para drenar la «mala sangre» y quedar cada vez más y más puros. Por supuesto, la mala sangre era cualquier rastro de magia. ¡Ja! Vaida sería capaz de preparar caldo con cabezas de

bebés si eso significara que su reino podría tener la ventaja definitiva sobre Nizahl: magia y preparación para la guerra. A Jasad le faltaba una de esas cosas.

Cuando nos trajeron sopas humeantes, panecillos de mantequilla y bandejas rebosantes de pato y cordero asado, olvidé la ira y me llené el plato.

El campeón de Omal se atiborró tanto de pato como de cotilleos. Para desgracia de quienes estaban sentados cerca, Mehti disfrutó haciendo ambas cosas al mismo tiempo. Corpulento y bronceado, el campeón de Omal se parecía a los trabajadores de la granja de Yuli.

Me inquietaba que Felix le hubiera ordenado que me saboteara de algún modo. A medida que avanzaba la comida, se hizo evidente que no tenía de qué preocuparme. La inteligencia de Mehti cabía en uno de los dedales de Sefa. La cuarta vez que le dio una palmada en el trasero a una sirvienta que pasaba no pude seguir conteniendo la lengua.

—Mehti, ¿verdad? —pregunté. Fingí mirar a Vaida—. Yo tendría cuidado si fuera tú. He oído que la sultana le cortó el brazo al último hombre que osó tocar a una de las chicas de su palacio sin permiso.

Mehti se limpió la boca con la manga y frunció el ceño con desconfianza.

—¿Es eso cierto? —le preguntó a Timur.

Timur parecía la personificación de la sinceridad.

—Muy cierto. Le habría cortado la cabeza directamente si no se hubiera tratado de un noble.

A Mehti se le cayó en el plato la grasienta ala de pato que se estaba comiendo.

—¿Le cortó el brazo a un noble?

Apreté los labios para contener un resoplido. Hasta Diya dejó de masticar para escuchar.

Timur partió una zanahoria por la mitad.

—Hasta el hombro.

El campeón de Omal no se molestó en ocultar su consternación.

—¿No se supone que las mujeres lukubíes son más… —gesticuló intentando fallidamente mostrar decoro— dadas a la aventura?

—Así es, pero tienen la peculiar necesidad de elegir con quién vivir esa aventura. —Timur se encogió de hombros—. Solo espero que no sientan también la necesidad de quejarse de ti a Vaida.

Mehti no movió las manos durante lo que quedaba de comida. Timur me guiñó el ojo y me arrancó una sonrisa auténtica.

Por el hacha sangrienta de Dania, no disfrutaría nada matándolo.

Los estómagos llenos fomentaron la cordialidad entre el grupo. Tras devorar el fetir desmenuzado y bañado con miel y mermelada, nos dirigimos todos al patio. Me apoyé contra el marco de la puerta para observar la celebración. Felix apareció junto a mi hombro con una copa en la mano y una sonrisa falsa estampada en la cara. Ambos miramos al frente.

—¿Te lo estás pasando bien?

—De maravilla —respondí—. ¿Has empujado a alguna niña delante de un caballo últimamente?

Tensó el agarre de la copa, aunque siguió hablando en tono ligero.

—La noche es joven.

Si Niyar y Palia no hubieran asesinado a mi padre, habría sido Emre el que hubiese asistido al banquete como heredero de Omal. Felix, sobrino de Emre, no habría sido más que otro miembro de la realeza olvidado en el palacio.

—Cuando pierdas el Alcalah, ¿tienes alguna preferencia sobre cómo te gustaría ser ejecutada? Yo me inclino por el desmembramiento, aunque estoy abierto a sugerencias —dijo mi primo mirando con lascivia a una sirvienta que pasaba cerca.

—Cuando me convierta en vencedora, ¿cuán suntuoso quieres que sea el festival que se celebre en mi honor? Quizás organizar un festival después de la pérdida de Mehti sería demasiado vergonzoso. El heredero de Nizahl vino a Omal y eligió a una campeona digna, mientras que el heredero de Omal fracasó al hacer lo propio. No

pienses en mi éxito como una humillación, sino más bien como un regalo necesario para Omal.

Felix se bebió lo que le quedaba en la copa y juntó los labios.

—Creo que la mejor parte del año será clavar tu cabeza en mi jardín privado.

Me llevé una mano al corazón. Hacer enfurecer al heredero de Omal mientras las leyes de amnistía le prohibían ponerme un solo dedo encima era demasiado divertido.

—Ah, qué triste. Espero que el año que viene te resulte más gratificante.

Sorn le hizo un gesto a Felix para que se acercara. El odio del heredero de Omal quemaba el aire nocturno, y había demasiados dientes brillantes en su sonrisa.

—Ojalá sobrevivas a la primera prueba. Estoy deseando recibiros a ti y a las ratas de tu aldea en el palacio de Omal. —Tras su ominosa promesa, tiró la copa a los pies de un sirviente y se unió a Sorn en el otro lado.

—Cortesanas —dijo una voz cerca de mi hombro. Diya observaba a Mehti descansando en el césped con un cuenco de uvas y fresas apoyado en el pecho—. ¿Sabes cómo llaman a una casa de putas en Lukub? —La campeona de Orban no esperó a que respondiera—. Una casa.

La miré.

—Tienen costumbres diferentes. No deberíamos juzgar tan a la ligera.

Diya se rio. Representaba los colores de Orban con un sencillo vestido verde musgo hasta la rodilla atado a la cintura con un cinturón de ante marrón. Los brazaletes de batalla de Dania tintineaban alrededor de sus muñecas bronceadas.

—Qué diplomática.

Arin querría que conversara educadamente con ella para recabar toda la información posible sobre la misteriosa campeona.

—Orban tiene unas tradiciones peculiares.

La recopilación de información podía esperar. Felix me había dejado con ganas de provocar.

Levantó la barbilla.

—Somos una cultura del honor fundada en tradiciones longevas. Lukub es el lugar al que acuden los adolescentes desobedientes a saborear el libertinaje. No pretendas compararnos.

La chica de Sorn parecía estar excavándole la boca con la lengua mientras que otra le besaba el hombro. Quería preguntarle si consideraba que ese tipo de exhibicionismo era honorable. Tratándose de su heredero, seguro que lo veía como una demostración de virilidad.

—Tu heredero no es inmune —señaló.

Arin y Vaida compartían un banco con las cabezas juntas. Era evidente que estaban manteniendo una conversación privada, y el modo en el que Vaida se inclinaba hacia él sugería intimidad. Sabía que Vaida quería destruir su reino con la misma convicción con la que sabía que Arin le partiría el cuello sin pensárselo dos veces. Aun así, se me formó un nudo en la garganta.

Intenté reprimir la ira desconocida que me había invadido las entrañas.

—¿Cómo fuiste elegida campeona?

Una sirvienta nos ofreció una bandeja de makroudh en forma de diamante. Levanté uno de los dulces rellenos de dátiles y le di las gracias. Diya rechazó la bandeja con un gesto de la mano. La felicidad estalló en mi lengua con el primer bocado mantecoso. Tras casi dos meses de comidas nizahlianas, estaba lista para enterrarme en manjares.

—Apuñalé a mi madre y a mi padre cuarenta y tres veces a cada uno —espetó Diya como si nada. Me atraganté con el segundo mordisco y tosí migas. Prosiguió—: Su alteza Sorn me salvó de la horca. Tenía una cualidad que él buscaba para el campeón de Orban. Tienes pasta de dátil en el vestido.

Me sacudí el vestido evaluando de nuevo a la pequeña campeona.

—¿Ochenta y seis puñaladas sin ningún calambre de muñeca? El Alcalah no te supondrá un gran problema.

Diya resopló y su indiferencia altiva me recordó mucho a la de Rory.

—No era un cuchillo muy pesado.

Antes de que pudiera pensar una respuesta a sus palabras, Timur se acercó soplando sobre la superficie humeante de su té de menta.

—Me parece que este es el mejor rincón del Banquete —comentó—. Sobre todo, porque no está Mehti.

El campeón de Omal estaba deleitando a unas cortesanas demostrando lo rápido que podía arrastrarse hacia atrás con los codos.

—Arrastrarse sobre los codos es una habilidad crucial para los campeones —bromeé—. Y para los cangrejos.

Diya parecía haber alcanzado el límite de compañía que toleraba. Se marchó hacia el estanque de los cisnes sin despedirse. Timur se apoyó en una pared a mi lado, sumergiendo y sacando la hoja de menta de su té.

—¿Te ha contado cómo fue elegida? Tienes la misma expresión que yo cuando me enteré.

—¿Debería asustarme que esté más intrigada que otra cosa?

Me metí el resto del makroudh en la boca. Era muy fácil conversar con Timur. Seguro que a Marek y Sefa les caería bien el campeón lukubí.

—Por supuesto.

—Maldita sea. —Me sacudí las migajas de dulce del vestido y relajé los músculos con fingida indiferencia—. ¿Y qué hay de ti, Timur? ¿Por qué la sultana Vaida eligió a alguien de las aldeas bajas como campeón?

—Ah, me temo que la historia no es tan interesante. Llevo años frecuentando festivales por todo Lukub y gané todos los combates que se celebraban en nuestros pueblos. El general del ejército de la sultana Vaida me invitó al Palacio de Marfil para que me reuniera con ella. Me propuso ser su campeón y le dije que no.

Lo miré de reojo esperando que soltara una carcajada y apoyara las manos en las rodillas.

—¿Disculpa?

Timur se bebió el resto de su té de menta.

—Le dije que no la primera vez. Mi madre y mis dos hermanas dependen completamente de mi salario y no podría permitirme el lujo de trabajar mientras recibía la formación necesaria. La sultana me aseguró que ella misma me pagaría el salario. Me ofreció más, pero yo no quería que se esparcieran rumores de que la corona de Lukub necesitaba comprar a su propio campeón, no después de la amabilidad de la sultana Vaida. Cuando me haga con la victoria, mi familia tendrá mucho más de lo que puedo ganar como cantero.

—Veo que en Lukub tenéis un pequeño problema de ego.

Timur golpeó la pared que tenía detrás al impulsarse. Se balanceó sobre los talones.

—¿Vas a decir que a ti te preocupa perder el Alcalah?

Imité su sonrisa. Su muerte sería dulce. Sería tanto una disculpa como una muestra de piedad.

—Claro que no.

Todo el peso de Mehti se abalanzó sobre Timur y lo tiró al suelo. El campeón de Omal se sentó a horcajadas sobre el campeón de Lukub y levantó los brazos entre una oleada de aplausos.

—La clave de un ataque sorpresa… —empezó Mehti.

Timur le puso un pie en el torso y lo lanzó al otro lado del patio. Mehti rodó pendiente abajo y se detuvo a los pies de Diya. Ella le pisó el pecho y siguió andando.

—¿Cómo es? —preguntó Timur sentado con las piernas cruzadas sobre el césped. No me hizo falta seguir la línea de su mirada para saber a quién se refería. No había muchos hombres a los que un campeón pudiera reverenciar.

—Eficiente. —Miré de reojo y vi a Vaida acercándose a Arin, juntando sus cuerpos desde el hombro hasta la cadera. Le dijo algo a Sorn mientras acercaba la mano hacia la rodilla de Arin. Este cogió

una copa de una sirvienta y apartó sutilmente la mano errante de la sultana.

Timur gimió.

—¿Has estado meses entrenando con Arin de Nizahl y lo mejor que se te ocurre es «eficiente»?

—¿Qué quieres saber, Timur? —pregunté sorprendida por el segundo intento de Vaida de tocarle la rodilla a Arin. Disfrutaba de su resistencia—. Es brillante. Frío, astuto. Come demasiado despacio, tiene una obsesión insana por los mapas y, si pasa tiempo suficiente entre el caos, acabará matándote y organizándolo u organizándolo y matándote.

—Mucho mejor —dijo Timur—. No consigo comprender cómo has logrado entrenar con el comandante de Nizahl. Yo no soy capaz de mantener una conversación con él sin deshacerme en un charco de sudor. —Un sirviente pasó con vasitos de mahalabía y captó la atención de Timur. El campeón de Lukub corrió tras él y se despidió de mí con la mano.

No me di cuenta de cuánto tiempo llevaba observando a Arin y a Vaida hasta que apareció Jeru.

—No te preocupes. Ella no puede jugar con su alteza —me tranquilizó—. Ya lo han intentado voluntades más fuertes que la suya.

Arin suponía un desafío imposible y a la sultana no había nada que le gustara más que esforzarse en algo condenado al fracaso.

—¿Crees que es demasiado pronto para que me retire a mis aposentos?

—Me parece que su alteza quería que…

Pasé por delante de Jeru levantándome las faldas y subí los escalones.

—Su alteza está ocupado. —Jeru hizo ademán de seguirme, pero me giré y puse la mano entre ambos—. Puedo ir sola a mi habitación. Me quedaré dormida en cuanto me quite el vestido. Nos espera un largo viaje y estoy cansada. Ven a vigilar mi puerta solo cuando se termine la fiesta. Tu desaparición alertaría a los demás.

Aunque claramente desconcertado, Jeru se quedó atrás. Me abrí paso entre los sirvientes que retiraban los restos del Banquete. Mis botas resonaron al subir por la escalera, donde pude descansar de la multitud escandalosa. Cerrar la puerta que me separaba del resto del palacio permitió que la tensión de mis hombros se relajara.

¿Por qué debería molestarme que Arin y Vaida se pasaran la noche charlando? Si ella decidía tocarle la rodilla y susurrarle al oído, ¿qué más me daba? Era una descarada por seguir acercándose y deleitarse con la elegancia con la que él la rechazaba.

Unos golpes en la puerta interrumpieron la batalla que se estaba librando en mi interior.

—¿Quién es? —pregunté.

—Ava, mi señora. Me han dicho que podría necesitar ayuda para quitarse el vestido. —A la joven sirvienta le temblaba la voz. Probablemente, estuviera nerviosa por tener que ocuparse de una campeona ella sola.

Había olvidado la cantidad de ataduras que tenía el vestido. Ganchos entrecruzados en la espalda cubiertos por una capa de delicado encaje. Bendito fuera Jeru por haberse dado cuenta de que no podría llegar a los enganches sola. Para ser justa, podría simplemente cortar el vestido para quitármelo, puesto que no tenía intenciones de ponérmelo nunca más.

Abrí la puerta e invité a pasar a Ava. El cabello le caía en cortinas largas a los lados de la cara y mantenía la cabeza gacha. Era la lukubí más recatada que había visto hasta el momento.

—Cierra la puerta, por favor. No necesitaré ayuda con nada más esta noche —le dije. Le di la espalda y lancé los guantes sobre la cama—. Diles a Zizi y a Mirna que no se molesten.

Al menos, estaría descansada para el viaje del día siguiente. Si Arin preguntaba por mi marcha repentina del patio, podía inventarme cualquier indisposición.

Me quedé quieta, pero Ava no se acercó a las cintas. La miré. Rebuscaba algo en su bolsa dándome la espalda. ¿Quería calmarse antes de manipular los ganchos?

Me giré hacia ella con un suspiro.

—Puedo hacer…

Una daga se clavó en mi pecho.

El tiempo se ralentizó hasta detenerse. Un suspiro después, estalló el caos.

Actué sin pensar, el instinto fue más rápido que las sensaciones y agarré la empuñadura antes de que Ava pudiera retirarla.

En la fracción de segundo que estuvimos lo bastante cerca para compartir respiración, distinguí los contornos cambiantes de un glamur. Parpadeé, tiré de las comisuras y el glamur se desvaneció.

—Hola, amari —susurró Soraya.

No. No, no, no. No era posible. No podía ser real.

Me alejé tambaleándome y sujetando con fuerza la empuñadura. El mundo me daba vueltas y la daga que me atravesaba el pecho no era nada en comparación con la tormenta que se había desatado en mi corazón.

—Estás muerta —jadeé.

Los largos rizos de Soraya habían desaparecido, reemplazados por un peinado corto y recto. Las ondas negras enmarcaban un rostro joven envejecido antes de tiempo. En ese momento tendría quizás unos veintisiete años. Unas pequeñas cicatrices recorrían los dedos de mi antigua asistenta.

—¿Te duele? No debería. Lo siento. Tenía que hacerlo rápido —dijo Soraya mirando la daga con preocupación, como si se hubiera materializado en mi pecho durante una conversación casual—. Si vacilaba, habría perdido los nervios. —Se dejó caer pesadamente sobre la cama—. Matarte es lo más difícil que he hecho nunca, y lo peor.

Eso era demasiado. No podía concebirlo. No podía procesarlo.

Soraya estaba ahí. Estaba viva.

Y había acudido a matarme.

Repasé mis opciones rápidamente. Su posición me obstaculizaba el camino a la salida. Asumiendo que las otras sirvientas no

estuvieran involucradas en su plan, no sabrían que debían venir a ayudarme tan temprano.

—Tu glamur debe de ser excelente. —Apoyé una mano en la pared luchando contra mis rodillas, que querían ceder. Un dolor abrasador me invadía el pecho—. Para colarte entre el personal de la sultana…

Los ojos de color miel de Soraya se suavizaron. ¿Cómo se atrevía? No tenía derecho a mirarme como si le importara después de… después de…

—La verdad es que no. Me mantenía oculta y el glamur distorsionaba cualquier destello que alguien pudiera ver.

Nos miramos mutuamente y el sentimiento de traición venció a la ira. Me tembló la voz.

—¿Por qué me haces esto?

Los ojos de Soraya se llenaron de lágrimas de inmediato.

—No quería hacerlo, Essiya. Recé por que hubieras tenido una muerte rápida durante la Cumbre Sangrienta. No quería que te enteraras de esto. —El rostro de Soraya se endureció y una rabia aterradora se apoderó de sus facciones. Nunca había visto en ella una expresión que no fuera de paciencia o de diversión discreta—. Tendría que haberme imaginado que la qayida Hanim lo estropearía todo.

—¿Lo estropearía todo al no asesinarme? —Dejé escapar una carcajada—. Todos estos años creía que el destino no podía maldecirme con nadie peor que Hanim y, todo este tiempo, tú…

La indignación la hizo erguirse.

—¡Si ella hubiera hecho lo que tenía que hacer no habría sucedido nada de esto! ¡Todos nuestros esfuerzos no estarían en peligro porque la reina legítima de Jasad sigue viva! —Soraya caminó de un lado a otro en mis aposentos—. Tendría que haberlo sospechado. Ya arruinó nuestros planes una vez.

El dolor de mi pecho se intensificó y se convirtió en una agonía que apenas me permitía pensar. Mi mente obstinada trabajaba a

máxima velocidad intentando encontrar el sentido a las palabras de Soraya.

—Eras tú —jadeé—. Tú eras la Mufsid rebelde. Tú me atacaste en el bosque con el espectro de Hanim.

Tosí y salpiqué las sábanas de rojo. La sangre me empapaba la pechera del vestido y me manchaba los dedos. Suponía que me quedaban unos diez minutos antes de que el daño causado fuera irreversible.

—Sí, y si Arin se hubiera quedado durmiendo, podríamos haber evitado toda esta farsa de los campeones. Los demás están desesperados por atraparte antes que los Orabi y traerte a nuestras filas. Para empezar, han olvidado por qué se fundó nuestro grupo. Yo no. —La mujer que me miraba no tenía piedad. Era peor que Hanim porque al menos la antigua qayida intentaba ocultar su odio—. No hay lugar para la realeza en el Jasad que planeamos revivir. Tus abuelos trajeron la destrucción a nuestro pueblo, y no resucitaré el sistema que nos falló una y otra vez. Los Mufsidíes fuimos creados para forzar el cambio, para reclamar el poder de Jasad y aplastar a todos los reinos que buscaban aniquilarnos. —Le temblaban los labios mientras recogía los guantes de Rory de la cama—. Por mucho que te quiera.

Palpé a tientas detrás de mí en busca de cualquier cosa que pudiera usar como arma. Se me deslizaron los dedos al chocar con una protuberancia curva. El cristal de la ventana.

—¿Querer? —susurré. Pensé en Sefa y en Marek siguiéndome al Essam en mitad de la noche para enterrar a un soldado nizahliano. Arriesgándose a morir para encontrarme después de la walima, abandonando sus vidas en Mahair para volver a ser fugitivos—. Ahora sé lo que es el amor y no se parece en nada a esto.

Soraya estrechó los guantes contra su pecho.

—¿Sabes por qué te he llamado «amari»? No significa solo «bonita mía». «Amari» significa «luna mía». Eso es lo que fuiste para mí. Algo constante y auténtico. Lo único que quería era hacerte feliz. —Soraya arrojó mis guantes a un lado y exhaló con

determinación—. Sin embargo, ha llegado el momento de que el sol se alce sobre Jasad, Essiya. Llevamos demasiado tiempo viviendo en la noche oscura.

—¿Estáis matando jasadíes, pero soy yo el sistema que trae la destrucción a nuestro pueblo?

La Soraya frustrada no me miraba con tanta atención como la melancólica. Envió mi silla hacia el armario de una patada y aproveché la oportunidad para apoyar la mano en la ventana. Me incliné sobre el cristal. Solo necesitaría mi magia durante una fracción de segundo; sin embargo, vacilar supondría la condena.

Dolor. Rabia. Miedo.

Todos esos sentimientos me recorrían el cuerpo, pero ¿cuál necesitaría para despertar mi magia?

—Solo matamos a los jasadíes que son demasiado débiles para unirse al movimiento por recuperar nuestra tierra. Es una bendición para ellos morir bajo nuestra espada y no bajo la de un soldado nizahliano. —Una energía febril se apoderó de Soraya mientras hablaba—. Piénsalo, Essiya. Una Jasad construida sobre la igualdad, sin realeza ni nobleza. Nada de aldeas bajas. Los abundantes recursos de Jasad disponibles para cualquier ciudadano que los desee. Eso es lo que construirán los Mufsidíes. A los Orabi no les importa el tipo de reino que se alce siempre que sea suyo.

Era la tercera vez que alguien difamaba el honor del régimen de mis abuelos. «Una Jasad construida sobre la igualdad» me recordaba inquietantemente a «muros corruptos del Usr Jasad» y a «no han existido dos monarcas más pérfidos desde ellos». Hanim odiaba al malik y la malika con cada fibra de su horrible ser, pero siempre había asumido que sus historias eran solo eso… historias. Si la mitad de lo que me había contado sobre mis abuelos y el trono de Jasad era cierto…

Hanim me había explicado que los vilayatos habían intentado derrocar a mis abuelos. Me había hablado de rebeliones y levantamientos desde Yanub Aya hasta Laf il Rud. Los vilayatos superiores se unían detrás de la corona mientras que los más bajos

quemaban cosechas a modo de protesta. Pero los Mufsidíes pertenecían a los vilayatos altos y la mujer Mufsid con la que me había topado había dejado claro que me querían por mi magia y mi nombre. ¿A quién le habían mentido? ¿A mí o a Soraya?

—Mis abuelos te dieron un empleo. Te confiaron a la heredera de su hija. ¿Por qué aceptaste si tanto los odiabas? —Me temblaba la voz. ¿Por qué fingía preocuparse por mí si no lo hacía en realidad?

Soraya dio un paso en mi dirección. Tenía los ojos húmedos. No me creí su ternura ni un instante. Ya había demostrado ser una gran intérprete.

—Tenía mis motivos, Essiya. No tenía planeado encariñarme de ti. Intenté odiarte con todas mis fuerzas, ver la podredumbre de la realeza en tu dulce carita. Pero me rodeabas la cintura con los brazos, apoyabas los piececitos sobre los míos y me pedías que te dejara acompañarme a hacer los recados. Eras una criatura de lo más cariñosa e inteligente.

Apenas podía concebir una época en la que pudiera abrazar a alguien sin que el pánico me clavara sus garras. Y… ¿cariñosa?

Las palabras se abrían paso a través del anillo de agonía que me ardía en el pecho. No me quedaba mucho tiempo.

—Deja de distraerme. ¿Por qué los Mufsidíes consideran que había corrupción en Jasad cuando eran quienes más se beneficiaban? ¿Por qué odiáis tanto el trono?

La mirada de Soraya se endureció.

—Ya sabes por qué.

—Pues no.

Soraya me agarró la cabeza antes de que pudiera reaccionar. Me clavó las uñas en los rizos mientras acercaba mi rostro al suyo.

—¿Por qué se convocó la Cumbre? Antes de que impulsara la Guerra de Jasad, antes de convertirse en la Cumbre Sangrienta… ¿Por qué se reunieron los reinos? ¿Qué estaban discutiendo?

Intenté que apartara las manos sin mover el torso.

—¡Era una niña! No me acuerdo.

Me apretó dolorosamente con los dedos.

—Amari, ¿sabes por qué permití que los Orabi descubrieran tu existencia a pesar de que odio a esos mocosos débiles de carácter? ¿Por qué me separé de los Mufsidíes, un grupo que he liderado durante media vida, cuando decidieron reclutarte en lugar de enterrarte? —Los iris de Soraya, salpicados de dorado, se clavaron en los míos—. Tienes la capacidad y el poder para ser peor que todos lo que te preceden. Puedes transformarte para sobrevivir en cualquier condición en la que te encuentres. Somos de donde estamos. De donde venimos. Las generaciones de nuestra sangre y nuestras raíces. Pero tú… le rompiste el brazo a una niña por no subirse contigo a un árbol y te olvidaste de ello al día siguiente. Prendiste fuego a la colcha más preciada de Dawoud solo porque no te dejaba jugar con ella en el patio y luego le preguntaste por ella cuando no habían pasado ni dos horas. Tu mente es un laberinto de espejos que únicamente reflejan los recuerdos que tú decides guardar. Lo mejor que hicieron el malik Niyar y la malika Palia por Jasad fue ponerte esos grilletes.

Respiré contra su frente. ¿De qué estaba hablando? Me pusieron los grilletes cuando tenía seis años. Antes de la llegada de Soraya. ¿Cómo se había enterado?

—Se lo pregunté dos veces. Si no iba a usar los brazos para trepar conmigo, no le hacía falta tener los dos sanos. —Esas palabras vacías brotaron de un lugar lejano y… Oh, recordé. Mervat Rayan con la cara roja, sus gritos estridentes y el hueso asomando a través de la manga.

Pero no. Essiya era buena. ¿Lo era? Essiya era amable y compasiva, no tenía nada que ver con la joven que crio Hanim. ¿Cómo podría hacer algo así?

Soraya me soltó con una carcajada seca.

—Recordarás lo que hicieron tus abuelos cuando tu mente refleje el espejo adecuado.

Suspiró y se puso a juguetear con las joyas que había sobre la mesa.

—Lamento haber tardado tanto en encontrarte. Estuviste extremadamente bien protegida tras la Cumbre Sangrienta y nadie te buscó con demasiado ahínco. Te creíamos muerta hasta que un nuevo recluta nos sugirió que buscáramos de nuevo a Hanim. Esa vez, el hechizo nos guio directamente a su tumba. En cuanto la vi, supe que estabas viva. Creí. Te buscamos, incluso cuando los demás nos llamaron ingenuos. Tus grilletes resistían los hechizos de rastreo más fuertes y pasaron años hasta que localicé ese horrible pueblo omaliano.

¿A cuántos jasadíes había masacrado durante su persecución? ¿Cuánta sangre de nuestro pueblo habían derramado sus manos?

Mis grilletes se estrecharon. ¿Cuánta sangre habían derramado las mías?

—Tú guiaste al comandante hasta Mahair.

—Ah, sí. Nos preocupaba que te matara él primero. Pero, por supuesto, Arin no puede dejar pasar una oportunidad. —Pronunció su nombre con familiaridad, con un cariño exasperado—. Me imagino que sigue enfadado.

Antes de que se gire, Essiya, dijo Hanim. *¡Ahora!*

Todavía tenía muchas preguntas, pero Soraya no mataría a otra jasadí esa noche.

—¿Quién te crees que eres para decidir qué jasadíes deberían vivir o morir? —gruñí—. No eres mejor que el supremo.

Mi magia latía perezosamente. Tiré más del hilo, abriendo los dedos contra el grueso cristal.

Soraya giró la cabeza hacia mí, pero era demasiado tarde. El cristal explotó y llovieron fragmentos a nuestro alrededor.

Me lancé por la ventana.

La caída no duró mucho. Un silbido en el aire y aterricé con fuerza en un macizo de flores. El impacto me dejó temblando y sentí que tenía las extremidades rotas y descuartizadas. Se me aflojó la mano con la que sostenía la empuñadura de la daga. La sangre fluyó despacio hacia mi garganta desde esa nueva posición.

Fui consciente de unos gritos resonando en la lejanía.

Me fijé en Soraya. Me gruñó desde la ventana, rodeada por el cristal roto. Se giró y desapareció en la habitación.

Escapará. Va a escapar.

Había aterrizado sobre las amapolas que había visto por la tarde. Para mi disgusto, goteaba sangre sobre los pétalos aplastados. Vi puntos negros bailando ante mis ojos y mezclándose con las estrellas. Si moría, al menos el Palacio de Marfil sería una última visión hermosa.

Se congregó una multitud a mi alrededor. ¿Qué hacían agolpándose ahí? ¡Tenían que buscar a Soraya!

Por fin, Arin se abrió paso entre ellos. Me invadió el alivio. Arin la encontraría. Él no permitiría que Soraya escapara. Al verme, palideció y se volvió hacia los presentes.

—¡Que traigan a un médico! —rugió. Jeru y Wes alejaron a los curiosos.

Se dejó caer de rodillas a mi lado.

—Quédate conmigo, Sylvia. Ya viene la ayuda.

—Está escapando —susurré. Arin me apartó el pelo de la cara y se acercó a mí. Giré la cara hacia su mano, cambiando temporalmente el pensamiento por consuelo.

—¿Qué? —Su preocupación me inquietó. ¿Por qué parecía perturbado? La Mufsid rebelde andaba cerca. Era la persona a la que había intentado encontrar prácticamente cada día durante el entrenamiento.

—Está cerca. La Mufsid… Soraya. Ve.

Mis palabras no daban lugar a equivocación. Arin retrocedió negando con la cabeza.

—No. No, te ayudaré yo mismo —gruñó. Empezó a tirar de su guante. Jeru y Wes se quedaron atrás. Les hice una señal invisible para que intervinieran, para que lo detuvieran.

—¡Arin! —Con el último vestigio de mis fuerzas, le agarré la manga. Ese movimiento hizo que se me derramara más sangre por el pecho.

«Está escapando», articulé una y otra vez.

Si me curaba delante de todos esos testigos, estábamos acabados. Mi secreto quedaría al descubierto, y sus planes, arruinados. Pero si la atrapaba, si yo aguantaba lo suficiente hasta su regreso… Si, si, si… Podría haber terminado.

Un sonido áspero escapó de la garganta de Arin, una singular expresión de devastación que alteró sus hermosos rasgos.

Me relajé. Había tomado una decisión.

Con una maldición en voz baja, el heredero de Nizahl se levantó de un salto.

—Mantenedla con vida —rugió con un tono tan amenazante que Jeru y Wes retrocedieron.

Desapareció y varios brazos se alargaron hacia mí. Agradecida, renuncié a mi control sobre la consciencia.



ARIN

Era ella.

El nombre que había pronunciado Sylvia no era el mismo que le habían dado a él diez años atrás y, aun así, lo supo.

Ya lo había engañado una vez. No volvería a suceder.

El caballo salió disparado con Arin encima. Saltó sobre un abrevadero y espantó a un rebaño de ovejas. La mujer iba dando tumbos intentando disipar los rastros de su magia, pero él la sentía deslizándose sobre su piel como la más fina de las espadas. Esta vez no se le escaparía.

Arin se inclinó hacia delante y espoleó al caballo a velocidades peligrosas. La mujer se escondería en algún lugar ruidoso. Había muchas opciones donde elegir. Las aldeas altas de Lukub estaban celebrando el Alcalah junto al Palacio de Marfil, con las calles plagadas de multitudes vestidas de blanco y rojo. Los artistas giraban sobre plataformas elevadas moviendo los pies descalzos al ritmo del tubluh. Había caos por doquier.

Un caballo apareció junto al suyo.

—Su alteza, he venido a ayudar —dijo Wes. Le faltaba el aliento.

—¿Qué haces aquí? —La alarma le tensó todos los músculos del cuerpo—. ¿Está…?

—No, no. La campeona está viva. Jeru y Ren están con ella y los médicos. Allí no estaba haciendo nada útil, por eso me he marchado.

Arin miró a Wes. Sentía cómo se iba desvaneciendo el rastro de la magia de Soraya. Si pretendía albergar alguna esperanza de

atraparla, debía moverse. Cortarle el paso en el callejón detrás del festival y ganar el juego que ella había empezado cuando Arin tenía dieciséis años.

Si perseguía a Soraya, Sylvia moriría.

Era un hecho. Su herida era demasiado profunda. Y era probable que se hubiera roto varios huesos al caer.

Arin necesitaba a Sylvia para capturar a los Mufsidíes y los Orabi. Atrapar a Soraya satisfaría su ego, pero no contribuiría a su misión.

Una voz razonable le recordó a Arin que podía torturar a Soraya para sacarle la información necesaria. La mujer había estado muchos años con los Mufsidíes; con la persuasión incentivada por el dolor, Arin podría sonsacarle su ubicación. Y sospechaba que también la de los Orabi.

Lo único que tenía que hacer era espolear a su caballo.

«¿Por qué no debería comportarme como una asesina si voy a sufrir el mismo destino de todos modos?». El fuego danzaba en su cabello. Vaun gruñó. Sus ojos oscuros, que tendrían que haber estado iluminados con el dorado y plateado de la magia jasadí, rebosaban dolor. Una agonía tan intensa que Arin sospechaba que había dejado de verla como lo que era. Ella lo habría reinterpretado como ira, como una cualidad innata de su carácter. Arin pensó que era incomprensiblemente volátil, que carecía de dominio emocional. Era probable que ella creyera lo mismo. Estaba sangrando delante de él, pero la herida mortal no podían verla ninguno de los dos.

—Si Sylvia sobrevive, regresará —le dijo a Wes. Su leal guardia abrió los ojos de par en par.

—Señor, no podéis pretender dejarla marchar. Lleváis persiguiéndola desde…

Arin giró su caballo hacia el Palacio de Marfil y tiró de las riendas.



CAPÍTULO VEINTICUATRO

Me hundí entre nubes de niebla y ceniza, esforzándome por encontrar un punto de apoyo.

Estaba en la enfermería con otras dos sombras. Había un bebé durmiendo en un rincón.

—¡No puedes hacerle esto! —jadeó una mujer frágil. Un escalofrío me recorrió el cuerpo tembloroso al reconocerla. Isra de Nizahl. La madre de Arin—. No sobrevivirá. Por favor, Rawain, tienes que esperar.

La segunda sombra tomó forma. Retrocedí y golpeé la cuna del bebé. El supremo no reaccionó, ajeno a mi presencia. El supremo Rawain observó a su esposa llorosa con desdén.

—¿A ti qué más te da lo que le suceda a mi hijo?

—Es tan mío como tuyo. Por favor, te lo suplico. Cuando tenga dos o tres años. Entonces podrá soportarlo. Imagina el poder de tu ascenso con un heredero sano a tu lado. Tu padre te tenía a ti. ¡Y mira cómo prospera! Cuando te conviertas en supremo, Arin será tu heredero. Tu legado.

Rawain palmeó el orbe de cristal que había en el extremo de su cetro. Al verlo, su esposa alcanzó al bebé y lo sujetó en sus brazos.

—Dos años, tres no —gruñó Rawain—. No puede recordar la pérdida.

Ella meció al niño en sus brazos acariciando sus mechones negros.

¿Pelo negro?

Unas voces flotaban en la nada pronunciando mi nombre. Mi nombre falso.

Las voces discutían en voz alta. Una de ellas, melódica a pesar de la ira, hizo que la consciencia se abriera paso a través de la neblina.

Tenía mucho frío.

La voz cambió y se acercó. La voz rítmica habló en un nizahliano suave. Miré el espacio en el que solía estar mi mano, sobresaltada por una presión fantasmal.

Aterricé en un vacío de oscuridad. El agua me lamía las piernas.

La negrura se retorció y se fundió en cuatro tronos ante mí. Retrocedí tambaleándome. Se me enganchó el pie en una piedra escarpada. Si hubiera tenido cuerpo, podría haber sangrado.

Todos los tronos tenían ocupante menos uno. Brillaban con la gloria de las estrellas y el sol, la única luz en ese yermo páramo. Eran el tiempo, la vida y la muerte hechos magia, existiendo más allá de los reinos de las almas terrenales.

Unas lágrimas reverentes me cayeron por la barbilla y se unieron a las aguas superficiales que se movían bajo los awalín.

—Una eternidad de sueño no garantiza su seguridad —dijo Kapastra, la amada madre de Omal—. ¿Y si nos despertamos?

—¿Y si no? —susurró Baira. Su belleza me abrasó a tal profundidad que no pude levantar la mirada por segunda vez—. ¿Y si moramos eternamente entre los límites de la vida y la muerte?

—No podemos permanecer en la superficie —intervino Dania—. Nuestros hijos necesitan paz.

—Rovial los arruinó. ¿Por qué deberíamos castigarnos con él? —preguntó Baira con voz áspera—. Sobre todo, teniendo en cuenta que él ni siquiera…

—Fortalece tu fe en mi profecía, hermana —dijo Dania. La mirada de la awala de Orban se demoró en el trono vacío con un dolor más antiguo que la estructura de nuestro mundo reflejado en sus rasgos—. El sueño infinito no es nuestro destino. Cuando…

Dania se detuvo y giró la cabeza lentamente.

La oscuridad palpitó y Dania tomó forma delante de mí.

—No deberías estar aquí. —Su poder hacía ondular el vacío a nuestro alrededor—. Todavía no.

Me colocó dos dedos en las sienes. El calor reemplazó al frío invasor y lo persiguió hasta echarlo. Los colores llenaron el contorno sombrío de mi cuerpo. La niebla se arremolinó.

—Pronto, Essiya —prometió Dania.

Me desperté con un grito ahogado.

Poco a poco, mi corazón acelerado se fue calmando. Parpadeé y vi el techo de una tienda de campaña mucho más grande que la que había usado durante el viaje a Lukub.

Me incorporé con cuidado, esperando sentir el dolor desgarrador de la herida. No pasó nada. Me palpé el pecho y encontré piel suave.

Un movimiento a mi derecha me distrajo de mi enorme desconcierto. Arin dormía profundamente a un brazo de distancia de mi catre improvisado. No se había despertado. Tenía unas grandes ojeras debajo de los ojos, tan intensas que eran moradas.

Me levanté con cuidado, me tambaleé al marearme un poco y bajé la mirada hacia mi cuerpo. Me habrían cortado el vestido. Llevaba un largo traje de lana nuevo que me quedaba demasiado estrecho en las caderas. Había descansado sobre varios sacos de dormir apilados, pero Arin solo tenía una fina colcha debajo.

Abrí la solapa de la tienda.

El amanecer todavía no asomaba por el horizonte. El aire era cálido, mucho más que en Lukub. Las plantas de mis pies tocaron la tierra agrietada y removieron pequeños guijarros de arena seca. Era un paisaje orbaniano. ¿Habíamos atravesado la frontera?

Me empapé de esas pequeñas maravillas, agradecida de estar viva para verlas. Nueve tiendas más reducidas rodeaban la de Arin. Una imponente procesión de caballos relinchaba golpeando el suelo con los cascos.

¿Cuánto tiempo había dormido?

Vi a los guardias a los que les había tocado ese turno. Me metí en la tienda porque no estaba lista para que me vieran o me hablaran.

Arin se incorporó de golpe con la espada en alto antes de despertar por completo de su letargo. Levanté los brazos.

—Estás despierta —dijo dejando caer la espada al suelo.

—Sí, y tú no deberías estarlo. —Fruncí el ceño—. Una hoja caída de un árbol podría derribarte. Ven, duerme en mi catre.

Sin poder moverse por el agotamiento, el heredero de Nizahl se limitó a mirarme. Señalé el catre y obedeció sin rechistar. Por la barba ardiente de Rovial, ¿cuánto le había costado curarme?

Nos sentamos el uno frente al otro.

—Tienes la desagradable costumbre de casi morir —comentó Arin.

—Dos veces no lo convierten en una costumbre. —Me toqué el pecho recién reparado que Soraya había atravesado—. Supongo que tengo que darte las gracias por esto.

Arin exhaló.

—Solo podía sanar la herida poco a poco. Tuve que esperar a que despertaras lo suficiente para que tu magia respondiera. Me pasé dos días estrechándote la mano y aguardando.

¿Dos días? Un escalofrío me recorrió los brazos. Soraya había estado a puntísimo de tener éxito.

Arqueé las cejas.

—¿Cómo? ¿Eso no te animó a rematarme?

—Cada segundo que pasé tocándote —respondió llanamente— fue… mucho más duro de lo que había previsto. Te infligió un daño considerable.

Temblando, decidí olvidar lo cerca que había estado de saborear la muerte.

—Pues supongo que te debo mi gratitud. Gracias.

—No… —Arin se interrumpió, más agitado de lo que lo había visto nunca—. Guárdate tu agradecimiento. Solo la suerte te salvó.

La suerte no me había curado el agujero del pecho, pero lo dejé estar. Me atreví a plantearle la pregunta más importante de todas.

—¿La atrapaste?

Arin miró fijamente un punto por encima de mi hombro.

—Escapó.

Apreté los dientes para reprimir una retahíla de maldiciones. Decidí no reconocer la diminuta parte de mí que se relajó de alivio. Soraya estaba tan muerta para mí ahora como antes del Banquete.

—La atraparemos en el Alcalah. La detendremos a ella y al resto de los Mufsidíes.

—¿Por qué no estás enfadada? —espetó Arin—. Estuviste a punto de morir para darme tiempo para que la atrapara y yo fracasé.

Un buen día, podía sacarle una o dos emociones visibles al heredero de Nizahl. Una sonrisita, una expresión de exasperación. Siempre estaba tenso, como una cuerda estirada. Las ojeras que tenía bajo los ojos no eran la única señal de su fatiga.

—Supongo que ya te habrás castigado lo suficiente. Si hay que culpar a alguien, es a mí. Permití que una sirvienta me clavara una daga en el pecho. Escondió bien su glamur y no se me ocurrió comprobarlo.

—Para que quede claro, ¿tu frustración es porque no detectaste las intenciones ocultas de una sirvienta cualquiera a la que dejaste entrar en tus aposentos porque yo te lo pedí? —recapituló, incrédulo.

Iba a abrir la boca para corregirlo, pero me detuve. Tendría que andarme con pies de plomo al revelar información sobre Soraya. Cualquier detalle insignificante podría ser clave para que Arin encajara las piezas y descubriera mi verdadera identidad.

Decidí cambiar de tema.

—Soraya quería saber si seguías enfadado. ¿Enfadado por qué?

Arin se recostó y apartó la mirada una vez más. La consternación me hizo levantarme.

—¿Qué escondes?

La advertencia que se reflejaba en su ceño fruncido era evidente.

—Déjalo.

¿Que lo dejara?

Caminé de un lado a otro de la tienda deseando que mi magia se calmara. No entendía mi propia reacción. No había cambiado nada, nada esencial. Arin tenía secretos. Había dos grupos jasadíes que

querían restablecer Jasad. Yo estaba trabajando con Arin para detenerlos. Él nunca había fingido ser nadie que no fuera él mismo. Era yo quien carecía de sentido de la identidad. Hanim, Arin… estaban al tanto de mis debilidades, sabían que podía convertirme en un arma en las manos adecuadas.

—Yo no la conocí como Soraya —confesó Arin.

Su estratagema (y sé que era una estratagema porque el heredero no tenía la costumbre de entregar información a cambio de nada) funcionó. Dejé de caminar y el pánico se transformó en curiosidad. Crucé los brazos sobre el pecho.

Los rasgos de Arin parecían tallados en piedra.

—La conocí en nuestra academia cuando yo tenía dieciséis años. Decía ser hija de una noble viajera. Su fortuna y su encanto le abrieron puertas en Nizahl. En pocas semanas, se ganó mi amistad y mi confianza. La admiraba en todos los sentidos.

La conmoción resonó en las profundidades de mi cuerpo. ¿En cuántos sentidos la había «admirado»?

Se le heló la mirada.

—Nos hicimos amigos íntimos. No percibí su magia… Supongo que la usaba con regularidad. Tenía planes más allá de la seducción, por supuesto, y buscó hacerlos realidad una noche después de que me durmiera. Llevábamos semanas compartiendo cama. Todavía no sé cómo se atrevió a probar suerte con mis guardias al otro lado de la puerta. Me desperté con su cuchillo en el cuello.

—La cicatriz —susurré. Se me revolvió el estómago. Había estado muy cerca de lograrlo.

Asintió.

—La desarmé, aunque no sé cómo logré sobrevivir. No tendría que haberlo hecho.

Me invadió una oleada de odio. Al menos, no era la única que había sufrido la deshonestidad de Soraya.

—Tengo las manos manchadas con la sangre de todos aquellos a los que Soraya ha hecho daño —dijo—. Mi mayor error fue permitir que escapara de la Ciudadela.

Pensar que Arin lucía su cicatriz como una barrera entre él y el mundo era subestimar al heredero. Ya tenía muchas barreras. La cicatriz le servía como recordatorio. Era una deuda que saldar. Su relación con Soraya explicaba algunas discrepancias, la manía que me tenía Vaun y la reacción visceral de Arin al comentario sarcástico de Marek sobre la pelea de amantes. También la conversación que había escuchado una eternidad antes entre Jeru y Wes.

—¿Cómo escapó? —No podía concebir que un ataque que había estado a punto de acabar con la vida del heredero de Nizahl se hubiera tratado con tanta indiferencia.

Arin se levantó.

—¿Tú qué crees? Alguien masacró a los guardias que custodiaban su celda. Eran soldados altamente entrenados, apenas mayores que tú. No tenían ninguna marca y dudo que tuvieran oportunidad de gritar siquiera. —La ira tensó la mandíbula del heredero de Nizahl al responder a la pregunta que no me había atrevido a formular. El cariño que pudiera albergar hacia Soraya murió junto con sus soldados.

Una antigua conversación se abrió pasó. Mi voz salió marcada por el horror.

—Espera. Hani. Por las manos sangrientas de Kapastra. Por favor, no me digas que Soraya mató al hermano de Marek.

Me agarré a la cómoda para estabilizarme. ¿Aceptar que la chica que me había ahorrado una infancia solitaria quería matarme? Vale. Había disfrutado de su compañía. Pero ¿esto? ¿Qué habían hecho mis abuelos para romper a Soraya hasta tal extremo?

—El hermano de Caleb estaba entre las víctimas, sí —confirmó Arin—. No significa nada bueno que Soraya se haya rebelado contra los Mufsidíes para matarte.

No era consciente de que los Mufsidíes llevaban tanto tiempo operando. No derramaría ni una lágrima por ningún soldado nizahliano, pero la cantidad de jasadíes a los que habrían hecho daño durante tantos años… No alcanzaba a comprenderlo. ¿Acaso no habíamos sufrido ya suficiente? Los Mufsidíes y Soraya no tenían

ningún derecho a exigir lealtad, ningún derecho a tomar lo que no se daba por voluntad propia. Alguien tendría que haberse dado cuenta. Alguien debería haberse preocupado.

Unos oscuros hilos de culpa se extendieron en mi interior. El pánico, su omnipresente compañero, me trepó por la garganta. Conocía esta sensación. Era como si hubiera suspendido una prueba que estaba destinada a aprobar. La culpa me había estrangulado cada día que había pasado viviendo con Hanim y me había esforzado enormemente por dejarla atrás.

Nizahl arruinó nuestro reino; sin embargo, tú le robaste la dignidad, dijo Hanim*. Ahora no finjas que te importa.*

—Soraya no sobrevivirá al Alcalah —prometí. No le había dado gran cosa a mi pueblo, pero les daría mi promesa. Me clavé las uñas en la palma de la mano—. Lo juro.



Hacer el equipaje y preparar los caballos me llevó menos de media hora. Arin salió de la tienda mientras me cambiaba de ropa. Sefa y Marek entraron poco después y les aseguré que estaba bien.

Puesto que la brigada de soldados que nos acompañaba imposibilitaba el anonimato, Arin decidió que no nos subiéramos a los carruajes. El grupo adoptó una formación dispersa. Nuestros caballos avanzaban a paso firme por el desierto que se extendía entre Lukub y Orban. Estábamos rodeados por una tierra amarilla y agrietada que se expandía a lo largo de varios kilómetros a la redonda, interrumpida únicamente por montañas cubiertas de blanco en el horizonte. Era un extraño paisaje de estaciones combinadas. Prefería el ambiente árido al frío húmedo del Essam, pero detestaba estar tan expuesta.

Más adelante, dos soldados conversaban con Arin. O, al menos, lo intentaban. El más delgado parecía incapaz de alzar la mirada por encima de la barbilla del heredero.

¿Por qué Soraya trataría de matar al heredero de Nizahl en lugar de al supremo?

—¡Aparta! No permitiré que la toques —gritó Niphran. Levantó en brazos mi pequeña silueta y se alejó. Estiré el cuello y vi a Dawoud acercándose a mi madre con las manos en alto.

—El malik y la malika quieren que la segunda heredera cene con ellos. No le harán daño. Lo prometo.

Me goteaba sudor por los brazos, con los que rodeaba el cuello de mi madre. Su susurro transmitía un miedo visceral.

—Sé lo que quieren hacerle.

Wes chasqueó los dedos a pocos centímetros de mi rostro y me sobresaltó.

—¿Sylvia?

Por las bestias cornudas de Kapastra, ¿qué era eso? ¿Un recuerdo o un sueño?

Las palabras de Soraya resonaron en mis oídos.

«Tu mente es un laberinto de espejos que únicamente reflejan los recuerdos que tú decides guardar».

Me dolían las sienes.

—¿Cuánto queda? —le pregunté a Wes.

—No mucho —respondió—. ¿Cómo te encuentras?

—Tengo hambre. Espero el mayor de los festines al llegar.

Wes sonrió con superioridad.

—Los campeones no vuelven a reunirse después del Banquete. Os llevarán las bandejas a vuestros aposentos.

Gruñí.

—¿Quién iba a decir que añoraría ese pan tuyo tan duro que podría partir dientes, Wes?

—Puedes masticar los arneses del caballo. Seguro que están más tiernos.

Cabalgamos en un silencio cómodo. Los soldados que rodeaban a Arin se desplazaron a los límites del grupo y lo dejaron solo en el centro. Estaba rodeado por gente dispuesta a morir por su heredero que, sin embargo, no conseguía reunir el valor para hablarle. Su

cabello brillaba casi blanco bajo la luz del sol, retirado pulcramente detrás de la cabeza.

—Regresó —murmuró Wes con la voz tan apagada que casi no lo oí. Tiré de las riendas y reduje el ritmo de mi caballo para adaptarlo al suyo, para poner distancia entre nosotros y los agudos oídos de Arin.

—¿Regresó a dónde?

—Cuando su alteza se marchó para perseguir a la fugitiva, te dejé con Ren y Jeru y lo seguí —explicó Wes—. La persiguió a través del pueblo y se topó con un festival. Ella se desvaneció entre la algarabía.

»Pero, Sylvia, su alteza tiene memorizados todos los mapas de todos los reinos existentes. Ha conseguido atrapar a delincuentes en condiciones mucho más complicadas. Podría haber encontrado un atajo alrededor del festival y haberle cortado el paso.

Se detuvo y emití un sonido de impaciencia.

—¿Qué se lo impidió?

La mirada que me lanzó Wes tenía tanta insolencia que habría avergonzado a Vaun.

—En ese momento, se puso a calcular el tiempo que le llevaría capturar a la chica y el que te quedaba a ti. Tomó una decisión.

Volvía a estar en la walima, enfrentándome a los guardias de Felix.

«La elijo a ella».

—No lo entiendo —espeté con la voz teñida de desesperación—. ¿Por qué regresaría por mí? Es un hombre muy práctico. Lleva años tras ella. —¿Qué más le daba que mi muerte fuera una posibilidad? También lo era en el Alcalah.

—No fue una decisión basada en la practicidad —contestó Wes, y su tono dejó entrever que estaba pecando de ingenua.

Ren acercó su caballo hasta nosotros.

—Hemos llegado. Sylvia, irás con el comandante.

Fruncí los labios, aliviada por la interrupción. Demasiada información para alguien que se había pasado dos días enteros

durmiendo.

Los soldados se desplegaron en formación mientras yo galopaba hacia delante. Ante nosotros se alzaba el Paso Meridiano, una gigantesca formación rocosa de un marrón rojizo que descendía hacia un desfiladero escarpado. El Paso Meridiano ocultaba el sol en una tierra por lo demás árida. El cañón que partía el Paso por el centro no era lo suficientemente ancho para que cruzaran más de dos jinetes uno al lado del otro. La mitad de la comitiva pasó el estrecho cañón por delante de Arin y la otra mitad se quedó atrás con los guardias.

Crecía musgo en franjas sobre los escarpados riscos rojos. La sensación de que algo iba mal se intensificaba en mi columna a medida que nos acercábamos a la amenazante grieta.

—Recuerdo la masacre —dijo Arin. Me sobresalté. La primera flota desapareció en el Paso. Le di palmaditas en la cabeza a mi asustadiza yegua—. Tenía diecisiete años y acababan de nombrarme comandante.

Nos acercamos a la estrecha abertura. Los caballos se asustaban con facilidad y apreté las rodillas por si intentaba derribarme.

—Yo no la autoricé —continuó Arin en voz baja—. Había niños. Los soldados actuaron tal y como les había enseñado el anterior comandante.

El anterior comandante. Su padre. Los peñascos proyectaban sombras alargadas sobre nosotros. El cañón estaba envuelto en un silencio impenetrable, roto por el sonido de los cascos de las monturas contra la roca. Flotaba polvo en la penumbra y me costaba ver a los soldados que tenía delante.

—¿Qué habrías hecho de otro modo?

Mi pregunta fue un duro golpe. La respiración de Arin cambió y empezó a salir en jadeos agitados. Se le pusieron los nudillos blancos alrededor de las riendas.

—Yo no…

Inhaló bruscamente y se inclinó con una presión repentina. Finalmente, me giré hacia él.

—¿Qué pasa? —pregunté. Busqué algún atacante oculto—. ¿Qué te ocurre?

Se le vació la mirada. Unas venas azules se tensaron bajo su piel. Dudaba que pudiera oírme.

—No soy mi padre —susurró.

Ren se acercó desde la brigada que avanzaba cerca de nosotros y colocó su caballo junto al de Arin.

—Señor, nuestros exploradores no han regresado con el informe. Creo que podríamos haber perdido el con…

Una flecha atravesó el ojo de Ren.

Los gritos cortaron el aire a nuestro alrededor. Llovieron flechas sobre el cañón. El cuerpo de Ren cayó de su caballo.

Un jadeo murió en mis labios. Tiré de las riendas de mi caballo para evitar que pasara por encima de Ren. ¡Sefa y Marek! ¿Dónde estaban Sefa y Marek?

No podía dejar a Arin en esas condiciones. Tenía la mirada vidriosa, ajeno a cualquier evento que sucediera fuera de su cabeza. Magia. Tenía que ser cosa de magia. Pero ¿por qué solo a él?

La cantidad de poder necesario para atrapar a Arin en ese estado era asombrosa. Tendría que haberlo traspasado rápidamente, a través de esa brecha de su biología que le permitía percibir la magia en primer lugar.

Una flecha se clavó en el cuello del soldado que iba delante de nosotros. El Paso Meridiano titiló y, de repente, era mi padre el que iba en el caballo de delante. Sus rasgos se relajaron al morir mientras la sangre se derramaba en una V invertida alrededor de la flecha que le atravesaba la garganta.

—¡Despierta! —grité sacudiéndole el brazo a Arin—. ¡Por favor!

Mi magia presionó los grilletes, agitada. Tenía que detener las flechas. Se trataba de un ataque jasadí, no hacía falta ser adivina para saber qué pretendían. ¿Cómo podía permitir Arin que nos arriesgáramos a cruzar el Paso Meridiano? Ahí abajo éramos objetivos fáciles.

Los soldados protegerían a su heredero. Sefa y Marek solo me tenían a mí.

Dolor. Rabia. Miedo. Esta vez no me cabía duda de cuál de esos sentimientos estaba alimentando mis poderes.

Cuando dirigí la magia hacia él, obedeció. Solo esperaba que no lo dañara aún más. No tenía la habilidad ni el tiempo para crear un escudo adecuado.

Con gran dificultad, aparté el caballo de él y lo espoleé. Si alguien iba a matar a Arin de Nizahl, debía ser yo.

Un torbellino de polvo y guijarros giraba sobre el cañón y me obstaculizaba la visión. Perfecto. Los soldados no me verían torcer las riendas de mi caballo a un lado y saltar hacia un costado del Paso Meridiano. La lisa pared rocosa se deslizó bajo mis botas, pero había escalado por lugares peores. Con un empujón de mi magia, trepé rápidamente.

Subí hasta la cima del cañón. Unos brazos me sujetaron y una docena de arcos me apuntaron a la cara.

—Tenéis que parar —jadeé—. Haced lo que queráis con los soldados, pero tengo amigos ahí abajo.

—Sois vos. —Un hombre bajó el arco con incredulidad. Me observaba como si pudiera desaparecer en cualquier momento—. Malika Essiya.

El grupo del otro lado del cañón seguía disparando flechas. Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron cuando reconocí un grito.

—¿Sois los… Orabi?

Asintió y se llevó una mano al pecho. Uno a uno, los demás arqueros bajaron las armas.

—Me llamo Efra, maulati. Hemos venido a rescataros.

La próxima vez que viera a Soraya, la obligaría a hacer gárgaras con los dientes que pensaba arrancarle por haber filtrado la noticia de mi supervivencia a los Orabi. Me buscaban con una adoración que no merecía y me atribuían un título que había abandonado entre las cenizas junto con los cuerpos de mis abuelos.

Ella había hecho realidad mi pesadilla. Mi corazón latía con fuerza entonando una canción que me resultaba familiar: «Corre, corre, corre». Estaba viendo a Niphran arder en un lago. El kitmer se paseaba a mi alrededor, esperando. Me temblaban las rodillas bajo el peso de la multitud de sombras que aguardaban en la orilla.

—Me está usando para atraeros al Alcalah —dije—. Tenéis que huir.

Efra me miró fijamente.

—¿El heredero de Nizahl sabe que sois jasadí? —A continuación, con una acusación mordaz, preguntó—. ¿Y accedisteis a ayudar a esa serpiente plateada a atraernos hacia la muerte?

—¡Que alguien la atrape! ¡Tenemos que irnos! —vociferó una arquera desde el otro lado.

La expresión de asco de Efra me llenó de vergüenza, una vieja amiga. Se me ralentizó el corazón.

El Paso Meridiano retumbaba. Unos gritos renovados alertaron a los Orabi. Algunos levantaron los arcos. Otros, las manos. Tiraban del suministro de magia limitado que tenían a su disposición.

Como una nube negra acercándose por el horizonte, cientos de soldados nizahlianos marchaban hacia el Paso Meridiano. Un objeto con tres puntas de lanza afiladas aterrizó a mis pies. La cuerda del otro extremo se tensó y arrastró al gancho de tres púas hasta el borde del acantilado, donde se ancló.

Se me separaron los labios. Arin no nos había conducido a una posición vulnerable al elegir el Paso Meridiano. Era una trampa calculada. Una pieza moviéndose en su tablero de juego. Sabía que un enemigo sería incapaz de resistirse a un ataque en el Paso Meridiano.

—¡Están escalando!

En pocos segundos, estuvieron sobre nosotros. Los jasadíes serían masacrados. Habían cometido crímenes contra otros jasadíes, sí, pero no les correspondía a los nizahlianos castigarlos. Mi magia presionaba los grilletes, ansiosa por ayudar.

Nubes de polvo se arremolinaban por el cañón, proporcionándome la cobertura perfecta. Levanté las manos y las retorcí en el aire como quien escurre un trapo mojado. Mis poderes se tensaron esperando mis órdenes.

—¡Es una trampa! —grité. Miré a Efra desesperada—. ¡Van a mataros!

Saber que Arin tenía intención de capturar a estos jasadíes no mitigó el horror que me provocó verlo con mis propios ojos. La cabeza del primer soldado apareció por el borde del acantilado. A los Orabi se les había acabado el tiempo.

No podía ver morir a otro jasadí. No me había sentido responsable por lo de Adel, pero los Orabi estaban aquí por mí. Por mi culpa.

«"Nuestras". Has dicho "nuestras aldeas". No las de los jasadíes».

Abrí los brazos en cruz. Un agudo gemido resonó en mis oídos. La magia brotaba de mí en oleadas, cada una más fuerte que la anterior. El suelo tembló bajo nuestros pies. El polvo explotó mientras caían rocas en cascada por la pendiente temblorosa.

Vi a Efra a través de la neblina. Se había quedado paralizado por la conmoción y el Orabi que le tiraba del brazo parecía incapaz de moverlo.

El suelo tembló. Con un rugido de escombros y polvo, ambos lados del Paso Meridiano se alejaron. Me toqué los grilletes. Me quemé los dedos. Mi magia… estaba separando más el cañón.

Cuando volví a mirar atrás, Efra había desaparecido. Los soldados nizahlianos del cañón tropezaban con los cuerpos de sus compañeros caídos y se tambaleaban con la fuerza de los temblores de la tierra.

Me invadió el alivio. Los Orabi habían escapado.

Examiné los cuerpos caídos con el corazón en la garganta. No vi ninguna cabeza rubia ni rizos negros.

El Paso Meridiano por fin dejó de moverse. Cogí la cuerda que había lanzado el soldado y fijé al suelo el extremo afilado. Mis pies se deslizaron por la ladera del cañón.

—¡Sylvia! —gritó Sefa.

Marek y ella estaban más adelante, apenas visibles al otro lado del cañón. Jeru me saludó a la derecha de Marek. Se habría encargado de ponerlos a salvo.

Ay, gracias a las tumbas. Exhalé y me presioné la frente con la mano. Estaban vivos.

A continuación, encontré a Arin. En lugar de estar rodeado por sus soldados, estaba completamente solo a lomos de su caballo, inclinado hacia delante en la misma postura de agonía en la que lo había dejado. ¿Cómo era posible? Los Orabi se habían marchado y se habían llevado su magia consigo.

Tenía que tratarse de una fuerza diferente, de una magia proveniente de los propios riscos, indetectable para todos excepto para Arin. Había mencionado a su padre. ¿Y si se trataba de restos de magia de la masacre? Ese tipo de remanentes eran raros, pero la violencia de las muertes que habían tenido lugar ahí podría ser suficiente para dejar rastro.

Wes pasó junto a Arin con el cuello estirado, buscándolo.

—¿Dónde está el comandante? —bramó.

No lo veía. Por los cuernos tuertos de Kapastra, le había dicho a mi magia que lo protegiera y lo había vuelto invisible.

Una leve sensación de alarma me recorrió el cuerpo. Había usado más magia que todos los atacantes Orabi juntos. Tendría que estar agotada. Medio muerta.

Corrí hacia Arin sin el menor atisbo de fatiga. Me agarré a su abrigo y subí al caballo. Le arrebaté las riendas y puse el caballo al trote. Arin no reaccionó, atrapado en su tormento.

—Dejadlo en paz —le gruñí a la nada. Mi magia latió. No sabía cómo repeler los riscos, pero tenía un modo aceptable de bloquear su influencia. Me ardían los grilletes mientras mi magia cortaba el horrible poder que estaba asaltando a Arin.

Se le aflojaron ligeramente los músculos. No lo había bloqueado todo.

Le pasé un brazo por la cintura y el otro cruzado sobre el pecho, de manera que junté las manos a la altura de su hombro en un abrazo diagonal desde atrás. Su corazón latía desbocado bajo mi muñeca.

—Uno, dos —conté—. Estás vivo. —Estreché el agarre cuando noté que se le empezaba a acelerar la respiración—. Tres, cuatro. Estás a salvo.

No sabía si me oía. ¿Serviría de algo una distracción? Tenía pocas herramientas a mi disposición, así que empleé la más rápida.

—Era una niña horrible y un incordio constante para mis cuidadores. Los higos y los dátiles a veces crecían en un solo árbol. Los jardineros entretejían esos árboles híbridos en creaciones que no imaginarías. Un laberinto de ramas casi tan alto como el obelisco del palacio de Vaida. Solía buscar el punto más elevado de esos árboles y me pasaba horas dibujando desde allí. Encantaba a las cigarras para que molestaran a grupos de niños o creaba monstruos de hojas para que se escondieran detrás de los fruteros y les asustaran a los clientes. Una vez, un niño me dijo que las manchas negras de las fresas eran huevos muertos de araña y no he vuelto a probar una fresa desde entonces.

Su respiración empezó a estabilizarse. Animada, continué:

—La mujer que me crio tras la caída de Jasad es el motivo de que no tolere el contacto. —Las palabras se me quedaron atascadas en la garganta y se negaron a salir, avergonzadas—. A veces la echo de menos. Oigo su voz regañándome, burlándose de mí o guiándome en el peligro. La oigo más que a mi propia madre. Cinco años de terror y dolor y aún tengo el descaro de extrañarla.

Una mano enguantada se deslizó sobre la mía. Me sobresalté y me apresuré a retirar los brazos. Arin estrechó su agarre.

—No.

Tras unos minutos, me relajé. Apoyé la mejilla en su abrigo. Olía a él, a esa deliciosa amalgama de tinta y lluvia. Se me cerraron los párpados.

Ah, el agotamiento. Al fin y al cabo, no era inmune. Me alegró compartir una experiencia jasadí tan pequeña pero universal.

Debí de dormirme apoyada en la espalda de Arin. Cuando abrí los ojos, habíamos salido del cañón y montones de soldados nos rodeaban. Arin se mostraba cuidadosamente inexpresivo. El miedo me revolvió el estómago. Nada bueno acompañaba nunca la indiferencia de Arin.

Agitó la muñeca sin girarse. Los soldados se alejaron y se dispersaron como hormigas en el desierto. Desmontamos.

—La magia de los atacantes ha movido el cañón. Lo ha ensanchado y ha derribado a mis soldados, permitiendo así que los Orabi escaparan. —Hablaba con voz plana—. He pensado que quizás tú sabías algo.

—Si piensas lanzar un anzuelo al agua, harías bien en informar al cebo —respondí con vehemencia.

—Tenemos un acuerdo. —Su amenaza prácticamente quedó eclipsada por la condescendencia con la que la pronunció.

—Sigo aquí, ¿verdad? —Abrí los brazos en cruz—. Si hubiera querido marcharme con ellos, lo habría hecho. Dije que competiría por ti, no que te ayudaría a atraparlos.

Había bajado la guardia tontamente, olvidando la rapidez y la agudeza con las que podía cortar la frialdad de Arin. Agitó mi dolor y lo convirtió en un frenesí. Di un paso al frente para acercarme al heredero.

—Tienes razón. Tú no eres tu padre. Rawain es cruel por naturaleza, pero ¿tú? —Levanté la barbilla para atravesarlo con toda la fuerza de mi ira—. Tú eres cruel por elección.



CAPÍTULO VEINTICINCO

Los soldados llevaron los cuerpos de sus caídos a Orban al anochecer.

Wes y Jeru me guiaron directamente al Pabellón de los Campeones. Cinco casas, construidas a unos cuatrocientos metros las unas de las otras, formaban un semicírculo. Cada una contaba con una cocina, un baño y dos dormitorios. Los miembros de la realeza se alojaban en el castillo del rey Murib. El Pabellón se preparaba para los campeones una vez cada tres años el resto del tiempo servía como granero para Orban.

A diferencia de los lukubíes, los orbanianos rechazaban toda extravagancia. Al principio de la historia del Alcalah, intentaron que los campeones se instalaran en tiendas.

El musgo había cubierto por completo la quinta casa. La antigua morada de los campeones jasadíes estaba envuelta en enredaderas. Para algunos, la casa era una mancha en el Pabellón de los Campeones. Para otros, un recordatorio incómodo.

Guardias de Omal y Lukub pululaban por el estrecho círculo que rodeaba el Pabellón. Los soldados de Nizahl se separaron de nosotros para unirse a las filas. El intento de asesinato de Soraya durante el Banquete había motivado a Arin a reforzar mi protección. Pasé junto a no menos de veinte soldados apostados en la fachada de la casa. Soraya y los demás tendrían que atravesar capas y capas de seguridad para llegar hasta mí.

En el interior de la casa destinada a los campeones de Nizahl, colgué la ropa que iba a necesitar para los próximos días. Sefa me había confeccionado un vestido espectacular para el Baile de la Victoria. La celebración de élite en honor al campeón vencedor tendría lugar la noche posterior a la tercera prueba.

¿Tendría ocasión de ponérmelo? Cualquiera de las pruebas podría ser la última. Pese a asegurar que la muerte no era el estándar en el Alcalah, los resultados de los años anteriores indicaban lo contrario.

Algo se rompió en el exterior. Antes de que pudiera pensar, me pegué a la pared y me agaché detrás del armario. Me llevé la mano al corazón.

«Uno, dos. Estoy viva. Tres, cuatro. Estoy a salvo. Cinco, seis. No dejaré que me atrapen».

—¡Lo siento! —gritó Jeru desde la distancia. Exhalé con fuerza y me dejé caer. La Mufsid, Soraya, los Orabi… Tantos encuentros cercanos a la muerte por fin me estaban afectando. ¿Estaba destinada a pasarme la vida esperando a que me apresara la siguiente red?

Conté mis latidos y me atreví por fin a salir de detrás del armario cuando iba por el número sesenta y siete. Sefa y Marek entraron poco después con bandejas para la cena. Se alojaban con el resto del personal itinerante de los campeones, así que no volvería a verlos hasta después de la primera prueba. Eso asumiendo que sobreviviera, por supuesto.

Apenas podía escuchar su conversación.

—Creo que debería dormir —dije interrumpiendo la diatriba de Marek sobre la falta de coordinación mano-ojo de Jeru. Al parecer, el vaso que se había roto era su favorito.

Sefa arrugó la frente.

—Marek, danos un momento.

Me recosté en el duro colchón. Ya echaba de menos los lujos del Palacio de Marfil, con sus mullidas almohadas y la cama de plumas.

—Sefa, si vas a soltarme otro discursito sobre la aventura…

—No es por elección.

Dejé de preocuparme por la atrocidad a la que consideraban almohada en Orban. Sefa había hablado con una solemnidad poco propia de ella.

—¿El qué?

—Te oí en el Paso Meridiano. Le dijiste a Arin que era cruel por elección. Pero, Sylvia, no es por elección.

Qué comentario más nizahliano por su parte.

Mi ceño fruncido debió de delatar mis pensamientos. Resopló.

—Fui a la escuela con el heredero. Nos llevamos unos años y apenas lo veía, aunque en la escuela todos tenían un padre o una madre que era clave en la Ciudadela y los niños escuchan. El heredero siempre tenía alguna lesión. Su madre era una mujer muy nerviosa y obsesionada con proteger a su hijo, así que ninguno entendíamos cómo era posible que siempre tuviera algún hueso roto. El hermano del amigo de un amigo me contó que Arin se había recuperado de su primera puñalada con diez años.

—¿Primera puñalada? —pregunté en voz baja. Por el corazón bendito de Rovial, ¿qué sucedía entre los muros de la Ciudadela?—. ¿Quién?

—¿Asesinos, tal vez? Solo podíamos especular. —Sefa suspiró—. Un pasado doloroso no es excusa. Nunca defendería al heredero de Nizahl ante ti, pero quería que lo supieras por… por el modo en el que te mira a veces. Como si fueras un acantilado con una caída letal y cada día lo acercaras más al precipicio.

—Cree en la locura mágica. Los jasadíes jamás serán personas para él. Siempre pensará que es solo cuestión de tiempo.

Sin embargo, mientras lo decía, una conversación diferente me vino a la memoria.

«Construimos nuestra realidad sobre los cimientos que nos proporciona el mundo».

Sefa dio una palmadita junto a mi mano y se marchó. Me tumbé en la losa de tortura que el rey Murib consideraba una cama y me entregué a mis pensamientos, algo que normalmente evitaba con todas mis fuerzas. Mi mente no era el mejor lugar en el que

detenerse a contemplar las vistas, pero el discurso de Soraya sobre los espejos y los recuerdos seguía atormentándome. Me había mentido sobre muchas cosas. Tendría que estar escarmentada y no creerme todo lo que me decía.

Alguien llamó a mi puerta. Reconocí los golpes cautelosos y me incorporé.

—Adelante.

Le hice señas a Arin para que entrara cuando vi que se quedaba en el umbral y cerré la puerta tras él. Nos miramos mutuamente durante un instante infinito, ambos evaluando la atmósfera. Me saqué de la cabeza lo que me había comentado Sefa. Ojalá me importara, pero no era así. No podía juzgar a un Arin que no conocía. Esta versión era el único Arin que tenía a mi disposición y la única que juzgarían mis ojos.

Él habló en primer lugar.

—Tendría que haberte dicho que esperaba una emboscada. Era consciente de los límites de tu lealtad y decidí forzarlos de todos modos.

Entorné la mirada. ¿Se estaba disculpando? ¿Conmigo?

—Mis soldados no los habrían matado. Tenían instrucciones de llevárselos a Nizahl para juzgarlos.

—Por favor —le dije—. Te respeto demasiado para pensar que puedes llegar a ser tan ingenuo como para creer que son dos destinos diferentes.

No me atrevía a avivar las mismas llamas de furia. Esa podría ser mi última noche y no quería pasarla enfadada como pasaba el resto de mis días. Una disculpa era más de lo que había esperado.

—Lamento lo de Ren. —Aunque el guardia no me cayera bien, le había sido leal a Arin.

—Yo también.

Arin cerró los ojos por un instante. Me pregunté si estaría visualizando a los otros soldados muertos a manos de Soraya y añadiendo a Ren a la lista de sus fracasos.

—No lamento haber intervenido. No puedes pedirme que te ayude activamente a capturar jasadíes. Mi única función en esto es competir en el Alcalah.

Arin frunció el ceño.

—No te pedí ayuda. Se suponía que debía hacerlo sin tu intromisión.

Se me separaron los labios por la sorpresa de ese golpe. Esperaba que hiciera lo que mejor se me da: quedarme de brazos cruzados. Tal vez lo habría hecho si las flechas no hubieran puesto en peligro a Marek y Sefa. La mayoría de las personas tenían miedo de lo que eran capaces de hacer, pero yo… empezaba a tener miedo de lo que era capaz de ignorar.

—Entonces, ¿ya no estás enfadado?

Se encogió de hombros.

—El poder que mostraste animará a los Orabi a utilizar todos sus recursos para capturarte. Cuando vuelvan, estaré preparado.

No dio más detalles y tampoco se los pedí. No importaba lo que me dijera mi voz interior, no era mi batalla. No permitiría que lo fuera.

—Sylvia. —Había un extraño matiz en el modo en que pronunció mi nombre—. Me ayudaste en el Paso. La magia podría haberme hecho perder la cabeza si tú no lo hubieras impedido.

—Arin. —Pronuncié el suyo del mismo modo—. Eres más tacaño aún con la gratitud que con los elogios. Puedes darme las gracias simplemente.

Arin me regaló una de sus escasas sonrisas. Se me encogió el estómago y me llevó demasiado tiempo apartar la mirada de sus labios. Tendría que saber que no debería compartir sus sonrisas conmigo. Y yo tendría que saber que no debería desearlas.

—Gracias —dijo en voz baja.

La fortuna rara vez me colocaba en una posición ventajosa y no quería desperdiciar la oportunidad. No había olvidado la agonía que había sufrido Arin en el Paso.

—¿Cómo percibes la magia?

En palabras del propio Arin, la información era una transacción. No la regalaba así como así y, por supuesto, nunca la malgastaba. Probablemente, su información tuviera un precio muy alto. No tenía nada con lo que negociar. Y tampoco tenía un motivo mayor para ayudarlo en el Paso, pero él dormiría mejor si pensaba que lo había ayudado porque había previsto este momento. No era más que un intercambio material no relacionado con los caprichos de las emociones.

Asintió para sí mismo como si estuviera preparado para la pregunta.

—Satisfaré tu curiosidad, Suraira.

Se sentó en la silla que había frente a la cama. Con la luna proyectando la mitad de su rostro en la sombra, la espalda recta y las manos enguantadas sobre los brazos de la silla, sería el sueño de cualquier artista.

—Como herederos, heredamos los enemigos y las deudas de nuestros padres. Yo soy el único hijo de mi padre. Representaba una moneda de cambio emocional inestimable para sus enemigos. La Ciudadela estaba bien protegida y mi madre rara vez se apartaba de mi lado. —Arin se volvió hacia la ventana. Sus ojos se disolvieron en la luz de la luna con los colores difuminados—. Cuando tenía dos años, mi padre ejecutó a un mercader jasadí declarado culpable de encantar armas de disidentes nizahlianos en las aldeas bajas. El malik Niyar y la malika Palia protestaron. Querían que fuera castigado en Jasad. Dos semanas después, una musrira se coló entre nuestros guardias como si de bruma se tratara y accedió a mis aposentos.

Fruncí el ceño, tentada de interrumpir. De pequeña, le había suplicado a Dawoud que me presentara a una musrira. La mayoría de la magia jasadí no mostraba preferencia sobre cómo se expresaba ni exhibía afinidad hacia un uso en particular. Las musriras eran una de las pocas excepciones. Estos jasadíes poseían la habilidad de moverse por el espacio en espíritu. Podían abandonar sus formas físicas en un lugar seguro y trasladarse espiritualmente a

donde quisieran ir. El Usr Jasad estaba protegido hasta los dientes y, aun así, ni nuestras barreras de seguridad más poderosas lograban mantener alejada a una musrira.

—Me maldijo. Creemos que pretendía matarme con esa maldición, pero mi madre la interrumpió y solo tuvo efecto a medias. Me desperté tres días después con una nueva sintonía con la magia. Podía percibirla, sentirla. —Apartó la cara de la ventana. Le caía un mechón de cabello plateado por la sien—. Drenarla de manera temporal.

—Dijiste… dijiste una vez que mi magia era muy fuerte. Ahora te duele con solo tocarme, y eso que apenas puedo usar una fracción de mi poder. ¿Qué sucedería si mi magia fuera libre?

Arin levantó la barbilla, mostrándose impasible ante la pregunta. Debió de pasársele por la cabeza poco después de los eventos que habían tenido lugar en la sala de las reliquias.

—No puedo saber con certeza qué ocurriría si todo tu poder fuera accesible. Quizás podría drenarlo con normalidad. Quizás nunca podría llegar al fondo de tu pozo mágico, por decirlo de algún modo, y únicamente sería capaz de drenar partes de él de manera temporal —reflexionó Arin—. Pero, si quieres saber cuál es la teoría por la que más me inclino, sospecho que tocarte cuando pudieras hacer un uso completo de tu magia me mataría.

Lo dijo con calma, como quien informa de la presencia de lluvia en las nubes. Me llevó un minuto recomponerme y cerrar la boca, que se me había abierto sola por la sorpresa.

—Es una teoría interesante. —Aunque dudaba que tuviera la más mínima probabilidad. Mi magia era poderosa, pero no tanto como para que drenarla lo matara. Como para que tocarme acabara con él.

—¿Algo más? —Arin apoyó las manos en los reposabrazos del sillón, claramente dispuesto a terminar la conversación.

Los sueños que me habían invadido tras el ataque de Soraya. Solo eran sueños, pero en uno de ellos…

—¿Antes de la maldición tenías el pelo negro?

Por el asombro que se reflejó en su expresión, bien podría haberle preguntado si lamía los cascos embarrados de su caballo. Por las bestias cornudas de Kapastra, ¿podía haber parte de verdad en esos sueños?

Pensé con rapidez. Arin querría saber cómo lo sabía y «lo he visto en sueños» no sería una respuesta adecuada.

—Sefa me dijo que había oído un rumor en la escuela a la que fuisteis juntos.

La tensión se relajó levemente. Seguía pareciendo desconfiado; no obstante, mi respuesta le habría resultado lo bastante aceptable por el momento.

—Ya veo. —Se levantó de repente y se alisó las arrugas del abrigo—. Deberías dormir. Mañana vendré para escoltarte hasta la prueba.

Un final rotundo para la conversación. Todavía tenía preguntas sobre el alcance de su maldición, pero me había dado mucho en lo que pensar.

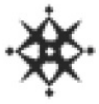
—Por supuesto. Sí. Te veré por la mañana. —Me invadió una inexplicable oleada de tristeza. Para bien o para mal, el día siguiente marcaría el inicio del fin. El fin de Essiya y, tal vez, el auténtico comienzo de Sylvia. Lo disimulé con una exagerada reverencia—. Buenas noches.

Arin me observó atentamente. Mi sonrisa se desvaneció. Había usado mil caras en mis veinte años. Había engañado a amigos y enemigos con mis nombres falsos y mis sonrisas vacías. Pero había momentos, como el presente, en los que Arin me miraba de cierto modo y me daba la sensación de que me veía. Veía mi auténtico rostro, oculto bajo los escombros.

Me pregunté qué aspecto tendría.

Me pregunté por qué, en un mundo repleto de magia y monstruos, él era el único que podía verme.

—Buenas noches, Suraira.



Los campeones estábamos convocados a mediodía. Desde entonces, teníamos dos horas para llegar al acantilado al otro lado del bosque. Los tres primeros en cruzar el Ayume y subir a la cima del peñasco pasarían a la segunda prueba. Seguí a los demás campeones por el túnel húmedo y sinuoso. Una nueva oleada de ansiedad me invadía con cada paso.

Un poco más adelante, Diya caminaba con los hombros erguidos. Gotas de agua se le adherían a la cabeza rapada. Timur y Mehti hablaban en voz baja y observé la nuca de Timur hasta que me devolvió la mirada. Me saludó y señaló a Mehti poniendo los ojos en blanco con expresión de complicidad. Le devolví la sonrisa.

El campeón de Lukub moriría ese día.

Alguien carraspeó exageradamente. Diya ralentizó el paso para colocarse a mi lado.

—¿Crees que tienen una alianza? —preguntó apuntando a Timur y Mehti.

Me parecía más probable que Mehti hubiera atrapado a Timur en una conversación y que la cortesía del lukubí le impidiera escapar.

—¿Por? ¿Estás sugiriendo que deberíamos formar una?

Diya resopló.

—¿Qué podría sacar yo de una alianza contigo?

—Vaya, Diya, ¿cómo sabías que insultarme era el modo de ganarte mi corazón?

En lugar de responder con sarcasmo, Diya se pellizcó la nariz.

—¿Hueles eso? —Fulminó a Timur con la mirada—. Proviene del lukubí.

Solté un bufido. Su apatía hacia todo lo que proviniera de Lukub no conocía límites. En la penumbra que se extendía frente a nosotras, cinco escaleras ponían fin al túnel. Cinco escaleras para cinco campeones. Dondequiera que fuéramos, Jasad nos seguía.

Diya usó las que quedaban a mi derecha. Mehti las de la izquierda.

—Que compartamos la fortaleza de los awalín y volvamos a vernos con alegría —declaró Timur.

Toqué la fina tela que cubría la apertura y subí el último escalón. Los demás campeones me imitaron y presionaron las palmas contra la tela.

—¡Por Baira! —exclamó Timur, y saltó al otro lado de la tela. Un rayo de sol iluminó el túnel a través de la nueva abertura.

—¡Por Kapastra! —gritó Mehti, y se marchó tras él.

Diya y yo nos miramos en un silencio comprensivo. Aparté una esquina de la tela y atisbé a mi alrededor. Como no vi ningún animal ni amenaza acechante, le asentí a mi rival.

—¿Quieres salir dramáticamente o lo hago primero yo?

—Espero que al Ayume le guste el vacío —comentó—. Encontrará mucho entre las orejas de los chicos. —Diya flexionó las rodillas y salió disparada por el hueco.

Apreté el estómago y salté. El sol brillaba en lo alto, quemándome las mejillas. El buen tiempo contrastaba con el olor a descomposición empalagosa con un toque de podredumbre que me invadió la nariz. Había rociado muchos paños con una sustancia con un aroma idéntico a lo largo de mi vida, incluido el que había usado para dormir a la madre de Zeinab.

El ataque del Ayume empezaba por el propio aire.

Solo se nos permitía llevar una pequeña daga encima. Conteniendo el aliento, saqué la mía y corté un triángulo de la parte inferior de mi túnica. Me até los dos extremos detrás de la cabeza y me cubrí la nariz y la boca con una mascarilla improvisada. La protección que me brindaba iría disminuyendo cuanto más tiempo pasara en el bosque. Racionar la respiración era crucial.

El paisaje era idéntico al de los dibujos que había estado estudiando la primera semana. La colina descendía hacia un lago que recorría el perímetro de los árboles. El bosque se extendía como

un remolino de oscuridad, denso y letalmente silencioso. Más allá, las nubes se cernían sobre nuestro objetivo final: el acantilado.

Di un paso hacia abajo y estuve a punto de perder el equilibrio. La colina era empinada y estaba cubierta de tierra suelta y sedimentos. Intenté entornar los ojos a través del resplandor del sol para analizar las dimensiones del lago. Si me desviaba demasiado hacia esa zona, tendría que retroceder. Cualquier error me haría desperdiciar un tiempo muy valioso y me acercaría a tener que deambular por el Ayume en la oscuridad y a que ese aire de olor agridulce me confundiera los sentidos.

Clavé la daga en el suelo para hacer palanca y bajé la pendiente a trompicones. El sol proyectaba deslumbrantes diamantes blancos sobre el agua del lago. Remolinos parecidos a arañas se adentraban en la masa de agua principal y la superficie reluciente desaparecía entre los árboles.

Mi reflejo me dirigió una mirada nerviosa. Tras el ataque de los Orabi en el Essam, me había pasado una semana practicando cómo subir el río a contracorriente. Forcé a mi cuerpo a seguir adelante a pesar de la indomable resistencia del Hirun por lograr lo contrario. Oí la firme advertencia de Arin como si me la estuviera dando en ese momento. «Hay magia oscura arraigada en el Ayume, sobre todo en el lago. El lago es un vacío, y sus aguas son más espesas que la arena. No debes permitir en ninguna circunstancia que el agua te cubra por completo. Mantén la cabeza fuera. Si te hundes, el lago nunca te liberará».

Si no fuera por la escasez de luz natural, podría rodearlo y abstenerme de atravesarlo. El Alcalah ponía a prueba más que la capacidad de llegar hasta el final. La destreza física de un campeón quedaba relegada ante su aptitud para tomar decisiones. Arin lo llamaba «criterio». Me llené el pecho de aire contaminado, sellé los labios y me adentré en el lago. El agua estaba sorprendentemente fría y me succionaba las piernas, obligándome a sumergirme más. Entrelacé las manos detrás de la nuca y levanté la barbilla. El agua me abrazaba la cintura y subía con cada paso.

Cuando ya me llegaba por los hombros, el suelo desapareció debajo de mí. Bajé los brazos y pataleé en el agua alquitranada. El peso del lago se rebelaba contra toda lógica y, hacia la mitad, los pulmones me ardían pidiendo aire. Algo largo y resbaladizo se me enrolló alrededor del muslo y me bajó por la pierna. Se marchó, pero no antes de que el pánico llenara la capacidad limitada de mi pecho.

¿Has olvidado nuestra primera lección? El pánico anula cualquier habilidad o entrenamiento. Mantén la cabeza despejada y haz lo que hay que hacer, me ordenó Hanim.

Incliné la cabeza hacia atrás manteniendo la cara hacia el sol mientras el agua se tragaba mi cuello. El agua se endureció. Mis piernas se movían inútilmente contra la resistencia. El lago me acariciaba las mejillas y se deslizaba por mi labio inferior.

¿Así era como se había despertado Fairel después de que los caballos le destrozaran las piernas? Fairel, que solo quería proteger las sillas de Nadia. Nunca se uniría a las jóvenes que mantenían ollas en equilibrio sobre sus cabezas mientras se paseaban por Mahair. Jamás perseguiría a los patos que escapaban de la granja de Yuli ni escalaría los árboles del Essam. Fairel tendría una vida plena porque su espíritu así lo exigiría, pero no sería la vida que habría tenido de no ser por Felix de Omal.

El dolor me punzaba los brazos entumecidos. La magia fluyó por mi cuerpo y resollé cuando recuperé la sensación de las extremidades. El agua se aflojó a mi alrededor y se volvió maleable de nuevo. Nadé saboreando la incomodidad de los grilletes y estuve a punto de llorar al tocar tierra firme. Salí del lago tambaleándome. Cualquier intento de no respirar se esfumó mientras jadeaba como un perro durante un verano orbaniano.

Tenía que encontrar a Timur. El sol se ponía en el cielo y los árboles proyectaban sombras alargadas. Me habían parecido minutos, pero habría estado en el lago cerca de una hora.

En cuanto me levanté, un pájaro se lanzó hacia mí con un chillido. Me cubrí la cara cuando me desgarró la manga, arañándome el brazo. Lo ataqué con la daga y corrí hacia los árboles saltando sobre

matorrales llenos de enredaderas que se retorcían como serpientes. A mi alrededor, llovían hojas más afiladas que cristales. Timur ya tendría que haber terminado de atravesar el lago, a menos que hubiera intentado hacerlo por una parte más ancha. Si Mehti y Diya llegaban al peñasco antes que yo, Timur perdería la oportunidad de participar en la segunda prueba. Si no intervenía, no podría quejarse de sabotaje ante Vaida. No moriría en el Ayume.

Me arranqué una rama que se me había enganchado en el chaleco y me esforcé por escuchar a los demás campeones. Una bandada de pájaros graznó al volar hacia las hojas afiladas. Se me llenó el campo visual de plumas ensangrentadas y tropecé con un remanso de agua separado del lago. Un conejo yacía de lado en el charco poco profundo, envuelto en el vacío excepto por un ojo abierto.

La batalla del Ayume había deformado ese territorio hasta convertirlo en una burda y grotesca imitación de la naturaleza. La magia retorcida de Dania saturaba cada poro del Ayume. El bosque orbaniano sobrevivía como una reliquia, una masacre viviente que mantenía la consciencia gracias a la sangre de los soldados caídos de Kapastra que corría por las venas de la propia floresta.

Perdí la noción del tiempo mientras atravesaba el bosque. Cuando los árboles escasearon, relajé los dedos con los que sostenía la daga y jadeé. El acantilado blanco se alzaba ante mí, con su contorno como una línea torcida contra el cielo. El atardecer ya asomaba por el horizonte. ¿Habría llegado ya alguno de los otros campeones? ¿Habrían subido ya el peñasco?

Me apreté el paño contra la boca, sorbiendo el aire y recorriendo la vasta línea del Ayume con la mirada. ¿Dónde estaban?

—Has llegado la primera.

Me giré. Timur se pasaba una roca de una mano a otra. El sudor le perlaba la frente y hablaba con voz pastosa. Había inhalado demasiado aire tóxico.

—Ojalá no lo hubieras hecho. Ojalá su majestad se hubiese equivocado solo por esta vez.

Essiya, retrocede, dijo Hanim con una urgencia repentina. *Apártate de él.*

—¿A qué te refieres? —pregunté. Saqué de nuevo la daga y coloqué el pulgar en la base—. ¿Estás bien, Timur?

Ya lo había entendido. Si no hubiera tenido la mente confundida, me habría parecido extremadamente obvio. Vaida necesitaba a su campeón para ganar. Yo era su mayor obstáculo. Si no accedía a rendirme, tendría que detenerme.

—¿Qué te ofreció? —El cielo se aferraba al sol poniente mientras el crepúsculo teñía el horizonte de naranja—. ¿Riquezas? ¿Protección? —Recordé la conversación del patio—. ¿Ha amenazado a tu familia?

Los brazos musculosos de Timur temblaban. Tosió y escupió sangre en el suelo.

—Mi hermana se está muriendo. Los suministros que necesitan los boticarios para preparar la cura son limitados y no tenemos los medios para pagarlos. La sultana Vaida… me prometió que, si me aseguraba de que perdías el Alcalah, Maram estaría a salvo.

—¿Y qué hay de las riquezas otorgadas al vencedor? Seguro que con ellas podrías permitirte una cura para tu hermana.

Timur ya estaba negando con la cabeza.

—No hay tiempo. Ahora mismo, solo hay un vial disponible con la cura y, si no pasas a la segunda prueba, mi hermana lo recibirá esta misma noche.

Quería lanzarle a Vaida todas las hojas del Ayume, desgarrar sus capas de artificio y manipulación y arrojar lo que quedaba para los carroñeros.

—¡Ella creó el problema y ahora te chantajea para solucionarlo! La realeza nos tiende trampas a la gente como nosotros. Nos observan mientras nos retorcemos y esperan gratitud cuando se dignan a liberar una pequeña parte de su red. Fui aprendiza en Omal del boticario más destacado de todo el reino. Puedo ayudar a tu hermana, Timur. Prepararemos más viales. No tienes que cumplir la voluntad de Vaida.

—Saber que estás en una trampa no hace que escapar sea más fácil. —Los ojos de Timur brillaban con lágrimas contenidas. Cambió el peso de lado y reveló una cavidad en las rocas grises tras él. Arrojó la piedra a la cueva—. Perdóname, Sylvia.

Tres pares de ojos índigo se materializaron desde la cueva y un gruñido gutural sacudió la tierra.

En algún momento, seguro que las tres pesadillas que surgieron al instante habían sido perros callejeros corrientes. Los perros sarnosos a los que adoraba Fairel, los que solían estar cubiertos de hollín y husmeaban en la basura de Mahair. El Ayume había extendido su maldad sobre ellos. Babas negras goteaban de sus mandíbulas del tamaño de rocas. Sobresalían garras de sus patas deformes y chasqueaban unos dientes largos y puntiagudos. No miraron a Timur ni una sola vez, permanecieron pendientes de mí.

—Diya lo olió —comprendí. Los perros se desplegaron en un semicírculo a mi alrededor. No lo había pensado demasiado y había considerado su comentario otra pulla contra los lukubíes—. Te rociaste con algo antes de entrar en los túneles. Eso los mantiene alejados de ti.

Aparté la vista de los perros el tiempo suficiente para gruñirle a Timur.

—Sígueme, Timur. Más te vale cumplir tu misión porque, si sobrevivo, me aseguraré de que tu hermana muera antes de que cualquier enfermedad acabe con ella.

Los perros aullaron y saltaron. Hui hacia los árboles. Los remansos del lago se extendían hacia el bosque. Si pudiera encontrar uno lo bastante profundo para ahogar a tres perros, estaría a salvo.

Timur se abrió paso entre los matorrales detrás de mí. El sol se despidió del cielo con un beso y los últimos zarcillos de luz se desvanecieron con las prisas del atardecer.

Los instintos que había entrenado durante mis carreras a ciegas por el Essam se agudizaron con el rencor. Arin me había preparado

para triunfar cuando todas las condiciones estuvieran en mi contra. No moriría asesinada por una manada de perros en Orban.

Mis músculos se aletargaron cuando respiré profundamente. Los perros me mordisquearon los talones y sus estridentes ladridos me arañaron los oídos.

—¡Essiya, baja de ahí! ¡Vas a hacerte daño!

Apenas pude evitar tropezar con una raíz demasiado grande.

—¿Dawoud? —exclamé.

Las voces resonaron a mi alrededor. ¿Era cosa del Ayume o de mi magia?

«¿Por qué haces eso? ¿Por qué siempre te apartas?», preguntó el viento con la voz de Fairel.

Me ardían todas las partes del cuerpo. Quería desplomarme, descansar solo un momento en la tierra mullida. Giré hacia la derecha. Tras un grupo de nidos abandonados, apareció un tramo del lago.

Unos instantes más y habría llegado. Pero en mi afán me había acercado demasiado a un arbusto raquítico. Se me enganchó una rama en el tobillo y estuvo a punto de derribarme. Tiré y la rama se tensó. Intenté trepar al árbol que había detrás del arbusto y me corté la palma con la áspera corteza. Me atraparon enseguida.

Los perros irrumpieron por la derecha, seguidos de cerca por Timur. Tenían los hocicos abiertos en una sonrisa macabra y Timur giró la cabeza.

—Adiós, Sylvia.

Se me calentaron los grilletes.

—Si vas a matarme, ten la decencia de mirarme a los ojos —siseé.

Chasqueé los dedos.

Los perros se congelaron a mitad del salto con los ojos índigo rebosantes de odio a la altura de los míos. La magia arrancó la rama de mi tobillo, pero el sufrimiento de mi cuerpo también afectó a mis poderes. Me tambaleé cuando quedé libre y me apoyé en un árbol.

—T-tú… —jadeó Timur. Cayó de rodillas y el efecto de su carrera detrás de mí se hizo evidente en sus facciones desencajadas. La atmósfera lo adormecería antes de que pudiera llegar al peñasco, mucho menos escalarlo—. Jasadí.

Una parte de mí insistía en dejar que se durmiera. El olor que repelía a los perros no duraría demasiado y acabarían devorándolo vivo. Era el mismo destino espantoso que él pretendía que sufriera yo. Con mi magia ardiente dentro de mi cuerpo debilitado, obligué a las imágenes de Sefa y Marek a reemplazar a los perros. Ignoraba el mal que acechaba en ese bosque y me rodeé de los meticulosos frascos de la tienda de Rory y de la calidez del refugio de Raya. Eran las excepciones a mi regla de dolor, rabia y miedo; pero su efecto sobre mi magia era el mismo.

—Te concederé un final más dulce que el que tenías reservado para mí.

Chasqueé los dedos. Una roca le golpeó la cabeza a Timur, y sus ojos, abiertos de par en par, se pusieron en blanco. A uno de los perros le tembló la pata. No podría contener la magia durante mucho tiempo más.

Esquivando a los perros, busqué el pulso en el cuello de Timur y gemí cuando mis dedos lo encontraron. La cola bífida de uno de los perros se agitó.

Le quité a Timur el abrigo de los hombros y me lo puse. Debería conservar aroma suficiente para impedir que los perros me siguieran. Invoqué los últimos restos de mi magia cada vez más escasa y extendí la palma.

El cuerpo inconsciente de Timur flotó, pasó junto a los perros y por encima del matorral. Me temblaba el brazo por el esfuerzo de sostener la magia. Tenía que bajarlo en el ángulo correcto o todo este empeño sería en vano.

El calor abandonó los grilletes y el cuerpo de Timur cayó como una piedra. No salpicó con el impacto. El agua lo cubrió con avidez, centímetro a centímetro. El lago se tragó al campeón de Lukub con

un suspiro. La superficie ondulada se alisó. Otra vida engullida por las entrañas del Ayume.

El mundo giraba y me daba vueltas mientras me tambaleaba hacia el peñasco. Apreté los puños y gemí ante la punzada de dolor que noté en la mano derecha. Algo húmedo y pegajoso me caía por la manga. Levanté el brazo y esquivé por poco otra rama serpenteante.

Tenía una especie de lodo de color ámbar en la palma de la mano que goteaba sobre mi puño. La piel de debajo burbujeaba con gotas rosadas de sangre.

La advertencia de Arin: «En el futuro, intenta evitar tocar los árboles al correr. En el Ayume, hasta la savia podría matarte».

—Que te pudras en tu tumba por toda la eternidad, Dania —espeté.

Ser aprendiza de Rory incluía una larga enseñanza sobre maldiciones. Aunque Rory elaboraba curas para males que contaban con pocas soluciones, rara vez se molestaba con el veneno. Por el dolor que me trepaba por el brazo, calculé que me quedaban menos de veinte minutos antes de que la savia me inmovilizara el cuerpo por completo.

Una cuerda colgaba del peñasco, pero el extremo deshilachado me rozaba el hombro. La escarpada pared rocosa me miraba con desdén. El acantilado se recortaba contra el cielo nocturno como una espada de oscuridad. Presioné la frente contra la piedra desmoronada y cerré los ojos. Los dedos de la mano derecha ya me dolían al doblarlos. Si el brazo me abandonaba a mitad de la subida, podría quedarme colgando de la cuerda el tiempo suficiente para que la atmósfera terminara su tarea y me durmiera. Al menos, no estaría consciente en el momento de mi muerte.

Me quité el abrigo de Timur y me agarré de la cuerda. Flexioné las rodillas, me impulsé desde el peñasco y aproveché el empuje para empezar la escalada. Me aferré a la cuerda con una mano abajo y la otra arriba. Envolví los nudillos de una mano en la parte inferior de la cuerda para hacer palanca conforme tiraba de mi

cuerpo hacia arriba con la otra. Era un viejo truco de Hanim para evitar resbalones. Mantuve la secuencia: me impulsaba desde el peñasco y subía un pie mientras intercambiaba cada pocos minutos la mano de arriba por la de abajo. Intenté pensar en Fairel o Rory, en Sefa o Marek. Cualquier cosa que alimentara mi magia. Pero me dolían los brazos y me costaba mantener los ojos abiertos. La savia bombeaba su veneno a través de mi cuerpo, compitiendo con la fatiga para ver cuál de ellas acababa conmigo primero.

En lugar de en algún ser querido, pensé en Soraya.

Había llegado a adorarla profundamente. Había llorado su muerte mucho tiempo después de que se me hubieran secado las lágrimas por mis abuelos. Ella también me había querido. Pero el odio… el odio que emponzoñaba más que cualquier savia había corrompido a Soraya y la había transformado en la mujer que me había apuñalado en Lukub.

Un viento repentino me empujó hacia un lado. La cuerda me catapultó hacia el acantilado. Me golpeé contra las rocas, perdí el agarre y me deslicé hacia abajo durante unos segundos vertiginosos antes de recuperarme. La fricción de la cuerda me desgarró las palmas de las manos y se me cubrieron los antebrazos de sangre.

Balanceándome suavemente, intenté calcular cuánto me quedaba por escalar.

—Ni siquiera has llegado a la mitad —dijo una niña a mi derecha. Me sobresalté y las fibras de las cuerdas se me clavaron en las palmas en carne viva. La pequeña colgaba de una segunda cuerda y me miraba con desprecio.

No es real, me advirtió Hanim. *Es la magia del bosque.*

—No soy la magia del bosque, soy la tuya —protestó—. Date prisa. Te queda poco tiempo.

—Essiya —murmuré.

—Essiya —repitió—. O Sylvia, supongo, que no es un nombre que yo haya elegido. Nos pusiste el nombre de la madre de Soraya. Un poco raro, ¿no? —La niña giró alrededor de la cuerda—. ¿Por qué me mantienes atrapada? Vamos a morir.

—Yo no te mantengo… —Tosí y apreté la cuerda con las rodillas para no deslizarme más—. Unos grilletes bloquean mi magia.

Essiya resopló. Se retorció y se quedó colgando boca abajo.

—¿Me usarías sin los grilletes? Nunca lo haces en sueños. Solo nos limitamos a ver cómo arden nuestra madre y todos los demás.

—Claro que lo haría.

—Creo… —continuó Essiya y, por la tumba mancillada de Rovial, ¿de verdad era tan insufrible de pequeña?—. Creo que, aunque tu magia fuera libre y lo tuvieras todo a favor para reclamar nuestro reino, seguirías sin salvar Jasad. Te conformas con vivir a las afueras de las tierras de otros pueblos, una vagabunda en todo menos en el nombre. Culpas a Hanim de endurecer tu corazón, pero ella está muerta. Tu corazón te pertenece de nuevo a ti y te niegas a entregárselo a Jasad. Por eso Soraya nos quiere muertas.

Demasiado tarde, me di cuenta de que los grilletes eran como tenazas alrededor de mis muñecas. La magia se extendió sobre mi piel y adormeció los efectos del veneno. Reanudé el ascenso.

—Eres muy atrevida para ser una alucinación —espeté—. Hay otros capaces de liderar Jasad mucho mejor que yo. ¿Qué tengo aparte de un nombre de la realeza?

Essiya mantuvo el ritmo y escaló al mismo tiempo que yo. Tenía las manos en carne viva, pero el cosquilleo de la magia impidió que la agonía detuviera mi ascenso.

—¿Qué más necesitas? —insistió Essiya—. Los Mufsidíes y los Orabi juntos no poseen ni una décima parte del poder que tú tienes. Y, sin embargo, ellos luchan. Los jasadíes ocultos en Lukub, Orban, Omal e incluso en Nizahl… luchan. El poder es una elección, Sylvia. Cuando eliges por quién estás dispuesta a luchar, eliges quién eres.

—¿Aunque no gane? ¿Aunque sea una ola insignificante en un mar de resistencia? Hay muchas probabilidades de que pueda vivir una vida tranquila y mundana como Sylvia. Essiya no tiene nada garantizado. Ni una buena vida, ni la victoria ni nada. —El borde saliente del acantilado apareció ante mis ojos. Gruñí y apreté el estómago mientras me balanceaba hacia el peñasco. Golpeé la dura

superficie con fuerza e hice que las rocas cayeran rodando—. ¿Debería renunciar a la certeza, renunciar a Sylvia, por una legión de jasadíes sin rostro?

Alargué el brazo hacia el borde del peñasco, pero me faltaron unos centímetros. Un balanceo más, un impulso más. Un ligero roce en la muñeca me sobresaltó y me apartó de mi destino. Essiya se materializó delante de mí y nos agarramos a la misma cuerda. Unos ojos negros de kitmer se clavaron en los míos.

—Todas tus decisiones requieren sacrificio. La pregunta es: ¿qué estás dispuesta a perder?

Essiya soltó la cuerda y cayó hacia la penumbra. Mi magia se ralentizó con su desaparición y se me escapó un grito al recuperar la sensación en las manos. Con un chillido gutural, me impulsé lo poco que quedaba y enganché el brazo por el borde del acantilado. Clavé la daga en la tierra y me arrastré hasta el suelo firme. En cuanto mis rodillas tocaron el suelo, me alejé a rastras del precipicio y solté la daga. Mi sangre había manchado la empuñadura.

Un latido. Exhalé y me quité el paño de la cabeza. Mis poderes se desvanecieron aún más y me dejaron expuesta a un torrente de agonía.

Incontables faroles me quemaban los ojos. Miles de rostros se movían en mi visión periférica, pero no estaba el que yo quería. La multitud reunida me observó, boquiabierta.

—¡La campeona de Nizahl pasa a la segunda prueba junto con los campeones de Orban y Omal! —bramó el presentador.

La multitud estalló.

Los vítores se apagaron, los colores de los espectadores se redujeron a puntos en movimiento en un paisaje que se oscurecía con rapidez. Una alta silueta emergió entre esos puntos.

—¿Sylvia? —preguntó Arin. Su voz grave fue el sonido más hermoso que había oído nunca. El comandante maldijo—. ¡Traed la lona!

Junté las palabras que necesitaba y levanté la mano.

—Salvia —grazné—. Durante veinte minutos.

Los últimos retazos de mi magia se desvanecieron y me desplomé sobre el pecho de Arin. El heredero nizahliano me rodeó con los brazos y capté vagamente que estaba gritando, pero ya no me importaba. Estaba caliente, era fuerte y olía a la lluvia que nunca caía en el Ayume.

Inhalé a Arin con la cabeza apoyada en el hueco de su brazo mientras el aire del Ayume me sumía por fin en el sueño.



CAPÍTULO VEINTISÉIS

—La verdad es que agradecería mucho que dejaras de intentar matarme —dijo Sefa cuando me desperté.

El médico se levantó de la silla y corrió a mi lado. Tenía las palmas vendadas, pero la peor sensación era el mal sabor de boca. Todavía estaba en mis aposentos en el pabellón, así que no habría dormido demasiado. Un día a lo sumo. Encogí y estiré los dedos de los pies y me sentí aliviada al ver que los músculos obedecían. Habrían extraído el veneno antes de que mi cuerpo lo absorbiera.

—¿Sabes? Le dije lo mismo al Ayume —contesté apartando las manos del médico de un manotazo y sentándome. Ofendido, el hombre cogió su maletín y salió de la habitación—. ¿Dónde está Marek?

—Se ha ido a patrullar con algunos soldados —respondió Sefa—. Para ser alguien que odia con tanta vehemencia al ejército de Nizahl, sin duda es capaz de ganarse el cariño de los soldados.

Le sonreí a Sefa hasta que vi que la angustia se apoderaba de su expresión. Seguro que pensaba que había sufrido algún daño mental.

—Marek y tú no entraréis en Nizahl. Me aseguré de ello —dije—. Vaida se disgustará, pero tengo una idea para conseguir que no tome represalias.

—¿Cómo te aseguraste de ello? —Como era de esperar, frunció el ceño y se le formaron seis arrugas de preocupación en la frente.

—No he matado a ningún bebé, Sefa. —Timur era un hombre adulto cuando lo ahogué—. Ahora lo único que importa es que Marek y tú podréis quedaros en Omal una vez termine la segunda prueba. No es necesario que nos acompañéis a Nizahl.

Sefa, encajando mentalmente la muerte del campeón lukubí y su libertad recién conseguida, no compartía mi entusiasmo.

—¿Y cómo tienes pensado exactamente evitar que Vaida cumpla su amenaza? El perdón no es una virtud demasiado extendida entre la realeza.

—Su sello —espeté. La semilla se sembró cuando descubrí que el anillo de la sultana abría las puertas de su inquietante habitación subterránea. Mi trato con Arin no estaba mal, pero ningún plan estaba completo sin una contingencia—. Necesitaré que Marek y tú me ayudéis a robar el sello de la sultana en el palacio de Omal. Podemos usarlo para negociar nuestra seguridad.

Alguien llamó a la puerta e interrumpió la respuesta de Sefa. Ella se enderezó y su mirada pétrea se cruzó con la mía.

—¡Adelante! —grité—. Sefa, ¿qué pasa?

La puerta se abrió de golpe y se me erizó el vello de la nuca. La sensación inquietante llegó unos segundos antes de que oyera su voz.

—Por fin se despierta nuestra campeona —exclamó el supremo Rawain.

Mi mundo se detuvo bruscamente. Un estruendo silencioso retumbó en mi cabeza.

Un hombre con un cetro con cabeza de cuervo se sienta junto a una mujer que se está ahogando con un atuendo nizahliano. Una mujer mayor con unos dulces ojos marrones no deja de mirarme y apartar la vista. Tita Palia dijo que era la reina de Omal y que no debía hablar con ella. Al otro extremo de la mesa de roble, yeddo Niyar me da un caramelo de semillas de sésamo. Tita me pone una mano en la rodilla para detener mis piernas inquietas. Quiero irme a

casa. Dawoud prometió que me llevaría a Har Adiween para que pudiera escalar los árboles danzarines. Paso la mirada por la mesa. Probablemente estén discutiendo sobre algo importante. Me fijo de nuevo en el cetro con cabeza de cuervo. Me pregunto si me permitirían cogerlo.

El hombre vestido de violeta y negro capta mi mirada. Me guiña un ojo.

La mesa explota.

Colgar de la cuerda en el Ayume no era nada, absolutamente nada, en comparación con la guerra que se estaba librando dentro de mí. Los grilletes se convirtieron en anillos de fuego alrededor de mis muñecas, reprimiendo la magia que reclamaba sangre en mi interior. Lágrimas de ira se me acumularon en los ojos. El sabor a hierro me llenó la boca cuando me mordí el labio inferior. No estaba preparada.

Giré la cabeza.

Miles de jasadíes ensombrecían al supremo. Sus contornos difusos se deformaron colmados de lamento y se disolvieron en el cetro que tenía a su lado.

Mi recuerdo le había hecho un flaco favor al supremo Rawain. La edad había añadido un toque conservador a sus atractivos rasgos y su constitución imponente. Era más bajo que su hijo, pero más alto que yo. El gris le teñía el pelo de las sienes.

Sus ojos. Eran del mismo tono antinatural que vieron los míos el día en que lo perdí todo. El día en que me arrebató mi mundo entero. Tan inmaculados y exentos de piedad o compasión como lo habían estado en la Cumbre.

Mi estado de postración tenía una ventaja: no se preguntaría por qué no me arrodillaba y no tendría que explicarle que preferiría cortarme las piernas antes que inclinarme ante él.

El supremo Rawain entró en la habitación. Desde el marco de la puerta, la mirada indescifrable de Arin siguió a su padre.

—¿Y bien? ¿Cómo está? —preguntó el supremo.

El médico reapareció por detrás con un carraspeo.

—Magnífica, su alteza. El veneno ha pasado sin efectos secundarios y los mayores daños están en las palmas de las manos.

Rawain dio una palmada.

—Maravilloso. Nos diste un buen susto, Sylvia. Admito que tenía mis reparos sobre la elección de campeona de Arin, pero sin duda has estado a la altura de su visión. —Se rio y el sonido se deslizó como aceite viscoso por mi piel—. Mi hijo se ha mostrado reacio a presentarnos, le preocupaba que te intimidara. —Arqueó las cejas ante un Arin impasible—. ¿Lo ves? Es de una estirpe más fuerte.

Temblaba por el esfuerzo de reprimir la magia. Me golpeaba una y otra vez como un rayo carbonizando a su frágil recipiente. El sudor me perlaba la frente. Necesitaba hablar. Tenía los dientes pegados y me daba la sensación de que me estaban protegiendo de lo que pudiera salir de mi boca si se me desencajaba la mandíbula.

Rawain no se mostró preocupado por mi silencio o mi incapacidad por levantar la mirada de su pecho.

—Como parece que te encuentras mejor, debo insistir en que cenes conmigo y con Arin esta noche.

—Partiremos hacia Omal al amanecer —dijo Arin por fin—. Debería descansar.

—Y descansará —aseguró el supremo Rawain—. Después de cenar.

Mis grilletes se estrecharon y se tensaron con desesperación para frenar el embate de mi magia. En un instante, Arin se interpuso entre nosotros.

—Les pediré a los guardias que la traigan. Deberíamos irnos, el rey Murib nos está esperando.

Quería apartar a Arin de un empujón y arremeter. Arrancar esa garganta que no hacía más que escupir veneno, aplastar la cabeza que lucía una corona sobre los restos calcinados de mi reino. ¿Cómo se atrevía a ir hasta allí y a hablarme? ¿A elogiar los esfuerzos que había hecho por él?

Dolor. Rabia. Miedo. Un pozo de oscuridad alimentaba mi magia e incluso elegía a qué mano ayudar… y qué mano ignorar. Se

preocupaba por Jasad y por mis seres queridos, pero me vería gritar felizmente bajo las fauces abiertas de una bestia o el látigo de Hanim sin inmutarse.

No era de extrañar que mi magia nunca me ayudara. Me odiaba tanto como yo a mí misma.

—Pues vámonos. No soporto la idea de otra visita a su vulgar armería —dijo el supremo. Levantó la barbilla con desdén—. ¿Quién robaría de las chozas y tugurios orbanianos?

La voz de Rawain se movió hacia la puerta. Yo tenía los puños apretados alrededor de la colcha.

—Recupérate pronto, Sylvia. Me muero de ganas de conocer a una campeona tan digna.

En cuanto la puerta se cerró tras ellos, salí de la cama. Me doblé por la mitad sujetándome la cintura con los brazos. El huracán de mi magia rugió, reduciéndome a cenizas como al resto de mi reino.

¿Acaso no es lo que querías? La voz dulce pero severa de Niphran reemplazó a la de Hanim. *Deseabas ser olvidada. Desconocida, irreconocible. Lo has conseguido. Ahora no eres más que Sylvia, la campeona de Nizahl.*

—¿Sylvia? —Sefa me colocó una mano con cautela entre las escápulas.

—¡No me toques! —Me ardía cada centímetro de la piel como si pudiera mudar y dar paso a una nueva y mejorada versión de mí misma.

Se aproximaron varios pasos. El murmullo de los guardias me invadió. El médico, o quizás Jeru, se acercó a mí, pero se detuvo en seco al ver que me apartaba.

—¡He dicho que no me toque nadie!

—Dejadla —dijo Marek.

—Ahora —añadió Sefa.

El ruido se apagó y la puerta se cerró con un chirrido tras ellos. Me arranqué las vendas de las manos y dejé al descubierto unas palmas perfectamente curadas. Esta vez no había necesitado que Arin me tocara para atraer mi magia a la superficie.

Bien. A Rawain le gusta que sus propiedades estén impecables, espetó Hanim con desprecio.

Me abracé el torso y me mecí.



«En la raíz de todo el caos hay razón». Era un consuelo que Dawoud compartía conmigo cuando tenía mucho miedo o estaba especialmente enfadada. Él creció en Ahr il Uboor, un vilayato con una población de setecientas personas y, según él, más historias fantasiosas que sensatas.

Pero el error de mi existencia era un caos que mi mente no alcanzaba a razonar. Cuatro reinos que habían vivido en armonía con Jasad durante miles de años habían decidido invadirnos y reducirnos a cenizas. Algo tendríamos que haber hecho para merecerlo. Nos habríamos ganado el destino que se nos vino encima. ¿Verdad?

Me quedé temblando en un rincón con la frente apoyada en la pared.

«Durante cientos de años, Jasad extrajo su gloria de las vidas que arruinaba».

«Todo el mundo hablaba de la fortaleza, Sylvia. Permitía a Jasad hacer lo que quisieran y salirse con la suya».

«… ha llegado el momento de que el sol se alce sobre Jasad, Essiya».

Porque si no merecíamos nuestro destino, no podría seguir soportando la alternativa mucho tiempo más.

Cuando se volvió a abrir la puerta, me encontré ante una hilera de vestidos. Sentí un hormigueo en el cuello mientras me ajustaba la toalla alrededor del cuerpo.

—¿Qué vestido preferiría el supremo que llevara su campeona? —pregunté con una voz tan vacía como mi interior—. No quisiera disgustarlo.

Cuando el silencio se prolongó, miré por encima del hombro. Arin estaba a un paso de distancia, mirándome la espalda. Cerré la boca de golpe. Había olvidado cubrir las pruebas del pasatiempo favorito de Hanim. Hasta ahora, Rory y Raya eran los únicos que habían tenido la desgracia de contemplar mi cementerio de cicatrices.

—¿Quién te hizo esto?

Me moví para mirarlo, pero un guante en mi hombro me impidió girarme.

—Eso no es asunto tuyo.

—Son cicatrices antiguas —murmuró—. Acumuladas unas sobre otras.

Cuando su mano me rozó la piel, no pude evitar un escalofrío. Recorrió la escarpada piel de mi espalda examinando el estado defectuoso de su campeona. Apoyé la frente en el armario para calmar mi respiración agitada. No estaba en condiciones para tratar con el heredero.

—Son de un látigo yalda —supuso. La presión se movió a mi lado derecho—. Una vara.

Aflojé el nudo de la toalla lo suficiente para revelar la parte inferior de mi espalda, presa de una curiosidad mórbida. ¿Sería capaz de nombrar todos los instrumentos que Hanim había usado contra mí? Yo no.

—¿Esto es de un arakin? —jadeó abriendo las palmas en la base de mi columna. Me sobresalté.

—¿Un qué?

—Se prohibieron hace décadas. Tus cicatrices… No tendrías más de seis o siete años. —Parecía furioso—. Estas fustas causan mucho daño. Podrías haber muerto.

Me envolví con la toalla y me di la vuelta.

—¿El arakin es el que tiene púas de metal envenenadas? Sí, quien lo inventara estaba muy inspirado ese día. El veneno justo para hacerte gritar tanto como para estar una semana afónica, pero no lo suficiente para acabar con tu miseria.

—¿Qué…? —Se detuvo. Cerró los ojos brevemente intentando reunir las palabras. El hombre más elocuente del reino se había quedado sin habla ante las artimañas de Hanim—. ¿Qué te pasó, Sylvia?

Me reí. Y me salió una risa alarmantemente ahogada.

—No eres el primero que me usa para sus propios fines. He decepcionado a mucha gente a lo largo de mi vida, ¿sabes?

Mantuve la atención fija en el hombro de Arin mientras extendía el brazo. Me puso un vestido negro con mangas abotonadas y el cuello violeta en los brazos.

—Sigo esperando —dijo Arin.

—¿Esperando?

Había aprendido a defenderme de todas las versiones de Arin. Había ideado estrategias para resguardarme de su mente retorcida y su lengua afilada, pero nadie me había enseñado a protegerme del heredero de Nizahl cuando me contemplaba de ese modo: amable, humano, con la mirada fija clavada en la mía. Condenándome.

—A que me decepciones.



A diferencia del Palacio de Marfil, el castillo de Orban presentaba un aspecto más modesto. Pintado de un color canela poco llamativo, tenía apenas tres pisos y se extendía desde el final del Pabellón de los Campeones hasta la frontera con el bosque Essam. Lo que le faltaba de encanto lo doblaba en protección. Los jawaya orbanianos eran una versión más letal y menos disciplinada de las patrullas omalianas. Resolvían las disputas con sus propios y rigurosos criterios y las historias de abusos en las aldeas bajas se habían extendido. Había cincuenta rodeando el palacio, con sus dagas jambiya colgadas de los cinturones.

En la entrada principal, un jawaya sujetaba por el pescuezo a un perro que no dejaba de gruñir e intentar morder. Lo observé

mientras Wes se acercaba al jawaya. ¿Los perros del Ayume habrían husmeado la orilla del lago en busca del cadáver de Timur? Timur, un chico que amaba tanto a su familia como para matar por ellos.

El único adorno del apagado castillo se encontraba en la puerta doble que daba paso al interior. Un toro de cuernos verdes nos fulminaba con la mirada conforme nos acercábamos, elevándose sobre nosotros. Mi cuerpo entero habría cabido en una de sus fosas nasales. Las tres colas del toro se extendían de una puerta a la otra.

Tres jawaya se lanzaron contra la puerta, que se abrió de par en par a regañadientes para dejarnos entrar.

—El supremo se aloja en la segunda planta —gruñó el jawaya mirando a los guardias—. No deambuléis.

Las alfombras de juncos crujieron a nuestro paso mientras nos dirigíamos a las escaleras. El rey Murib claramente se había adherido al espíritu de la frugalidad de Orban. No había ni un solo tapiz o joya decorando las paredes. Las escaleras gruñeron bajo nuestros pies.

Jeru y Wes ocuparon sus puestos a ambos lados de la puerta. En el interior de la habitación, doce sillas rodeaban una mesa rectangular. Los faroles tenían la forma del toro de Orban, con la mitad del cuerpo saliendo de la pared y una vela titilante en la boca abierta. Los sirvientes iluminaron los cirios que envolvían la mesa, sumiendo la estancia en un resplandor anaranjado.

—Campeona —me llamó un sirviente. Señaló una silla a tres asientos de distancia de la cabeza de la mesa—. Aquí.

Ocupé mi asiento y me mantuve quieta mientras los sirvientes se movían a mi alrededor colocando bandejas de hojas de parra enrolladas, rabo de buey sazonado y pezuñas de buey grasientas. La cultura orbaniana no se centraba en la agricultura creativa como la omaliana. Comían lo que producían sus tierras, principalmente cereales densos y verduras de primavera. La carne en Orban era una delicia que muy pocos podían permitirse.

—Sylvia.

Levanté la mirada del plato vacío. Arin se había sentado frente a mí. La puerta se abrió antes de que el heredero de Nizahl pudiera

hablar.

—Excelente. Ya estáis aquí los dos —dijo el supremo Rawain.

Unos lazos violeta tejían un intrincado patrón en la parte delantera de su túnica ondulante y las mangas terminaban con el emblema real de Nizahl estampado en el puño. Cerró los dedos llenos de anillos alrededor del cetro. Su atuendo no encajaba en absoluto con el humilde entorno orbaniano. Ocupó el asiento del extremo de la mesa. Un sirviente se apresuró a cerrar la puerta.

—Deja abierto. Espero a otro invitado —ordenó Rawain—. Menudo día. Para tener tan poco que decir, Murib habla por los codos. Vaida podría tirarlo por un precipicio con solo dos notas. —El sirviente colocó un miswak junto a cada uno de nuestros platos. El supremo Rawain golpeó la mesa con el mondadientes—. Si algún campeón no sale del Ayume durante la primera prueba, Murib suele mantener a un jawaya esperando junto al acantilado toda la noche. Si al amanecer nadie ha tocado la cuerda, el jawaya encuentra un mejor modo de pasar el tiempo que aguardar a un campeón muerto. ¿Viste al campeón de Lukub en el Ayume en algún momento, Sylvia?

—No, mi señor. —Me concentré en un punto más allá del hombro del supremo Rawain.

Mi señor, repitió Hanim asqueada.

Rawain negó con la cabeza y apoyó el cetro en la silla.

—Vaida le está insistiendo a Murib para que deje a un jawaya en el acantilado un día más. Y Murib se ha sometido a su voluntad. Estúpido. Cualquier cosa que se acerque al borde de ese acantilado será asesinada enseguida.

Un golpe en la puerta le arrancó una sonrisa a Rawain.

—Ah, ha llegado el último comensal para la cena de hoy.

Se abrió la puerta y distinguí una expresión idéntica de alarma en los rostros de Wes y Jeru unos segundos antes de que Vaun entrara en la estancia.

El guardia nizahliano hizo una profunda reverencia.

—Alteza. Comandante.

Un rápido vistazo a Arin me confirmó que él se había sorprendido tanto como Wes y Jeru al ver a su antiguo guardia entrar en la sala.

—Vaun, siéntate. Sylvia y tú ya os conocéis bien, ¿verdad?

Una pronunciada cojera ralentizaba el paso de Vaun, quien se sentó con cuidado entre Arin y el supremo con una mueca.

—Sí, señor. Nos conocemos.

El guardia nizahliano me miró por fin. En lugar del odio que esperaba, lo vi animado por una alegría vengativa.

Esto no está bien, intervino Hanim. *Rawain no recuerda los nombres de los guardias. No los invita a una cena privada a dos reinos de distancia.*

—Sylvia iba a contarnos cómo terminó la primera prueba —dijo Rawain. Observó su copa y tomó un sorbo titubeante. Hizo una mueca—. Siento especial curiosidad por saber cómo trepaste por una cuerda con savia venenosa coagulada en la palma de la mano.

El plato de Arin permaneció intacto. Le sostuve la mirada mientras mis grilletes se estrechaban y mi magia perseguía el vacío de vuelta a su rincón oscuro. Solo un tipo de información podría llevar a Rawain a invitar a Vaun en contra de la voluntad de Arin.

Rawain sospechaba de mi origen jasadí. ¿Por qué si no iba a preguntar algo tan concreto sobre la primera prueba?

Extrañamente, me pareció una perspectiva emocionante. Dejaría que intuyera que era su enemiga. Permitiría que la acusación de Vaun se abriera paso en su mente y le tallara mi nombre en el cráneo. Había vivido en las fauces del descubrimiento casi toda la vida, esperando a que cerrara los dientes. Pero ahora… el miedo había agotado sus fuerzas y un poder más peligroso allanaba el camino.

Le sonreí con alegría al supremo Rawain.

—Trepé del mismo modo en el que lo habría hecho sin la savia envenenada, solo que con más gritos. Señor.

Ah, echaba de menos la mirada furiosa de Vaun. Su presencia, siempre tan terrible, calmó parte del daño que me había provocado la visita de Rawain.

El supremo rio, lo cual provocó que Arin y Vaun se giraran hacia él.

—Perdón por plantear una pregunta tan ridícula. —Desenrolló una hoja de parra y examinó el arroz especiado del interior. Intentó enrollarla de nuevo—. Estabas en un estado lamentable cuando llegaste a nosotros. Mi hijo hizo llorar a varios médicos.

—Su alteza me ha preparado de manera muy diligente para el Alcalah. —Podía hacerme la simpática si eso ayudaba a que Vaun quedara de mentiroso—. Habría sido una lástima desperdiciar todos sus esfuerzos en la primera prueba.

—Sí, es bastante particular en esos asuntos. Demasiado, a veces. Pero no podría haber imaginado un comandante más implicado.

Arin inclinó la cabeza a modo de reconocimiento. Su incomodidad era evidente, al menos para mí… Había tallado el miswak hasta dejarlo puntiagudo.

—¿Cómo se te pegó la savia? —preguntó Vaun—. Recuerdo expresamente que su alteza te advirtió sobre tocar los árboles.

Me encogí de hombros. Vaun quería que diera una respuesta incriminatoria de la que poder aprovecharse.

—El miedo a veces eclipsa la memoria. Reaccioné de manera instintiva y sufrí las consecuencias.

—Fuiste la última campeona en salir. Tardaste una hora más que el campeón de Omal. ¿Cómo es que la atmósfera no te adormeció? —insistió Vaun.

Arin giró despacio la cabeza para observar a su guardia. Vaun se encogió en su silla como un niño que recibe una reprimenda.

—Me até un paño alrededor de la boca y la nariz para frenar sus efectos. Soy aprendiza de boticario —informé a Rawain—. Reconocí el olor.

—Absolutamente impresionante. —Rawain se recostó en su asiento. Cogió el cetro y pasó el pulgar por el delicado orbe de cristal del centro—. Me recuerda al Alcalah de hace doce años. El campeón de Jasad encantó la cuerda para que lo levantara hasta el peñasco. Los demás campeones se enfadaron por la injusticia, por supuesto.

El Alcalah es mucho más interesante con cuatro competidores, ya que el vencedor se decide por la fuerza y no por su lugar de nacimiento.

Mis grilletes se convirtieron en tenazas en cuanto la palabra «Jasad» salió de sus labios. Apreté los dientes para protegerme del exceso de magia.

—Yo habría compartido la ira de los demás campeones —comenté—. El honor del Alcalah no debe ganarse con atajos.

—Eso es —alabó Rawain—. En la magia solo hay trampas.

Si seguíamos tirando de ese hilo, mi magia contenida se saldría de los grilletes y lanzaría la mesa contra Rawain. Su cetro relucía bajo la luz de las velas y desde el orbe de cristal brillaban diamantes blancos.

—Este cristal es inquebrantable —dijo Rawain siguiendo la dirección de mi mirada—. No puede agrietarse ni astillarse. Fue un regalo de mi querida y difunta esposa tras el nacimiento de Arin.

Un dolor punzante me atravesó la cabeza y el recuerdo floreció como una gota de sangre carmesí. Isra de Nizahl sentada junto a Rawain en la Cumbre Sangrienta, con las manos entrelazadas sobre el regazo. Tenía el aspecto de una mujer que siempre se prepara para lo peor y cruzamos la mirada un breve instante antes de que la fijara en un punto lejano. En aquel momento, pensé que las mujeres nizahlianas eran muy tímidas y me distraje con las borlas de la manga de tita Palia.

Ella sabía lo que iba a pasar. Sabía que iba a matarla junto a todos los demás, dijo Hanim.

—Es precioso.

El cetro rezumaba malicia. Unas garras de acero se cerraban alrededor del orbe de cristal y un cuervo violeta fulminaba con la mirada desde el yelmo de hierro. No entendía por qué mi yo de diez años había querido tocarlo.

Cada minuto de la cena se alargó como un milenio, y cuando los sirvientes retiraron los postres, me sentía más tensa que la cuerda de un laúd. Las tácticas de interrogatorio de Rawain distaban de las

de Arin en casi todos los aspectos. El supremo disimulaba sus cuidadosas maniobras con encanto y buen humor.

Cuando se terminó la comida, el supremo Rawain se acercó a mí. Me temblaban los dedos, ansiosos por aferrar la daga que llevaba en el bolsillo de la capa. Mis grilletes eran como anillos de fuego alrededor de mis muñecas; si permitiera que mi magia ardiente se desatase, le clavaría el cetro por la garganta sin moverme del sitio.

—Estoy impaciente por ver tu éxito en la segunda prueba, Sylvia —dijo. Me quedé paralizada cuando me agarró la barbilla y me dio un suave beso en la frente—. Presiento que traerás un gran honor a Nizahl.



CAPÍTULO VEINTISIETE

En los cinco años que había pasado en Omal, no me había aventurado ni una sola vez en la ciudad palaciega. El palacio de Omal estaba en el centro del reino, una presencia sólida alrededor de la cual fluía la vida de la ciudad. Sefa y yo nos asomamos por la ventana del carruaje ignorando las bromas de Marek. Pintado de un primaveral azul cielo, el palacio deslumbraba en el núcleo de la ciudad alta. Unas puertas de ágata blanca lo rodeaban, opacas bajo la luz del sol. Las puertas se abrieron de par en par para nuestro desfile. En comparación con los jawaya y sus perros, la patrulla omaliana era una imagen agradable.

Cuatro largos pilares se alzaban en las esquinas del edificio, coronados por un cono brillante de zafiro y unas cúpulas relucientes que separaban las plantas del palacio. Siete arcos de medio punto, compuestos por azulejos azules y blancos alternados, conducían a una fuente que manaba a borbotones hasta la escalera principal. La piedra caliza sobre los arcos estaba decorada con patrones geométricos entrelazados.

—No me extraña que la gente se muera de hambre en las aldeas —murmuró Marek.

—Me entran ganas de sentarme en algún sitio solo para contemplarlo —dijo Sefa con aire soñador.

Unos impresionantes azulejos de cerámica componían el camino de entrada. Olvidé momentáneamente que estábamos

adentrándonos en la casa de un hombre que había mostrado interés en clavar mi cabeza en su jardín.

La entrada al palacio casi logró que Sefa cayera al suelo. Extendiéndose a mayor altura que el arco, una rochelya de relucientes cristales azules y blancos nos observaba. La preciada mascota de Kapastra, el símbolo de Omal. La cola escamosa de la criatura reptiliana se enroscaba alrededor de sus patas terminadas en garras. Sefa le dio un golpecito en la parte plana de la oreja.

—Da buena suerte —explicó.

Las puertas ya estaban abiertas y nos esperaba un grupo de sirvientes con libreas omalianas. Habíamos llegado más tarde de lo planeado y ni Felix ni la reina estaban presentes para recibirnos.

—La reina Hanan y su heredero aguardan con ansias vuestra presencia en la cena de esta noche —dijo el encargado del servicio con una reverencia. Los soldados de Arin nos rodearon y cogieron nuestras pertenencias antes de que pudieran hacerlo los sirvientes.

Nuestras pisadas resonaban por el vestíbulo de la entrada. Sefa me dio un codazo y señaló por encima de nosotras.

Círculos sinuosos y líneas diagonales se ondulaban en niveles decrecientes desde la cúspide del palacio hasta las barandillas decoradas y las paredes ornamentadas de abajo. La luz que reflejaba cada triángulo era de una opulencia que rivalizaba con el propio cielo.

—Es como una colmena —comentó Sefa.

—Se llaman mocárabes —dijo Arin—. No son originarios de Omal.

—Son de Jasad —murmuré. La mitad del palacio de Omal poseía aspectos típicos de la arquitectura de Jasad—. Lo único que proviene de Omal es la audacia. Los mocárabes se remontan al awal de Jasad. Rovial los diseñó para su reino. Cada mocárabe tenía como propósito albergar un pequeño foco de magia que iluminaba a los más vulnerables de Jasad. Los moribundos acudían a sanar bajo los mocárabes y los desconsolados encontraban la paz.

Ante la mirada entornada de Arin, añadí con inocencia:

—Había uno en mi villa en Ahr il Uboor. —Por lo que sabía, la villa de Mervat Rayan podía haber estado repleta de ellos. Seguía sin estar segura de que Arin se hubiera tragado la historia de Mervat, pero su atención parecía haberse desviado temporalmente gracias a Soraya y Vaun.

Los salones amplios me recordaban los retorcidos tapices que se extendían por el Palacio de Marfil de Lukub. Personalmente, me parecía que la economía de espacio de Orban era más adecuada para la seguridad, aunque al menos aquí la asamblea de Nizahl contaba con una planta completa para ellos. Había sillas junto a las puertas, un gesto considerado con los guardias apostados fuera de nuestros aposentos. Sefa y Marek habían compartido habitación en todos los reinos en los que habíamos estado y Omal no iba a ser una excepción. El encargado del servicio señaló una estancia a la derecha y Sefa entró con alegría, seguida por Marek con el equipaje. Jeru cerró su puerta y se colocó ante ella, ignorando la silla.

Los aposentos de Arin se abrían en el centro del salón, donde cualquier asaltante tendría que pasar por delante de un mar de guardias, pero no lo bastante lejos como para que no se le oyera gritar desde la escalera. Arin no entró, sino que me acompañó hasta la última habitación.

—Estos serán los aposentos de la campeona de Nizahl —dijo el encargado. Su cortesía severa me recordó a Dawoud—. Hay sirvientes disponibles para ayudaros con los preparativos para la cena de esta noche o para guiaros por el palacio. Por favor, no dudéis en solicitar los servicios de Omal, y gracias una vez más por honrarnos con vuestra visita.

Arin le hizo un gesto a Wes.

—Su puerta debe estar supervisada cada minuto que pase en el interior. Dos soldados pueden reemplazaros a Jeru y a ti, pero prefiero que haya al menos uno de los dos en todo momento.

Wes se colocó ante mi puerta. No mencionó que eso dejaba a Arin sin guardias en la suya propia. Al parecer, era más probable que

Felix buscara actuar contra mí y mis compañeros que contra el heredero de Nizahl.

—No podemos dejarles ningún margen ni a ella ni a los demás para atentar contra ti, no sin perder la oportunidad de capturarlos —había dicho Arin.

¿La ventaja de que hubiera tanta gente intentando atraparme o asesinarme? Que se habían acabado las sirvientas.

Arin recorrió el pasillo a grandes zancadas, seguido por su séquito de soldados. Pasó por delante de sus aposentos y unos cuantos soldados se separaron para colocarse delante de la puerta. Ahuyentaron a los sirvientes que se ofrecieron a deshacer el equipaje del heredero.

—Supongo que Felix no está tan familiarizado con las «excentricidades» de Arin como Vaida. —Ante el ceño fruncido de Wes, levanté las manos en señal de rendición—. Son sus propias palabras. Si quieres entrar y descansar los pies, puedes hacerlo. No creo que Felix pudiera atacarme en un salón lleno de soldados de Nizahl.

—Tú no lo crees —dijo Wes—. Yo tampoco. Pero el comandante sí, así que minimizaremos los riesgos.

Puse los ojos en blanco y cerré la puerta detrás de mí. Tras la sobriedad del Pabellón de los Campeones de Orban, estas habitaciones rebosaban extravagancia. La luz entraba a raudales por las ventanas abiertas en forma de medialunas y triángulos. Una lámpara de araña con muchas capas sostenía montones de velas sobre una mesa redonda. El largo cuello de una rochelya esculpida la rodeaba, y su cola se enroscaba alrededor de la pata. La cama era tan grande que podrían caber en ella todas las niñas del refugio, estaba repleta de almohadas de volantes y contaba con un cabecero blanco estampado. Me subí al mullido diván azul y me asomé por la ventana, apoyando los codos en el cristal abovedado. El cielo se abría dejando paso a una fina llovizna.

Estábamos en casa de mi padre. ¿Leía sus libros junto a la fuente? ¿Encandiló a alguna muchacha en esos jardines bajo las

estrellas?

La reina Hanan era mi abuela, y Felix, su sobrino. Se rumoreaba que la reina apenas salía de su ala del palacio desde que había perdido a su hijo en Jasad y a su marido en la Cumbre Sangrienta. Felix controlaba Omal en todo menos en nombre, y las pruebas de su incompetencia eran evidentes por todas partes.

El palacio de Omal había extraído la riqueza de su reino para quedársela. Lukub era el reino más rico porque cada ciudadano tenía un hogar propio, la barriga llena y un oficio que ejercer. Orban rechazaba el concepto de aldeas y ciudades jerárquicas, y solo se podía obtener un título o un estatus de nobleza al ganar alguna distinción en el ejército orbaniano. Sus aldeas sureñas seguían estando en peores condiciones que el resto, y me pregunté si la determinación de Orban de reclamar igualdad en su reino les impedía ver aquellos lugares que se estaban derrumbando. Mientras tanto, Omal contaba con la mayor población, la nobleza más adinerada y los mercados más rentables y, sin embargo, sus aldeas bajas sufrían hambruna cada invierno.

Me dejé caer en la cama y aparté a un lado todas las almohadas innecesarias. Una pasó volando junto a la mesilla de noche y derribó algo al suelo con estrépito.

Alejé la almohada mullida de una patada y cogí una muñeca de barro gris. El juguete me llegaba desde la muñeca hasta la yema del dedo más largo. Un rígido cordel negro la envolvía de pies a cabeza.

El cordel. Debía desatar el cordel. ¿Qué hacía ahí? La muñeca necesitaba respirar. No podía respirar con el cordel a su alrededor.

Con aire soñador, metí la uña por debajo de una hebra y tiré. La muñeca se me resbaló y se me escapó entre las manos antes de que pudiera agarrarla.

En un instante, se me despejó la mente. En cuanto separé la muñeca de mis grilletes, la neblina me envolvió de nuevo y fruncí el ceño al ver el cordel. No tendría que estar ahí. La muñeca no podía respirar. Tenía que devolverle el aire.

Dejé caer la muñeca y me alejé a toda prisa.

—Una gaiba —jadeé.

No había mucha gente capaz de dejar algo así en mis aposentos. Usé una túnica para recoger la muñeca. Vacilante, acerqué su cabeza a mi grillete izquierdo y me preparé.

Nada.

Soraya había dicho que mis grilletes resistían los hechizos de rastreo más fuertes. Había asumido que era simplemente porque los hechizos no encontraban mi magia. ¿Y si mis grilletes desviaban ciertos tipos de hechizo? Si las runas servían para mantener mi magia dentro, también era posible que mantuvieran otras clases de magia fuera.

Felix debía de tener la esperanza de que no reconociera esa terrible muñeca. Se decía que provenía de Lukub, de la época del reinado de Baira. La gaiba era una entidad antigua que se manifestaba como una nube cruel e informe. Cuando se introducía en su víctima, le desgarraba la mente distorsionando la realidad y mostrándole visiones de cada arrepentimiento, agonía o duda secreta que mantenía ocultos en su interior. Si permanecía mucho tiempo dentro, la gaiba podía dejar a su anfitrión muerto o catatónico. Tras el sepelio, los lukubíes descubrieron un modo de atrapar a una gaiba en estas muñecas y sellarla con cordel negro. Hanim se había pasado meses intentando encontrar una para probar si mi magia podría expulsarla una vez se me hubiera metido dentro.

¿Por qué la dejaría en mis aposentos? Si trataba de intimidarme sin alertar a Arin, los objetivos más fáciles eran…

Salí a toda prisa de mi habitación, pasé por delante de Wes y eché a correr. El pasillo era eterno, y estuve a punto de llorar de alivio al ver a Jeru. Una sinfonía de terror explotó en mi pecho cuando abrí la puerta de golpe.

Jeru y Wes se estrellaron contra mí por detrás y el segundo profirió una maldición en voz baja.

—¡Traed al comandante ahora mismo! —bramó Jeru.

El guardia intentó entrar después de mí, pero lo empujé.

—La gaiba puede dividirse entre varias personas. No entres.

Cerré la puerta con un portazo.

Sefa y Marek levitaban en mitad de la habitación con las pupilas dilatadas girando desesperadamente, persiguiendo las pesadillas que les plagaban la cabeza. Sus extremidades colgaban hacia delante, retorciéndose. El olor a huevos podridos me invadió la nariz. En el suelo, debajo de ellos, había una muñeca idéntica a la que yo había encontrado. El cordel negro pendía flácido de los dedos de Marek.

Sefa puso los ojos en blanco y se sacudió con violencia. El brazo de Marek se contorsionó hasta adoptar una posición antinatural y se le escapó un gemido gutural de la boca abierta.

La puerta se abrió de golpe. Arin irrumpió con la lluvia empapándole el abrigo y oscureciéndole el cabello. Observó la espantosa escena y cerró cuando sus guardias intentaron seguirlo.

Cogió la muñeca.

—¿Cuánto hace?

—No lo sé, yo he encontrado la mía hace cinco minutos. —Marek echó el hombro atrás bruscamente y chillé—. ¿Cómo se la sacamos?

Le arrebató el cordel a Marek.

—Átalo alrededor de la muñeca.

Atar el cordel maldito en torno a la muñeca invertiría su compulsión y expulsaría a la gaiba de su víctima. Envolví la muñeca con él de arriba abajo.

—¡Cada uno ha absorbido la mitad de la gaiba! ¡La muñeca tardará horas en sacarla!

—Soy consciente —dijo Arin. Se quitó los guantes y el abrigo—. Quizás sea mejor para ti esperar fuera. —Apretó los dientes ante mi ceño fruncido—. Pues prepárate para cogerlos.

—¿Qué vas a hacer? —Tenía una corazonada, pero no podía ser eso. No podría estar considerando…

El comandante se movió con la rapidez de una serpiente y agarró la palma expuesta de Marek con una mano y la de Sefa con la otra. El peso muerto de Marek cayó sobre la cama y corrí hacia Sefa al desplomarse. Caímos junto a Marek. Comprobé la respiración de ambos: superficial pero constante.

Un fuerte estruendo me hizo levantarme. Las puertas del armario se estrellaron contra el suelo y Arin tensó los músculos de la espalda mientras la gaiba lo atacaba. Se inclinó y se sujetó a un estante del armario con el rostro contraído por la agonía.

Lo recorrió un potente estremecimiento. Se le pusieron los nudillos blancos alrededor del estante. ¿Qué dudas tenía Arin que la gaiba pudiera alimentar? ¿Qué arrepentimientos?

Le agarré el antebrazo y estreché los tendones tensos. Tocarlo en ese estado era una tontería; sin embargo, no soportaba quedarme de brazos cruzados sintiéndome inútil. Tras otro interminable momento, Arin exhaló y abrió los ojos.

Apartó el brazo y la palidez de su rostro se transformó en ira.

—¿Es que tu limitado sentido común te ha abandonado? Apenas aguanto que me toques en las mejores circunstancias. Bastan unos segundos para perder el control y partirte el cuello.

—¿Mi limitado sentido común? ¡No soy yo la que está absorbiendo una gaiba! ¿Cómo sabías que esto iba a tener éxito?

Arin se apartó el pelo de la frente e ignoró deliberadamente mi pregunta.

Levanté los brazos en alto.

—Era una teoría, ¿verdad? Calculaste las probabilidades de que tu habilidad para percibir la magia atrajera a la gaiba lo suficiente para dejar en paz a Marek y Sefa.

—Casi —respondió Arin, pero no me ofreció ninguna explicación. Se sentó con la espalda pegada al armario—. Cuanto más fuerte es una mente, mayor desafío supone para la gaiba. Creo que le he parecido tentador.

—No vuelvas a hacerlo. —La brusquedad de mi voz nos pilló a ambos por sorpresa. Seguía arrodillada a su lado, presa de un temblor persistente. No quería volver a ver la imagen de Arin doblegado de dolor—. Algún día, tus cálculos fallarán. No puedes probar una teoría exponiéndote a ti mismo, ¿entiendes? Eres un heredero, ¡hay ciertos riesgos que no puedes permitirte correr! Ha sido una locura, una irresponsabilidad…

—Respira. —Con una mueca, recogió sus guantes y se los puso. Su mano enguantada se colocó sobre la mía en mi rodilla.

—No.

Los pájaros llevaban generaciones practicando sus dulces cantos, pero ni siquiera su música podía compararse con el sonido de la risa de Arin.

Nos miramos mutuamente hasta que las sombras se alargaron en la habitación.

—¿Por qué sigues intentando salvarme? —preguntó en voz tan baja que no lo habría oído de no estar a centímetros de él.

—¿Por qué sigues necesitando salvación?

Ay, niña tonta, gruñó Hanim.

Arin pareció darse cuenta en ese momento de que su mano continuaba sobre la mía. Se enderezó y carraspeó.

—¿Has dicho que también había una muñeca en tu habitación? —cambió de tema.

Me moví intentando sacar torpemente la monstruosidad que llevaba envuelta en el bolsillo de la capa. Se la pasé evitando su mirada. El heredero se levantó con cuidado. Lo seguí a cierta distancia y me acerqué a Sefa y Marek.

—Todavía no se han movido.

—Probablemente, no lo hagan hasta mañana. —Señaló el equipaje aún por deshacer—. El chico ha desenrollado la muñeca poco después de entrar en la habitación.

—Detesta que lo llames «el chico» —añadí.

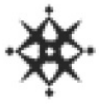
—Sí, así es —confirmó Arin.

Puse los ojos en blanco y eché una manta sobre la pareja durmiente. No podía decirse que el comandante estuviera por encima de toda mezquindad.

—Felix lo intentará de nuevo —dije—. No podemos acusarlo directamente de sabotaje, y es una rata conspiradora.

La sonrisa de Arin parecía sacada de alguna pesadilla.

—Déjame eso a mí.



El salón comedor omaliano me dejó sin aliento, al igual que el resto del opulento palacio. Una hilera de lámparas de araña titilaba en el centro del techo, iluminando la amplia y lujosa mesa repleta de comida. Se me hizo la boca agua al ver el pato asado, la calabaza rellena y la bissara humeante. La comida que aquí estaba destinada a veinte personas podría haber alimentado a toda Mahair.

Los sirvientes se alineaban en las paredes alrededor de la larga mesa. Me senté entre Diya y Mehti en el centro. La reina Hanan cenó a la cabeza de la mesa con Felix a su izquierda y Arin a su derecha.

No levantó la mirada de la comida y aproveché la oportunidad para examinar a mi abuela materna. Aunque tanto ella como Palia eran reinas, diferían en todos los sentidos. Una extensa melena castaña enmarcaba el delgado rostro de la reina Hanan y ocultaba sus penetrantes ojos. Ella no dominaba la habitación con una sola palabra como hacía Palia. Más bien al contrario. La gobernante omaliana parecía decidida a encogerse en el espacio más reducido y a pasar desapercibida. ¿Qué diría si supiera que estaba compartiendo mesa con la hija de Emre?

Diya me dio un codazo y señaló a Mehti con la cabeza cuando la miré. El campeón de Omal estaba mordisqueando otro anillo de mumbar dorado. El intestino frito relleno de arroz, cebolla y garbanzos era uno de los platos estrella de Omal.

—¿Cuántos te has tomado? —pregunté.

Mehti hizo una pausa y me observó con la incertidumbre de alguien cuyo gato doméstico empieza a ladrar.

—¿Quieres uno?

Hice una mueca.

—Ayudé a preparar mumbar en mi refugio una vez. Agujerear esas delgadas bolsas de carne y rellenarlas hasta reventar suele quitar el apetito.

El campeón de Omal se encogió de hombros, indiferente a la descripción.

—Yo he agujereado humanos y no he perdido el hambre de batalla.

Mientras que nadie entendía por qué Diya había sido elegida campeona de Orban, no se podía decir lo mismo de Mehti. A pesar de haber nacido entre riquezas, Mehti carecía de estatus noble, y sus padres habían rechazado las ofertas de la corona para atraerlos al rebaño. Arin me había explicado que la elección de Mehti había sido un modo más de imponer el título de nobleza a la recalcitrante familia bajo la máscara de honor de un campeón. Si Mehti se alzaba con la victoria, sería ascendido a noble, y su familia con él.

—¿Has practicado mucho agujereando humanos? —preguntó Diya arrastrando las palabras.

Mehti resopló, se llevó un tazón de sopa a los labios y bebió a sorbos. Los nobles omalianos del otro extremo de la mesa lo observaron con desconcierto.

—No tanto como tú —dijo cuando se detuvo a respirar y limpiarse la boca grasienta.

Diya se encogió de hombros con modestia.

—Yo hice muchos agujeros a dos personas. ¿Hablamos de cantidad de agujeros o de personas?

—Está bien —los interrumpí en voz alta—. Me gustaría disfrutar de la comida, por favor.

—Nadie te lo impide —respondió Diya.

—Tenía pensado preguntarte algo. —Mehti apoyó el codo sobre la mesa y se giró hacia mí—. ¿Por qué tardaste tanto en salir del Ayume? Yo estaba al otro lado del lago. No me viste, pero lo cruzamos al mismo tiempo.

Arranqué de raíz la alarma antes de que floreciera. No había nadie cerca cuando maté a Timur. Mehti se movía como un oso, lo habría oído a kilómetros de distancia.

—Se me enganchó el tobillo en un arbusto —respondí—. Y la daga quedó fuera de mi alcance.

Soplé mi sopa de pollo y orzo. En Mahair la llamaban «sopa de lengua de pájaro», lo cual me asustó hasta que Raya me explicó que se refería a la forma del orzo y no al contenido de la sopa. Marek, haciendo gala de su infinita madurez, se pasó meses señalando cada pájaro que veíamos y preguntándome si tenía hambre.

Los dos campeones se estremecieron mostrando compasión ante mi mentira.

—Uno de los árboles intentó arrastrarme mientras corría —contó Diya. Se arremangó para enseñar un fino arañazo rojo desde la muñeca hasta el codo.

—Yo esquivé una de esas ramas y acabé en un remolino en el lago. Me costó muchísimo salir —dijo Mehti—. ¿Creéis que los awalín agradecen lo que hacemos por ellos?

—Los awalín están dormidos en sus tumbas. No escuchan plegarias ni les importan nada los honores —contestó Diya—. El Alcalah es un concurso de fanfarronería para la realeza, y nuestras vidas son las monedas de cambio.

Un grave zumbido me distrajo de la respuesta de Mehti. Nadie más parecía oírlo. Seguí la fuente hasta que divisé a una sirvienta apoyada contra la pared que había detrás de Sorn. Había interrumpido bruscamente su conversación con otra sirvienta y tenía la mirada apagada. Se metió la mano en el bolsillo con la misma expresión soñadora que tenía yo unas horas antes. La cabeza de Sorn me impidió verle la mano, aunque el misterio de lo que sostenía desapareció cuando un cordel negro cayó de entre sus dedos.

Estallaron gritos a nuestro alrededor mientras una nube blanca y retorcida se extendía sobre la mesa. Algunos, Mehti incluido, intentaron ocultarse debajo de la mesa, pero la gaiba expandió su neblina blanca y se introdujo en sus narices. La criatura se dividió en pequeños pedazos para atacar a todos los presentes en la mesa. Los alaridos se desvanecieron cuando echó raíces dentro de sus víctimas. Diya se desplomó en su silla. La cabeza de Mehti aterrizó en el mumbar.

Una ráfaga corrió hacia mí y una sensación de quemazón me llenó la nariz. Tosí y la gaiba salió de mi boca en bocanadas grises, disipándose tristemente. Detenida por mis grilletes.

Al otro extremo de la mesa, los miembros de la realeza yacían boca abajo, gimiendo sobre el mantel. Todos excepto Arin, que cerró los ojos y se pellizcó el puente de la nariz como si la gaiba no fuera más que una molesta migraña. Aunque no perdió el conocimiento, ni siquiera él pudo evitar por completo los efectos de la gaiba.

Observé la mesa inerte y eché la silla hacia atrás. Era la oportunidad que esperaba. Durante el viaje a Omal, había conspirado con Sefa y Marek para colarnos en la habitación de Vaida y robarle el sello. Necesitábamos una garantía por si iba contra Mahair por la pérdida de Timur.

Si llevaba el anillo puesto en ese instante, podría quitárselo del dedo sin que opusiera resistencia y regresar a mi asiento en pocos segundos. Y solo serían segundos porque Arin atravesaría la neblina de la gaiba que tenía dentro y recuperaría el sentido antes que los demás. No había compartido con él el plan de robar el anillo, a pesar de que Sefa quería que lo hiciéramos. Había momentos en los que mi amiga parecía olvidar que el estratégico comandante era también el manipulador heredero de Nizahl. El sello podría ser una herramienta útil en mis manos; en las de Arin, sería un arma letal.

Ninguno de los anillos que llevaba Vaida era el que había presionado contra la pared en Lukub. Rebusqué en sus bolsillos y comprobé el colgante que le pendía del cuello, pero no llevaba el anillo encima.

Vaida se lanzó a un lado y derramó un cuenco de bissara sobre el regazo de Felix. Intentaban luchar contra la minúscula cantidad de gaiba que había en su interior. Se estaban despertando, lo cual significaba que Arin abriría los ojos en cualquier momento.

Corrí a mi asiento mientras el heredero me lanzaba una mirada inquisitiva. Me había descubierto volviendo a mi sitio, pero no había visto de dónde venía.

Arin le quitó la muñeca a la sirvienta, que no dejaba de gemir, y volvió a envolverla con el cordel negro. Sin la concentración de la gaiba en un solo lugar, la compulsión de la muñeca actuó rápidamente sobre cada individuo y surgieron volutas blancas de las bocas y narices inertes. Arin enrolló la muñeca en un trapo blanco, la dejó de nuevo en la mano de la sirvienta y regresó a su asiento mientras los demás se recuperaban.

Estallaron los murmullos. Los guardias se llevaron a una sollozante reina Hanan. Algunos empujaron a la sirvienta llorosa hacia Vaida y esta dejó la muñeca sobre la mesa.

—Sultana, esto estaba en mi bolsillo. No sé cómo llegó ahí. Por favor, lo lamento mucho. —Se tapó la cara, desconsolada.

Se me separaron los labios. La había tomado por una sirvienta omaliana, pero era lukubí. Arin había metido la muñeca de Felix en el bolsillo de una de las sirvientas que viajaban con Vaida.

Al ver la muñeca, Felix se puso morado. La rabia invadió el rostro de Vaida y ambos se levantaron de un salto. Las secuelas de la gaiba los habían dejado dispersos, menos atentos a su audiencia.

—Idiota —gruñó Vaida—. Te las entregué en una caja de piedra reforzada, ¿y tú se las das a una sirvienta?

—¡Las dejé exactamente donde dije que lo haría! ¡Mis sirvientes son lo bastante competentes para evitar objetos que no reconocen!

—Si hubiera desenrollado esa muñeca en cualquier otra parte, ahora estaríamos los dos muertos —espetó Vaida.

Una voz suave y mesurada irrumpió su disputa.

—No sabía que la magia se había convertido en un problema tan importante en vuestros reinos —dijo Arin.

Cerró la mano enguantada alrededor de la muñeca. Una palidez mortal inundó el rostro de Felix cuando se dio cuenta de su error. Los ojos delineados de blanco de Vaida se abrieron de par en par. Toda la mesa contuvo la respiración. Había pronunciado la palabra que pocos se atrevían a pronunciar. «Magia». Lanzó la muñeca frente a Vaida. Los que estábamos fuera del ojo de la tormenta permanecimos quietos y callados.

—Nizahl ayudará con gusto a Omal y Lukub a erradicar el azote de la magia. Mis ejércitos están listos en todo momento.

Arin se levantó. El heredero nizahliano de lengua afilada se transformó ante nosotros. El hielo envolvía sus rasgos severos, y cada movimiento sereno de su cuerpo susurraba peligro. La mirada del comandante era la fría caricia de la muerte y les arrebató el aliento a Vaida y a Felix.

Imaginé la escena que estaba teniendo lugar en las mentes de la realeza. Soldados de negro y violeta invadiendo sus reinos como una plaga de langostas, destrozando aldeas y asaltando pueblos en busca de magia. Los jóvenes problemáticos serían etiquetados como posibles usuarios de la magia y detenidos. Los jasadíes atrapados emplearían magia ofensiva para evitar que los capturasen y destruirían pueblos enteros. El comandante se deslizaría entre la devastación como propulsor del caos.

Nizahl no entraba en un reino si su pretensión era dejarlo intacto.

La sonrisa escalofriante de Arin pondría de los nervios incluso a las letales profundidades del Sirauk. El mensaje era obvio: no saldrían indemnes de un segundo ataque a su campeona.

—¿Será necesario?

—No, no —dijo Felix tropezando con sus palabras por las prisas—. Aquí ha habido un malentendido. Nosotros no… Vaida trajo las muñecas para…

Vaida habló por encima del heredero de Omal con voz clara y firme.

—No será necesario.

La sultana bajó la barbilla y se pasó las trenzas con flores entrelazadas por encima de los hombros. El espectro de un horror indescriptible se retiró y dejó al heredero de Nizahl inclinar la cabeza en señal de aceptación. La estancia respiró hondo por primera vez.

Entre la confusión de guardias y sirvientes, Arin se escabulló. Yo lo seguí, aunque titubeé en la puerta. Vaida le dijo algo en voz baja a su guardia. Felix me dirigió una mueca de desprecio. Lo saludé con la mano disfrutando de su odio.

Le había dado un zarpazo a la criatura equivocada. Sufriría las consecuencias de lo que le había hecho a su orgullo si fracasaba en el Alcalah, pero no me importaba. Ver a la sultana y al heredero de Omal experimentar por un momento lo que soportaba mi gente cada día bajo el cementerio de la sombra de Nizahl compensaba lo que pudiera hacerme el heredero.

Seguí a Arin y subí corriendo dos tramos de escaleras. Me detuve ante él antes de que girara hacia nuestro pasillo. Arqueó una ceja cuando vio que me quedaba frente a él en silencio.

—¿Sí?

¿Le había resultado fácil meter la muñeca en el bolsillo de la sirvienta de Vaida? Ella tendría que haberse azorado y abrumado por su proximidad con el heredero; tanto que no se habría dado cuenta del peso de la muñeca en su bolsillo. Había elegido a una sirvienta de Vaida y no de Felix porque la culpa debía recaer en ambos. Era consciente de la cantidad de gente que habría en el comedor, de cuántas veces se dividiría la gaiba para atacarlos a todos, de cuánto tiempo le llevaría a él librarse de la criatura y de lo que tardarían los demás. Sabía que la influencia de la gaiba desorientaría a Vaida y a Felix y les provocaría una rabieta infantil que podría usar para condenarlos.

—Si fuera una mujer sensata, te rajaría la garganta mientras duermes.

Sus ojos azul pálido brillaron en la penumbra.

—¿Eso es una amenaza?

La misma hambre feroz contra la que había luchado en el Palacio de Marfil floreció en mis venas. Anhelaba acción. Era un anhelo que exigía que asumiera, que ejerciera mi derecho sobre él en carne, sangre y poder. Que grabara mi nombre en sus huesos para que el mundo lo viera.

La mirada de Arin se oscureció. Éramos como dos espadas que se encuentran en un sangriento campo de batalla. Algo inevitable. Algo envuelto en violencia.

—Todavía no lo he decidido —susurré.



CAPÍTULO VEINTIOCHO

La noche anterior a la segunda prueba me escabullí del festival que se celebraba en la ciudad palaciega con Sefa y Marek pisándome los talones. La realeza tenía su propia sección para el festival, rodeados de guardias en el terreno y vigilados por más guardias en los tejados. Me mantuve a cierta distancia del supremo Rawain y Vaun, quienes observaban la bulliciosa celebración con el mismo desagrado. Los mercaderes que habían instalado puestos alrededor de la enorme plataforma de madera habían pintado lo que vendían en el frontal de sus tenderetes. Ningún miembro de la realeza comió, por supuesto, pero vi a Mehti lanzándole una bolsa de monedas a un mercader tras un tenderete con un pollo dibujado.

En la plataforma elevada tenían lugar combates, como sucedió en Mahair, intercalados con actuaciones de danza y teatro. Recrearon la conversación que mantuvieron los awalín alrededor de la mesa de roble mientras nuestros ancestros debatían si debían enterrarse con Rovial. Representaron la batalla final entre los hermanos, su caída desde el Sirauk hasta las tumbas que los esperaban abajo. Kapastra destacaba como la heroína, la más valiente en el plan de las hermanas.

Como el festival se celebraba por todo el pueblo, la música iba cambiando a medida que uno se alejaba. Ya había escuchado los tonos dulces de una cítara y una rápida canción de cuna omaliana

tocada con un laúd. Había visto a hombres agitando palos mientras danzaban al ritmo de un tambor tubluh. Los mercaderes omalianos que habían acudido desde las ciudades centrales habían quedado relegados a las afueras del festival. Tomé un sorbo de mi jugo de azúcar de caña esquivando la falda arcoíris de un hombre que giraba bailando la tanura. Un anciano mercader me saludó desde el suelo con las piernas encogidas bajo su delgada silueta. Tenía la mercancía colocada sobre una manta y los brillantes colores me llamaron la atención.

—¿Llevas dinero? —le pregunté a Wes.

Cuando asintió, me arrodillé para inspeccionar los artículos más de cerca. Había pulseras de cuentas y tobilleras tejidas mezcladas con anillos de todos los tamaños y formas. En una esquina de la manta, polvorienta porque era la parte que arrastraba por el suelo, un collar de cuerda trenzada me cautivó. Teñida de un negro irregular, la fina cuerda sostenía un colgante. Le di la vuelta y vi el interior de medio higo. Las semillas eran diminutas cuentas doradas conectadas por venas bordadas de color violeta y rosa. El exterior del higo era púrpura con un delineado dorado. Pasé el pulgar por la parte frontal afelpada.

—¿Cuánto cuesta?

Le di el doble de lo que pedía. No iba a ser tacaña con el dinero de Nizahl, y Arin compensaría a Wes. Me metí el colgante en el bolsillo.

—Tienes un gusto horrible —comentó Jeru.

La calle se curvaba de repente hacia abajo, haciendo que los guijarros rodaran a los lados. El corazón me latió con fuerza cuando distinguí a una mujer de cabello negro rizado desapareciendo entre la multitud. Mirara donde mirase, veía destellos de Soraya por toda la exuberante ciudad. Tanto los Orabi como los Mufsidíes podían estar presentes en el festival. Me rodeaban como depredadores alrededor de un cervatillo herido, esperando para estar más cerca cuando me cedieran las piernas.

Me esforcé por calmar los nervios centrándome en la tarea que tenía entre manos. Regresamos al escenario principal y la multitud de juerguistas. Las bailarinas que subían al tablado vestían trajes de gasa que intentaban asemejarse a las rochelyas. Una tira de tela les rodeaba los pechos y las caderas, representando el largo cuello de la criatura. Una falda corta se ensanchaba a la altura de su cintura. Llevaban el pelo recogido para mostrar los dientes de la rochelya, sujetos tras sus nucas para completar el sensual atuendo. Desnudas excepto por las partes que cubrían las rochelyas, la aparición de las bailarinas distrajo por igual a la realeza y a los guardias.

Sefa, Marek y yo nos marchamos cuando empezaron con su sinuosa danza del vientre. Los guardias omalianos del palacio me reconocieron y nos permitieron entrar libremente. Tenía la sensación de que, si hubiéramos intentado lo mismo en Orban, los jawaya habrían frustrado nuestros planes.

—¿Sabéis dónde está el dormitorio de Vaida? —le pregunté a Marek.

Los sirvientes subían y bajaban por las escaleras preparando las habitaciones para los miembros de la realeza y nobles ebrios que llegarían hasta ellas dando tumbos.

—Tercera planta, ala este. Reconoceré su puerta por la guardia que haya ante ella.

Marek y Sefa habían amanecido con dolor de cabeza por la mañana, pero no se encontraban mal. Se negaron a hablar de lo que les había mostrado la gaiba y disfrutaron de mi descripción del contraataque de Arin en la cena.

Mientras yo malgastaba el día paseando por los jardines con los demás campeones y acicalándome para el festival, ellos se habían estado preparando para lo de esa noche.

Hasta el momento, el plan se había desarrollado con un sorprendente éxito. Sefa le había preguntado a un guardia omaliano dónde podía dejar el vestido de la sultana para la noche y él le había indicado la dirección adecuada. Marek se encargaría de distraer a la

única guardia que estaba vigilando mientras Sefa y yo registrábamos la habitación de Vaida.

En cuanto a qué hacer con el anillo después de robarlo, Sefa me había ofrecido una solución sorprendente. Al parecer, Marek y ella no habían perdido el tiempo en Orban esperando mientras yo completaba la primera prueba. Habían regresado de su viaje a las aldeas de Orban con un hechizo garabateado por un pequeño boticario. El hechizo estaba marcado con tres rayas y Sefa me había explicado que representaban la cantidad de magia que emplearía un jasadí al usarlo. Yo le había preguntado: «¿Tres sobre qué?», y había recibido un silencio atónito como respuesta.

Cuando robáramos el sello y lo usáramos como trueque para conseguir protección, el hechizo debía, en teoría, impedir que Vaida incumpliera su promesa. No se enteraría de que se lo habíamos lanzado a menos que intentara hacernos daño, en cuyo caso perdería el hilo del pensamiento.

Los sirvientes no nos prestaron demasiada atención conforme nos acercábamos, y solo quedaban unos pocos guardias en el ala de Vaida observando con envidia lo que sucedía al otro lado de la ventana del final del pasillo. Al llegar al pasillo en el que se encontraba la habitación de la sultana, Sefa y yo nos escondimos en la esquina. Había una guardia lukubí apoyada en la puerta de Vaida, ajustándose los cordones del chaleco con aire distraído. Marek se alborotó el pelo, se desató los cordones superiores de la túnica y pasó pavoneándose junto a nosotras.

El rostro de la mujer se iluminó al ver a Marek. Lo reconoció del Palacio de Marfil. Él le mostró una sonrisa traviesa y le pasó un brazo por detrás de la cabeza para murmurarle algo al oído. Ella soltó una carcajada. Al ver a Marek usar el atractivo que le resultaba tan natural, no pude evitar sentir envidia. Mi personalidad no se prestaba a aventuras románticas, por fugaces que fueran. O eso creía. Los acontecimientos recientes parecían indicar lo contrario. Pero mientras Marek podía estar desangrándose por seis puñaladas y, aun así, tener energía para encandilar al ser vivo más cercano, yo

había estado a punto de romperme el tobillo intentando evitar a Arin esa mañana. No entendía las reacciones que estaba experimentando, así que hice lo que mejor se me daba en momentos de tormento interior: ignorarlo todo.

Un gritito de alegría me trajo de vuelta. La guardia le daba palmaditas en el pecho a Marek con la mano libre mientras él le besaba los dedos uno a uno. Por el suspiro exasperado de Sefa, comprendí que no se trataba de su primer encuentro con el encanto armamentístico de Marek.

La guardia enganchó los dedos en la cintura de Marek y tiró de sus caderas para acercarlas a las suyas. Él le capturó los labios en un beso subido de tono. Usó sus amplias manos para levantarla contra la pared y ella le envolvió la cintura con las piernas, despeinándole el cabello dorado y mordisqueándole la oreja. Marek la agarró por los gruesos muslos y la cargó hacia atrás mientras guiñaba un ojo en nuestra dirección y abría una puerta aleatoria de una patada para meterse dentro.

Me enderecé y seguí a Sefa a la puerta abandonada de Vaida.

—¿Deberíamos… interferir?

Sefa cerró la puerta detrás de nosotras.

—Seducir a mujeres hermosas no es un gran sacrificio para Marek. Deja que se diviertan.

Los aposentos de Vaida eran el doble de grandes que los míos y reprimí un gemido. Había incontables lugares en los que podría esconder un anillo. La brisa que entraba por la ventana abierta transportaba la suave melodía de la música del festival.

—Yo me ocupo del lado derecho y tú del izquierdo. —Abrí el cajón del tocador y apareció una montaña de ropa interior roja—. ¿Marek hacía esto a menudo cuando ibais de un pueblo a otro?

Sefa rebuscó en la mesilla de noche de Vaida abriendo cada uno de los cajones.

—Constantemente. Parecía que no podía evitar llamar la atención dondequiera que fuéramos.

—¿Te molesta? —Abrí las puertas del armario en busca de algún joyero secreto.

—¿Por qué iba a molestarme? —Sefa se movió al lado opuesto de la mesilla de noche—. Que a mí no me interesen esos temas no implica que espere lo mismo de Marek.

Mi curiosidad eligió ese inoportuno momento para hallar satisfacción. Giré los cojines de las sillas de Vaida y rebusqué entre los huecos del diván.

—¿Hubo un tiempo en el que Marek quisiera algo más que amistad contigo?

Sefa frunció los labios antes de buscar por debajo de las almohadas apiladas sobre la cama de Vaida.

—Sí, y ese tiempo pasó. Lo he animado a conocer a alguien en Mahair, a construir una vida con una compañera que agradezca su pasión y devoción. —Se agachó bajo la cama y yo fui a comprobar el baño. Cuando salimos, continuó—: Se niega.

—Te seguirá allá donde vayas. Tener una relación con otra persona haría tambalear su compromiso contigo —señalé.

Sefa dejó escapar un suspiro mientras abría las puertas del segundo armario, adyacente a la cama. Había una docena de vestidos de color marfil colgados en su interior.

—Llevamos demasiado tiempo dependiendo el uno del otro. Él cree que permitirse amar a alguien rompería su afecto por mí. Yo no sé cómo demostrarle que no me debe la vida. —Sefa admiró el dobladillo de un delicado vestido de seda. Me miró mientras abría una almohada y metía el brazo dentro—. ¿Estas cuestiones son nuevas para ti?

Le di la vuelta a otro cojín y lo coloqué de nuevo en el asiento.

—Antes no me correspondía preguntar.

—¿Y ahora sí? —inquirió Sefa con una sonrisa. Revisó los artículos del tocador de Vaida y derribó tanto perfumes como polvos—. Por si te sirve de algo, siempre te ha correspondido preguntar.

Dejé de abrir las almohadas de Vaida. Sefa siempre hacía eso. Me ofrecía su corazón como si nada. Pensaba que la facilidad con la que

lo entregaba era un defecto, pero Sefa… era tacaña con las confesiones. Simplemente había elegido confiar en mí en particular una y otra vez.

—¿Sylvia? ¿Qué pasa? —Sefa se apartó de la mesa y se dejó caer en el diván a mi lado.

Essiya, me advirtió Hanim.

Tragué saliva con la garganta seca.

—Tenías razón.

—¿Sobre qué? —preguntó con el ceño fruncido. Observó mi mirada abatida. Cuando lo comprendió, se quedó boquiabierta—. Ay, Sylvia, no.

Las palabras salieron con la fuerza de la sangre que brota de una arteria cercenada.

—El heredero… me enfurece, Sefa. Nunca había conocido a un hombre tan paranoico y jamás podré adivinar qué horrores alberga su mente. ¿Sabías que come con la mano derecha si está de buen humor y con la izquierda cuando no? ¿Por qué me acuerdo de algo así? Y si me toca, no… no… —Metí la daga en la almohada y rasgué en diagonal la superficie aterciopelada. No soportaba mirar a Sefa—. Es el comandante de Nizahl. Debería arder de odio cada segundo que paso en su presencia.

—No me hables de lo que deberías sentir —dijo Sefa. Sus ojos marrones se clavaron en los míos sin juzgarme en absoluto—. Dime lo que sientes de verdad.

¿Cómo podía explicarle que no tenía palabras? Las palabras… eran el último de mis problemas. Estaban mis ojos, que se sentían atraídos hacia él en cuanto entraba en la habitación. Estaba mi corazón, que latía al doble de velocidad cuando él se hallaba cerca. Pero lo peor de todo era que no podía admitir ante Sefa que el heredero de Nizahl me hacía sentir yo misma… y yo misma no era alguien a quien podía permitirme el lujo de conocer.

La voz de Vaida resonó desde fuera.

—¡Ya viene! —exclamó Sefa entrando en pánico.

—Al armario rojo. ¡Ya! —La empujé desde el diván y esperé a que cerrara las puertas para saltar por encima de la cama. Cerré el armario blanco y me sumí en la oscuridad justo cuando se oyó ruido en la puerta.

—Este reino miserable puede resultar insuficiente en todos los demás aspectos, pero los festivales omalianos… —Hipó—. No se quedan nada cortos.

Por su andar inestable, la sultana no se había cortado con los vinos de Omal. Una segunda silueta dio un paso al frente y reconocí el contorno de sus anchos hombros antes de que hablara.

—Ten cuidado —dijo Arin.

Vaida tropezó con una silla y se estrelló contra el heredero. Se sujetó en su pecho y pareció desconcertada al ver que le agarraba las muñecas con el guante y las apartaba. Vaida frunció el ceño.

—¿Esto es por lo de ayer? Fue un malentendido. ¿No me crees? —Se puso de puntillas. Entorné los ojos y aguanté el equilibrio como pude contra las puertas del armario.

—¿Nunca te has preguntado cómo seríamos juntos, Arin? —murmuró—. ¿Jamás haces nada por el puro placer de hacerlo? Seguro que sí. No existe un control tan perfecto.

Solo podía ver el perfil de Arin, y capté un destello de sus rasgos implacables. Permaneció impasible ante la mujer más hermosa de todos los reinos, descendiente de la mismísima Baira.

—Mi control dista mucho de ser perfecto —repuso—. Pero es bastante mejor que el tuyo.

En un único movimiento, Arin presionó los dedos en un punto del cuello de la sultana y le giró la cabeza a un lado. Vaida puso los ojos en blanco. Me cubrí la boca con ambas manos mientras él sostenía el cuerpo inerte de la sultana y lo dejaba sobre la cama. Volví a respirar cuando vi que el pecho de Vaida se movía. Solo la había dormido.

Arin se acercó a la mesilla de noche de Vaida. Pasó la mano por detrás y se detuvo a mitad de camino. Quedaba casi fuera de mi vista, pero lo vi enderezarse y sacarse una cajita del bolsillo.

Ha conseguido en un minuto lo que tú y tu inútil compañera no habéis logrado en veinte, dijo Hanim.

Había encontrado el sello. ¿Qué iba a hacer con él?

Le hablé de él de pasada el día que le describí la oferta de Vaida. No debería sorprenderme que incluso un breve comentario sirviera como catalizador del siguiente plan de Arin.

Se guardó la cajita en el bolsillo de nuevo y devolvió el sello a la parte trasera de la cómoda. Arin se detuvo de camino a la puerta e inclinó la barbilla.

¡Te está oyendo, idiota!, me regañó Hanim.

Me cubrí la nariz y la boca con un vestido de Vaida. Arin recorrió el armario con la mirada, manteniéndola allí durante un breve instante que hizo que me invadiera el pánico. Exhalé cuando se dio la vuelta y abrió las puertas de la habitación.

—La sultana se ha caído al quitarse los zapatos y se ha golpeado la cabeza —dijo.

—¡Ay, no! ¿Debería ir a buscar al médico del palacio? —preguntó la guardia.

—Solo le dolerá un poco la cabeza y tendrá algo distorsionados los recuerdos de la velada —respondió Arin—. Te recomendaría que fueras a por hielo. De inmediato.

—Por supuesto —aceptó la guardia. La puerta se cerró tras ellos. Conté hasta diez antes de abrir el armario. Sefa me siguió al instante apartando los vestidos a un lado.

—¿Has visto lo que le ha hecho al sello?

—Lo ha presionado contra una especie de material de modelaje —respondió—. ¿Cómo sabía dónde lo había escondido Vaida? —Tiró de la mesa hacia delante. Miré a Vaida y comprobé que dormía profundamente.

—Se conocen desde pequeños. —Gruñí mientras me agachaba detrás de la cómoda—. Parece que Vaida es una mujer de costumbres.

El anillo colgaba de un clavo en la parte trasera del tocador. Lo alcé, victoriosa…, pero lo dejé caer porque un calor abrasador me

quemó los dedos.

—¿Qué pasa? —Sefa se dispuso a recoger el anillo, pero en cuanto su mano entró en contacto con el metal, la retiró con un chillido—. Está protegido contra nosotras.

—¿Cómo ha podido él presionarlo contra el molde?

Sefa intentó cogerlo con el bajo de su vestido, pero la tela se ennegreció y se chamuscó.

—¿Quizás sus guantes le proporcionaban algún tipo de protección?

Apreté los dientes sintiendo el irrefrenable impulso de estrangularlo.

—O ha hecho exactamente lo mismo que con la gaiba. La magia pasó a través de él como un colador y debió de suponer que toleraría la agonía el tiempo suficiente para presionarlo contra el molde y devolverlo.

—Es una buena suposición. —Sefa frunció el ceño al ver el anillo sobre la alfombra.

—No es una suposición —gruñí—, sino una teoría. Él no es el único que puede tenerlas.

El poder de la muñeca se había roto al tocar mis grilletes. Si creía en las palabras de Soraya y estos resistían los hechizos de rastreo más poderosos, era posible que anularan la magia del sello el tiempo suficiente para llevarlo a nuestra ala.

—Date prisa, la guardia no se quedará mucho tiempo más en las cocinas —digo Sefa.

Lograr que el anillo se mantuviera en equilibrio sobre mis muñecas sin tocarlo resultó hazaña más complicada de lo que me esperaba. A juzgar por el ceño fruncido de Sefa, pensaba que había perdido la razón. Ella solo podía ver que el anillo descansaba en la parte interior de mis muñecas y no tenía explicación de por qué no me chamuscaba la piel. Con la mano hacia arriba y los dedos apuntando al suelo, lo equilibré como pude sobre el grillete derecho.

—Bien, bien —suspiró Sefa—. Yo iré delante y despejaré el camino hasta nuestra ala. Probablemente, Marek esté esperando al

doblar la esquina. —Comprobó una vez más que el anillo no me hubiera quemado la piel para tranquilizarse y salió por la puerta dejándola entreabierta para que yo pudiera abrirla de una patada.

Di un paso hacia la puerta y luego otro. El anillo se tambaleó. Intenté mantener la muñeca lo más plana posible. Casi había llegado a la salida cuando oí la voz.

—Te aconsejo que no des ni un paso más —dijo.

Estuve a punto de dejar caer el anillo. Darme la vuelta sin que se me resbalara por la muñeca me llevó unos segundos agonizantes.

La sultana se incorporó y me miró fijamente con dos orbes blancos en lugar de ojos. No me cabía la menor duda de que esa cosa erguida y sonriente que había sobre la cama no era la sultana.

—¿Eres… Baira? —pregunté con la voz ahogada.

La cosa rio y echó la cabeza de Vaida hacia atrás.

—Ay, querida, no. Pero fue ella quien me fusionó con su sello, y me temo que debo insistir en que se lo devuelvas a su legítima heredera.

No había pasado por todo eso solo para que un gul sin forma me frustrara los planes. Sin apartar la mirada de la criatura, retrocedí arrastrando los pies.

Entre una respiración y la siguiente, la cosa que vestía el cuerpo de Vaida se materializó delante de mí. El anillo se tambaleó sobre mis muñecas y cayó en algún lugar entre nuestros cuerpos. Estaba demasiado cerca, compartíamos el aire. Le brillaban los ojos lechosos.

—Ya casi está —canturreó—. Lo intentaron una y otra vez, pero tus decisiones nunca cambiaron. ¿Quién iba a saber que esta vez tendría éxito?

Su curiosidad infantil se desvaneció y me encogí ante la despiadada amenaza que se reflejó en el rostro manipulado de Vaida. Los opulentos aposentos omalianos desaparecieron a nuestro alrededor y la voz de la criatura resonó en una caverna oscura y voraz. Una magia antigua me oprimía los costados y se me clavaba en la piel. Con la certeza de los condenados al hacha del verdugo,

supe que no era una magia que los simples mortales estuvieran destinados a presenciar. Era el primer canto del primer pájaro que fue empujado del nido extendiendo las alas con cautela para volar. El primer trueno que asoló un cielo inquieto. Las aguas que se movían bajo los awalín que descansaban en sus tronos debajo del Sirauk, vivos gracias a su magia y atrapados por culpa de ella. Yo era un mosquito revoloteando hacia la superficie del sol, ardiendo por el simple hecho de volar.

—El sello de Baira es solo para sus sultanas. No vuelvas a quebrantar su mandamiento.

La cosa regresó remilgadamente a su anterior posición y, con una última sonrisa para mí, puso los ojos en blanco. Vaida se desplomó en la misma postura en que se encontraba antes de incorporarse.

Se oyeron pasos en la puerta y oí la voz de Marek intentando engatusar a la guardia. Desconcertada, le di una patada al anillo para esconderlo bajo la cómoda y recé por que Vaida pensara que lo había tirado del clavo durante su ebrio estupor.

Salí. Marek sostenía el rostro de la guardia en sus manos y le tapó la visión periférica mientras yo me escabullía por el pasillo.

—¿Dónde está? —preguntó Sefa cuando doblé la esquina—. ¿Ha empezado a quemarte?

Me masajeé los grilletes, sacudida por el eco de poder que esperaba para devorarme en el vacío cavernoso.

—Sí, así ha sido.



CAPÍTULO VEINTINUEVE

Para la segunda prueba, tuvimos el privilegio de ser escoltados en carruaje hasta el punto de partida. Diya presionó la frente contra la ventana contando en voz baja cada árbol por el que pasábamos. Mehti gestionaba el estrés del mismo modo en el que gestionaba todo lo demás: con exceso. Primero no dejaba de parlotear sobre las bailarinas del festival del día anterior y después se embarcó en una descripción sobre el basterma que había comido envuelto en un pollo asado.

Mehti levantó los pies para colocarlos entre nosotras y resopló cuando Diya se los apartó.

—En mi pueblo, los niños cuentan historias sobre Dar al Mansi. Uno se ofreció a cambiarme su roca cuando íbamos al colegio si me atrevía a adentrarme en sus dominios.

—¿Lo hiciste? —preguntó Diya a regañadientes. Mehti era entretenido a su peculiar manera, y yo disfruté de la distracción y de escuchar algo que no fuera el traqueteo de las ruedas del carruaje.

—Era una roca muy bonita. —Resopló, y cruzó los brazos sobre el pecho—. Los otros niños estaban impresionados.

—¿Qué más da? —Diya se giró de nuevo hacia la ventana—. Dar al Mansi solo es peligroso durante el Alcalah. Las criaturas capturadas permanecen en cárceles nizahlianas el resto del tiempo.

A diferencia del bosque Ayume, Dar al Mansi carecía de corrupción en su núcleo. Apodado «el hogar de los olvidados» por la

aldea enterrada en su interior, Dar al Mansi era una adición nueva al Alcalah. La preparación para esta prueba le había provocado mucha tensión a Arin.

Dos años después de la Cumbre Sangrienta, unos grupos de jasadíes que huían del asedio de Rawain se habían topado con la solitaria aldea omaliana. En el mapa de Arin, Dar al Mansi conectaba con Omal en forma de reloj de arena. Dar al Mansi se encontraba abajo, entre el bosque Essam y Omal en la parte de arriba. La aldea ya estaba abandonada cuando los jasadíes la encontraron, entregada a la naturaleza por sus antiguos ocupantes. Los bocetos que me había dado Arin al comienzo del entrenamiento mostraban imágenes de jasadíes instalados allí felizmente sin molestar a nadie, reviviendo la tierra que los rodeaba con sus poderes. El siguiente boceto a carboncillo mostraba las fuerzas de Nizahl y de Omal avanzando con sigilo por el Essam y cercando la aldea por todos los costados.

Los jasadíes de Dar al Mansi sintieron la invasión y unieron su magia para atraer el bosque Essam hacia la aldea. Brotaron árboles dentro de las casas, nidos de munban reemplazaron los suelos de las tiendas y una tierra fangosa se expandió sobre el terreno rocoso. Con la magia agotada por tal despliegue de poder, los jasadíes no pudieron defenderse. Los académicos creen que ordenaron al bosque Essam que cubriera la aldea con la esperanza de confundir a los soldados. Me había pasado horas estudiando los bocetos que me había dado Arin y había llegado a la conclusión de que los jasadíes estaban al tanto de su destino cuando emplearon la magia. Les pareció aceptable. Permitir que Nizahl y Omal les destruyeran un segundo hogar no lo era.

Una arboleda sobre una ladera boscosa separaba Dar al Mansi de otras aldeas omalianas. Cualquier criatura que los campeones no pudieran exterminar quedaría para los soldados.

—¿Qué trofeos queréis? —preguntó Mehti—. En el último Alcalah, un campeón salió con la cabeza de un nisnás, una pluma de Al

Anqa'a y una cola de viroli. A mí me gustaría intentar cortar un trozo de zulal si hay alguno.

—Pues yo quiero un trofeo de las tres criaturas más fáciles de matar —dijo Diya—. Como si salir de esa aldea con vida no fuera un reto suficiente. ¿Un zulal? ¿Vas a hacer enfadar a un gusano más ancho que el Hirun y tan alto como los árboles del Essam con la esperanza de que el público te vitoree con más fuerza cuando salgas? Solo tenemos que conseguir tres pruebas de lo que matemos y eso es lo que voy a hacer.

—¿Dónde está tu espíritu competitivo? —Mehti hizo un puchero—. El vigor combativo de la awala de Orban debería reflejarse en su campeona.

El carruaje se balanceó y se tambaleó de un lado a otro. Diya miró a Mehti por encima del hombro, lo cual era todo un logro teniendo en cuenta que medía la mitad de su tamaño.

—Esta prueba celebra a tu demente awala, no a la mía. Dania no se andaba con criaturas salvajes.

—¿Entonces cómo llamáis a los jawaya?

Pasé el dedo por el pomo de la puerta del carruaje. La segunda prueba era la que más me aterraba. Me costaba más ignorar la realidad de mi traición cuando caminaba por un cementerio repleto de mi gente como campeona de Nizahl.

—La patrulla omaliana está esperando en el bosque Essam para acabar con cualquier criatura que se escape de Dar al Mansi —dije silenciándolos a ambos. No había hablado desde que el carruaje había abandonado los terrenos del palacio—. Me pregunto si los soldados nos atacarán a nosotros.

—¿Por qué narices iban a hacerlo? No somos monstruos —contestó Mehti horrorizado.

«Tampoco lo eran los jasadíes», estuve a punto de responder.

—¿Qué es lo que nos hace diferentes? Vamos a entrar en esa aldea a matar y mutilar. Entre monstruos y humanos, ¿qué es lo que inclina la balanza?

Mehti pareció aún más escandalizado ante mi pregunta. Diya frunció los labios con aire reflexivo.

El carruaje se detuvo con una sacudida.

—¡Campeón de Omal, baja! —exclamó el conductor. A diferencia de en el Ayume, nos dejaron en puntos de partida distintos para la segunda prueba. Mehti infló el pecho y se frotó las manos con entusiasmo—. Una buena cacería es justo lo que necesito para reponerme de una conversación tan aburrida. ¡Por Kapastra! —Se apeó del carruaje de un salto y le dio un puñetazo en el lateral. Diya y yo lo observamos mientras revisaba con fervor las armas que le habían proporcionado.

—Elegir —dijo Diya. Ante mi expresión de desconcierto, cruzó los brazos sobre el pecho—. La capacidad de elegir es lo que inclina la balanza. Los monstruos no tienen elección en su maldad, pero los humanos elegimos deliberadamente. Mis padres decidieron vender a mi hermana pequeña a los jawaya. Se autoconvencieron de que no tenían más remedio; ¿cómo podían abandonar su próspera ciudad por una aldea invadida por vagabundos? Intercambiaron a mi hermana por un techo más alto y unas paredes más bonitas. Los jawaya nos la devolvieron en pedazos. Castigué a mi madre y a mi padre por cada parte de mi hermana que me tocó enterrar.

—Cuarenta y tres puñaladas para cada uno —recordé—. Espero que vivieran lo suficiente para sentirlas todas.

Diya sonrió débilmente.

—Yo también puedo tomar decisiones.

El carruaje frenó con un ruido sordo.

—¡Campeona de Orban, baja!

Diya se detuvo en la puerta.

—Intenta no morir. Odiaría tener que escuchar los quejidos de Mehti por tercera vez.

Parpadeé.

—¿Por qué, Diya? ¿Es una oferta de amistad?

Evaluó la distancia que la separaba del suelo.

—Pues muere. —Saltó.

Me estremecí de la risa. Ignoré al conductor que farfullaba y asomé la cabeza por la ventanilla cuando el carruaje reemprendió la marcha.

—¡Pero acepto!

El cochero chasqueó las riendas y Diya desapareció entre los árboles. Levanté la barbilla buscando el sol en el cielo nublado. En los túneles lo había extrañado más de lo que creía.

—¡Campeona de Nizahl, baja!

Respiré profundamente y salté del carruaje. El cochero no me miró una segunda vez y espoleó enseguida a los caballos en dirección opuesta a Dar al Mansi. Una capa de rocío cubría las armas que habían dejado en la base del árbol. Los inviernos omalianos no eran el escenario ideal para una prueba que dependía de la agudeza visual y auditiva.

Una niebla tenue nos envolvía. Finos rayos de sol asomaban por el cielo gris. Escuché atentamente por si oía algún movimiento y me pareció que el silencio era demasiado profundo para ser natural.

Examiné las armas. Las instrucciones de Arin eran claras. Dos armas que pudiera guardarme en la ropa y una para llevar encima. Elegí una daga curva con su vaina y me la escondí entre los pechos. Me había envuelto los senos y las costillas con una tela apretada precisamente para esto. El pobre Wes se puso colorado durante el entrenamiento cuando me negué a guardarme la daga en la cintura y me la metí en la túnica. Me introduje un segundo cuchillo más corto en la bota.

Me mordí el labio inferior dudando entre el hacha y la lanza. Había practicado de manera casi exclusiva con la lanza. Su peso me resultaría familiar, y era el arma predilecta de Arin.

Pasé la uña por la hoja afilada del hacha. Demasiada comodidad en la batalla también era un peligro.

Un grito desgarrador sonó sobre mí. Me lancé al suelo y me acurruqué bajo el árbol más cercano. A través del manto de ramas esqueléticas observé con asombro cómo Al Anqa'a era liberada sobre Dar al Mansi. Desplegó unas alas del tamaño de carruajes. La escasa

luz se reflejaba en sus plumas de cristal, que se difuminaban con los colores del crepúsculo, un degradado de impresionantes tonos naranjas y rosas se fundía en sus alas y terminaba con unas plumas de puntas grises. Curvó unas garras largas como un hombre y más afiladas que una espada.

Al Anqa'a era la única criatura a la que no mataban cuando finalizaba la prueba. Le habían cortado las alas para asegurarse de que solo pudiera volar en círculos bajos y examinaba la aldea bajo ella con los ojos brillantes en busca de cualquier señal de movimiento. Exhalé cuando batió las alas y describió un círculo hacia la izquierda. Me lancé entre los árboles huyendo de cualquier espacio abierto. Una vez que Al Anqa'a se fijaba en su presa, no había modo de escapar de sus garras.

Rodeando un grupo de cardos, me topé con Dar al Mansi en todo su inquietante esplendor. Unas gruesas enredaderas verdes cubrían la tierra como venas abultadas y trepaban por los muros de las tiendas medio derruidas y los escombros. Árboles adultos brotaban de edificios bajos pulverizando las paredes exteriores con el tronco. Vida humana reclamada por la naturaleza salvaje.

El espacio entre los árboles se alargaba a partir de ese punto, lo cual implicaba que tendría que mantenerme pegada a las paredes para ocultarme de Al Anqa'a.

Corrí del árbol hasta un carruaje volcado en medio del camino. Las náuseas aumentaban con cada paso que daba hacia Dar al Mansi. No sabía si era porque mis grilletes estaban reaccionando a los restos de la magia que albergaba el lugar o simplemente porque mi estómago no soportaba el hedor de la descomposición.

Agachada tras la rueda del carruaje, evalué la distancia que tendría que atravesar para llegar a la tienda más cercana. Al Anqa'a sobrevolaba la plaza en círculos. Me encogí hecha un ovillo.

Un chasquido gutural surgió a mi izquierda. De lo que podría haber sido una botica salió la inconfundible silueta de un nisnás cojeando. Había oído historias sobre esas criaturas macabras, pero no eran nada comparado con la realidad. Si hubiera dejado a Timur

en el suelo del Ayume, habría acabado convertido en un nisnás, vulnerable a la magia siniestra del bosque. El nisnás arrastraba tras de sí un brazo, más largo que el resto de su cuerpo deforme. Donde tendría que haber estado el otro brazo colgaba un saco traslúcido de sangre que se movía lentamente hacia mí. Media pierna sobresalía del centro de su torso, y el nisnás me miró con el único ojo amarillo que tenía en la cabeza bulbosa. Unos dedos rechonchos formaban una especie de collar alrededor de su cuello. Una piel amarilla le cubría la boca y lo dejaba incapaz de emitir cualquier sonido más allá de un gorgoteo ahogado.

La descripción de Wes le hacía más justicia.

«Un nisnás es lo que sucede si colocas un cuerpo mortal en descomposición en un cuenco de hierro y lo machacas con la mano del mortero», había dicho.

El nisnás se arrastró hacia delante con una velocidad sorprendente. Al Anqa'a trazó un círculo sobre la plaza y luego otro ignorando al nisnás. Supliqué que el ave se marchara volando a otra parte antes de que me tocara elegir entre arriesgarme a estar en un espacio abierto o el nisnás. Cuando el horrible hedor del nisnás me llegó a las fosas nasales y pude distinguir la piel arrugada de su rostro, Al Anqa'a viró bruscamente y se alejó de la plaza con una ráfaga de viento.

Me abalancé a un lado justo cuando el brazo colgante del nisnás se lanzó hacia mí. Me levanté, blandí el hacha y la clavé en el saco de líquido que tenía por brazo. Se oyó un gemido gorgoteante mientras la sangre y el pus se derramaban sobre la tierra. El nisnás se deslizó hacia mí apoyándose en muñones y huesos. El hacha impactó en su cabeza hinchada y cortó los dedos que le salían del cuello. Aunque la cabeza se le mantenía unida al cuerpo solo con un fino tendón marrón, el nisnás no aminoró el paso. Agitó el brazo contra mis piernas y me hizo caer al suelo.

—¡Aparta! —grité apuñalando a la criatura. Intenté conjurar pensamientos para convocar mi magia, pero parecía reacia a participar.

Finalmente, le corté partes suficientes al nisnás para poder librarme de su agarre. Los pedazos temblaron en el suelo y empezaron a unirse de nuevo ante mis ojos. Aferré uno de los dedos que se retorcían y me lo metí entre los nudos de la trenza para inmovilizarlo.

El hacha goteaba icor mientras corría. Tenía la ropa chamuscada donde me había tocado el nisnás, y el lodo que le cubría el cuerpo corroía la delgada tela. Me detuve rápidamente para limpiarme la suciedad de aquellas zonas en las que el lodo me había rozado la piel.

Corrí como una cucaracha durante más de un kilómetro, zigzagueando entre edificios derrumbados y matorrales descuidados. La sombra que proyectaba Al Anqa'a me avisaba de su llegada con antelación suficiente y me encogía cada vez que pasaba.

Cuando volvió a girar, me agaché en una puerta abierta. Los restos de un hogar familiar crujieron debajo de mí. Un árbol gigantesco se alzaba en el centro de la casa abriéndose paso entre las ruinas. Un sonajero de bebé colgaba de una de las ramas, y vi una cuna a juego destrozada bajo las raíces del árbol que había atravesado el suelo como una piedra caída en el agua.

¿Qué habrían hecho Nizahl y los demás reinos a Jasad para que estos aldeanos prefirieran una muerte así a una invasión? ¿Qué tipo de horrores habían infligido a las casas de los jasadíes para que ser consumidos por el bosque les pareciera una alternativa más compasiva? No habían unido sus poderes para repeler a los soldados, sino para destruir la aldea según sus propias reglas.

El cristal crujió cuando me adentré en el monumento de la muerte. ¿Qué aspecto tendría Jasad si este era el resultado en una aldea insignificante?

Para ellos, huir no era una elección, dijo Hanim. *Nizahl había liderado el ataque contra sus tierras una vez y no iban a permitir que los expulsaran de un segundo hogar.*

Cogí un retal arrancado de una colcha colorida. Habían bordado el cuerpo ágil y felino del kitmer, con las alas doradas e incluso la

cabeza emplumada. Seguían aferrándose a Jasad a pesar de que su reino llevara mucho tiempo desaparecido.

—Mis disculpas por el desorden —dijo el hombre que había apoyado contra el tronco—. No esperaba visita.

Dejé caer el pedazo de tela. La sorpresa se transformó en alarma y levanté el hacha buscando el agujero más cercano en la pared en el que poder meterme. Me maldije a mí misma por adentrarme tanto.

El hombre que se acercaba a mí no tenía nada de especial. Podría haber sido un comerciante parlanchín, un noble lascivo o un vagabundo. Sus facciones eran demasiado anodinas, como si un artista hubiera esbozado los rasgos básicos de un rostro humano y hubiera olvidado rellenar el resto.

—No necesitas eso. —Señaló mi hacha con amabilidad—. No con toda la deliciosa magia que puedes usar en su lugar.

Me quedé helada, y se rio al ver mi expresión.

—¿Creías que no la olería? Hace mucho que no pruebo magia. Llevaba tiempo buscando dar un bocado y se me ha presentado un festín.

—¿Qué eres? —Levanté el hacha entre nosotros mientras me alejaba.

—Algo con hambre —respondió—. Algo famélico. Lo entiendes. También capto tu hambre. —Se movió hacia mí y no reaccionó cuando alcé aún más el hacha a modo de advertencia. Suspiró—. Prefería comer magia lukubí cuando todavía tenían. Los jasadíes son demasiado problemáticos.

—No tengo magia para alimentarte. Lo que estés oliendo proviene de esta habitación. —Miré hacia la puerta. Unos pasos más. Luchar en una casa cerrada atravesada por un árbol no era una gran garantía de éxito.

—Tonterías. Tienes una magia madura. Fragante. —Inhaló profundamente—. Mucho mejor que cualquier cosa que poseyeran estos idiotas miserables.

Me estaba provocando. A pesar de que era plenamente consciente, dejé que mi ira se encendiera de todos modos.

—Para estar tan famélico, pareces tener energía para una abundante cantidad de estupideces.

Sus rasgos se desvanecieron por un instante, como si su rostro hubiera desaparecido de la existencia momentáneamente. Cuando regresaron, lo hicieron con una mueca de desprecio.

—Me harté en Jasad mientras ardía. Nada se compara con el sabor de la magia usada en momentos de desesperación. Me sacié en las ruinas del reino y nadie se molestó en detenerme. —Dio otro paso en mi dirección—. Me alimenté con la magia de la heredera de Jasad antes de abandonar su cuerpo frío. Su magia era amarga y me dejó un regusto horrible. Como la propia Niphran.

Mi agarre del hacha flaqueó.

—¿Tú… tú la mataste?

—¿Yo? Querida, los de mi especie ni siquiera pudimos entrar en Jasad hasta que la fortaleza se derrumbó. La pobre Niphran ya estaba muerta en su torre solitaria cuando llegué.

—¡Calla! —grité. Aunque notaba la presión de la puerta en la espalda, no era capaz de convencer a mis piernas de que se movieran—. No difamarás a la heredera de Jasad en esta aldea.

—Pero esto es Dar al Mansi, ¿verdad? —ronroneó—. ¿Y quién había más olvidado que Niphran?

Mis grilletes eran como tenazas ardientes, la magia latía al ritmo de mi rabia. Ensanchó las fosas nasales y abrió su mirada reptiliana.

—Ah —murmuró, y se relamió los labios.

Ya me había hartado de su parloteo. El hacha lo alcanzó en el estómago y le hizo un profundo corte en el vientre. Sus entrañas tendrían que haber caído al suelo. Ni se inmutó.

—Me habría gustado alimentarme del malik y la malika. Incluso de la pequeña bastarda de Niphran. Pero tuve que conformarme con gente como esta. —Señaló la casa destrozada—. Una lástima que el reino más débil también fuera el que más tiempo mantuvo la magia.

Mis poderes rugieron y mis brazos se movieron con una velocidad sobrenatural para clavarle el hacha en la garganta. La arranqué de la maraña de tendones y músculos.

Los rasgos del hombre se derritieron mientras su cuerpo empezaba a marchitarse. Unas piernas bovinas, peludas y alargadas reemplazaron a las humanas y de su torso surgieron seis largas y curvas patas de araña. Brotaron tres cabezas de su cuello en expansión y se colocó una arriba y dos más abajo.

—Dulhaz.

La única criatura que Hanim no se había atrevido a convocar. Esquivé las puntas afiladas de sus patas de araña y pisé la más cercana. Crujió, y el chillido del dulhaz me perforó los oídos. Corté la extremidad que se acercaba por la derecha.

Otra pata me sacudió los pies. El mundo se volcó y me golpeé la cabeza contra el árbol. Un dolor cegador me explotó en la sien y un montón de cristales rotos amortiguó mi caída. Un lodo viscoso goteaba de sus dientes, más afilados que cuchillos y que rechinaban ante mi rostro. Me levanté de un salto, desgarrándome las mangas de la túnica con los cristales.

El dulhaz se abalanzó sobre mí. Alcé la mano y cedí finalmente a las exigencias de mis poderes. La criatura gimió mientras sus cabezas empezaban a separarse y una sustancia blanca y viscosa manaba de las heridas. Chasqueé los dedos y las cabezas se rasgaron en direcciones opuestas, dividiendo el cuerpo en tres.

Cercené la parte inferior de una pata y me la até alrededor del muslo con un retal de la colcha abandonada. Me burlé de las cabezas temblorosas del dulhaz agitando el sonajero de bebé donde esperaba que estuviera su rostro.

—Lo único débil que va a morir en esta casa eres tú.

Tras comprobar el cielo sombrío en busca de Al Anqa’a, corrí a toda velocidad junto a la hilera de tiendas y salté sobre cráteres repletos de nidos de munban y ollas deslustradas. Al ver la imponente sombra de Al Anqa’a, me precipité por una estrecha

grieta que separaba lo que una vez fue una carnicería de un grupo de árboles jóvenes. Miré por encima del hombro al rodear el borde.

Una pared mullida me arrojó al suelo e hizo volar mi hacha. Entorné los ojos para adaptarlos a la penumbra. Se me escapó un grito antes de que pudiera contenerlo.

Un zulal ondulaba en torno al cuerpo de Mehti. Solo asomaba su cabeza del estrecho abrazo del gigantesco gusano. La muerte había nublado unos ojos que brillaban con malicia hacía apenas unas horas. El zulal palpitaba alrededor del campeón de Omal y succionaba la humedad de su cuerpo en su espiral mortífera. Cuando el gusano terminara, dejaría atrás un cadáver disecado y arrugado y se escabulliría para buscar su próxima víctima.

Mi hacha había caído parcialmente bajo el zulal. Me arrastré hacia ella y extendí los dedos todo lo que pude. Como no llegaba al mango, me acerqué un poco más.

El zulal dejó de retorcerse abruptamente alrededor del cuerpo de Mehti. ¡Por las tumbas malditas! Abandoné el hacha y eché a correr mientras la mitad superior del gusano blanco se desenrollaba con un repugnante ruido de succión. No miré atrás para ver si se deslizaba hacia mí. Saqué la daga que llevaba oculta en la túnica y su ligereza supuso un desagradable contraste con el satisfactorio peso del hacha.

Cuando Al Anqa'a terminó su círculo, me separé del edificio. No muy lejos, los árboles volvían a formar sus agrupaciones naturales donde acababa Dar al Mansi y empezaba el bosque Essam. Desde ahí, había quince minutos de caminata para llegar hasta el lugar en el que las masas esperaban el regreso de los campeones.

Me abrí paso por un jardín de flores mientras las suelas de mis botas acumulaban barro y pétalos enmohecidos. Cuando llegué a la frontera, no me había topado con ninguna otra criatura. La perspectiva de volver a por el zulal y ver el rostro cetrino de Mehti horrorizaba a mi sentido común. Tenía que haber alguna otra criatura cerca de la frontera, ¿verdad?

Oí un crujido a la derecha y me giré. Levanté la daga y flexioné el brazo para prepararme. Un golpe certero y acabaría con la segunda prueba para siempre. Un hombre apareció entre la línea de árboles, desaliñado y cojeando. Mis dedos se tensaron alrededor del mango. ¿Otro dulha?

El hombre alzó la barbilla y contempló el entorno con la mirada vidriosa.

En un primer momento, no lo reconocí.

Los años no lo habían tratado bien. Los fuertes brazos morenos que me bajaban de los árboles y me colocaban sobre sus hombros se habían marchitado. Su frente altiva estaba plagada de arrugas, y parecía necesitar todas sus fuerzas para mantener la cabeza erguida.

Retrocedí cuando su mirada orgullosa se encontró con la mía.

Dawoud, jefe de personal de Niyar, el hombre que me traía pasteles a escondidas de la cocina, que pasaba sus escasos momentos libres escuchándome hablar de mi día, que me enseñó el mejor modo de trepar a una higuera, estaba en Dar al Mansi.

Tenía los ojos llenos de lágrimas. Él también me había reconocido.

Si me hubieran arrojado a un barranco de inmundicia, si me hubiesen grabado los pecados de cincuenta vidas en la piel, no me habría sentido más sucia de lo que me sentía en ese momento.

—¿Eres real? —pregunté. Me temblaba el agarre de la daga.

—Essiya —susurró, y el sonido que se escapó entre mis labios no parecía humano.

Dawoud corrió hacia mí. El instinto de consuelo venció a su deterioro físico. Me aparté de él.

—¿Cómo es que estás aquí? —inquirí con la voz ahogada—. ¿Cómo es que estás vivo? —Se me pasaron cosas horribles por la cabeza y me subió el sabor de la bilis a la garganta—. Dime que no estás con ellos, Dawoud. Dime que no te envían los Mufsidíes o los Orabi.

—¡Claro que no! —Su antiguo yo resonó en su voz ofendida—. No me he cruzado con ninguno de los dos grupos en un año.

—Entonces, ¿cómo?

Dawoud suspiró.

—Un grupo de soldados nizahlianos me capturaron en Orban hace tres meses. El alto consejero de Rawain estaba al tanto del papel que desempeñaba en Jasad y encontró métodos innovadores para sacarme información.

Al comprenderlo, fue como si una lluvia helada cayera sobre mí. Me llevé una mano a la boca y me alejé de Dawoud con un nudo en el estómago. Era prisionero del supremo Rawain. Lo habían liberado en el bosque Essam, cerca de Dar al Mansi, pese a saber que era jasadí.

Todo ese tiempo había estado en lo cierto. Vaun había sembrado la duda en la cabeza del supremo Rawain. Había dejado que los guardias me convencieran de que Rawain no confiaría en nadie que no fuera su hijo. Y, en la mayoría de los asuntos, no lo haría.

Pero los jasadíes no eran como los demás asuntos.

Dawoud frunció el ceño y resucitó el fantasma de un analista antaño brillante.

—Si no me matas, el supremo pensará que eres jasadí —dijo Dawoud—. Me pregunto cómo supo que tenía que enviarme a mí. No soy el único prisionero.

Cuando me quedé quieta y callada, Dawoud suavizó la voz.

—He pensado en ti cada noche. Cuando me enteré de lo que había pasado, de lo que habían hecho, no podía concentrarme en nada que no fueras tú. La discusión que habíamos tenido por tu vestido, ¿sería la última? Estabas muy enfadada conmigo, pataleaste el suelo y te escondiste en tu árbol.

—No me gustaban los volantes dorados. —No podía respirar.

—Pensaba: «Essiya no. Ella no. Cualquier otro».

El dolor me abrasaba el pecho.

—Lo lamento, Dawoud. Lo lamento muchísimo.

Nunca tendría que haberme visto así.

—Te llamaban Sylvia —dijo—. Los guardias. Decían que eras la campeona de Nizahl.

La vergüenza que me atravesó me quemó más que el sello de Vaida; me abrasó como si hubiera metido la mano entre las llamas crepitantes. Lo dijo con claridad, sin una pizca de crítica en la voz, pero sus palabras me hicieron pedazos.

Sylvia. La campeona de Nizahl, murmuró Hanim. *Tú misma lo elegiste.*

—Tenía que hacerlo. Era la elección más razonable… más lógica —balbuceé, plenamente consciente de la preocupación que se reflejaba en el rostro de Dawoud. ¿Qué aspecto debía tener farfullando para mí misma, cubierta de polvo y sangre, equipada con trofeos de monstruos? La hija de Niphran asediada por un nuevo tipo de locura—. ¡No podía ayudarlos! No puedo. No tengo nada que ofrecer. Mira a nuestro alrededor. ¿Cómo podría haber detenido todo esto? No sabía que estuvieras vivo… ¿Cómo iba a saberlo?

Podrías poseer toda la magia del mundo y seguirías dándole la espalda a Jasad, dijo Hanim.

Me hundí las manos en el pelo y agité la cabeza como un perro intentando espantar a una mosca molesta.

Antes de que Dawoud pudiera responder a mis desvaríos, un grito sacudió la tierra. Demasiado tarde, distinguí la larga sombra que estaba sobre nosotros. Al Anqa'a se lanzó en picado y me abalancé sobre Dawoud al tiempo que la criatura cerraba las garras donde había estado él instantes antes.

—Toma esto. —Le puse la empuñadura de la daga en la mano y me saqué la que llevaba en la bota mientras me levantaba—. ¡Vete! ¡Mantente pegado a los edificios!

Dawoud miró la daga sin comprender nada.

—¿Crees que voy a dejarte luchar sola?

Al Anqa'a chilló y deseé fervientemente que la multitud que esperaba al otro lado de Dar al Mansi pudiera oírla. Que supieran que Dar al Mansi, a pesar de ser una aldea olvidada, nunca dejaría de exigir que la escucharan.

Le di la vuelta a la daga y mantuve la mirada fija en Al Anqa'a mientras plegaba las alas para zambullirse de nuevo.

—Soy más que capaz de luchar sola.

Las alas de cristal tintinearon con el viento cuando Al Anqa'a se lanzó hacia mí. Me deslicé de lado conforme se acercaba, con la daga apuntando hacia arriba. Preparé los brazos manteniendo la daga firme en lo alto. Al Anqa'a gimió cuando la daga atravesó su parte inferior carente de plumas. Sus garras me atraparon por el hombro y me balancearon. Me estrellé contra el lateral de una casa en ruinas.

Al Anqa'a se sacudió y la daga cayó al suelo. Entornó los ojos pequeños y relucientes. Me impulsé para salir de entre los escombros. Una garra afilada me perforó la pantorrilla y me arrastró fuera del estrecho callejón. Intenté agarrarme a algo y solo conseguí arrancar raíces y arañar rocas.

Al Anqa'a abrió el pico y desplegó las alas sobre mí. Vi un impresionante abanico de colores más deslumbrante que cualquier amanecer o atardecer que hubiera presenciado.

Me retorcí bajo la inquebrantable opresión de sus garras, dejando un rastro de sangre.

De repente, Al Anqa'a volvió a rugir y me soltó, de manera que tracé un arco en el aire. Tras ella, estaba Dawoud con las manos en alto y los labios en movimiento. Le brillaban los ojos con un resplandor dorado y plateado. Al Anqa'a se tambaleó en el cielo y la poderosa ráfaga de viento que agitó sus alas desequilibró a Dawoud.

—¡Dawoud, para! —grité. Necesitaría cada pizca de su magia para escapar de la patrulla que rodeaba Dar al Mansi. No podía malgastarla toda con Al Anqa'a.

El sudor le perlaba la frente y se le acumulaba en las marcadas arrugas.

—Essiya, acaba con esto —dijo Dawoud. Cojeé hasta mi daga y la limpié contra mi muslo—. Sabes lo que quiere Rawain.

Esa vez fui yo la que lo miró sin comprender.

—No voy a matarte —gruñí.

La parte sensata de mí sabía que fallar la prueba de Rawain supondría el fin de todos mis planes. El fin de los designios de Arin.

Sin embargo, había sobrevivido hasta ahora siendo consciente de las cargas que podía soportar, y matar a Dawoud no estaba entre ellas.

Al Anqa'a derribó la pared de una tienda y los ladrillos salieron volando a nuestro alrededor. La magia de Dawoud no aguantaría mucho más. Mis grilletes se estrecharon, impulsados por el miedo.

Él no podría aguantar, pero yo sí.

Me miré los grilletes, que me apretaban más que nunca.

Al Anqa'a intentó atacar a Dawoud y falló por pocos centímetros. Levanté los brazos en el aire con los grilletes palpitando mientras mis poderes se precipitaban hacia Al Anqa'a. La criatura chilló y sus alas de cristales crepusculares tintinearon. Una niebla opaca cubrió el cielo.

Dawoud contempló con admiración al pájaro que gritaba, pero, cuando se giró hacia mí, la sorpresa se apoderó de sus rasgos.

—¿Qué te pasa en los ojos?

Fruncí el ceño y parpadeé rápidamente. Los brazos me temblaban por el esfuerzo de mantener a raya a Al Anqa'a.

—No… No han cambiado. No hay ningún brillo dorado o plateado. —Me estudió más de cerca—. ¿Dónde está la magia en tus queridos ojos de kitmer?

—Los grilletes —espeté—. Mis poderes fluyen a través de los grilletes, no de mi cuerpo. Dawoud, tienes que huir. Por favor. No aguantaré mucho más y la patrulla estará cerca de Dar al Mansi.

Dawoud se puso mortalmente pálido. Se alejó tambaleándose y observando mis muñecas con más terror del que le reservaba a Al Anqa'a. ¿Serían los efectos de haber empleado tanta magia?

—¿Cómo es posible que aún estén ahí? ¿Cómo? —jadeó—. Ay, mi querida Essiya. Ay, no. ¿Qué te ha pasado?

«Tienes la capacidad y el poder para ser peor que todos lo que te preceden».

—Dawoud. —Me levanté mientras Al Anqa'a se estrellaba contra la barrera. Cada golpe de magia me iba deslizando hacia atrás—. ¿En algún momento quemé tu colcha preferida?

Una expresión peculiar atravesó el semblante del jefe de personal del Usr Jasad. Era la mirada de alguien que creía que tirar de la cuerda equivocada haría que el cielo entero se derrumbara. Una mirada que reconocía de mi infancia. Frunció sus gruesas cejas.

—Tendría que haber dejado que la sacaras al patio —murmuró.

Soraya tenía razón.

Espejos. Mis recuerdos eran fragmentos, reflejos de lo que necesitaba que fueran para sobrevivir. Su dolorosa confesión trajo de vuelta a mí el día que quemé su colcha. El estruendo resonó por todo mi cuerpo y mis huesos.

Essiya no era mejor que Sylvia. Siempre había estado rota. Siempre había sido una egoísta.

Sylvia solo era el reflejo de las peores cualidades de la chica a la que había enterrado.

En un arrebato de ira, Al Anqa'a atravesó la barrera de mi magia. Una lluvia de chispas doradas cayó desde la barrera quebrada. Cerró las garras alrededor de mi cuerpo y habría jurado que mis pies se despegaban del suelo.

Su sujeción flaqueó cuando le di una patada. Una garra se clavó en la espalda de mi túnica como si fuera un gancho. Me quedé colgando hacia abajo mientras la tela se rasgaba lentamente. Al Anqa'a agitaba las alas, luchando por elevarnos contra la fuerza de mi muro mágico.

En el suelo, Dawoud cogió la daga. Me miró fijamente con lágrimas derramándose por un rostro que en una época me había resultado más querido que el de mi propia madre.

Dawoud movió la boca y me di cuenta de lo que pretendía hacer un instante antes de que se clavara la daga en el corazón.

—¡No! —grité.

Al Anqa'a chilló cuando la barrera estalló con un estruendo que hizo temblar el cielo. Chispas doradas surcaron el aire como estrellas fugaces. Dawoud se desplomó y yo levanté los brazos para quitarme la túnica y caer al suelo. La daga se había metido dentro de Dawoud en el mismo punto en el que Soraya me había apuñalado a mí. Al

Anqa'a voló hacia el este, abandonando una presa que presentaba más problemas de los que valía la pena asumir.

—Tu yeddo Niyar estaría orgulloso de ti —murmuró Dawoud cuando caí de rodillas junto a él. Le apreté la herida con las manos temblorosas y él gimió—. Tendría que haberles hecho caso cuando decían que estabas viva. No me atreví. Pensar en ti sola durante tanto tiempo mientras nosotros… —Tosió, y unas gotas rojas le salpicaron la barbilla—. Tus grilletes no tenían que permanecer ahí tanto tiempo. Nadie debería estar solo tanto tiempo.

—Pues no me dejes. —La desesperación convirtió mis palabras en una plegaria.

La sangre brotaba entre mis dedos y se me calentaron los grilletes al intentar convocar cada pizca de magia que poseía. Mis poderes tenían que actuar como fuera. Dawoud no moriría en el suelo en Dar al Mansi. No sería una vida jasadí más reclamada por esta aldea.

—No tendría que haber dejado de buscarte. —Apoyó la mano en la mía y noté su palma callosa y fría sobre mis nudillos. Me estremecí ante el contacto y los agudos ojos de Dawoud se entornaron—. ¿Qué te pasó, Essiya? ¿Dónde estabas?

Mi magia se rompió en vano a nuestro alrededor.

—Hanim —dije entre dientes. Hablaría, aunque solo fuera para evitar que ese hombre testarudo lo hiciera—. Me mantuvo cinco años atrapada en el Essam.

Mi intento de hablar para que se relajara fracasó estrepitosamente porque trató de levantarse. La sangre le corría por el pecho.

—¿La qayida Hanim? —El poco color que le quedaba desapareció de su rostro, dejando un semblante gris y horrorizado—. Esa traidora miserable. ¿Te secuestró? Ella… ella nos arruinó a todos. Soraya. Essiya, ¿sabes lo de Soraya?

—Dawoud, por favor, estate quieto —supliqué.

—Hanim la trajo al palacio. A nuestra casa. Ella la recomendó a tus abuelos porque… —Parecía que el rencor era lo que mantenía

despierto a Dawoud, aunque se le cerraban los ojos—. Ellas lo planearon todo. Pero Hanim… —Se estremeció en lo que pretendía ser una risa—. Soraya tendría que haber sabido que no debía confiar en la fidelidad de una traidora.

—Ellas no me importan —insistí—. Quédate quieto.

Dawoud sonrió con los labios blancos.

—Mi pequeña y determinada Essiya —murmuró—. Morir sabiendo que estás viva es todo lo que podría haber deseado.

Perdí la batalla contra mi corazón.

—Quédate, por favor. Por favor. Tengo muchas cosas que contarte. He sido aprendiza de un hombre llamado Rory. Un boticario. Y apenas toleraba esa materia con mis instructores, ¿te acuerdas? Pero él me enseñó a curar el cuerpo por dentro y por fuera. Me llevó ante una mujer llamada Raya. Ella me recuerda a ti, solo que es más rígida. Me convertí en su pupila y me trató con amabilidad. —Me castañeaban los dientes, que temblaban junto al resto de mi cuerpo. La respiración de Dawoud se ralentizó. El ataque de mi magia contra Dar al Mansi se evaporó.

Dawoud se estaba muriendo.

Limpiándome la sangre de las manos, me coloqué tras él y apoyé su cabeza en mi regazo. Le pasé los dedos por el pelo, acariciándole el cuero cabelludo como hacía él conmigo cuando tenía una pesadilla.

—Estoy aquí. No me iré —le dije, y seguí repitiendo las mismas palabras mucho después de que su pecho se quedara inmóvil y su cuerpo se enfriara.



CAPÍTULO TREINTA

La noche estaba a punto de cernirse sobre Dar al Mansi. Salí poco a poco de debajo del cuerpo de Dawoud. Cuando oscureciera por completo, hordas de guardias patrullando atacarían a las criaturas que quedaran en la aldea.

Observé el rostro inerte de Dawoud. Esto lo había hecho el supremo Rawain. Había metido a Dawoud en Dar al Mansi para que yo lo matara. Para él no éramos más que animales, juguetes de usar y tirar.

Y yo era su campeona.

La rabia enfrió el dolor que aullaba en mi pecho. Me agaché e, incluso sin los meses de entrenamiento, no me habría costado levantar a Dawoud en brazos. A pesar de que lo habían torturado y le habían hecho pasar hambre, Dawoud nunca se había inclinado ante Nizahl. Había permanecido orgulloso hasta el final y había muerto como todos los demás jasadíes de Dar al Mansi.

Sin embargo, a diferencia de ellos, él no se quedaría morando en el hogar de los olvidados.

Llevé a Dawoud por el tramo del bosque Essam que separaba Dar al Mansi del resto de Omal. Vi luz de faroles y movimiento entre los árboles. La patrulla ya estaba marchando.

El Essam se despejó y un estruendo me recibió a mi llegada. El público clamaba desde dos laderas opuestas y estiraba el cuello para intentar ver el estrecho rellano de tierra que había entre ellas. Me

vitorearon cuando me adentré en el sendero, a pesar de que los que estaban abajo se quedaron callados al ver al hombre muerto en mis brazos.

El presentador crispó el rostro en señal de confusión a medida que me acercaba. Atisbé tras él. El supremo Rawain y los demás miembros de la realeza estaban delante, rodeados de guardias. Evité mirar al supremo Rawain y a su hijo.

Jeru y Wes aparecieron por los costados mientras el presentador se fijaba en Dawoud y en mi estado de desnudez. Al Anqa'a se había llevado mi túnica enganchada en una garra y debajo de ella solo llevaba una amplia banda blanca que me cubría los pechos, pero dejaba al descubierto mi vientre y mis hombros. Carraspeó.

—¿Has…? Eh…

Deposité a Dawoud con cuidado en los brazos de Jeru y Wes sin mirarlos a los ojos. Ellos lo cuidarían. Se asegurarían de llevarlo a algún lugar al que los carroñeros no pudieran llegar.

Tiré al suelo el dedo del nisnás y me desenganché la extremidad arácnida del dulhaz del muslo.

—Un dedo de nisnás. Una pata de dulhaz. Un jasadí. Tres monstruos. Tres trofeos. —Sonreí y el presentador dio un paso atrás—. Adelante. Anúnciame.

—Sylvia —dijo Jeru con la voz ronca. Lo miré y el soldado nizahliano palideció.

El presentador se giró hacia la multitud reunida.

—¡La campeona de Nizahl se une a la campeona de Orban y pasa a la tercera prueba!

Pasé por delante de él; por delante de Jeru, Wes y el hombre muerto en sus brazos; por delante de la realeza. No me detuve a contemplar la satisfacción en el rostro de Rawain ni la irritación en el de Vaun. Entré en el carruaje de los campeones con Diya y las ruedas crujieron cuando el vehículo se puso en movimiento.

Nos mantuvimos calladas hasta que llegamos al palacio. Diya se quitó la colcha que le cubría la espalda y me la lanzó al regazo.

—Que no vean nada más que la mirada de tus ojos —dijo.

Entumecida, me pasé la colcha por los hombros. No me interceptó ningún sirviente cuando entré al palacio y ningún guardia me cuestionó. Subí las escaleras flotando y aturdida. En la intimidad de mis aposentos, dejé que la colcha cayera al suelo.

¿Duele más cuando tus fracasos tienen nombre?, susurró Hanim. *¿Duele más poner cara a las personas a las que has decepcionado?*

Los cajones de la mesilla de noche traquetearon y se estrellaron contra la pared opuesta. Los grilletes me palpitaban en las muñecas en carne viva, pero yo no sentía el dolor.

Podrías no encontrarte ningún obstáculo y aun así buscar una excusa para darle la espalda a tu gente, dijo. *Dawoud está muerto. Tu familia está muerta. Soraya nunca estuvo de tu parte. ¿Quién te queda?*

El armario voló hacia el diván y volcó cajas de vestidos meticulosamente empaquetados. Las mantas se rasgaron y la estructura de la cama se quebró haciendo que cayera al suelo. Había llamas bailando sobre la alfombra y trepando por la pared.

Dawoud había articulado mi nombre antes de clavarse la daga en el pecho. Un nombre que había ahogado y enterrado en lo más profundo de mi ser; un nombre que tenía que haber sido reducido a cenizas junto con el resto de Jasad.

Durante mucho tiempo, pensé que el nombre de Essiya llevaba la muerte a dondequiera que fuera. Pero oír a Dawoud pronunciándolo… Había olvidado lo que significaba ser real para alguien. Me había sentido más completa en esos pocos minutos que en once años. Ni siquiera yo sabía ya quién era Essiya.

La puerta se abrió en el momento en que explotaron varias almohadas y una lluvia de plumas cayó sobre las llamas danzantes.

Se me erizó el vello de la nuca y cuando me giré vi al heredero de Nizahl cerrando la puerta.

El fuego lamía el colchón y sumía la habitación en un resplandor anaranjado. Desde que había entrado en el palacio, notaba algo húmedo goteándome por la barbilla, y me sequé las mejillas con aire distante.

—¿Sabes que no recuerdo cuándo fue la última vez que lloré? Hará unos seis o siete años. —Unas grietas aparecieron en el espejo. El cristal estalló y los fragmentos llovieron sobre el armario destrozado. Atrapé una lágrima del rabillo del ojo y la examiné con atención—. No dejan de brotar.

—¿Entonces pretendes derribar el palacio de Omal? —preguntó Arin con tono casual, como si los objetos que volaban por la estancia no fueran más relevantes que motas de polvo.

—No soy tan codiciosa. Me bastará con esta mitad. —El frontón triangular de la ventana cayó en pedazos de hormigón blanco.

Una ventaja de haber vivido durante meses con el heredero de Nizahl era que me había familiarizado con los sutiles cambios de su expresión.

—¿Cómo se llamaba?

En mi lado de la habitación, todo se levantó por los aires y se estrelló contra la pared opuesta.

—Calla —gruñí.

Arin no podría sujetarme esta vez. No permitiría que volviera a romper el bendito vacío.

Se sacudió el serrín del abrigo y extinguió algunas llamas con las botas mientras se acercaba.

—¿Qué era para ti?

—Te lo estoy advirtiendo. —En lugar de florecer con mi indignación, la magia empezó a chisporrotear.

Arin me inmovilizó contra la pared con los brazos a los lados de mi cabeza. Solo podía ver un azul pálido, sólido e inquebrantable.

—Lo llevarán a Jasad —dijo Arin. Me agarré el pecho negando con la cabeza—. Lo prepararán para enterrarlo siguiendo las costumbres jasadíes.

—Basta, basta —sollocé. Lo empujé por los hombros.

—Lo enterrarán en un lugar en el que el césped sigue creciendo. —La voz de Arin se coló en mi cabeza. Una fuerza firme y cauterizante que se abrió paso a través de la herida—. Plantarán una higuera para honrar su memoria.

Mis grilletes se aflojaron al mismo tiempo que el abismo de mi interior se ensanchaba. Intenté bloquear la imagen, pero se desplegó ante mí de todos modos. Dawoud, lavado por unas manos amables y envuelto en sábanas blancas. Los ritos fúnebres susurrados en resar. Una higuera floreciendo junto a él cada primavera.

Arin me sujetó al deslizarme despacio por la pared. El heredero de Nizahl me sostuvo contra su pecho mientras mi cuerpo se sacudía por los sollozos y me deslizó hacia el suelo lentamente. Lloré como no lo había hecho desde la Cumbre Sangrienta, cuando terminó mi primera vida. Apretada contra el hijo del hombre que me lo había arrebatado todo.

—No soy una asesina. —Sollocé junto al cuello de Arin—. No soy un hacha que blandir en cualquier dirección. Él se merecía algo mejor que esto. Se merecía algo mejor que yo.

En aquella aldea, todos se merecían algo mejor. Que el supremo Rawain hiciera daño a los jasadíes no era ninguna sorpresa, pero ¿a su propia campeona? Había matado y enterrado a Hanim para evitar este destino.

Arin no contestó. Unos brazos fuertes se estrecharon a mi alrededor. Era real. Arin era real, Dawoud era real y yo no era más que un fantasma en el cuerpo de una cobarde.

Unas manos enguantadas me enmarcaron el rostro y tiraron de mí hacia atrás. La férrea compostura de Arin flaqueó al observar mi semblante lloroso. Había una ferocidad en él que no había visto nunca.

—Mírame, Suraira. —Un feroz desafío irradiaba del heredero de Nizahl—. No tienes que hacer esto. Corre. Coge un caballo y llega todo lo lejos que puedas.

Parpadeé.

—¿Q-qué?

—No te perseguiré. Tengo propiedades ocultas en todos los reinos. En el bosque Essam. Son tuyas. Tómalas. Sé libre.

Arin me agarraba con tanta fuerza que me dolía, lo cual contrastaba con sus palabras.

Observé su rostro. ¿Cuál de los dos había perdido la razón?

—Ni un burro al que hubieran golpeado seis veces en la cabeza me sugeriría un plan tan poco razonable. ¿Te estás burlando de mí?

Arin me contempló hasta que empezó a doler. Me deslizó un pulgar enguantado por el pómulo.

—¿Qué atractivo puede tener la razón ante tus lágrimas?

Lo miré. Los sedosos mechones de cabello plateado que le caían alrededor de las orejas. La cicatriz que desafiaba la muerte. La forma de su boca. Una boca a la que había visto sembrar el terror en los ojos de los hombres y doblegar el destino siguiendo su voluntad inquebrantable. Una boca letal y venenosa. Una que se curvó bajo el peso de mi mirada.

«¿Por qué se convocó la Cumbre? Antes de que impulsara la Guerra de Jasad, antes de convertirse en la Cumbre Sangrienta… ¿Por qué se reunieron los reinos?».

—El malik y la malika de Jasad eran mineros de magia.

Ambos nos quedamos paralizados. Me llevé las yemas de los dedos a los labios sin atreverme a creer que hubieran sido capaces de pronunciar unas palabras tan horribles. Unas palabras que podían amordazarme y apresarme casi tan rápido como mi magia.

—Tu magia es poderosa, Essiya. Yeddo Niyar y tita Palia podrían intentar robarte una parte. Diles que no. Enfréntate a ellos si es necesario. —Niphran me apartó los rizos de la cara y jadeó por el esfuerzo de estar fuera de la cama—. Voy a contarte una larga historia, pero no puedes compartirla con nadie. Ni con Dawoud. Ni con Soraya.

La minería mágica era un mito. Una historia tan peligrosa y con tanto potencial de desatar el caos que hasta pronunciar esas palabras era motivo de castigo. Había ido perdiendo importancia con el tiempo, puesto que los únicos que recordaban la leyenda llevaban mucho tiempo muertos u olvidados. O eran mujeres locas encerradas en la torre Bakir.

Me clavé las uñas en la palma de las manos. Los espejos de mi cabeza se estaban quebrando. Mis recuerdos se desbloqueaban en pedazos, en fragmentos inconexos que me harían sangrar al recomponerlos. Fairel había roto el primero y no se habían detenido desde aquel momento. ¿Cuántos quedaban?

Ahogué un jadeo cuando Arin me atrajo hacia sí. Le pasé las manos por la espalda. El heredero temblaba.

—Menuda mentirosilla —susurró en voz baja y ahogada—. Jasadí exasperante. Aprecio demasiado tu lengua como para verla arrancada de tu cabeza. Nunca vuelvas a decirme esas palabras. Ni a mí ni a nadie. ¿Lo entiendes?

Me apartó y me sacudió por los brazos. Me castañearon los dientes. La desesperación le había endurecido la voz.

—¡Dime que lo entiendes!

Abrí los ojos como platos. Había conseguido asustar al hombre más impasible de todos los reinos.

—Lo entiendo.

Me soltó. Me senté sobre los talones para poner distancia entre nosotros. Dawoud se cernía sobre mis pensamientos como un sudario negro. No podía apartar la mente de él el tiempo suficiente para examinar los fragmentos del espejo que habían llevado a Arin a tal estado.

Nos miramos el uno al otro durante un momento cargado de tensión. Quería presionarlo para obtener respuestas, pero la vehemencia de su reacción me había desconcertado. ¿Qué sabía Arin?

Le tenía cariño a mi lengua, así que tendría que llevar a cabo la investigación lejos del heredero de Nizahl.

Hablé en voz demasiado alta, ansiosa por borrar esa expresión de conmoción del rostro de Arin.

—Todavía no han atacado. Los Mufsidíes ni los Orabi. Tampoco Soraya. ¿Y si esperan hasta después del Alcalah? ¿A que se hayan ido tus soldados?

Arin cerró los ojos por un breve segundo. Cuando volvió a abrirlos, había desaparecido cualquier rastro de incertidumbre o tensión.

—Sobre eso…

Arin me ayudó a levantarme y eché un vistazo al caos de la habitación. No había fuerza mortal por sí sola que pudiera causar tales daños, y estaba todo demasiado roto para arreglarlo de nuevo. Apestaba a magia.

Arin llegó a la misma conclusión. Le dio una patada a un trozo de armario llameante y lo envió contra las almohadas caídas. Prendieron y el fuego saltó al colchón. Probablemente, alertaría a los sirvientes omalianos cuando las nubes de ceniza hubieran cubierto los escombros. Podría decir que había caído un farol o una vela, y los sirvientes lo creerían porque era Arin de Nizahl y el comandante no prendía fuego a habitaciones en otros reinos.

—¿Otra teoría?

—Mejor. —Arin sacó una túnica que todavía se podía aprovechar del armario y me la pasó—. Un plan.



Una flota de carruajes pintados en una extensa gama de colores rodeaba el palacio de Omal al amanecer. Había comenzado el éxodo a Nizahl para la tercera prueba, con varios contingentes partiendo inmediatamente después de la segunda. Entre ellos, Vaun y el supremo Rawain, quien debía recibir a los invitados de la Ciudadela cuando entraran en Nizahl.

En el frío infernal, salté de un pie a otro junto a dos carruajes de color canela. Sorn, el heredero de Orban, había acariciado su llamativo carruaje verde y marrón y le había preguntado a Arin si los colores de Nizahl no eran de su gusto, a lo que este había respondido: «Si me tienden una emboscada por el camino, no será

por la pintura de mi carruaje». Hasta Diya había reprimido una sonrisita burlona al ver la vergüenza de Sorn.

—Pronto habrá un mercado —comenté. Mi aliento se condensó en volutas blancas. Me cerré la capa. Sefa frunció el ceño al ver el cuello raído por las polillas. Me habían dado montones de capas lujosas que ponerme y no le gustaba que siguiera aferrándome a la andrajosa de siempre—. Ayudad a Rory con el puesto. Aseguraos de que esté junto a la fuente o tendrá un berrinche.

—Ah.

Sefa miró a Marek y este suspiró.

—Sylvia, vamos contigo.

Entorné los ojos deseando que se echara a reír de repente.

—Qué broma tan peculiar.

—No es ninguna broma. Te acompañaremos. Su alteza nos sorprendió ayer fuera antes incluso de que entráramos en el palacio —explicó Sefa—. Estábamos esperando a que nos pidieras que fuéramos contigo. ¿Por qué no lo has hecho?

—¿Por qué? —espeté—. Por la falda sagrada de Dania, ¿habéis perdido todo el sentido común? El alto consejero está en Nizahl. A Marek lo buscan por agresión y por evadir el reclutamiento. ¡No vais a entrar en Nizahl en ninguna circunstancia!

—Sí que vamos a hacerlo —replicó él.

Me giré para comprobar que estuviéramos delante del palacio de Omal y no en un sueño extraño.

—¡Marek, llevas luchando por esto desde el principio! Sé que su alteza puede ser extremadamente persuasivo, pero podemos lograr lo que tenemos que lograr sin vosotros. Si esto es por el… episodio de anoche, es poco probable que se repita, y no tenéis por qué…

—¡Por las tumbas malditas, Sylvia, no tienes que hacerlo todo sola! —Marek se pasó una mano por el pelo—. ¿Por qué te cuesta tanto creer que hayamos decidido venir sin que nadie nos arrastre de la oreja?

—Idiotas imprudentes. ¡Podemos llevar a cabo el plan de Arin sin vosotros! Estaré bien.

—Volveremos a Mahair contigo o no volveremos —afirmó Sefa. Bajó la voz y miró a nuestro alrededor con disimulo—. Compramos glamures a un vagabundo de Orban que nos aseguró que le había pagado a un jasadí para que los encantara.

Levanté los brazos en alto.

—Los glamures no funcionarán con la gente que conoce vuestros verdaderos rostros de cerca. —Como el alto consejero, por ejemplo.

—Por eso el comandante ha ordenado que nos envíen a las aldeas bajas. Marek proviene de las ciudades militares y mi madre es noble, así que no corremos el riesgo de que nos reconozcan en las provincias sureñas de Nizahl.

Arin salió del palacio seguido por sus guardias. Saludó a Felix con la cabeza e intercambió unas pocas palabras con la reina Hanan. Mi primo y mi abuela paterna lo observaron mientras se acercaba hacia nosotros. La oscura mirada de Felix me deleitó. Habíamos frustrado sus planes. No se atrevería a atacarme en el reino de Arin y, tras la debacle con las muñecas, Vaida no confiaría en él ni para servirle agua. Todas sus esperanzas de venganza dependían del resultado de la tercera prueba.

Mi mirada se cruzó con la de la reina Hanan. Busqué los rasgos de un padre al que nunca había conocido en el anciano rostro de la mujer. El brillo eternamente cansado en los ojos de la reina de Omal se desvaneció. Frunció el ceño y aparté la vista con rapidez.

Al llegar al carruaje, Arin vio mi expresión atronadora y se giró hacia mis compañeros.

—Yo no los he obligado —aclaró adivinando el motivo de mi ira—. Jeru, prepara los caballos. Tomaremos la ruta del sur. Diles a los soldados que se mantengan dentro de nuestro radio, pero que nuestros caminos no converjan. Sefa y Marek, vuestro carruaje irá delante del nuestro.

—Espera, tengo… —Mis objeciones quedaron ahogadas por un frenesí de actividad cuando los jinetes saltaron sobre sus caballos y los treinta soldados de Nizahl emprendieron el trayecto para alejarse del palacio.

—No se ha referido a ti como «el chico» —dijo Sefa en un fuerte susurro mientras se subía al carruaje. Marek la siguió poniendo los ojos en blanco.

Con una maldición, me metí en el carruaje. No tendría la oportunidad de hablar con Marek y Sefa hasta que nos detuviéramos en la primera cabaña. Para entonces, ya sería demasiado tarde para cambiar algo.

El sol asomaba por el este y un palmo de luz rojiza se desplegaba tras el palacio de Omal. Pasamos junto a las puertas cristalinas, cuyos contornos relucían en la mañana naciente.

—Sabías que aceptarían venir si les decías que era por mí —lo acusé cuando llevábamos una hora de viaje.

Por fin habíamos entrado en el bosque Essam. La imagen de los árboles nudosos amenazaba con catapultarme a revivir el paseo de la noche anterior con Dawoud en mis brazos. Tragué saliva, luchando contra el instinto de desechar el recuerdo. Era un impulso que me resultaba tan natural como respirar. Él se merecía ser recordado, aunque eso me hiciera desear haber muerto con él.

«Somos de donde venimos». Dawoud era Jasad para mí. Era amor, calidez y compasión desinteresada. Anclé su recuerdo y lo fijé en la tierra inhóspita de mi mente. Una parte de mí suspiró, aliviada.

—No les pedí nada. —Arin había extendido su pergamino en cuanto el carruaje había empezado a alejarse del palacio y marcaba cosas meticulosamente por todas partes—. Les comuniqué mi intención de atraer a los grupos y les dije que eran libres de decidir su destino.

El plan se había gestado en la locura de nuestra última noche en Omal.

En lugar de esperar a que los Mufsidíes, los Orabi o Soraya movieran ficha, Arin pretendía atraerlos durante la tercera prueba. Los guardias inventarían rumores sobre el deterioro de salud de la campeona de Orban y los difundirían entre los soldados, quienes harían que se expandieran por las aldeas altas. Sefa y Marek cabalgarían hacia las aldeas bajas con unos cuantos soldados

disfrazados, haciéndose pasar por soldados asediados del Alcalah. Beberían en diferentes tabernas y, con la excusa de la inhibición por el alcohol, se quejarían de la poca seguridad que habría vigilando la tercera prueba en comparación con las de Omal y Orban.

Con la supuesta mala salud de Diya aumentaban mis posibilidades de ganar y, por lo tanto, de que me asignaran guardias personales para el resto de mis días. Los grupos pensarían que así se les cerraba la ventana de oportunidades. Y las difamaciones de Sefa y Marek sobre la falta de protecciones en la tercera prueba les proporcionarían un incentivo más para atacar.

—¿No sospecharán los grupos que pasa algo raro? Si han logrado evadirte durante tanto tiempo, dudo que un puñado de engaños los empujen a atacar —le había dicho yo.

—Ah, estoy casi seguro de que descubrirán la estratagema. —Arin se había abotonado hábilmente el abrigo mientras observaba a los sirvientes que corrían de la fuente a mi habitación en llamas—. Pero no querrán arriesgarse a que el otro grupo muerda el anzuelo y te capture en primer lugar.

El trayecto hasta Nizahl transcurrió en una nube de discusiones y cabañas frías. Sefa se ponía a tararear cada vez que intentaba hacerla entrar en razón y Marek se manchaba las manos de barro y me perseguía por toda la cabaña. Menudo par de idiotas.

Teníamos que llegar a Nizahl ese día. Para ahuyentar el miedo, cogí uno de los mapas de Arin y lo desplegué sobre mis piernas. Lo examiné durante un buen rato, tratando de descifrar las marcas ininteligibles.

—¿Has empezado a pintarrajear en tu tiempo libre? —pregunté entornando los ojos al ver las V y los nombres garabateados. Recorrí con el dedo un puente que debía de ser el Sirauk.

Arin no me pidió ver el mapa.

—Son las montañas.

Arrugué la frente. El movimiento del carruaje me empujó contra la ventana.

—¿Cuáles?

Cientos de montañas rodeaban los reinos, teóricamente con vistas a mares y tierras desiertas. Teóricamente, porque había menos de cinco personas que hubieran completado el viaje de ida y vuelta a las montañas. A pesar de su vastedad, en los mapas apenas se dibujaba un rápido garabato sobre su ubicación general.

—Todas —respondió Arin.

Apoyó el tobillo sobre la rodilla y extendió los papeles sobre la forma triangular de su regazo. Levantó la mirada ante mi silencio.

—¿Tienes un mapa de las montañas? —pregunté débilmente—. ¿Un mapa detallado?

La expresión de Arin sugería que creía que me había golpeado la cabeza contra la puerta del carruaje demasiadas veces.

—Tengo varios, pero les falta mucho para estar terminados.

Sentí que algo me oprimía el corazón. Me había resultado natural reconocer la brillantez del heredero, pero en algún momento indeterminado había llegado a admirarla y a olvidar que esa mente incomparable estaba al servicio de un reino despiadado.

—Jamás tuvimos oportunidad contra vosotros, ¿verdad? El asedio de Rawain no terminó nunca porque te tiene a ti para acabar con el último de los jasadíes. Aunque tuviera mil fortalezas, Jasad seguiría condenada.

La expresión de Arin se cerró. Una fría cautela que había desaparecido el tiempo suficiente como para que su regreso resultara alarmante se apoderó del heredero.

—Puedo eludir muchas cosas —dijo Arin—. Pero hasta yo podría fallar ante mil fortalezas.



A pocos kilómetros de la Ciudadela, Ren desvió el carruaje de Sefa y Marek hacia el sur. Solo los campeones y los invitados pertenecientes a la realeza tenían permitido entrar en los terrenos de la Ciudadela y, de esos pocos, ninguno podía pasar la noche

dentro. La realeza se alojaría en las aldeas altas y la prueba tendría lugar por la mañana. Al concluir el Baile de la Victoria la noche siguiente, todos deberían justificar un propósito si querían permanecer en el reino.

La hospitalidad no se encontraba entre las limitadas virtudes de Nizahl.

Sefa y Marek empezarían esa misma noche con su parte del plan. Tras disfrazarse, sembrarían rumores sobre la seguridad de la tercera prueba por las aldeas bajas. Deseaba que Sefa y Marek pasaran la noche en las habitaciones de los campeones conmigo, pero se hallaban entre la segunda y la tercera puerta de la Ciudadela, demasiado cerca de la realeza de Nizahl y de gente que podría llegar a reconocerlos.

No los vería hasta después de la prueba. Me esperarían en el carruaje durante el Baile de la Victoria. Nos marcharíamos con una brigada de soldados nizahlianos y, si ganaba, con los guardias que me concedería el triunfo.

—Sabemos cuidar de nosotros mismos —me aseguró Sefa.

Permití que Marek me diera un ligero abrazo y me obligué a mover los brazos para propinarle unas palmaditas en la espalda.

—Confía en ti misma —murmuró. Cuando me separé de él, vi que tenía la mirada fija en el carruaje de Arin—. En nadie más.

Mi preocupación permaneció mucho después de que desapareciera su carruaje. Me recordé a mí misma que habían vivido como ladrones y vagabundos antes de llegar a Mahair… Se las arreglarían una noche más. Siempre y cuando Sefa no se detuviera a ayudar a unos cachorros en apuros y acabara en el maletero de una carreta.

Uno de los mapas de Arin cayó a mis pies cuando el carruaje viró a la derecha. Me asomé por la ventana y vi que la naturaleza del Essam desaparecía y daba paso a una tierra lisa.

Los soldados se desplegaron a nuestro alrededor. Apareció la primera de las tres imponentes puertas negras. Eran imposiblemente altas y se perdían entre la neblina que se extendía bajo la luna. Un

cuervo forjado en acero brillante alzaba el vuelo entre dos espadas entrechocadas en la entrada. El símbolo de Nizahl se partió en dos cuando se abrió la puerta. Mi inquietud aumentó mientras cruzaba las dos puertas siguientes y contuve el aliento conforme el carruaje avanzaba.

La Ciudadela se elevaba ante nosotros en una espiral cilíndrica de hierro y acero. El pico afilado atravesaba el cielo como si castigara a las nubes por atreverse a subir tan alto. Varias patas de metal se extendían desde la aguja principal, conectadas a las siete amenazantes alas de la Ciudadela. Era como una araña de destrucción lista para saltar. Unas enormes cimeras violeta y negras brillaban en el pico de cada ala. Las siniestras miradas de los siete cuervos seguían a los más temerarios mientras se adentraban en las fauces de la bestia.

—Bienvenida a Nizahl —dijo Arin.



CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Tenía que reconocerle algo a Nizahl: era mucho más tranquilo que los otros reinos.

Como era el reino más reciente y el único que no tenía awal o awala al que honrar, las costumbres de Nizahl diferían bruscamente de las de los demás. No había festivales, mercados ni celebraciones. Una vez al año, los nizahlianos se reunían para ver a los soldados más jóvenes entrar en el ejército del comandante en una ceremonia especial. Comían carne de caza, cereales y pan. Se trataba de una sociedad estrictamente jerárquica que valoraba mucho el respeto de quienes estaban por encima.

Para los nizahlianos, los lukubíes eran unos depravados, los orbanianos eran animales y los omalianos eran unos estafadores escandalosos. No eran conscientes de que la esterilidad de su reino era su peligro. Nizahl vivía como un depredador al acecho, conteniendo el aliento hasta que llegara el momento adecuado para atacar.

Jeru me acompañó hasta los aposentos de Diya para cenar. A Arin se lo llevaron por otra puerta en cuanto bajé del carruaje.

—Quizás te interese saber que su alteza el supremo no invitó a Vaun a su carruaje cuando se marchó de Omal.

Llamé a la puerta de Diya. No quería pensar en Dawoud mientras estuviera en el reino de su asesino.

—Bien.

No era tan tonta como para creer que había acallado por completo las sospechas del supremo Rawain, pero al menos la muerte de Dawoud había puesto en duda la veracidad de las afirmaciones de Vaun.

La cena trascurrió con tranquilidad. Diya inspeccionaba cada bocado de comida antes de llevárselo a la boca y miraba por la ventana mientras masticaba.

—Odio los pájaros —dijo mientras cortaba la paloma hervida que tenía en el plato—. Pero me encanta comérmelos.

Me había encariñado con la naturaleza beligerante de Diya. Era como un cactus con el que me gustaba pincharme el dedo. Me daba la sensación de que a la orbaniana Fairel le caería muy bien Diya. La joven pupila tenía un gusto horrible para la gente.

—¿Por eso no dejas de fulminar con la mirada la cimera nizahliana? ¿Te preocupa que algún cuervo baje a devorarte?

La campeona orbaniana partió el ala de la paloma en dos, carente de humor.

—Ríete todo lo que quieras. Sé que percibes la oscuridad que late en esta tierra. Esos cuervos me aterran. —Diya se estremeció y apartó el plato—. Deberías tener cuidado con los símbolos de poder. Tienen tendencia a crear su propia vida.

Diya me echó en cuanto terminamos de comer. Volví a mi habitación entre la segunda y la tercera puerta que delimitaban las estancias de los campeones. Un arreglo por no permitir que los campeones pasaran la noche en el hogar del supremo: seguíamos protegidos dentro del perímetro de la Ciudadela. Pasé ante los jawayas vestidos con yalabías, esas prendas marrones y verdes que les llegaban hasta las sandalias. Había soldados Nizahlianos rodeando mis aposentos, y sus uniformes almidonados contrastaban con las vestimentas de los orbanianos.

Mientras tanto, mi eterna incapacidad para dormir en lugares nuevos estaba esa noche en su mejor momento.

—Quiero dar un paseo por los alrededores —me quejé—. ¿Quién podría atacarme en la Ciudadela? No puedo dormir, Jeru.

Un Jeru inquieto se tiró de las puntas del pelo rizado. Llevaba casi una hora dándole la lata.

—¿Ayudaría que te golpeara la cabeza contra la puerta un par de veces?

Noté un hormigueo en el cuello. Los soldados que había detrás de Jeru hicieron una reverencia y despejaron el camino para que bajara una silueta alta.

—No me parece un buen consejo —comentó Arin, y Jeru se sobresaltó tanto que se atragantó con su propia saliva.

—Señor, yo… —Jeru se dio la vuelta con el rostro del color de una granada madura, pero Arin le restó importancia con un ademán de la mano.

—Coge la capa —me dijo Arin—. Voy a llevar a la campeona de Nizahl a dar un paseo por los alrededores.

La sorpresa atravesó fugazmente el semblante de Jeru antes de que se recompusiera. Supuse que Arin no tenía por costumbre acompañar a sus invitados por las instalaciones.

—Por supuesto, señor. Avisaré a los soldados para que abran la tercera puerta.

—Había asumido que te encerrarías en tus aposentos hasta mañana —comenté mientras me ponía la capa. Maldita sea, ¿dónde había dejado las botas?

Arin seguía mis movimientos frenéticos por la habitación con gesto divertido. No había muchos lugares en los que pudieran haber acabado las botas. La única decoración de la habitación era un retrato del supremo Rawain frente a la cama para asegurar una noche de pesadillas. Aparecía apoyado en su cetro en una de las cámaras de la Ciudadela.

—Has oído los rumores —suspiró Arin.

—¿Los de que te encierras? Todos lo saben. —Ah, se habían quedado sepultadas bajo el equipaje. Si tuviera una pizca del instinto de Arin para el orden, llevaría una vida completamente diferente—. Puedes admitirlo, no empeorará mi opinión sobre ti. Preferirías estar

a solas con tus mapas y una copa de esa horrible bebida de lavanda, ¿verdad?

Me giré con las botas perfectamente atadas y me encontré a Arin doblando con esmero la única ropa que había sacado del equipaje: el atuendo para la prueba. Algo se hinchó en mi pecho al verlo. El surco en su entrecejo mientras alisaba las mangas, la manera en la que colocó la pila de ropa para que la viera bien. Manejaba mis pertenencias con una consideración y un cuidado que en un primer momento había confundido con severidad y perfeccionismo inflexible.

Cuando me vio mirándolo, un suave rubor le tiñó la parte alta de las mejillas. Parpadeé y desapareció… Quizás había un efecto de la luz.

—No —dijo Arin.

—¿No?

—No, no desearía estar a solas con mis mapas y mi talwith. Estoy donde quiero estar.

Antes de que pudiera abrir la boca, salió de la habitación. Me envolví bien con la capa para protegerme del frío de la noche y me apresuré a alcanzarlo. Me despedí de Jeru con la mano, quien gruñó y se marchó pisando fuerte.

—Voy a extrañar discutir con tus guardias.

La tercera puerta se abrió de par en par ante nosotros, vigilada por soldados a cada lado. Se inclinaron cuando pasamos.

A pesar de la tensión por la prueba del día siguiente, Arin parecía más relajado de lo habitual.

—Te alegras de estar en casa.

Un mechón de pelo se le enganchó al borde de la sonrisa.

—Pues sí.

Estando tan cerca de la Ciudadela, entendí a qué se refería Diya con lo de la oscuridad que latía en ella. Los pasillos que conectaban la torre principal con las alas eran estrechos y rectangulares y se extendían sobre nuestras cabezas como túneles al aire libre. Incluso el viento que mecía la hierba parecía susurrar advertencias que no

lograba descifrar. Cada faceta de los terrenos de la Ciudadela era aterradora.

—El Baile de la Victoria se celebrará en esta ala —señaló Arin—. La que hay detrás es para las asambleas con los consejeros del supremo.

Luché por contener una carcajada. Aunque no sería evidente para la mayoría de la gente, Arin estaba de buen humor. Hablaba con soltura, y la tensión de sus hombros se había relajado levemente. Era una lástima que lo que a él lo reconfortaba tuviera el efecto contrario sobre mí.

—¿Y esa? —Señalé el ala que quedaba detrás de la Ciudadela, la única sin un cuervo alzándose entre dos espadas.

—Es el ala de la guerra —respondió Arin. Parte de la tirantez regresó a sus rasgos—. No ha entrado nadie desde el asedio. Cuando necesitamos intervenir para resolver disputas entre los reinos, usamos la tercera ala.

Fruncí el ceño con una pregunta en la punta de la lengua. ¿No sería más prudente usar el ala de guerra para disputas regionales si el objetivo era arbitrar eficazmente? ¿Qué mejor motivación podía haber para que los reinos enfrentados solucionaran sus diferencias que la perspectiva de una guerra?

—Tu sistema nimwa —comprendí. Nos alejamos de la Ciudadela y me alegré de perder de vista el hogar del supremo. Hileras idénticas de edificios bajos y cuadrados de metal salpicaban el camino. Los soldados que patrullaban hicieron una profunda reverencia al ver a su comandante—. Si Nizahl entrara en un estado de guerra activo, el reclutamiento obligatorio volvería a estar vigente. Las aldeas bajas tendrían que enviar a sus hijos a la Ciudadela.

Arin me miró fijamente.

—¿Cómo es que conoces el sistema nimwa?

Me mordí el interior de la mejilla.

—¿Qué más da por qué lo conozco? Creo que has creado un sistema fantástico.

Para mi deleite, Arin frunció el ceño ante el elogio. Por las profundidades malditas del Sirauk, el heredero de Nizahl estaba aturullado.

—No se lo puede considerar un sistema.

Conté con los dedos.

—Proporcionas a cada familia de las aldeas bajas una asignación de cereales, avena, patatas y arroz. Cuantos más miembros tiene una familia, más alta es la asignación. Un joven que mantenga a su familia está exento del reclutamiento, y si hay varios niños elegibles en una misma casa, la edad se eleva a veinte años. Lo cual, por supuesto, significa esencialmente que todo el mundo está exento en las aldeas bajas.

Arin frunció los labios.

—Wes.

Le rocé el brazo cuando pasamos por delante del primer edificio metálico.

—Te preocupas por tu gente, Arin. No es algo de lo que avergonzarse. —La afirmación parecía más bien una confesión hecha para susurrarse en la solitaria oscuridad—. Algún día serás un excelente supremo.

Ante el silencio de Arin, levanté la cara y lo encontré observándome fijamente con una expresión indescifrable. Encogí los dedos en los bolsillos de la capa, reprimiendo el impulso de tocarlo. Quería reírme, apartar la mirada, cualquier cosa que aliviara la presión. Si dejase que se instalara, el frágil escenario sobre el que dábamos vueltas podría derrumbarse.

—Me alegra oírte pronunciar mi nombre sin que haya un peligro inminente —dijo Arin en voz queda. La batalla estaba perdida.

¡Idiota!, bramó Hanim*. ¿De cuántas maneras puedes traicionarnos, Essiya?*

A mí no me parecía una traición. Era como si hubiera estado vagando por el bosque durante una noche eterna y por fin llegara el amanecer.

Era la misma sensación que experimentaba al ver Mahair tras horas cazando ranas bajo la luz de la luna. El murmullo del Hirun a mi alrededor. La risa de Fairel y los golpes del bastón de Rory. Anclajes auténticos y sólidos que me sujetaban a la tierra.

Esbocé una sonrisa temblorosa.

—Pues lo usaré con más frecuencia.

Tras una vida entera huyendo, él representaba la vuelta a casa.

Se formaron anillos en el estanque a mi derecha y la tierra tembló. Arin sonrió y cerró la mano enguantada alrededor de la mía para tirar de mí hacia delante. Unos soldados salieron a trompicones de uno de los edificios de metal (complejos militares) y corrieron hacia el sur. Estábamos detrás de ellos, fuera de la vista. Ver a tantos soldados de Nizahl desaliñados, desprovistos de la rígida disciplina que conllevaba el entrenamiento, me hizo reír. Al supremo no le haría gracia que presenciara algo así. El comandante me había llevado a una aldea omaliana en las profundidades de la Ciudadela, a los complejos en los que se alojaban los nuevos reclutas de Nizahl.

—Misiones nocturnas —comenté—. ¿Alguno lleva una fregona en la mano?

Arin gimió y me soltó la mano. Encogí los dedos alrededor de su ausencia.

—No te quedes sola con mis guardias nunca más.

Reanudamos el paso. Ver a sus soldados parecía haberlo animado, hablaba con más libertad que nunca. Me describió los oficios que debían aprender los soldados porque sus deberes iban más allá de la vigilancia y el combate. Los reclutas rotaban entre los complejos y solo ascendían al ejército cuando se consideraba que habían demostrado una destreza excepcional en los entrenamientos y los gremios.

—¿Entrenas tú a los nuevos reclutas?

—Rara vez. Me tienen demasiado miedo. —Parecía descontento por un hecho que agradaría a la mayoría—. Se limitarían a obedecer.

Había perdido la cuenta de la cantidad de soldados que se habían inclinado ante Arin durante el paseo.

—¿Acaso un comandante no debería buscar obediencia?

—Debería ser una obediencia consciente, no instintiva.

Dimos la vuelta y emprendimos el camino de regreso a mis aposentos. Otro soldado se inclinó y resoplé.

—¿Has considerado teñirte el pelo? Así podrías caminar tres metros sin que te reconocieran.

Arin arqueó una ceja. Su cabello plateado relucía como si fuera una corona.

—¿Por qué debería evitarlo? Los únicos que no quieren ser reconocidos son aquellos que tienen algo de lo que avergonzarse.

La silueta de la Ciudadela apareció ante mí. El corazón y el alma de Nizahl. Dentro, Rawain estaría brindando por el éxito de su campeona en las pruebas, anticipando la gloria que traería a su reino.

—Sí, supongo que tienes razón.



El camino hasta la arena transcurrió en un silencio tenso. Extendida entre unos vastos campos marrones, la arena se cernía sobre nosotros como una lacra en la tierra. Para evitar la aglomeración de espectadores, los carruajes se detuvieron a medio kilómetro de la arena. No se me había soltado el nudo de ansiedad del estómago desde que había salido de mis aposentos hacía una hora.

—Puedo ir andando el resto del camino.

—Está lloviendo —dijo Jeru.

Parpadeé deliberadamente para sacudirme el agua de las pestañas y comunicarle mis pensamientos sobre su astuta observación.

—Yo iré con ella. —Arin bajó suavemente del carruaje.

Wes y Jeru lo contemplaron boquiabiertos.

—Pero, su alteza, el resto de la realeza entrará en carruaje.

—El heredero tiene derecho a permitirse alguna falta de decoro —repuse.

Jeru me miró como si no pudiera decidir si me había vuelto loca yo o había sido él. Wes relajó los hombros con resignación. Parecía incluso divertido.

Arin avanzó a paso rápido. Los soldados se alineaban en el camino a ambos lados, lo bastante lejos como para proporcionarnos un poco de privacidad.

—Tengo soldados apostados en cada rincón de la arena. Vigilan cada entrada, cada salida y cada posible lugar en el que podría ocultarse un intruso. Van vestidos con los colores de los demás reinos y tienen instrucciones de no llevar armas que los identifiquen como soldados de Nizahl.

—Seguro que estás preparado —le dije.

—No quiero que te distraigas por temas de seguridad durante la prueba. Tu único objetivo es derrotar a la campeona de Orban. El resto me corresponde a mí.

Me encogí de hombros.

—Quizás sea mejor que los Mufsidíes o los Orabi se acerquen. Será más fácil para tus soldados reconocer a los asaltantes entre la multitud si intentan llegar hasta mí.

No tendría que haber dicho eso. Arin se giró y me bloqueó el paso. Una ira incandescente encendía sus hermosos rasgos.

—¡Otra vez no! Sylvia… —Se interrumpió y miró a los soldados—. ¡Giraos! —ordenó.

Se alejaron varios pasos y nos dieron la espalda.

La lluvia corría por el pelo de Arin y le empapaba el cuello del abrigo.

—Terminarás esta prueba sana y salva y te convertirás en la ganadora del Alcalah. No hay otro resultado aceptable. —El viento alejó las cenizas de su ira y reveló un temor que me robó el aliento—. No me pidas que cargue con el peso de tu muerte.

Tragando saliva para aliviar la sequedad de la garganta, respondí:

—No me he expresado bien. Tengo toda la intención de acabar esta prueba como una insufrible ganadora.

Arin enfatizó sus palabras con una mirada fulminante.

—Confía en tu instinto. Tu magia detectará la amenaza, aunque tú no lo hagas. Eres más fuerte que ellos. Estarás bien. —Parecía hablar tanto consigo mismo como conmigo.

Agité la mano e imbuí mi voz de una confianza que no sentía.

—Resérvame un baile en el Baile de la Victoria, alteza.

Me mostró una sonrisa pequeña y fugaz.

—Primero tendré que aprender a bailar.

Jadeé y me llevé las manos al corazón.

—¿Acabo de encontrar un defecto? ¿El magnífico comandante? ¿El noble heredero de Nizahl? Imposible. No puedo creerlo.

Arin suspiró.

—Ya es suficiente.

La arena se curvaba hacia arriba por los lados como si fuera un cuenco de paredes altas. Unas columnas negras y violeta rodeaban el recinto y una estatua de piedra del cuervo de Nizahl y las espadas se erguía sobre los invitados que iban llegando.

Señalé a Diya, que desaparecía bajo un toldo violeta.

—Tengo que seguir sola a partir de aquí. —Le hice una reverencia dramática a Arin, complacida al ver que la exasperación quebraba la tensión de su rostro.

Cada paso que daba para alejarme de él me pesaba más que el anterior. Esta prueba representaba una amenaza de doble filo. Aunque me daba la sensación de que le caía bien a Diya y de que ella podría dudar al asestar un golpe mortal, era la campeona más letal de todos los que habíamos participado. Mientras tanto, Soraya seguía acechando en alguna parte, preparándose para matarme antes de que los Mufsidíes o los Orabi me secuestraran.

Había muchas probabilidades de que no lo volviera a ver.

Me di la vuelta. Arin estaba imponente contra las nubes esponjosas, con las botas relucientes por la lluvia y el abrigo

levantado contra el viento. Permanecía quieto, viéndome marchar, a pesar de que la tormenta rugía a nuestro alrededor.

—Diles a tus guardias que se giren otra vez —dije. Apenas se oyó.

Arin alzó dos dedos y los dobló a un lado. Los guardias nos dieron la espalda por segunda vez. Corrí hacia él y me quité la capa. La sostuve en alto.

—¿Podrías cuidarla por mí?

Durante un agonizante segundo, estaba convencida de que se negaría y tendría que empalarme con la espada de Diya por la humillación.

Sin embargo, cogió la capa y se la colocó meticulosamente sobre el brazo.

—La trataré como si fuera mía.

—Mejor —dije. Desprovisto del eje de su odio, el cariño de su mirada me derretía—. La lana…

—Es un material difícil de lavar —terminó Arin—. Me acuerdo.

—Bien. —Sería un momento excelente para marcharme, pero mis pies seguían anclados al suelo.

Es que… se había acordado.

Se le deslizó una gota de lluvia por la mandíbula.

—¿Algo más?

—Voy a probar algo. —Enderecé los hombros—. No me apuñales.

Tenía la intención de acercarme con precisión, colocar los brazos en puntos prestablecidos y ladear la cabeza de forma milimétrica. Ambos estábamos recelosos, y Arin parecía disfrutar del contacto tanto como yo.

En lugar de eso, me abalancé sobre el heredero de Nizahl. Me recibió con un gruñido de sorpresa y me rodeó la cintura con los brazos. Era demasiado alto, así que mis pies quedaron colgando en el aire. Le pasé los brazos alrededor de los hombros.

Arin exhaló, me abrazó con fuerza y noté su cálida respiración en el cuello.

—Tengo un chiste sobre un heredero y una huérfana. Es tan ridículo que hasta tu firme estoicismo se quebraría —susurré. Hundí

el rostro en su cuello—. ¿Te gustaría oírlo?

Su aliento me acarició la piel.

—Probablemente no.

—No importa. Es más gracioso en mi cabeza.

Quería quedarme ahí. Quería decirle que no había abrazado a nadie desde que me había despedido de Soraya la mañana de la Cumbre Sangrienta. Que, con él, el rechazo se había convertido en deseo. Que, aunque algún día tendría que arrodillarme ante los jueces de Jasad en el más allá para rendir cuentas, no renunciaría ni a un solo instante de amor hacia el heredero de Nizahl.

Me aparté a regañadientes. Acaricié la capa evitando mirar a Arin. Ya le había dedicado demasiada atención, y la criatura latente en mi pecho no soportaría otra concesión.

—Deberías empezar a practicar los pasos. Soy una bailarina excelente.



Habían hecho falta tres mil hombres para construir la arena de Nizahl. La estructura ovalada tenía dos plantas en el punto más alto y cada nivel se retranqueaba más que el anterior, como los peldaños de una escalera hacia el cielo. La parte inferior de la arena, por donde salían los competidores, tendría unos trescientos metros. Los asientos más bajos se elevaban por encima de los largos muros que rodeaban a los campeones, protegidos de las flechas o los cuchillos perdidos por una gruesa pantalla de cristal. Cada reino tenía su propia sección, marcada en el nivel más alto por un pilar con sus cimeras talladas en la parte frontal. La sección que había a la derecha pertenecía exclusivamente a las familias reales. El supremo, la sultana Vaida, el rey Murib con su consorte y la reina Hanan estaban sentados en la parte de delante. Tras ellos se encontraban los herederos y, tras los herederos, sus hermanos pequeños, primos y respectivas esposas. Me fijé en el asiento vacío que había junto al

del supremo y me centré en la tarea que tenía entre manos. Una última prueba.

La voz atronadora del presentador retumbó por toda la arena. Diya y yo estábamos en los túneles esperando a que nos presentara. Habló del primer Alcalah, de paz y unidad y de juntarse con el prójimo para celebrar lo mejor de nuestros reinos. Un disparate absoluto e inquietantemente idéntico a los discursos pronunciados durante la Cumbre Sangrienta.

—Estas son las tonterías sobre honrar a los awalín y llevar la gloria a los reinos que se tragaba Mehti —murmuró Diya. Goteaba agua en el húmedo túnel mientras el presentador se preparaba para llamarnos—. Aunque hubiera logrado llegar a la tercera prueba, jamás se habría convertido en vencedor. ¿Cómo iba a ver a través de ilusiones inventadas cuando no era capaz de ver eso?

El presentador pronunció nuestros nombres y salimos ante una cacofonía de vítores y rostros exuberantes. Una mesa cargada de armas dominaba cada lado del foso. Habían dibujado una línea negra sobre el suelo, separando el lado de Diya del mío. Nos dirigimos a nuestras respectivas secciones.

El presentador brincaba junto a un bloque de hormigón para mantenerse alejado de la arena cambiante. En cuanto terminara de hablar, se escabulliría por una de las puertas que había debajo de la arena para esconderse.

—El día que tanto esperábamos por fin ha llegado. Damos gracias a nuestras awalas por sepultarse junto con su malvado hermano Rovial. Amaban a la humanidad tanto como para sacrificarse por ella y, a cambio, les presentamos a las campeonas más fuertes que los reinos pueden ofrecer. Nuestra awala Baira creía en el potencial de la imaginación y las profundidades de la mente humana. Para honrar a Baira, se les administrará a nuestras campeonas un elixir que les provocará vívidas alucinaciones. Se verán a sí mismas luchando contra leones en las llanuras desérticas de Orban o esquivando a cazadores en la naturaleza indómita del Essam. ¿Podrán superar los desafíos del elixir antes de que la arena se hunda bajo sus pies o se

despierte la otra campeona? —El presentador levantó las manos—. ¡Pero esperad! ¿Veis los cuatro túneles que rodean a nuestras campeonas? De uno de ellos saldrá una bestia mucho más aterradora que cualquier ilusión. Si una campeona no se libera de la alucinación de Baira a tiempo para luchar contra la bestia, la arena será la menor de sus preocupaciones. ¡Nuestra vencedora tendrá que superar la amenaza ilusoria para enfrentarse a la auténtica!

El presentador cogió una bandeja. Un líquido esmeralda oscilaba dentro de dos frascos de cristal. Agarró las asas de la bandeja y alargó los brazos para que los frascos quedaran flotando entre nosotras.

—Si nuestras campeonas atraviesan la línea negra que veis ante vosotros, la naturaleza del combate cambiará. En lugar de conseguir el éxito venciendo a su oponente, solo podrán alzarse con la victoria en una pelea a muerte.

Apostaría hasta el último pelo de la cabeza rubia de Marek a que habían creado los elixires alucinógenos de forma que nos resultara casi imposible mantenernos en nuestro lado del foso. Si en nuestra mente estábamos escapando de cazadores y leones, nuestros pies nos llevarían hacia delante de manera natural. Rory me había hablado de ese tipo de elixires, de los venenos ligeros que servían para simular la muerte y las raíces que extendían para trastornar los sentidos.

Diya y yo levantamos los frascos. «Buena suerte», articuló mi contrincante.

El elixir no era tan dulce como sugería su color. Arrugué la nariz y dejé caer el frasco vacío sobre la arena. Diya se limpió la boca con una mueca.

—¿Ya empiezas a sentir que te elevas? —preguntó Diya.

—Es difícil de decir, puesto que soy bastante más alta que tú.

Puso los ojos en blanco y la interacción me recordó tanto a Sefa que tuve que apartar la mirada. Diya preparó una flecha en el arco.

—Tengo que practicar mi puntería. Tienes la cabeza grande, y preferiría no matarte si puedo evitarlo.

Las náuseas me atacaban entre un insulto y el siguiente. No distaba mucho de las primeras veces que practicaba la magia, cuando cualquier demostración me hacía lanzarme corriendo a por un cubo.

—Algo no va bien —farfullé. Mi magia no se había movido, pero las náuseas se expandieron y me atravesaron.

Sucedieron tres cosas rápidamente.

En primer lugar, Diya puso los ojos en blanco y se desplomó.

A continuación, una barrera brillante rodeó el foso, separándonos a Diya a mí de los túneles y el resto de la arena. Estallaron los gritos, pero no podía ver nada más allá de la barrera. Lo cual implicaba que desde fuera tampoco podían vernos.

Se me encogió el estómago. Caí contra la mesa, esparciendo las armas por todas partes. La arena giró.

Los elixires. Había magia en los elixires.

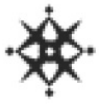
—Soraya —gruñí.

Soraya sabía que un ataque mágico directo sería repelido por la misma fuerza que distorsionaba sus hechizos de rastreo, así que había encontrado un nuevo modo de hacer que su magia se colara a través de mis grilletes: obligándome a ingerirla.

Finalmente, el mareo abrió las fauces y me consumió por completo.

Mi último pensamiento antes de estrellarme contra la arena fue uno triunfal. Arin lo había logrado. Los había atraído a una trampa diseñada por él mismo. Los Mufsidíes y los Orabi estarían frenéticos intentando romper la barrera antes de que Soraya pudiera matarme.

Sería su gran número final.



Me había arrastrado a un sueño. Un recuerdo, tal vez.

Estaba en la torre Bakir. A diferencia de la opulencia del Usr Jasad, la piedra caliza y los ladrillos de arcilla de la torre absorbían el

color y la luz. En el centro de la estrecha estancia, Niphran se paseaba de un lado a otro. No era la Niphran apagada de mis sueños, sino la mujer auténtica. Parecía fuerte, tenía los hombros enderezados y el pelo le caía en una cascada, recogido detrás de la cabeza. Lo más sorprendente eran sus ojos: lúcidos y claros como no lo habían estado en años. Ojos negros de kitmer.

—¿Mamá? —susurré.

No me oyó. Me acerqué. El recorrido de Niphran alrededor de la habitación no se ralentizó. Apoyó las manos en la ventana y jadeó.

Fuera de la torre Bakir, las campanas del palacio resonaban y una masa de gente marchaba hacia la ciudad alta de Jasad. No pude observar el desgarrador paisaje de Jasad tal y como era en otra época. Se oyeron gritos desde el palacio.

Nos estaban atacando.

La puerta de Niphran se abrió y ambas nos dimos la vuelta. Al otro lado, había una Soraya adolescente.

—¿Dónde está mi hija? ¿Dónde está Dawoud? ¡Están atacando el palacio! —chilló Niphran.

Soraya extrajo una daga curva del cinturón.

—El palacio por fin está en las manos adecuadas.

A través de la ventana, vi a gente trepando al tejado del palacio, gritando desde los minaretes. Estaban sacando a los sirvientes del palacio a punta de lanza, acobardados frente a sus refinados conquistadores.

Los Mufsidíes.

Niphran se tocó la sien y miró desolada alrededor de la habitación en busca de algo que pudiera usar para protegerse.

—¡El pilar de la cama! Pártelo por la parte más fina del reloj de arena —apremié. No reaccionó. Cuando intenté cogerlo yo, la madera me atravesó sin hacerme daño.

—Tengo la cabeza despejada por primera vez en años —murmuró Niphran—. Puedo volver a pensar.

Una cruel diversión cruzó el rostro joven de mi asistenta.

—Eso pensaba. Es el primer día en seis años que no te tomas tus «brebajes especiales». Quería que vieras el nacimiento del auténtico Jasad sin tener la mente confundida. Eres el único miembro de la realeza que todavía puede hacerlo.

Niphran y yo nos aferramos a frases diferentes de la declaración de Soraya.

¿Brebajes especiales?

—¿Su locura era… solo veneno?

¿Cómo era posible? Soraya había entrado a formar parte del servicio del palacio dos años antes de la Cumbre Sangrienta y la salud mental de Niphran se había deteriorado mucho antes de eso. Niyar estaba esperando a que Niphran se recuperara para nombrarla qayida y mientras tanto…

Mientras tanto, Hanim había sido elegida para liderar a los ejércitos de Jasad.

Se me paró el corazón. ¿La locura de Niphran era cosa de Hanim?

—¿El único miembro de la realeza? ¿Dónde están el malik y la malika? —Niphran dio un paso al frente, pero se detuvo cuando Soraya levantó la daga—. ¿Dónde está mi hija?

El desprecio del rostro de Soraya flaqueó un breve instante. Niphran se puso pálida.

—No. No, no me digas…

—No está muerta todavía —espetó Soraya—. Él tiene pensado atacar el último día de la Cumbre, después de que haya llegado el mensajero con las noticias sobre tu muerte.

«Él». Solo podía referirse a Rawain. Sabía que había sido el culpable de la Cumbre Sangrienta desde el principio, y aun así la confirmación me dejó sin aliento. Mis recuerdos eran ciertos. No estaba loca. Pero ¿cómo lo había hecho?

Estaba viendo cómo mis peores sospechas se hacían realidad. Los Mufsidíes llevaban desde antes del asalto trabajando contra el Usr Jasad. Eran ellos quienes habían masacrado a todo el mundo en el palacio días antes de que Nizahl llegara al reino. Pero ¿por qué? Los Mufsidíes provenían de vilayatos adinerados, se aprovechaban de los

beneficios de Jasad antes de que lo hicieran los demás. Eran los que menos motivos tenían para odiar al Usr.

Niphran se llevó ambas manos al corazón.

—Essiya te quiere. Le quedaba muy poca gente a la que amar y te eligió a ti.

—¡Silencio! —El grito resonó en las solitarias cavernas de la torre Bakir—. Si hubiera podido… —Soraya se giró y, para mi asombro, tenía los ojos llenos de lágrimas—. Quiero que toda vuestra estirpe corrupta se pudra bajo tierra. Si pudiera haber salvado a Essiya, ¿crees que no lo habría hecho? ¡Nadie puede heredar Jasad! El trono no debe heredarse por derecho de sangre.

Niphran no se desanimó. Para acabar de despertar de años de letargo, mi madre pensaba rápido.

—Pues escóndela. Dale un nuevo nombre. Envíala a vivir con la familia de Emre en Omal. Solo es una niña, Soraya.

—Llevo demasiado tiempo trabajando duro para liberar Jasad de la plaga de la realeza. La muerte de Essiya recaerá sobre las manos de la corona, no sobre las mías. —Soraya suspiró—. Pronto estaréis juntas.

—¿Aquellos que conspiran contigo saben que tienes intención de matarla? —Niphran señaló la ventana, desde donde se veían las llamas que habían empezado a quemar los jardines del palacio. Vi cómo el fuego se apoderaba de las mismas higuera y datilera que había representadas en la pared del centro de entrenamiento y me entraron ganas de llorar—. No creo que hubieran aceptado tu plan si lo supieran. Todo esto es por sus poderes, ¿verdad? Los desean más que cualquier otra cosa. Lo suficiente como para prender fuego al reino entero.

La incertidumbre se adueñó de Soraya.

—Acabarán entendiendo por qué Essiya debía morir. Verán que el potencial de su magia no compensa el coste.

—No dejaré que te la lleves. —Un brillo dorado y plateado se reflejaba débilmente en los ojos de Niphran. Su magia estaba debilitada tras años sin usarse.

La daga se hundió en el pecho de Niphran. Mi madre agarró a Soraya por el hombro y la mirada despiadada de la sirvienta fue lo último que vio antes de que se le cerraran los ojos. La daga salió de su cuerpo con facilidad y cayó al suelo.

Su cabello se derramaba a su alrededor en un charco negro. Le manaba sangre de la herida mientras los pasos de Soraya se desvanecían, dejándola sola en el silencio implacable de la torre Bakir.

La siniestra trama se desveló con el último suspiro de mi madre. Hanim llevaba años envenenando a la heredera de Jasad. La retenía desorientada e inestable para que no pudiera asumir el papel de qayida de Jasad que le correspondía. Cuando Hanim fue desterrada, Soraya ya estaba dentro del palacio y pudo continuar con los tejemanejes de Hanim y mantener a la heredera neutralizada.

Le rocé la mejilla a Niphran. La mayor parte del tiempo que había pasado con mi madre había sido resentida por sus defectos. ¿Qué clase de padres eran Niyar y Palia para presenciar la caída de su propia hija y no cuestionarse los motivos?

Un fuerte estruendo sacudió el suelo. Cuando levanté la mirada, estaba junto a Soraya y un enjambre de gente en uno de los balcones del palacio. La fortaleza llegaba hasta donde alcanzaba la vista, serpenteando alrededor de nuestro reino. Del mismo color ámbar que la resina de los árboles, la barrera etérea se elevaba por encima incluso de la propia Ciudadela. Su superficie brillaba dorada y plateada, como si fuera el rastro dejado por una estrella fugaz.

—Aguantará —dijo Soraya secamente. Los que la rodeaban, los Mufsidíes, observaban la fortaleza mientras la tierra temblaba con otro estruendo—. Usamos toda nuestra magia para el encantamiento.

—¿Y si lo dijimos mal? —preguntó la mujer que había a su lado.

El motivo por el que unos adultos hechos y derechos se sometían a una chica de dieciséis años quedó claro cuando Soraya respondió con voz cortante:

—Leí el encantamiento tal y como lo escribió Hanim.

Un hombre se abrió paso al frente y rodeó a Soraya. Tenía un profundo corte en la mejilla, desde la nariz hasta la oreja.

—¿Has considerado que tal vez quería que el encantamiento fracasara? Nos pidió que atacáramos antes de que la desterraran y nos negamos. ¿Y si es su modo de vengarse?

—¡Ella nunca permitiría que Jasad cayera ante el supremo Rawain!

—¿Por qué no? —replicó él. Otro golpe atronador resonó por el aire y se abrió una grieta en la fortaleza—. La traicionamos. Con Jasad bajo el control del supremo, ella tiene una oportunidad de recuperar el poder. Hanim no conoce lealtades ni principios. Ansía el trono y cree que el supremo quiere gobernar Jasad. Cuando se dé cuenta de sus verdaderas intenciones, será tarde, ¡el reino entero habrá sido destruido!

—¿Cómo iba a pensar que el supremo Rawain le permitiría tomar el trono de Jasad? —ladró Soraya.

Con un estallido ensordecedor, las grietas de la fortaleza se fracturaron. Los Mufsidíes se agacharon mientras un millón de rayos dorados y plateados los envolvían. Fue como si se hubiera roto el sol. La luz rodeó Jasad en un calor fruto de siglos de magia y encantamientos usados para alimentar la inexpugnable fortaleza.

El estruendo de miles de cascos sacudió Jasad cuando aparecieron los caballos a través de la fortaleza derruida. Unos uniformes negros y violeta se extendían hasta donde alcanzaba la vista. En los emblemas que lucían los caballos, se alzaba un cuervo entre dos espadas cruzadas. Los emblemas ondeaban mientras los jinetes cabalgaban sobre la tierra calcinada que había donde antes se levantaba la fortaleza. Las llamas de sus antorchas salpicaban el horizonte como si fuera una noche estrellada.

Nizahl descendió sobre Jasad en un enjambre de oscuridad.

Los Mufsidíes ya estaban huyendo, pero Soraya se quedó a mi lado. Observamos a los soldados entrar al galope en las ciudades. Oímos los gritos.

—No tenía que pasar esto —dijo Soraya. Cuando se giró, era más mayor. Era la Soraya del Banquete.

Jasad se derritió a nuestro alrededor. Unas paredes blancas reemplazaron los campos verdes.

En las paredes que nos rodeaban se veían destellos de Jasad. Cascos resonando por las calles. Las llamas trepando por la pared de la escuela de una aldea baja.

—Hanim me engañó. Nos condenó —dijo Soraya—. Quería mostrarte que nunca te habría enviado a la Cumbre Sangrienta si hubiera sospechado que la fortaleza iba a caer.

—No me trates con condescendencia. Estuviste mintiéndome desde que te conocí.

—¡No sobre esto! Yo misma no era más que una niña cuando Hanim me reclutó para el palacio. Te aferraste a mí y me encariñé contigo. No tenía más remedio, Essiya. Mi amor por ti no podía pesar más que lo que había que hacer.

—Siempre hay elección —gruñí—. Lo que no entiendo es por qué. Yo no habría desafiado tu autoridad si hubieras unificado a los nuestros y hubieses garantizado su confianza y seguridad. Yo estaba contenta en Mahair, con mi vida en la aldea. ¡Mi magia está encadenada! No puedo hacerle daño a nadie.

La amargura tiñó la risa de Soraya.

—Tengo buena memoria, maulati. Muchos han perdonado los pecados de tus abuelos, anclados en la nostalgia de un tiempo perdido. Pero yo me acuerdo muy bien. Habrías crecido igual que todos los miembros de la realeza que te han precedido.

La habitación se desvaneció. Estábamos en la provincia oriental de Jasad, en una aldea diminuta y destartalada. Las chozas menudas se sostenían con paja y molduras de madera y un líquido maloliente enturbiaba el camino de tierra lleno de baches. Las moscas zumbaban alrededor de un munban muerto. Niños con ropa tres tallas más pequeña de lo que les correspondía tiraban piedras a charcos de agua sucia.

Tres soldados jasadíes desfilaron con uniformes dorados y plateados, dispersando los enjambres de moscas. Los niños retrocedieron con los ojos muy abiertos en sus rostros demacrados. Dos de los soldados transportaban una lona estirada similar a la que usaban los médicos del Alcalah. Una figura grande y amortajada yacía inmóvil sobre ella.

Un soldado llamó a una puerta y salió una mujer con el ceño fruncido. Apartó a las tres niñas que intentaban asomarse entre sus faldas. El soldado le tendió una gruesa carta sellada con un kitmer alzando el vuelo. El emblema real de Jasad.

Ella dirigió la mirada al cuerpo.

Soraya se mantuvo cerca de las niñas mientras la mujer caía de rodillas y se ponía a rasgar el sudario. Los soldados trataron de alejarla.

—Recuerdo el cadáver destrozado y carbonizado de mi padre. Su olor.

Una de las niñas que tiraba piedras se acercó corriendo. No tendría más de diez u once años, pero las más pequeñas, sollozando, le tiraron de la manga pronunciando un nombre: Soraya.

La niña recogió la carta que su madre había dejado caer. La Soraya adulta se aproximó para leer por encima del hombro de su versión joven.

—«La malika Palia y el malik Niyar ofrecen sus más sinceras condolencias por este trágico accidente». Prácticamente, todas las casas de nuestra aldea recibieron una de esas cartas. Nos entregaron como alimento a su codicia y fingieron compadecerse cuando empezamos a ser devorados.

—La minería mágica —comprendí. Me llevé una mano a la boca. El recuerdo que había desvelado en Omal—. Los demás gobernadores acusaron a mis abuelos durante la Cumbre Sangrienta, pero pensé… pensé que era imposible extraer magia de las minas.

—Es imposible extraer magia de la tierra.

La madre de Soraya apartó el sudario que cubría a su esposo y me invadieron las náuseas. El cadáver del hombre no se parecía a ninguna criatura que hubiera morado sobre la tierra. Tenía los huesos triturados y reorganizados. Los bordes afilados de sus huesos eran claros y vidriosos. Su esqueleto, al no tener masa ni carne, estaba cubierto de hollín e icor.

—Pero no de la gente. Nadia había pensado en extraer magia de la sangre hasta la llegada de tus abuelos. Cuando se dieron cuenta de que la magia de Jasad se estaba debilitando y de que nuestros niños nacían con menos poder en cada generación, el malik y la malika drenaron la magia de la gente de los vilayatos más pobres, uno a uno. Se llevaban nuestra magia al Usr Jasad y la usaban para alimentar sus vilayatos preferidos. ¿Tienes idea de lo que es que te arranquen del cuerpo la propia fuente de tu magia? Mi padre creía en la importancia del respeto a la corona y ellos lo consumieron.

«Tu magia es poderosa, Essiya. Yeddo Niyar y tita Palia podrían intentar robarte una parte».

Si mis abuelos eran lo bastante crueles para extraer magia de su propia gente, ¿cómo de aterrorizados debían de estar para encerrar mi magia tras los grilletes?

—Entonces, ¿por qué colaboraste con los Mufsidíes? ¡Son tan cómplices como mis abuelos!

—Los Mufsidíes tienen recursos, contactos. Ellos se aseguraron de que Hanim fuera nombrada qayida. Me asignaron el puesto de tu asistenta. Y cuando llegó el momento de limpiar el trono de Jasad de la escoria de tu familia, estuvieron listos para atacar. El único punto de discordia eras tú. Sus objetivos se centraban por completo en tu magia, pero cuando la fortaleza cayó y te declararon muerta en la Cumbre Sangrienta, no tuve ningún problema en consolidar mi mando.

—¿Por qué mi magia? —pregunté, totalmente desconcertada. Sabía que era poderosa, pero ¿tanto como para merecer todo este caos?—. ¿Qué quieren hacer con ella?

No podían pretender simplemente extraer mi magia como con el padre de Soraya. Podrían haberlo hecho en cualquier momento antes del asalto, sobre todo teniendo acceso a mí sin restricciones a través de Soraya.

De repente, la mujer se tambaleó y la agonía se reflejó en su rostro.

—Me ha encontrado —espetó—. Malditas sean las tumbas, ¿cómo?

Las paredes se movieron de nuevo y no desaproveché la oportunidad. Me abalancé sobre Soraya y ambas caímos al suelo. En un instante, desapareció de debajo de mí y aterricé en una enorme habitación.

Había una Soraya diferente sentada ante un espejo ovalado. Sin toda la suciedad pegada al pelo y sin la rabia que marcaba ahora su semblante, esta versión más joven me resultó más fácil de reconocer. Se estaba cepillando el cabello liso que le caía por los hombros. Mi Soraya, sudando por el esfuerzo de mantenerse erguida, gruñó:

—Odiaba estropearme los rizos. Pero ya tenía demasiados rasgos que me identificaban como jasadí.

Pasé por delante de la versión joven y me detuve a los pies de una cama ancha. Contuve el aliento. Bajo las sábanas, dormía un Arin adolescente. Lo observé respirar, conmovida por la vulnerabilidad de sus facciones juveniles.

—Le gusta pensar que fui yo quien lo volvió tan frío —comentó Soraya acercándose a él. Le rozó la mejilla con los dedos y quise rompérselos uno a uno—. Él ya era todo un desafío. Paranoico y desconfiado. Buscaba constantemente una razón para dudar. No confiaba en los gestos de amabilidad e interactuaba con la vida manteniendo las distancias.

Me sonrió con un brillo travieso, como el que se había ganado mi devoción desde el principio.

—Si alguien podía doblegar una montaña, tenías que ser tú, amari. Arin de Nizahl enamorado de la heredera de Jasad. ¡Ja! Y él

que pensaba que mi engaño era lo peor que le había sucedido. No me extraña que haya cerrado su corazón a cal y canto: ese maldito órgano sigue llevándolo por el mal camino.

—Yo no lo engañé —repuse—. Cuando nos conocimos, no era la heredera de Jasad. Era una aldeana omaliana, apenas era jasadí siquiera. No pretendía convertirme en… Empezar a…

La otra Soraya acabó de peinarse y dejó el cepillo sobre el tocador.

—¿Empezar a sentir por él? —terminó Soraya—. Sí, Hanim hizo un excelente trabajo eliminando ese defecto en particular. No importa. Arin no entiende la traición como nosotros. Para él, es la furia de ser manipulado. O de calcular mal. —La otra Soraya se sentó a horcajadas sobre las sábanas que cubrían a Arin y contempló su rostro sereno. Su rostro sin cicatrices.

Mientras tanto, la magia de Soraya se estaba debilitando. Los colores de la habitación se emborronaron y su piel se tornó pálida.

Sobre la cama, se materializó una daga en la mano de la otra Soraya. Con una respiración temblorosa, asestó un golpe hacia la garganta de Arin. El heredero de Nizahl abrió los ojos. Se retorció y cambió la trayectoria del filo. Empezó a brotarle sangre de la mandíbula, formando la infame cicatriz del comandante.

Arin arrojó contra la pared a Soraya, quien cayó echa un ovillo en el suelo. El heredero se tambaleó hacia la puerta en el mismo instante en que un joven Wes irrumpía seguido de una ráfaga de guardias alertados por el golpe. Wes se movió justo a tiempo para sostener a Arin antes de que cayera al suelo.

Vaun estaba entre ellos. Cubrió la herida sangrante de Arin con un grueso pañuelo con la mirada fija en la puerta mientras los demás arrastraban a una Soraya que no dejaba de retorcerse. El supremo entró corriendo y, justo cuando la habitación comenzó a deformarse, habría jurado que los colores de su cetro empezaban a arremolinarse.

Volvimos a la habitación blanca y Soraya se dobló por la mitad.

—Supongo que esto es una despedida. Necesito conservar la magia suficiente para combatirlo. —Sus ojos relucían con un débil brillo dorado y plateado—. Te quiero, amari. Espero que lo recuerdes cuando la muerte nos reúna de nuevo en algún momento.

Me abalancé y esta vez sí que pude tirarla al suelo. Me empujó y me reí cuando el dorado y el plateado de sus ojos empezaron a girar más rápido. ¿Estaba intentando escapar?

—No puedes marcharte, Soraya. Puede que mi magia no funcione ahí afuera, pero ahora estamos en sus dominios —señalé. Su gran plan para frustrar las protecciones de mis grilletes vertiendo su magia en los elixires de la prueba había pasado por alto que introducir magia en mi cuerpo no era el problema. Me levanté y le mostré los dientes en una sonrisa desquiciada—. Como ves, mis grilletes tienen la molesta costumbre de atrapar la magia dentro de mí.

El arrepentimiento se desvaneció de los ojos de Soraya. Las paredes se desmoronaron a nuestro alrededor como si fueran una frágil hoja en otoño y nos dispersaron en un millón de direcciones.

Caímos sobre la superficie congelada de un lago.

Unas sombras se balanceaban en la orilla lejana. Me observaban. Esperaban. Ya había estado aquí.

—No si mueres antes de que lo haga mi magia. —Aparecía y desaparecía. El esfuerzo que hacía por mantenerme dentro del sueño y combatir los efectos de Arin era evidente.

Me rocé la parte superior de la cabeza y me palpé los bordes de la coronilla. Mi vestido plateado ondeaba en el lago. El bordado de la falda cobró vida y el kitmer enjaulado empezó a pasearse por los pliegues de la tela, estirando su cuerpo felino.

Soraya me había enviado a mi pesadilla más recurrente.

—Quería más tiempo para ti —dijo Niphran. Regia y melancólica, el corazón de Jasad hecho persona—. Más paz. Más amor. Una oportunidad de prosperar en el mundo antes de que se derrumbara a tu alrededor.

»Aunque, por otra parte —continuó con una expresión de asombro—, supongo que lo has logrado, ¿verdad? Ay, si mi madre y mi padre pudieran vernos ahora. La hija enamorada del tímido y estudioso heredero de Omal y la nieta enamorada del comandante de Nizahl. ¿Cuál crees que es peor? —Su risa estridente no le llegó a los ojos. El fuego lamía su vestido, los zarcillos anaranjados trepaban por su cuerpo inmóvil.

Giré en círculo. Tenía que haber una salida. Todos los hechizos tenían costuras, rincones por los cuales deslizar los dedos y tirar. Y ¿dónde estaba Soraya? Habría usado su cabeza para romper el hielo.

—Yo no estoy enamorada del heredero de Nizahl.

—No me mientas, Essiya —repuso Niphran con severidad. Las llamas danzaban alrededor de su cintura.

—¿Podemos centrarnos? —Las siluetas sombrías de la orilla se mecían más rápido. ¿Estaban esforzándose por escuchar nuestra ridícula conversación?—. El fuego…

El dorado y el plateado se agitaron en sus ojos.

—Es muy guapo. Antes de conocer a tu padre, me encaprichaba de chicos como él. Hechos de hielo y bordes afilados. Pero… ¡el heredero de Nizahl! No creo que yo me hubiera atrevido a tanto de joven. Estoy impresionada.

El kitmer arañaba, incapaz de escapar de su prisión de seda.

Las llamas consumieron alegremente a mi madre. En cuanto desapareció de mi vista, chilló. Sus gritos eran agudos y ensordecedores.

—¡Ayúdame!

La emprendí a puñetazos contra el hielo. Me arranqué la corona del pelo y la usé para raspar la gruesa capa congelada. ¿Por qué no se rompía?

Me picaban los ojos por el humo. Me los froté. Los desgarradores gritos de Niphran se intensificaron. Sucedió lo que ya había visto en cientos de sueños. Bajé la mirada y vi mi piel lisa donde antes estaban los grilletes.

Sabía lo que iba a pasar. El fuego estallaría. Se comería a la gente de las sombras y luego se daría un festín conmigo. No podía verlo otra vez. Si la liberación de mi magia no era la solución, ¿cuál era?

El viejo reproche de Hanim.

Podrías poseer toda la magia del mundo y seguirías dándole la espalda a Jasad.

—¡Essiya!

Ya había visto a mi madre morir ese día. Me lancé al fuego, choqué contra Niphran y la envolví con los brazos. Las criaturas de sombras corrieron hacia delante. En lugar de consumirnos, el fuego se disparó hacia el cielo nocturno. Llevó el amanecer a las sombras. No eran sombras… Dawoud, Niyar, Palia. Incontables jasadíes, por fin con nombres y rostros.

A Niphran le brillaron los ojos.

—Me has salvado.

Mis brazos se cerraron en torno al vacío cuando mi madre desapareció llevándose consigo el lago y a los jasadíes. Nos quedamos solas Soraya y yo en mi antiguo dormitorio del palacio.

Soraya cayó y se agarró el estómago mientras mi magia nos envolvía. Me senté en el suelo a su lado y la tristeza me inundó el pecho. Los mejores recuerdos de mi infancia eran en esa habitación con ella y Dawoud.

—Lamento mucho que Hanim te traicionara, Soraya. Nos entrenó para ser peones en su juego. —Le toqué la coronilla de la cabeza inclinada. Dolor. Rabia. Miedo. Yo había dejado que me guiaran, pero Soraya se había convertido en esos sentimientos—. Si no hubiera llegado a Mahair, habría acabado tan vacía y perdida como tú, tratando el amor como una enfermedad que curar.

Le tomé el rostro entre las manos. Su mirada reflejaba pánico y dolor.

—Adiós, Soraya —susurré.

Mi magia la envolvió, una tempestad dorada y plateada giró a su alrededor cada vez más rápido. Echó la cabeza atrás cuando mi magia fluyó hacia ella, brillando bajo su piel.

Soraya gritó y yo me cubrí la cara con el brazo mientras la magia teñía de blanco la habitación.



CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Me preparé sola para el Baile de la Victoria.

Habían llevado mis pertenencias a una habitación en la torre principal de la Ciudadela. Mi vestido de color ciruela se derramaba sobre el banco acolchado en un susurro de seda mientras ensayaba distintas expresiones ante el espejo de marco dorado. Orgullo, humildad, deleite. Me dolían las mejillas.

No podía hacer gran cosa con mis ojos. Eran del tono negro e implacable de la muerte, no podía convencerlos para que imitaran ninguna forma de vida. Me los delineé con kohl azul en polvo y aparté la pirada.

Llamaron a la puerta. Hora de actuar una vez más.

Vi la entrada de Arin reflejada en el espejo. Cerró la puerta tras de sí mientras yo me ponía los guantes que me había regalado Rory.

—¿Cuánto tiempo tengo que quedarme?

Se apoyó contra la puerta. Podía contar con los dedos de una mano las veces que había visto a Arin apoyarse. Ese hombre había salido del vientre de su madre rígido e impasible. Era una señal reveladora.

—Dos horas. Cuando estén todos ebrios, nadie notará que te marchas.

Me aparté el pelo de la cara. Los rizos apretados me caían por la espalda.

—Los carruajes de la vencedora están listos. Sefa y el chico se reunirán contigo allí. He asignado un séquito de mis soldados más cualificados para que os acompañen. Os llevarán donde queráis ir y, una vez que lleguéis a vuestro destino, podrás elegir a diez para que se conviertan en tu guardia permanente. Tus ganancias se entregarán de manera discreta y privada en la ubicación que elijas.

Arin habló sin ningún tipo de inflexión. Me pregunté si él también habría estado ensayando sus expresiones para la noche.

Me giré sobre el banco. Verlo de pleno desvió todos mis pensamientos por un momento.

Una túnica teñida del tono de violeta más llamativo le enmarcaba los hombros y las planicies del torso. Llevaba el símbolo de Nizahl bordado sobre el corazón. Unos elegantes pantalones negros le colgaban de la estrecha cintura, embutidos en unas botas limpias y ligeras. Encima de la nube de cabello plateado descansaba una diadema con una amatista. Había reemplazado el pesado abrigo por una levita negra ajustada que le llegaba hasta la parte trasera de las rodillas con cinco brillantes botones morados en el lado izquierdo y unos cuervos diminutos en el opuesto.

—No te acerques a mí —logré decir—. No podré escabullirme con todos los ojos puestos sobre ti.

—Te aseguro que esta noche no seré el centro de atención —contestó secamente, a pesar de que se le dibujó una sonrisita en los labios. Timidez… Ahora sí que lo había visto todo.

Suspiré, apoyé los codos en las rodillas y me cubrí la cara.

—¿Algún cambio?

La pausa que se tomó para responder lo dijo todo.

—No.

Cuando me desperté en el foso, la anarquía reinaba en la arena. Los soldados de Nizahl habían atrapado a los visitantes desde el exterior y los que estaban ocultos entre el público habían capturado a cualquiera en cuyos ojos se reflejara el más mínimo destello dorado o plateado. Sorn y Arin habían echado a correr desde los túneles en cuanto cayó la barrera esmeralda.

La arena había sumergido casi por completo a Diya, inconsciente. Hicieron falta el heredero de Orban y seis jawaya para liberarla de su agarre. Observé con impotencia cómo Sorn cogía en los brazos el cuerpo inerte de Diya y la sacudía por los hombros llamando a un médico. Yo era mucho más alta que ella y solo me había hundido hasta la mitad cuando Arin me alcanzó. Tras asegurarse de que estuviera despierta y coherente, el heredero de Nizahl se quitó los guantes y abrió una única salida desde el recinto. Los invitados se apelotonaron en la puerta y él presionó con los dedos la frente de todos los que salían. Los que se resistieron fueron detenidos.

Apresaron a cincuenta Mufsidíes. Cualquier sentimiento que pudiera haber albergado por su captura desapareció tras presenciar la masacre que habían perpetrado con el personal del Usr Jasad y el derribo de la fortaleza.

Más tarde, me enteré de que Arin había descubierto a Soraya con un glamur durmiendo bajo un carruaje, con un frasco vacío en la mano.

—Su magia ya se estaba desvaneciendo cuando la toqué —había dicho—. Murió en pocos momentos.

Evitando entrar en detalles, le había explicado cómo me había perseguido a través de sus recuerdos. La magia que había infundido al elixir había hecho posible que yo muriera en mis propios sueños, pero también que lo hiciera ella. Si mis recuerdos eran espejos, los de Soraya eran un vacío vengativo.

Soraya estaba muerta, habíamos capturado a una banda de Mufsidíes y yo había ganado. La campeona orbaniana, víctima de nuestra victoria, se había sumido en un sueño profundo del que nada podía despertarla. Sorn había dispuesto un carruaje para que la transportara a Orban y había enviado mensajeros a todos los rincones de los reinos en busca de una cura.

—Diya está viva. Sorn es muy testarudo. Si existe una cura, la encontrará. Ella era consciente de los riesgos de la tercera prueba. Podría haber sido mucho peor —dijo Arin.

—¿Cómo? —Me dirigí al armario—. Ingirió un elixir envenenado. ¿Crees que Sorn la entrenó para eso?

Aplasté las brasas de la ira que ardían en mi pecho. La rabia abrió las puertas para que irrumpiera todo lo demás.

—Ya tienes a tus jasadíes —murmuré—. El trato se ha cumplido.

Se le tensó un músculo de la mandíbula.

—Así es. La libertad es tuya.

Mi risa sonó hueca hasta para mis propios oídos. El sueño de adquirir la tienda de Rory, financiar otro refugio para las pupilas de Raya, comprar el viejo carruaje de Yuli para Marek y llevarme a Sefa a vivir aventuras… había quedado manchado, corrompido por una información infernal e ineludible.

Mis abuelos habían traicionado a nuestro pueblo de la manera más pérfida que uno podría imaginar. El Usr Jasad no era más que una ilusión, una historia preciosa que ocultaba unas raíces podridas. Mi magia había llevado a los Mufsidíes a allanar el camino para el asalto sin ser siquiera conscientes. Todo lo que creía saber era mentira.

En alguna parte entre Soraya y Dawoud, mi última esperanza de libertad se había hecho añicos.

—Toma. —Arin me tendió la capa—. No quería dejarla en el carruaje.

Cogí el bulto de tela y le di la vuelta. Me sorprendió ver que habían reparado el cuello apolillado. Pasé el pulgar por la costura nueva.

—Gracias.

—Sylvia. —Arin tenía la voz tensa—. No te hagas esto.

—¿El qué? —Había algo en el bolsillo derecho de la capa. Qué raro, llevaba la daga en la bota.

Arin se movió y se colocó tan cerca que estuve a punto de dejar caer la capa. Deslizó el dedo índice por debajo de mi barbilla y me levantó la mirada. La agitación que le teñía la voz enfatizaba su leve acento.

—Quiero ayudarte. Dime qué puedo decir…

Le cubrí la boca con la mano y me agarró la muñeca al instante. Sus ojos se clavaron en los míos y, como no me soltó, me permití hablar.

—Soraya intentó matarme. Durante años, lideró a los Mufsidíes y masacró a los jasadíes. Puede que Diya no se despierte nunca por su culpa. Su muerte tendría que haberme dejado rebosante de alegría.

Las palabras me salieron en un estallido, tal y como suelen hacerlo las verdades más desagradables que exigen ser escuchadas. Una densa pesadez explotó a su paso.

—Pero lo único que siento es dolor, Arin, porque ha muerto otra jasadí.

Mis abuelos tenían tanta culpa como Hanim de convertir a Soraya en lo que había llegado a ser. Del sentimiento que había llevado a los Mufsidíes a volverse contra su propio pueblo.

Me había esforzado mucho por alejarme de ese pesar. Por transformar la culpa en ira y la pena en desdén. Hanim me había avergonzado e impuesto una carga que no podía soportar. Como matarla no había acallado el ruido, había erigido unas barreras más altas que las puertas de la Ciudadela.

—Quería existir solo por mí, pero… yo no existo en realidad, ¿verdad? —susurré, y fueron las palabras más sinceras que había pronunciado nunca.

Retiré la mano y me froté los ojos llorosos.

—¿Cómo lo llamaste? ¿Dominio infantil de las emociones?

Arin me contempló fijamente. No se trataba de una de sus miradas calculadoras, críticas o cautelosas. Simplemente me miró, casi con impotencia.

—Da lo mismo. —Tosí, y busqué a tientas en el bolsillo de la capa. Un torrente de verborrea insulsa había escapado entre las zarzas de mi incomodidad. Había compartido demasiado—. Por desgracia para ti, si no estoy pensando, me estoy quejando. Y tengo previsto hacer ambas cosas esta noche.

Saqué del bolsillo el colgante del higo que le había comprado a aquel mercader omaliano. Ya me había olvidado de él.

Arin arqueó la ceja en un gesto injustamente atractivo.

—Te estás poniendo roja.

—Yo no me pongo roja —repliqué, aunque esa vez parecía ser la excepción. Todas las gotas de sangre de mi cuerpo corrían a agolparse en mis mejillas. Había sobrevivido a un elixir envenenado, a savia mortífera y a las garras de Al Anqa'a, pero no eran nada en comparación con lo que me costó extender el colgante del higo hacia el heredero de Nizahl—. Lo compré para ti —espeté en un estallido de sílabas—. No tienes que ponértelo, por supuesto, solo pensé en ti. Si lo quieres. El violeta me recordó los cuervos de tu abrigo. —No añadí que los higos me recordaban la seguridad y el bienestar, dos sensaciones que, en un giro irónico del destino, había terminado asociando con Arin.

El heredero miró el colgante. Dos segundos más y habría fingido desmayarme o me habría lanzado sobre la espada del primer soldado que pasara. Cualquier cosa con tal de acabar con esa humillación. ¿En qué estaba pensando? El comandante no usaba joyas, y menos una baratija omaliana con una fruta…

Una mano enguantada se cerró en torno al colgante. Se lo ató alrededor del cuello sin dejar de mirarme y se dio una palmadita donde se había acomodado.

—Como si fuera a rechazar un regalo de la mismísima Suraira —murmuró. Negó con la cabeza como si fuera una idea totalmente irracional—. De la vencedora del Alcalah.

El rubor se expandió desde mis mejillas hasta el cuero cabelludo. Me reí y jugueteé con la capa.

—Debo considerarme halagada. ¡El gran y poderoso comandante ha aceptado mi humilde ofrecimiento! Es toda una victoria que celebrar.

Los dedos de Arin convulsionaron alrededor del higo.

—Para.

¿Acaso se pensaba que podía controlar este pánico creciente? ¿Contener la epifanía de que anhelaba más de Arin, de su vida, de su tiempo y sus escasas sonrisas? Quería que llegara a conocerme. Compartir mi vergüenza y mis pesares con él y confiar en que los mantendría firmes.

—Vamos, mi señor, la modestia no os sienta bien. —Mis extremidades parecían separadas de mi mente, gesticulando a la nada y a todo al mismo tiempo—. Solo disfruto del honor y la alta dignidad de tal gesto de…

—¡Basta! —gritó Arin.

Dejé caer la capa. Él avanzó con una mezcla de desesperación y rabia en la cara.

—No soy inmortal, compasivo, poderoso ni magnífico. No puedo serlo porque soy simplemente un hombre. —Cada palabra parecía sacada a mordiscos, arrancada de un lugar en el que llevaba abandonada demasiado tiempo. Unos ojos azul hielo, unos ojos que veían demasiado, que trascendían mis cuidadosas pretensiones, escudriñaron los míos—. Solo soy un hombre.

Más tarde, no recordaría quién se había acercado primero. Esos detalles se desvanecieron para dar paso al resto.

Nos encontramos en una colisión que debería haber sacudido los mismísimos cimientos de la Ciudadela. La boca de Arin se inclinó sobre la mía y sus brazos me rodearon la cintura como barras de acero para pegarme a su pecho. Enterré las manos en su suave cabello y le torcí la diadema.

Una presión se aflojó en mi interior y surgieron mil nudos de tensión para ocupar su lugar. Nudos de necesidad ciega, de exigencia pura.

Arin no sabía a nada que pudiera nombrar. Había hecho una promesa contra la intoxicación, pero me retractaría de inmediato ante la posibilidad de saborear su decadencia. Apenas noté el golpe de mi espalda contra el armario. Le rodeé la cintura con las piernas y, con las prisas por quitármelos, rasgué uno de los guantes de Rory. Recorrí la cicatriz de Arin con los dedos, sus ojeras. Tiré del cuello de

su camisa. Estaba ansiosa por tocarlo, por grabar mi nombre en su piel, por dejarlo tan completa e irrevocablemente marcado como él me dejaría a mí.

Arin me besó con la misma atención y destreza que mostraba en cada faceta de su vida. Me destrozó con cada roce de sus labios contra los míos. Sus inteligentes manos encontraron el modo de abrirse paso por debajo de mi falda y me apretó los muslos con el cuero que le cubría los dedos, con tanta fuerza que supe que me dejaría moretones.

Y era lo que quería. Deseaba presionar los dedos contra la evidencia de su paso y deleitarme con el dolor palpitante.

Un eco acompañaba cada latido de mi corazón, un sonido vacío en la cacofonía. Nos habíamos hecho algo horrible el uno al otro, habíamos despertado un monstruo compartido.

Maldito saber, como diría Raya. ¿Cómo iba a poder alejarme sabiendo lo que era tenerlo entre los brazos? Mi nombre pronunciado por su voz rota… ¿Cómo podría dejar que alguien más lo pronunciara después de él?

Me enredé con las ataduras de su chaleco y maldije contra sus labios. Por fin conseguí aflojarlos y quitarle la túnica. Tracé los contornos de su abdomen y le clavé las uñas en la cadera cuando se estremeció. El calor me recorrió por completo por su extrañeza. Este hombre impenetrable, que nunca reaccionaba a mis insultos ni a mi temperamento, respondía ante mi tacto. Necesitaba más de él. Más de esto. Necesitaba arrastrar a la locura al imperturbable comandante con mis dedos, labios y piel. Necesitaba dejar de revolverme entre los escombros de mi mente y perderme en él.

—¿Tienes la menor idea de lo mucho que me frustras? —Su boca encontró el latido en mi cuello. Los sólidos contornos de su cuerpo me presionaban contra el armario y me inmovilizaban en el sitio—. ¿De lo mucho que me fascinas?

Mi magia se estremeció cuando el cuero que le cubría las palmas ascendió por mis muslos y se unió al calor que me recorría las venas.

—A la cama. Ya.

El brillo feroz en la sonrisa de Arin hizo que me atravesara un escalofrío de expectación. Nunca me sentiría del todo segura con él. Él jamás estaría del todo a salvo conmigo.

—¿Eso es una orden, Suraira?

Estreché las piernas alrededor de su cintura a modo de respuesta.

El mundo se dio la vuelta cuando Arin me pasó un brazo por la cintura y se giró. Caí sobre la cama con un gemido y él me inmovilizó apoyando la rodilla en el colchón. Me miró con hambre y algo más silencioso. Una emoción mucho más peligrosa.

«El modo en el que te mira a veces. Como si fueras un acantilado con una caída letal y cada día lo acercaras más al precipicio».

Alargué los brazos hacia Arin y lo atraje a la cama. Le acuné el rostro entre las manos. Me aseguré de tener toda su atención antes de rozarle la frente con los labios. Me cogió las muñecas con fuerza. No se apartó.

Quería abrirlo en canal y memorizarlo de dentro afuera. Estaba totalmente equivocada. Arin no era una cuerda estirada. La presión lo había comprimido hasta dejar solo las partes más frías y afiladas de sí mismo. Las partes con más probabilidades de resistir la presión. Bajo una fuerza idéntica, yo me había roto. Me había desmontado en piezas para evitarlo, consciente de que quizás nunca podría volver a recomponerme del mismo modo. Pero quería mantener la esperanza de que aún pudiera salvarse lo que habíamos perdido. De que, a pesar de aquello en lo que nos habíamos convertido, podríamos aprender de nuevo lo que era la ternura.

Le besé el ojo izquierdo y luego el derecho. La comisura de la boca. La punta de la mandíbula. Arin empezó a temblar.

—Sylvia… —Era medio plegaria, medio dolor.

La voz de Vaida consiguió abrirse camino a través de la neblina del deseo. «Protege su corazón por mero instinto de supervivencia».

—Te odio. —Le pasé los dedos por el pelo, disfrutando de la sensación del peso de su cuerpo contra el mío. Él se estaba conteniendo cuidadosamente, como si pudiera aplastarme si perdía

la concentración. Idiota. Le di una patada en el tobillo, contuve la risa y me coloqué encima mientras él recuperaba el equilibrio.

Seguí el contorno afilado de su nariz.

—Sueño con matarte.

Arin me apartó los dedos y me invadió la desesperación. ¿Había llegado demasiado lejos?

Unos ojos impregnados de un oscuro júbilo buscaron los míos. Me alisó la arruga del entrecejo con el pulgar.

—Mi demente Suraira, tenemos mucho que debatir sobre seducción.

Alguien llamó a la puerta y proferí un gritito. Arin me tapó la boca.

—¿Vencedora Sylvia? ¿Necesita algún tipo de ayuda?

Le mordí el guante y apartó la mano con una sonrisita.

—¡No, gracias!

Sus labios se sellaron sobre los míos con un sensual deslizamiento. Le pasé la mano por la nuca, enroscándome a su alrededor como una serpiente atrapando a su presa. Enganché el pulgar a su cintura y tracé la curva de su cadera.

La pérdida repentina del calor de Arin me despejó. Había girado la cabeza a un lado con la mandíbula tensa.

—Necesito un momento —dijo—. Tu magia…

—¿Cómo es?

—No puedo confiar en mis propias manos. Es como si fuera a acariciar tu adorable cuello, pero en vez de eso acabara partiéndotelo.

Tendría que haberme dado miedo. De hecho, así era, pero siempre tenía miedo. Esa emoción era uno de los pilares básicos de nuestra relación.

Me estaba contando la verdad sobre la musrira… o lo que él creía que era la verdad. Una maldición frustrada lo había vuelto tan sensible a la magia que sentía dolor solo con rozarme. Era una explicación tan buena como cualquier otra.

Aun así, me pregunté…

Le apoyé la palma de la mano de manera suave y deliberada en la mejilla.

«Pero, si quieres saber cuál es la teoría por la que más me inclino, sospecho que tocarte cuando pudieras hacer un uso completo de tu magia me mataría».

Me agarró la mano con fuerza. Flexionó los dedos enguantados alrededor de mi muñeca desnuda, aunque no me la apartó.

—Arin. —Apoyé la mejilla en su pelo—. ¿Te estoy haciendo daño?

Me dio un beso ligero como una pluma en la barbilla.

—Constantemente. —Sin embargo, parecía melancólico, contento.

Le acaricié la cara. Ahora podía entender las rapsodias de los poetas y las melodías sobre el mal de amores. Yo carecía de talento para la composición, así que recorrí las venas de la parte inferior de su muñeca, le besé la línea afilada de la mandíbula y memoricé la curva de su sonrisa. Quizás pudiera traducirlo así.

—Deberíamos irnos —murmuró contra mis labios—. Ya habrán terminado con los discursos. La mayoría de los invitados estarán enfrascados en el talwith.

—Uf, talwith. —Me ayudó a bajar de la cama—. ¿Y si decimos que el heredero de Nizahl le estaba dando la enhorabuena personalmente a su campeona? —Moví las cejas arriba y abajo.

Arin se colocó la diadema en la cabeza, farfullando en voz baja. Probablemente, implorando paciencia a un poder superior. Me solté el pelo y dejé que me rebotara alrededor de las mejillas acaloradas.

Cuando me dispuse a abrir la puerta, Arin me agarró la muñeca.

—Puedo soportar uno más.

Me reclinó hacia atrás para darme un beso profundo. Enredó una mano en mis rizos sueltos y me inclinó la cabeza con el pulgar en la barbilla para mantenerme inmovilizada. Lo había visto sostener armas letales de una manera parecida, blandiéndolas con precisión. Si Arin era tan meticuloso con sus amantes como con todo lo demás, no veía el modo de sobrevivir a él. Apenas me había tocado, y ya me sentía completamente carbonizada.

Cuando se apartó, una promesa traviesa floreció en sus ojos.

—No eres lo que esperaba —susurró.

—Eso ya me lo dijiste —respondí, avergonzada y sin aliento.

El estrecho pasillo que conectaba la torre con el ala en la que se celebraba el Baile de la Victoria resonó con nuestros pasos. Paneles de vidrio recorrían cada pared de arriba abajo y empecé a ser dolorosamente consciente de la altura a la que nos encontrábamos, sostenidos tan solo por el delgado suelo.

El inquietante pasillo terminó y descendimos por una escalera de caracol. A los pies de la escalera, un arco con forma de cuervo desplegando las alas conducía al salón de baile. Dos espadas formaban la parte superior del arco.

Arin apartó la cortina.

—Después de ti.

Armándome de valor, atravesé el arco y entré en un salón de puro esplendor. Colgaban faroles de los techos rodeando las paredes. Un estrado negro destacaba en el centro, cubierto por una sábana del mismo color para las mesas de la realeza. Desde luego, Nizahl no había escatimado en gastos. El alcohol fluía con libertad. Los músicos tocaban instrumentos omalianos en un guiño a mi reino natal. Centenares de invitados bien vestidos se arremolinaban por todo el salón, y su parloteo me sumergió en una oleada de sonido.

Diya no había sido ignorada. La mesa del banquete ofrecía una amplia variedad de carnes saladas y grueso pan con za’atar, granada azucarada en cuencos de madera y pan dulce mojado en leche fresca y horneado. Las otras tres mesas eran para cervezas y botellas de talwith de lavanda, la especialidad orbaniana.

La realeza estaba sentada en sillas acolchadas de respaldo alto en el estrado, contemplando a los entusiastas bailarines y conversando. Sin embargo, había una ausencia notable en la mesa de Orban. Sorn se había quedado a la sombra con una copa colgando entre los dedos.

—Ahora vuelvo —murmuré. Arin frunció el ceño, aunque no intentó detenerme.

El heredero de Orban me observó acercarme con una mezcla de hastío y desprecio.

—Vaya, pero si es la vencedora. ¿Has venido a regodearte? —Se bebió el contenido de la copa de un trago. Apenas podía oírlo por encima del barullo.

Aunque suponía que la inteligencia de Sorn era equivalente a la de una nuez sin cáscara, se preocupaba por su campeona. Ya era más de lo que podía decirse de Vaida y Felix.

—Lamento mucho lo que le ha sucedido a Diya. No merecía perder de un modo tan engañoso y deshonroso. Estoy segura de que despertará.

Sorn se sacó una botella de la nada y vertió el resto en su copa. Arrugué la nariz ante el empalagoso aroma. Talwith. ¿Cuánto había tomado?

—¿Estás segura? Vaya, la aldeana huérfana está segura de que Diya se despertará. ¡Rápido, llamad a los heraldos! ¡Debemos esparcir la buena nueva!

¿Qué me esperaba? Giré sobre los talones y dejé que Sorn siguiera dando él solo el espectáculo. Ojalá Diya estuviera ahí, aunque solo fuera para poder preguntarle cómo había logrado que su grosero heredero se encariñara de la guerrera borde e ingeniosa.

Por costumbre, el vencedor ocupaba un asiento privilegiado en el estrado real. El supremo Rawain estaba repantigado en su silla, con el cetro debajo del brazo, mientras hacía rodar una uva entre los dedos. Llevaba la túnica tradicional negra de Nizahl con una capa violeta atada al cuello. Preferiría sentarme sobre una pila de cristales rotos que cerca de Rawain.

Arin me tendió la mano.

—Creo que tenemos un acuerdo.

—¿Has practicado los pasos?

Arin tiró de mí, me enganchó bajo su brazo y me hizo girar. Algunos de los presentes aplaudieron. Me atrajo hacia sí con una sonrisa que me habría gustado embotellar.

—Cuando tenía nueve años.

—Mentiroso. —Negué con la cabeza fingiendo indignación. Arin estaba atrayendo mucha más atención que yo—. Te está mirando hasta el apuntador.

Gimió.

—No suelo participar en estas actividades. Están sorprendidos.

Observé a la realeza congregada.

—¿Cuál es el alto consejero?

—Se ha ido con una sirvienta hace unos minutos —respondió Arin—. ¿Por qué?

—Compartir estancia con ese maldito abusador me pone los pelos de punta. —Me incliné hacia él y le deslicé la mano por el hombro.

Arin entornó los ojos.

—¿Abusador?

Me planteé si compartir con él la historia de Sefa. No se lo había contado hasta el momento porque no me correspondía a mí, y saber la verdadera razón por la que el alto consejero buscaba a Sefa y Marek probablemente no habría alterado la amenaza de Arin contra ellos. Sefa me lo contó un día después de que lo hiciera Marek, pero no había vuelto a sacar el tema desde entonces.

Aun así, si Arin podía librar a Nizahl de la influencia del alto consejero, valía la pena contárselo. Se lo expliqué del modo más sucinto posible, incluyendo la participación de Marek en la huida. Cuando terminé, sus hombros estaban más tensos que la cuerda de un arco debajo de mis manos.

—Deja de autoflagelarte —murmuré—. No podías saberlo.

Sentí incredulidad ante lo rápido que me había creído. ¿Desde cuándo concedía tanto crédito a la palabra de alguien?

—Habría entregado a Sefa a un tribunal lleno de aliados del alto consejero. La habría llevado ante la justicia —espetó Arin—. Ese hombre no para de rondar la mesa del banquete para molestar a las sirvientas.

Con un vistazo rápido, descubrí a un hombre de estatura media invadiendo el espacio personal de una joven sirvienta. Tenía la boca

pequeña y la frente grande. Era totalmente normal. Nada en él indicaba que pudiera sentir debilidad por jovencitas indefensas.

Arin miró por encima de mí. Maldijo, se equivocó en un paso y chocamos contra la pareja que había detrás de nosotros.

Nada me alarmaba más que ver a Arin alarmado.

—Los guardias están arrastrando a un hombre y una mujer con un glamur.

Me giré. Efectivamente, se trataba de Sefa disfrazada de anciana y de Marek con el glamur de un obrero de cabello negro. Forcejeaban entre dos soldados de Nizahl. Uno de ellos se detuvo para susurrarle algo al oído al supremo Rawain.

Intenté echar a correr, pero el agarre de Arin sobre mi codo era aplastante.

—Espera.

En el estrado, el supremo Rawain suspiró.

—¿Arin? —Inclinó la cabeza hacia Sefa y Marek. Arin asintió y se abrió paso entre la multitud. No me soltó el brazo.

El alivio inundó el rostro de Sefa al verme.

—Estás bien —exhaló—. Sylvia, alguien ha asaltado los carruajes de la vencedora. Los soldados creen que hemos sido nosotros. Les hemos dicho que estábamos esperando para viajar de vuelta a Omal contigo y que los habían saqueado antes de que llegáramos.

—No nos creen —gruñó Marek resistiéndose al agarre del soldado.

Hice una mueca al notar dolor donde Arin todavía me sostenía. La urgencia tiñó la voz brusca del heredero.

—Soltadlos. Avisad a los soldados para que cierren las puertas. Quiero a mi guardia personal en los carruajes. Todos los soldados en los terrenos de la Ciudadela deben buscar a los asaltantes, así que despertad a los reclutas.

Marek y Sefa quedaron libres cuando los soldados se dispersaron para obedecer. Puse la mano sobre la que Arin tenía en mi codo y me miró por fin.

—Los Orabi —explicó, impasible—. No logramos atrapar a ninguno al marcharse de la prueba y supuse que no habían mordido el anzuelo. Debieron de colarse en los terrenos de la Ciudadela cuando los soldados registraban a la multitud. El Alcalah no termina con la tercera prueba, sino con el Baile de la Victoria.

No tuve oportunidad de reaccionar. El alto consejero, que había olvidado a la sirvienta para mirar a Sefa mientras hablaba, retrocedió de repente.

—Sayali —jadeó—. Eres tú.

Sefa escupió a sus pies.

Tres guardias se lanzaron hacia delante para sostener a Marek cuando intentó abalanzarse sobre él.

—¡Alteza! —gritó el alto consejero. Se puso rojo y se le derramó la bebida por la parte delantera de la túnica. Se acercaron más guardias para rodearlos—. Estos son los animales que me robaron y me dieron por muerto.

El supremo Rawain los miró de nuevo, casi a regañadientes, pasando la vista por el caos. Se levantó y gesticuló con el cetro.

—Arrestadlos —dijo con aire casual, como quien pide un vaso de agua—. Esperarán al juicio en las mazmorras.

Se me paró el corazón.

—¡Sylvia! —jadeó Sefa cuando los soldados le doblaron los brazos en la espalda. Inmovilizaron a Marek con la cabeza contra el suelo.

Yo estaba en un lago helado mientras mi madre ardía. Cogiendo ranas mientras el mundo chillaba a mi alrededor. Estaba en la Cumbre Sangrienta y Niyar me gritaba que corriera.

Arin impidió que los guardias se llevaran a Sefa y Marek a rastras del salón de baile, pero solo su padre podía ordenar que los soltaran. Con el pulso latiéndome en el cuello, repasé mentalmente las probabilidades. Aunque me tomara mi tiempo y elaborara un plan para rescatarlos de las prisiones de alta seguridad de Nizahl, podía fracasar. En cuanto sacaran a Sefa y Marek del salón, su destino se me escaparía de las manos.

No podía perder a nadie más. No perdería a nadie más.

Essiya, no seas estúpida. Tienes todo lo que quieres, murmuró Hanim. *Toda la riqueza que vas a necesitar en la vida. Estás a salvo de la persecución de Nizahl. Tienes a tu adorado heredero. ¿Por qué echarlo todo a perder por un par de nizahlianos idiotas?*

Pero ya no era la voz de Hanim la que hablaba. Era mía. Mi propia voz me susurraba en la cabeza y me atormentaba más de lo que podría hacerlo cualquier recuerdo de Hanim.

Y, por primera vez, respondí. Cogí esa voz y la metí en un lugar mucho más profundo que el que había usado para los restos mortales de Hanim.

«Ya no vas a poder martirizarme», espeté.

El amor no era sumisión. No era probar hasta dónde podía llegar antes de romperme. El amor era la mano de Sefa buscando la mía en la oscuridad para tranquilizarse con mi presencia. El amor era Marek entrando al reino que todavía le provocaba pesadillas para ayudarme. La sopa de calabaza de Raya en mi cumpleaños, la sonrisa arisca de Rory cuando pronunciaba correctamente el nombre de alguna hierba, la risa boba de Fairel. Dawoud apuñalándose con la daga. Una mesa explotando en la Cumbre Sangrienta. El amor era Arin acunándome el rostro en una habitación en llamas y diciéndome que huyera.

Miré a Marek y Sefa y tomé una decisión.

—Alteza. —Subí al estrado ante el supremo Rawain. Los escalones crujieron bajo mi peso—. Estoy aquí para suplicar por sus vidas.

Rawain inclinó la cabeza. Le había picado la curiosidad.

—¿Qué son un par de ladronzuelos para una vencedora? —preguntó Rawain.

Arin apareció junto al hombro de Rawain con los músculos tensos por el recelo. No podía mirarlo.

No me lo perdonaría nunca.

—Son mis compañeros. Son inocentes de este crimen.

Golpeó el suelo con el cetro. Volvía a parecer aburrido.

—Su inocencia se decidirá en el juicio. Me temo que no puedo ceder a tu petición, querida Sylvia.

Recordé un guiño desde el otro lado de una antigua mesa de roble. Una sonrisa serena mientras el cielo estallaba a nuestro alrededor y llevaba la ruina a Cumbre Sangrienta. No quedaría satisfecho hasta que no me lo arrebatara todo.

«Cuando eliges por quién estás dispuesta a luchar, eliges quién eres».

Me arrodillé a los pies del supremo.

Todas las líneas del cuerpo de Arin se pusieron rígidas. Encogí los puños en el vestido e incliné la cabeza.

—Por favor, majestad. Os ruego que los perdonéis.

El supremo Rawain mostraba la misma expresión calculadora y reflexiva que tanto me gustaba en su hijo. En él, me provocaba una oleada de repulsión.

—¿Por qué debería hacerlo?

Habría que llegar a un acuerdo. No había otra posibilidad que garantizara la seguridad de Sefa y Marek.

—Me ofrezco en su lugar.

Sefa y Marek no eran jasadíes, pero no me cabía la menor duda de que eran mi gente. No iba a ignorarlos. No me permitiría olvidar todo lo bueno para protegerme de lo malo.

Mi magia se precipitó y se acumuló ávidamente en mis grilletes.

Rawain rio e intercambió una mirada compasiva con el desconcertado rey Murib.

—No quiero castigar a mi propia campeona. ¡Y menos cuando nos ha traído tanto orgullo! —exclamó, lo cual arrancó unas cuantas risitas nerviosas.

Ese hombre no avergonzaría a Nizahl arrestando a su propia campeona. No a cambio de unos ladronzuelos comunes. El supremo Rawain no era muy diferente de Hanim. Algo los había unido años antes de mi nacimiento. Una necesidad inmutable y depravada a la que acudía ahora.

Me permití mirar a Arin. Como una mujer moribunda en un oasis, bebí hasta saciarme de la belleza del heredero. El horror se reflejaba en sus rasgos. Por mucho que se esforzara en planear todos los

resultados imaginables, ni siquiera el heredero de Nizahl podía prepararse para las sombras ocultas de una mente rota… ni para lo que podía suceder si se arrojaba luz sobre ella.

«Entre monstruos y humanos, ¿qué es lo que inclina la balanza?».

Me levanté.

—Me conocíais desde antes de que fuera vuestra campeona.

Mi voz resonó fuerte y clara. Mi magia aulló ansiando la liberación. No había opresión. No había dolor.

Si lo que quería era poder, obtendría poder.

—Nos conocimos en una mesa sagrada de roble hace muchos años. En un lugar de paz y prosperidad. Me conocíais con otro nombre. Mirad atentamente, Rawain. ¿No me recordáis? —Me incliné sobre la mesa que me separaba del supremo—. Yo sí que os recuerdo.

Observé sus pálidos ojos reptilianos y le guiñé el ojo.

La sorpresa invadió la expresión del supremo Rawain.

—La hija de Niphran. —Le tembló la mano del cetro—. No puede ser. Estás muerta.

Ensanché la sonrisa.

—Ya no.

—¡Guardias! —exclamó Rawain. Me apuntó al pecho con la cabeza cristalina de su cetro mientras los soldados irrumpían en el salón. Sefa y Marek quedaron olvidados en la refriega—. Una abominación disfrazada de nuestra campeona. Pagarás por lo que has hecho, Sylvia de Mahair.

Chasqueé la lengua.

—Deja que te refresque la memoria. —Me dolían las muñecas por la presión de los grilletes—. Me llamo Essiya. Malika de Jasad.

Arin los vio primero.

—Grilletes —dijo maravillado.

Los grilletes se alumbraron, encendidos por la magia fundida. Solo que, esta vez, no se detuvo. Esta vez, el resplandor inundó cada rincón.

«Deberías tener cuidado con los símbolos de poder», había dicho Diya. Como el poder de un verdadero nombre reprimido durante demasiado tiempo.

Essiya iba más allá de la reina, más allá de Jasad. Essiya era un símbolo que había cobrado vida propia. «Somos de donde venimos». Lo que fuimos.

Mis grilletes de plata cayeron al suelo. Unas grietas iridiscentes me recorrieron el cuerpo, se me abrieron vetas brillantes sobre la piel. Vi mi propio reflejo en el cáliz de la reina Hanan cuando el dorado y plateado se arremolinaban en mis ojos.

—¡Aparta! —rugió Arin. Impulsó a su padre lejos de mí y se giró protegiéndose la cabeza con el brazo.

Mi magia estalló en una oleada de oro y plata. Los gritos llenaron el salón de baile cuando el techo explotó. Mi poder envió una lluvia de cristales en todas direcciones. Los invitados se apelotonaron contra el arco, empujando el escudo de Nizahl contra la pared. Apareció un kitmer en el centro del salón. El felino se alzó sobre sus patas traseras, con la emplumada cabeza dorada reluciente. Desplegó unas alas doradas que se estrellaron contra las paredes que lo acorralaban. Su rugido hizo temblar el suelo y el techo se derrumbó a su alrededor.

Unos faroles cayeron entre el resto de la realeza y yo, y las llamas prendieron los manteles. Flotaba polvo de las piedras que caían, arremolinándose sobre el caos.

Pasé a trompicones junto a las patas del kitmer hasta donde se habían ocultado Sefa y Marek tras un pilar tembloroso. Los guardias corrieron hasta los miembros de la realeza y los sacaron a toda prisa del salón de baile que colapsaba a nuestro alrededor.

—¡Corred! —grité. Llovían piedras sobre las mesas—. ¡No puedo controlarlo!

«Sylvia», articuló Sefa. Entornó los ojos para protegerse de la ráfaga de viento. Le cayó polvo en el pelo segundos antes de que una roca de la pared a nuestra derecha se desplomara. Sefa llegó hasta mí.

Chasqueé los dedos. Sefa y Marek desaparecieron y la roca colisionó contra el lugar que habían dejado vacío.

Las alas del kitmer se estrellaron contra los muros de la Ciudadela y me reí girando entre la destrucción.

Esto era la libertad. Por fin entendía por qué Rawain se había esforzado tanto para acabar con la magia de las tierras. Me imaginé lo que sería no conocer jamás ese tipo de euforia. No sentir nunca la magia recorriendo tu cuerpo, atravesando el aire bajo tus órdenes. Una pureza de poder que purgaba el dolor y la maldad de la mortalidad.

Comprendí por qué mis abuelos estaban dispuestos a matar por esto.

Algo afilado se me clavó en el hombro. Sentí otro pinchazo. Y otro. Volaban flechas a través del kitmer hasta mí. Montones de flechas que me cubrieron el cuerpo con punzadas de dolor. El viento aullaba y el estrado se aplanó bajo el techo que se derrumbó.

Las flechas normales no podían volar en esas condiciones.

Me tambaleé hasta una mesa y me arranqué una flecha del muslo. La punta se disolvió entre motas de color sepia.

Sim siya. Un agente paralizante jasadí. Me aferré a la mesa y me desplomé sobre los rubíes de granada esparcidos. Una neblina se apoderó de mi mente.

Se formó un círculo a mi alrededor. Manos unidas sobre mi cuerpo y voces entonando melodiosos cánticos en resar. A pesar de que se me nublaba la visión, pude distinguir un rostro entre el resto.

—Te conozco —balbuceé. Era el hombre del Paso Meridiano. Efra.

La mujer que había junto al sombrío Efra sonrió.

—Esto solo os dolerá un momento, maulati.

Los cánticos se aceleraron cuando implosionó toda el ala de la Ciudadela. El kitmer se elevó sobre la destrucción, pintando el cielo nocturno con los colores resplandecientes de Jasad. Una renovación. Un juramento mortal.

La mano me había aterrizado sobre el corazón. Conté los latidos cada vez más lentos mientras los cánticos de los Orabi aumentaban

en volumen y el mundo perdía los colores.

Uno, dos, estaba viva. Tres, cuatro. Nunca volvería a estar a salvo.

En alguna parte, Arin estaría asimilando mi traición. Sus ojos adquirirían un brillo frío e implacable y una cicatriz como la que tenía en la mandíbula le marcaría el alma. Quizás, me perseguiría a mí tal y como había hecho con Soraya.

Cinco, seis.

—La elijo a ella —había dicho.

«En otra vida, yo también te habría elegido a ti», pensé.

Las manos se separaron y desaparecimos.



EPÍLOGO
ARIN

En la locura que se desató, Arin de Nizahl permaneció inmóvil en un mar de movimiento.

El césped de la Ciudadela estaba abarrotado de invitados. Los soldados conducían carruajes repletos de barriles de agua hasta el ala en llamas y entraban corriendo.

—Murió. Creía que había muerto —repetía constantemente la reina Hanan. La reina de Omal se hundió en un ovillo lastimero en el suelo. Felix corrió hasta ella e intentó levantar a su abuela—. ¿La hija de Emre está viva?

Volaban acusaciones entre la realeza. Se había alojado bajo sus techos, había comido en sus mesas.

—¡Encontradla! —Rawain dio un golpetazo contra el suelo con el cetro—. ¡Cerrad las puertas! ¡Enviad centinelas al bosque!

Arin sabía que debía decir algo. Tenía que decirle a su padre que los soldados no hallarían nada en los terrenos de la Ciudadela y que, en lugar, debería ordenarles que establecieran barricadas en los caminos. Si la noticia llegaba a las aldeas altas de Nizahl, se esparciría por todo el reino en cuestión de días. El pánico prendería como fajina seca y las aldeas bajas empezarían a acaparar comida y a esconder a los niños elegibles para el reclutamiento.

Sin embargo, otro tipo de caos se había desatado dentro del heredero. Estaba ganando velocidad, preparándose para detonar. Buscó el control entre la masa agitada, pero lo evadió.

El heredero de Nizahl no sabía lo que podría salir de su boca si intentara hablar. A pesar de que el fuego ardía en el ala de la Ciudadela cubriendo a los soldados de hollín y ceniza, Arin era la mayor amenaza para la gente que lo rodeaba.

Por primera vez en su vida, no podía pensar.

La voz de Vaida danzaba junto a su oído.

—¿La reina de Jasad? ¿En serio? Pobre, debes de sentirte fatal. Tanto tiempo al lado de tu mayor enemiga solo para perderla ahora. —La sultana se movió para mirarlo de frente con una sonrisa engreída en la boca de color rubí. Se inclinó hacia él—. Y seguro que habéis estado muy cerca… —Las palabras de la sultana murieron en sus labios cuando Arin sacó las manos enguantadas y las cerró alrededor de su garganta.

Fue vagamente consciente de los guardias lukubíes dispersos que gritaban y corrían hacia ellos. De su padre, golpeándole el brazo con el cetro mientras levantaba a una Vaida pataleante.

«Arin —susurró Sylvia. Le presionó la mejilla contra el pelo—. ¿Te estoy haciendo daño?».

Vaida forcejeó contra sus dedos inflexibles, intentando liberarse. Lo miró a los ojos y lo que viera en ellos la hizo retorcerse como un gato en el agua. Los soldados nizahlianos se estrellaron contra los lukubíes en un choque de espadas.

Dos cuerpos se abalanzaron sobre él desde el lado y los hicieron caer a él y a Vaida. Los guardias lukubíes agarraron a la sultana, que se tambaleaba sollozando, y la llevaron a toda prisa a los carruajes lukubíes.

Los rostros horrorizados de sus guardias personales lo observaron fijamente. El supremo Rawain pasó de la rabia al encanto en un instante para apaciguar a la atónita realeza.

—Todos sabemos que mi hijo no es propenso a esos arrebatos de temperamento. Debéis entender que son los efectos de la traición de una campeona. Se disculpará con la sultana en cuanto su alteza tenga un momento para recomponerse.

Si quisiera, Arin podría repeler a sus guardias. Podría masacrar a todos los lukubíes que se interponían entre él y Vaida, meterse en el carruaje y partir el cuello que ya había perdonado dos veces.

—Señor —murmuró Jeru solo para los oídos de Arin—. Hemos encontrado flechas con sim siya cerca de la mesa del banquete. No se ha ido sola. —Flotaba ceniza en el aire sobre Jeru.

—Se la han llevado los Orabi —terminó Wes—. Señor, debéis recuperar el sentido. Los Orabi se han llevado a la reina de Jasad para su causa.

Sus tenaces guardias, entrenados por él mismo y sometidos a los viajes más angustiosos a su servicio, temían por él.

Arin observó el cielo negro y dejó que el hielo corriera por sus venas, envolviera la oscuridad y detuviera su avance.

No podría contener la tormenta para siempre, solo el tiempo justo.

—¡Fuera! —espetó Arin.

Los guardias se levantaron de un salto y los invitados retrocedieron mientras se ponía en pie.

Le dijo a Wes:

—Traed de vuelta a todos los soldados que hayan entrado en las aldeas altas. Si han causado revuelo, decid que se ha escapado un ladrón con tesoros de los carruajes orbanianos. Si el rey Murib está de acuerdo, que os acompañen diez jawaya.

Después, dio un paso hacia Jeru, y el guardia de cabello rizado se puso rígido. Arin habló con voz sedosa.

—Encuentra a Sefa y Marek.

Jeru ensanchó las fosas nasales, pero asintió brevemente.

Una vez que sus guardias se hubieron marchado para cumplir su voluntad, Arin se giró hacia los invitados congregados. Evitó la mirada astuta de su padre.

—Únicamente los que se encontraban en el estrado de la realeza estaban lo bastante cerca para oír con claridad lo que ha sucedido antes de que se derrumbara el ala. Los demás solo han presenciado a la campeona de Nizahl usando la magia. No se puede difundir el

rumor de que la reina de Jasad está viva. Hay jasadíes ocultos en todos vuestros reinos, profundamente arraigados en la estructura de nuestra sociedad. Si se enteran de que su reina los llama, vuestras tierras padecerán las consecuencias. Basta con que un sirviente oiga una conversación. Su identidad debe permanecer en secreto a toda costa. —Pasó la mirada por los rostros de los presentes—. La campeona de Nizahl se ha revelado como jasadí y ha atacado la Ciudadela esta noche. Ni más ni menos. ¿Entendido?

Uno a uno, todos los miembros de la realeza asintieron. Felix temblaba de ira, pero agachó la cabeza. Tendría que bastar.

En lo alto de la Ciudadela, Arin lo observaba todo desde un balcón de hierro forjado. Pasó el pulgar por los grilletes que había recuperado de las ruinas humeantes del salón de baile. Los primeros rayos de sol brillaban sobre Nizahl. Era el inicio de un nuevo día.

Cuanto más viviera Essiya de Jasad, más probable era que se corriera la voz sobre su regreso. Sin que la realeza lo respaldara, el asedio contra Jasad se había cobrado miles de vidas. Un levantamiento jasadí con la hija de Niphran a la cabeza sumiría a los reinos en una guerra de la que jamás se recuperarían.

«El malik y la malika de Jasad eran mineros de magia».

Si continuaba con las prácticas profanas de su linaje, la guerra sería solo el principio. Su magia sobrepasaba cualquier cosa que Arin hubiera sentido jamás. Era un poder más grande del que debería existir.

—¿Alteza? ¿Me habéis llamado? —preguntó Vaun con la voz apagada tras él. Arin no apartó la mirada del rubor del amanecer que teñía los rincones más lejanos de su reino. Estaba ahí, en alguna parte.

—Que el consejo se reúna —dijo Arin.

Recorrió los grilletes con el pulgar una y otra vez. No podrían esconderse de él para siempre.

La confusión retrasó la respuesta de Vaun.

—El consejo ya se ha reunido, mi señor.

—Que lo hagan en el ala de guerra.

Vaun inhaló bruscamente.

—Sí, señor.

Arin no oyó los pasos del guardia al marcharse ni la puerta cerrándose tras de sí.

El heredero de Nizahl acarició una vez más los grilletes de Essiya y empezó a planear.

AGRADECIMIENTOS

Me produce auténtico terror sentarme aquí a escribir estos agradecimientos porque sé que es imposible nombrar a todas las personas cuyo apoyo y palabras amables han hecho que este libro pase de un documento de Word con un mal título al libro que es hoy. Haré todo lo posible.

Mi eterno y profundo agradecimiento a Jennifer Azantian por escuchar mis (muchas) notas de voz, por defenderme a mí y mi trabajo con tanto fervor y por saber siempre qué decir cuando pierdo las riendas. A mi editora, Nivia Evans, por ver el potencial de esta historia en sus primeras fases. El 27 de octubre de 2020 me enviaste un mensaje por Twitter que me cambió la vida, y estoy muy agradecida por contar con tu talento editorial y tu ojo crítico. Un enorme agradecimiento al resto del fantástico y apasionado equipo de Orbit por vuestro entusiasmo y apoyo para dar vida a *La heredera de Jasad:* Angela Chong, Rachel Goldstein, Angela Man, Laura Blackwell y Ellen Wright. A mi maravillosa editora de Orbit UK, Jenni Hill, por ver algo especial en *La heredera de Jasad,* y a la asistente editorial Rose Ferrao por enviar correos que me muero de ganas de abrir. Lisa Marie Pompilio y Mike Heath, por favor, debéis saber que nunca dejaré de gritar al ver la preciosa cubierta que habéis creado. Gracias a los organizadores de #DVPit por concebir el fantástico evento que me puso en contacto con mi editora. Koren Enright y Kalyn Josephson, aún siento alivio al pensar que leisteis la caótica primera versión de este libro y dijisteis: «Sí, nos lo quedamos». Vuestra orientación durante el evento Pitch Wars me mantuvo cuerda mientras me sumergía de lleno en el mundo editorial. No sé

dónde estaría yo (ni esta historia) de no ser por vuestra increíble sabiduría, consejos y chistes sobre Arin. ¡Arriba el equipo Void Cats!

Todos los autores sabemos el miedo que da dejar a nuestro bebé en proceso en manos de otra persona, pero Destiny, Jade y Abby…, hicisteis que fuera mucho menos aterrador. Aún no me creo que no bloquearais mi número cuando os pregunté por septuagésima vez si todavía os lo estabais leyendo. Hannah Sawyer, nuestras carreras, FaceTime y fechas de entrega superpuestas lo han sido todo para mí, y me siento muy afortunada por tenerte a ti y tu eterno apoyo en mi vida. Olesya Lyuzna, mi primera compañera crítica y compañera de pódcast, algún día nos reuniremos y el mundo no volverá a ser el mismo. Jess Parra, una de las mujeres más divertidas y alentadoras que conozco, gracias por decírmelo todo siempre de manera directa y por ser la tía voluntaria más guay del planeta. Carolina Flórez-Cerchiaro, Brittney Arena, Ream Shukairy y Maeeda Khan, estoy muy agradecida por vuestro entusiasmo y amabilidad.

Seguro que mi familia ha venido directa a esta sección en cuanto ha abierto el libro (como si fuera a olvidarme de vosotros). Mama, llevas diciéndole a la gente que soy escritora desde que estaba en tercero y lamento haberme pasado años suplicándote que dejaras de hacerlo. Baba, tú siempre me escuchas, y sabías que llegaría hasta aquí. Agradezco mucho que ignoraras mis quejas y te aseguraras de que aprendiera árabe y me enamorara de Egipto. Gracias a Yusuf por tener infinidad de ideas para promocionar el libro, a pesar de tu falta de interés general por la ficción. A Hend, quien empezó a leer mis historias a medio terminar cuando tenía diez años y nunca dejó de pedir más. Y a Hanan, que primero no leía mucho pero se leyó este libro tres veces alegremente… Te adoro y adoro tu disposición a dejarme hablar sin parar sobre mis ideas.

A todos los lectores y libreros que eligieron este libro, lo pidieron a su biblioteca o lo añadieron a su TBR: vuestras palabras de amabilidad y vuestro apoyo han sido una fuente inagotable de

alegría para mí durante todo este tiempo. Siempre os estaré agradecida por darle una oportunidad a una autora novel.

Por último, a la bibliotecaria de mi escuela, aunque puede que nunca leas esto. Me viste leyendo sola todos los días en el recreo y me tomaste bajo tu protección. Me dejabas sacar cinco libros a la vez en lugar de los dos que permitía la escuela y me preguntabas por todos los que leía. Pusiste una silla para mí detrás del mostrador para que pudiera escanear libros contigo cuando el mundo se volvía demasiado abrumador. Gracias a ti, la biblioteca se convirtió en algo más que un lugar para leer: era mi refugio. Nunca podré agradecerte lo suficiente que me recordaras que el mundo real a veces puede ser tan mágico como el ficticio.

Título original: *The Jasad Heir*

Edición en formato digital: mayo de 2026

Diseño del mapa: Tim Paul

THE JASAD HEIR © 2023 by Sara Hashem
© de la traducción: Alicia Botella Juan, 2026
© de esta edición: Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2026
Valentín Beato, 21.
28037 Madrid

ISBN ebook: 979-13-88108-10-5

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Descubre aquí el reino de Faeris: